Aria Wanderlust

Bloodlust and Darkness



No hay refugio fuera de mi dominio.
Destrozaré tu alma, hasta que grites que eres mi hembra.



BLOODLUST AND DARKNESS

ARIA WANDERLUST



BLOODLUST AND DARKNESS

NO HAY REFUGIO FUERA DE MI DOMINIO. DESTROZARÉ TU ALMA, HASTA QUE GRITES QUE ERES MI HEMBRA.



Bloodlust and darkness

© Aria Wanderlust 2025

Diseño portada: Carolina Cáceres

Diagramación: Aria Wanderlust

Primera Edición

Vigo - España 2025

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total ni parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su trasmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titúlales del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual. (Art.270 y siguientes del código penal)

El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece la cultura viva. Gracias por adquirir una edición autorizada de este libro respetando las leyes del copyright.

Instagram: aria_wanderlust

Tik Tok: @aria_wanderlust

Esta es una obra de ficción. Los personajes, nombres, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.

Para todas aquellas personas que se sienten diferentes.
Que no encajan con los estándares establecidos. Que viven al margen de esta sociedad.
Exiliados, marginados, humillados, y juzgados injustamente, solo por el hecho de ser distintos.
El mundo es un lugar muy grande, y no estáis solos.
¡No estamos solos!

Aria Wanderlust

NOTA DE LA AUTORA

Antes de continuar, me siento en la obligación de informar que, he creado dos sellos para diferenciar los géneros en los que me centro.

Este, en concreto, es el más perturbador y el que puede llegar a herir la sensibilidad del lector. En él, solo clasifico darkromance extremo y pitch black.

Aunque me encantaría proponeros que os adentréis en esta historia a ciegas, mi ética no me permite hacerlo.

Consciente de la importancia de vuestra salud mental, he incluido una lista de advertencias en las siguientes páginas. Pese a que contiene spoilers, recomiendo encarecidamente leerla, sobre todo si no estás familiarizado con el género.

En este libro no encontrarás romance como tal, ni protagonistas con moralidad gris. Salvajes, psicópatas, asesinos, sociópatas, o narcisistas, son los que llevarán la batuta de las historias que se publiquen bajo este sello.

En ningún momento romantizo los actos llevados a cabo. No apoyo, comparto, ni defiendo, sus actitudes, pensamientos o acciones. Se trata de una obra de ficción y como tal debe ser consumida.

ADVERTENCIAS DE CONTENIDO

Bloodlust and darkness, se cataloga dentro del género pitch black.

Su contenido es extremadamente explicito y su lectura no se recomienda a menores de 21 años. Aun así, no es apto para todo el mundo.

Durante su lectura, encontrareis todas las advertencias incluidas a continuación:

Coacción, humillación, violaciones, agresión, intimidación, acoso, mutilación, degradación, somnofilia, tortura, secuestro, maltrato, desmembramientos, consumo de alcohol y drogas, sexo extremadamente explicito y tabú, orgasmos forzados. Lenguaje soez y violencia sexual.

Juegos extremos, como pueden ser:

- Juegos de sangre.
- Juegos de miedo.
- Juegos con armas blancas y de fuego.
- Juegos de respiración, (asfixia extrema).
- Juego de dolor.
- Juego de impacto.
- Juego primitivo.

También os encontrareis con:

- Tentativas de asesinato/suicidio.
- Asesinato.
- Practicas extremas zoofílicas.
- Maltrato, crueldad y sacrificio animal.
- Ingesta de fluidos corporales, (incluyendo: sangre, orina, vómito, etc…)
- Modificaciones corporales forzadas.
- Marcaje.
- Gore detallado.
- Obsesión y control psicológico.
- Disciplina doméstica.
- Proximidad forzada.
- Lesiones y daños corporales.
- Manipulación y ultraje de cadáveres.

- Manipulación de anticonceptivos.

Se tratan temas como el abandono infantil, enfermedades mortales y perdida de seres queridos, pero no se ahonda en ellos.

Su protagonista, Lincoln Dagger, es un personaje extremadamente salvaje, que se rige por impulsos primitivos e instintos animales. Él es el artífice del 99 % de las advertencias de este libro y el claro blanco al que van dirigidas es a la protagonista femenina, Mia Collins.

Si tras leer con detenimiento las advertencias, sigues decidido a continuar, adelante. Hazlo bajo tu responsabilidad y siempre anteponiendo tu salud mental. Si tienes dudas o crees que su contenido puede afectarte, recomiendo que cierres el libro y no prosigas.

En caso de que tu decisión será firme y sigas adelante con la historia, solo me queda darte las gracias por la confianza depositada y desearte una buena lectura.

PLAY LIST

Heavy is the crow – Daughtry
Love–hate–sex–pain – Godsmack
Smells like teen spirits – Nirvana
The firt time – Damiano David
Hail to the king – Avenged Sevenfold
My demons – Starset
The sound of silence – Disturbed
Bring me to life – Evanescence
The kill – Thirty Seconds To Mars
Careless whisper – Seether
Dirthy thoughts – Chloe Adams
Sweet dreams (Are made oh this) – Marilyn Manson
Zombie – Peyton Parrish
Creep – Radiohead
Hear me now – Bad Wolves & Diamante
The resistance – Skillet
Stuck – Thirty Seconds To Mars
Go To War – Nothing More
Nothing else matters – Metallica
Chandelier – Sia
Numb – Linkin Park
My immortal (Band version) – Evanescence

Prepárate para...
Acatar mis normas, obedecer mis leyes, y
someterte a mi voluntad.
Y asúmelo, no serás más que la perra que vive a mis pies.
Ahora pasa la página y adéntrate en...

... el puto infierno.
Arrodíllate y acepta quién es tu líder.

Lincoln Dagger

Mia
Capítulo 1

—Buenos días, ¿Mia Collins?

—Aha —respondo al teléfono tragándome el último trocito de galleta que tengo en la boca.

—Mi nombre es Donovan Hoffman, soy el notario del señor Collins, el motivo de mi…

Me atraganto con mi propia saliva al escucharlo. ¿Acaba de decir del señor Collins? ¿Qué señor Collins? Aunque lo cierto es que no conozco a muchos, «señor Collins», aparte de mi padre. Aunque, por otro lado, decir que lo conozco, tampoco es lo más acertado.

Llevo su apellido; sí.

Y se supone que es mi padre; eso también.

Pero no he visto a ese señor en mi vida. O, por lo menos, no siendo consciente de ello. Si consideramos el hecho de que se largó, abandonándonos a mamá y a mí, cuando yo todavía no había cumplido mi primer año de vida.

Tiro el envoltorio de las galletitas Oreo que acabo de comerme a la papelera y con cautela, le pido al señor Hoffman que me aclare que esto no es una equivocación.

—Disculpe, el notario del señor Collins acaba de decir, se refiere a… ¿Jack Collins? —Debo de parecerle una auténtica pardilla. Si él supiera mi historia, no se sorprendería ante mi asombro.

—Así es —confirma con profesionalidad —. Como le decía, el motivo de mi llamada, es buscar un momento en el que poder reunirnos para la lectura del testamento. Comprendemos que usted vive en…

—¿Mi padre ha muerto? —interrumpo una vez más. Soy consciente de que no hago más que pisar a este hombre y no lo dejo en absoluto explicarse. En mi defensa diré, que estoy «flipando».

—Disculpe mi falta de tacto, señorita Collins. Desconocía que no estuviese al tanto. Lamento ser portador de malas noticias. El señor

Collins, falleció la semana pasada.

Es completamente demencial decir que me afecta saber que mi padre acaba de morir, cuando no lo conocía. Lo cierto, es que sí lo hace. Una enorme losa de cemento cae sobre mis hombros en el mismo instante en el que escucho que está muerto.

De algún modo, el saber que él andaba en alguna parte del mundo, aunque sin tener relación alguna conmigo, me reconfortaba. Me hacía sentir un poquito menos… sola. Desde que murió mi madre hace cuatro años, él, Jack Collins, en la distancia, era el único pariente vivo que me quedaba.

Retomo la llamada con el señor Hoffman cómo puedo y me explica que mi padre, al cual no veo desde hace veintiún años, falleció hace pocos días, a causa de un cáncer de pulmón. Después de dieciocho largos meses de lucha contra la enfermedad. Que me ha incluido en su testamento, y que dicha lectura se llevará a cabo en el condado de Vermont.

Vermont… es allí donde vivía mi padre. A un porrón de estados de distancia.

No atino a comprender el motivo por el cual incluir en su testamento a una hija con la que no ha tenido ningún tipo de relación en toda su vida. A pesar de que, en un principio de la llamada, le hago saber al señor Hoffman, que no estoy en absoluto interesada en los bienes de mi padre, finalmente, y tras escuchar al notario, accedo a viajar a un estado completamente desconocido para mí, y reunirme con él.

Es un auténtico disparate; no cabe lugar a duda.

Pero siendo sinceros… ¿Qué tengo que perder?

Tengo veintidós años. Mi madre falleció hace cuatro. Momento en el cual tuve que dejar mis estudios, o lo poco que quedaba de ellos, (ya que, durante la enfermedad de mi madre, me dediqué más a cuidar de ella, que a prepararme para un futuro), y me puse a trabajar a jornada completa para poder subsistir. No me estoy quejando, ni mucho menos, pero lo cierto es que mi vida es un completo y absoluto caos.

He tenido tres relaciones sentimentales a lo largo de los años. Las tres, se han ido al garete por una cosa u otra. Tampoco es que

tenga grandes amigos. En vez de salir de fiesta, como la mayoría de las chicas hacían en la adolescencia, yo me quedaba en casa para cuidar de mi madre. Y cuando ella faltó, poco después de mi decimoctavo cumpleaños, estaba demasiado ocupada, trabajando y pagando facturas. Lo cierto es que mi humor tampoco tenía ganas de muchas juergas.

Por lo que me encuentro en este punto sin retorno. Con veintidós años, sin casa propia, con un trabajo de mierda en una cafetería, en la cual me pagan por horas, y más sola que la una.

La cosa no puede ser más penosa. En el peor de los casos, me quedaré justo como estoy ahora. El que nada tiene, nada pierde.

Durante los siguientes cinco días, me enfoco en arreglar todo lo necesario para mi escapada a Vermont. A pesar de hablar un par de veces con el señor Hoffman e intentar sonsacarle información, ha sido completamente inflexible. Lo entiendo. Carecería de sentido el viajar a otro estado a la lectura del testamento de mi difunto padre, si su notario me lo leyese por teléfono. Aunque debo admitir que sería cien mil veces más práctico.

Vivo en Atlanta. Jamás en toda mi vida he salido del estado de Georgia. Y a pesar de que, siempre he querido montar en avión y conocer nuevos lugares, el motivo de mi viaje, hace que el mismo carezca de emoción alguna.

Por alguna extraña razón, en estos últimos cinco días, no he podido parar de darle vueltas a la cabeza. Y no. Lo que me ronda por ella no es el dichoso testamento. A decir verdad, eso es en lo único que no he pensado. Admito sentirme intrigada, nada más allá.

Quien verdaderamente ocupa mis pensamientos es mi padre. Jack Collins.

En estos últimos días he pensado más veces en él, que en las dos últimas décadas.

No puedo evitar hacerme un millón de preguntas. Del tipo…

¿Cómo era mi padre? ¿Quién lo acompañó en sus últimos momentos? ¿Sufrió? ¿Tendrá otra familia? ¿Pensaba en mí?

Si me incluyó en su testamento, quiero creer que sí. Pero, ¿por qué me abandonó? ¿Por qué ni siquiera me llamó para despedirse?

Preguntas que ya nunca tendrán respuestas.

Preparo una pequeña maleta con lo justo. Solo voy a estar un par de días fuera, por lo que no será necesario ir cargada hasta los topes. Conseguí que mi jefe se apiadase de mí tras contarle lo sucedido y me diera unos días libres. Aun así, no puedo permitirme faltar mucho tiempo al trabajo. Como bien he dicho, cobro por horas.

Cargando con mi bolsa de viaje en un brazo y colgando mi pequeña mochila en el hombro, salgo por la puerta de mi apartamento.

¡Vermont, allá vamos!

Mia
Capítulo 2

«Tiene que ser una broma.»

No podía pensar en otra cosa al salir del despacho del notario y el abogado.

A mi difunto padre no se le ocurrió nada más que dejarme en herencia el cincuenta por ciento de todos sus bienes.

Dichos bienes constan de… el cincuenta por ciento de una casa en un agradable y precioso entorno, según el señor Hoffman. En la localidad de Woodstock. El cincuenta por ciento de una pequeña cuenta de ahorros que tenía. Lo cierto es que, aunque no sea mucho, para mí es una bendición caída del cielo, gracias a mi precaria situación. Y el cincuenta por ciento de su negocio. Un taller de vehículos en la misma localidad.

Dejando a un lado el hecho de que no tengo ni idea de mecánica. La cláusula que incluyó en dicho testamento, es absurda. ¡Irrisoria! Pretende que me mude a vivir a la casa, si lo que quiero es cobrar la herencia, y no contento con eso, que forme parte activa del taller. ¿Qué se supone que he de hacer allí? Más que ser una «manitas», soy una «manazas». Se nota que no me conocía en absoluto. De lo contrario, jamás hubiera tenido una ocurrencia semejante.

Sin embargo, dada la situación en la que me encuentro, debo admitir que no puedo rechazar la oferta. Le he dado mil vueltas. Consultado con la almohada y hasta he hecho una lista de pros y contras.

Las dos están a rebosar.

Como «pro» principal, está el hecho de poder optar a una estabilidad económica, de la que ahora carezco.

Y un «contra» importante es… me he informado de dónde queda dicho Woodstock, ya que no había oído hablar de ese pueblo en mi vida, y a pesar de que, parece un lugar muy agradable, está en el culo del mundo. Por Dios, tiene menos de tres mil habitantes y está recluido en medio de la nada. No malinterpretemos las cosas, me

gustan los pueblos. Sobre todo, para pasar un fin de semana tranquilo. Pero yo soy de Atlanta, nací y me crié allí, no estoy convencida de ser capaz de adaptarme a la vida en un sitio tan pequeño.

He de ser sincera conmigo misma; una de las cosas que más me ha desestabilizado, ha sido enterarme de que mi padre, no estaba solo. Y no lo estaba porque hace algo más de veinte años, muy poco después de abandonarnos a mi madre y a mí, se responsabilizó de un chaval del pueblo que había quedado huérfano.

Piedras del tamaño de Saturno caen sobre mis hombros al enterarme de que mi padre decidió abandonarme y poco después jugar a los papás con un crío que no era nada suyo.

Y dicho chico, (supongo que tendrá una edad similar a la mía), es el dueño del otro cincuenta por ciento de los bienes de mi padre. Él es quien actualmente lleva el negocio y vive en la casa. Y aunque admito que el cambio en sí, sería para mejor en mi caso, no puedo evitar sentirme como una usurpadora.

Al fin y al cabo, puede que fuese mi padre, pero no cabe lugar a duda de que, para ese chico, sí fue realmente un padre, mientras yo no soy más que una completa desconocida.

Tras cocinarlo en mi cabeza un millón de veces, vuelvo a mi vida cotidiana en Atlanta. Casi con la convicción de renunciar a todo y pasar página. Dejar este bochornoso momento en una anécdota muy poco divertida.

Y digo casi, porque lo cierto es que, finalmente, tras unos días de vuelta a mi vida normal, y tras varias llamadas compartidas con el señor Hoffman, decido aceptar.

Así, sin más. ¡A lo loco!

Una de las principales razones, no negaré que es la dichosa estabilidad que tanto persigo y que tanto se empeña en escaparse entre mis dedos.

Mentiría si dijese que es la única. No he podido sacarme a ese chico de la cabeza, desde que supe de su existencia. Lincoln Dagger, (su nombre, por el momento, es cuanto sé de él), sí conoció a mi

padre. Tal vez no sea tarde para que yo también lo haga. Aunque sea a través de otra persona.

No pretendo convertirme en su hermana ni nada por el estilo. Pero tal vez podamos ser… amigos y pueda ayudarme a saber más de Jack Collins, a entenderlo, a conocerlo. Tal vez la idea de mudarme con un desconocido, no sea tan descabellada, si te lo planteas de este modo.

Al fin y al cabo, Jack era mi padre. Y mi propio padre, creyó, en su momento, que esta era una buena opción para los dos; de lo contrario, jamás hubiese incluido esa cláusula, ¿no?

Con la decisión tomada y firme en mi cabeza, en pocos días me organizo para dejar mi trabajo y recoger las pocas pertenencias personales que poseo.

Con un par de maletas y temblando, me presento en el aeropuerto. Preparada para acoger, con los brazos abiertos, esta nueva etapa de mi vida. En la cual quiero confiar plenamente y la cual, espero, sea inmejorable.

El señor Hoffman, muy amable y tras firmar toda la documentación necesaria, se presta él mismo a llevarme a la casa. Proveerme de un juego de llaves y enseñarme el terreno. Agradezco su ayuda y reconozco que eso va a facilitar mi instalación. Poco a poco me iré haciendo a mi nueva vida.

—¿Está usted bien, señorita Collins?

Aturdida, miro a mi alrededor, a través de la ventanilla de un todoterreno que avanza por un sendero, o lo que se suponga que es esto.

Lo cierto es que no hay nada. Árboles, maleza, piedras… ah, sí, y muchos baches. Baches hay un montón. Barrizales y un sinfín de bosque.

¿Dónde narices estamos?

—Sí, sí —respondo poco convencida.

—Ya no estamos muy lejos —anuncia el señor Hoffman.

¿Qué no estamos muy lejos? A mí me parece que estamos a tomar por saco de cualquier parte.

Completamente turbada y desconcertada, no dejo de contemplar el entorno. El coche lucha por abrirse camino y bambolea de un lado a otro. Estoy convencida de que en cualquier momento este cacharro va a volcar. Temo que así sea y nos quedemos tirados en medio de la nada, que abandonemos la seguridad del vehículo y seamos atacados por un oso. Moriremos, los mapaches devorarán nuestros restos y nadie podrá volver a encontrarnos.

Me estremezco ante la dantesca imagen que invade mi pensamiento y me obligo a alejarlo todo lo posible y centrarme en el presente. No nos adelantemos a los acontecimientos.

¿De veras alguien vive aquí? Al parecer, yo. No me lo puedo creer. Todavía no hemos llegado y ya me he arrepentido.

—Creí que la casa estaba en Woodstock —replico con algo de impertinencia.

Totalmente justificada, debo añadir. Esto cuanto menos parece una tomadura de pelo. Dejamos atrás el pueblo hace un buen rato. Y cada vez nos adentramos más en el bosque.

—A las afueras de Woodstock —corrige el señor Hoffman.

¿A las afueras? Parece que nos estamos adentrando en las profundidades del Amazonas.

Cuando voy a replicar, el vehículo se detiene. Echo otro vistazo a mi alrededor y sigo sin ver absolutamente nada.

—¿Qué pasa?

Estoy convencida de que es justo ahora cuando me comunican que esto no es más que una broma de cámara oculta, todos nos echamos a reír y finalmente puedo respirar tranquila.

—El coche no puede seguir a partir de este punto. Pero no se preocupe, estamos justo aquí.

¿Estamos justo aquí? Sí, de eso no cabe duda. ¿Pero dónde es aquí? ¿Dónde Dios vino a descansar el séptimo día? ¡Aquí no hay absolutamente nada!

Sin oponer resistencia, pero con un cabreo monumental, salgo del coche y vuelvo a echar otra ojeada a mi alrededor.

Árboles, maleza…

Resoplo, me cruzo de brazos muy enfadada y dirijo la mirada al señor Hoffman, que acaba de sacar mis maletas de la parte trasera

del todoterreno.

—Le prometo que solo serán unos minutos, señorita Collins.

Endurezco los músculos de mis brazos y cabeceo un par de veces. Pero logro contenerme. No cabe duda, este hombre no tiene la culpa de que a mi padre le diera por construir una casa en medio de la nada.

—Está bien —concedo sin poder evitar ser algo cortante.

Unos diez minutos después avisto una casa de madera a lo lejos.

Arrastro una de mis maletas de ruedas por el sendero lleno de piedrecillas y barro. Cuanto más nos vamos acercando, más confusa me siento. La casa es muy bonita, no lo negaré. No esperéis grandes lujos, pero parece acogedora, aunque rodeada de tanto bosque, resulta un tanto siniestra.

Rodeo la propiedad y me aventuro a subir al porche de la parte trasera de la casa.

Admiro el entorno sin mucho entusiasmo. Un banco justo bajo la ventana y una mecedora que parece la mar de cómoda, captan mi atención en el porche. Las ventanas hacen juego con el revestimiento de los muros de la casa. Todo construido con la misma madera y en el mismo tono, por lo cual es difícil diferenciar una cosa de la otra. El lugar es idílico y un precioso río, bordea la parte trasera de la construcción.

Cierro los ojos un segundo y escucho el caudal del agua. Da la sensación de estar en un lugar mágico y completamente aislado del mundo. Vuelvo a abrirlos y al mismo tiempo un escalofrío se arremolina en mi vientre y me confirma que yo no puedo vivir aquí. No hay opción alguna a ello. De ninguna manera. Es totalmente imposible.

—Señor Hoffman, creo que lo más conveniente es que regresemos al pueblo.

El notario de mi padre me mira con cara de circunstancia. No sé si él ya había estado aquí o no, por su expresión, lo dudo. Y creo que está pensando lo mismo que yo. Esto es un desastre. Y totalmente demencial e irresponsable, vivir en un lugar como este.

—Señorita Collins, no quiero parecer entrometido, pero, ¿por qué no se da unos días, antes de tomar una decisión precipitada?

Una decisión precipitada es lo que tomé al decidir venir aquí. Aun así, decido no hacer comentarios al respecto y simplemente asentir.

Me despido del señor Hoffman en el porche de la entrada trasera y, tras apoyarme una eternidad en la barandilla de madera, observo cómo el notario se aleja. Cuando ya no hay ni rastro de él, tomo aire y me obligo a mí misma a entrar en la casa. Dejo las maletas en el porche, dudo mucho que nadie venga hasta aquí, ni tan siquiera los ladrones.

Introduzco la llave en la cerradura al mismo tiempo que sujeto la manilla, pero antes de llegar a girar la llave, me doy cuenta de que la puerta está abierta. Seguridad cero.

Resoplo y entro con paso titubeante y muy poco segura de mí misma. ¡Acojonada! ¿Para qué vamos a engañarnos?

No olvido que no vivo sola, y puede que Lincoln, esté en casa. Por lo que, lo primero que hago es saludar en voz alta.

—¿Hola? —No obtengo respuesta. —¿Hay alguien?

Después de varios intentos y con la seguridad de saber que no hay nadie en la vivienda, por fin pongo el primer pie en la misma.

Echo el primer vistazo. La planta inferior es abierta. Una cocina y un salón de tamaño considerable. Un par de puertas abiertas, que desvelan un pequeño cuarto de baño y una despensa, y la salida a la parte delantera de la casa.

La construcción es toda de madera tanto por fuera como por dentro, lo que le proporciona una sensación cálida y acogedora. Predomina la madera y todos los tonos de color marrón existentes. La inmensa chimenea del salón, le da un toque muy rústico y un aire a típica cabaña de leñador. Algo en mi interior me dice que esa chimenea no es mera decoración. ¡Los inviernos aquí tienen que ser brutales!

Lincoln
Capítulo 3

—Hoy llegaba tu nueva hermanita, ¿no?

Lo asesino con la mirada, pero enseguida pierdo todo interés y recostándome en la silla, me llevo el botellín de cerveza a los labios. Le doy un trago que vacía media botella y pierdo mi vista al frente.

—¿No vas a darle la bienvenida?

Me levanto de un salto de la destartalada silla, cojo un trapo sucio de grasa y me lo introduzco en el bolsillo trasero de los vaqueros, dejando que cuelgue de él prácticamente todo. Abro el capó de una vieja Ford Ranger y me concentro en localizar el problema.

Tratando de ignorar al gilipollas que me lleva tocando las pelotas un buen rato.

—¿Qué haces, tío? —investiga Kai.

—Currar, tú deberías hacer lo mismo. ¡Largo de aquí! —Ladro dando por finalizada la conversación con mi amigo.

Poco después, y tras no haberle dirigido la palabra en la última media hora, por el rabillo del ojo, veo que Kai se levanta y se marcha del taller sin despedirse.

Perfecto. Ha captado la indirecta. ¡Era hora!

Estoy de un humor de perros. Me esfuerzo por ignorar la evidencia, pero resulta un tanto complicado, ya que, hoy, cuando vuelva a casa… estará allí.

Tal vez no. Puede que ni siquiera haya sido capaz de llegar. Vete tú a saber. No me sorprendería en absoluto.

Cuando me llamó el capullo de Donovan para decirme que la hija de Jack, había decidido aceptar el testamento con las condiciones que su padre impuso, me sorprendí. Y no precisamente para bien.

Jack era un buen tipo, uno muy reservado. Por lo que no tengo ni puta idea de quién es su hija. Tampoco es que me interesase hasta la fecha, dado que, me va a tocar aguantarla…

Resoplo solo con imaginarlo.

Cuanto sé de ella es que es de Atlanta. Le doy tres días. Si es que no ha salido corriendo ya, al ver el agujero en el que vivo.

«¿En serio?», pregunto para mis adentros al ver que el problema de la camioneta, es que tiene el motor gripado.

«Verás qué contento se pone Pike cuando se lo diga.»

Doy por finalizada la jornada laboral mucho más tarde del horario habitual. No me apetece lo más mínimo volver a casa. Y eso me toca las pelotas, es mi puta casa.

Engancho otra Budweiser congelada de la nevera, y me la bebo de un trago antes de subirme a la moto.

El destello de luz que proviene del piso superior, me recibe al aparcar la moto de mala manera en la entrada trasera. Entro en casa y pillo otra cerveza de la nevera. Le doy un manotazo muy mal encarado al aparato musical y *Heavy is the crown* de Daughtry, empieza a sonar a todo volumen. Vuelvo al porche, me dejo caer en el banco de madera y subiendo una de mis piernas, apoyo la bota militar en la barandilla.

La canción está en pleno apogeo cuando la presiento a mi espalda.

—Hola —grita por encima de la música para que pueda oírla —. Soy Mia.

«¿Y quién iba a ser si no?»

No me molesto ni en mirarla. No me apetece que esté aquí, pero ya que lo está, por lo menos que haga algo útil.

—Tráeme otra cerveza.

No dice nada y, aunque lo hiciese con el volumen que tiene la canción, dudo que pudiese oírla. Pero un par de minutos después, una menuda figura, que no atino a ver, porque no levanto la cabeza para hacerlo, se planta frente a mí, y me tiende otro botellín de cerveza frío.

¡Es obediente! Vamos bien.

Alargo el brazo para arrancárselo de las manos y mis ojos se clavan en sus piernas.

¡Hostia puta!

Lleva unos pantaloncitos cortos, color carbón, supongo que son de pijama. Desvelan unas piernas de infarto. Aún no he levantado los ojos más allá del pequeño triángulo que se marca en su entrepierna. Por el modo en el que mi polla protesta dentro de mis vaqueros, no planeo hacerlo.

—¿Siempre llegas tan tarde de trabajar?

Son más de las once de la noche. Es tarde, cierto. Pero, ¿quién hostias se cree que es, para decirme cuando llegar y cuando no, a mi puta casa? Me importa una mierda que solo quiera buscar conversación, no tengo ganas de cháchara. Que se busque amigas para contarse secretitos.

No respondo. Continúo sin mirar más allá de sus piernas. Eso sí, a sus piernas les doy un buen repaso. Tiro el botellín anterior de cerveza, a la papelera. Encestando sin ni tan siquiera proponérmelo y haciendo estallar el cristal al caer en el cubo.

Se apoya en la barandilla de madera del porche, muy cerca de donde yo tengo el pie. Tentado estoy a inclinarlo un poquito y repasarle el exterior de los muslos con la puntera de mi bota. Me contengo.

—La casa es muy bonita. He metido mis cosas en la primera habitación al subir las escaleras a la derecha. Me pareció la única que no estaba ocupada. Espero que no te importe.

Sigue hablando sin parar, cuando lo único que quiero es que se calle. ¡Hostias! Que se largue. Esto no va a salir bien.

—No me cuentes tu vida —repongo con voz tajante y mucha bordería.

En un primer momento, se queda congelada al escuchar lo cortante que he sido. Pero enseguida se agarra con fuerza al pasamanos de la barandilla. Sus pequeños nudillos se vuelven blancos y la piel de sus muslos se tensa. La boca se me hace agua y le pego otro trago a mi cerveza. Se incorpora, se toma varios segundos para cerciorarse de lo que ha escuchado.

No es muy avispada, que digamos.

Finalmente, replica:

—Eres un capullo.

No lo puedo evitar. Unas carcajadas atraviesan mi garganta al escucharla.

Es peleona. Por ahí vamos mal.

Pero ha dado en el clavo, no voy a negárselo. ¡Soy un capullo! Y cuanto antes lo entienda, mejor para ella.

No tengo en mente iniciar una guerra esta noche, por lo que, con toda la calma del mundo, me termino la Budweiser y me pongo en pie.

Girando sobre mis botas, le ladro por encima del hombro, sin haberla mirado ni una sola vez:

—Vete acostumbrando, nena.

Entro en casa, subo los escalones que dan al piso superior de dos en dos, y cierro la puerta de mi habitación de un portazo.

Me dejo caer de espaldas en la cama y pierdo mi vista en las vigas de madera del techo.

De un puntapié, me deshago de las botas y resoplo con fuerza.

Esta situación no me gusta lo más mínimo.

A joderse, es lo que toca.

Mia
Capítulo 4

Me quedé totalmente fuera de combate con la salida del imbécil de Lincoln. No esperaba que me hiciese una fiesta ni mucho menos para recibirme. Tampoco que se comportase como un gilipollas integral.

«¿Dónde me he metido?»

El estruendo de la puerta, imagino que, de su habitación, al cerrarse, me sobresalta.

¿Pero este tío de qué va?

Llevo toda la tarde esperando a que llegue, y juro que con toda la buena intención del mundo. Quería empezar con buen pie. Por lo visto, él no opina lo mismo.

La primera me la tragué cuando, sin ni tan siquiera saludar o dirigirme la mirada, me ordenó, porque eso fue una orden en toda regla, que le trajese una cerveza. Después le sigue el corte bruto de que no le cuente mi vida. Y para acabar de rematarla, cuando le digo lo que pienso, me salta que me vaya acostumbrando. La lleva clara. Solo espero que tuviese un mal día en el trabajo, o que hoy, se levantase con el pie izquierdo, y poder partir de cero, mañana. Voy a darle un voto de confianza. Dios quiera que corrija su actitud, porque no voy a tolerar tonterías de nadie.

Si no he saltado, y lo he puesto en su sitio, como se merecía, es porque, uno; comprendo que la situación pueda superarlo, es delicada, a mí tampoco me complace. Y dos; está muy bueno. Joder, eso no me lo esperaba. ¡Está buenísimo!

Cuando lo he visto de frente, una corriente eléctrica que partía de la parte trasera de mis talones y subía al mismo ritmo que se aceleraban los latidos de mi corazón, por el interior de mis piernas, hasta instalarse en mi estómago, me ha dejado petrificada y totalmente desquiciada. Sin control sobre mí misma. Al punto que he tenido que apoyarme en la barandilla del porche para no caerme y darme de bruces contra el suelo.

Posee una belleza inigualable, de un modo completamente, rudo, salvaje y primitivo. Es esa fiera indomable que encuentras en un safari por la sabana africana, que nubla tus pensamientos con su belleza. Aun sabiendo que tu vida pende de sus garras, no puedes dejar de observarlo obnubilada. Bastaría un solo zarpazo para acabar contigo.

Atraída por el peligro, me permití estudiar su selvática apariencia.

Es alto, mucho. Un animal salvaje, que, al erguirse, marcó cada músculo de su cuerpo, endureciéndolo.

Su piel morena y tersa, reclamaba a gritos insonoros que pasease mi lengua sobre ella.

Los muchos tatuajes que asomaban por la poca porción de piel desnuda que mostraba, enviaban corrientes eléctricas a mi epicentro.

Sentí el calor de sus ojos negros como el pozo más infinito, clavándose en mis piernas y el único roce de sus dedos, al arrancarme la cerveza de las manos, consiguió que el ritmo al cual corre la sangre por mis venas, triplicara su velocidad.

¡Virgen santa! Ni siquiera soy capaz de describirlo. Al verlo llevar el botellín de cerveza a los labios, solo podía pensar en sentir esos labios en un sitio muy concreto de mi anatomía.

Las pequeñas gotitas de condensación del botellín, le resbalaban por el labio inferior y prácticamente he tenido que contenerme para no gemir.

Sin embargo, no voy a dejar que me encandile con su cuerpo perfecto y esculpido a base de hacer jadear a infinidad de mujeres. Es exactamente de lo que tiene pinta.

Es un imbécil. Y como tal, será tratado. Fin de la discusión.

A no ser que… mañana se levante con el pie derecho y podamos hacer borrón y cuenta nueva.

En silencio cruzo los dedos para que así sea. De lo contrario, la convivencia se complicaría más de lo necesario. No me gustaría que la tensión de esta noche, sea la que defina el tipo de relación que vamos a tener.

Intentando no darle más vueltas de las necesarias a mi cabeza, entro en casa y me recluyo en mi habitación. Eso sí, yo no hago

temblar todos los cimientos de la construcción al cerrar la puerta.

¡Menudo carácter!

Ahogo un grito y salgo de la cama de un salto.

¿Qué cojones es eso?

Love-hate-sex-pain de Godsmack, suena a un volumen completamente demencial.

Me llevo las manos al pecho para calmar mi caótica respiración e intento relajarme. Me acabo de llevar un susto de muerte. Tras aspirar un par de veces, el aire entra por fin en mis pulmones y consigo comprender, que no ha ocurrido una catástrofe, y que el mundo no se ha venido abajo. Fijo la vista en el reloj despertador que hay en mi mesilla: «05:02».

No puedo creerlo. ¿Esto es una broma? Porque de ser así, yo no le encuentro la gracia.

Deslizo mis pies dentro de las zapatillas de andar por casa y sin más, salgo al pasillo y bajo las escaleras a toda velocidad, siguiendo el rastro de la música.

¡Me va a escuchar!

Me quedo anclada en el suelo cuando lo veo tirado de cualquier manera en el sofá del salón. La única prenda que lo cubre, es un bóxer negro ajustado. ¿Acaso no tiene vergüenza? Parece que no, y modales tampoco.

Obligo a mi perturbada mente a alejar los pensamientos impuros que se empiezan a apropiar de ella y a mi cuerpo a rechazar los impulsos de sentarme a horcajadas sobre sus caderas.

¡Joder, qué frustrante!

¿A qué narices huele aquí?

Lo veo dar una larga calada a un porro y enseguida caigo en la cuenta. ¿Cómo no? El gilipollas fuma marihuana. Lo que me faltaba.

Es totalmente consciente de que estoy aquí, y de paso, también que me ha despertado de una manera muy poco agradable. Sigo avanzando hasta colocarme frente a él. Estoy echando chispas. En todos los sentidos he de admitir. En ese momento, expulsa el humo del porro, cubriéndolo todo a su paso con una nube espesa que me

obliga a toser y lanzar manotazos al aire, para desprenderme de la humareda.

—¿Estás loco?

No sé ni para qué se lo pregunto, es más que evidente que sí.

—Tengo hambre.

—¿Y eso te da derecho a comportarte como un imbécil?

Por primera vez desde que nos conocemos, levanta la cabeza despacio y fija sus ojos en mí, con cara de muy pocos amigos.

Sus ojos tan negros como sus pupilas, calientan mi piel de inmediato.

He de admitir que su descomunal cabreo, me intimida.

No voy a demostrarlo. Si dejo que ahora me pase por encima, estoy jodida.

Me recorre con la mirada varias veces de arriba a abajo sin disimulo ninguno. De pronto me siento completamente desnuda, a pesar de llevar un pijama de pantalón corto y camiseta a media manga. No me parece suficiente.

Fija sus lascivos ojos negros en mi pecho, me lo cubro con los brazos de inmediato.

—Ven aquí.

¿Está de coña? No pienso ir. Primero porque no soy su perrito faldero, ni el suyo, ni el de nadie. Y segundo, estoy totalmente convencida de que no es buena idea que estemos cerca.

Continúa con la vista clavada en mí, recorriendo cada centímetro de piel desnuda; en estos momentos es muchísima más de la que me gustaría.

Niego con la cabeza y, a pesar de que no me está mirando la cara, vuelve a la carga.

—No te lo pediré tan amablemente una segunda vez.

Estoy alucinando. Estado mental actual: Incredulidad total.

Y mi desquiciada mente, en lugar de mandarlo a la mierda, no puede evitar recorrerlo con la mirada a él también. Los tatuajes que ayer asomaban, en las pocas zonas de piel que no cubría su ropa, hoy quedan al descubierto por completo. Está tatuadísimo, tiene un cuerpo de infarto y… joder, está empalmado.

Se levanta del sofá con toda la parsimonia del mundo, dando una nueva calada, y avanza algunos pasos en mi dirección. Pasos que yo retrocedo de inmediato. Mis gemelos chocan con la mesita de centro del salón y me quedo anclada en el sitio. Lincoln aprovecha para estirar la mano y cuando creo que va a tocarme…

—No me toques. —Me apresuro a decir.

Sin embargo, meto la pata. Ya que mientras estoy acabando mi reproche, veo que alargaba la mano para apagar el porro en el cenicero que hay en la mesita a mi espalda.

El escucharme parece encenderlo más. Posa su mano con firmeza en mi nuca y sosteniéndome por ella con decisión, susurra con voz de lo más insolente:

—No necesito tu permiso para tocarte, y ahora, a la cocina.

Con las mismas vuelve a dejarse caer en el sofá, apoya la cabeza en el respaldo y cierra los ojos. Totalmente concentrado en esa estridente canción, que repite en bucle una y otra vez.

Petrificada por la situación, doy media vuelta y enciendo la cafetera. Solo me lleva unos minutos, preparar un café y hacer unas tostadas. Me sentaré con él en la mesa de desayuno e intentaré hacerlo entrar en razón. Se está comportando de un modo totalmente irracional.

Pero estoy convencida de que puedo reconducir esta situación. Obviamente, no voy a pasarle por alto la escenita que acaba de montar. Pero si lo hablamos con la barriga llena, y dejando pasar unos minutos de rigor, lo veremos diferente.

Mientras preparo la mesa, le dedico varias miradas de reojo. Solo puedo pensar en que está demasiado bueno. Y eso no es beneficioso para mí.

—Lincoln —llamo prudente.

Se toma su tiempo y, por fin, se levanta y se dirige a la cocina. Tomo asiento y él agarra el respaldo de la silla con una mano para retirarla cuando fija la vista en la mesa.

—¿Qué mierda es esto?

—El desayuno —remarco lo obvio.

Resopla, agarra el plato de malas formas y lo estalla contra el cubo negro de la basura. Tirando en él, no solo el desayuno que

acabo de preparar, sino también, el plato.

Abro los ojos, incrédula. Juro que estoy poniendo de mi parte, pero este tío no me lo pone nada fácil.

—¿Pero a ti qué te pasa? ¿Qué haces? —suelto, apresurada.

Me dirige otra de sus gélidas miradas. Tensa la mandíbula y sus fosas nasales se dilatan.

—Bacón, huevos y salchichas. No creo que sea tan complicado, hostias.

¡Se acabó! No puedo seguir pasándole ni una más por alto. Puede que esté muy bueno, pero se está columpiando demasiado.

—Pues si es tan sencillo, háztelo tú.

Reprimo el llamarlo imbécil, aunque sin duda lo es. Acaba de cortar todo el buen rollo que pudiese existir entre nosotros, y de paso, ha hecho que mi apetito desaparezca.

Me levanto de la silla y cojo mi plato con una mano, me acerco a la basura y vacío su contenido. Con las mismas lo llevo a la pileta. Fregaré los cuatro cacharros que he utilizado y me largo a ducharme. No tengo por qué quedarme aquí ni un minuto más soportando sus impertinencias.

Abro el grifo del agua y regulo la temperatura, cuando lo siento pegado a mi espalda.

Me estremezco de pies a cabeza y no consigo comprender si mi excitación se debe a lo muchísimo que me atrae este gilipollas físicamente, o, a lo mucho que me intimida su presencia.

Voy a darme la vuelta para mandarlo a la mierda y, antes de tener tiempo a hacerlo, sujeta mi cadera con una de sus enormes y tatuadas manos. Acerca sus labios a mi oído y cosquilleándome parte de la mejilla con su barba de tres días rasposa, susurra con voz torturadora:

—Estoy cachondo y tengo hambre. O me haces el desayuno o te echo un polvo. Tú decides, nena.

Me agarro al borde de la encimera con fuerza, mientras siento su palpitante erección chocar contra la parte baja de mi espalda en ese momento. Al borde del cataclismo y con las rodillas temblando, le respondo:

—Te… te hago el desayuno.

—Eso pensaba yo.

Estoy acabando de vestirme, cuando escucho otro portazo. Esta vez proveniente de la puerta de entrada. A este paso va a acabar por tirar la casa abajo. A toda prisa, desciendo acelerando el paso todo lo que puedo las escaleras, mientras me hago una coleta con el pelo húmedo. Se está largando. Y si no lo pillo a tiempo, me quedaré recluida en medio de la «nada», literalmente, todo el día. Cosa que me niego en rotundo a que suceda.

Lo veo pasar un pie por encima de su moto y a toda velocidad pregunto:

—¿Puedes acercarme al pueblo?

Flexiona dos dedos, pidiéndome en silencio que me acerque. A regañadientes, lo hago sin oponer resistencia. Acaricia una sola vez con el reverso de sus dedos mi cadera fugazmente y dedicándome una mirada seca, indaga:

—¿Qué vas a darme a cambio?

Joder, este tío es insufrible. No me dejo intimidar. Muy segura de mí misma, le respondo, sin que me tiemble la voz.

—Puede que te perdone la hostia que pensaba darte y sin duda mereces.

Comprendo que triplica mi fuerza y lo poco eficiente de mi amenaza. Pero no voy a consentir que me trate como lo está haciendo. Por las buenas o por las malas, va a tener que aprender a respetarme.

Además, se supone que no solo vivimos juntos, también trabajamos juntos. Y aunque no tenga ni la menor idea de lo que voy a hacer yo en un taller, son las condiciones de mi padre, no puedo pasarlas por alto. O perderé todo a lo que tengo derecho.

De nuevo vuelvo a dar mi brazo a torcer.

—Vamos, Lincoln. Esto es absurdo. No nos conocemos, comprendo que la situación es delicada, pero no tenemos por qué llevarnos mal, y además yo no…

Se aleja de la moto, dejándome con la palabra en la boca. Mi mirada lo persigue, hasta que veo que vuelve a entrar en casa. Un

par de minutos después, sale con un casco de moto entre las manos. Me lo tiende sin ni tan siquiera mirarme, y yo dudo.

Joder, ¿ahora cómo le digo a este tío que me dan miedo las motos? Hay una camioneta estacionada justo en la entrada de casa. Una que no sé cómo ha llegado hasta aquí. Ya que el señor Hoffman, me hizo venir a pie los últimos diez minutos, porque el camino era imposible. En absoluto preparado para un vehículo.

Decido tragarme mi miedo y cojo el casco que me ofrece.

Titubeante, me lo coloco, paso la pierna por encima de la bestia mortal, sobre la que estamos montados, y cierro los ojos con fuerza.

Como puedo, me acomodo e intento no tocarlo más de lo estrictamente necesario. Y, por supuesto, no me agarro a él. Pero cuando le da gas y sale derrapando, causando el caos a su alrededor y conduciendo como un loco, por en medio del bosque, me asusto, y mis brazos envuelven su torso, mientras mis manos retuercen la tela de su camiseta a la altura de su estómago, con desesperación. Si no reduce, va a matarnos.

Al primer contacto me estremezco. No puedo evitar que mis manos se deslicen a lo largo de su estómago de hierro, y las piernas me cosquillen. De no estar sentada, estoy segura de que me habría caído.

Unos veinte minutos después, dejamos atrás el bosque y cruzamos un puente de madera y acto seguido estamos en la que reconozco, como la carretera que nos llevará al centro de Woodstock.

Aliviada por volver a la civilización, pego mi mejilla contra su espalda y suspiro. Sin darme cuenta, inspiro hondo y su olor alimenta hasta el rincón más remoto de mi ser. Huele a marihuana y madera recién talada. Una mezcla extraña y muy masculina debo añadir.

Estaciona encima de la acera y espera paciente sin decir una palabra a que me baje. Espero a que él haga lo mismo.

—A las cinco te recojo aquí. No te retrases o volverás a casa andando.

Me quedo a cuadros ante su descaro. No esperaba que me abandonase en mitad del pueblo sin más. Y aunque no es mi niñera,

ni tiene la obligación de cargar conmigo, como ya he dicho antes, se supone que trabajamos juntos.

Deseo protestar, pero me quedo sin opción, ya que me deja plantada en medio de la acera, sin darme tiempo a abrir la boca, con el casco de su moto colgando de un brazo y sale derrapando calle arriba.

Lincoln
Capítulo 5

Llevo más de una hora clasificando facturas o, mejor dicho, intentándolo.

No tengo ni puta idea de cómo funciona toda esta mierda.

Lo mío es estar en el taller a mi bola, arreglando cualquier vehículo y contando los minutos para poder alejarme del pueblo y recluirme en mi casa.

Desde que Jack no está, esto es un desastre. Nunca me he ocupado de la parte administrativa del taller, y mucho menos he tenido que mediar con clientes o trozos de papel. Los mire por donde los mire, carecen de sentido.

—Menudo marrón me has dejado, capullo —bramo al cielo, acordándome de Jack y en este preciso momento, esperando que esté revolviéndose en el infierno por lo que me está haciendo.

Y no me refiero solo al hecho del taller. Que no es poco. Pero hasta cierto punto, eso no me preocupa en absoluto.

Bastaría con echar la persiana abajo y colgar un cartelito que ponga: «Se vende». Volvería al bosque y me buscaría la vida allí, como siempre he hecho. Sin tener que volver a verle el careto a nadie.

Mia.

La jodida, Mia.

Aunque admito que está muchísimo más buena de lo que podría haber imaginado. Es un verdadero incordio.

A decir verdad, a mí me basta con meterla en un agujero caliente, y de eso voy sobrado en este pueblo. No tengo por qué aguantar sus chorradas.

Pero el cabronazo de Jack, la dejó bajo mi cuidado por algo. Aunque lo hiciera sin ni tan siquiera consultarme. ¡Qué mamonazo! Si no estuviera muerto, le retorcería el pescuezo en este instante. Pretende que yo haga, lo que él jamás hizo; ocuparme de su hija.

Está muy equivocado.

Aunque le deba mucho. No pienso cargar con una responsabilidad que no me corresponde.

Saturado, arrastro el antebrazo por el viejo escritorio de madera, tirando todo lo que hay encima, al suelo.

—A tomar por culo, hostias.

—Tienes que informatizar todo esto —me reprende Dominic, entrando por la puerta del pequeño cuartucho, al que llamamos despacho.

—No me gustan los ordenadores —me defiendo de un modo muy poco elegante. Viene a tocar las narices, lo huelo.

—Querrás decir que no tienes ni puta idea de cómo encender uno, cuanto menos usarlo.

Lo dicho. A tocar las pelotas.

—Vete a la mierda —ladro levantándome de la silla y recuperando el porro que llevo apoyado en la parte superior de la oreja y encendiéndomelo.

Me fastidia reconocer que tiene razón, por lo que no lo hago.

Cojo dos botellines de cerveza fría y le tiendo uno.

—¿Y bien? —pregunta mi colega.

Sé a qué se refiere de inmediato. Quiere saber algo sobre Mia. No voy a satisfacer su curiosidad. Por otro lado, porque Mia, me importa una mierda.

—Está muy buena —anuncia Kai, uniéndose a nosotros.

—¿La has visto? —insiste Dominic.

—No. Pero he visto el humor de Lincoln. Es más que suficiente.

No les hago caso y me alejo unos pasos para comprobar si el sellado que le di a la puerta de la camioneta, que arreglé esta mañana, se ha secado.

—¿Salimos esta noche?

—No. Mañana quiero ir a cazar —. Kai le resta importancia a mi negativa.

Los chicos saben que aprovecho todo el tiempo que puedo fuera de la civilización. El salir a cazar por las mañanas, me relaja.

Se sumergen en una absurda conversación, sobre a quién tirarse esta noche y dónde ir. Mientras yo me concentro en cambiar el tubo de escape de una de las motos que tengo aquí para reparar.

Levanto a peso la parte trasera y el sudor cubre mi frente, me lo seco con el antebrazo y continúo con el trabajo.

Pellizco el puente de mi nariz, concentrándome en desmontar el escape viejo.

—¿Estás ocupado?

Levanto la vista y me encuentro con Brittany, mirándome con una sonrisilla estúpida en la boca.

De inmediato me incorporo. Cojo un trapo que está apoyado en el manillar de la moto, y limpio mis manos de grasa en él. Echo a andar y doy un golpe de cabeza, ordenando que me siga.

Obedece sin dudar. No tenía dudas.

Entro en el cuarto de baño y sostengo la puerta con la vista perdida en los azulejos del pequeño cubículo, esperando a que ella entre.

Cuando lo hace, cierro de golpe. Me doy la vuelta y me la encuentro a escasos centímetros. Le sostengo una cadera con una de mis manos y la giro dejándola de espaldas a mí.

Sin perder el tiempo, cuelo mi mano bajo su falta y al comprobar que no lleva bragas, le acaricio el coño con dos de mis callosos y ásperos, dedos.

La descubro justo como había imaginado, chorreando. Palpitante.

—Qué prisas, Lincoln.

—Cállate. —Que puta manía de incordiar.

Suspira haciéndose la ofendida por mi corte, pero los dos sabemos que solo es una pose. Le encanta que la utilice. ¿Por qué si no vendría a buscarme?

No doy explicaciones. Enredo mis dedos su larga melena rubia, la empujo con firmeza, hasta dejarla arrodillada en el suelo.

Protesta levemente cuando sus rodillas desnudas, se rozan contra el suelo irregular de cemento.

Se muerde el labio inferior y, antes de que pueda rechistar, exijo:

—Abre la boca.

No espero a que reaccione y obedezca. Simplemente, con la mano libre la sostengo por las mejillas y presiono con fuerza, abriéndosela yo mismo.

Brittany, ya muy acostumbrada a mis rudas formas e impaciencia. Apresurada y ágil, me desabrocha el botón del vaquero, desliza la cremallera y libera mi erección.

Levanta la mirada y sus ojos azules brillan de anticipación a lo que la espera.

Envuelve su mano en mi tronco, aunque es incapaz de rodear toda mi circunferencia.

Bombea un par de veces mi polla. Completamente aburrido de esta situación y ansioso por descargar, ordeno con severidad e impaciencia.

—Métetela en esa boquita de zorra de una puta vez, hostias.

Se la clavo de una sola estocada, endureciendo el agarre en su pelo. Cuando sus lágrimas comienzan a descender por las comisuras de sus ojos, y las arcadas son cada vez más intensas, a causa de mi brusquedad, coloco la palma de la mano, que tenía sujetándole las mejillas, en su nuca. Presiono con más ahínco y la embisto con más fuerza.

No tardo ni cinco minutos en correrme. Normalmente, me tomo mi tiempo para disfrutar de esto. Pero hoy no me apetece. Por lo que me concentro en lo importante; descargar.

Vuelvo a meterme la polla a media asta en los pantalones y salgo del baño sin esperar a que ella se vista. No me molesto ni en cerrarle la puerta.

Y, por supuesto, no la digno ni de una sola de mis miradas.

Tras esta pequeña interrupción, reanudo el trabajo que tenía entre manos.

—¿Te veré después? —consulta al reunirse conmigo.

Niego con la cabeza y ella se marcha apenada por mi respuesta.

—La tienes comiendo de tu mano —se cachondea Dominic.

—No podría importarme menos —rebato sincero.

Mia
Capítulo 6

Gran parte del día, la empleé recorriendo el pueblo y familiarizándome con él. Lo cierto es que, aunque no sea un sitio muy grande, sí es muy agradable.

He descubierto rincones preciosos y aprendido un montón de cosas sobre este lugar, tan desconocido hasta el momento.

El Middle Covered Bridge, es un puente histórico que rezuma belleza por los cuatro costados. Muy rústico y en total armonía con lo pintoresco del paisaje que lo rodea. Me ha enamorado. Es como un viaje en el tiempo. La biblioteca y el teatro, son otros dos de los puntos fuertes de mi visita turística de hoy. Y la capilla, en el centro del pueblo, me ha dejado anonadada. Es espectacular.

Para ser un sitio tan pequeño, está repleto de tiendas de artesanía y otros negocios locales en la calle principal.

Aunque he de admitir, que me he dejado caer por las inmediaciones del taller, tal y como están las cosas con Lincoln, no conseguí reunir el valor de entrar.

Esperaré a mañana para hacerlo. Paré en un pequeño supermercado que encontré en el centro y compré varias cosas para hacer la cena esta noche.

Confío en poder reconducir nuestra relación.

Sobre las tres de la tarde y cargada con las dos bolsas de la compra, mi mochila y el casco de la moto, (mi fiel compañero durante todo el día de hoy), entro en una panadería a descansar los pies.

Llevo pocos minutos sentada en una de las mesitas redondas de forja, cuando una chica, más o menos de mi edad, se me acerca a tomar mi pedido.

Me sonríe al dejar mi café sobre la pequeña mesita y le devuelvo el gesto.

A los pocos minutos, iniciamos algo parecido a una conversación. Ella desde su puesto en la barra y yo desde el mío en la mesa.

Poco a poco vamos acortando las distancias y acaba instalándose en la silla que tengo vacía frente a mí.

Me comenta que es nativa de Woodstock. Se llama Audrey y, en efecto, solo tiene un año más que yo.

Le confieso que acabo de mudarme al pueblo y que este es mi primer contacto con el mismo.

Lo cierto es que es simpatiquísima. Y sin darnos cuenta, los minutos van pasando y Audrey finaliza su turno de trabajo. Me ofrece acompañarla a un local que está a poca distancia para tomarnos algo juntas, mientras nos conocemos un poco mejor.

No puedo negarme, y lo cierto es que, tampoco quiero.

Por lo que decido irme con mi *nueva amiga*.

Por el camino, la conversación es amena y nos entretenemos viendo los escaparates a nuestro lado de la acera.

Me ayuda a transportar todos los trastos que llevo a cuestas y, poco después, estamos instaladas en una de las mesas de la cervecería a la que me ha traído.

—Cuéntame más sobre ese cambio tan drástico. Atlanta no tiene nada que ver con Woodstock. ¿Qué te llevó a venirte aquí a vivir?

Voy a empezar a comentarle a Audrey por encima el motivo de mi traslado, pero veo que pierde el interés, se levanta de la silla de un salto y saluda con la mano de manera efusiva.

Segundos después, un chico muy alto, con unos preciosos ojos que deliberan una clara batalla, entre el verde y el marrón, por hacerse con un puesto de honor, se acerca a nosotras y coge a Audrey por la cintura.

Se agacha para estar a su altura y ronronea contra sus labios:

—Te he echado de menos, preciosa.

Le planta un beso en los labios y esta responde la mar de gustosa.

—Él es Clayton, mi chico —. No era necesaria tal aclaración, me habría sorprendido que me dijese que es cualquier otra cosa, con la demostración de afecto que acaban de tener en público —. Ella es Mia —me presenta.

Nos saludamos ofreciéndonos una sonrisa el uno al otro. El chico en cuestión, parece majo, aunque reconozco que ya solo la anchura de sus hombros, intimida un poco. Tiene varios tatuajes y lleva unos

vaqueros y una camiseta pringada de pintura hasta los topes. Enseguida comprendo que viene derecho de su puesto de trabajo.

Se instala en nuestra mesa y, de inmediato, iniciamos los tres una desenfadada pero amena charla.

—No sabes dónde te has metido —bromea Clayton divertido.

—¿Por venirme a Woodstock?

—Qué va. Por juntarte con mi novia. Ya no te la quitas de encima más. O, al menos, no hasta que no desaparezcas del pueblo.

Su comentario y sobre todo su forma jocosa de hacer rabiar a su novia, consigue que los dos rompamos a reír. Audrey fingiéndose dolida, le propina un cariñoso puñetazo en el bíceps, pero también se une a nuestra diversión.

—¿Y dónde estás viviendo? —indaga mi nueva amiga.

Otra vez, una segunda interrupción. En esta ocasión es un chico, con el pelo castaño muy oscuro, casi negro, y muy revuelto. También altísimo y repleto de tatuajes, quién se acerca a nosotros. Sus ojos increíblemente azules, despiertan mi curiosidad, y soy consciente de que me lo quedo mirando mucho más tiempo del necesario. ¡Es guapísimo! Y lo que me llama la atención es que, tiene la misma expresión de mala leche, que tiene siempre instalada Lincoln en el rostro.

Deben de ser los aires de Vermont.

—Clayton —reclama al novio de mi amiga, con voz tajante y fría. —¿Llevas algo?

El novio de Audrey asiente con la cabeza y hace el ademán de levantarse de la silla, cuando el desconocido fija sus ojos en mí y los frunce sin algún disimulo. Dada su cercanía, levanto el cuello para poder mirarlo cuando este, pregunta con una pincelada de irritación en su voz:

—¿Y tú, eres?

No me lo tomo a mal. Aunque ha sonado como un verdadero imbécil y podría responderle que eso a él no le importa. Supongo que, en un pueblo de tres mil habitantes, al final se conoce todo el mundo. Y acaba por llamarte la atención ver una cara nueva.

—Mia —respondo sin más, con una media sonrisa instalada en el rostro.

De repente, su expresión seria cambia por completo. Esconde una incipiente sonrisa y se muerde el labio inferior. Asiente para sí mismo un par de veces con la cabeza. ¡Como si mi nombre, le hubiese desvelado algún secreto! Y uno, que no tiene pinta de revelarnos, al resto, al parecer.

Y ya no parece tener tanta prisa.

Agarra el respaldo de una silla de la mesa gemela a la nuestra, la arrastra sin tacto alguno por el suelo y la instala a poca distancia de la mía. La pone del revés, y se sienta en ella con las piernas abiertas y apoyando los antebrazos en el respaldo.

—Kai, acaba de llegar —parece reprenderlo Clayton.

Este lo fulmina con la mirada.

Audrey pasó por completo del tal Kai, ni siquiera lo saludó y se sumergió de nuevo en la charla que manteníamos antes de que este llegase.

Hablamos un poco más y cuando a mi sexto sentido, le da por comprobar la hora en mi teléfono móvil, y descubro que son las cinco de la tarde, menos siete minutos. Me pongo en pie como un resorte. Madre mía, las dos últimas horas, se han ido en un suspiro. Aunque no me apetece levantarme y marcharme, menos me apetece tener que volver hasta casa caminando. Por lo que no puedo entretenerme.

Me disculpo a toda velocidad con Audrey, diciéndole que llego tardísimo, pero sin especificar a dónde. Me despido de los chicos con la mano, justo antes de girar sobre mis talones y salir escopeteada por la puerta de la cervecería.

—Te mando un mensaje luego. Graba mi número —grita mi nueva amiga.

Asiento con la cabeza, pero dudo que lo haya visto. Ya estoy a muchos metros de distancia, corriendo para no llegar tarde.

Menos mal que estoy cerca de donde me dejó Lincoln esta mañana. De lo contrario, dudo que consiguiese llegar a tiempo. Mucho menos cargada como una mula.

No tardo mucho en divisar la moto de Lincoln, abandonada de cualquier manera encima de la acera, pero no hay ni rastro de él.

Tanta carrera para nada. Pena que no tenga las llaves, bueno, y que no sepa conducirla, sino quien volvería andando a casa, sería él.

A las siete y cuarto, aparece. Ni tan siquiera saluda. Pasa una pierna por encima y monta en la moto. Se deshace de la pata de cabra con un golpe de talón. Me quedo de pie, plantada frente a él. Con el ceño fruncido y acechándolo con cara de muy pocos amigos. Me ha tenido casi dos horas y media, plantada en medio de la acera, cargada hasta los dientes, esperando a que al señorito le diera por aparecer en algún momento.

El colmo llega cuando abre la boca.

—No tengo todo el día.

¿Qué no tiene todo el día?

Hay que joderse.

Rodeo la moto y me planto delante, con los brazos estirados, sujetando las condenadas bolsas. Lincoln enciende el motor y cuando abro la boca para soltarle cuatro frescas, se me adelanta.

—¿Subes o me largo?

Ladeo la cabeza y cierro la boca, que ya tenía abierta, apretando los dientes y tragándome la mala hostia que llevo dos horas acumulando. Rodeo de nuevo la moto y me monto.

—Así me gusta. Calladita.

Es lo último que le oigo decir cuando sale a todo gas, por la carretera principal. ¡Qué hijo de…!

Las ganas de retorcerle el pescuezo son grandes, pero me contengo. Sobre todo, porque no me quedan manos libres. A los pocos metros me tambaleo. Al llevar las bolsas de la compra en las manos, el agarre que tengo es mínimo. Lincoln parece advertirlo, porque pega un frenazo, que hace derrapar la rueda delantera y se detiene en el arcén. Estira una mano hacia atrás y me arranca las dos bolsas de la mano sin delicadeza alguna. No sé cómo piensa conducir con ellas, pero no seré yo la que proteste. Que se joda, se lo merece. Vuelve a emprender la marcha y lucho por no agarrarme a él. Pero cuando aumenta la velocidad y se dirige al camino de tierra, no lo soporto más y me aferro a su espalda, rodeando su torso con los brazos, como si me fuera la vida en ello.

Lo primero que hace Lincoln al llegar a casa, es dirigirse al aparato de música. ¡Tiemblo! Otra sesión de las suyas, no, por favor. Pero parece que sí. Oigo los primeros acordes de, *Smells like teen spirit* de Nirvana. De inmediato cabeceo y resoplo de manera muy poco elegante.

Me va a volver loca. Él y su puñetera música.

Mientras distribuyo la compra en los armarios y los voy abriendo uno a uno, para familiarizarme con la casa, me llega otra vez ese olorcillo a marihuana.

O yo lo mato a él, o él me mata a mí. Cada vez estoy más convencida de que no hay sitio para los dos en esta casa. Ahora comprendo por qué vive en el culo del mundo. No está preparado para hacerlo en sociedad.

Menos mal que poco después desaparece y se sienta en el porche, sin entrometerse en lo que yo esté haciendo. Viendo la poca predisposición que tiene hoy también, decido dejar algo de cena preparado, por si me entra hambre más tarde, y recluirme en mi habitación. Me parece a mí que el plan, cena y charla, se acaba de ir al garete… una vez más.

Abro los ojos, dándome cuenta de que aún es completamente de noche. Me los froto con los puños y cuando mi vista se acostumbra a la completa oscuridad, solo interrumpida por los destellos de la luna en el cielo, a través de la ventana de mi habitación, veo a Lincoln sentado en un viejo butacón a los pies de mi cama.

Me sobresalto y debatiéndome entre la incredulidad y el miedo, pregunto con prudencia:

—¿Qué haces aquí, Lincoln?

No responde. Se limita a ponerse en pie y lo observo en silencio, algo temerosa. Vuelve a llevar solo un bóxer negro. Y, como viene siendo costumbre, tiene cara de pocos amigos.

Se aproxima a mi cama y, ante la incomodidad que me produce su cercanía, me incorporo hasta quedar sentada en el colchón, con la espalda apoyada en el viejo cabecero de madera, que cubre gran parte de la pared. Me revuelvo entre las sábanas, inquieta y trago con fuerza la bola de saliva que se acumula en mi garganta.

Lincoln, por el contrario, parece muy tranquilo. Me recorre con la mirada de arriba a abajo una sola vez, y yo me aferro con las manos a las mantas, cubriéndome por completo con ellas y apretándolas contra mi pecho.

Durante unos instantes no hace otra cosa que observarme. Y yo no hago más que intentar descifrar la tan absurda como violenta situación en la que me encuentro. De pronto, Lincoln, parece reaccionar y arrastra el butacón de cuero marrón hasta pegarlo por completo a uno de los laterales de mi lecho.

Se acomoda en él con mucha parsimonia, y me mira directamente con los dos pozos negros que tiene en el rostro, repletos de un sentimiento que no logro identificar, a los ojos.

—Lincoln — reclamo su atención, totalmente desconcertada.

Sigue sin responder, con su mirada clavada en la mía. Me revuelvo con más insistencia sin saber qué hacer o decir. Inclina la cabeza hacia atrás y la recuesta en el respaldo. Poco a poco su mano, desciende lentamente por su torso ancho y firme. Hasta llegar al enorme bulto que tiene entre las piernas, y empieza a acariciarse el paquete por encima de la ropa interior.

¡Ya está! Como broma ha estado bien.

Admito que me he acojonado.

Ahora solo quiero que pare.

Que pare y que se marche.

Pero él parece tener otros planes. Yo, a cada segundo que pasa, me bloqueo más.

—Lincoln, por favor, para —suplico de manera incoherente.

Endereza la cabeza y abre los ojos, clavándolos en los míos. Con calma, introduce la mano por dentro de la fina tela que lo cubre y continúa acariciándose.

Mierda, mierda, mierda.

Bajo la vista a su entrepierna con los ojos como platos y al ver que libera su erección, la devuelvo a sus ojos y niego con la cabeza frenéticamente.

Su rostro carece de emoción alguna. Se agarra la base de la polla y desliza la mano despacio, arriba y abajo.

—Por favor, Lincoln —. Dios mío, no puedo creerme que se esté masturbando aquí —. Por favor, para.

Al ver que no tiene intención alguna de dejar de masturbarse, giro la cabeza e intento no prestarle atención. Con la intención de que lo dé por perdido y se largue. No lo hace. En su lugar, me reclama.

—Nena… mírame.

Su voz consigue que mi cabeza se gire de inmediato en su dirección, justo en el momento en el que escupe en su mano y se envuelve la polla por completo con el puño. Se masturba mientras no deja de emitir gruñidos con la boca cerrada y la mandíbula contraída.

Mi respiración se torna un maldito caos. El contemplar cómo se da placer a sí mismo y lo violento de la situación, se entremezclan, hasta que no distingo la línea que difumina un sentimiento del otro. Retuerzo la tela de las sábanas entre mis dedos. Las lágrimas se agolpan tras mis párpados y el miedo empieza a acumularse en mi bajo vientre. No puedo creerme que esto esté sucediendo.

Existen límites que no puedo permitirle cruzar. Me levanto de la cama, por el lado opuesto al que se encuentra él. Rodeo el mueble intentando llegar a la puerta para largarme de aquí lo más rápido posible. No me da tiempo a hacerlo. Cuando estoy a punto de atravesar el umbral, Lincoln lanza un gruñido animal repleto de satisfacción y, sin poder evitarlo, giro la cabeza en su dirección. En ese mismo momento, veo cómo los chorros de semen salen disparados, impactando contra su propio torso. Tiñendo su piel aceitunada y tersa de blanco.

Hiperventilo a pesar de intentar controlar mi respiración. Me quedo congelada en el sitio al verlo y abro los ojos, muy asustada. Lincoln se levanta del sillón con mucha calma y se aproxima a la puerta. Quedando de pie frente a mí, bajo el umbral de la misma. Levanto la cabeza para poder mirarlo, dado su altura. Lleva su mano derecha a su pecho y acaricia su vientre con dos dedos. Tras recoger parte de su propio esperma entre ellos, lo conduce con suma decisión hacia mí, y los restriega contra mi labio inferior.

Al primer contacto contra mi piel, aparto la cabeza con un movimiento acelerado y muy brusco. Eso no impide que su sabor se

apodere de mis papilas gustativas al pasar la lengua sobre mis labios y que su olor impregne cada célula de mi cuerpo. Lincoln aspira entre dientes, el sonido me estremece el alma. Es completamente indomable.

Sin mediar palabra, da media vuelta y, dándome la espalda, emprende la marcha y atraviesa el pasillo, camino a su habitación.

Tardo unos instantes en recuperar el control de mí misma. En conseguir moverme del sitio en el que parece que estoy anclada. En que mis músculos, que parecen haberse quedado congelados, reaccionen. Tardo mucho más en asimilar lo que acaba de ocurrir. Cuando por fin lo consigo, entro de nuevo en mi habitación y me voy derecha a la cama en el más absoluto y estremecedor silencio. Debería ir al baño y lavarme la boca, pero lo cierto es que, no me atrevo.

Aprovecho el butacón para atrancar la puerta. En estos momentos, este es el lugar más seguro en el que puedo estar.

Decir que estoy acojonada, se queda corto.

Aun así, me acurruco en posición fetal en mi cama con la vista clavada en la puerta de la estancia.

Aturdida, confundida y hecha un mar de nervios.

Mia
Capítulo 7

Mi teléfono suena desde algún punto del salón. Lo busco con la mirada y al recuperarlo me encuentro con un mensaje de Audrey.

Mi nueva amiga me comenta que hoy tiene planeado ir a cenar con su pandilla a una hamburguesería del pueblo y me invita a acompañarlos.

Pese a que no respondo a su mensaje, hoy es sábado y lo último que me apetece es quedarme tirada en esta casa alejada de la civilización. Mucho menos con Lincoln en ella.

Salir a distraerme un poco y alejarme de este lugar, aunque solo sea por un rato, me vendrá bien.

Lo más difícil es afrontar el hecho de tener que pedirle a Lincoln que me acerque al pueblo. Y mucho menos, después de lo ocurrido anoche.

Ni siquiera soy capaz de reunir el valor necesario para mirarlo a la cara. O, mejor dicho, ¿con qué cara me piensa mirar él, después de lo que ha hecho?

A pesar de que hoy me levanté temprano, no lo he visto. Puede que ni siquiera esté en casa, aunque su camioneta y su moto, están en la entrada. De él no hay ni rastro.

Tal vez se lo haya comido un oso. «¡No tendré esa suerte!»

Trasteo y rebusco un poco por todas partes, no sé muy bien el qué. Solo intento hacerme al sitio y no sentirme como una completa extraña.

Me doy una ducha y me pongo unos simples leggins negros, con una camiseta gris, anudada a la espalda.

Con una taza de café me siento un rato en la mecedora de madera del porche, viendo la vida pasar y actualizando las redes sociales. Tengo que hacer verdaderos malabarismos para encontrar cobertura y que funcione mínimamente fluido.

Me detengo ante el pensamiento de las veces que mi padre, tuvo que haberse sentado justo en este mismo lugar. Y me sorprendo a

mí misma, entrando de nuevo en casa y rebuscando por cualquier rincón, alguna fotografía suya. Me encantaría saber cómo era.

Después de un rato sin encontrar ninguna, desisto.

Un ruido invade mis oídos y mi sentido de alerta se activa. Vuelvo a bajar las escaleras que dan al piso inferior y sigo los ruidos y gruñidos que provienen del almacén que hay tras la despensa.

Sigilosa y con cautela me acerco a la puerta.

Con paso inseguro, apoyo la palma de la mano en la madera de color caoba y empujo suavemente.

Descubro a Lincoln sin camiseta. Regueros de sangre chorrean por su espalda. Está cubierto de arriba a abajo. Me llevo ambas manos a la boca y ahogo un grito, admito que muy exagerado. No es para menos.

¿Qué está pasando?

En shock, empiezo a hiperventilar, como si la vida me fuera en ello. Puede que sea la falta de oxígeno a causa de mi pronunciada respiración, la que nubla mi visión.

Mi cuerpo no hace más que convulsionar. Y mi pecho sube y baja de manera muy acelerada. Un escalofrío me recorre la columna vertebral y me fallan las rodillas cuando una sensación de mareo se apodera de mí.

Creo que estoy sufriendo un ataque de pánico.

Lincoln gira la cabeza y, al verme, camina en mi dirección con los dientes apretados y los brazos colgando a ambos lados de su cuerpo. Tiene los puños cerrados y en todo lo que soy capaz de fijarme, es que no hay zonas de piel, que no tenga teñidas de rojo.

Niego con la cabeza frenéticamente e intento caminar hacia atrás.

Digo intento, porque con los nervios a flor de piel, trastabillo con mis propios pies y caigo contra la pared, quedando apoyada en ella. Me froto los antebrazos con las palmas de las manos y enderezo mi postura, con la intención de salir de aquí rápidamente.

Lincoln se acerca y sin mucho tacto me sostiene por la parte superior de los brazos, con sus enormes manos repletas de sangre, manchando mi camiseta, y parte de mi piel.

—¿Qué has hecho? ¿Qué has hecho? ¿Qué has hecho? —repito una y otra vez sin control.

Sin cambiar de posición, hace fuerza con los brazos y me levanta un palmo del suelo. Pataleo para zafarme de su agarre. Ni que decir que es en vano. Jamás podría con la bestia parda que tengo delante.

¿Dios mío, qué ha hecho? ¿Ha matado a alguien?

Las lágrimas que se agolpan tras mis párpados, empiezan a descender por las comisuras de mis ojos.

Él camina cargando conmigo, hasta plantarme en el almacén, delante de algo que cuelga de un gancho de acero, que pende de una de las vigas del techo y se balancea sin control.

—Es un oso.

Abro los ojos, que había cerrado con fuerza, al escuchar los jadeos del animal, y replico:

—¿Está vivo? —Es evidente que sí. No deja de revolverse, gruñir y resoplar.

Lincoln me suelta, e inmediatamente, retrocedo unos pasos sin poder apartar la vista del animal, el cual no deja de retorcerse en el aire. Se gira, coge un cuchillo manchado de un líquido color carmesí de una de las mesas, repletas de utensilios y, sin dudarlo un segundo, apuñala al animal. Observo cómo clava por primera vez en su carne el arma, y tuerzo la vista incapaz de seguir contemplando tan grotesca escena. No sé cuántas veces lo apuñala, porque yo me cubro la cara con las palmas de las manos. Mientras no dejo de sollozar, echo pequeños vistazos a Lincoln de reojo. La ira se proyecta en cada músculo que cuadra, y la saña con la que descarga sobre el oso, me encoge el corazón.

—Ahora ya no —revela tras unos minutos de ardua lucha contra él.

Su voz rompe el silencio que era palpable desde que empezó a acribillar a la bestia, silenciando sus gruñidos. Completamente incrédula, me mantengo en silencio. Observo cómo él se sumerge en lo que sea que tiene en mente. Tira del cuerpo sin vida del animal y vuelve a clavarle el cuchillo con fuerza a la altura de la garganta. Introduce la hoja por completo y luego, tira de la empuñadura del arma hacia abajo con tozudez, desgarrando la carne del oso. La sangre sale disparada en el mismo momento en el que la afilada hoja, entra en contacto con sus arterias, manchándonos a los dos.

Salpicando todo a su paso. A Lincoln, muchísimo más que a mí, dada su cercanía. Retrocedo unos pasos más y aparto los ojos unos segundos con cara de disgusto.

No puedo creer lo que acaba de hacer.

Cuando le devuelvo la atención, veo cómo tira con saña de la piel del animal, con tanta fuerza, que cada uno de sus marcados músculos, resaltan sobre su piel tersa y aceitunada. Su moreno, ahora teñido de color carmesí, reluce bajo la vieja bombilla que se bambolea sobre nuestras cabezas.

Comienza a despellejarlo sin compasión alguna. Con el rostro repleto de ira. Apretando los dientes e inspirando ruidosamente aire a través de ellos. Este tío da miedo. Da mucho miedo.

—¡Estás loco! —Recrimino sin molestarme en ocultar las lágrimas que me brotan a causa de los nervios.

Tras mi evidente y acertada confesión, giro sobre mis zapatillas. Necesito volver a meterme en la ducha y alejar la dantesca imagen reciente de mi cabeza.

Mi comentario parece no haberle caído muy bien. Reacciona a él, olvidándose del oso y girando sobre sus talones. Fijando su objetivo en mí. Sin perder el punto que nos une, gira el cuello hacia la derecha, haciéndolo crujir e inmediatamente después a la izquierda, repitiendo la acción.

Se aproxima en silencio y apoya una mano en mi espalda y de un firme empujón, me retiene contra la pared. Acerca peligrosamente su cuerpo por detrás del mío y coloca una mano en mi cuello a modo de collar.

—Suéltame, Lincoln.

Ejerce más presión en la mano que tiene enredada alrededor de mi cuello y lleva la otra a mis labios, presionando con fuerza y obligándome a abrir la boca, introduciendo dos dedos en ella.

Dos dedos que están cubiertos de sangre del animal.

Vuelve a sacarlos y me refriega la palma de la mano por la cara. Reprimo mis arcadas. Solo quiero largarme lo más lejos posible de aquí, alejarme de este tío.

Me giro cuando deja de apresarme y con las dos manos lo empujo con fuerza. No lo muevo del sitio. Era de esperar.

—No vuelvas a tocarme. Eres un puto demente —escupo, cabreadísima, volviendo a empujarlo una última vez.

Mi estómago protesta y las náuseas me visitan. Apenas soy capaz de contener el vómito, que ya siento subir por la garganta.

Corro hacia la puerta y desaparezco a toda velocidad.

Se ha duchado y lleva unos vaqueros, rotos de tanto desgaste, una camiseta negra de manga corta, que deja al descubierto los muchos tatuajes de sus brazos, y unas botas militares, con los cordones desabrochados, como siempre. Está sentado en el porche, fumándose un porro.

Yo finjo hacer la comida. Lo cierto es que, no tengo ni la menor idea de lo que estoy haciendo. He sacado tres veces ingredientes de la nevera y los he vuelto a meter. Es imposible no mirarlo de reojo, cada poco tiempo. No puedo evitar pensar en lo ocurrido esta mañana. Parece que lo sucedido con el oso, ha reducido a cenizas, mi recuerdo de la noche anterior. Este tío cada vez se luce más. Hace una detrás de otra. La última, siempre peor que la anterior. Y no puedo evitar pensar que estoy completamente sola con él, en un rincón perdido de la mano de Dios.

No me gusta admitir que le tengo miedo y muchísimo menos demostrárselo. Pero lo cierto es que así es.

¿Cómo no hacerlo? Está como una puta cabra.

¿Mi padre estaría tan zumbado como él? Espero que no.

Lo sopeso unos minutos y me decanto por hacer ensalada de patata y costillas a la barbacoa.

Para matar el silencio, conecto el altavoz a mi teléfono y *The first time* de Damiano David, envuelve el ambiente.

Cojo las especies necesarias, la salsa barbacoa y la tira de costilla, con la intención de ponerme manos a la obra.

¡A la cuarta va la vencida!

Cuando me doy la vuelta y cierro la puerta del electrodoméstico, Lincoln está justo frente a mí. Me sobresalto de inmediato, pero me las apaño para que la bandeja no se caiga de mis manos. Sus inquietantes ojos oscuros me acechan. Alarga el brazo y rozándome

la cadera, abre de nuevo la nevera y saca de ella un botellín de cerveza.

No puedo dejar que me intimide y estoy convencida de que ese es justo su propósito. Tengo que vivir con este hombre. Al menos de momento. Sujetando con fuerza el bol de acero contra mi pecho, en el que tengo todo lo que necesito para preparar la comida de hoy, le pregunto con el tono más desenfadado que soy capaz de adoptar:

—¿Te gusta la costilla?

Lincoln apoya la pequeña botella en el borde de la encimera de la cocina y dándole un pequeño golpecito con el puño, se deshace del tapón sin dejar de mirarme. Mantiene la tensión unos segundos más, hasta que se lleva la cerveza a los labios y da un trago, uno que vacía la mitad del botellín.

Asiente y apoya el culo en la mesa de la cocina.

Le doy la espalda y empiezo a sazonar la carne.

—¿Por qué mataste a ese oso?

En algún lugar de mi mente, me niego a creer que no tenga un motivo válido para hacerlo. Necesito que así sea, para alejar el pensamiento de que estoy encerrada en esta casa con un psicópata.

—Porque me gusta comer.

Lo miro por encima del hombro y él señala con un dedo la costilla que estoy preparando.

¿Esto es oso? No puede ser. ¿Nos vamos a comer un oso que ha matado él?

—¿Qué? —indago incrédula. Ya no estoy tan segura de querer que me dé un motivo —. Dime que no es verdad —suplico.

—No me digas que perteneces a Greenpeace —canturrea socarrón.

Su comentario me cabrea. No, no pertenezco a Greenpeace. Pero tengo sentimientos, algo de lo que este tío carece.

Solo hacía falta verle la cara, para saber que estaba disfrutando con lo que le hacía a ese pobre animal.

Yo sería incapaz de matar a otro ser vivo y mucho menos regocijarme como él hace.

—Podemos ir al supermercado. No hace falta hacer algo así.

—¿Crees que esas bandejas de carne que compras en el supermercado, están repletas de ética y moral?

Es imposible dialogar con este tipo.

—Por lo menos… —Empiezo a defenderme...

Lincoln
Capítulo 8

Esta tía es acojonante.

Me juzga a mí. ¡A mí!

Y ella come toda esa mierda, proveniente de granjas de exterminio.

Por lo menos los animales que yo mato, tienen una vida digna.

—Cadena alimenticia. No cadena de supermercado. Tiene ese nombre por algo.

Espero que lo pille y deje de incordiar.

Ella simplemente me mira por encima del hombro, como si sus principios fueran mucho más dignos que los míos. Sin entender que está tan metida en el sistema, que carece de principios propios. No es más que otra marioneta de esta jodida sociedad, ignorando los hilos que la mueven.

La gente como ella me toca las pelotas.

No me inmiscuyo en la vida de nadie y no juzgo lo que cada uno decida hacer. Por lo que espero que el resto del mundo me devuelva el favor y no me toque los cojones.

Se mantiene unos segundos en silencio. Imagino que intentando descifrar mi comentario. Aprovecho la ocasión para recuperar el porro que tengo apoyado encima de la oreja y encendérmelo.

Doy una prolongada calada y se lo tiendo.

Ella lo mira como si fuera el mismísimo diablo encarnado en seis centímetros de papel de liar. Niega con la cabeza.

Lo que me temía. Una niña buena.

Sonrío y le guiño un ojo. Por alguna extraña razón, que no logro entender, me complace que así sea.

La cebolla va perdiendo sus capas. Todo lo echada para adelante que parece y lo peleona que es, presiento que no es más que una fachada.

Y creo que mi gesto la relaja, porque de pronto, empieza a contarme su vida una vez más.

Tentado estoy a cortarla, no me interesa lo que tenga que decirme, pero de repente, sorprendiéndome a mí mismo, me descubro escuchándola con atención.

—Ayer conocí a alguien en el pueblo —. Me tenso ante su confesión —. Audrey —informa ella, sin percatarse de mi reacción. Que de inmediato se esfuma al escuchar el nombre de la persona que conoció ayer —. El caso es que… Bueno, me comento esta mañana, que hoy va a ir… Da igual.

Quiere que la lleve al pueblo. Lo entiendo. No tiene otra manera de salir de aquí. Y admito que me gusta que sea justo así. Que dependa de mí. Me dará muchas papeletas a la hora de cobrarme favores. Pero, por lo visto, no se atreve a pedírmelo.

A pesar de que estaba a punto de darme la vuelta y largarme, me lo estoy pasando en grande. Y quedarme para verla rogarme me atrae más que la idea de pasar de ella.

—¿Qué quieres, nena? —La invito a continuar, fingiendo indiferencia y mostrándome hastiado.

Mia lo sopesa y, finalmente, reúne valor y me lo pide.

—¿Podrías acercarme al pueblo esta tarde?

Vamos a joderla un poquito más.

—Querrás decir… Acercarte al pueblo y esperar a que juegues en el parque con tus amiguitas, para luego, traerte de vuelta. ¿O planeas volver andando?

Soy consciente de que mi comentario la ha molestado. Ese era justo su propósito. También reconozco sus ganas de mandarme a la mierda. Pero es consciente de que tiene que comerse sus palabras. Soy su única opción. Digamos que tengo su libertad en mis manos.

Lo cierto es que no es ningún sacrificio. He quedado con Kai y Dominic, por lo que ya pensaba ir al pueblo esta noche. Llevarla y traerla no me supone esfuerzo extra. De lo contrario, no accedería.

—Da igual.

¡Hostias! ¡Qué orgullosa es! Y tozuda. Prefiere quedarse encerrada a agachar la cabeza. Por mí, perfecto. Puede que hasta me quede en casa, solo por el placer de seguir atormentándola.

Me sorprendo de nuevo a mí mismo, acercándome a su espalda; no llego a tocarla. Mia se tensa al percatarse de lo cerca que

estamos. Y mi jodido ego me golpea las costillas. ¿Por qué el placer recorre mis venas cuando pienso en someterla a mi voluntad?

—Lincoln —susurra bajito.

Disfruto de su estado de nervios. Inspeccionando cada pequeño detalle. Cuando ladea y levanta la cabeza para mirarme, cómo sus pupilas se dilatan, el modo en que atrapa entre sus dientes su labio inferior. Su respiración, antes acompasada y pausada, pasa a acelerarse y descontrolarse y no se me escapa el rubor que ahora tiñe sus mejillas.

—Pídemelo, nena —rujo con voz ronca y grave.

La tensión se palpa en el ambiente y mi pensamiento se nubla. Lo único que me apetece ahora mismo es arrodillarla y obligarla a comerme la polla.

Nunca había tenido tan desarrollado el sentido de dominio y posesión con nadie. Y por mucho que me excite, me cabrea. No sé por qué hostias reacciono así con ella.

—¿Qué vas a pedirme a cambio?

Lo cierto es que no tenía pensado pedirle nada, pero me lo ha puesto a ojo de mira y yo nunca fallo el tiro.

Le agarro la cadera con la mano y la atraigo hacia mí. Presiento sus ganas de protestar y me adelanto.

—Que te mantengas callada un puto minuto. Así de simple.

Mia, duda. No puede evitar que un suspiro entrecortado la abandone, y su miedo se active.

—No vas a hacerme daño —susurra, no sé si para ella misma o para mí.

—Cállate —la reprendo una vez más, de manera tajante.

No tengo ni puta idea de lo que estoy haciendo. Pero me dejo llevar. Obedezco las señales que mi cuerpo emite y descubro, al mismo tiempo que ella, que es lo que deseo. Ya que no tengo idea.

La acerco más a mí. Tirando suavemente de su cadera, le doy la vuelta para dejarla de frente y tenerla por completo pegada. Es bajita, me llega a la altura de los pectorales. Inclino la cabeza hacia adelante e inhalo el olor de su pelo, negro azabache. Un agradable aroma a flores silvestres, perfora mis fosas nasales, apoderándose de ellas.

Está incómoda. Lo ignoro. Porque ahora mismo, yo estoy en la puta gloria.

Sin separarla de mí, traslado mis manos a sus muñecas, las subo lentamente por sus brazos, acariciando su piel desnuda y finalizo al apoyar las palmas contra sus hombros. Ejerzo presión en ellos, hasta colocarla de rodillas. No opone resistencia, seguramente por lo descolocada que está en este momento.

Hostias, la polla me golpea con fuerza en los pantalones vaqueros, cuando la veo frente a mí tan vulnerable. La sangre se acumula justo en ese punto.

Apoyo su cabeza en mi muslo y le acaricio la mejilla con el reverso de mis ásperos nudillos. Cierro los ojos, pero la siento temblar, y eso me excita todavía más. Me concedo unos últimos segundos para disfrutar del momento y me aparto de ella.

—A las seis salimos.

Me largo de la cocina sin mediar palabra y dejándola de rodillas en el suelo.

Si no me voy ahora, no estoy seguro de poder contenerme. Y no tengo ni puta idea de lo que podría hacerle. No atino a comprender lo que quiero de esta chica. Lo único que sé, es que disfruto viéndola asustada. Y cuanto mayor es su miedo, más aumenta mi excitación. Cuanto más consigo dominarla, más ansío someterla.

«No vas a hacerme daño», su voz se reproduce en mi cabeza y lo cierto es que yo, no estoy tan seguro de eso.

Alrededor de las siete la dejo en el centro del pueblo y me reúno con Kai.

Desde que salí de la cocina no he vuelto a cruzar una palabra con Mia, ni tan siquiera hemos quedado en un sitio o a una hora, para volver a casa. Ella estaba tan desconcertada que no ha tenido valor de preguntármelo.

—¿Qué pasa, tío? —saluda Kai.

Niego con la cabeza un par de veces y me enciendo un porro.

—Ayer conocí a tu hermanita.

Escuchar su revelación me enerva. Primero porque no es mi hermana, hostias. Y segundo, imagino a Kai mirándola y me

enveneno con mis propios pensamientos.

«No quiero que Kai la mire, no quiero que ningún puto tío de este maldito pueblo lo haga.» Me deshago de inmediato del absurdo pensamiento que acaba de asaltarme y le respondo de mala gana:

—No es mi hermana.

Es la única chorrada que atino a pronunciar. Kai me mira ladeando la cabeza y frunciendo los ojos.

—Ya.

Me recuesto sobre una de las sillas del cochambroso local en el que solemos pasar el tiempo muerto. Al ser un pueblo pequeño, no hay muchas opciones, y nosotros siempre acabamos viniendo al mismo sitio.

Permanecemos en silencio, cada uno bebiendo su cerveza, hasta que Dominic se une a nosotros.

Me comentan que tal les fue anoche y yo les hablo sobre la caza de esta mañana. Evito nombrar a Mia, y tampoco les revelo lo acontecido con ella.

—¿Por qué sigues con ella? —pregunta Dominic a Kai.

—Porque es mi novia, capullo.

—Podrías tener muchas novias, si no estuvieras con Morgan.

Levanto mi cerveza y asiento en dirección a Kai. En eso, Dominic tiene razón. Aunque, por otra parte, no es que a Kai le importe mucho el hecho de estar en una relación.

Kai es un bala perdida, siempre lo ha sido. Y el tío no va a cambiar. Sin embargo, hace cosa de dos años, se lio con Morgan Cox. Ya lo había hecho anteriormente, como con la mitad del pueblo. Pero en aquella ocasión, decidió que quería más que echar un polvo con ella y empezaron una especie de relación. Aunque Kai, sigue follándose a la mitad de Woodstock y agenciándose a cuanta turista pasa por el pueblo, no deja a Morgan. Y la chica en cuestión, bebe los vientos por él.

—Joder, todo hay que explicarlo. Rubia, metro setenta, ojos claros, cuerpo para el pecado y folla como los ángeles. ¿Por qué habría de dejarla?

—Porque no la quieres —sentencia Dominic.

—No me vengas con esa mierda del amor. Tú no has querido a nadie en tu vida.

—Pero yo no tengo novia —rebate Dominic de nuevo.

Río ante la conversación de besugos que mantienen estos dos y me mantengo al margen.

—En algún momento hay que sentar la cabeza, tío. Ya sabes. Tener a alguien fijo y toda esa mierda.

—Eso es una auténtica gilipollez. Míranos a nosotros —dice Dominic, señalándome a mí.

—A mí no me metas —exijo a mi amigo.

Sé por dónde van los tiros. Y aunque no tengo que dar explicaciones y no pienso hacerlo, yo no pienso como ellos.

Ni creo en el amor. Ni mucho menos me voy a quedar con alguien solo por el mero hecho de no estar solo, o porque sea lo moralmente aceptable en esta sociedad y lo que se espera de una persona. Me importa poco o nada seguir las reglas.

Yo impongo mis propias normas. Y vivo al margen de lo establecido. No entro a cuestionarlo, tampoco me opongo a hacer lo que me plazca, solo porque lo hagan los demás.

Simplemente, soy fiel a mí mismo y actúo en consecuencia con lo que mi instinto reclama en cada momento. No me cuestiono.

No me paro a pensar en si está bien o mal. Acato mis propias reglas e invento mis propias leyes.

Por eso me gusta estar alejado del mundo. Me toca las pelotas que cuestionen mi modo de vida, solo por el hecho de no conocerlo.

Pero mentiría si no dijese que, en lo que respecta a las mujeres, mi instinto animal es el que habla por mí. El que actúa sin mi consentimiento.

Si una mujer no se respeta a sí misma, no seré yo quien lo haga. Y la mayoría de las hembras que me tiro, son perras en celo. Aunque admito que, en mi interior, sé que hay una yegua salvaje esperando a que la dome, en algún lugar. Puede que dé con ella o no. No me reconcome la cabeza. Lo que tengo claro es que, si algún día reclamo a una mujer como mía, vivirá bajo mis normas. Dirigida por mis leyes. Sometida a mi voluntad.

Me importa una mierda cómo suene.

Somos animales. Animales que supuestamente hemos evolucionado. Yo no encuentro la evolución por ningún lado. Simplemente, tenemos un sinfín más de restricciones, que nos impiden ser libres.

Pero eso es otro debate que no voy a abrir en este momento.

Disfrazar de machismo lo que es tan natural como la existencia, me parece lo más hipócrita que podemos hacer los seres humanos. Está en nuestro ADN, en nuestra genética.

¿Acaso la leona se puede negar a cazar, para alimentar a su rey? ¿Va a negarse a procrear con él, por sentirse sometida?

¿O van a cuestionar al león por matar a sus propias crías, solo por el hecho de sentir el placer de eyacular en las entrañas de su hembra?

¡Eso es antinatural, hostias!

Rebusco en los bolsillos de mi pantalón vaquero. Sin éxito.

—Kai, ¿te queda algo?

Imita el gesto que acabo de hacer yo y niega con la cabeza; acto seguido, Dominic me tiende un porro.

—Es el último.

No me jodas. ¡Qué tres patanes! Tenemos que hacerle una visita a Clayton. No puedo volver a casa con las manos vacías.

Apuro la cerveza mientras me pongo en pie. Me estiro y un gruñido de pura satisfacción se adueña de mí. Joder, me había quedado agarrotado. Ladeo el cuello en todas direcciones, haciéndolo crujir. Y enseguida repito la acción con mis nudillos.

Los chicos me imitan y se levantan. Salimos por la puerta del garito en dirección a la hamburguesería. Donde sabemos que encontraremos a Clayton. Cena allí todos los fines de semana, con su novia y amigos. Con su novia, sus amigos y en esta ocasión… con Mia.

Me quedo rezagado unos metros antes de entrar en el local, tras los pasos de estos dos, cuando escucho a Dominic:

—¡Hostia puta!

Solo ha sido necesaria esa expresión para saber que acaba de ver a Mia. Y lo sé, porque yo reaccioné exactamente igual, cuando mis

ojos se toparon con sus piernas por primera vez.

No digo nada. Kai lo hace por mí.

—Es su hermanita.

Y cuando abre la boca, no sé si me jode más el comentario de Dominic, o el de Kai.

—Que no es mi hermana, hostias.

Todos los presentes giran la cabeza por pura inercia cuando entramos, Clayton incluido.

Solo necesita vernos, para saber lo que venimos buscando. Aparta la silla y se incorpora. Camina en nuestra dirección, y yo, dando media vuelta, salgo a la calle de nuevo. Lo último que me apetece ahora mismo es toparme con Mia. Precisamente porque es justo lo que quiero hacer. Sacudo la cabeza y me obligo a ignorarla.

Dos minutos después, los tres estamos provistos de la mejor marihuana que probaréis en la vida, y Clayton, tiene doscientos pavos más, en los bolsillos.

Sí, doscientos pavos. Este cabronazo se vende caro. Sabe que aquí no hay mucha oferta y sí mucha demanda. Lo aprovecha con creces.

Tengo intención de largarme por donde hemos venido, pero Dominic, se detiene a hablar con Asher, el cual acaba de salir de la hamburguesería. Un tipo que trabaja con él en la fábrica y con el que hace buenas migas. También hace buenas migas con Clayton. Lo cierto es que, Clayton es un buen tío. Y poco tiene que ver con su grupo de amigos. Parece más uno de los nuestros.

Como en todo pueblo pequeño, los círculos son bastante cerrados y, a pesar de que todos nos conocemos, cada uno pertenece a su propio grupo. Acabamos siempre todos en los mismos sitios, pero no solemos mezclarnos.

A mí esas chorradas me son completamente indiferentes. Admito no ser muy sociable. Por lo que, simplemente, me acerco al pueblo para tomar unas cervezas con Kai y Dominic. Más allá de eso, intento no tener mucha relación con nadie.

Recuesto la espalda sobre una farola y apoyo la planta de mi bota en ella, esperando a que estos acaben de contarse secretitos.

Dirijo la mirada a la cristalera del local y me topo Mia.

Está sentada en uno de los sillones corridos de cuero granate. En la misma mesa en la que encontramos a Clayton cuando entramos. La acompañan la novia de Clayton, (no tengo ni idea de cómo se llama), otra chica, (que tampoco tengo idea de su nombre, pero que en alguna ocasión he visto por el pueblo. Si no voy mal encaminado, regenta una peluquería frente a mi taller), y al parecer, Asher y Clayton. Mia me mira un breve segundo, pero enseguida pierde interés y se sumerge en la conversación que mantiene con las dos chicas, ignorándome por completo. Yo continúo mirándola, pero sin prestar mucha atención. Al menos no hasta que veo que, Pike Parker, el tío que me trajo la Ford Ranger el otro día con el motor gripado, se levanta y se aleja de su sitio, aprovechando que los chicos que las acompañan, han salido, y se acerca a la mesa.

No me muevo, tampoco le doy mucha importancia al gesto hasta que, se inclina en la mesa, apoyando las palmas de las manos en ella y empieza a hablar con las chicas. Ladeo la cabeza, pero no consigo saber qué les está diciendo. De inmediato, toda mi atención es para ellos.

Mia le sonríe y este levanta una mano y le acaricia la mejilla. Repito; le acaricia la mejilla.

Y entonces ocurre.

Mi cuerpo se envuelve en una tensión hasta día de hoy desconocida. Mis fosas nasales se dilatan. Aprieto los dientes y cierro los puños.

—Tío, ¿estás bien? —escucho preguntar a Kai de lejos.

No lo sé. ¿Estoy bien? No tengo ni puta idea de cómo estoy.

Me dejo llevar. Hago lo que he hecho siempre; obedezco a mi instinto. Sin saber qué es lo que voy a hacer, ni por qué estoy reaccionando así.

Entro en el local, camino decidido hasta la mesa donde se encuentra Mia, y sin pensármelo dos veces, llevo mi mano a la camiseta de Pike, a la altura de su pecho y la retuerzo entre mis dedos. Levanto al hijo de puta que se ha permitido tocar a Mia. Lo acerco hasta tener su cara pegada a la mía. Para que me escuche alto y claro.

Admito no saber qué va a salir por mi boca, pero sea lo que sea, advierto que es lo correcto, y la corriente eléctrica que me recorre la espina dorsal, me informa de que yo mismo estoy a punto de descubrir algo que, hasta este preciso momento, todavía no sé.

—A mi hembra, no la toca ni Dios —ladro con los dientes apretados y las fosas nasales dilatadas.

Levanto el puño y cojo impulso…

—¡Lincoln! —grita Mia de fondo, mientras yo le asesto un puñetazo al gilipollas de Pike en la cara.

Mia
Capítulo 9

Me arrodillo en el suelo. Justo donde acaba de caer el chico que se acercó a nuestra mesa, el cual ni siquiera sé cómo se llama.

¿Qué es lo que ha pasado?

No he tenido ni tiempo a reaccionar.

Este chico se aproximó a hablar con Macy, (una amiga de Audrey, a la que conocí esta misma noche), y ahora está tirado en el suelo con la nariz rota. O, al menos, eso parece.

Lincoln es un desquiciado. Ha entrado como un tsunami, arrasando con todo lo que encontraba a su paso. Sin dar ni siquiera opción a reacción.

Lo he visto abalanzarse y, cuando me he querido dar cuenta, ya había mandado al suelo a esta pobre alma de un puñetazo.

Levanto la cabeza y lo miro a los ojos. Admito que hacerlo desde mi posición en el suelo, impone mucho. Sus casi dos metros, me hacen sentir insignificante.

—¿A ti qué narices te pasa, Lincoln? ¿Qué mierda haces?

Él clava sus ojos en los míos. Fijo la atención en la tensión que se acumula en sus músculos y lo mucho que relucen los tatuajes de sus bíceps, bajo el fluorescente que lo alumbra directamente a él.

Ladea la cabeza, lentamente, y en ambas direcciones, haciendo que el cuello le cruja. Su semblante serio se impone agresivo y la hamburguesería se sumerge en un silencio sepulcral.

Creo que todo el mundo ha dejado incluso de respirar. ¡Cómo si no se atrevieran a entrometerse en el camino de Lincoln! ¿Cómo si le tuvieran miedo?

Kai, el chico que conocí ayer en la cervecería, se acerca y apoya la mano en el hombro de Lincoln, pidiéndole silenciosamente que abandone el lugar. Al parecer, deben de ser amigos. No me sorprende.

Lincoln simplemente asiente, mientras sus fosas nasales se dilatan y dedicándome una última mirada amenazante, da media vuelta y se

va. Sin más. Seguido por Kai y otro chico. Sin dar explicaciones. Sin mediar palabra.

Pike, el chico al que agredió Lincoln, finalmente se marcha con Asher y Clayton. Al parecer, su nariz sí que estaba rota, por lo que se lo llevaron para que lo atendieran en el hospital. Y yo me quedé con Audrey y Macy.

No hemos hablado sobre lo sucedido, ya que estábamos ocupadas ayudando al pobre Pike. Pero me temo que eso está a punto de cambiar.

En cierto modo, me siento culpable por lo acontecido.

No dejo de repetir en mi cabeza la advertencia de Lincoln, antes de atacar. «A mi hembra, no la toca ni Dios.»

¿Qué demonios habrá querido decir con eso?

Pike se acercó a hablar con Macy. ¿Se referirá a ella?

Sin embargo, por el modo en el que me miran las chicas, algo me dice que entre Macy y Lincoln, no hay absolutamente nada.

Lo que lo hace todo mucho más confuso e incómodo.

—¿Estás con Lincoln? —pregunta la propia Macy, bloqueando mi conflicto mental en ese instante.

La observo totalmente incrédula y sin tomarme ni un solo segundo para pensar, respondo sincera y tajante:

—¡No!

Las chicas guardan silencio un par de minutos, hasta que Audrey se anima a abrir la boca.

—Empecemos por el principio. ¿Por qué te mudaste a Woodstock? —Su tono compasivo, me hace comprender que lo único que pretende es obtener información, antes de emitir un juicio precipitado. En el fondo lo agradezco y, aunque yo no he hecho nada malo, me resulta completamente imposible no sentirme frustrada y culpable por la reacción de Lincoln.

Vale, él no es nada mío. Y no soy responsable de sus actos. Aun así, es difícil desvincularse de él cuando vivimos juntos. Y no quiero que me juzguen sin antes conocerme.

Me sincero con las chicas.

—No conocí a mi padre. Hace poco tiempo recibí una llamada, informándome de su fallecimiento y explicándome que me había incluido en su testamento. Al parecer, Lincoln es el beneficiario del otro cincuenta por ciento, por lo que… Acabe trasladándome a vivir con él. Así que aquí estoy —digo alzando las dos manos a ambos laterales de mi cuerpo con las palmas hacia arriba y encogiéndome de hombros al mismo tiempo.

Las dos escuchan con mucha atención. Y en cuanto termino, mi breve, pero, directo monólogo, se lanzan a las preguntas.

—¿Tu padre era Jack Collins? —indaga Macy incrédula.

—¿Vives con Lincoln? —La sigue Audrey con la boca de par en par.

Sin ni tan siquiera tener tiempo a responder a una sola de sus curiosidades, las chicas cargan la pistola y vuelven a disparar una y otra vez.

—¿Vives en el bosque? —se interesa Audrey.

—Aha —afirmo sin mucho entusiasmo.

—¿Nunca viste a Jack? —niego. —¿Ni siquiera cuándo eras pequeña? —repito el gesto. —¿Jamás? —Antes de volver a negar, Audrey corta a Macy.

—Déjala en paz, la estás agobiando. ¿No conocías a Lincoln hasta esta semana?

Las miro a la una y a la otra, girando la cabeza como si estuviese contemplando un partido de tenis privado y perpleja ante tal interrogatorio. Pero respondo a todas y cada una de sus preguntas.

—No, no sabía nada de mi padre, por lo que tampoco conocía la existencia de Lincoln.

Audrey toma mi mano y me susurra:

—¿Estás bien?

—Sí, por supuesto. —Ni siquiera atino a saber si es cierto. Estos días están siendo de lo más extraños.

Es cierto que Lincoln es un animal. Pero, ¿hasta qué punto? No es normal que se muestre tan afligida. Aunque viendo lo que ha ocurrido hace poco más de media hora, no me sorprende la preocupación de Audrey.

—¿Por qué tengo la sensación de que todo el mundo lo rehúye?

—Porque es así, Mia —. Jugueteo con la servilleta de papel y la observo con cautela a la espera de una explicación más extensa. No tarda en dármela —. Lincoln Dagger, da miedo. Y no es una expresión o manera de hablar. Literalmente, el pueblo le tiene miedo.

Audrey se dedica a hablarme sobre Lincoln.

Comenta que no sabe mucho sobre él. Al margen de los cotilleos del pueblo. Por alguna razón que desconozco, no quiere hacerme saber lo que la gente cuchichea.

Me dice que era un niño normal, o, al menos, eso es lo que le decían sus padres, porque ella no recuerda esa época. Lincoln tiene veintiocho años y Audrey veintitrés. Era demasiado pequeña. Cuando sus padres murieron en un accidente automovilístico, él tenía seis años y a partir de ese momento las cosas se empezaron a torcer. Lincoln se pasó dando tumbos de casa en casa, cerca de un año. Los vecinos se hicieron responsables. Pero nadie *podía* hacerse cargo de él, más que pequeñas temporadas. Por lo que estuvo deambulando hasta que, un año después, mi padre, decidió tomar el mando de la situación. Nunca llegó a adoptarlo, pero sí se convirtió en su tutor legal.

Se lo llevó a vivir al bosque, donde mi padre acababa de construir la casa en la que ahora vivo yo también. Y Lincoln dejó de ir a la escuela y de relacionarse con la gente del pueblo.

Kai y Dominic, son los únicos que no perdieron el contacto con él. Los años fueron pasando y Lincoln podía pasar meses sin venir al pueblo. Pero en la adolescencia llegó su época más rebelde. Y las pocas veces que se dejaba ver, siempre acababa en comisaría. Por lo que me cuenta Audrey, sus constantes, eran las peleas, siempre andaba metido en alguna.

Con el tiempo, cada vez se volvió más reservado y la gente empezó a temerlo. Bajaba al pueblo a ayudar a mi padre en el taller, pero no tenía contacto con nadie, a excepción de sus dos amigos. Lincoln Dagger era sinónimo de problemas. Y nadie quería tener que ver nada con él. Por otra parte, Lincoln tampoco se mostraba interesado en acercarse a la gente.

Me hace saber que hay un montón de leyendas urbanas sobre lo que pasaba en el bosque, pero que no va a entrar en eso, puesto a que no sabe lo que es verdad y lo que no.

También hace mención al espectacular físico de Lincoln y me confiesa que, a pesar del miedo que infunde, las mujeres caían, o, mejor dicho, caen, rendidas a sus pies. Pero cuando dejamos aparte los escarceos que se le conocen de una noche, jamás se le ha visto interesado en nadie.

No me sorprende. Tiene pinta exactamente de eso.

Líos de una noche. Le pega mucho.

Cuando mi padre cayó enfermo, fue el momento en el que se vio obligado a hacerse cargo del taller. Y empezó a relacionarse con algunas personas del pueblo. Pero todo era muy mecánico. En realidad, no cree que nadie confíe en él. Simplemente, es el único mecánico del pueblo, lo que deja a los vecinos sin opciones y teniendo que tragar.

Lo que me cuenta no me explica gran cosa de cómo es Lincoln y mucho menos del porqué. Yo tampoco me muestro interesada.

Al menos, no en Lincoln.

Me muero por saber más. Por saberlo todo. Pero mis incipientes ansias de información, mueren con el miedo de tener que enfrentarme a descubrir algo que no me guste. No necesito vivir más asustada de lo que ya lo hago.

—¿Cómo era mi padre? —La pregunta se escapa de mis labios antes de que pueda contenerla, pero no me arrepiento. Algo en mi interior me empuja a querer saber más sobre él. Algo que me ayude a conocerlo. Y de paso para que engañarnos, que me ayude a comprender a Lincoln, al fin y al cabo, fue mi padre quien lo crió.

Las chicas se miran una a la otra y veo la duda reflejada en sus caras. Esto no me gusta.

—Jack era… Jack.

Soy consciente de estar poniéndolas en un apuro. Pero realmente, quiero saber cómo era mi padre. No tuve la oportunidad de conocerlo y está claro que Lincoln no me va a ayudar en absoluto a hacerlo.

—Eso no me ayuda mucho —admito. —Chicas, solo pretendo saber cómo era mi padre. No tengo expectativas, no vais a rompérmelas —informo sincera con un deje de tristeza en la voz.

Macy suspira y me sonríe compasiva.

—Jack era solitario. Ya sabes dónde vivía, puedes hacerte una idea. No sabemos mucho sobre él, ya que era una persona muy reservada. —¿Por qué no me sorprende? —Pero lo cierto es que, siempre llevó el taller de manera eficiente. Y aunque no podemos hablarte de cómo era personalmente, si era muy profesional y se tomaba en serio su trabajo —. Me revuelvo en mi asiento confusa y le sonrío para agradecerle que fuese sincera —. Lamento que no pudieses conocerlo.

Tengo la sensación de que estas chicas saben mucho más de lo que dicen. Tal vez no de primera mano, pero en los pueblos los chismorreos están a la orden del día. Pasa en las grandes ciudades, donde la gente apenas se conoce, cuánto más en un sitio pequeño, donde todos saben incluso la talla de zapatos del resto. No me trago que lo único que sepan de mi padre, es que era bueno en su trabajo. Pero no voy a insistir, está claro que no se sienten cómodas con esta conversación. Y tampoco van a revelarme nada.

Nos vamos relajando y cuando quiero darme cuenta, es cerca de media noche.

La realidad es que, no tengo ni idea de cómo voy a volver a casa. Pero tras lo sucedido, tanto en casa, como aquí, lo último que me apetece es volver con él.

Acabamos de pedir una ronda de cervezas, (en mi caso una Coca-Cola), y Asher y Clayton ya se han reunido de nuevo con nosotras. Me siento a gusto con ellos.

—Créeme a falta de discotecas y personal, lo mejor son unas cervezas, uno de estos —Asher señala el porro que se está liando —, y el parque de colchonetas infantil que tenemos en el pueblo.

Rompo a reír ante su absurda confesión, y las chicas me imitan.

—No le hagas ni caso —sentencia Macy.

Audrey se levanta y se sienta en el regazo de Clayton. Automáticamente, él, le rodea la cintura con los brazos.

—¿Lleváis mucho juntos? —pregunto.

—Dos días —responde Clayton, burlón.

Audrey le propina un puñetazo cariñoso en un hombro.

—Cinco años —desvela ella —. Empezamos a salir el…

—Nena, nos vamos.

Levanto la vista y me encuentro con Lincoln a mi espalda. Clayton lo saluda con un gesto de cabeza, como si nada hubiese ocurrido esta noche, y este le responde de igual manera. Acaba de hacer saltar por los aires todo el buen rollo que teníamos. De repente, todo el mundo parece estar incómodo. Sobre todo, las chicas. No diré nada. Él es el que me lleva y me trae. No puedo poner yo los horarios. Aunque me encantaría mandarlo a la mierda. De momento, me contengo.

Me levanto de mala gana y me despido de todos en general, mientras Lincoln, se mantiene a un par de metros con las manos en los bolsillos de los vaqueros, perdiendo el tiempo.

—Te llamo mañana —asiento al comentario de Audrey con una pequeña sonrisa instalada en la cara. Una que no siento en absoluto, y no ilumina mis ojos.

Salgo de la hamburguesería tras los pasos de Lincoln.

Mia
Capítulo 10

Es domingo, y me levanto tarde, a propósito.

Doy por hecho que, Lincoln hoy no va a ir al pueblo. O, por lo menos, no irá a trabajar.

Soy consciente de que tengo que hablar con él sobre el tema del trabajo, no puedo retrasarlo más.

Ayer, cuando se presentó en la hamburguesería para recogerme, cosa que admito, me sorprendió. No me apetecía en absoluto tenerlo cerca, y mucho menos aún emprender una conversación con él, tras lo que le hizo a Pike.

A pesar de que, atranqué la puerta de mi habitación con el butacón, me mantuve alerta toda la noche. No intentó entrar. Y eso me tranquiliza un poco.

Tampoco me ha despertado con la estridente música. Cosa que es de agradecer.

En conclusión, no me ha molestado para nada.

Mejor así. No estoy preparada para otro asalto de los suyos.

Al bajar al piso inferior, veo a Lincoln desde la ventana. Está perforando la piel del oso que mató y sujetándola con cuerdas, que ata a un bastidor de madera.

Tira con fuerza de ella para tensarla. En el proceso, los músculos de su espalda, también se tensan, marcando así las venas de su cuello completamente tatuado. El sudor le corre por la ancha espalda, haciendo brillar sus tatuajes.

No lleva camiseta y me sorprendo a mí misma, apoyándome en el marco de la ventana para contemplarlo.

Cabeceo un par de veces y me regaño.

Está muy bueno; sí. Pero es un puñetero psicópata.

Me obligo a separarme de la ventana y concentrarme en preparar mi café. Olvidarme de Lincoln, es lo más acertado. No debería seguir sintiéndome atraída por alguien como él. Todo lo ocurrido estos días es una muestra evidente de la mala idea que sería perder la cabeza

por un tío así. Sin embargo, cuando ayer, Macy y Audrey confesaron que Lincoln ha vivido siempre con mi padre en esta casa y prácticamente aislado del mundo, mi kamikaze corazoncito me pedía a gritos que todavía no podía permitirme juzgarlo a pesar de sus malas acciones.

Me siento en una silla de la cocina, y sujeto entre mis manos la taza caliente. Cierro los ojos y las imágenes de estos últimos días se reproducen a toda velocidad. Tengo la sensación de haberme metido en un lío impresionante.

Creí que estaba cambiando mi vida a mejor y ahora me doy cuenta de lo equivocada que estaba. Tal vez debería renunciar a todo y volver a casa. En cuanto esa idea atraviesa mi cabeza, me paro a reflexionar sobre ella. ¿A casa? ¿A qué casa?

Todo lo que tenía en Atlanta eran un par de maletas, que he traído conmigo, y un trabajo por horas, el cual a estas alturas pertenecerá a otra persona.

Resoplo y abro los ojos. Lincoln ya no está fuera. Ahora está en la cocina, mirándome con insistencia a un puñado de metros de distancia.

Ni siquiera me había dado cuenta. Le mantengo la mirada sin mediar palabra.

Da media vuelta y enciende el aparato de música, *Hail to the king* de Avenged Sevenfold, se apodera de toda la casa y sus inmediaciones.

Camina hasta la nevera y saca una Budweiser congelada de ella.

—¿Por qué ayer dijiste eso? —pregunto cansada de tonterías.

Lincoln retoma su posición inicial, apoya el culo en la encimera de la cocina, le da un trago a su cerveza, y se pasa la mano por la mata de pelo negro.

—Ayer dije muchas cosas, Mia. Concreta.

—Ya sabes a lo que me refiero.

Lincoln apura toda la cerveza en el último trago y se acerca con paso seguro y aparentemente muy relajado. Retira la silla en la que estoy sentada de la mesa y se agacha, sosteniendo los brazos de la silla con sus enormes manos tatuadas. Fijo un momento mi atención en el dorso de su mano izquierda y evito mirarlo a toda costa a los

ojos, cosa que no consigo más que por un puñado de segundos. Su escrutinio es insoportable.

—Supongo que te refieres a que… A mi hembra, no la toca ni Dios —asiento muy lentamente, consintiendo que su mirada oscura prenda llamas a la mía.

Mi respiración se acelera y los ojos de Lincoln vuelan a mis labios. Luego los traslada a mis pechos y finalmente, se concentra en mis ojos de nuevo. No me dejo intimidar, sabiendo que ese es su único propósito.

—Porque es la verdad.

—Yo no soy tuya —lo contradigo jadeante. —Estás muy equivocado si te crees con derecho a mí, Lincoln.

—Los dos sabemos que eso no es verdad, nena —continúa con aire impasible —, vives bajo mi techo, en mi propiedad. Acatando mis normas y obedeciendo mis órdenes. ¿Vas a tener los cojones de contradecirme?

Y no los tuve. Ni siquiera fui capaz de rebatirle nada en la cocina.

Me sostuvo la mirada un par de minutos más, desafiándome. Y cuando se percató de que no volvería a abrir la boca, y empecé a perder fuerza, y agachar la cabeza, se irguió y volvió a abandonar la estancia. Dando por hecho que había ganado este asalto. Puede que lo ganase, no lo sé.

Me quedo dándole vueltas a la cabeza. Y descubro que he dejado llegar esto demasiado lejos.

Apenas hace unos días que nos conocemos y lo cierto es que tiene razón.

Desde llevarle una cerveza cuando me la pide de malos modos, hasta consentir que se masturbe en mi habitación. Se lo he estado permitiendo todo.

Pero eso va a cambiar. Yo no estoy aquí para complacerlo a él. Estoy aquí porque mi padre me dejó esta casa en herencia tanto a mí como a él, y tres cuartas partes de lo mismo con su negocio. No necesito sus favores. Lo único que quiero es que me respete y me vea como a una igual.

Repito, no tenemos por qué llevarnos mal. Pero si es el único camino, estoy dispuesta a seguirlo.

Salgo al exterior donde se supone que Lincoln sigue trabajando con sus pieles. No lo encuentro.

Me fijo en que la piel de oso está completamente estirada en el bastidor y la ha puesto a secar. Hay un par de cubos llenos de trozos de carne, vísceras y sangre, que ha ido retirando de la piel, y un afiladísimo cuchillo sobre uno de los recipientes.

Se me revuelve el estómago y me llevo la palma de la mano a la boca, conteniendo una arcada.

Me alejo de los cubos y su nauseabundo hedor y me adentro entre los árboles para intentar localizarlo.

Hoy vamos a solucionar esto. Lo quiera él o no. No acepto ni una más de sus chaladuras. No nos hace bien a ninguno de los dos. Es absurdo a la par que enfermizo. Me niego a vivir recluida en el miedo que él se empeña que aflore en mí. No soy una niña y si no quiero que me traten como tal, lo primero que he de hacer es comportarme como una adulta y afrontarlo de cara. Los frentes abiertos con Lincoln se han ido acumulando, hasta hoy. Hasta ahora.

Está anocheciendo y apenas pierdo de vista la casa, me desoriento. No hay mucha luz, y tampoco caminos marcados. Por lo que, empiezo a caminar, buscando a Lincoln. No hay ni rastro de él y menos de diez minutos después, decido andar sobre mis propios pasos y volver a casa.

Ya hablaremos cuando él regrese.

Sin embargo, llevo un buen rato y cada vez que pienso que voy a salir a un claro y ver la luz proveniente de las ventanas, me llevo un chasco al descubrir que no es así.

Un sinfín de árboles y maleza me envuelven por todas partes y mi angustia crece hasta convertirse en una gran bola de fuego que golpea cada arteria de mi cuerpo, prendiendo llamas.

A cada minuto que pasa, me impaciento un poco más.

Solo quiero encontrar el camino de regreso, pero está resultando mucho más complicado de lo que creía.

No consigo comprender si estoy caminando en círculos y la casa está a la vuelta de la esquina, (mejor dicho, a la vuelta de cualquier

tronco cercano), o cada vez me estoy adentrando más en el bosque. El caso es que, mis nervios crecen como la espuma y me juegan una mala pasada, porque empiezo a escuchar ruidos extraños y a inquietarme.

—Lincoln —murmuro bajito.

Lo llamo varias veces, mientras intento salir del laberinto que tenemos por patio trasero, pero no obtengo respuesta.

Continúo caminando, me tropiezo con la raíz de un árbol y, gracias a que me sujeto con fuerza al tronco, no me doy de bruces contra el suelo. Me paso la palma de la mano por el hombro para desprenderme de la arenilla que lo cubre.

De lejos se escuchan aullidos. Abro los ojos exageradamente, a pesar de que todo está cada vez más oscuro y no consigo ver nada. Lo que hace que me acojone más todavía.

—¡Lincoln! —A la mierda la sutileza, grito a pleno pulmón.

La imagen del oso, colgado y revolviéndose en el almacén de casa, reaparece en mi mente y no puedo evitar pensar que ese animal, salió de este bosque. Y apuesto a que hay más como ese por las inmediaciones.

¡Joder, joder, joder!

Corro en la primera dirección que se me ocurre, aunque no sé hacia dónde narices me conduce, estoy completamente perdida.

Las lágrimas se acumulan tras mis párpados y, aunque me niego a llorar y sigo peleando por encontrar el camino de vuelta a casa, dificultan mi visión.

Se escucha una rama crujir a poca distancia y me quedo anclada en el sitio. Completamente inmóvil.

Giro la cabeza. No veo nada. Con más énfasis y forzando mi vista al máximo, atino a ver el destello de dos pequeñas luciérnagas en medio de la oscuridad. ¿Son dos ojos?

«Esto no puede ser verdad.» «Es una alucinación que mi miedo enfoca ante mí.» «No es real.» Me repito una y otra vez. Convencida de que se trata de mi subconsciente, jugándome una mala pasada.

Me quedo petrificada y anclada en el sitio. Mi respiración se acelera y se torna pesada. Intento coger aire, pero por más que abro la boca y aspiro, no llega a mis pulmones.

Lo que sea que esté oculto entre las sombras, gruñe.

Y justo en ese momento comprendo que no es fruto de mi imaginación.

Asustada como no lo he estado en toda mi vida, centro la atención en mi supuesta visión irreal. Lo observo avanzar en mi dirección. Los dos puntos luminosos, a cada segundo que pasa, parecen estar un poquito más cerca.

«Joder, esto es de verdad.» ¡Mierda!

Si echo a correr, estoy perdida.

He visto los suficientes documentales como para saber que, nunca tienes que escapar corriendo de un depredador. Y aunque no sepa qué es lo que me acecha, estoy convencida de que no se trata de Bambi.

«No corras.» Le darás el motivo perfecto para que te persiga. Y claro está que sea lo que sea que hay ahí, es más rápido que yo.

El animal avanza hacia mí, a la misma velocidad que yo trato de retroceder. Las dos luces brillantes se hacen cada vez más próximas. Fuerzo la vista y presto atención, de entre las sombras emerge un lobo. ¡Un lobo!

Tiene los dientes apretados y comienza a gruñir roncamente por lo bajo.

—Por favor, por favor, por favor… —Ruego al animal apenas en un susurro, y las primeras lágrimas abandonan mis ojos, sin que pueda hacer nada para evitarlo.

No deja de avanzar en mi dirección lentamente, yo no soy capaz de retroceder a la misma velocidad, por poca que sea. Mis pies parecen estar hechos de cemento y pesan toneladas, no consigo levantarlos del suelo.

De pronto se detiene por completo. Lo miro horrorizada. Su cuerpo se tensa y sus orejas se inclinan hacia atrás. Coge impulso y, de un salto, trata de abalanzarse sobre…

Cuando está en el aire, en pleno salto, un ruido espeluznante invade mis oídos y el animal cae en picado al suelo.

Me dejo caer de rodillas, agachando la cabeza y tapándome los oídos con las palmas de las dos manos, al tiempo que grito:

—¡Ayuda! ¡Ayuda! Por favor, que alguien me ayude —, susurro la última parte, aunque sea una completa gilipollez, comprendo que mi súplica no va a llegar a oídos de nadie. —No quiero morir, no quiero morir… ¡Joder, no quiero morir!

Aturdida y sin ser consciente de lo que sucede a mi alrededor, miro a un lado y a otro, con el pánico golpeándome las costillas. Y entonces… lo veo.

Con una escopeta apoyada en el hombro, y confirmando con la mirada que ha abatido al animal.

Mis ojos danzan un par de veces entre el lobo que acaba de coger aire por última vez, antes de que su cuerpo descanse sin vida justo frente a mí, a Lincoln. Como puedo, me pongo en pie con piernas temblorosas y salvo los metros que nos separan, tambaleándome, abalanzándome sobre él y abrazándolo con toda la fuerza que poseo.

En un primer momento, se queda paralizado y no se mueve. Su cuerpo se mantiene rígido. Pero tan solo un instante después, Lincoln deja caer la mano derecha a un costado de su cuerpo, sujetando el arma y me rodea con el otro brazo.

Sollozo contra su pecho y todo mi ser se echa a temblar.

Descontrolado. Frenético e invadido por el pánico.

—Shhh. Tranquila, nena. Tranquila.

—¿Era un lobo? —Pues claro que era un lobo, su cadáver descansa a escasos cuatro o cinco metros.

—Estabas rodeada —informa Lincoln en voz baja, carente de asombro. Como si esto fuese de lo más cotidiano para él. Como si el hecho de estar a punto de morir a escasos metros de la casa en la que vivimos, devorada por bestias salvajes, no fuese motivo suficiente para perder la cordura.

Me separo de él, lo justo para inclinar mi cabeza hacia arriba y mirarlo a los ojos.

—¿Rodeada? ¿Hay más de uno?

Percibe el miedo en mi expresión y lo primero que hace es tranquilizarme.

—Al dispararle a este, los demás han huido.

Esta vez no soy yo quien busca su cercanía. Lincoln me estrecha con más fuerza contra él y aspira el aroma de mi cabello. En ese mismo instante, toda rigidez desaparece de su cuerpo.

—Gracias —susurro poniéndome de puntillas y, gracias a que Lincoln se inclina un poco hacia abajo para seguir abrazándome, escondo la cabeza en el hueco de su cuello. —Gracias por no dejar que me mate.

Me envuelve con el otro brazo, sin soltar la escopeta, al escuchar mi agradecimiento.

Desde mi nuevo escondite, aspiro su calidez. Mis brazos le rodean el cuello y lo atraigo hacia mí, todo lo que puedo. La palma de su mano me acaricia la espalda. Me reconforta y tranquiliza tanto que el deseo de sentir esa misma mano, sin barreras de por medio, se torna palpable.

—No es a ese lobo a quien deberías temer, Mia —sisea con voz grave y ronca, cosquilleándome el lóbulo de la oreja.

Me condujo de vuelta a casa sin más percances. En menos de quince minutos avistamos la luz proveniente del porche.

Me sorprende y me asusta el saber lo cerca que andan los animales salvajes de nuestra propiedad. Tal vez, sería más acertado decir, que nosotros estamos invadiendo por completo su hábitat. Es demasiado peligroso.

Lincoln sujetó mi nuca con una de sus fuertes manos, y no aflojó su agarre en todo en camino de vuelta. Parecía querer cerciorarse de mantenerme a salvo. Admito que en ese momento me sentí justo así, a salvo. Pese a que clavara sus dedos con tanto ahínco.

Aunque tras su última confesión en el bosque, no atino a comprender si con él estoy protegida o, todo lo contrario.

Una cosa queda clara: Lincoln conoce estos bosques como la palma de su mano.

Entre lo sucedido en la cocina esta mañana, el cubo lleno de vísceras y el encuentro con ese lobo en el bosque, mi apetito ha salido por patas. Por lo que decido irme a dormir en cuanto entramos en casa.

No volvemos a dirigirnos la palabra ni para darnos las buenas noches. Estoy agradecida de que me salvara la vida. El miedo y la confusión, no me permiten demostrarlo. Subo a mi habitación y me meto en la cama. Solo quiero dejar atrás el día de hoy.

Poco después, a través de la ventana, veo a Lincoln desaparecer entre las sombras de los árboles. ¿Dónde diablos va a estas horas?

Es un tío muy raro.

El frío se instala en mis huesos. Lincoln Dagger da tanto miedo, o más, que el lobo que casi acaba con mi vida esta noche.

—Buenos días —. Puede que mi saludo parezca cordial, pero mi tono despectivo, deja claro que no es así.

Lo intercepto justo a punto de darle al botón del aparato musical a las cinco y dos minutos de la mañana. El tío es un puto reloj con patas.

Sé que no esperaba encontrarse conmigo en la cocina, porque me mira extrañado y desiste de su empeño de poner música.

¡Qué cabrón!

Pensaba despertarme tan agradablemente como la semana pasada. Se le ha visto la intención. Me guardo el comentario, aunque me arda la lengua y no le digo nada.

Fija la vista en la mesa y yo continúo sirviendo el café en las tazas de desayuno, fingiéndome distraída.

Por el rabillo del ojo veo que esconde una sonrisa al percatarse de los huevos, el bacón y las malditas salchichas.

Toma asiento. Me pongo manos a la obra. No tengo tiempo que perder. Los primeros días las cosas se me fueron de las manos, pero no voy a dejar que la situación se prolongue.

Tengo claro lo que he de hacer.

Ocuparme de mi parte de la empresa es lo primero. Lo segundo, conseguir que este hombre me respete y me vea como a una igual. Y, por último, y no menos importante, aprender a conducir. No puedo seguir dependiendo de él.

—¿Vas al taller?

Lincoln traga sin ni siquiera masticar el inmenso trozo de carne que se ha metido en la boca, y asiente, sin perder de vista su

ansiado desayuno. Ojiplática, cojo la taza de café caliente entre mis manos y me la llevo a los labios para darle un sorbo.

—Voy contigo.

Mi tono de voz, aunque calmado, debería evidenciar que no es negociable. O al menos, eso espero.

Levanta la cabeza que tiene hundida en el plato, alarga la mano y se hace con una de las botellitas de agua fría que acabo de dejar sobre la mesa. Desenrosca el tapón y bebe de ella.

Yo cojo una manzana tras terminar mi café y le doy un bocado.

—¿Para qué?

¿Para qué? Para trabajar, obviamente.

—Para hacerme cargo de lo que me corresponda —respondo sin perder los nervios y tampoco el firme y sosegado tono que he conseguido adquirir.

Deja de prestarme atención y sigue obsesionado con su desayuno. Una vez termina lo que tiene en el plato y se percata de que yo no voy a probar la carne, se acerca directamente la bandeja.

—Ya estás haciendo lo que te corresponde.

Suelta al mismo tiempo que deja los cubiertos encima del plato y rebusca con los dedos en la bandeja los trozos de bacon más tostados, llevándoselos a la boca.

¿Me está vacilando? Espero haberlo malinterpretado. No creo que haya querido decir lo que pienso.

—¿Y qué es lo que me corresponde, según tú?

—Lo que haces.

—¿Y eso qué es? —insisto.

Resopla con muy poca paciencia.

Los dos sabemos a la perfección a lo que se refiere. Pero estoy tan atónita ante su salida, que quiero escucharlo de su voz para poder creérmelo.

—Servirme —responde con todo el morro del mundo, mientras el muy capullo señala la bandeja del desayuno.

—No me lo puedo creer. Estás muy, pero que muy equivocado, niño.

No responde, se limita a seguir comiendo, ignorándome por completo. Y eso me jode todavía más.

No voy a ceder. Si lo hago, estoy perdida. No conozco mucho a Lincoln, pero el patrón por el cual está cortado, no me gusta un pelo.

—Lincoln, voy a ir al taller. Mi padre dijo… —No me da opción a terminar la frase.

—No pintas nada allí, Mia. Y te aseguro que tu padre, era de mi misma opinión.

Me quedo helada al escucharlo. Sobre todo, por la afirmación que acaba de hacer sobre mi padre.

¿Qué no pinto nada allí?

Si mi padre pensaba que no pintaría nada en el taller, ¿por qué motivo pondría como requisito indispensable, el que yo trabajase en él? No tiene sentido.

Creo que se está quedando conmigo. Y aprovechando que no conocí a mi padre y no tengo ni idea de lo que pensaba o no, me retiene.

Además, ¿qué pretende? Que me quede en esta casa encerrada. Que mi vida se limite a prepararle a él… ¿El desayuno? Es absurdo. Aparte de muy infantil.

Tengo facturas que pagar y una vida que vivir.

—Lincoln —. Obtengo su atención y prosigo: —Quiero ir contigo. Voy a ir contigo —enfatizo la última parte. No daré mi brazo a torcer.

Alza la cabeza al techo, resopla y brama:

—Mia, es un taller… automovilístico, no de costura.

—Eres un imbécil. —Sin respuesta. —¿Me has oído? He dicho que eres un imbécil.

—Aha.

Estoy flipando. Dios sabe que no me levanto y lo mato, porque no dispongo de fuerza física suficiente.

¿De qué coño va?

Ahora sí que se ha pasado.

Mira que me lo veía venir, pero jamás imaginé que fuera capaz de soltarlo por la boca. Este tío no tiene filtro. Y encima es un machista anticuado.

Se levanta en cuanto traga el último trozo de salchicha, y cortando la conversación sale de casa dando un portazo.

De vuelta al principio.

Cuando escucho la moto, corro a la puerta de entrada sin poder creer que de verdad se esté largando y dejándome encerrada aquí todo el día y con la palabra en la boca. Pero cuando llego, ya es tarde. Se ha ido.

Cuando vuelva, me va a escuchar.

Lincoln
Capítulo 11

La mañana vuela, mientras me encargo de las reparaciones de los vehículos que estaban pendientes. Cuando llega la hora de hacer el papeleo, para poder presentar las facturas a los clientes cuando vengan a recoger los vehículos, me desespero. ¡Hostias!

Puta mierda.

Desde que se fue Jack, no he conseguido avanzar nada. Le pongo empeño, lo juro. Es imposible.

Golpeo con el puño varias veces la mesa del despacho y acabo por hacerle una abolladura. A tomar por culo.

Cabreado, engancho mi cazadora de cuero y me monto en la moto, salgo disparado, calle arriba. Sé justo lo que necesito. Subo mi Honda África Twin a la acera cuando llego a la tienda que regenta Brittany.

Entro dándole un manotazo a la puerta. Está sola, apoyada en el mostrador. ¡Perfecto!

—Tú —ladro con muy malas pulgas.

Con un golpe de cabeza le ordeno que entre en el almacén, mientras yo ya me dirijo hacia el interior, sin perder el tiempo.

Obedece sin pensarlo dos veces y con una estúpida sonrisilla en la cara que no se me escapa.

—Te he echado de menos —ronronea, creyéndose seductora.

No hago caso. Ni siquiera pienso que sea verdad. Estaba cachonda como una perra y quería que se la metiera. Cosa que no va a suceder. Pero esta tía no sabe lo que es echar de menos. No negaré que yo tampoco.

Brittany está muy buena. Eso es lo único que atrae de ella.

Tiene unos ojos azules que hipnotizan a todos los tíos del pueblo. Yo tampoco es que pierda mucho tiempo en mirárselos. Un culo impresionante y unas tetas de diez mil dólares que es un placer follárselas. En eso sí me fijo más.

Enredo mi puño en el final de su coleta, rubio platino, y le doy un par de vueltas en mi mano, hasta llegar a la base de la misma.

Puede que sea preciosa, pero es una auténtica zorra.

Al margen de utilizarla para descargar, no me interesa lo más mínimo.

—De rodillas —exijo.

La miro directamente a los ojos, desafiante desde mi metro noventa y ocho centímetros. Aunque noto que la intimido, no se avergüenza. Simplemente, le produzco el miedo que, al resto del pueblo, pero no siente pudor alguno ante lo que hacemos. Lo que hace que pierda prácticamente el interés en ella.

Continúa obedeciendo y se coloca de rodillas. Al menos es obediente, eso la libra de que no le dé una patada en culo.

No deja de mirarme y sonreír. Yo no le devuelvo el gesto. Y si supiera lo que realmente pienso de ella, dudo mucho que se arrodillase tan rápido.

Pasea sus manos por mi paquete, por encima de la tela de mi vaquero. Juguetona y creyéndose irresistible. No tengo tiempo para tonterías.

—No me gustan los juegos. Ya lo sabes. Chúpamela de una vez.

Cambia la cara cuando se percata de mi corte, pero una vez más… obedece.

Me desabrocha el botón del vaquero y pierdo la paciencia cuando con la otra mano me acaricia la polla por encima de la tela del bóxer.

Está siendo lenta y jugando conmigo, como si esto me divirtiese lo más mínimo, o, me sintiese atraído por ella. Ninguna de las dos cosas es cierta.

Solo quiero correrme, hostias. Ella me importa una mierda. O hace su trabajo rápido o me largo a buscar a otra. No me faltan candidatas.

Bajo la mano que me queda libre y me saco la polla.

Preparada, palpitante y con la punta cubierta de semen preliminar.

Brittany se sujeta a mis muslos y lo lame.

Gime cuando su lengua entra en contacto con mi piel.

Abofeteo su mejilla, pidiéndole en silencio que abra la boca y se prepare.

Lo hace y me introduzco en ella sin compasión.

Cierro los ojos y levanto la cabeza hacia arriba.

Gruño.

—Trágatela toda.

El sonido de mi polla chocando contra su paladar me excita.

Abre bien la garganta, aun así, no es capaz de acogerme por completo en su boca. Ninguna puede. Muevo las caderas hacia delante en busca de más presión y profundidad. Al conseguir forzarla un poquito más, gruño de nuevo.

Joder, qué placer.

Los gorgoteos que revelan lo mucho que le cuesta soportar mis dimensiones y las pocas opciones que tiene de respirar, me ciegan.

Instalo las dos manos en su nuca y me dejo llevar. Le permito que sea ella la que me complazca. Pero no dejo de ejercer presión hacia adelante, para tratar de atragantarla. Algo que no me cuesta esfuerzo alguno conseguir.

De repente dejo de empujar y pierdo la noción del tiempo. Solo siento.

La humedad de su boca. La suavidad de su lengua. Las palpitaciones de mi polla contra su paladar. Su saliva instalándose en mi tronco. Y mis caderas apretando contra lo más profundo y retrocediendo lentamente. Muy lentamente.

Acaricio su nuca con las yemas de mis dedos y la cabeza alzada al techo.

—Mmm, nena… —Un susurro ronco abandona mi garganta.

Abro los ojos, descubriendo el techo del almacén de Brittany y tenso la mandíbula.

—¡Hostias! —rujo, sacándole la polla de la boca.

Retrocedo un par de pasos y me la meto en los pantalones de nuevo, a pesar de estar duro como una piedra.

Estoy que echo humo.

¿Qué cojones ha sido eso?

¿Lentamente? ¿Nena? ¿Qué hostias estoy haciendo? ¿Acabo de acariciar a Brittany?

—Lincoln, ¿qué pasa? —pregunta una desconcertadísima Brittany.

No le respondo, ni siquiera la miro.

—Lincoln, espera…

Salgo disparado por el umbral del almacén, atravieso la tienda a toda velocidad, abro la puerta de la calle para encontrarme con mi moto.

Me monto y derrapo, sacándola de encima de la acera.

Vuelvo al taller y me lío a golpes con todo lo que encuentro a mi paso.

—Joder, joder, joderrrrrr.

¿Desde cuándo soy delicado a la hora de follarle la boca a una tía? Y eso no es lo que me encabrona.

¿Qué cojones hacia Mia en mis pensamientos en ese momento?

Después de destrozar a patadas el parachoques de una ranchera, arremeto contra la pared que da al cuarto de baño, destrozándome los nudillos.

La golpeo una vez tras otra sin que nada me detenga.

—Tío —. Me llama Kai a mi espalda.

Estoy completamente fuera de control. Y con razón, nunca se me había ido así la pinza. No dejo de pegar puñetazos contra el muro, a pesar de haberle hecho un boquete en el que cabe una cabeza. Un montón de ladrillos hechos añicos, se esparcen a mi alrededor, y mis puños están ensangrentados a más no poder.

—Joder, Lincoln, para —exige Kai tratando de agarrarme —. Qué pares, joder —insiste. —¿Qué demonios ocurre?

Se abalanza sobre mí, intentando inmovilizarme.

Y con la fuerza descomunal que poseo en este momento, cortesía de la mala hostia que me corroe por dentro, le asesto un codazo en las costillas. Me lo saco de encima en menos de un segundo.

La ira me ciega. La rabia me reconcome.

Paso una pierna por encima de la moto, la enciendo, y me largo sin ni tan siquiera echar la persiana del taller abajo y dejando a Kai solo en él.

Me adentro en la carretera a toda velocidad y no pierdo de vista mi objetivo; llegar a casa.

Solo quiero escapar. Huir. Volver a mi agujero y pudrirme en él.

Conduzco cada vez más rápido, y cuando llego al bosque, no aminoro la velocidad. Me importa una mierda.

Entro en casa, ignorando que ya no vivo solo.

Lo primero es poner a funcionar el potente aparato musical. *My demons* de Starset, suena a todo volumen.

Esa jodida canción. Va a volverme loco.

Es ridículo. Es mi puta vida narrada en menos de cuatro minutos.

Cojo una Budweiser de la nevera y me la bebo de un tirón, aun con la puerta abierta. Pillo otra, tirando la vacía a la basura y al intentar quitarle el tapón metálico, descorcho el cristal de la botella.

Me importa una mierda.

Hoy todo me importa una mierda.

Me enciendo un porro y salgo al porche.

Necesito relajarme. Volver a hacerme con el control.

Me dejo caer en el banco de madera con las piernas abiertas y apoyo los codos en las rodillas.

Mis talones golpean insistentemente el suelo de madera, y a cada segundo que pasa, estoy más y más cabreado.

Hace un buen rato que abandoné el taller, la sangre de mis nudillos, sigue resbalando por mis manos y cae al suelo. Producto de la presión que ejerzo al cerrar los puños. Centro la vista en el pequeño charquito rojo que se forma a mis pies a medida que van cayendo las gotas de color carmesí.

Al llevar el botellín a mi boca, me corto el labio inferior con el cristal roto. Me es indiferente. Sigo bebiendo, ignorando el sabor metálico que me inunda las papilas gustativas. Acto seguido agacho la cabeza, con la vista ausente y centro la mente en la letra de la canción.

Nada más allá existe.

Mis demonios. Mis demonios. Mis jodidos demonios.

—Lincoln —susurra con cautela. Pero este no es el puto mejor momento.

La ignoro.

Sobre todo, a ella. Ella es a la última persona que quiero ver delante. Ella me ha reducido a este estado.

Sabe qué la estoy ignorando, solo espero que capte la indirecta y se largue por donde ha venido. Que se vaya lejos.

No quiero verla.

Pero la muy entrometida no lo hace.

Me rodea y, cuando se percata del charco de sangre en el suelo, corre apresurada y se arrodilla frente a mí. Apoyando las manos en mis rodillas.

«No me toques.» «Ahora no, nena.»

—¿Qué te ha pasado?

No la miro, no contesto. Sigo concentrado en la puta letra de la canción. En huir lo más lejos posible de todos los demonios que se concentran en mi cabeza.

—Dios mío, Lincoln. ¿Qué te ha pasado? —repite. Solo que esta vez, acompaña su pregunta, con hechos, y coge una de mis magulladas manos entre las suyas.

Levanta la mirada y se topa con la mía, completamente ausente, oscura y gélida. Vacía. Carente de vida y emoción alguna.

Examina mi labio inferior con sus preciosos ojos grises y mi jodida polla protesta.

«Lárgate, nena. Lárgate, por favor…»

Sin meditarlo, se pone en pie y se desprende de su camiseta. Cuando la veo con el sujetador deportivo, las cosas empeoran mucho más. Me está costando un mundo contenerme.

Vuelve a acuclillarse y utiliza su prenda para limpiarme la sangre del labio. Hostias, Dios sabe que estoy tratando de contenerme, pero no me lo está poniendo nada fácil.

Limpia el riachuelo de sangre que cae por mi barbilla, entremezclándose con la barba de varios días sin afeitar y no lo soporto más. La suavidad de su piel, rozando la rudeza de la mía, me nubla el sentido. Y mi única salida es dejarme llevar. La visión de sus tetas perfectas, embutidas en ese minúsculo sujetador, es lo último que vislumbro antes de levantar una mano, y atrapar su muñeca, inmovilizándola. Busca mi mirada en ese momento y cuando repara en el modo en el que tenso la mandíbula y le enseño los dientes, se echa a temblar.

«Te lo dije, nena. Te lo advertí un millón de veces en silencio. Mis actos dejaban claro que no te quería cerca. Que no podía soportar tenerte al lado, deseándote como lo hago y no ponerte un dedo encima. ¿Por qué hostias, no puedes prestarme atención?»

Me levanto del banco de un salto, levantándola a ella conmigo en el acto.

—Lincoln, ¿qué haces? —pregunta presa de un pánico que me invade de placer.

Estallo el botellín de cerveza contra la pared de madera de la casa y a grandes zancadas entro al salón, arrastrando a Mia conmigo.

La empujo y cae sobre el sofá, rompe a temblar cuál muñeca de trapo.

Me descubro erguido frente a ella, jadeante. Empapado en sudor y con la rabia y el deseo, nublando todos mis pensamientos.

Mia rehúye mi mirada que la reclama con insistencia.

Y debo haberme vuelto completamente loco. Pero solo puedo pensar en una cosa…

Reclamarla.

Marcarla.

Al estilo más primitivo y animal que existe. Señalar mi territorio y dejar claro a quién pertenece esta mujer.

Llevo mis ensangrentadas manos al botón de mis pantalones vaqueros y, con impaciencia, comienzo a desabrocharlo.

—Lincoln, ¿qué…qué haces? —tartamudea Mia.

Pero eso no me detiene. Solo reafirma más mis intenciones. Tengo un objetivo. Y por una puta razón que no atino a comprender, necesito que sea mía. Que lo sepa ella y el jodido mundo entero.

Pero, sobre todo, sentir que tengo el control. Sentirme su dueño. Alejar mis demonios.

—Cállate, nena —ladro.

Finalizo liberando mi polla. La inquietud de Mia va en aumento.

«Tranquila, nena. Eso que estás pensando, todavía no va a ocurrir.»

Me rodeo el rabo con una de mis manos y con la otra, sujeto a Mia por el antebrazo y la bajo del sofá al suelo.

El miedo la hace jadear y su cabeza niega de forma frenética.

La posiciono entre mis piernas, aprieto los talones contra sus caderas para apresarla, cierro los ojos un solo segundo e inspiro hondo, disfrutando del placer de saberla bajo mi dominio y de la calma que me concede, tener el control sobre ella.

Sus sollozos y su miedo alimentan mi locura y encuentro el camino hacia mi salvación.

Vuelvo a abrir los ojos y los fijo en ella. No prolongo más su agonía. Me inclino hacia adelante.

—Abre la boca.

—¿Por qué? —Confusa, pero al mismo tiempo, excitada. No puede negarlo. Puede que ni siquiera ella misma lo sepa, pero el modo en el que aprieta los muslos, le tiembla el labio inferior, por el cual pasea la lengua, sin dejar de fijar la mirada en mi polla, no deja lugar a dudas.

Todo eso en conjunto con el movimiento sutil que la lleva a retorcerse y protestar, al tiempo que arquea la espalda y sus pechos se tensan debajo de su camiseta, son las señales que ruegan que la posea.

Y sin más… lo hago.

Relajo los hombros y me meo sobre ella. Con la polla entre mis dedos, me paseo por su cuerpo sin prisa.

La boca se me hace agua al visualizar sus pezones y proyectar mi orina sobre ellos.

Verla tan expuesta, tan vulnerable a mi posesión, consigue que un placer, hasta el momento desconocido, se apodere de mi cuerpo.

La excitación crece en mí y tengo que contenerme para no eyacular en ese mismo instante, y simplemente seguir marcándola.

Mia enciende el deseo primitivo oculto en mi interior, activa la necesidad de sucumbir a mis instintos, y mi obsesión por marcar territorio.

Las primeras lágrimas de Mia abandonan sus ojos. Y aunque, en mi interior, solo quiero pedirle que no lo haga, que no llore. Me resulta imposible pronunciar esas palabras. Porque lo disfruto muchísimo, joder. Y lo disfruto tanto, porque estoy empezando a comprender que ansío absolutamente todo de esta mujer, su miedo, su dolor, su excitación, su deseo, aunque se empeñe en disfrazarlo de rechazo.

—La boca, nena. Ábrela —exijo.

Niega con la cabeza y me dejo caer de rodillas a su lado sin soltarme la polla. Con la mano libre la sostengo por las mejillas y se

la abro yo mismo a la fuerza. Se revuelve y patalea, pero el brillo de sus ojos es hipnotizante. Puede que no lo quiera, pero es lo que necesita.

Hostias, la reconozco completamente sometida a mí. Y mi polla se empeña en sacudirse contra mi mano. Ni siquiera consigo entender cómo puedo seguir meando sobre ella, con la empalmada que llevo.

Deseo más, mucho más.

Un puñal se me clava cuando Mia, a pesar de no poder cerrar la boca, (le resulta imposible bajo mi agarre), me priva de su mirada. Torciendo el gesto y cerrando los ojos con fuerza. Por donde las lágrimas caen de sus comisuras, produciendo en mí, una oleada de pura satisfacción.

Me he paseado por todo su cuerpo y solo me queda un último lugar que poseer. Qué reclamar, qué hacer mío.

Acabo proyectando el último chorro dentro de su boca y le ordeno:

—Trágatelo, nena —. Dado que presiento su negativa, me adelanto —. No me obligues a hacértelo tragar a la fuerza.

No obedece. Tengo que cerrarle la boca yo mismo, apoyando la palma de mi mano sobre su boca y pinzar su nariz con dos dedos. Cortándole todo el suministro de aire. Mia forcejea conmigo empecinada en negar lo mucho que le está gustando. Espero, paciente, mientras observo cómo su tono aceitunado va adquiriendo un color rosado, y un poco más tarde, violáceo, producto de la privación de oxígeno y la mala hostia acumulada que tiene. Con los ojos empapados y tiritando, traga. Castañea los dientes uno contra otro, cuando retiro mi mano, y mi jodida y perversa mente, solo puede recorrerla con la mirada y pensar en que está preciosa.

Que es mía.

El jodido lobo que vive en mi interior, aúlla con fuerza, regocijándose al saber que su hembra ya no tiene escapatoria. Que le pertenece. El león gruñe y se golpea el pecho con orgullo.

Me permito acariciar su costado con el reverso de mis dedos y luego hacer lo mismo con su mejilla. Una sensación de paz me invade por dentro. Y en ese instante me percato de que todas las voces de mi cabeza, mis demonios… han desaparecido.

Esta es la tregua que llevaba persiguiendo desde esta tarde. La que ansiaba para no volverme loco.

Y justo en ese momento, reconozco que ya no hay escapatoria. Mia, me pertenece.

Mia
Capítulo 12

Me levanto del suelo todo lo rápido que mis temblorosas piernas me lo permiten, en cuanto Lincoln me libera. Arranco de uno de los sofás del salón una pequeña manta color caramelo, y me cubro con ella. Intentando esconder mi disparatada reacción y con la esperanza de que él no la perciba. Escupo sin control en una esquina del suelo. Pero recupero la compostura como puedo y me niego a seguir derramando ni una sola lágrima por este hijo de puta.

Lincoln se pone en pie y no deja de fijar sus ojos negros en mí.

Ladea la cabeza de un lado a otro, haciendo crujir su cuello en el más temible de los silencios. El miedo me invade, se apodera de mí, del mismo modo que el placer parece hacerlo de él.

—Estás enfermo —grito en un susurro desgarrador, con las lágrimas resbalando por mi rostro, ajenas a mi orden, bañando mis mejillas y dándole la bienvenida al sentido de la humillación más profundo.

Lincoln no responde. No se mueve. Ni siquiera parpadea.

Se queda ahí plantado, en medio de la estancia, con las piernas ligeramente abiertas, mirándome fijamente y respirando en absoluta calma.

Mi cuerpo se estremece.

¿En qué demonios está pensado?

¿Qué pasa por su desequilibrada mente?

—Estás completamente desquiciado.

¡Loco! Loco de atar.

No pienso quedarme aquí frente a él, esperando a que se le ocurra otra idea perturbadora y trate de llevarla a cabo.

A toda velocidad, subo las escaleras que me llevan a la planta de arriba, trastabillando con alguno de los peldaños.

Me siento sucia.

Ultrajada.

Humillada.

Vulnerable… y sola.

Estoy muy asustada.

Y lo peor de todo, es no tener una explicación para la reacción que mi cuerpo experimentó por cuenta propia.

Me avergüenza admitirme a mí misma, lo muchísimo que deseé que Lincoln me marcase en el momento en el que descifré sus intenciones. Es insultante el modo en el que mi sexo palpitaba y se contraía cuando el calor de su humedad, se adhería a mi piel.

Entro en mi habitación y cierro de un portazo.

Lo primero que hago es, atrancar contra la puerta el butacón de cuero y bloquear la entrada.

Debería volver a salir y meterme en la ducha. Lavarme la boca y quitarme su sabor de encima, su olor. Para desprenderme del calentón que me produjo sentirme suya y desechar la enfermiza idea de desearlo como esta noche he hecho. El problema es que, no me atrevo a abandonar mi cuarto. No me fio de él.

Lincoln Dagger, es un puto psicópata. Y hoy he descubierto que puede que yo no esté mucho mejor que él de la cabeza, si me excita tanto, algo como lo que me hizo.

Estoy encerrada con él en una casa en medio de la nada, rodeada por un millón de bestias salvajes. Las que, por mucho que me asusten, no lo hacen ni la mitad que Lincoln.

Cuánta razón llevaba al decirme que el lobo al que mató para sacarme del bosque la otra noche, no era a quien debía temer.

Él es el peor de los castigos, el más perverso y perturbador para mi estabilidad mental e integridad física. Uno al que temo sucumbir, porque sería mi fin. Estoy convencida.

Necesito dormir, desconectar y mañana veré las cosas desde otra perspectiva. Lo que es hoy, solo quiero echar a correr y escapar lejos de este lugar. No volver la vista nunca atrás y desterrar a Lincoln Dagger de mi mente para siempre.

Temblando de la cabeza a los pies y no solo de miedo, me siento en el suelo y envuelvo mis piernas con los brazos.

Mi teléfono vibra, en la pantalla se refleja el nombre de Audrey.

Ni siquiera tengo temple para responderle en estos momentos. ¿Qué se supone que debería hacer?

¿Decirle que todo va bien, después de lo que acaba de ocurrir? ¿O directamente, le cuento lo que el perturbado de Lincoln acaba de hacerme, y lo muchísimo que me excitó?

Lo mejor será que le devuelva la llamada mañana y deje pasar unas horas y que todo se enfríe. Las cosas en caliente siempre parecen peores de lo que son.

Pero por Dios, es que no hay manera de pintar esto de otro color.

Apago la luz y no consigo pegar ojo. Por lo que me asomo al cristal de la ventana.

Veo a Lincoln apoyado en la barandilla del porche. Se está fumando un porro con la vista perdida en el bosque.

—Joder, Lincoln. ¿Qué cojones pasa por tu mente, tío? Estás como una regadera —, digo solo para mí. Intentando comprender lo incomprensible.

Cuando me canso de mirarlo e intentar adivinar qué esconde en esa cabeza pérfida, me acuesto en la cama e intento dormir. A pesar de estar empapada y completamente destemplada. Me he cambiado de ropa y aseado como he podido, aun así; el frío me cala los huesos y el pánico se apodera del ambiente.

No consigo dormir en toda la noche, por lo que, a las cuatro y cuarenta de la madrugada, estoy despierta.

Valoro el quedarme en la cama y mandarlo al infierno, a él y sus exigencias. Sé que no tardará mucho en poner la música a todo volumen. Y aunque no me importa lo más mínimo complacerlo, como él debe pensar. Me levanto.

Y lo hago porque, no voy a consentir que piense que ha ganado. No voy a mostrarme vulnerable ante él. Y mucho menos voy a dejar que se salga con la suya. Puede que me sienta humillada y ultrajada, no lo demostraré y mucho menos lo haré conocedor del miedo que me infunde.

Bajo a la cocina tras darme una ducha y me pongo manos a la obra.

Preparo el desayuno y juro que tentada estoy a echarle arsénico.

Me contengo. No voy a acabar entre rejas por un cabronazo como este.

No tarda en aparecer. Es un puñetero reloj. Las cinco y dos minutos de la mañana exactos. Al contrario que otros días, hoy parece estar muy seguro de encontrarme justo aquí, porque no se dirige al aparato musical, sino que lo hace directamente a la mesa de la cocina.

No le doy los buenos días. Él tampoco a mí.

Empieza a comer y el sepulcral silencio, se apodera de la casa. Lo único que se oye es la grotesca manera de masticar de Lincoln.

Es un animal, en todos los sentidos. Incluso comiendo.

No puedo dejar de mirarlo. Como si de pronto sus pensamientos se fuesen a dibujar en forma de palabras sobre su piel. Cada vez que alza la cabeza en mi dirección, le rehúyo la mirada.

No le da importancia, o, si lo hace, no lo demuestra.

—Quiero ir al pueblo —informo. Y sueno mucho más impertinente de lo que pretendía. O tal vez, de lo que debería dada la situación. Tampoco es que me vaya a quitar el sueño ser una borde con este tío. Se lo ha ganado a pulso.

Pega un puñetazo en la mesa. Uno que yo no esperaba, por lo que me sobresalto. Pero no tardo ni cuatro segundos en recuperar mi autocontrol y fingir que no me afecta.

—Si no quieres llevarme, solo dímelo. Encontraré la manera. No te necesito. Y no creas ni por un momento, que disfruto de tu compañía…

Lincoln resopla. Aprieta los dientes y respira con pesadez.

—Te has duchado.

Hay que fastidiarse. Yo pensando que estaba comportándose como un imbécil, porque le pido llevarme al pueblo y resulta que este numerito es porque me he duchado.

—Al contrario de lo que tú puedas pensar, las personas normales nos duchamos todos los días.

Y eso sin contar lo que me hizo ayer.

Además, ¿qué le importará a él cuando yo me ducho y cuando no?

Al parecer, más de lo que debería.

—¿Qué quieres de mí, Lincoln? —Continúo al percatarme de que no voy a obtener una palabra más de su parte.

Tuerce el gesto y rehúye mi mirada.

—Te he hecho una puta pregunta. ¿Qué coño quieres de mí?

Esto es una completa locura. Se comporta como un desequilibrado, como un animal, y tengo que tragarme el cuento de que él es el ofendido, cuando escapa a mi escrutinio y evade mis preguntas.

Sin embargo, debo de ser imbécil o estar medio perturbada yo también, porque algo en mis entrañas protesta al ver el modo en el que me trata de esconderse, en vez de poner el grito en el cielo, o comportarse de nuevo como un capullo.

—Te juro que me esfuerzo por entenderte. Pero no me lo pones nada fácil. Te comportas como un lunático. ¿Acaso no lo ves?

Lincoln retira su plato al centro de la mesa sin mediar palabra, se levanta y abre la nevera. Saca de ella un botellín de agua y se lo bebe de un solo trago. Aplasta la pequeña botella de plástico entre las palmas de sus manos y la deja encima del granito de la cocina.

Después lleva la mano a la parte superior de su oreja, donde tiene un porro instalado permanentemente, y lo enciende.

—¿Ni siquiera vas a responderme? Muy maduro de tu parte. —Pincho, pero sigue escapando. Sin dar la cara.

Sé que mis palabras le han afectado. No hay más que ver cómo actúa. Deja caer el culo contra la nevera y se apoya en ella, inhalando una cantidad de marihuana indecente.

Joder, ¿en qué clase de marrón me estoy metiendo? No puedo creer lo que estoy a punto de hacer. Y mucho menos el motivo. Que mi patético y masoquista corazón se sienta apenado por verlo acorralado después de las barbaridades que me ha hecho, es de risa.

Me levanto y rodeo la mesa, en este momento soy yo la que me acerco al equipo de música. Rebusco un poco entre los cientos de discos que tiene y finalmente, *The sound of silence* de Disturbed, rompe con el incómodo silencio.

Sé que he dado en el clavo cuando me mira por encima de sus largas y espesas pestañas oscuras y su pecho sube y baja en completa armonía. Respirando. Cosa que parecía no hacer desde hace un buen rato.

Al parecer, este es el único lenguaje que entiende.

Tengo que estar perdiendo la olla yo también.

Lo ignoro, aunque él no deja de mirarme y me centro en recoger la mesa de desayuno.

Se mantiene en el mismo lugar durante todo el tiempo que yo recojo, limpio y friego los platos.

Voy a darme por vencida y volver a mi habitación, pero al colgar el paño de cocina en el ganchito que cuelga por dentro de la puerta, bajo el fregadero, Lincoln se acerca a mi espalda y ruge a mi oído con voz grave, ronca, y suave al mismo tiempo:

—Date prisa, salimos en quince minutos.

Sin esperar respuesta, gira sobre sus talones y sale por la puerta principal. En ese momento reconozco que lo único que trata de hacer en este momento es huir y decido darle cancha. Puede que no la merezca. Yo no soy tan cruel como él.

Es increíble que tenga que ser yo la que se sienta mal por sus sentimientos después de lo que él ha hecho conmigo.

Entro por la puerta de la panadería e inmediatamente, Audrey viene corriendo a abrazarme.

Ayer no le respondí al teléfono, pero no sabía que estuviese tan preocupada. En mi defensa diré, que no era el momento.

—¿Estás bien? —susurra, reteniéndome presa entre sus brazos. Rompemos el abrazo y le sonrío, asintiendo.

—Qué susto me diste, tía.

—Pensaba llamarte hoy, pero decidí que era mucho mejor venir a desayunar contigo.

—Muchísimo mejor —confirma alegre.

Desayuno con ella y charlamos sentadas en una de las pequeñas mesitas redondas de forja blanca.

—Una noche de estas tenemos que quedar las tres y hacerlo —confirma muy convencida Audrey.

Asiento con una sonrisa tatuada en los labios.

—Creo que sería mi primera vez.

—¿No fastidies? —pregunta sorprendida.

—Mi madre cayó enferma cuando yo aún no había cumplido los dieciséis y cuando falleció, las facturas reclamaban todo mi tiempo

libre.

Me está invitando a que pasemos las tres juntas (Audrey, Macy y yo), una noche de chicas. Algo que me resulta muy familiar por la cantidad de películas que me tragaba en mi adolescencia, pero que nunca he hecho en realidad.

Eso de pintarnos las uñas, comer porquerías y reírnos de cualquier tontería, mientras cantamos a pleno pulmón, saltando sobre la cama, es terreno desconocido para mí.

Reconozco que estaré encantada si tengo la oportunidad de descubrirlo con ellas.

No es difícil adivinar que Audrey me inspiró confianza desde el primer momento en el que la conocí. Y Macy, más de lo mismo.

Las dos me parecen chicas encantadoras y resulta muy sencillo hablar con ellas y sentirse una misma.

Si una cosa buena he descubierto en este pueblo, son ellas dos.

—¿Qué tal van las cosas por los tenebrosos dominios de Lincoln Dagger?

Rompo a reír.

No porque algo vaya bien, pero el modo indiscreto y poco indirecto de Audrey, me sorprende. Se muerde el labio inferior a modo de disculpa y yo le saco la lengua, perdonándola en el acto.

—Va bien —miento descaradamente. Lo cierto es que no sabría ni cómo empezar a contar todo lo que va mal en esa casa. —¿Qué se sabe de Pike?

—Nada, tranquila. Está perfecto. Una pequeña visita a quirófano y otra vez como nuevo.

—¡Joder! —Mi cara de espanto, hace que ella dé un golpe de muñeca restándole importancia.

—No es nada, Mia. En un par de días lo tendrás por el pueblo dando voces como siempre, no te comas la olla. Es de lo más normal.

—¿Qué es de lo más normal? Será en este pueblo, porque de donde yo vengo no es para nada habitual que la gente se vaya rompiendo la cara por ahí, y luego tener que pasar por quirófano. ¡Joder, Audrey! Han tenido que operarlo. Y todo por mi culpa…

Mierda, lo siento tanto. No sé ni cómo volver a mirar a ese chico a la cara. ¡Qué bochorno!

—Mia, no fue culpa tuya. Ni de coña te atrevas a sentirte mal, por lo que al zumbado de tu compañero de casa se le fuese la pinza.

No tengo ni idea de por qué Lincoln se comportó así. Me hace sentir súper violenta que lo relacionen conmigo y no puedo evitar sentirme súper culpable por mucho que insista Audrey.

—Sabes… en un principio creí que Macy y Lincoln estaban liados.

Audrey rompe a reír con un gesto exageradísimo y se envuelve el vientre con los brazos.

—¿Estás de coña? —niego férreamente varias veces. —Noooo, jajaja.

—Lo sé, lo sé. Pillé por dónde iban los tiros enseguida. Ufff, qué mal rollo. No atino ni a darme cuenta de qué lo llevó a comportarse como un capullo.

—Fue cuando Pike te limpió el kétchup de la mejilla. Lo sé porque tardó milésimas de segundo en abalanzarse sobre él.

¿En serio? No conocía a Pike de nada, se inclinó a hablar con Macy y me comentó que tenía una mancha en la cara y la retiró con su pulgar. Le agradecí el gesto y bueno, el resto es historia.

—¿Estás segura de que no tienes nada con él?

¿Qué si estoy segura? Pues sí. Claro que lo estoy.

Entre Lincoln y yo no hay absolutamente nada. Aparte del hecho de que estamos obligados a vivir juntos y que a él le faltan dos tornillos. O, tres, o, cuatro.

—Por supuesto que lo estoy —respondo sin dejar espacio a la confusión.

—Pues házselo saber a él. Por qué creo que no lo tiene tan claro como tú —pide Audrey.

Me despido de mi amiga dándole vueltas a la cabeza. Y mi confusión aumenta cuando, antes de salir por la puerta del establecimiento, ella me pide:

—Mia, cuídate, por favor.

Asiento y le sonrío para tranquilizarla, pero la que se va hecha un manojo de nervios, soy yo.

Entiendo que Lincoln no me quiere en el taller, pero no es quién para prohibirme que vaya. Tampoco para exigirme que no meta mano en un negocio del cual soy tan propietaria como él. Por lo que, sin pensarlo dos veces, me dirijo al mismo.

Cuando entro, lo localizo agachado, cambiando lo que parece ser el embrague de una moto.

Totalmente concentrado en la tarea que se trae entre manos. Sonrío al verlo y me muerdo el labio inferior.

«Es guapísimo.»

Me pego una bofetada mental y pienso: «En qué momento he dejado de decir que estaba buenísimo, para pasar a pensar en, ¿es guapísimo?»

Aunque parezca lo mismo, no lo es en absoluto. Yo me entiendo.

Gruñe algo inteligible entre dientes muy cabreado y no puedo evitar reír bajito. Un poquito por la satisfacción que me produce observar su frustración.

De inmediato levanta la cabeza y la gira en mi dirección.

Vaya, qué oído tiene.

No saluda. Yo sí lo hago.

—Hola.

Asiente con la cabeza y vuelve a prestar atención a la motocicleta.

—¿Qué quieres, Mia?

¿Qué quiero? Que dejes de ser tan capullo y me permitas hacer algo más que lavarte los calzoncillos y alimentarte. En su lugar respondo:

—Pasaba por aquí…

—Estoy ocupado —. Resoplo.

Vamos allá. Por lo menos esta vez la montaremos en un lugar público, lo que me deja muchas opciones de escape al alcance de la mano.

—Quizá lo estarías un poquito menos si me dejarás ayudarte —. Espero tiempo de sobra, pero no me responde. —¿No crees? — insisto.

—No, no lo creo.

Es completamente imposible que me deje penetrar en su mundo. Y si el negocio tratase otro sector, quizá tendría opción a meter

mano de alguna manera, pero en un taller, si él se niega a enseñarme, no tengo nada que hacer. No sé absolutamente nada de mecánica.

Sin mediar palabra, empiezo a inspeccionar todo el entorno. Es grande, pero está lleno de porquería y de grasa por todas partes. No nos equivoquemos. Sé que los talleres están llenos de grasa, pero este, en concreto, tiene más mierda de la normal. Digo yo que una fregona, daño no le hará, ¿no?

De repente me fijo en un montón de ladrillos esparcidos y rotos por el suelo y en el inmenso agujero que desvela un pequeño cuarto de baño al otro lado.

Devuelvo la vista a Lincoln, que está ocupado con lo suyo, y la fijo en sus nudillos. Hechos un desastre. Mi sexto sentido me dice que esa pared, tiene mucho que ver con el destrozo de sus manos.

No digo nada, me apresuro a buscar una bolsa de plástico y me agacho para recoger todos los trozos de ladrillo y tirarlos.

Cuando me incorporo con la bolsa llena hasta los topes, para buscar otra y seguir con lo que estaba haciendo, Lincoln se planta delante, y me la arranca de las manos de mala manera de un solo tirón, antes de que la levante un solo centímetro del suelo.

Intento no tenérselo en cuenta, y en lugar de enfadarme, lo sigo con cautela. Admito que me encantaría rebanarle el pescuezo por gilipollas. Deja la bolsa en un inmenso cubo de basura negro, y cuando se gira, veo que sus manos vuelven a sangrar. Es un bruto. No tiene nada de cuidado, ni siquiera consigo mismo.

Acaba de golpearse de nuevo con la bolsa repleta de escombros y reabrirse varias heridas.

Me descubro haciendo una mueca de dolor. Puede que Lincoln sea un animal. Algo me dice que nadie se ha preocupado nunca por él. Y aunque no estaba en mis planes…

Atrapo sus manos con las mías y por un segundo se queda congelado. Como si no supiese actuar ante una simple muestra de humanidad. Esa también fue su reacción en el bosque, cuando lo abracé. Aprovecho su baja guardia para tirar de él y sentarlo en una silla que previamente acerco con mi pie derecho.

—Deja que te las cure —niega con la cabeza y añado; —, por favor.

—No es necesario, nena —. Aunque su tono sigue siendo cortante y exigente, le ha bajado un pelín a la intensidad. Tendré que conformarme con eso.

—Sí que lo es.

Siento cómo baja revoluciones, cuando pestañea y simplemente asiente, mirándome directamente a los ojos.

Aprovecho esta pequeña concesión por su parte y apresurada entro en el cuarto de baño en busca de un botiquín. No encuentro ninguno. Pero de repente, recuerdo que en mi bolso tengo, discos desmaquillantes y spray antiséptico.

No es gran cosa, pero tendrá que servir. Sin duda es mejor que nada.

Cojo una pequeña tina y vuelco todos los trapos llenos de grasa que hay en ella, en una esquina del suelo.

La lavo en un abrir y cerrar de ojos y la lleno hasta la mitad con agua tibia. Agrego un poquito de jabón neutro. Rebusco en el baño una toalla limpia, no hay ninguna.

Por lo que tomo una decisión precipitada y me quito el jersey de punto color crema que llevo y también la camiseta blanca de tirantes, que tengo debajo. Vuelvo a ponerme el jersey y regreso al lugar donde dejé a Lincoln.

A decir verdad, me sorprende encontrarlo sentado. No es nada paciente, por lo que imaginé que me tocaría volver a arrastrarlo a la silla. Me alegro de que no sea así.

Atento a todos mis movimientos. Con calma me acuclillo entre sus piernas, cojo una de sus manos entre las mías. El simple contacto eriza mi piel. Me centro en lavar sus nudillos en la pequeña tina, que he dejado a mi lado. Luego lo seco con mi camiseta blanca, con cuidado de no lastimarlo más de lo inevitable, y finalmente, rocío un poquito de spray antiséptico y le limpio las gotas sobrantes, alrededor de las heridas, con un disco desmaquillante.

Apoyo su mano en su propia pierna y reclamo la otra.

Un millón de inesperadas mariposas, revolotean en mi bajo vientre, ante el contacto. El tacto áspero y cálido de su piel, se

instala bajo mis huesos. Y con la cercanía, su aroma a marihuana y madera recién talada, me envuelve y hace perder el sentido. Me obligo a rechazar la reacción involuntaria de mi cuerpo. Me concentro en repetir la tarea con la otra mano de Lincoln, bajo su incesante escrutinio.

Mientras llevo a cabo mi cometido, Lincoln levanta la mano que acabo de curarle y me acaricia fugaz la mejilla con el reverso de sus dedos, enseguida retira la mano y la devuelve a su sitio.

Aparto la mirada de sus heridas y llevándola a sus ojos, le sonrío un breve segundo.

Todavía estoy terminando de secar el exceso de spray, cuando Lincoln, ladra:

—Es suficiente.

Se zafa de mi agarre y levantándose de la silla, se aleja para volver a centrarse en la moto averiada, e ignorarme como de costumbre.

Lincoln
Capítulo 13

Las manos me tiemblan y uno de los discos de embrague, acaba en el suelo. ¡Hostias! Me agacho para recogerlo y trato de concentrarme en lo que estoy haciendo.

Resulta prácticamente imposible.

¿Por qué tengo que reaccionar así con ella?

He estado a punto de sentarla a horcajadas sobre mis muslos. Todo lo que quería hacer era tocarla. Llevar mi mano a su carita y acunarla entre mis manos. ¡Hostias!

Tenso la mandíbula y me obligo a ignorar a Mia.

La escucho trastear por el taller y, a pesar de querer echarla a patadas de aquí, no soy capaz.

Dominic entra en el local y en lo único que pienso es en que, tengo que deshacerme de ella. Y tengo que hacerlo ya. Me cabrea sobre manera que tenga a cualquier otro macho rondándola.

Saco la cartera del bolsillo trasero de mis vaqueros y cien dólares de ella. Los arrugo entre mis puños al ver cómo Dominic se acerca a saludarla. Solo quiero gruñirle y abalanzarme sobre él.

«Aléjate de ella, ¡ya!»

—Buenos días —le responde ella sin mirarlo.

Me acerco al baño, donde Mia sigue recogiendo el estropicio del día anterior de cuclillas, y la sujeto por el codo, la levanto del suelo de mala manera. No porque ella lo merezca en este momento. Pero Dominic me está poniendo enfermo.

Alza la vista para alcanzar mis ojos, dada mi altura, y yo ardo por dentro.

—¿He hecho algo malo? —Titubea con esa voz que me inunda la puta cabeza.

No le doy opción, le meto los cien pavos en el bolsillo delantero de sus vaqueros y ladro:

—Vete a hacer la puta compra.

Reconozco que se queda a cuadros. Si fuera consciente de lo poco que me importa, se lo ahorraría.

—Puedo ir luego. Quiero acabar de recoger todo esto y luego quería…

Escucharla y ver la estúpida sonrisita de Dominic en los labios me enciende más todavía.

Cuadro los hombros, le suelto el codo y acerco mi cara a la suya. De ninguna de las maneras va a quedarse aquí. No con este imbécil rondándola.

—Ahora, nena —gruño, muy, muy cerca de sus labios.

Tanto que su olor a flores silvestres me envuelve y creo que es la primera vez, que siento su aliento en mi boca. Un frescor jodidamente desquiciante.

—De acuerdo.

No protesta. Y yo estoy a punto de poner los ojos en blanco y dar las gracias al cielo, porque por una vez está siendo complaciente. Es eso, o, es que, está tan descolocada por mi salida de tono, que no sabe qué decir.

Sin embargo, mete la mano en el bolsillo y saca los cien pavos. ¡Ah, no! Eso sí que no. Por ahí no paso.

Sé lo que piensa hacer. Ya puede írselo ahorrando si no quiere que prenda llamas al maldito local.

No va a devolverme el dinero.

Ladeo la cabeza, frunzo los labios y, en señal de advertencia, niego una sola vez, muy lentamente.

Debe captarlo porque tiembla y vuelve a guardar el dinero. Y su incomodidad vuelve a ponérmela dura una vez más.

Por fin da la vuelta y coge camino a la salida.

—¿Qué hay, tío? —saluda Dominic que ha estado presenciando toda la escena, sin perder detalle. Pero se ha mantenido en silencio, eso sí, con una sonrisa de mierda que voy a borrarle de una hostia.

—Lincoln —Los dos giramos la cabeza en la misma dirección, al escuchar a Mia, que ya está fuera del local y acaba de asomarse apoyando una mano en la columna donde está el raíl de la persiana. —¿Qué compro?

Resoplo. ¿Qué compra? Y yo qué sé.

Solo quiero que se largue y es la única excusa que se me ha ocurrido.

—Lo que te dé la puta gana —ladro sin mirarla.

Aunque por el rabillo del ojo, me percato de cómo Mia agacha la cabeza y, dándome por imposible, se marcha. Parece afectada.

Es un instante, uno solo, pero me siento como una mierda por tratarla así.

Dejé a Mia en casa y regresé al pueblo. No podía soportar seguir teniéndola cerca ni un minuto más.

Segundo asalto en lo que va de día.

Me recluyo en el despacho de Jack. Y cojo una factura entre mis manos.

Frunzo los ojos y presto atención.

La miro desde todas las perspectivas posibles. Planto el culo en el borde de la mesa.

Estoy intentando concentrarme, digo intentando, porque no lo estoy en absoluto, cuando alguien llama con los nudillos a la puerta.

Es un tipo que tiene una pickup pendiente de recoger. Voy retrasadísimo con las entregas. Y no es culpa de que no curre, los vehículos están todos preparados, la documentación y las facturas, ya es otra historia.

Alzando el cuello, lo miro.

—Está listo —informo.

Él asiente y pregunta:

—¿Es mi factura?

¿Y yo qué sé si es tu factura? Es una factura, que sea la suya o no, ya es otro tema. No respondo. Se la tiendo y la coge entre sus manos.

—Pues sí. Es mi factura.

«Menos mal», el alivio me recorre.

—Iré a por las llaves…

—Espera —me corta —, no has puesto el importe.

Me quedo mirándolo unos segundos.

No he puesto el importe.

¡Joder!

No es tan difícil. Tenía una fuga de refrigerante y le cambié los manguitos.

—Son sesenta pavos. Escribe. Voy a por las llaves.

Pego un trago a mi Budweiser y me recuesto en el sillón de la cervecería con las piernas abiertas.

Necesitaba despejarme.

Kai y Dominic hablan de fondo, pero yo estoy en modo desconexión total.

Morgan entra seguida de Brittany y Paige.

Lo primero que hace es acercarse a Kai y este no pierde la ocasión de meterle mano.

Le susurra chorradas en el cuello y él no responde, pero la acerca todavía más, agarrándole el culo con una mano.

¡Qué cabronazo!

Sonrío y cabeceo.

Se instalan en nuestra mesa.

Morgan lleva un tiempo saliendo con Kai y con eso creen que tienen derecho a meter las narices donde no les incumbe. Respeto que mi colega tenga novia. Pero yo no tengo por qué aguantarla, ni a ella ni a sus amigas.

Hablan mientras yo me sigo manteniendo al margen. Aburrido a más no poder, fijo la vista en las piernas de Paige. Me recoloco el paquete y ladeo la cabeza. En realidad, no estoy pensando en nada. Por mucho que mi vista esté clavada en ella, ni presto atención, ni me estoy fijando en sus piernas. Pero Paige debe creer que sí, porque me sonríe, mientras a Brittany se la llevan los demonios y, con un cabreo de los que hacen historia, ordena a su amiga que se cambie de sitio.

¿Está intentando reclamarme?

Eso sí que no.

Que una tía con la que no tengo nada, aparte de un par de polvos a la semana por necesidad de desahogo, se crea con derecho a mí, no lo voy a consentir.

Su amiga, sin embargo, sí que obedece y se cambia de sitio, ocultando así sus piernas bajo la mesa.

No tenía pensado hacerlo. Pero…

—Paige —la llamo. No tarda una milésima de segundo en mirarme y sonreír —. Vente —digo, estirando los dedos en su dirección e invitándola a sentarse sobre mí.

No duda. Se levanta sin timidez alguna y se aproxima. Cuando la tengo justo delante, le doy la vuelta, dejándola de espaldas y la acomodo en mi regazo.

Hundo la cabeza en su ondulado cabello y le susurro con voz ronca al oído:

—Frótate contra mí.

¿Soy consciente de dónde estamos? Sí.

¿De qué nos están mirando? También.

Y… ¿de qué le estoy pidiendo descaradamente que frote su culo contra mi polla a través de la ropa, para poderme correr? Por supuesto.

Lo cierto es que, nadie se sorprende. Están acostumbrados a que haga cosas de este estilo. A lo que no están tan acostumbrados, es a que sea a Paige a quien reclame. Normalmente, me habría sentado a Brittany encima, o me la habría llevado directamente al baño o al callejón de la esquina.

Lo que lleva a la propia Brittany a ponerse roja de ira. Pero a pesar de las miradas asesinas que le dedica a su supuesta mejor amiga, no abre el pico. Y pobre de ella que lo haga.

Se adjudica más derechos de los que en realidad tiene.

¿Ese es el motivo para traerme a Paige en vez de a Brittany? En realidad, no. Pero admitir que su color de pelo se ajusta más a lo que ansío, suena demasiado patético.

Paige mueve las caderas en círculos y se restriega contra mí. Cierro un par de segundos los ojos y me centro en sentir cómo su culo me masturba la polla a través de las capas de ropa que nos cubren a ambos.

Le doy otro trago a mi cerveza, desconecto por completo de todo lo que nos rodea, y vuelvo a cerrar los ojos, recostando la cabeza en el respaldo del sillón.

Respiro y me dejo llevar por el placer que me proporciona Paige.

A un cierto punto, levanta la cabeza en mi dirección, echa un brazo hacia atrás para rodearme el cuello con él e intenta besarme los labios. Reacciono a tiempo y enredo los dedos en su pelo. La aparto de mi boca y le devuelvo la cabeza a su sitio, con un gesto demasiado tosco.

Qué le den. No debería haber hecho eso.

Vuelvo a cerrar los ojos y trato de concentrarme.

Paige no deja de frotar su culo contra mi entrepierna y ha colado una mano entre nosotros para acariciarme la polla a conciencia.

Todos sus esfuerzos son en vano, acaba de joderla, pero bien. Me ha cortado el rollo por completo.

La engancho del pelo y la separo unos centímetros de mí. Luego levanto las caderas, clavándome en ella y exijo:

—¡Lárgate!

Me levanto, me pellizco el puente de la nariz y, con un gesto de cabeza, me despido de los chicos y me largo.

Estoy de un humor imposible.

No he conseguido correrme desde el día en el que me masturbé en la habitación de Mia. Y eso me tiene subiéndome por las paredes. Y no es por falta de empeño.

Lo intento.

No sé qué es lo que me impide hacerlo.

Con las piernas franqueando mi moto, y las manos en el manillar, fijo la vista al suelo y lo veo claro.

Lo que necesito no lo encontraré en este lugar.

Es tarde. Muy tarde.

Subo las escaleras de dos en dos y entro en mi habitación. Me deshago de mi ropa y me quedo con un bóxer ajustado. Camino hasta la habitación de Mia y cuando voy a abrir la puerta, esta no cede.

—¿Pero qué cojones?

Vuelvo a la carga, esta vez ya sabiendo que Mia ha hecho algo para impedirme la entrada. Y sin mucho esfuerzo lo consigo.

Me quedo mirando el butacón que atrancaba la puerta y cabeceo. ¿En serio pensaba que un simple sillón conseguiría frenarme?

Ignoro su patético intento de mantenerse a salvo.

«En esta casa estás a salvo, nena. Estás a salvo de todo, excepto de mí.»

La descubro dormida. Me acuclillo al lado de su cama y le retiro el pelo de la cara.

Mis ojos se adaptan a la oscuridad y la tenue luz de la luna, me permite observar hasta el más mínimo detalle. Enderezo mi postura. Erguido a un lateral de la cama, empiezo a frotarme la entrepierna por encima de la tela negra.

Es increíble lo dura que está con solo echarle un pequeño vistazo a Mia.

Aparto las mantas que la cubren y dejo su cuerpo al descubierto. Embutido en un pijama que consta de un pantalón negro y una camiseta de tirantes blanca, con el ribete de encaje.

Cuelo la mano por dentro de mi ropa interior y me libero la polla.

Escupo en mi mano, y sin pudor alguno envuelvo el tronco de mi rabo con mi palma y empiezo a deslizarla lentamente de arriba a abajo.

Mia se revuelve y la piel de sus brazos, se eriza. ¡Tiene frío!

«Aguanta un poco, nena. Enseguida te tapo.»

Continúo masturbándome, sin dejar de fijarme en ella.

En cómo su pecho sube y baja en calma.

En la curva, entre el final de su espalda y su culo, descansando sobre el colchón.

Aumento el ritmo y me muerdo con fuerza el labio inferior para evitar gruñir.

Avisto sus pezones, marcándose a través de la fina capa de tela blanca, y la polla se me endurece en la mano.

Sé que no puedo tocarla. Y no voy a hacerlo. Pero necesito algo. Solo un mínimo.

Me agacho sobre ella sin dejar de machacármela y aspiro el olor de su cuello. Mia se retuerce y, por un breve instante, creo que va a abrir los ojos. Ahora no voy a parar. No quiero hacerlo.

Bajo un poco la cabeza, saco la lengua y me permito lamer un instante uno de sus pezones, por encima de la camiseta.

Cuelo una mano por debajo de su camiseta y le acaricio el pezón. Sin pensarlo mucho, saco la lengua y rodeo su aureola empapándosela de saliva. Jugueteo con el pequeño botoncito central y se endurece con el tacto, sobre mi lengua, y es lo único que necesito para tensarme. ¡Ya lo tengo!

No puedo evitarlo, me incorporo una vez más, y clavo una rodilla en la cama, acercándome sigilosamente a ella… eyaculo sobre sus pechos. ¡Hostias!

Cómo lo necesitaba.

Retrocedo despacio, acerco el butacón al borde de su colchón y me siento en él, apoyando un pie en la cama.

Sigo acariciándome la polla despacio, sintiendo las últimas sacudidas de placer y sin poder dejar de observarla.

Cuando finalmente me la vuelvo a introducir en el bóxer, paso un buen rato mirándola. Fijando los ojos sobre mi semen que le cubre parte de la camiseta y parte de la piel desnuda de su canalillo. Es preciosa.

Y verla cubierta por mi corrida, me hace sentir un deje de orgullo, presionándome el pecho.

Preciosa y mía.

Las ganas de cubrirla se apoderan de mí, las contengo. No quiero hacerlo así. No quiero obligarla. Tomarla con violencia por la fuerza. Pero no estoy seguro de cuánto más voy a poder aguantar.

Respiro en calma y me recuesto en el butacón.

No quiero irme. Y no pienso hacerlo.

Hoy no.

Mia
Capítulo 14

Me estiro en la cama.

Ayer caí rendida, hacía días que no conseguía pegar ojo.

El que el día de ayer fuese más relajado, le concedió una tregua a mi falta de sueño.

Froto mis ojos con los puños, bostezando al mismo tiempo y palmeo la mesilla para apagar la alarma. Las cuatro y cuarenta, me deja tiempo para ducharme en diez minutos y preparar el desayuno.

Sacudo una pierna para deshacerme de las mantas y pongo el primer pie fuera de la cama. Estiro los brazos hacia arriba, desperezándome y me pongo en pie, calzándome al mismo tiempo las zapatillas de andar por casa.

«¿Qué es esto?»

Me llevo la mano al pecho, al mismo tiempo que me doy la vuelta y me encuentro con Lincoln. Sentado en el butacón al otro lado del lecho y mirándome fijamente.

Emito un pequeño grito, por la sorpresa, no grata, debo admitir.

—¿Qué haces aquí? Lárgate de mi habitación.

Apoya las palmas de las manos en los reposa brazos de cuero marrón oscuro, y poco a poco se incorpora, hasta finalmente, levantarse.

Lo recorro con la mirada. Vuelve a estar desnudo, a excepción de su bóxer.

Los músculos de sus muslos se endurecen. Sus venas se marcan y los tatuajes lo envuelven por completo.

Observo un breve segundo el tatuaje de un lobo que le cubre las costillas y trago saliva con fuerza. Esto no me gusta nada. Ya no estoy tan convencida de que la tregua de ayer siga vigente.

—¡Lincoln! He dicho que te largues. Fuera de aquí.

No responde, pero, endurece sus facciones y su cuadriculada mandíbula, cubierta por una capa de barba de varios días, se contrae.

Da un paso que lo deja bloqueando la puerta de salida.

¿Qué demonios está haciendo? Y, sobre todo, ¿qué quiere?

En lugar de avanzar, ya que no puedo salir de la habitación, hasta que él no se aparte, retrocedo y me pego a la pared trasera contra el cristal de la ventana.

Está amaneciendo, pero la luz apenas se cuela a través de la misma, es tenue y los rayos del sol apenas perceptibles.

—¿Tienes miedo, Mia? —susurra ronco.

—No. —Niego con la cabeza y trago con fuerza. Los dos sabemos que es una patraña. Claro que tengo miedo. ¿Quién, en su sano juicio, no lo tendría?

—Deberías —informa sin remordimiento alguno.

—Si tengo miedo y es por qué tú tratas de intimidarme —. Y ni siquiera se siente mal por ello.

Camina en mi dirección y yo tuerzo la cara. Rogándole en silencio que se vaya. Pegándome todo lo que mi cuerpo me permite a la pared. Estoy tan aprisionada que temo fundirme con ella.

No atiende mi súplica.

Se planta frente a mí, levanta una mano y acaricia la misma zona del pecho que yo me estaba inspeccionando antes.

Es cuando me percato de que algo pegajoso y seco la cubre.

Me esfuerzo por atar cabos y, finalmente, lo consigo. Esto es… es…

¡No me lo puedo creer!

—¿Qué me has hecho? Maldito degenerado.

Le doy un manotazo en los dedos, y deja caer el brazo a su costado sin quejarse. Pero no se aparta.

—Déjame salir, Lincoln —exijo demasiado temblorosa.

Mueve el cuello a un lado y a otro, haciéndolo crujir, como siempre.

Odio que haga eso. Consigue que mi alma se estremezca.

—Ruega —susurra mirándome desde su imponente altura.

—¿Cómo?

¿Acaba de pedirme que le ruegue?

Esto es demasiado. No puede comportarse así.

—Ni de coña —. Puede que esté temblando, pero no pienso ceder.

—Ruega —ruge de nuevo a cada segundo que pasa más empecinado en no dar su brazo a torcer.

Me niego a hacerlo. No pienso darle esa satisfacción.

—Eso no va a pasar ni en un millón de años. Vete. Y deja de columpiarte tan alto.

No tengo ni idea de lo que ha hecho conmigo. En realidad, me lo imagino. Prefiero ignorarlo. Pero no voy a consentir que me haga rogarle. No se trata de orgullo. Simplemente, no es lógico. ¿En qué cabeza cabe algo así? ¿Y, con qué objetivo?

—Estás chalado. —Hago el ademán de alzar los brazos, con la intención de empujarlo para apartarlo. No tengo tiempo a llevar a cabo la acción.

Lincoln me sujeta con una mano por la nuca y me lleva a rastras con él.

Sale de la habitación, acelerado, y desciende las escaleras de dos en dos. Me cuesta seguirle el paso y tropiezo con varios escalones, aun así, consigo mantenerme en pie y no caer.

Llegamos al piso inferior, me zarandea para ponerme delante de él, al mismo tiempo que me da un tirón brusco en la muñeca y me deja de rodillas.

Levanto la cabeza para mirarlo y, a pesar de estar asustada, consigo mantener a raya mi temple. Trato de levantarme, pero él, apoya las manos en mis hombros y me mantiene en el mismo lugar anclada.

—Ruega —exige de nuevo, con un gruñido entre dientes que hace temblar los cimientos de toda la construcción.

—Te he dicho que no. Déjalo ya, Lincoln. —No lo hago.

Trago la bola de saliva que se ha acumulado en mi garganta. Cae pesada en mi estómago, raspando por allí donde pasa.

Puedo oler su enfado.

Y sé que ha perdido los papeles cuando lleva una mano a su miembro, ya empalmado y empieza a liberarlo…

En ese instante, sin saber lo que va a ocurrir realmente, pero intuyéndolo, el miedo se adueña de mí y las lágrimas se acumulan tras mis parpados y empiezan a abandonar mis ojos a toda velocidad silenciosas.

No voy a consentir que algo así ocurra solo por no rogar. Lo tengo claro. No atraso el momento. Con voz titubeante, horrorizada por el momento y acelerada por el ritmo de mi respiración… ruego:

—Por favor, por favor, por favor, por favor… —He empezado y ya no puedo parar —. Por favor, por favor, por favor, Lincoln…

Al escuchar su nombre seguido de mi súplica, parece recobrar un poco el sentido. Si es que esto tiene algo de sentido.

Cierra los ojos un breve segundo y coge aire, llenando por completo sus pulmones, reteniéndolo en ellos y expulsándolo lentamente.

Devuelve la mirada a mis ojos, confusos y aturdidos, y asiente. Acariciando mi mejilla y apoyando mi cabeza en su muslo.

—No era tan difícil. —Un instante después rompe el contacto conmigo. —Haz el desayuno, nena.

Es lo último que escupe antes de separarse del todo, y dejarme en medio de la cocina, aturdida, humillada y cabreada hasta el infinito.

Se ha sentado en el sofá y encendido un porro. Como siempre. Sin importarle la hora que es.

Mientras yo recuperé mi dignidad de la mejor forma que pude y me levanté del suelo, donde Lincoln me obligó a arrodillarme.

Ahora estoy preparando el desayuno y desde mi posición solo veo sobresalir su cabeza por encima del respaldo del sofá.

No atino a saber por dónde coger a este hombre.

Ayer, cuando le limpiaba las heridas, parecía agradecido e incluso tuvo un gesto tierno conmigo, cuando me acarició fugazmente. En momentos como ese, tengo que reprimir el impulso de mi interior, que me pide a gritos que lo abrace.

Hoy parece el mismísimo demonio.

No quiero pensar que es un lunático, realmente no me deja mucha alternativa.

Se comporta justamente así.

Y solo tengo ganas de echar a correr y no detenerme jamás. Tenerlo lejos y que no me alcance nunca.

Acabo de preparar el desayuno y lo llamo prudente, para que se siente a la mesa.

Mi apetito no hace acto de presencia esta mañana, por lo que decido ir a ducharme. Pongo el primer pie en el escalón de madera.

—Siéntate a desayunar.

—No tengo hambre —lanzo por encima del hombro, mientras subo un escalón más.

—No te duches.

Otra vez con esa tontería a vueltas. Me vuelvo en su dirección.

—¿Por qué?

Lincoln, que parece sentirse la mar de a gusto y tranquilo en estos momentos, se mete un trozo de bacon en la boca y mastica un par de veces antes de engullirlo.

—No vas a desprenderte de mi olor, Mia.

Subo apresurada las escaleras y me recluyo en la habitación. Es un perturbado. Y yo, cada día que pasa, estoy más asustada.

Hoy no me apetece tenerlo cerca. No hago ni el intento de acercarme al taller.

Desayuno con Audrey y le comento mis planes de aprender a conducir. No quiero seguir dependiendo de Lincoln. Omito contar esa parte.

Aunque debe imaginárselo.

Sabe que vivo en el culo del mundo.

—Asher puede enseñarte. Él nos enseñó a Macy y a mí.

—¿En serio?

—Lo cierto es que, sería genial.

Audrey no pierde el tiempo. Llama a Asher por teléfono y lo informa de que necesito aprender a conducir. Cuando también le dice que estoy a su lado, este le pide que me pase a mí el móvil.

Hablo con él unos minutos, parece un buen chico.

Lo cierto es que, la noche que quedamos todos en la hamburguesería, ya me había dado cuenta.

Accede sin problemas. Le digo que le pagaré por las clases, él responde que ni hablar, que para eso están los amigos.

¿Amigos? Sí, supongo que puedo llamarlo así.

¡Qué bien suena!

Me dice que a cambio me pediría que le comprase un par de cajas de cerveza, pero dado que él trabaja, precisamente, en una fábrica de cerveza, y le salen gratis. Así que no es necesario.

Río con él y le digo que me ofrezco a liarle algún que otro canutillo de esos que se fuma, para evitarle algún esfuerzo.

—Solo si te fumas uno conmigo.

—¿Yo? —pregunto incrédula —. No he fumado en mi vida.

—En algún momento hay que empezar.

Qué cara tiene.

Acepto, aunque no muy convencida, de mis palabras, y le paso mi número de teléfono, para mantenernos en contacto y poder ir quedando. Me pide que le haga una pérdida para poder grabar mi número y me despido, devolviéndole el aparato a Audrey.

Ella cuelga sin despedirlo.

—Parece majo —confieso.

—Lo es. Pero también es un pieza, no te dejes engatusar.

Las dos rompemos a reír.

Puede estar tranquila, no estoy interesada en Asher en absoluto.

Bueno, ni en Asher, ni en nadie.

Al menos hoy. Ayer sí creí estarlo. Y puede que algún que otro día también. Mi interés, siempre coincide con el corto margen de tiempo, en el que Lincoln, no se comporta como un capullo.

Dado que no tengo nada que hacer, mato el tiempo conociendo el pueblo un poco más y la gente que vive aquí.

Recorro la calle principal, deteniéndome en todos los escaparates que encuentro.

Parece que hoy es día de compras.

Ya he entrado en dos negocios distintos.

En el primero, una diminuta, pero preciosa tienda de artesanía, he comprado unas velas con olor a vainilla artesanales y un par de bolsitas con unos conos de incienso.

Y en la segunda, compré un colgante de plata con la cabeza de un lobo aullando. No sé por qué lo hice. Todo lo que tenga que ver con lobos, debería darme pavor. Algo me impulsó a querer tenerlo en cuanto lo vi.

Un jersey blanco de lana trenzado, en el expositor de una de las tiendas del pueblo, llama mi atención. Y no solo por el hecho de que sea precioso, que lo es. Si no, porque la tienda está plagada de ropa de lo más sugerente. Y el toque armónico de esta prenda, destaca sobre todas las demás.

¡Me encanta!

Además, el invierno está a la vuelta de la esquina. Y por lo que sé, en este lugar hace un frío de mil demonios durante los meses invernales.

Rindiéndome a la tentación, entro en el establecimiento, dispuesta a probármelo. Empujo la puerta y lo primero que veo es, a una chica guapísima con unos impresionantes ojos azul celeste, una melena rubia platino que le llega por la cintura y un estilismo digno de cualquier modelo Armani, desfilando en la pasarela de Milán.

Tiene un parecido asombroso con la muñeca Barbie.

Es altísima. Lleva unos tacones de aguja de al menos quince centímetros. Lo que me lleva a inclinar la cabeza hacia arriba a medida que me voy acercando. Supera el metro ochenta fácilmente. Cuando yo no llego ni al uno sesenta. ¡Qué vida más injusta!

La chica me dedica una mirada autosuficiente y me siento en inferioridad de condiciones a su lado.

No soy insegura ni mucho menos. Pero no soy para nada como esta chica.

Sale de detrás del mostrador transparente de vidrio y camina a mi encuentro. La saludo con la mano y una gran sonrisa instalada en los labios.

—¿Eres Mia? —asiento con la cabeza un par de veces con entusiasmo.

No me sorprende la pregunta. Llevo ya unos días en el pueblo y, aunque no conozco a todo el mundo, la gente habla, y el boca a boca se extiende rápido. Me han hecho esa misma pregunta, un porrón de veces estos días. Soy la nueva. Y admito que la gente me ha colgado el cartel de rarita, por el hecho de ser hija de Jack y vivir con Lincoln, en medio del bosque.

Pero no desespero, poco a poco me irán conociendo.

—¿Y qué diantres quieres? —Perpleja ante su actitud, abro la boca y sin saber qué decir, la cierro de nuevo.

Ella se cruza de brazos y me mira por encima del hombro, con un gesto en la cara que no logro identificar. Pero sintiéndose claramente superior.

No capto el porqué de su salida de tono, y no me gusta un pelo.

—Solo venía a probarme…

—Queda muy claro a lo que has venido. Y no te va a salir bien.

¿Cómo? A saber, de qué habla esta tía.

Lo que tengo claro es que no le voy a permitir que me trate así. Estoy convencida de que esto es un malentendido. Pero, aun así, intolerable.

—¿Perdona? Yo, que tú, sería un poco más amable con la gente que entra en mi establecimiento. Había venido a comprar, evidentemente, he cambiado de opinión.

Ella tuerce el gesto y una sonrisa irónica le cruza el rostro.

—A comprar —parafrasea —. Has venido a intentar joderme. Ya te digo que no va a funcionarte. Conozco a las… — Me mira de arriba a abajo y finaliza. — …zorras, como tú.

Abro los ojos y la boca me llega al suelo. ¿Cómo? ¿Pero esta tía, quién narices es?

—¿De qué mierda hablas?

—¡Aléjate de Lincoln! —Río para mis adentros. ¿Está de coña? Pero no, parece todo menos una broma. —Te lo advierto. Déjalo en paz o…

Cruzo los brazos, claramente a la defensiva.

Pero esta tía, ¿quién se ha creído que es? ¿La presidenta del club de fans de Lincoln Dagger? Me habían puesto al tanto de las muchas que tiene por los alrededores.

A Lincoln puede comérselo enterito. A mí que no me meta en sus movidas.

—¿Tú de qué vas? Por mí, como si lo envuelves en celofán y te lo plantas como elemento decorativo en el escaparate. Pero no vuelvas a insultarme o vas a tener serios problemas conmigo.

En cuanto escupo mi respuesta, me doy cuenta de que no, ni de coña quiero que esta tía se acerque a Lincoln. Una imagen de esta

tía con Lincoln se instala en mi mente y de algún modo solo quiero arrancarle la cabeza.

Aprieta los puños y se pone roja por la presión que ejerce. Da un paso en mi dirección, totalmente fuera de sí misma, y como me veo venir lo que va a hacer, doy dos pasos hacia adelante, demostrándole que no le tengo ningún miedo. Mi estilo no es liarme a golpes por ahí, pero si tengo que asestarle alguno a la Barbie chalada esta, no me temblará el pulso. Y, mierda, algo me empuja a querer dárselo.

Y me jode parar a pensar que en el fondo a Lincoln le pega mucho. Está tan chalada como él. Eso solo me hace hervir más la sangre.

—Voy a acabar contigo, zorra —sisea de mala leche y antes de que puedo reaccionar, se abalanza sobre mí.

Sus dedos, con manicura francesa perfecta, se enredan en mi pelo y tiran de él con rabia.

Le clavo las uñas en las palmas para sacármela de encima, con la intención de asestarle un puñetazo en los morros repletos de bótox, y reventárselos, pero, alguien rodea mi cintura y me aparta de un tirón brusco, truncando todos mis planes.

Lincoln entró como un ciclón. Ni siquiera lo he escuchado. Me desplaza hasta dejarme a su espalda, protegiéndome, y se coloca frente a la Barbie chalada. Mantiene un brazo hacia atrás, como si no fuese a permitir bajo ningún concepto que esta tía tenga oportunidad alguna de acercarse a mí de nuevo.

Parece cabreado. ¡Mucho!

Gira la cabeza en mi dirección y clava sus ojos negros y sus pupilas dilatadas en los míos.

—¿Estás bien?

Asiento un par de veces con la cabeza y la respiración agitada. Mi puño se enreda en la parte de atrás de su camiseta y lo único en lo que pienso es en sacarlo de esta maldita tienda, porque me jode que esa zorra ni tan siquiera ponga sus ojos sobre él. ¿Qué coño me está pasando?

—Espérame fuera, nena.

—No —medio chillo, medio jadeo. Deseosa de apartarlo y arreglar yo solita las cosas con la rubia oxigenada.

—¡Ahora! —ladra con exigencia Lincoln.

Me obligo a recuperar la respiración y, aunque me hierve la sangre por dentro, abandono el local.

No sé qué rollo raro se traen estos dos, así que obedezco. Todavía no puedo creerme lo que acaba de pasar. ¡Es surrealista! Y no me refiero solo a la entrada triunfal de Lincoln. Es más bien por los reproches de la rubia chiflada.

A través de la vidriera del escaparate, veo a Lincoln plantado delante de su «*supuesta fan*.» Y no parece que él se alegre mucho de verla. Pero con este tío nunca se sabe.

La mira un largo minuto a los ojos, sin abrir la boca, ni hacer ningún tipo de gesto. Su semblante duro, su imponente físico y el modo en que los utiliza para amenazarla, son más que suficientes, para que la rubia, se eche a temblar. A temblar y retroceder, dando pequeños pasitos inconexos. Mientras Lincoln avanza despacio en su dirección. La rubia se apoya por completo en una de las paredes del local, cuando ya no tiene más cancha para retroceder. Lincoln la flanquea, apoyando las palmas de las manos en el muro, a ambos lados de su cabeza. Desde aquí observo cómo retuerce el cuello en ambas direcciones y, aunque no logro escuchar cómo le cruje, el solo movimiento, me hace estremecer. No me gustaría estar en la posición de esa tía ahora mismo. No escucho lo que dice, pero en los labios de ella, leo: «lo siento, lo siento, lo siento mucho, Lincoln». Él mantiene la postura unos segundos más, y después da media vuelta y sale del establecimiento.

Coloca su mano en mi nuca y echa a andar, obligándome a hacerlo a mí con él.

—Sé defenderme sola —le reprocho enfadada. Lo que no atino a comprender es el motivo de mi enfado. Ya no reconozco si se trata de que la imbécil de la dependienta me sacara de mis casillas, o es el simple hecho de que posara sus ojos en Lincoln.

—No lo dudo —responde seco y tajante.

—Pues entonces suéltame —exijo. Él solo reafirma más su agarre. —Que me sueltes, Lincoln.

—Jamás.

Mia
Capítulo 15

Hace un día de sol precioso. Y quiero aprovechar los últimos momentos de calor y buen tiempo. Ya que, en breve, todo el verde desaparecerá, ocultándose bajo un inmenso manto de color blanco.

Me pongo unos leggins negros y una camiseta color rosa palo, ya no una ni dos, sino siete u ocho tallas más grande. Le hago un nudo bajo en mis lumbares y salgo al bosque. No pienso alejarme mucho de la casa. He aprendido la lección.

Pero quiero acercarme a meter los pies en el río. Lo tengo a solo veinte metros de la entrada trasera, y nunca le he prestado atención.

Lincoln anda a lo suyo. Hace un rato lo vi trabajando en la piel de oso. Le estaba haciendo no sé qué con un aceite asqueroso y ahora ha hecho una especie de hoguera pequeña y ha puesto unos palos cruzados de madera y está colocando la piel encima. Dios sabrá lo que pretende hacer. Lo que es yo, no lo sé. Y la realidad es que, tampoco me interesa.

Me acerco a un pequeño tablón de madera y me siento sobre él. Subo un poquito las perneras de mis leggins y meto los pies en el agua. Acabo mojándome los pantalones, no me importa.

De vez en cuando me percato de que Lincoln me dedica vistazos fugaces, sin intenciones ocultas. Me gusta pensar que es así. Espero no equivocarme y que no esté maquinando algún plan diabólico de los suyos.

No le presto atención y me concentro en lo mío.

Desaparece un par de minutos en casa y poco después suena: *Bring to me life* de Evanescense. Me gusta mucho la música en general. Y no tengo un estilo definido. Escucho un poco de todo. Pero Lincoln y este tipo de sonidos están colmando mi paciencia.

Creo que la mayor parte de culpa, se la lleva el volumen al que la escucha. Es una verdadera tortura para mis oídos.

Se concentra de nuevo en su fogata y sus pieles, y yo, en mantener mis pies a remojo.

Pienso en mi madre, en cuánto le habría gustado a ella estar rodeada de naturaleza. Y también en mi padre. Convencida de que las escapadas que hacía mi madre al monte, posiblemente, tuviesen mucho que ver con él. Solo hace falta ver dónde vivía mi padre para saber lo mucho que le gustaba el aire puro. Y mi madre, a pesar de ser una urbanita de los pies a la cabeza, de vez en cuando, se tomaba unas horas para disfrutar de algún atardecer lejos de la contaminación de la ciudad. Puede que de algún modo fuese su manera de sentirse cerca de Jack. A pesar de que no estuvieron mucho tiempo juntos, mi madre nunca quiso tener otra pareja tras el abandono de mi padre.

Apoyo la palma de la mano en la madera, en la que estoy sentada, y a causa de la presión, esta resbala. Me asusto y doy un bote sobre el tablón, la madera cruje y se parte a la mitad, haciéndome caer al río, sin que yo pueda hacer nada para evitarlo.

En un primer momento, no me asusto, de hecho, casi rompo a reír por lo patosa que soy.

La cosa cambia cuando, al sacar la cabeza a la superficie, me doy cuenta de que el agua tiene muchísima más presión de la que jamás habría imaginado.

Lejos de encontrarme en el punto en el que he caído, me descubro a varios metros. Lo peor es que, la corriente me sigue arrastrando río abajo. Los nervios que crecen en mi estómago me impiden respirar. Perdiendo el control sobre mí misma y volviendo a hundirme al tragar una gran bocanada de agua.

Pataleo con fuerza para salir de nuevo a la superficie, con la intención de gritar con todas mis fuerzas y pedirle ayuda a Lincoln. Pero cuando aún estoy pataleando y mis brazos empiezan a chapotear en la superficie, un inmenso brazo me rodea la cintura y me arrastra con él.

Tardo unos segundos en asimilar lo que sucede. Para cuando quiero darme cuenta, Lincoln ya ha alcanzado la orilla, cargando conmigo y me está sacando del agua.

Tira con fuerza de mi cuerpo. Me tiende boca arriba en el suelo cubierto de tierra, malas hierbas y piedrecitas.

Abro los ojos asustadísima y los clavo en los suyos, que están a medio metro de distancia.

Está arrodillado a un lateral de mi cuerpo, jadeante y con las manos apoyadas en sus muslos, evaluando daños, imagino.

Toso varias veces deshaciéndome del agua que he tragado involuntariamente y me esfuerzo por calmar mis jadeos.

Con los ojos fijos en los suyos, me incorporo y lo abrazo.

Lincoln no me aparta, pero no me devuelve el abrazo.

—Gracias, muchas gracias —jadeo apretándome contra su pecho.

Sin separarme de él, pregunto contra la piel empapada de su cuello: —¿Cómo te has dado cuenta tan rápido?

Me envuelve la cintura con sus brazos, atrayéndome contra su cuerpo y me confiesa:

—Lo estaba viendo venir.

¡Vaya! Supongo que ese era el motivo de sus incesantes vistazos rápidos cada pocos minutos.

No sé si sentirme alagada por tener a alguien tan avispado cerca en momentos como este. O, por lo contrario, insultada porque dé por hecho lo patosa que soy. Y, sobre todo, que dé por sentado que, no soy capaz de cuidar de mí misma. En cualquier caso, eso es lo de menos ahora. El caso es que estaba cerca. Y ha actuado a tiempo.

—Gracias —insisto de nuevo.

Me separo un poquito, pero sigo rodeando su cuello con mis brazos. Mis ojos grises buscan los suyos negros.

Asiente a mi agradecimiento y a mí se me nubla el pensamiento.

Pego mi pecho al suyo por completo y nuestras camisetas empapadas y adheridas a la piel, se pegan la una a la otra.

Mis ojos vuelan a su labio inferior y sin pensármelo dos veces… lo beso. No tengo ni la más remota idea de dónde ha salido un gesto tan improvisado y espontáneo. Solo sé que no puedo contenerlo. Algo me empuja a desear la proximidad de este hombre, tan rudo y salvaje, como perturbado.

Apoyo mis labios contra los suyos y con la lengua le suplico acceso a su boca. No me lo niega.

Acaricio mi lengua contra la suya y Lincoln se enciende.

Mi beso pasa a pertenecerle rápidamente.

Me reclama con exigencia y, sujetándome con las dos manos por el culo, se pone en pie llevándome con él. Al mismo tiempo que yo enredo las piernas en su cintura.

Sin dejar de besarnos, camina cargando con todo mi peso, como si no le supusiese esfuerzo alguno, hacia el porche de entrada. Sube los pocos escalones que nos separan del bosque y me sienta en la barandilla de madera.

Me tambaleo y siento el incipiente río de lava que nace entre mis piernas, cuando roza su entrepierna sobre mi sexo. La palma de su mano se desplaza a mi espalda y la extiende sobre ella, cubriéndola por completo.

Tiene unas manos enormes.

Con la otra me sujeta por la nuca y yo sigo abrazada a sus hombros, sintiendo el calor de su piel, bajo la capa de tela empapada que lo cubre.

Intento mantener el control e ir despacio. Pero Lincoln no parece estar por la labor. Saquea mi boca con celeridad, en un beso que no rompe y, a cada segundo que pasa, se torna más salvaje, más profundo y más exigente.

Su lengua se pasea experta y no deja un solo rincón de mi boca por explorar. El deseo creciente por él se funde con un sentimiento de absoluta desesperación por sentirlo por todas partes.

Apresa mi labio inferior con sus dientes, y tira de él con tanta fuerza que, cuando nos separamos y me enseña los dientes, puedo ver destellos de mi sangre.

Y el que sea tan bestia, lejos de ahuyentarme, me excita.

Se inclina una vez más, saca la lengua y me lame los labios, llevándose con él, la sangre que él mismo ha hecho brotar.

Introduce la lengua de nuevo en mi boca y lo observo cerrar los ojos y gruñir, mientras traga.

Eso tiene un impacto directo en mi sexo. Qué palpita delirante y reclama atención. Sintiéndose solo y desatendido.

Sigue sosteniéndome por la nuca, pero traslada la mano de mi espalda y me acaricia el labio inferior con el pulgar.

Lo presiona con fuerza y lo desliza hacia un lateral.

Resopla por lo bajo.

Se separa unos centímetros de mí y me mira directamente a los ojos, con la mandíbula tensa y sin dejar de sujetarme por la nuca.

—Tráeme una cerveza, nena.

¿Cómo?

¿En serio acaba de decir eso?

He estado a punto de ahogarme. Nos hemos besado como si mañana no fuese a amanecer, y ahora corta de raíz y me pide que le traiga una cerveza, cuando lo único en lo que puedo pensar es en que me posea y se meta entre mis piernas. No entiendo nada.

Admito que esto no me lo esperaba, pero no hay nada que pueda hacer. Queda claro que no quiere seguir. Aunque hace un puñado de segundos no daba esa sensación.

Entro en casa tambaleante y aprovecho para quitarme la ropa empapada y tratar de recobrar un poco la compostura.

No pierdo el tiempo en meterme en la ducha, lo haré después. A pesar de que un buen baño de agua fría no me vendría nada mal en este momento. ¡Estoy ardiendo!

Me desprendo de lo que llevo y me pongo un pantalón negro ancho, y una camiseta de tirantes blanca. Obligándome a ignorar el deseo que emana de cada poro de mi piel. Prescindo de ponerme sujetador, a pesar de que, la fina tela de mi camiseta deja entrever por completo mis pezones erectos.

En la cocina cojo una Budweiser de la nevera y salgo de nuevo al porche.

Lincoln se ha quitado la ropa mojada también, y se ha puesto un vaquero azul oscuro, al que le ha dejado el último botón sin abrochar y está a pecho descubierto.

Por un breve instante, fijo mis ojos en sus pectorales, y admiro la anchura de su espalda. Retiro la mirada en cuanto el calor se apodera de mi epicentro, y este comienza a palpitar una vez más.

Este tío no puede ser real. Está demasiado bueno.

No llego a darle el botellín, dado que estoy demasiado ocupada babeando, pero no parece importarle. Estira el brazo y me lo arranca de la mano.

Se deja caer en el banco de madera, lo apoya a su lado, y se enciende un porro.

Da la primera calada y, antes de que me dé tiempo a darme media vuelta para entrar en casa, se incorpora un poco, rodea mi cintura con su enorme brazo y me sienta sobre sus piernas. Dejándome de espaldas a él. Tira de mi pelo y, aunque las formas no son las más delicadas del mundo, comprendo que quiere que recueste la cabeza sobre su pecho. La dejo caer sobre él y Lincoln vuelve a sentarse hacia atrás y apoya la espalda en la pared de troncos de madera.

Sigue rodeándome la cintura con un brazo y persiste en dar caladas a su canuto y tragos esporádicos a su cerveza.

—Me gusta este silencio —confieso relajándome con el susurro del viento y disfrutando de sentirlo en calma y tan cerca, tras un par de minutos —. Aunque admito que en ocasiones me asusta.

—¿El silencio, o, el estar sola conmigo y aislada del mundo?

La verdad es que, cuando vi el lugar, no me gustó la idea de vivir aquí, pero cuando conocí a Lincoln, el sitio paso a un segundo plano, y él se convirtió en el mayor de mis problemas.

—Tú —acepto con sinceridad.

Su pecho sube y baja acelerado un par de veces, golpeando levemente mi espalda. ¡Qué cabronazo! Se está riendo de mí.

Este es el Lincoln Dagger que me gusta. Pese a que se burle de mí. El que consigue que me olvide del mundo y de todo lo que nos rodea. El que se muestra cercano y parece convivir en paz consigo mismo.

El que consigue hacer que desee dejarme llevar y solo quiera tenerlo cerca. El que, en este momento, apoya su barbilla en mi cabeza, y me hace suspirar sin ni tan siquiera ser consciente de ello. Sentirme protegida.

—¿Por qué no puedes ser siempre así? —La pregunta se escapa de mis labios apresurada.

—Soy siempre así, Mia.

¿Qué? Para nada.

¿Qué tendrá que ver este Lincoln con el que esta misma mañana me ha obligado a rogarle de rodillas a cambio de que no abusará de mí? No estoy segura de si llegaría a hacerlo o no. Tampoco quiero

descubrirlo. Cuando se comporta así, da miedo. Pero lo que más temo, es saber que en el fondo lo creo capaz de hacerlo.

¿O con el que me amenaza, me intimida o me humilla?

Se convierte en un animal salvaje imposible de domesticar.

Son dos personas completamente opuestas.

¿Y todo para qué? ¿Con qué propósito? Ni siquiera logro comprenderlo.

—Eso no es cierto —replico.

Y aunque mi tono de voz, demuestra impertinencia, mi intención no es más que la de hacerlo entrar en razón. Que comprenda que no puede tratarme así. Que es indiferente, si quiero estar con él o no, tiene que respetarme.

—Por supuesto que lo es, nena. Eres tú la que se empeña en contradecirme y complicar las cosas.

—¿Perdona?

Es imposible. Una persona no puede pensar como él. No es lógico.

Ya no me siento cómoda sobre su regazo, ni me apetece tenerlo cerca. Se está comportando como un gilipollas. Me incorporo un poquito para levantarme y me lo impide en el acto. Me revuelvo para zafarme de su agarre y Lincoln lo endurece.

—Estate quieta —advierte con voz calmada.

¿Qué me esté quieta? Lo dicho. No hay quien lo soporte.

—¿Tú de qué vas, Lincoln? —continúo revolviéndome para librarme de él y alejarme lo antes posible. Estoy cabreada, mucho.

No es nadie para tratarme de este modo y mucho menos para retenerme en contra de mi voluntad.

No pienso permitirlo.

Lincoln resopla a mi espalda y deja el porro apoyado en el borde del banco de madera. Me sujeta también con el otro brazo y, a pesar de que no está ejerciendo ni de lejos la fuerza que posee, me resulta imposible moverme.

—Para quieta, hostias.

—Pues deja que me levante. No me apetece estar contigo —escupo.

Es evidente que no, estoy luchando por separarme de él.

—A mí, sí. Por lo que vas a estar quietecita y mantenerte calladita.

—¡Qué te den, Lincoln! No soy un puto muñeco que puedes manipular a tu antojo.

—Eres justo eso. —Hay que joderse.

Intento liberarme durante unos instantes más. Lincoln pierde la paciencia y simplemente me sujeta las muñecas con una de sus manazas y me ancla en el sitio. Cuando voy a protestar, engancha la cerveza que tiene a su lado, con toda la calma del mundo la termina, tira el botellín y me tapa la boca con su otra manaza.

Poco a poco, aunque no esté conforme con cómo me está tratando, comprendo que es inútil luchar. No tengo nada que hacer contra él, por lo que, me relajo, dentro de lo que cabe, y me rindo, por decirlo de alguna manera. Por lo menos dejo de patalear y revolverme.

Los minutos avanzan y Lincoln aparta su mano de mi boca.

Aun así, me mantengo en silencio.

Cuando se percata de que no voy a protestar y he dejado de retorcerme y oponer resistencia, afloja su agarre y sus músculos también se van relajando.

Una media hora después, en la que ninguno abre el pico, me suelta por completo. Permanezco inmóvil, a la expectativa. Pero sin moverme de su regazo.

—Haz la cena.

Con su orden, salgo disparada a la velocidad del rayo.

Lincoln
Capítulo 16

—¿Qué vas a hacer con toda esta mierda? —se interesa Kai. Me encojo de hombros.

—Voy a limpiar las bujías. Vienen a recoger ahora un par de coches. Entrégales las facturas y las llaves —ordeno saliendo por la puerta —. Y asegúrate de cobrar bien.

Salgo del despacho y me centro en… nada, las bujías ya están listas. Mato el tiempo mientras Kai me echa un cable con lo que le he pedido.

No me gusta pedir favores, pero no tenía otra opción.

Estoy deseando que acabe y bajar la persiana.

Mia no se ha dejado ver en todo el día. No me sorprende, ayer las cosas se torcieron.

Joder, ¿por qué tuvieron que torcerse? Era la primera vez que ella se acercaba a mí voluntariamente. Que sentía en mi piel su deseo real por mí.

Se empeña en ser difícil y complicarlo todo.

Empiezo a cansarme.

Aprovecho para desmontar el motor de una Honda muy similar a la mía. Adelantar trabajo siempre es mejor que dejar que la ira me consuma las entrañas.

Levanto la cabeza veinte minutos después, cuando la tengo prácticamente desmontada y esparcida por el suelo, Kai da un golpe de cabeza, señalando la salida.

¡Cojonudo! Ha terminado.

Nos sentamos en un banco del parque cercano a la iglesia del pueblo. Abro mi botellín de Budweiser y Dominic me pasa un porro encendido, le doy un par de caladas seguidas y se lo tiendo a Kai.

Kai, que tiene la vista clavada en los niños que juegan en el parque. No creo ni siquiera que esté pensando en los críos, simplemente, se mantiene ausente.

—¿Queréis de esos? —investiga, pensativo.

¡Hostias! Pues va a ser que sí pensaba en eso.

—Ni de coña —responde Dominic apresurado.

Kai y yo rompemos a reír al ver la cara de acojone que tiene Dominic.

—¿Y tú? —investiga Kai.

Sujeto entre mis dedos el canuto que acaba de pasarme Dominic y le doy una calada profunda y prolongada.

Miro a los niños del parque y no simpatizo lo más mínimo con ellos. Pero, sin embargo, mi instinto de supervivencia y mi ego de macho alfa, protestan en mi pecho.

Claro que quiero críos. Está en nuestra naturaleza. Quiero aparearme y procrear. ¿Qué sentido tendría el no hacerlo? No es algo que nunca me haya planteado, pero… Mia aparece en mi cabeza y sonrío para mis adentros. Quiero cubrirla a ella y que dé a luz a mis cachorros. Voy a cubrirla a ella.

—Supongo que sí —informo a Kai, imaginándome a seis o siete de esos jugando en las inmediaciones de nuestra casa y acompañándome a cazar.

—¿Supones? —carga de nuevo.

—Supongo —confirmo.

—Miedo me da —interviene Dominic.

Nunca me había parado a pensar en ser padre hasta hoy. Pero acabo de darme cuenta de que sí lo quiero. Y quiero que sea justo así.

No quiero un crío ni dos. Más bien, todos los que tengan que venir.

No soy de soñar y mucho menos despierto. Pero la visión de Mia en el porche de casa, rodeada de críos y preñada, me enciende. Imaginar que se somete a mí hasta ese punto es la hostia de satisfactorio.

Clayton aparece de la nada y se sienta en el respaldo del mismo banco en el que estoy yo, cargándose mi ensoñación.

Saca una bolsita disimuladamente del bolsillo y yo hago lo mismo con un par de billetes arrugados, intercambiamos las cosas de

manos y le tiendo una cerveza fría del cubo con hielo que tengo a mis pies.

—Que va, tío. Gracias. Me largo a echarle una mano a Asher —. Le doy una palmada en la espalda a Clayton a modo de despedida, mientras él apoya la mano en el respaldo y salta por detrás del banco, incorporándose.

—¿En qué anda metido? —cotillea Dominic.

Desde que trabajan en la fábrica hace unos cuatro años, Dominic y Asher se llevan bastante bien. A pesar de que, cada uno tiene sus respectivos amigos, de vez en cuando quedan para tomar unas cervezas, se echan un cable siempre que pueden y esas cosas.

—Está en la explanada, enseñando a Mia a conducir —. Mi cuerpo se tensa al escuchar su confesión —. Y ya se han llevado por delante un par de papeleras esta tarde.

Su broma no me hace ni puta gracia, pero sin duda, lo que menos gracia me hace es que Mia, esté cerca de otro.

No espero. Me levanto a la velocidad del rayo y, de un salto, me subo a la moto. Aprieto el acelerador y cuando le quito la pata de cabra hacia atrás con el talón, sale derrapando y levantando una nube de polvo.

De camino, distingo en la carretera el sonido de la moto de Clayton y el de la camioneta de Kai.

A tomar por el culo. Me importa una mierda.

Aprieto los dientes y acelero. Acelero y acelero.

No tardo en llegar a la explanada. Apago el motor sin ni siquiera reducir la velocidad y salto de mi Honda, dejando que caiga al suelo, sin molestarme en intentar mantenerla en pie.

Veo el coche de Asher, y a Mia, sentada en el capó. Con una Coca-Cola entre sus manos y los pies apoyados en el parachoques.

Asher se mantiene de pie, justo frente a ella, riendo por algo. Y no negaré que eso me jode más todavía. Verla reírse con otro, cuando conmigo no lo ha hecho nunca.

Asher apoya una mano en el capó, muy cerca del muslo de Mia. Muslo que solo cubren unos pantalones vaqueros azul clarito y eso activa al animal que habita en mí.

Aprieto los dientes y rujo con fuerza.

—¡MIA!

Los dos se percatan de mi presencia en el mismo instante y me miran confusos. ¿Confusos? Tócate los cojones.

Mis brazos tensos, uno a cada lado de mi cuerpo, convierten mis dos manos, en dos puños. Preparados para reclamar lo que es mío. Lo que me pertenece por derecho.

A mi espalda escucho llegar la moto de Clayton y derrapar la camioneta de Kai.

Tienen que salvar muchos metros hasta llegar a mí. Y aunque se den prisa, dudo que puedan detenerme.

Estoy furioso, loco de rabia.

Asher lo comprende enseguida, porque tira la Budweiser al suelo de cualquier manera, levanta las manos fingiéndose inocente e intenta llamar mi atención.

—Tío… Lincoln…tío…

Ni rogando te perdonaría la vida.

—¡Hijo de puta!

Sabe que es mía. ¡Mía, hostias!

Puede que ella todavía no lo tenga claro, pero me aseguré con creces de marcarla, para que todo el maldito mundo se mantuviese alejado de ella.

Le saco tres años, casi veinte centímetros y al menos veinticinco kilos de pura masa muscular. Poco me importa. No debería haberse atrevido a acercarse a ella.

Llego a su altura y lo cojo con las dos manos por el pecho. Retorciendo su camiseta entre mis dedos. De un empujón brusco lo tiro al suelo. Acto seguido me coloco a horcajadas sobre él y empiezo a estampar mis puños contra su cara de niño bueno. No sé cuántos puñetazos le doy. ¿Cuatro? ¿Ocho? ¿Veinte?

Solo sé que no le doy opción a devolverme ni uno solo. No llega ni a rozarme. Y en menos de un minuto, yace en el suelo inerte.

No quiero parar. Quiero matar a este hijo de puta.

Entre Kai, Dominic y Clayton me apresan y por mucho que uno a uno los machacaría, con los tres al mismo tiempo y cuando su único cometido es inmovilizarme, resulta complicado.

Oigo a Mia gritar de fondo. Ni siquiera comprendo lo que dice.

Estoy completamente cegado.

Las sirenas de policía llegan a mis oídos y solo quiero sacarme a estos imbéciles de encima y terminar con lo que estaba haciendo, sin importarme nada más.

Rujo y respiro pesado de rodillas en el suelo, inmovilizado por los tres imbéciles que se interponen entre mi objetivo y yo.

Pero cuando veo a Mia, arrodillarse al lado de Asher, e intentar socorrerlo, mi ira escala peldaños imaginarios a una velocidad vertiginosa.

Emito un grito atroz y me revuelvo, descubriendo una fuerza descomunal oculta en mi interior y necesaria para deshacerme de los que me apresan y continuar con mi cometido.

Continuar y matarlo, hostias.

Cuando me estoy sacando de encima a uno de ellos y me revuelvo sin control, Kai le grita a Mia:

—Mia, aléjate ahora mismo de Asher.

Mia lo mira confusa y mi amigo, reconociendo lo que alimenta mi furia, no duda en proclamarlo.

—Aléjate o no podremos contener a Lincoln.

Qué bien me conoce el hijo de la gran puta. El verla a su lado me está machacando, pero al mismo tiempo me está otorgando una fuerza y un poder sin precedentes.

Mia duda un par de segundos, pero finalmente, obedece y se aleja de Asher. Mientras las lágrimas caen a toda velocidad, empapando sus preciosas mejillas que parecen esculpidas en la porcelana más delicada del mundo.

Una patrulla de policía se acerca apresurada y, al verme fuera de mí mismo, piden refuerzos por radio.

«Vais a tener que pedir muchos si pretendéis salvar a ese cabrón.»

No pienso parar.

Kai, Dominic y Clayton, siguen reteniéndome y les piden a los dos maderos.

—Las esposas. Pasarnos las putas esposas.

Dudan, pero cuando ven cómo me revuelvo, se agachan para poder colocármelas a la espalda ellos mismos. Con esfuerzo entre los

cinco, logran hacerlo. Pero no dejo de revolverme y no les resultará sencillo meterme en ese coche antes de que me cargue a ese gilipollas que todavía no da señales de vida. Un par de esposas no me detendrán.

Me piden por activa y por más activa todavía, que me calme. No lo consiguen. Yo solo tengo la vista fija en Asher y mi único objetivo es acabar con él. La ha tocado. Ha tocado a mi hembra.

No soy consciente del tiempo que transcurre, de pronto, Mia se arrodilla frente a mí, tapándome la visión de Asher.

Respiro con fuerza y le enseño los dientes. Rujo. Una declaración de lo que la espera por tal falta de respeto hacia mí.

Escucho a los maderos hablar sobre reducirme, pero ni siquiera estoy seguro.

—Lincoln. Lincoln, por favor, —repite Mia llorando —. Lincoln, van a dispararte, por favor, para.

—Mia, no te acerques —advierte Dominic algo alterado.

—¡No va a hacerme daño! —chilla ella fuera de control.

Devuelve su mirada a mis ojos y se aproxima hasta que quedamos a pocos centímetros el uno del otro. Aun así, los chicos siguen sujetándome con fuerza y yo rugiendo y enseñándole los dientes a Mia mientras me revuelvo.

Y todo mi mundo se paraliza cuando ella, apoya la palma de su mano en mi mejilla. Con una ternura indescifrable.

—Soltadlo —pide prácticamente suplicando —. Lincoln, por favor. Por favor, cálmate —repite, acariciando mi mejilla con su dedo pulgar y envolviéndome con el calor de su palma.

Apoya su mano libre al otro lado de mi cara y acuna mi rostro.

—Que lo soltéis, joder —. Con un deje de desesperación y otro de súplica, impregnados en su voz tan temblorosa y asustada, como desafiante y luchadora —. Te lo suplico, Lincoln. Tienes que parar, por favor. Tienes que calmarte, o, acaraban haciéndote daño. Mírame a mí, Lincoln. Quédate conmigo.

La miro a los ojos y… me rindo.

Me rindo.

Sin saber cómo, me rindo por completo a la mujer que atesora mi rostro, como si fuese el más preciado de sus tesoros, entre sus

pequeñas y frágiles manos.

No me revuelvo, no me muevo.

Ya no lucho.

Me doy por vencido.

Simplemente, fijo mis ojos en los suyos repletos de temor y asiento una sola vez.

Lincoln
Capítulo 17

—¿Qué cojones está pasando, tío? —Kai se mantiene de pie, agarrado con las dos manos, a los barrotes de la celda donde estoy encerrado.

Sentado en un mugriento banco de acero, con las piernas abiertas y los codos apoyados en las rodillas. Mis manos están entrelazadas entre sí y hechas un desastre. Mi vista clavada en el suelo. No digo una palabra.

Kai chasquea la lengua contra el paladar y resopla.

Me inspecciona con la mirada.

—Hay que curarte esas heridas.

Le importan una mierda las heridas. Me ha visto cien mil veces peor y no le ha supuesto problema. Solo quiere quitarle hierro a la situación.

—Pero, ¿qué te pasa por la cabeza? —No se rinde. Y es consciente de que estoy pasando de él. —¿Sabes qué, tío? Te he visto envuelto en un millón de situaciones jodidas. Muy jodidas. Pero nunca te había visto así. ¿Qué pasa, joder?

Pues claro que nunca me había visto así, porque nunca lo he estado. Tan simple como eso. Y lo jodido es que de lo único que me arrepiento, es de no haber tenido la oportunidad de llevarme por delante al hijo de puta de Asher.

—Y lo más extraño es que ni siquiera me preocupa cómo te has puesto. Hasta que te he visto con ella —. Cierro los ojos con fuerza. Comprendo perfectamente a lo que se refiere —. Me he meado en los pantalones, Lincoln. ¡Una puta caricia! Te ha aplacado, una puta caricia —. Lo sé, Kai tiene razón. Me he rendido en el momento en el que ella ha puesto su mano sobre mí. — Me asusta, tío. No te lo voy a negar. Me asusta lo que pueda pasar si esto no te sale bien.

—Saldrá —aseguro sin asomo de duda al escucharlo.

—Eso espero.

Mantenemos un silencio sepulcral, durante más tiempo del que soy capaz de contar.

Mia no puede llegar a casa sola y yo no tengo ni puta idea de cuándo van a soltarme. Dudo mucho que sea hoy. No me gusta pedir favores ni hablar de ella con nadie. En esta ocasión no tengo alternativa.

—Hay que llevar a Mia a casa.

Kai no necesita saber más.

Y yo no necesito que él esté aquí. Puede largarse. Llevar a Mia a casa y luego volver con su chica o con quien le dé la gana.

—Mia está en el hospital.

La rabia vuelve a recorrer cada vena de mi cuerpo al obtener esta nueva información. Abandono mi punto fijo en el suelo y me pongo en pie, tensando la mandíbula y mirando a Kai de muy, muy mala hostia. Temblando de pura ira.

—Cálmate. ¿Qué esperabas, Lincoln? Es su amigo. Su maldito amigo, tío. ¿Puedes entender eso?

Pues no. No puedo entenderlo.

No puedo y no quiero.

—Sácala de allí y llévala a casa —ladro aspirando el aire que nos rodea entre mis dientes y apretando los puños. —¡Ahora!

Kai me conoce. Sabe cuándo puede y cuando no, meter baza. Y ahora mismo no le conviene. Asiente un par de veces sin dejar de mirarme.

Da media vuelta y se dirige a la salida de los calabozos, pero antes de irse, abre su bocaza.

—La estás jodiendo, tío. No sé lo que tienes con esa tía, pero… Si lo que pretendes es perderla, lo estás haciendo de puta madre.

Admito que las palabras de Kai me dan que pensar. Pero no consiento que eso me reconcoma por dentro. Es mi hembra y yo decido qué hace, con quién y cuándo. Y no consentiré que nadie cuestione mi modo de tratarla. Y mucho menos que se entrometa.

—La quiero en casa, ya.

Kai asiente una última vez y desaparece bajo el umbral.

Me sueltan al día siguiente. Es viernes, pero no me apetece abrir el taller. Por lo que regreso a casa directamente.

Durante el camino intento calmarme.

Pensar en las palabras de Kai.

No lo consigo.

La noche se convirtió en una de las más largas de mi vida. Y no por estar en el calabozo. He dormido muchísimas veces en él. Si no, por estar lejos de Mia. Por sentir que todo se escapa a mi control. Que ella se libraba de mi dominio.

Entro en casa y mis botas golpean pesadas contra el suelo de madera.

Lo primero que hago es encender el aparato musical. Y *The kill* de Thirty Second To Mars, se cuela en mi cabeza.

Sé que Mia está aquí. La huelo a kilómetros.

Tiro del dobladillo de mi camiseta y me deshago de ella, está llena de sangre de ese gilipollas y cubierta de tierra por el revolcón en el suelo de la explanada. La echo al cubo de la basura de la cocina. Engancho una cerveza y me tiro en el sofá.

Reacomodo mi postura y me siento justo en el borde. Con las piernas abiertas.

Me arden las manos. Y no es por las heridas.

Me pican las putas palmas.

A pesar de que sabe que he llegado, los minutos pasan y Mia no se deja ver.

Mis pies se mueven impacientes, haciendo que las piernas me tiemblen. Estoy muy cabreado. Y ella me está cabreando todavía más.

Me acabo la cerveza y con muy, pero que muy, poca paciencia, voy a buscar otra y regreso a la posición en la que estaba. Cuanto más tarde, peor será.

Un buen rato después, por el rabillo del ojo, veo cómo desciende las escaleras.

Resoplo con fuerza. ¿Está jugando conmigo?

No le va a gustar encontrarme.

Pasa por detrás del respaldo del sofá con la intención de ir a la cocina. ¡Se acabó! Límite de paciencia superado.

—¡Aquí! —ladro ardiente de cólera.

—Déjame en paz, Lincoln.

¡Hostias! Cierro los ojos un segundo e intento calmarme. Decidme que no la he escuchado bien.

«No puedo explotar con ella. No puedo hacerle daño.» Me repito a mí mismo.

El problema es que, ella, me lo está complicando mucho.

No aguanto más.

Me levanto de un salto del sofá y lo rodeo. Quedando frente a ella a pocos metros.

—¿Qué hostias has hecho? —rujo entre dientes.

Exijo una explicación.

Exijo saber por qué ha ido a verlo al hospital.

Exijo que me explique por qué es precisamente ella la que parece tan cabreada.

Exijo…

—Creí que iban a dispararte —grita fuera de control.

Mi expresión cambia de inmediato al escucharla.

Me deja fuera de combate una vez más.

¿No va a luchar contra mí?

¿Todo esto es por qué creía que iban a dispararme, a mí?

Endurezco de nuevo mis facciones y la miro desafiante. No me verá flaquear otra vez.

—Me estaba volviendo loca —explica con voz entrecortada —, y tú no parabas. Hablaban de que la única salida era abatirte a tiros, Lincoln. ¡A tiros! —repite, angustiada de un modo en el que nunca la había visto.

Observo el pánico reflejado en sus llorosos ojos y eso consigue calmarme un poco.

Cuantas más lágrimas derrama ella, más paz siento yo. Y no me importa lo más mínimo cómo se interprete eso.

Salvo los pocos metros que nos separan y la pego a mi pecho. La rodeo con un brazo y, a pesar de que ella no deja de darme puñetazos en los pectorales, la aprieto contra mí. Aguantando el tirón.

—Iban a matarte… —solloza al tiempo que lucha conmigo. —Pensaban disparar, Lincoln.

—No lo han hecho.

Esas únicas cuatro palabras parecen relajarla y me abraza.

Necesito descargar toda la tensión acumulada desde que la vi sentada en el capó de ese coche.

Separo el pelo que le cubre la nuca.

Mia ha rodeado mi cintura con sus brazos y ahora pasea sus manos por la piel desnuda de mi espalda. Empapándome el pecho con sus lágrimas.

Sujeto en mi mano el final de su melena negra, y me la enredo en el puño, dando un par de vueltas a su pelo, alrededor de él.

Cuando la tengo bien sujeta, rodeo su cintura con mi antebrazo y la aprieto fuerte contra mí.

Ella continúa aferrada a mi cuerpo y sollozando contra mis pectorales. Sus lágrimas se deslizan por mi piel. El alivio me recorreré por primera vez desde ayer. Llora por mí. Sufre por mí.

Camino hacia adelante y ella lo hace al mismo tiempo hacia atrás. Me aseguro de que su espalda quede bien apoyada contra la pared y de que, entre mi cuerpo y el suyo, no quede un solo milímetro.

Agacho la cabeza y saco la lengua. Lamo sus lágrimas con auténtica devoción y cuando la descubro totalmente a mi merced…

—Yo atesoraré tus lágrimas, nena.

Inclino la cabeza un poco más y abro la boca.

Le muerdo con saña la nuca.

Mia ahoga un grito que la carne de mi pecho acalla.

Se revuelve y yo no dejo de apretar mis dientes y marcarla. Intenta huir. Nunca lo conseguirá.

Se agita con vehemencia, es imposible que se mueva, la tengo bien apresada.

«Sométete, nena.» Es todo en lo que puedo pensar.

El sabor metálico de su sangre llega a mis papilas gustativas. No dejo de apretar. Mi boca se inunda de ese líquido espeso y trago, trago y trago. La polla se me endurece al instante.

Cuando parece que mi sed se ha saciado y ella se ha rendido, (no mueve ni un solo músculo y ha dejado de resistirse, aunque no de

llorar), la libero de mi mordisco y alzo la cabeza al techo, rugiendo y disfrutando de saberla mía.

No la libero de mi agarre.

Mi polla protesta en mis vaqueros una vez más. Y sin pudor alguno, froto mi entre pierna contra su vientre. Palpita efusiva. Quiero cubrirla más que nada en este jodido mundo.

Su respiración entre cortada me devuelve a la realidad.

Miro hacia abajo y me encuentro con sus ojos grises claros, repletos de lágrimas.

Doy un paso atrás para separarla un poco de la pared, sin soltarla. Con la intención de llevármela conmigo.

Pero, Mia, aprovecha el momento para liberarse de mi agarre y me empuja, con lo que presiento es toda la fuerza que posee.

Tengo que decir que no es gran cosa.

Aun así, le concedo la huida.

Bajo el mentón para mirarla por encima de mis espesas pestañas y Mia se lleva las manos a la zona de su nuca que acabo de marcar. Luego se fija en sus propios dedos cubiertos de ese espeso líquido de color intenso.

—Estás loco.

No ha entendido nada. No comprende que esto es necesario. No perderé el tiempo en explicarle algo, para lo que, evidentemente, no está preparada. El tiempo la hará entrar en razón.

—No lo dudes —respondo en su lugar, sin dejar de intimidarla con la mirada.

En mi mente solo puedo pensar: «baja la vista, nena. Sométete a mí.»

Mia
Capítulo 18

Lincoln es peligroso.

Tengo que metérmelo en la cabeza de una vez por todas.

Le ha dado una paliza a Asher.

Y todavía no sé el motivo. No al menos uno que sea razonable. Perdió los papeles en una fracción de segundo. Y debería odiarlo por ello. Pero el verlo arrodillado en el suelo y que, de repente, una simple caricia lo noqueara, como si nunca en su vida hubiese recibido una, me partió el alma.

Han sido pocas las veces que me he acercado físicamente a él, pero todas y cada una de ellas ha reaccionado igual. Alejando a la bestia y mostrándome su lado más humano.

El problema es que parece que tiene esas dos partes de su personalidad, demasiado divididas.

Por un lado, está el hombre que te salva cuando estás en peligro. El que, a pesar de sus malas formas, se asegura de que todos los días llegues a casa sana y salva. El que responde con desesperación a tus abrazos, aunque tarde en reaccionar a ellos.

El que te acaricia fugaz en señal de agradecimiento.

Y, por otro, el animal salvaje. El que se obsesiona con marcarte como un trofeo. El que responde con violencia cada vez que se siente amenazado. El que te daña y te humilla, solo para sentirse seguro. El que te amenaza y parece querer que huyas de su lado, pero luego te retiene a la fuerza y te impide hacerlo.

Es completamente imposible batallar con él. No atiende a razones. No sabe hablar ni expresar sus pensamientos. Oculta sus sentimientos bajo cuatro llaves y se empeña en hacer creer al mundo que carece de ellos.

No me consiente acercarme a él, pero tampoco permite que me aleje.

Me esfuerzo todos los días por entenderlo y ayudarlo, y no hay ni un solo día, desde que lo conozco, que no salga escaldada.

Lincoln Dagger es tan frío que llega a quemar.

Es tan ardiente, que sus llamas te consumen y reducen a cenizas, dejando inservible todo a su paso.

Pasa de cero a cien en un abrir y cerrar de ojos.

Y todos los días, sufro varias veces sus cambios de personalidad.

Me empeño en seguir a su lado para poder ayudarlo. El problema es que Lincoln, no quiere ayuda. Ni tan siquiera cree necesitarla. Si no me alejo de él, acabará conmigo.

—Hola, guapísima —saluda Asher demasiado alegre para el estado en el que se encuentra.

Tras lo sucedido, de inmediato lo trasladaron al hospital. Lo atendieron en cuanto llegamos.

Gracias al cielo, todo parecía mucho más aparatoso de lo que en realidad fue. Perdió el conocimiento. Tiene la cara hecha unos zorros. Al pobre no hay por dónde cogerlo. E imagino lo mucho que tiene que dolerle y lo incómodo que está. Pero no ha tenido problemas mayores. Todo han sido golpes y magulladuras. «Heridas de guerra», como él las ha llamado.

De hecho, al par de horas le dieron el alta.

Me he disculpado con él, al menos un centenar de veces. Todas y cada una de ellas, Asher me ha dejado muy claro que no había sido culpa mía.

Al parecer conocen a Lincoln bien. Y aunque admite que nunca lo había visto perder los papeles de esa manera, sí lo ha visto metido en muchas «movidas», como él dice.

—¿Cómo estás? —pregunto sentándome a su lado en el banco granate de la hamburguesería.

Tengo que llevar escrito en la cara lo culpable que me siento, porque Asher enseguida protesta.

—Mia, ¡se acabó! Ya está. No ha sido culpa tuya.

Asiento con la cabeza y bajo la mirada al suelo.

—Yo no opino lo mismo.

Y aunque agradezco sus palabras y comprensión. No me reconfortan en absoluto.

—Ey, cambia esa cara —me reprende —. Me levantaría a darte un abrazo, pero me acojona que el neandertal de tu novio nos vea y me

acabe de rematar —bromea.

No puedo evitar reírme con un poco de amargura y levanto la vista del suelo. Mi débil sonrisa no llega ni a iluminar mi mirada, soy plenamente consciente.

—Te lo he explicado… —Me corta y, antes de que pueda volver a repetírselo, se adelanta y me lo dice él.

—Ya, ya. Lo sé. No es tu novio. Pero te aconsejo que se lo hagas entender a él. No creo que lo tenga tan claro como tú.

Asher tiene parte de razón. Aunque no dudo que, Lincoln tenga clarísimo que él y yo, no estamos juntos. Sigue comportándose como si tuviera ciertos derechos.

Tengo que encontrar la manera de frenar toda esta locura.

Vuelvo a mirar los bonitos ojos azules de Asher.

—No me odies —recito con un puchero en los labios y gesto lastimero. Asher rompe a reír.

—No te odio, Mia —. Calma su risa y me advierte serio: —Pero tienes que saber que llevas una diana en la frente. Nadie en este pueblo se acercará a ti, sabiendo que eres propiedad de Lincoln Dagger.

—Lo sé —admito —. Lo que no sé es como hacerles entender que yo no le pertenezco a Lincoln Dagger.

—Me temo que eso no depende de ti, guapísima.

—Temes bien.

Los dos levantamos la cabeza y nos encontramos con el dueño del último comentario, Kai Anderson, el mejor amigo de Lincoln.

El que ayer se personó en el hospital y me arrastró de vuelta a mi casa, prácticamente a la fuerza. Estoy segura de que fue por orden de Lincoln. Puede que Kai no me diera explicaciones. Pero tampoco hacían falta. Estaba clarísimo.

Aunque admito que Kai no me cae mal del todo, tampoco es que sea mi persona favorita, simplemente, no lo conozco. El solo hecho de que sea amigo de Lincoln, me inquieta.

No soy de prejuzgar a la gente. Con los amigos de Lincoln me resulta complicado no hacerlo.

Todos parecen sacados de una banda callejera.

Todos mazadísimos de gimnasio, tatuados hasta los dientes. Bordes a más no poder. Enganchados al rock, al metal, a la cerveza y a la marihuana.

Parecen cortados por el mismo patrón.

Y si bien es cierto que, tanto Kai, como Dominic, reaccionaron a tiempo con el incidente con Asher, en otros aspectos no acaban de entrarme. Repito, no los conozco bien. Por lo que, les daré un voto de confianza. Aun así, me mantengo alerta.

—¿Podemos hablar, Mia? —Más que preguntar, ordena, con un tono de voz que no admite réplica.

No entiendo de qué quiere hablar.

Ayer tuvo ocasión de hacerlo y no pareció interesarle.

Poco le faltó para sacarme arrastras de la salita de espera de urgencias. Menos mal, que solo estábamos hablando. A Asher ya le habían dado en alta y me quedé con él y con Audrey, Clayton y Macy, (las dos vinieron corriendo al enterarse de lo ocurrido), charlando un poco.

Kai entró y mentiría si no dijese que lo primero que hizo fue interesarse por Asher, pero tras un breve segundo hablando con él, me sostuvo por la parte alta del brazo y me llevó hasta su camioneta. No me dio explicaciones y no me dirigió la palabra. Una hora después, me dejó en casa. No he sabido más de él hasta ahora mismo. Momento en el cual se presenta exigiendo, más que pidiendo, hablar conmigo.

No tengo la más mínima curiosidad ni interés en lo que quiera decirme, pero no voy a tensar más la cuerda estos días tras lo ocurrido. Lo último que pretendo es que Asher se sienta incómodo.

A este último, es al que miro a los ojos y con una sonrisa en los labios. Asiente, confirmándome que no le importa.

—Vamos —exige de nuevo Kai.

—Te llamaré —me despido de Asher.

—Cuídate, guapísima.

Entro en un bar con un aspecto un tanto siniestro, tras los pasos de Kai. No me entusiasma este lugar.

Está sucio a más no poder. La música suena alta. Y como no, lo que tiene puesto es heavy metal. El suelo está repleto de cascos de cerveza y cascarás de frutos secos. A pesar de ser de día, la iluminación es casi inexistente y el local es oscuro y sombrío.

Los pocos clientes en los que me fijo, (tampoco es que el sitio esté lleno, ni mucho menos), son todo tíos con pinta de macarras y alguna que otra chica, pocas, y todas parecen sacadas de un videoclip de Beyonce.

Kai me invita a sentarme con un gesto de muñeca y cuando tomo asiento en un destartalado sillón de cuero negro, lo hago justo en el borde. No estoy a gusto. Y no quiero parecer mal educada, pero si no me dice pronto lo que quiere, me largaré sin más.

—Tú dirás —replico con poca paciencia.

Una camarera con una minifalda que no llega a taparle el culo por completo, se acerca. Kai le sonríe como si la conociese de toda la vida. Probablemente así sea. La escanea de arriba a abajo, desnudándola con la mirada. El descaro de este tío es acojonante.

—Un par de cervezas, preciosa.

¿Acaba de pedir por mí?

Dejando a un lado el hecho de que yo no bebo cerveza, de hecho, la odio. Tengo boca y no necesito que ningún gallito de corral, la abra en mi lugar.

Miro a la muchacha y le hago saber:

—Para mí una Coca-Cola —. Ella sonríe y asiente. —Gracias.

Devuelvo la atención a Kai. Que me mira un poco mosqueado, pero no se manifiesta al respecto.

La camarera vuelve con nuestras bebidas y Kai sigue mirándome sin mediar palabra. Estoy empezando a impacientarme. Llevamos varios minutos aquí sentados y no abre la boca. ¿Para qué me ha arrastrado a este lugar?

—¿Qué quieres, Kai?

Consciente de que estoy empezando a perder los nervios, y él, que parecía muy cómodo, recostado en el sillón de enfrente, se inclina hacia adelante, saca las manos de los bolsillos y se enciende un porro.

—Alejarte de los problemas.

Obtiene mi atención. Frunzo los ojos, confirmando que no tengo la menor idea de lo que habla.

—¿Qué problemas?

—¿Qué crees que hubiera pasado, si en vez de entrar yo por la puerta de la hamburguesería, es Lincoln, y te ve hablando con Asher?

¿Cómo? Tiene que estar de coña. No puede hablar en serio. Primero, Asher es un amigo. Uno al que no pienso dejar de ver y mucho menos porque, el cavernícola de su amigo, no sepa vivir en sociedad. Segundo, lo que hago con mi vida es cosa mía, que entre otras cosas no estaba haciendo nada malo. Pero, aunque así fuera, ¿qué?

—No tengo por qué aguantar esto —digo, levantándome del sillón.

Al percatarse de mi reacción, Kai endereza su postura y se inclina hacia adelante.

—Mia, Mia, espera.

Me doy la vuelta para mirarlo cuando ya había dado el primer paso para largarme.

—Lincoln está como un cencerro y yo no tengo por qué aguantarlo.

—Lo sé.

Me quedo mirándolo. Y él repite:

—Lo sé, Mia.

No hace falta que me diga nada más. Esperaba que saltara a la defensiva para defender a su amigo. Sin embargo, no solo no lo hace. Si no que parece estar de acuerdo con que Lincoln no es muy estable.

Me hundo en el sofá de nuevo y apoyo los codos en la pequeña y destartalada mesita, en la que descansan nuestras bebidas.

—Me está volviendo loca.

—Eso no lo sé, pero me lo imagino —afirma él, haciéndome reír.

Levanto la cabeza y me encuentro con el rostro serio de Kai.

No lo tengo planeado. Ni siquiera me lo había planteado, pero lo suelto así sin más…

—No sé qué siento por él.

Los labios de Kai forman una fina línea y no dice absolutamente nada. Su cara tampoco refleja lo que pueda estar asaltando sus pensamientos.

—Pero creo que siento algo.

Admito, sin venir a cuento, y sin saber de dónde ha salido semejante confesión.

—Y es una putada.

Yo, a cada palabra que pronuncio, estoy más sorprendida, sobre todo, porque incluso yo misma desconocía lo que estoy diciendo. Tal vez no lo desconocía, pero sí me negaba a admitirlo.

Y aquí estoy. Cantándolo todo frente a un tío que no conozco de nada y que ni siquiera me responde. Solo se queda ahí, plantado frente a mí, sin mediar palabra.

Aunque tengo claro que me está escuchando. No es nada empático.

—De las grandes —continúo.

Permanecemos en silencio unos minutos. Creo que he terminado con todas mis confesiones por hoy. Kai acaba de fumarse el porro y lo apaga en el cenicero.

—Lincoln es un tío complicado —admite.

—¿No fastidies? No me había dado cuenta —ironizo.

Kai sonríe, pero parece hacerlo por puro compromiso.

—No es mal tío, Mia.

La manera de hablar de Kai y lo muchísimo que calla, rebela cuanto sabe de Lincoln. Y por un segundo siento envidia.

Ni siquiera voy a intentar sonsacarle información. Apostaría el cuello a que no va a soltar prenda. No lo culpo. Es su amigo.

Tuerzo la cabeza y apoyo la mejilla en mi propio hombro. Me retiro el pelo a un lado y me percato cómo Kai frunce los ojos y los fija en mi nuca. La estudia durante un instante y luego devuelve la vista a mis ojos. No dice nada a pesar de que acaba de ver el mordisco que tengo en ella.

—¿Por qué no te quedas hasta que venga?

Muerdo mi labio inferior pensativa. No puedo. Han pasado demasiadas cosas entre nosotros. Lincoln no va a cambiar. Y no creo que yo pueda manejarme con una persona como él.

—No creo que sea buena idea —respondo sincera.

Kai no duda, como si estuviera completamente convencido de ello…

—Yo creo que sí.

Tras meditar mucho el consejo de Kai, finalmente, decidí quedarme. Ni siquiera sé qué hago aquí, ni si el intentar calmar las aguas con Lincoln es buena idea o va a servir de algo.

Lincoln entra seguido por Dominic. Su expresión cambia al verme. Y pasa de estar relajado a parecer cabreado.

Me revuelvo nerviosa. No sé qué hacer. ¿Debería levantarme a saludarlo? ¿Quedarme sentada y hacerlo con un golpe de cabeza? (Cosa que acaba de hacer Kai).

Tampoco es que tenga mucho tiempo para pensarlo. Desde su posición hasta la mía, no hay más que un puñado de pasos. Y de todas las reacciones posibles, la que tiene Lincoln, es la que nunca hubiera imaginado.

Tira de mi muñeca, levantándome en el acto. Me deja de pie frente a él, que da un paso más para quedarse pegado a mí, pero sin llegar a tocarme.

Alzo la cabeza desde mi humilde metro cincuenta y ocho y Lincoln la baja desde su imponente metro noventa y ocho, anclando así, su mirada a la mía.

—¿Qué haces aquí?

—No lo sé —respondo sincera.

Lincoln observa a Kai tensando la mandíbula. Rápido corrige el gesto y su atención vuelve a ser mía.

—Vámonos a casa, nena.

No lo pregunta, pero, aun así, respiro hondo y asiento en silencio una sola vez.

Por el rabillo del ojo puedo ver cómo Kai sonríe brevemente.

Lincoln reclama mi nuca con su mano, con cuidado de no apoyarla directamente sobre mi herida, y me saca del local a paso apresurado. No se despide. Tampoco creo que sus amigos vayan a reprochárselo.

Lincoln
Capítulo 19

Dejo caer el hacha, la anclo en el taco de madera y me seco el sudor de la frente con el antebrazo. Mia, me tiende una Budweiser extra fría.

Pienso; «gracias, nena», pero no lo materializo en voz alta.

—¿Puedo probar? —pregunta cautelosa, sorprendiéndome.

La miro un par de segundos y le doy un trago a mi botellín. Estaba seco.

No respondo. En su lugar, la coloco delante, dándome la espalda. Con las manos le posiciono bien las caderas y le doy un ligero toque en el interior de uno de sus muslos, para que abra un poquito más las piernas. Palpo su tensión cuando la toco y huelo su miedo y su excitación. Tentado estoy a seguir subiendo la mano, me contengo.

—Sepáralas un poco más —ordeno.

Mia obedece y yo busco con la mirada, por todo el terreno, un hacha con la que ella pueda. Es imposible que le deje hacerlo con la mía.

No se trata de los cuarenta centímetros que nos diferencian, que también afectan. Pero a lo mucho le calculo unos cincuenta kilos de peso. Yo lo doblo. Mis herramientas están pensadas para mí, no para ella.

Localizo una en un tronco cercano. No es la ideal, pero tendrá que servir.

Le hago una breve demostración de cómo hacerlo.

Retiro la mía y coloco un taco de manera un poco más pequeño a los que yo estoy habituado a cortar; de hecho, lo cojo del montón que tengo para desechar, y lo pongo sobre el tronco.

Le entrego el hacha y me posiciono detrás de ella.

La observo en silencio, a un puñado de pasos, mientras continúo bebiéndome la cerveza.

—Las manos más atrás.

Mia me mira por encima del hombro y asiente.

Se concentra y vuelve a empuñar el hacha, esta vez, de manera más eficiente.

—Vas a flipar —fanfarronea antes de dejarla caer con todas sus fuerzas.

Sonrío para mis adentros por su bravuconería. Y feliz al reconocer que esta es la primera vez que Mia bromea conmigo. La que va a flipar es ella. Tal y como lo está haciendo, y la fuerza que empeña, si consigue clavarla en el taco, ya sería todo un logro. Pero no le digo nada. Tiene que aprender ella sola.

El hacha cae tan pesada, como tenía previsto, golpea un lateral del taco y este sale disparado fuera del tronco e impacta contra el suelo a varios metros.

—No todo es la fuerza, Mia —digo al verla completamente alicaída por errar.

Ella asiente y deja caer los hombros. ¿Ya se rinde? En efecto, tiene pensado hacerlo.

—Vuelve a intentarlo —la insto.

Mia, me mira con esos inmensos ojos grises claros y replica:

—¿Para qué? Está claro que no sé hacerlo.

—Para aprender —sostengo, recogiendo el hacha del suelo y entregándosela de nuevo.

Se pasa un buen rato intentándolo, al principio con timidez e inseguridad. Pero conforme van pasando los minutos, la frustración y el enfado se apoderan de ella al no conseguirlo.

Comentarios como: «Soy un lastre.» «Nunca voy a conseguirlo.» «Esto no es para mí.» No dejan de salir de su boca.

No respondo a ninguno de ellos y cada vez que piensa en tirar la toalla, recojo el hacha del suelo, (hay que ver con qué facilidad se cabrea y la tira), y la animo a continuar.

Abre la boca, sus ojos se agrandan y centellean. Con las manos, se agarra la cabeza, como si no fuese capaz de creer lo que ve.

Acaba de partir en dos el pequeño taco de madera. Y al ver su emoción y el taco partido a la mitad sobre el tronco, no puedo evitar que un deje de orgullo me invada el pecho.

—Lo he hecho, Lincoln. Lo he hecho —canturrea con entusiasmo.

—Lo has hecho, nena.

Al escuchar mi voz, Mia se gira, me mira y me sonríe.

Hostias, me encanta esa sonrisa.

No se la devuelvo. Y no porque no la merezca, sino porque me deja flasheado al verla. Es la primera vez que Mia me sonríe sincera.

La observo en silencio, anclado en el suelo a par de metros de ella. Se muerde el labio inferior y en un momento pasamos de que la alegría invada el ambiente, a que una tensión desmedida se apodere de él.

Está incómoda, lo percibo. Pero también excitada, no se me escapa. Cuando sus fuerzas flaquean y no sabe cómo actuar y hacerse cargo de la situación, susurra:

—Voy a hacer la cena.

«Me parece que no, nena.» Son pocas las veces que la tengo tan receptiva y no voy a dejar escapar la oportunidad.

—Ven aquí —ladro.

Tarda lo que me parece una eternidad en obedecer. Al fin, sus piernas empiezan a dar pequeños pasitos inconexos en mi dirección. No le facilito la tarea, permanezco en la misma posición, con mirada penetrante.

No necesito decirle nada cuando se detiene a un par de pasos, mi expresión corporal es suficiente, para que comprenda que tiene que seguir avanzando. Y cuando pega su cuerpo al mío, tampoco hago nada para que se sienta más cómoda.

Se estremece y la piel se le eriza. No la toco.

Dejo que sea ella la que salte al vacío.

Y al no ser capaz de soportarlo más. Levanta los brazos y los envuelve en mi cuello. Inclino mi cuerpo lo justo hacia abajo, para asegurarme de que, si se pone de puntillas, pueda alcanzarme.

Duda unos segundos, pero fija la vista en mi labio inferior enseguida, y tras hacerlo, no consigue contenerse. Se sostiene a mis hombros, cogiendo impulso, y me besa.

En cuanto sus labios entran en contacto con los míos, rodeo su cintura con mi antebrazo y la levanto para acomodarla a mi altura.

La humedad de su boca se traslada a la mía. Sus labios son dulces y complacientes. Con su lengua recorre el filo de mis dientes y luego acaricia el borde de mi labio inferior, presionando hacia abajo, para

tener mejor acceso. En el momento en que se introduce por completo en mi boca y empieza a acariciar mi lengua. La devoro. Abro bien mi boca y me la como entera.

Presiono con fuerza y traslado parte de mi saliva a su interior. Mi lengua inicia una lucha contra la suya, que Mia no tiene posibilidad alguna de ganar.

Endurezco el agarre en su cintura y la sostengo con la palma de la mano por la mejilla, enredando mis dedos en su larga melena negra.

No mordisqueo, muerdo directamente sus labios. Cuando los destrozo, y pequeños hilos de sangre los cubren, saco mi lengua y de un lametón vuelo a cubrirlos de saliva, mientras ataco su boca de nuevo.

A nuestro alrededor no se escucha nada, que no sean nuestras bocas chocando. La descontrolada respiración de Mia.

Atrapo ese inferior que me vuelve loco y tiro de él con desesperación, para luego calmarlo a lametazos.

—Eres un bestia —suspira Mia, cuando separándome un poco de ella, aspiro aire entre mis dientes, tras devorarla entera.

—Y a ti te encanta, nena —. Clavo la mirada en la suya, al tiempo que le restriego la polla contra el vientre.

Asiente. No necesitaba esa confirmación. Lo tenía claro. Pero siempre infla el ego, no voy a disimularlo.

Acerca su boca a la mía una vez más, pero no sigue por la línea que nos definía hace solo unos segundos. Besa mis labios un solo segundo y se aparta despacio.

—Vete a hacer la cena —digo soltándola.

Mia obedece y de inmediato entra en casa.

Al reunirme con ella un rato después, descubro que el momento que vivimos fuera se ha enfriado. Por lo que tras cenar he vuelto a salir a la finca para ir adelantando algo de trabajo antes de que el invierno se nos venga encima.

Cuando entré, Mia ya se había recluido en su habitación. Sopesé un par de veces el ir a buscarla. Pero finalmente, lo descarté y me metí en la cama a regañadientes. Comprendo que he de ser paciente con ella. No es una tarea sencilla.

Hoy es sábado. Lo que nos deja un largo fin de semana por delante. Al ver la emoción que ayer proyectaba cortando leña y en vistas que hoy saldré a cazar, he pensado en llevármela conmigo.

Todavía no son las cuatro de la madrugada, pero es el mejor momento para salir al bosque. Cuando amanezca, estaremos en un buen punto.

Bajo las escaleras de dos en dos y me aproximo al salón.

Un clásico se apodera de la casa, *Careless whisper* de Seether, resuena a todo volumen.

Sé que Mia no va a tardar en aparecer por esas escaleras. Escondo una sonrisa y me enciendo un porro. Me dejo caer pacientemente en el sofá, disfrutando de la canción.

No tardo mucho en verla con el pelo revuelvo, medio adormilada y, porque no admitirlo, con ganas de asesinarme. Las mismas ganas que yo tengo de follármela, ella las emplea en fingir que me odia.

«No es a mí a quien dispararas hoy, nena.»

—¿Se puede saber qué haces, Lincoln? —protesta bastante molesta.

¿Despertarte? Da igual. No perdamos el tiempo. Tenemos que ponernos en marcha. El tiempo apremia.

—El desayuno.

Ella se planta frente a mí, cruza los brazos. Y con ese pelo revuelto y las mejillas sonrosadas, no puedo evitar que la polla me dé una sacudida y que mi ropa interior se rebele contra mí.

La miro de arriba a abajo, tomándome mi tiempo. Lleva un pantalón de pijama rosa clarito, con goma en la cintura y bastante ancho. Una camiseta de tirantes del mismo color, con un logotipo negro que no reconozco, y unas letras en el pecho, también en negro; «I am your bane». Cuánta razón lleva ese mensaje.

—¿Me estás vacilando?

—Nena, el desayuno —. Antes de que suelte lo que sea que esté pensando, me adelanto —. Tenemos que salir. Y lo último que me apetece hoy es tener guerra contigo.

No parece que mi explicación la convenza, pero cierra la boca y eso lo que cuenta. Obedece. ¡Perfecto!

Se acerca al aparato de música y lo apaga cuando la canción finaliza. Conecta un altavoz y trastea en su teléfono. Al poco suena algo que no había escuchado en la vida.

—¿Qué es eso?

—*Dirthy thoughts*. Me tocaba a mí —finaliza encogiéndose de hombros.

Y no puedo. Lo siento. Pero no puedo. Es demasiado.

Me largo a la ducha y la dejo a ella sola, con el desayuno y lo que sea que esté escuchando.

—Es importante que no hagas ruido, Mia.

Incluso antes de salir de casa, percibo su incomodidad. Al decirle que salíamos a cazar, intentó negarse. Se podía oler su miedo en el ambiente.

No voy a consentir que se oponga.

Por el camino le voy explicando lo imprescindible. El problema es que, Mia, parece estar cerrándose en banda y no estoy seguro de que me preste toda la atención que debe.

No soy imbécil. Y puedo entender que no se sienta a gusto del todo. Pero es necesario que aprenda.

Me importa una mierda cómo se ponga.

Llevo un magnum 300 y una escopeta de calibre 12.

Le paso a Mia la escopeta, tiene menor retroceso que el rifle y pesa menos, por lo que le resultará más fácil manejarla. Ella duda, reafirmo el movimiento de mi mano y finalmente la coge.

No está para nada convencida. Eso tampoco me importa. Lo esencial es que obedezca.

¡Bien! Quiero… necesito, que se vaya familiarizando con el arma.

Detenemos la marcha en un claro del bosque y, a pesar de su resistencia, consigo que practique y dispare un par de balas contra el tronco de un árbol.

Debo decir que me sorprende. No lo hace mal del todo.

Dudo mucho que cacemos algo hoy. Lo importante es que se acostumbre a disparar, al bosque, que se haga con el arma. Y, sobre todo, que pierda el miedo que tiene. Que no es poco.

En todo momento estoy pendiente de ella.

¡Mia es un peligro!

Tengo que asegurarme de que pone bien el seguro. De que transporte el arma de forma adecuada. Y un sinfín de cosas más que si explicase una a una, no tendrían fin.

Pero a pesar de mis exigencias y su poca predisposición, estoy satisfecho con ella. Al menos, de momento.

Está aquí. No ha salido corriendo. Aunque los dos sabemos que no lo ha hecho porque teme mi reacción, me centro en que eso es lo que cuenta.

Nos aproximamos a una zona en la que sé que encontraremos algún que otro venado, puede que incluso algún alce.

Mia sigue mis pasos muy de cerca. Pero es tremendamente ruidosa. Pisa una rama y cierro los ojos. La paciencia no es mi fuerte. Y mucho menos cuando salgo de caza.

—Mia, silencio —rujo entre dientes, empezando a cabrearme.

—Lincoln —susurra. Estoy a puntito de girarme y fulminarla con la mirada, cuando me desvela —, tengo miedo.

¡Hostias! Esto va a ser mucho más complicado de lo que proyecté en mi mente.

Detengo la marcha y estiro la mano hacia atrás. No duda en cogerla y tiro de ella hasta tenerla a mi lado.

—Mia, los animales tienen más miedo de nosotros, que nosotros de ellos —. Mi explicación no la convence en absoluto —. No va a pasarte nada —, aseguro mirándola a los ojos. Tampoco encuentra un ápice de seguridad en mi afirmación —. Yo estoy aquí, contigo. Y no permitiré que nada te ocurra, nena —, finalizo.

Asiente, aunque temerosa, un poco más satisfecha con mi última revelación.

Y por fin, un par de horas después y mil batallitas que contar, nos topamos con un alce. Y tenemos la inmensa suerte de hacerlo con uno que ha caído en un cepo. Uno que yo mismo había colocado hace unas semanas.

La oportunidad no podría ser mejor ni proponiéndomelo.

El animal no puede huir y comprendo que no voy a tener mejor suerte si la dejo escapar, para que Mia, consiga abatir a su primera

presa.

Desde el momento en el que la insto a que se ponga en posición… las cosas se tuercen.

—¿Lo tienes a tiro?

He recostado a Mia en el suelo. En esa posición, el arma se mantendrá más estable. Sus codos están apoyados contra el suelo de tierra y ella escondida entre la maleza, pero con una visibilidad perfecta. Tenemos todo el tiempo del mundo por parte del alce, no va a ir a ningún sitio. Está atrapado. Pero presiento que, si no presiono un poquito a Mia, esto no va a acabar bien.

—¿Estás preparada?

—No —. La fulmino con la mirada y se corrige de inmediato. —S-sí.

—Bien. Adelante.

—No puedo hacerlo —suspira ella con las primeras lágrimas esputando en sus ojos.

Guardo silencio y rebusco en mi reserva de paciencia un cartucho extra.

—¿Lo tienes a tiro? —insisto en voz baja.

Lo tiene a tiro desde hace un cuarto de hora. Y si se concentrara en obedecer y no en temblar, ya estaríamos camino a casa.

—Eh… Sí —. Cierro los ojos, dando gracias al cielo por su afirmativa e ignorando sus sollozos —. Pero, no puedo hacerlo. No puedo, Lincoln.

¡Hostia puta!

Me cubro la boca con la palma de la mano y resoplo contra ella.

Y cuando escucho…

—Está herido, tenemos que ayudarlo.

Pierdo por completo todo resquicio de buena voluntad que tenía. ¿Tenemos que ayudarlo? ¡Vamos a comérnoslo, hostias!

—Dispara, Mia.

Niega con la cabeza y comprendo que eso es el fin. No sé de qué. Pero sin duda es el fin.

Mia se revuelve incómoda contra el suelo y a mí me entran ganas de asesinarla.

—Dispara, Mia —rujo entre dientes, haciendo hincapié en cada jodida letra.

No obedece y yo, a cada segundo que pasa, estoy más y más alterado.

La rodeo hasta quedar de frente a su perfil.

—Nena —Me mira con los ojos repletos de algo que no reconozco —. Aprieta el gatillo —ordeno sin dejar de mirar a sus ojos vidriosos.

Mia niega con la cabeza una vez más y fija la vista en la mía, ya ni tan siquiera se molesta en enfocar el objetivo.

No quiero saltar con ella. ¿Por qué tiene que complicarlo tanto todo?

—Obedece, hostias.

—No… No puedo, Lincoln. No… yo… no voy a…

—Mátalo, Mia.

Su expresión, su lenguaje corporal, la turbiedad de sus ojos. Todo me confirma que no piensa ceder, y que, de no hacer algo drástico, no abandonará esta absurda postura.

No me deja elección.

No quiero que sea así. Pero si esta es la única manera de conseguir que ella reaccione, no dudaré.

No vuelvo a decirle nada más. Está claro que nada de lo que salga por mi boca la va a hacer entrar en razón. Es hora de actuar.

De apretarle las tuercas. Si es necesario pasarlas de rosca.

Me agacho y me echo al suelo. Estiro bien las piernas y coloco el rifle, apuntando directamente mi objetivo.

Ajusto bien la mira telescópica y enfoco a través de ella. Mia empieza a respirar pesada y eso es lo último que pretendo. Solo quiero que devuelva la atención al puto alce. Que lleve a término su puto cometido. Que se haga cargo de su puto trabajo.

Coloco bien la postura y cuadro mi objetivo; Mia.

—¿Qué… qué haces? —tartamudea.

Termino de prepararme y, con calma, exijo:

—Dispárale, Mia.

—Estás loco —recrimina jadeando.

—Dispárale —repito por millonésima vez, obligándome a ignorar sus comentarios. ¿Qué pretende que le diga? ¡Sí, joder! Soy un puto

desquiciado, y como no obedezcas la que va a llevarse un tiro entre ojo y ojo, vas a ser tú. ¡Es absurdo!

—No. Lincoln, te lo ruego…

Las lágrimas caen aceleradas de sus ojos, estallándose contra el suelo de barro.

—Te aseguro que vas a disparar, nena.

Y cuando cree que he quitado el seguro a mi rifle, (cosa que no he hecho, tan solo una simulación con el mismo movimiento), se tensa y su cuerpo convulsiona contra el suelo.

Tiene que entenderlo, es por su bien. Si un día yo no estoy aquí. Tiene que saber defenderse, que aprender a subsistir.

No voy a dejar su seguridad en manos del azar.

El otro día estaba rodeada por una manada entera de depredadores y un puto lobo casi la mata. Eso no volverá a ocurrir. No si yo puedo impedirlo.

—Él o tú, Mia —bramo exigente y severo.

El miedo se refleja en todo su cuerpo. En sus ojos suplicantes. En la piel erizada de sus manos. En su caótica respiración.

Nada de eso importa ahora. Tiene que aprender.

—Elije —insisto.

Traga con tanta fuerza que hasta el jodido alce se sobresalta.

Reafirmo mi postura y presiono levemente el gatillo. Mia se congela y entreabre los labios.

—¿Él o tú, nena?

Y entonces pasa.

—¡Elige, hostias! —presiono.

Mia gira la cabeza. Reconozco claramente cuando su instinto de supervivencia entra en acción.

Enfoca al animal con los ojos tan repletos de lágrimas, que no consigo comprender cómo es capaz de ver a través de la mira de hierro. Y lanzando un grito al aire… dispara. Y no una, sino dos veces.

En ese momento cierro las pestañas, respiro hondo y una breve sonrisa se instala en mis labios. Disfruto de la paz y la calma que su acto me proporciona.

«Esa es mi chica.»

El orgullo llama a mi puerta y yo la abro de par en par para dejarlo entrar.

Cuando abro los ojos y veo qué le ha dado y que el alce está muerto, un deje de satisfacción me recorre por completo.

Me muerdo el labio inferior y gruño.

Mi cuerpo se sacude y juro por Dios que solo tengo ganas de abalanzarme sobre ella y follármela para hacerle comprender lo satisfecho que estoy con ella en este momento. Lo orgulloso que me siento.

Mia
Capítulo 20

Cuando he abierto los ojos y he visto que el alce ya no se movía, me he sentido desfallecer. La presión en mis pulmones no me permitía coger aire.

No he vuelto a articular palabra. Me tragué las lágrimas como buenamente pude y me levanté del suelo. Temblorosa y sintiéndome la peor persona sobre la faz de la tierra.

Ni siquiera me he molestado en recoger su estúpida escopeta del suelo. Cabizbaja, he dado media vuelta y he comenzado a caminar.

No tengo ni idea hacia dónde. Ni siquiera sé volver a casa. Solo quería huir.

Lincoln se ha entretenido unos minutos para liberar al animal del cepo y posteriormente cargarlo sobre unas maderas, apresarlo con una cuerda y tirar de él.

Me alcanzó antes de lo que me gustaría, y emprendimos el camino de vuelta.

Él se ha recluido en el almacén y yo me di una larga ducha en silencio, después me recosté en la hamaca del porche hasta que Lincoln apareció.

Y ahora estoy aquí.

Sentada frente a Audrey en la panadería, sin poder ocultar lo mal que me siento.

—Hoy he disparado a un alce —confieso cuando ella deja mi café sobre la pequeña mesita de forja.

—Ah.

—No quería hacerlo.

Audrey se desprende de su pequeño delantal negro, lo apoya en el respaldo de la silla, al mismo tiempo que tira de ella y toma asiento.

—¿Y por qué lo has hecho? —investiga con voz compasiva.

—Lincoln me ha obligado.

Audrey se rasca la frente. Intuyo, sin saber qué decir.

Levanta la cabeza al techo y lo inspecciona con detenimiento durante, un tiempo que me resulta eterno.

Acaricio una de mis manos con la otra, están sobre mi regazo y no tengo que abandonar mi postura cabizbaja.

—¿Sabes qué? —Levanto la cara y le presto atención —. Vamos a llamar a Macy para que nos ponga monísimas. Y hoy, duermes en mi casa. Te debo una noche de chicas.

La idea de Audrey me atrapa de inmediato. No lo dudo un solo momento. Estar lejos de todo el caos que me rodea, me vendrá de perlas. Alejarme de él, me sentará bien.

Tengo que avisar a Lincoln. No quiero que se quede esperando por mí cuando acabe su jornada. Lo llamaría por teléfono y me ahorraría el ir al taller. No tengo ni siquiera su número.

Macy insiste mucho en que le deje cambiarme de color el pelo. ¿Tinte yo? ¡No! Ni de broma.

Nunca me he teñido, y no tengo planeado empezar a hacerlo ahora.

Cuando propone un nuevo corte, me asusto. ¿Cortarme la melena yo? Se referirá a las puntas.

—Mia, no me dejas hacerte nada —se queja.

—Es que todo lo que quieres hacerme es una brutalidad.

Audrey y Macy se echan a reír ante mi cara de espanto. Yo no.

—¿Confías en mí?

—No —. Me apresuro a responder a Macy.

Ella resopla, coge un peine y empieza a pasarlo por mi cabeza.

—Pues no tienes alternativa.

Abro la boca escandalizada, pero me dejo hacer.

Fijo la vista en ella a través de mi reflejo en el espejo y no pierdo detalle de ninguno de sus movimientos. No me fio nada de nada, de ella.

Macy hace honor a su profesión y se puede intuir lo mucho que le apasiona, con solo mirarla.

Tanto aparece un día siendo morena con el pelo rizado, como al siguiente, rubia platino y con el liso. Eso cuando no la ves con un montón de mechas multicolor.

Me encanta, en serio.

Pero yo no soy tan atrevida como ella.

Siempre he llevado el pelo de mi color original. Negro. Punto. Y aunque, me lo cuido, tengo el pelo lacio, ni siquiera necesito pasarle unas planchas o un secador.

Y por lo general, aunque en ocasiones cambio el corte, lo mantengo largo, rozando mi cintura.

Mi madre siempre cuidó mucho mi melena siendo niña, y según fui creciendo, supongo que me sentía a gusto con ella, porque la mantuve.

Después de lavarme el pelo, Macy reaparece con un botecito de color negro y un pincel entre las manos. Mi alerta se activa. Ella sonríe y chasquea la lengua contra el paladar, evitando que proteste.

Malo será que mañana me tenga que echar un tinte en casa de mi mismo color. Claudico. Poco convencida he de revelar.

—¿Cuánto tiempo hace que abriste la peluquería? —cotilleo.

Macy pasa la paleta por un par de mechones que tiene apartados y sobre papel de aluminio. Me encojo un poquito. Ella me ignora.

—Hace… Cerca de dos años, justo cuando Asher y yo lo dejamos.

Espera, ¿qué? ¿Asher y Macy?

Nunca lo hubiera imaginado. Se llevan a las mil maravillas.

No quiero decir que no puedas llevarte bien con tu ex. Aunque yo, no sé absolutamente nada de los míos. Solo que no me los imagino juntos. No veo esa clase de química entre ellos. Los dos son estupendos, pero no los veo como pareja.

—Vaya —atino a murmurar sorprendida.

Macy frunce la nariz y, tras colocarse un mechón de pelo color rosa fantasía, tras la oreja, con el antebrazo, prosigue:

—Fue de mutuo acuerdo.

—¿Estuvisteis juntos mucho tiempo?

Me pica la curiosidad. Puede que solo fuera un rollo de verano. Tal vez, al ser amigos, a los dos se les fuera la pinza y eso. Suele pasar.

—Desde los catorce. Éramos unos críos.

¡Caramba! Eso no es un rollo de verano.

No quiero que se sienta incómoda. Eso son muchos años. Lo que me confirma que fue una relación en toda regla, a pesar de que, al

empezar, eran niños prácticamente.

Me muero por saber más, mi parte chismosa está muy desarrollada. Aun así, me contengo.

No debo hacerlo muy bien, porque Macy sonríe y me cuenta lo que estaba deseando saber.

—Nos conocemos de toda la vida. Fuimos al cole juntos y todo ese rollo. Amigos de la infancia, según fuimos creciendo, me di cuenta de que para cada mínima cosa que pensaba hacer, lo llamaba a él. Necesitaba, o me gustaba, sentir su apoyo. Poco a poco nos fuimos acercando más, hasta que simplemente ocurrió.

En sus palabras se percibe el cariño que le tiene a pesar de que ya no estén juntos. Por cómo lo narra, parece que fue una historia bonita y sin muchas complicaciones.

Se conocían de siempre, se sentían bien juntos y lo típico… El roce hace el cariño.

—Vamos, pregúntaselo —bromea Audrey.

¡Qué capulla! No la culpo, es mujer, sabe lo mucho que nos gusta el chisme. No me lo pienso dos veces. Doy por sentado que si Macy no quiere contarme algo. No lo hará.

—¿Por qué lo dejasteis?

Macy sonríe y hace un gesto con la mano, pidiéndome que me incline hacia atrás para lavarme el pelo y deshacerse del tinte.

—Cómo empezó, terminó. Quiero decir, no esperes ningún drama. Simplemente, nos dimos cuenta de que nuestro tiempo juntos había llegado a su fin. Supongo que podríamos decir que, nos desenamoramos el uno del otro.

—Pero seguís siendo amigos —remarco lo evidente.

—Los mejores —interviene Audrey.

Contenta por haber saciado mi parte cotilla, sigo charlando con las chicas.

Audrey me cuenta la trayectoria de su relación con Clayton. Macy me habla de los meses que pasó viajando por Europa. Y yo les narro mi vida en Atlanta.

Estoy esperando a que Macy acabe de peinar a Audrey cuando veo pasar a Kai cerca del escaparate.

—Kai —lo llamo cuando está a punto de cruzar de acera.

Busca con la mirada y al verme se acerca dudoso.

—¿Mia?

—Necesito hablar con Lincoln —explico. —¿Puedes darme su número?

En cuanto lo he visto, he creído que era una buena opción. Evitaré cruzarme con él, después de lo sucedido en el bosque esta mañana, no me apetece nada. Puedo enviarle un simple mensaje, por lo que no tendré ni siquiera que escuchar su voz.

—Lincoln no tiene teléfono.

¿Qué? Al traste todos mis planes.

¿Quién no tiene teléfono en pleno 2025? ¿Quién vive incomunicado en estos tiempos? Lincoln Dagger. Claro está.

No pierdo la esperanza de librarme de verlo. Paso al plan B. Con un poco de suerte, me saldré con la mía.

—¿Has quedado con él? —Kai asiente. ¡Bingo! —¿Te importaría decirle que no me espere? Hoy no necesitaré que me lleve a casa.

La expresión de Kai cambia. Aun así, asiente y con un simple golpe de cabeza se despide.

Una preocupación menos.

Me contemplo, o, mejor dicho, contemplo mi nuevo look, frente al espejo del baño del apartamento de mi amiga.

—Estás cañón, Mia —me alaba Audrey.

—Lo cierto es que me gusta.

Así es. No pensé que fuera a convencerme.

Pero cuando vi los destellos azules oscuros en mi pelo, ¡me encantaron!

Solo me ha cortado las puntas y lo ha desfilado un poco más de lo que estaba por la parte de delante.

He quedado muy contenta con el resultado.

—Macy, eres la mejor peluquera del mundo —anuncio abrazándome a ella.

—Con ser la mejor de Woodstock me conformo.

—Eso no tiene mucho mérito —interviene Audrey. —Aquí solo hay dos peluquerías. Y no creo que el barbero del pueblo, sea una gran

competencia.

—Aun así, estoy convencida de que lo es. —Las dos me miran al mismo tiempo. —Del mundo quiero decir. Tiene unas manos increíbles.

—Gracias, Mia. —Sonriente, Macy, me acaricia el antebrazo.

Nos sentamos en la alfombra del salón, con la intención de comer gominolas y dulces variados, hasta que nos duela el estómago.

—¿Cómo es vivir en el bosque?

Me encojo de hombros ante la curiosidad de Macy.

—Normal, supongo. A mí también me llamó la atención en un principio, pero lo cierto es que, una vez que cierras la puerta de entrada, es solo una casa más.

—Tiene lógica —murmura para sí misma, cogiendo un puñado de gominolas.

—¿No preferirías mudarte al pueblo?

Comprendo la pregunta de Audrey. Podría vivir directamente en Woodstock. Me facilitaría mucho las cosas. Sobre todo, el tema del transporte. Y ya no hablemos de no tener que pelear diariamente con las paranoias de Lincoln.

—No puedo —respondo con la boca llena. Las dos me miran esperando una explicación más extensa —. Mi padre dejó una cláusula en su testamento. La condición es vivir allí.

Las chicas reflexionan un poco mi respuesta, pero no las detiene, vuelven al ataque.

—¿Qué tal la convivencia con Lincoln?

Suspiro. ¿Cómo es vivir con Lincoln?

Una montaña rusa de emociones, describiría bastante bien la situación. Opto por ser sincera, no evadir la realidad. Y tampoco llevármela a un plano dramático.

Al fin y al cabo, estoy hablando con mis amigas. ¿Si no me deshago con ellas, con quién voy a hacerlo?

Pero no quiero dramatismos. Me lo estoy pasando bien y lo último que me apetece es ponerme a pensar en todo lo que va mal en casa.

—Ayer me besó, después me ignoró, y esta mañana me ha obligado a dispararle a un alce. Lincoln es… ¿Intenso? Sí, intenso, lo

define bastante bien.

Las chicas se quedan petrificadas al escucharme. Me miran debatiéndose entre el asombro y la compasión. Esto está empezando a no ser divertido, por lo que, opto por cortar de raíz. Quiero aprovechar el tiempo con ellas y pasármelo bien.

—¿Podemos no hablar de Lincoln? Cualquier otro día está bien, pero hoy simplemente prefiero no hacerlo.

Macy y Audrey asienten al mismo tiempo.

De inmediato cambiamos de tema de conversación, y apenas diez minutos después, estamos las tres revolcándonos por el suelo y riéndonos.

El domingo por la mañana salimos a dar un paseo y comemos las tres juntas. Por la tarde, al pasar por la calle donde está el taller, me percato de que la persiana está medio abierta. Supongo que Lincoln está dentro. Me sorprende que trabaje un domingo. En vista de que tengo que volver a casa en un rato, decido despedirme de las chicas, que han quedado con Clayton, y retirarme ya.

Me agacho para colarme por debajo de la verja y entro. El taller tiene las luces apagadas, pero la luz del despacho está encendida.

Antes de traspasar la puerta, veo a Lincoln, concentradísimo en un documento, y un segundo después, arruga el papel entre sus manos y empieza a pegar puñetazos a la mesa de trabajo.

Después se pasa la palma de la mano por la cara y pellizcando el puente de su nariz, brama:

—¡Hostias!

Se deja caer en la silla y coge otro documento, clava los codos en la mesa y empieza a ojearlo. Parece muy concentrado, porque frunce los ojos muchísimo. Sin embargo, me llama la atención cómo ladea la cabeza a un lado y a otro. Como si estuviese contemplando una obra de arte que desea descifrar, no leyendo un simple albarán.

A punto de entrar, me detengo cuando lo escucho.

—Te.. te… no. Se… se…

Mientras Lincoln sigue balbuceando letras sin sentido, lo observo con atención. ¿Qué está pasando aquí?

Me distrae él, «hostias», que escupe Lincoln, y de nuevo vuelve a arrugar el papel, hacerlo una bola y tirarlo fuera de la habitación. Me refugio apoyándome en el muro que divide el taller de la oficina. Oigo un nuevo golpe y vuelvo a asomar la cabeza, comprendo que le ha pegado una patada a la silla en la que estaba sentado.

Todo esto es muy extraño. Algo está ocurriendo aquí y quiero saber qué es.

Me agacho y cojo el documento que Lincoln acaba de lanzar fuera de la habitación, lo despliego despacio y… ¡Joder!

No es una factura, ni un albarán, ni documentación de la empresa. Es un folio en el que está escrito… el abecedario. Y la mayoría de las letras, con una caligrafía imposible e irreconocible.

«No puede ser.»

Empiezo a darle vueltas a la cabeza a toda velocidad y solo encuentro una explicación posible. Aunque me parece totalmente descabellada.

«¿No sabe leer?»

Joder, es eso.

¡Lincoln no sabe leer! Por eso miraba el folio como si tratase de descifrarlo. Es precisamente lo que hacía.

Cada vez que descubro algo sobre este tío, me sorprendo más. Pero esto es demasiado.

Ahora me cuadra que no tenga teléfono, como dijo Kai. Si no sabe leer, tampoco escribir. Y por consiguiente menos utilizar un móvil.

No sé qué hacer con lo que acabo de descubrir. Comprendo que, de entrar ahora, Lincoln se pueda sentir atacado o amenazado. Sobre todo, él, que tiene el ego de un tamaño incalculable. Y lo último que quiero es hacerlo sentir mal.

Recuerdo que Audrey me comentó que Lincoln dejó de acudir al colegio cuando mi padre lo acogió. Y no era más que un crío. Todo encaja.

«Es tan salvaje como parece.»

Decido guardarme la información que sé para mí y no hacerle pasar un mal trago. No puedo evitar conmoverme y sentir cierta compasión por él.

Tengo claro que no me voy a quedar de brazos cruzados. Pero no actuaré hasta encontrar la mejor manera de hacerlo. La forma correcta. Con la que no dañar sus sentimientos.

Me encantaría saber cómo consigue sacar adelante el trabajo obviando la parte administrativa de la empresa.

Retrocedo hasta la persiana que da a la calle y llamo con los nudillos, vuelvo a entrar, pero esta vez quiero que él sea consciente de ello.

—¿Lincoln? —lo reclamo, esperando a que sea él quien salga en mi busca y no al contrario.

Pocos segundos después, lo veo aparecer con su porte imponente y atractivo físico.

—Hola —susurro y mi voz se tiñe de ternura.

Lucho por no mirarlo con otros ojos tras lo que acabo de descubrir; no consigo evitarlo.

Es tan alto, tan fuerte, tan varonil… y, tan frágil al mismo tiempo.

—¿Dónde has estado? ¿Por qué no viniste a casa? —Es su carta de bienvenida.

Y esta vez, lejos de parecerme un reproche mal encarado, a pesar de su tono rudo y poco amistoso, lo percibo diferente.

Me llevo un dedo a los labios y muerdo la uña de mi índice.

—¿Y qué hostias le ha pasado a tu pelo?

No puedo evitar sonreír pese a sus malas formas. Me llevo la mano al pelo y estiro un mechón. Lo observo levantando los ojos y dejo que se escurra lentamente entre mis dedos. Ya no me acordaba de mi pelo.

Ni siquiera creí que se fuese a dar cuenta. Aunque sea para hacer ese gesto extraño con los labios y evidenciar lo poco que le gusta.

Ignoro el tema de mi cambio de look y, aunque no le deba explicaciones, respondo a su pregunta.

—Me quedé en casa de Audrey… —Voy a contarle que Macy también estuvo con nosotras, no me concede tal honor.

—¡Tienes casa, nena! No necesitas quedarte en la de nadie.

¿Por qué, a pesar de lo gilipollas que está siendo conmigo, hoy no me importa? O, por lo menos, no me afecta del mismo modo. Creo que soy yo, y no él.

Lincoln vuelve a entrar en el despacho dándome la espalda y segundos después reaparece con el casco de la moto en la mano, me lo tiende y comprendo que se ha acabado la conversación.

Al parecer, nos vamos a casa.

Y creo que esta es la primera vez que realmente me apetece hacerlo.

No soy tonta. Lo que acabo de descubrir no tapa todo lo vivido. Pero es imposible negar que les da sentido a muchas cosas que, antes, no era capaz de ver.

Ojalá no se trate solo de mis ansias por justificarlo. Admito que, cada día que pasa, me siento más desesperada por hacerlo y descubrir un motivo que explique su comportamiento.

Hoy me niego a pensar en ello.

Hoy solo quiero irme a casa… con Lincoln.

Mia
Capítulo 21

Como siempre que llega a casa, completa su ritual. Pone la música extremadamente alta. Pilla una cerveza de la nevera y se enciende un porro. Mientras *Sweet dreams (are made of this)* de Marilyn Manson, resuena a todo volumen, apoderándose de la casa y aplacando el carácter de la bestia.

En vistas de que el frío empieza a hacer acto de presencia, no se sienta en el porche, en su lugar lo hace en el sofá y apoya la cabeza en el respaldo.

Estoy en la cocina, preparando la cena. Y no puedo dejar de observarlo.

¿Qué me está pasando con este tío? ¿Acaso me estoy pillando de él? Hace una locura tras otra. Se comporta como lo peor. Y cada día que pasa, me despierta más emociones. De acuerdo que no todas son buenas. Odio que actué como un maniaco, pero mentiría si no dijese que el observarlo así, tranquilo, cuando está en paz consigo mismo, no me atrae.

Dejo la olla en el fuego y planto mi culo en la mesa de centro del salón, justo al lado de donde él tiene los pies apoyados, embutidos en esas botas militares a las cuales nunca le abrocha los cordones.

Abre los ojos enseguida, y me mira. Postrado en el sofá, cuál antiguo rey del imperio romano en su trono. Con una Budweiser en una mano y el cenicero al lado de su muslo, sosteniendo su canuto entre sus gruesos, ásperos y largos dedos.

Alargo mi mano y atrapo una de las suyas; no me lo impide.

La giro entre las mías y le inspecciono el dorso.

Tiene un tatuaje de una calavera que lo cubre por completo y en las falanges la palabra; «devil» tatuada.

—¿Qué haces, nena?

Le sonrío levemente y acaricio sus dedos entre los míos. Me gusta su tacto. A pesar de ser áspero y duro, también es cálido y me proporciona una sensación de seguridad, que no consigo descifrar.

—Nada —respondo con una melancolía que no había sentido antes.

Me fijo en los detalles de su tatuaje y le paso el pulgar por encima, dibujando las líneas de su contorno con mis yemas.

Voltea la mano y atrapa la mía. Tira de mí y me sienta sobre sus piernas. Quedo de lado, con la espalda sin apoyo, y subo las piernas al sofá en el acto. Él atrapa mi cabeza y me aprieta contra su pecho. Me relajo de inmediato.

Mis ojos quedan a la altura del cuello de su camiseta y tiro de ella un poquito hacia abajo, para inspeccionar con detalle los tatuajes que cubren su cuello y descienden, perdiéndose bajo el cuello de su prenda. Me deja hacer.

Apoya la mano en mi rodilla y despacio la desliza por la parte exterior hasta mi cadera, donde la ancla.

—Quiero ir mañana contigo al taller.

Puede que, si trato el tema con tacto, aleje las reticencias que tiene y estoy segura de que puedo ocuparme de todo lo que tenga que ver con la parte administrativa. No es que de repente me haya convertido en un cerebrito, ni en adicta a las matemáticas, pero, por lo menos, sé leer y utilizar una calculadora. Me costará mucho menos que a él sacar adelante el trabajo.

—No.

¿Por qué se empeña en ser tan cabezón? Es obvio que necesita ayuda. No encuentro un motivo que justifique sus decisiones. No necesito su permiso para hacerme cargo de mi parte de la empresa y, aun así, se lo estoy preguntando. Lo hago solo para que no me vea como una amenaza y no piense que estoy aquí para fastidiarlo o usurpar su puesto. Antes había espacio para mi padre y para él. Ahora que mi padre no está, puedo hacerme cargo de parte del trabajo. Estoy convencida de que la oficina la sacaba adelante mi padre. Es un buen punto de partida. Tiene que entenderlo.

—No quiero estar aquí sin hacer nada, Lincoln.

No quiero discutir con él, una vez más. Decido tomarme esto con calma e intentar hacerlo razonar. Reconducirlo a un terreno en el que comprenda que no todo es blanco o negro. Hay un sinfín de grises. La patela de colores es inmensa. Si no quiere que me tire al

suelo y cambie neumáticos, no lo haré, aunque admito que no me importaría.

—¿Por qué no me quieres allí?

Tal vez si me explica sus motivos, pueda rebatírselos con buenos argumentos y lo haga cambiar de opinión.

—Ya te lo he explicado, Mia.

No es cierto. No me ha explicado una mierda. Miento, me soltó algo sobre que no era un taller de costura. Es demasiado hermético, machista y salvaje. Comprendo que no voy a obtener nada esta noche, por mucho que le insista con el tema del taller.

—Me gusta —digo, observando el tatuaje de su pectoral derecho, donde se ve la cabeza de un león rugiendo enfurecido.

Lincoln se relaja al saber que dejaré estar el tema del taller de momento a un lado.

Acaricio el dibujo con los dedos y su piel se eriza. A pesar de que él demuestra absoluta indiferencia. Pongo los ojos en blanco mentalmente.

Se acerca el porro a los labios para encenderlo de nuevo y darle una calada. Me quedo mirando el cigarrillo de marihuana fijamente y él me lo tiende.

—No he fumado nunca.

Admito, pero lo cojo entre mis dedos y pruebo a darle una calada. Inspiro hondo y… ¡Joder! Me rasca la lengua, la garganta, el alma.

Me incorporo un poco y empiezo a toser como una loca. Lincoln me da un par de palmaditas en la espalda completamente serio.

Al recuperarme, reclama que vuelva a la misma posición.

—¿Pero qué narices lleva eso?

—Marihuana —informa tranquilamente. Lo miro y él explica… —Solo marihuana.

Nunca he fumado, pero sé lo suficiente como para comprender que la hierba no se suele fumar a palo seco. Se mezcla con tabaco.

—¿Sin tabaco? —asiente.

—No me gustan las mierdas de laboratorio. Esto es natural, nena.

—No niego que lo sea. Pero si fumas la cantidad que fumas y no lo mezclas, tienes que llevar un colocón las veinticuatro horas del día

de alucine. —Creo que acabo de encontrar el motivo por el cual consigue soportarse a sí mismo.

Lincoln cabecea y sonríe. Algo difícil de ver en él. Pero no dice nada al respecto. Solo me mira y me guiña un ojo.

—¿Cómo era mi padre, Lincoln? —La pregunta se evapora de la punta de mi lengua. No deseo retenerla. Me muero de ganas por saber de él. No estoy segura de que Lincoln me vaya a contar gran cosa, pero dado que Audrey tampoco lo hizo, me arriesgaré a probar suerte. Y si he de hallar un momento indicado para hacerla, sin duda es este.

—Era un tipo con carácter —murmura y su voz se tiñe de una nostalgia que no se escapa a mi razón, aunque percibo que desea esconderla.

—¿Se parecía a ti? —Lincoln frunce el ceño y me trato de explicar —. Quiero decir, vivía aislado en el bosque. Sé que en el pueblo se comentan cosas, aunque parece que a mí no quieren decírmelas y …

Lincoln me sujeta por el mentón, obligándome a mirarlo.

—No te creas todo lo que oigas en el pueblo.

—Muchas personas parecen rehuirme y solo puedo pensar que es porque… —Una vez más me corta.

—Mejor para nosotros. No los necesitamos, nena.

Puede que él no necesite a nadie. Pero yo no estoy acostumbrada a vivir aislada del mundo. Necesito gente. Bullicio. Relacionarme. Salir y ver personas, calles, coches. Charlar y caminar por asfalto.

Y mis entrañas se congelan al sentir su incipiente resentimiento. No sé qué ocurrió. Ni lo que llevó a mi padre, o, a Lincoln, a aislarse de esta manera. Admito que me encantaría obtener respuestas a un millón de preguntas que empiezo a comprender que, nunca las tendrán.

—¿Podrías vivir en este bosque sin volver al pueblo?

Asiente.

Algo en mi interior me decía que era justo así.

Le respondo un mensaje a Audrey y me meto en la cama.

Hoy no atranco el butacón contra la puerta. Aunque sigo sin fiarme de las salidas que tiene Lincoln en muchas ocasiones, parece

que ha bajado revoluciones conmigo. Dudo que vaya a hacer alguna de las suyas esta noche.

Además, acabamos de pasar un rato muy agradable en el salón y de charlar tranquilamente. Incluso hemos cenado juntos. Eso sí, él en completo silencio.

Me siento en el borde de la cama y lo oigo subir las escaleras. Imagino que se irá a dormir. Lleva un buen rato trasteando en el almacén.

Meto las piernas bajo las mantas y empiezo a taparme. La puerta de mi habitación se abre de golpe e impacta contra el tope del suelo.

Doy un brinco en la cama y miro a Lincoln, está bajo el umbral. Solo lleva unos vaqueros oscuros y las botas militares. No entra. Levanta dos dedos y me pide silenciosamente que lo siga. Vuelvo a escucharlo bajar las escaleras.

Reconozco que en un primer momento me asusta. Sus visitas a mi habitación, nunca se han acompañado de un gesto cortés. Pero al ver que solo me pide que lo acompañe, deduzco que necesita ayuda con algo.

Me levanto y deslizo mis pies en las pantuflas que utilizo cuando estoy en casa. Antes de descender las escaleras, la música se vuelve a apoderar del silencio. En esta ocasión reconozco la canción es, *Zombie*. Pero al no ser en su versión original, no tengo ni idea de quién la canta, solo sé que lo hace un chico, con la voz muy rasgada.

Lincoln me espera de pie bajo la puerta de la despensa, me mira y sigue en dirección al almacén. Donde tiene todas sus herramientas, pieles, animales muertos, etc…

No me gusta un pelo este sitio. Me da repelús. Y no quiero entrar en él.

—Mejor te espero aquí.

—Entra —. Esa sola orden me lleva a cruzar el umbral y tanto temerosa.

—Lincoln, ¿qué hacemos aquí?

Espero paciente a que me responda, pero no lo hace. En su lugar, vuelve a reclamarme en silencio con un golpe de cabeza esta vez.

A regañadientes sigo tras sus pasos.

—No me gusta este sitio —reconozco sin cortarme ni un pelo.

No dice nada como ya viene siendo habitual. Me fijo en una especie de bidón metálico del que sale una llamarada.

—¿Has hecho una hoguera? ¿Para qué?

Lincoln se mueve por el almacén y mete una especie de barra de hierro en él. Lo deja apoyado y envuelto en llamas y se acerca a mí.

—Quítate la camiseta.

—¿Qué? ¡No!

No entiendo por qué pretende que lo haga, pero no quiero hacerlo. A este tío nunca se le ocurren cosas buenas. Y estoy empezando a inquietarme. ¿Dónde se ha quedado el buen rollo de hace un rato? Ahora parece enfadado y está más seco que nunca.

Doy la vuelta para volver a mi habitación.

Lincoln me sujeta por la cadera y me deja de nuevo frente a él. Instándome a obedecerlo con los ojos.

—Quítatela.

—Ni hablar. ¡Me niego! Rotundamente, no.

—Venga —insta conteniéndose para no perder los papeles. De lejos se puede ver que su reversa de paciencia se está yendo a la mierda. Bienvenido al club. La mía también anda escasa.

—Digas lo que digas, siempre será, «no».

—Nena…

—No voy a quitarme ni la camiseta ni nada, Lincoln. No sé qué es lo que pretendes, pero ya te puedes ir olvidando.

Coge aire prolongadamente y lo mantiene en sus pulmones, lo expulsa con calma y me da la vuelta sosteniéndome de nuevo por la cadera, dejándome de espaldas a él.

No quiero que siga. Tengo un mal presentimiento.

Enreda mi melena en su puño y camina sin soltarme, hasta dejarme empotrada contra una pared. Ejerciendo la presión justa para que no me escape, pero sin hacerme daño.

—Para de una vez, Lincoln. Suéltame ya. Quiero largarme de aquí.

—No te muevas. —Ignorándome por completo.

Se separa de mí y lo hago. Me muevo. Me giro. Lo observo. Y no comprendo lo que hace todavía, pero comienzo a impacientarme. Me inquieta y en este momento no confío para nada en él.

Sea lo que sea que tiene en mente, estoy segura de que es una pésima idea.

Lincoln se yergue por completo y cuadra los hombros, tras hacer crujir su cuello, con voz ronca, gruñe:

—Nena, obedece.

Y su tono amenazante, advierte que no está jugando y que yo tampoco debería tomármelo a la ligera.

A pesar de que estoy como un flan, no quiero problemas con él. De nuevo me encuentro mirando la pared de color caoba, y los nervios hacen que arañe la madera con mis uñas con tanta fuerza, que varias de ellas se rompen.

—Por favor, Lincoln. Por favor.

No sé por qué suplico. Pero si eso me saca de esta situación, no me avergonzaré de hacerlo.

Su presencia se presenta de nuevo a mi espalda.

Y a cada segundo que avanza el reloj, yo muero un poco más por dentro.

—¿Qué vas a hacerme?

—Estate quieta.

Apoya algo en una banqueta a su derecha, y él mismo se deshace de mi camiseta. Tiemblo como un corderillo asustado. Porque lo estoy.

Retira mi melena negra, posándola en uno de mis hombros, baja uno de los tirantes de mi sujetador. Por el rabillo del ojo veo que apoya mi camiseta en su hombro.

—Es necesario, nena.

—¿Qué… qué es ne… necesario? —tartamudeo bajito.

Estoy a punto de descubrirlo y la verdad, es que no quiero hacerlo. No necesito saberlo. Solo necesito salir de aquí. Alejarme de él todo lo posible en este momento.

Antes de tener la oportunidad de rogarle de nuevo, cómo tenía planeado hacer. Un dolor atroz, desconocido hasta hoy, me atraviesa.

Lincoln apoya la palma de su mano abierta contra mi espalda. Dejándome así, completamente apresada, entre el muro de troncos de madera y su mano. Sin poder moverme del sitio.

—Hijo de puta—grito con desesperación.

Intento patalear, revolverme, escapar. Sigo chillando como si no hubiese un mañana. Oigo la música de fondo a pesar de estar a un volumen descomunal.

—No te muevas, nena.

Es lo último que atino a escuchar.

Lincoln
Capítulo 22

Apenas un par de segundos después de apoyar el hierro candente sobre su piel, se desmayó.

Me facilitó la tarea, pude marcarla bien.

Hostias, no me gusta verla así.

Me gusta tener el control sobre ella. Me excita que tiemble cuando está asustada. Disfruto asustándola por lo que eso significa. Incluso me relaja escucharla rogarme. Pero no me gusta hacerle daño físico. Y hoy se lo he hecho.

Era necesario.

Nunca la pondría en peligro.

Solo deseo protegerla.

Que se someta a mí. Que se rinda y me acepte como su líder. Como líder que cuidará de ella, que velará por su bienestar.

Es mi hembra, pensar que haría algo que la ponga en peligro, es absurdo.

Solo quiero hacerla más fuerte.

La recosté boca abajo en mi cama. Nunca la había traído aquí. Permanezco a su lado, sin tocarla, en silencio.

Le curé la herida. Tiene mala pinta. Eso es solo porque acabo de marcarla. En unos días mejorará.

No puedo dejar de mirar su omoplato derecho.

La letra L se entrelaza con la D. ¡Me encanta!

Está preciosa.

Pensé en tatuárselo y así evitarle pasar por esto. No sería lo mismo. Así es justo cómo debía ser.

Contemplo mi marca grabada literalmente a fuego en su piel, y por fin puedo respirar.

Es mía.

Lleva mi marca.

Ya nada puede detenerme y nadie puede acercarse a ella. Nada puede dañarla y no podrán arrebatármela.

Estoy pacientemente sentado en la cama a su lado, con la espalda apoyada en el cabecero, esperando a que despierte, y fumando algo de hierba. Mia, comienza a sollozar y gemir de dolor, mientras poco a poco va volviendo en sí. Apoyo el porro en una esquina del cenicero que tengo en la cama junto a mis piernas.

Es inevitable que experimente ese dolor.

Se lleva una mano a la espalda y sujeto con más fuerza de la que pretendía su muñeca, evitando que se toque y se lastime más.

Abre los párpados, intenta enfocarme, en un principio confusa, pero poco después reconozco el temor en su mirada. Un puto puñal me atraviesa el corazón el mismo instante en el que veo el desprecio en sus ojos.

—Tranquila, nena. Todo está bien.

Mia se revuelve y le suelto la muñeca.

—¿Qué me has hecho? —exige saber con voz temblorosa, pero en el fondo desafiándome.

No me entusiasma su parte peleona.

Poco a poco la corregiremos.

Desconcertada, mira a un lado y a otro, y cae en la cuenta de que está en mi cama. Lleva los ojos a mis pantalones y luego comprueba que a ella no le falte ropa.

¿Por qué clase de bestia me ha tomado?

Jamás la mancillaría de ese modo. O no, al menos hasta saber que está preparada.

El hecho es que ya lo está, hostias. Y mi instinto me pide a gritos que la posea. Que la cubra. Que me aparee con ella.

Es lo natural.

Es el puto ciclo de la vida. Para eso estamos aquí.

Ahora no puedo hacerlo. No mientras siga convaleciente. Pero no esperaré mucho más. Estoy a punto de reventar.

Soy un hombre y tengo necesidades. Y lo mejor de todo y que más me satisface, es que, por mucho que trate de negárselo a sí misma, desde el primer momento en el que puso sus ojos sobre mí, ella anheló lo mismo.

Huelo su deseo por mí. Su excitación cada vez que me tiene cerca. Su desesperación por complacerme. Y no dudo que lo hará. Que

conseguirá satisfacerme.

—Quiero irme a mi cama —. Acaba de darme un golpe duro y difícil de encajar. No le discuto, esta noche no. Le concedo el capricho, aunque sea absurdo.

Intenta levantarse por su cuenta. Salto de la cama y la cojo en brazos, la llevo a su habitación, y la dejo boca abajo, en la misma posición que la tenía en la mía.

Acerco el butacón de cuero a un lateral de su lecho y me dejo caer en él.

—Vete, Lincoln.

Tuerzo el gesto y hostia, como duele esa única puta palabra. No comprendo que necesite espacio. No conmigo. Es antinatural. Está hecha para mí y sé que yo soy lo que ella necesita.

«Solo necesita tiempo para aceptarlo.» Trato de calmarme.

—Lincoln…

Me incorporo un poco en el sillón y aprieto un puño contra mi boca. Ahogo un gruñido y me levanto.

No quiero estallar con ella en este momento.

Sin volver la vista atrás, salgo por la puerta de la habitación. Un par de minutos después, tras abrigarme y coger munición de sobra y un par de armas, lo hago por la puerta de casa.

Los últimos días en casa, han resultado ser un tanto complicados. Mia está más esquiva que nunca. Ni siquiera me mira a los ojos. Y lo que me preocupa es que no replica nada de lo que digo. Eso debería alegrarme, ¿no? ¿Por qué no es así?

Los tres primeros días de la semana, no abrí el taller. Tampoco me acerqué al pueblo.

He salido varias veces a cazar. He estado en casa el tiempo que consideré oportuno, y el resto, perdido en el bosque.

En lo que respecta a la marca de Mia, se cura bajo lo previsto.

No me permite verla, pero cuando se queda dormida, le doy algún que otro vistazo. Me aseguro de que progresa bien y, porque no admitirlo, la contemplo embobado.

No ha hecho comentario alguno al respecto. Admito que me jode, que no se sienta orgullosa de ella. Pero lo hará, estoy convencido.

Hoy es jueves, y en cuanto abrí la persiana del taller, Audrey, la novia de Clayton, se presentó aquí interesándose por Mia.

No le di explicaciones, simplemente al ver su insistencia, le dije que estaría ausente unos días.

Esta tía desconfía de mí y eso me jode.

¿Qué cree que voy a hacerle a Mia?

Solo cuido de ella, hostias.

Y mucho mejor de lo que cualquier otro gilipollas haría.

Me importa una mierda lo que la gente piense. Y más lo que piensen personas que no me conocen en absoluto.

No voy a justificarme. Que hablen lo que les dé la gana. Total, llevan haciéndolo toda la puta vida.

—Ey —llama Kai mi atención. —¿Dónde cojones te habías metido?

Este tío y Dominic son los únicos a los que excluyo del bote. Pero que no se vengan muy arriba. Aprecio la amistad que tenemos. Pero no acepto que se metan en mi vida.

Son buenos tíos, pero nadie es imprescindible para mí. Nadie, excepto ella.

—Estaba liado.

—¿Y Mia?

No me jodas. Otro que ha entrado al trapo de los cotilleos. Hostia puta. Hoy no voy sobrado de paciencia.

—Lincoln. A todos estos —señala con la mano el exterior del taller, en referencia a todo el pueblo —. Diles lo que te dé la gana. Y a mí, no me digas nada. Solo confírmame si todo va bien.

Me quedo un minuto pensando y dándole vueltas al coco.

Mi primer instinto es pensar en la tensión de estos días, pero sin poder evitarlo, en mi mente se centra en la marca de su espalda, y cierro los ojos visualizándola. No puedo evitar respirar de nuevo y sentirme en calma.

—Mejor que nunca —confirmo.

Kai asiente. No sé si lo hace convencido o no. Y lo cierto es que no me importa.

Deja de meterse donde nadie le ha dado pie y cambia de tema.

—Cada día hace más frío, tío. Este año va a llegar pronto el invierno. Se habla de las primeras nevadas.

Y su noticia es música celestial para mis oídos.

En invierno, cuando cae con fuerza, los accesos a casa se vuelven inaccesibles. Mi guarida queda incomunicada con frecuencia. Lo cierto es que, siempre me ha gustado. Pasar días y días aislado. Sabiendo que, no solo soy yo el que no puede salir, sino que nadie puede acceder al bosque. A pesar de que raramente lo hacen.

Y por mucho que lo disfrutase. Este año es distinto, en esta ocasión tengo un plus. Mia se quedará atrapada conmigo. No puedo evitar sonreír. Estoy ansioso porque caigan las primeras nevadas.

—¿Lo sabe? —investiga Kai leyéndome la mente.

—No.

—¿Se lo vas a decir?

—No.

Por supuesto que no voy a decirle a Mia que nos quedaremos incomunicados en ocasiones, días, en otras, semanas. No le daré opción a huir.

Ya me estoy preparando para ello. Tengo la despensa llena. Carne de sobra y sigo cazando. La reserva de leña hasta los topes. Esta semana, sin falta, me proveeré de todo lo necesario para cubrir cualquier eventualidad médica.

Nunca me ha preocupado ese tema, pero con Mia en casa, no voy a arriesgarme a que suceda algo y no estar preparado.

Obviamente, también hablaré con Clayton, para asegurarme de que no me falte hierba que fumar, y haré una visita a la fábrica de Dominic.

Hoy traje la camioneta, tenía pensado pasar por el supermercado, llevo tiempo fijándome en los vicios de Mia y no quiero que le falte nada.

En realidad, es una chica muy básica. No exige grandes esfuerzos.

Coca-cola y dulces es lo único extra que la he visto consumir fuera de lo habitual. De todas maneras, tendré un poco de todo por si lo necesita o le apetece.

La curiosidad de Kai y el hecho de que me conozca tan bien, lo lleva a querer obtener algo más de información.

—¿Por qué no ha bajado hoy al pueblo?

—La he marcado —admito sin que me suponga problema alguno.

—¿La has marcado? ¿Qué cojones quiere decir eso?

Brittany entra con sus altos y finos tacones, esquivando como puede las manchas de grasa del suelo.

—Ya lo verás —respondo a Kai, echando a andar.

No tengo ni idea de qué quiere Brittany. Pero no me interesa lo más mínimo. Mi advertencia, el día que la sorprendí con Mia, pensé que había sido suficiente; al parecer, no es así.

No le pondría una mano encima en mi vida. Es una mujer.

Pero si tengo que ahuyentarla, no tendré problema en hacerlo.

Veo a Kai por el rabillo del ojo robarme una cerveza.

—¿Qué quieres?

—Ya no te veo nunca —susurra intentando o creyéndose seductora.

—Me estás viendo.

Kai se tapa la boca con la mano e intenta no romper a reír al escucharme. Debo decir que se le da fatal.

Brittany le dedica una mirada asesina y con unos pasitos se pone frente a mí, levanta la mano para ponerla sobre mi pecho…

—Lincoln…

Le intercepto la mano mientras un suspiro con mi nombre sale de sus labios y la informo con sinceridad y muy poca paciencia.

—No me toques. No me interesas, Brittany.

Y no miento. Es la verdad. Nunca me gustó.

Tengo ojos y la veo. Está buenísima. Pero no me importó nunca. Yo quería descargar, eyacular en un agujero caliente y ella estaba desesperada por conseguirme. Aproveché mi oportunidad. Pero ya no estoy interesado. Al principio me resistí. Me costó encajar lo que ocurría con Mia. Ahora lo tengo clarísimo. Puede que mi hembra se deba a mí, pero ella tiene el poder de ser la única capaz de satisfacerme. Ya no me llama ni Brittany, ni ninguna otra.

Simplemente no me atrae. No tiene lo que busco.

El jodido olor de Mia me vuelve loco.

El de Brittany me resulta indiferente.

Al final todo se reduce a eso, ¿no?

Suelto su muñeca y dejo caer su brazo a su costado. La miro y veo que abre la boca, antes de que articule palabra, se lo aclaro

todavía más.

—Tú y yo, follábamos de vez en cuando. Nunca tuvimos nada, Brittany. Y jamás te di falsas esperanzas.

Con un enfado que no logro comprender. Nunca la engañé ni le oculté lo que era, me reprocha:

—Eres un animal. Te dejé hacerme verdaderas atrocidades, Lincoln.

¡Otra! ¿Por qué el jodido mundo piensa que llamarme animal va a ofenderme? Me importa una mierda lo que opinen. Y, además, no voy a negar que lo sea y me siento orgulloso de ello. Voy a callarla y que se largue.

—Y me las seguirías consintiendo si yo quisiera. Solo tengo que tirar de ti, meterte en ese cuartucho y ponerte a cuatro patas, para que actúes como la zorra que eres. ¡Lárgate de aquí!

Acaba dando media vuelta y obedeciendo. Solo espero que acate mi orden y no vuelva a acercarse a mí y muchísimo menos a Mia. No voy a consentir algo como lo que ocurrió el otro día. Que no se realmente lo que fue, pero no la quiero cerca de Mia. Esta tía es veneno puro. Lo tengo claro desde que la conozco. Conmigo no puede, por eso me centraba en lo que podía obtener de ella y no en cómo fuera.

Kai rompe a reír cuando Brittany desaparece de nuestra vista.

—Joder, tío. La tienes cachonda, nivel experto.

—Vamos a tomarnos unas cervezas —. Tiro de la persiana del taller, comenzando a bajarla.

Visito el supermercado y la farmacia y lo cargo todo en la parte trasera de mi vieja Chevrolet.

Dominic me ayuda a transportar las últimas cajas.

Me dejo caer contra la puerta trasera y con el culo apoyado en ella, cojo el porro que tengo en la oreja esperándome como siempre y me lo enciendo.

Inhalo la primera calada y disfruto de la suave sustancia invadiendo mis pulmones.

—¿Cómo vas?

Giro la cabeza y me encuentro con Clayton. Me viene de primera. Quiero hacerle un pedido considerable, como cada temporada por estas fechas.

Hablamos unos minutos y nos ponemos de acuerdo. En un par de días me traerá la cantidad de hierba que necesito para pasar estos meses.

—Lo siento, tío. No me gusta meterme en asuntos ajenos, mi novia me está volviendo loco —. No hace falta que diga más. Clayton es el novio de Audrey, la pesadita que se presentó esta mañana preguntando por Mia, e insinuando que yo le había hecho algo. No es mal tío. Pero no le debo explicaciones. Lo dejo continuar —. Al parecer Mia no le responde las llamadas. Ya sabes cómo son las mujeres, tío. Se está rayando ella sola. ¿Está enferma?

—No.

No voy a mentir. Mia no está enferma. Y si no le responde las llamadas a Audrey, será porque no le da la puta gana.

Su teléfono lo tiene ella, no yo.

—No quiero insistir, tío. Audrey está preocupada.

—Problema suyo. —Suelto lo primero que se me pasa por la cabeza responderle. Yo no retengo a Mia. Ella hace lo que le da la gana. Pero Clayton es buen tipo. Y veo su apuro. Queda claro que me pregunta por mandato de su novia. —¿Qué quieres?

—No sé, tío. Podrías traerla mañana y que…

Resoplo, empezando a perder la paciencia. ¿Por qué cojones quieren que la traiga mañana? ¿Para asegurarse de que no le he hecho nada? ¡Hostias! Es justo por eso.

Me importa poco lo que piensen. Y a ellos les debería importar una mierda lo que yo haga o deje de hacer con Mia. Es asunto mío. De nadie más. Y lo que tampoco voy a hacer es obligarla a venir al pueblo si no es lo que ella quiere. Que se joda su novia.

—No.

Ni siquiera pienso comentárselo a Mia. Cuando quiera venir, solo tiene que decírmelo. No voy a permitir que lo haga solo para que esta panda de pardillos se sienta bien. Mia volverá al pueblo cuando ella lo decida. Punto.

Clayton capta el mensaje y se da cuenta de que ya no puede tensar más la cuerda. Me da una palmada en el brazo y se despide.

—Lo siento, tío. No quería meterme —se disculpa.

—No hay problema.

Dominic y Kai, que han estado presentes, se hacen los locos. Pero no soy imbécil, sé que estos también le están dando vueltas al tarro sobre lo mismo.

Cada vez tengo más ganas de que empiece a nevar.

—Lincoln, ¿tienes munición suficiente?

Al escuchar a Kai, caigo en que se me había olvidado por completo ese tema. Aprieto los dientes.

—Anda, vamos —continúa Kai al ver mi gesto.

Hostia puta, miro desde todas las perspectivas el material que me queda por cargar. Es imposible que entre todo en la camioneta.

No entiendo cómo no me percaté de ello antes de lanzarme a comprar tanto. Lo mejor será que haga un viaje al taller y lo deje todo allí. Vuelva durante un par de días con la pickup y lo vaya subiendo por tandas hasta casa.

Cargamos parte de las cajas en la parte trasera de la Ford de Kai. Para sacarlo de encima de la acera.

Me tomo un par de botellines con Dominic en el bar del pueblo, mientras Kai, desaparece con Morgan un rato.

Han ido a echar un polvo, queda claro.

Cuando regresa se bebe una cerveza al vuelo y salimos del local.

—Oye, tío. No tiene sentido que descarguemos todo esto en el taller, para mañana volver a moverlo. Me acerco contigo y lo dejamos en tu casa.

No sería la primera vez que Kai y Dominic vienen a mi casa. Pero tal y como están las cosas con Mia, no sé si es buena idea.

Aunque, por otro lado, Kai tiene razón, descargar todo esto para mañana volver a cargarlo, es una putada.

—Está bien —accedo sin más.

Y no lo hago solo por el hecho de que me ayuden a llevar todo este material al bosque. Algo en mi interior quiere darle a estos dos

gilipollas en las narices y que vean que no le he hecho nada malo a Mia.

No me preocupa una mierda lo que piensen.

Pero odio que me subestimen cuando se trata de Mia.

Que alguien pueda pensar que no la antepongo a cualquier cosa en este jodido mundo. Que se dude de que la protegería con mi vida si fuese necesario.

Mia
Capítulo 23

Los últimos días han sido «complicados». No encuentro otro modo de definirlos.

Juro que me esfuerzo por entenderlo, por ayudarlo incluso. De nada sirve. Lincoln siempre me sorprende con una nueva ocurrencia y sus actos son cada vez peores.

Me ha marcado. Me ha señalado como si fuera ganado.

Esto traspasa todos los límites. Nada puede justificarlo.

Lo he estado ignorando dentro de lo posible. Y aunque, deseo odiarlo, no soy capaz. Algo en mi interior protesta con fuerza. Se rebela cuando pienso en Lincoln, acelera mi pulso y las palpitaciones de mi corazón.

En los últimos días, he pasado incontables horas en mi habitación, observando cómo Lincoln lo hacía en el porche de casa. Con semblante serio y mirada ausente. Hasta que se cansaba y se perdía en el bosque. Y admito que, el músculo bombeante de mi pecho se encogía hasta que no lo veía aparecer de nuevo, sano y salvo. No era capaz de abandonar mi posición frente a la ventana, hasta asegurarme de que estaba bien. Es una locura. Una que no va a traer nada bueno. Estoy segura. Tengo que dejarlo ir. Tengo que alejarme de Lincoln Dagger.

Entro en el baño de la planta inferior y abro el pequeño armario en el que guardamos el botiquín.

Odio este momento. Desde hace días se ha convertido en el peor.

Las gasas se pegan a mi piel y me cuesta horrores desprenderme de ellas. El hecho de que mi herida, aun abierta, esté en mi espalda, me dificulta muchísimo la tarea.

Empapo unos apósitos con suero y los escurro encima de las gasas con las que cubro el estropicio que Lincoln me ha montado, para que se despeguen y no arrancarme la piel a tiras al destapar la lesión.

Mierda, es imposible. Está mucho mejor que el primer día, pero aún tiene una pinta horrible. Posiciono la puerta del armario, con la intención de verme bien en el espejo que hay en ella y librarme de una vez por todas de las gasas que me cubren la quemadura.

La puerta del baño se abre despacio y Lincoln entra en él. De inmediato intento cubrirme el hombro con la mano. Quiero salir de aquí. Me haré la cura más tarde.

—Mia.

—Déjame en paz —escupo sin paciencia alguna.

Me dispongo a salir del cuarto de baño, cuando Lincoln atrapa mi muñeca. Me deshago de su agarre de un fuerte tirón y salgo al salón.

Nada más hacerlo, me topo de bruces con Kai y Dominic apoyados en el respaldo del sofá.

—Nena…

—He dicho que me dejes en paz, Lincoln —gruño de mala leche.

Ha seguido mis pasos. No pretendo montar un espectáculo delante de sus amigos, pero voy a callarme solo porque ellos estén aquí.

Kai y Dominic parecen sentirse incómodos, no los culpo. Yo también lo estaría. De hecho, lo estoy.

Preparada para volver a mi habitación, sin perder el tiempo ni siquiera en saludar. Lincoln se cruza en mi camino.

—¿No entiendes que no quiero tenerte cerca? —remarco.

—La que no entiende una mierda eres tú, Mia.

Lincoln estira el brazo, apresa mi nuca y me devuelve al baño a rastras. Grito incoherencias y le exijo que me suelte.

—Maldito hijo de puta, déjame de una santísima vez.

No lo hace. En su lugar, me aprisiona la cara contra la pared y me descubre el hombro.

—Estate quieta, vas a acabar haciéndote daño.

—Eres tú el que me ha hecho daño, Lincoln.

—Hice lo que tenía que hacer. Asúmelo de una vez. Estoy intentando ayudarte, hostias —gruñe cabreado y puedo decir que también impotente, por el deje de frustración que transmite su voz. —Para quieta y deje que arregle el estropicio que te has montado.

Lincoln mantiene el tono y la calma, pero yo grito como una posesa. La puerta del baño está entreabierta, por lo que sé que, sus amigos, se están enterando de todo.

Al cuerno.

—Esto ya no tiene arreglo —. Dejo en el aire cuando Kai aparece bajo el umbral, abriendo la puerta con la palma de la mano.

—Tío —reclama a Lincoln.

Lincoln no responde, sigue concentrado en retenerme y destapar mi herida.

—¿Qué está pasando? —insiste su amigo.

Por fin consigue liberarse de mis gasas y yo emito un grito de dolor cuando tira de una esquina que se había quedado pegada.

—¡Cabrón! Cabrón, cabrón, cabrón —sollozo las últimas incoherencias, perdiendo por completo la energía tanto física como mental y desplomándome en la pared.

Con la mano que me tiene sujeta, ejerce más presión para que no me mueva.

Sollozo al sentir una pequeña punzada y algunas lágrimas ruedan por mis mejillas sin que pueda detenerlas. Dejo de revolverme. No me quedan fuerzas.

Lincoln deja caer su cabeza contra mi coronilla y me susurra bajito:

—Shhh. Ya está, nena. Ya está, tranquila.

Me fijo en el semblante perplejo de Kai a través de su reflejo en el espejo de la puerta del armario.

—No te muevas, Mia. Enseguida termino —continúa Lincoln, devuelve la mirada a su amigo y ladra apretando la mandíbula: —Kai.

Este simplemente asiente a modo de disculpa, retrocede un par de pasos, volviendo a entornar la puerta, pero sin llegar a cerrarla por completo.

Dejo que mi peso caiga muerto sobre la pared del baño y apoyo la mejilla contra la madera, ya sin oponer ningún tipo de resistencia. Lincoln se centra en hacerme la cura.

—Me duele tanto. —Los pinchazos se agudizan cuando Lincoln rocía un spray para evitar que se infecte la herida y me permito

llorar. Sin importarme una mierda quien me escuche o lo que nadie piense de mí.

—Pasará.

—Esto no va a redimirte.

Me cubre la herida con una pomada específica para quemaduras con extracto de plata. Lo hace con mucho tacto, pero, aun así, me arde la piel. Creo que el solo hecho de soplarme, lo haría.

—No trato de redimirme. Hice lo que tenía que hacer y tú, lo acabarás entendiendo, nena. Ya te lo he dicho un millón de veces. Así que deja de comportarte como una puñetera cría.

¿Qué yo lo acabaré entendiendo?

—Poco hay que entender —. No se molesta en rebatírmelo, pese a que él opine lo contrario.

Lo que más me fastidia es que ni siquiera muestra una pizca de arrepentimiento.

Espero a que termine, intentando moverme lo menos posible. Solo quiero volver a mi habitación. Por el reflejo del espejo lo veo, observar mi marca con detenimiento y respirar con absoluta calma un segundo, justo antes de volver a cubrirme la herida con un apósito muy diferente al que yo he utilizado estos días para taparla. Me sorprende que este no se adhiera a mi piel de inmediato, como lo hacen las gasas. La sensación es mucho más agradable y el tacto también. No lo admitiré. No lo merece. Ni siquiera me siento agradecida. Si estoy así, es por su culpa.

Apenas ha finalizado de colocar el esparadrapo, yo me retiro de la pared y salgo por la puerta. No miro ni a Kai ni a Dominic al salir del baño. Subo las escaleras lo más deprisa posible.

Antes de cerrar la puerta de mi habitación, escucho cómo Kai le reprocha…

—¿Qué mierda le has hecho, tío?

Decido esperar a escuchar la respuesta, ligeramente apoyada en el marco.

Pero Lincoln no contesta.

—Joder. ¿A eso te referías con marcarla? ¿Se te ha ido la puta olla? —presiona Kai.

Me alegra saber que sus amigos no van a apoyarlo en una majadería como esta. Y sí, se le ha ido la puta olla. Hace mucho tiempo de eso ya. No puedo evitar darme cuenta por el comentario de Kai que, estaba al tanto de que me había marcado. Si él supiese que esta no es la única forma en la que lo ha hecho…

—No te metas —. La voz de Lincoln me deja anclada en el sitio y me quedo a escuchar un poco más.

—Tío, yo te conozco y te entiendo. Hasta cierto punto —. Deja las últimas palabras en el aire —. Te lo dije una vez y te lo repito ahora. Si lo que quieres es perderla, lo estás haciendo de puta madre.

El silencio invade el ambiente y me pregunto que estarán haciendo ahora. Pasan largos minutos sin que se les escuche ni siquiera respirar, hasta que Lincoln abre la boca.

—No quiero perderla. No puedo perderla.

Y la imbécil que habita en mí, se encoge al escucharlo.

—Pues espabila de una puta vez.

El último comentario de Kai viene acompañado de un portazo. Lo que me indica que acaban de marcharse.

Me clausuro en mi habitación y dejo de darle vueltas al coco.

Lincoln me deja en la calle principal del pueblo. Muy cerca de la panadería donde trabaja Audrey. Sin despedirme y ni siquiera mirarlo, doy media vuelta con la intención de largarme sin más. Lincoln salta de la moto y me rodea a toda velocidad. Se hace con el casco que yo ya había colgado de mi brazo y lo apoya en el sillín de su Honda. Su mirada se torna más dura, más exigente, más intimidante. Permanece con las piernas ligeramente abiertas y observándome por encima de sus espesas y oscuras pestañas. Lo hago a un lado y emprendo la marcha. No voy a caer en su juego y mucho menos aguantar sus exigencias incoherentes.

Audrey corre a abrazarme cuando entro por la puerta del establecimiento.

Ayer por la noche le envié un mensaje disculpándome por no responder a sus llamadas estos días y diciéndole que hoy vendría al pueblo.

Varias vecinas se amontonan en el mostrador.

Me siento en una mesa en la esquina del local y espero a que Audrey se libere.

La observo trabajar, el bullicio aún no se ha despejado. Clayton entra en la panadería, vestido con el mono de trabajo, pringado de pintura de todos los tonos existentes.

Saluda con la cabeza y se queda en un extremo del mostrador. Audrey termina de despachar el pan a un vecino y se aproxima. Cruza un par de frases con Clayton. Los gestos y muecas que ambos se dedican, me hacen comprender que algo no está del todo bien entre ellos.

Apenas un par de minutos después, Audrey se cuela tras del mostrador de nuevo y Clayton pasa por mi lado, levantando la mano derecha a modo de despedida. Lo que acaba de confirmar mis sospechas. Es cierto que no tengo una gran confianza con Clay, pero siempre me ha parecido un chico muy majo, para nada arisco. Hoy la sensación es distinta.

No me lo tomo como algo personal.

El establecimiento se vacía considerablemente y Audrey puede tomarse un respiro.

Se sienta en la silla frente a la mía; es difícil no darse cuenta de la preocupación que emana su rostro.

—¿Va todo bien? —pregunto con aire preocupado. Consciente de que nada marcha como debería.

Me entretengo dándole vueltas a mi café, mientras le doy el tiempo necesario a Audrey de decidir si desea contármelo o no. No me gusta presionar a nadie. Pero es evidente que no se encuentra bien.

Chasquea la lengua contra el paladar y retira un mechón de su cabello con dos dedos, para colocarlo tras su oreja.

—Tengo un retraso —. La escucho con atención sin interrupciones. — Se lo conté a Clayton hace tres días —asiento con la cabeza, animándola a continuar —. Se largó, Mia. Me dejó sola.

No conozco a Clayton en profundidad. Podría decirse que ni siquiera conozco a Audrey del todo. Pero tengo claro que cuando una pareja tiene un problema de ese estilo, lo último que esperas, es

que la persona con la que estás, no te apoye. Aunque nunca he pasado por algo así, empatizo totalmente con ella.

Alargo el brazo y apoyo mi mano sobre la de Audrey, demostrándole que estoy con ella.

No abro la boca, pues avisto las intenciones que tiene de continuar, no me equivoco. Segundos después lo hace.

—Al día siguiente, por la mañana, se presentó en mi casa temprano. Pidiéndome perdón por su reacción y asegurándome que estaría a mi lado sin importar lo que ocurriese.

—Tal vez solo estaba asustado —suelto lo primero que se me pasa por la cabeza.

En el fondo no lo justifica. Seguramente Audrey también está muerta de miedo, y ella no puede huir. Mierda, la situación es complicada y lo cierto es que quiero animarla, pero no tengo ni la más remota idea de cómo hacerlo.

—Eso no es excusa, Mia —. Tiene razón, no lo es —. Me hice un test, que digo uno, tres. Tenía que asegurarme, todos dieron negativo —finaliza.

Acaricio el dorso de su mano con mis dedos.

No puedo evitar que un sentimiento de compasión me envuelva. No me gusta verla mal. Audrey no lo merece. Es una chica estupenda y no dudo lo mucho que quiere a Clayton.

Aunque solo se trate de una falsa alarma, para ella ha tenido que ser duro.

Ahora me siento más culpable si cabe por no haberle cogido el teléfono estos días.

—No sé qué decir —. Le hago saber con sinceridad. Tengo claro que no me quiero meter en su relación. Y mucho menos juzgar a uno u otro —. Lamento mucho por lo que estás pasando, Audrey. Es una situación delicada.

Ella asiente.

—Lo sé. Y sé que no es el fin del mundo, ni siquiera estoy embarazada. Pero no puedo evitar pensar, que me dejó tirada cuando más lo necesitaba. Quiero a Clayton, pero no sé si estoy preparada para estar con una persona que, al primer problema, va a salir huyendo.

La entiendo.

—Imagino que lo has hablado con él. Audrey, no soy una experta dando consejos ni la mejor persona para hacerlo. Todo lo que puedo decirte es que no tomes una decisión precipitada. Date tiempo a ti misma. Y no dudes que estaré aquí si me necesitas.

Desde ese momento, emprendemos una conversación, en la que ella se centra en darme todos los detalles de lo ocurrido y hacerme saber cómo se siente. Yo la escucho y le demuestro mi apoyo incondicional de la mejor manera que puedo.

Me duele verla tan afectada. No es para menos.

Solo espero que sepa que puede contar conmigo y que todo se solucione del mejor modo para los dos.

Por lo poco que conozco a Clayton, no dudo que está loco por Audrey. Solo hay que fijarse un poquito para darse cuenta.

Decidir el destino de su relación, es solo cosa de ellos.

—Mia, yo también estoy aquí para ti —informa con seguridad.

Al escucharla, de inmediato, Lincoln se apodera de mis pensamientos. Sé que puedo contar con Audrey. Lo ha demostrado desde el primer día que nos cruzamos en este mismo sitio.

Y confío en ella.

Sin embargo, hablar de Lincoln no me resulta sencillo. Ni siquiera sé por dónde empezar. En muy poco tiempo, parece haber puesto mi vida totalmente patas arriba.

—Es complicado —admito.

Ella es la que toma mi mano ahora e imitándome, la acaricia con el reverso de sus dedos.

—Siempre lo es —asegura, dibujando una sonrisa tan triste como empática.

Macy entra a toda prisa en la panadería, haciendo aspavientos de todo tipo con los brazos. Busca a Audrey con la mirada y, cuando nos localiza a las dos juntas sentadas en nuestra mesa de siempre y dándonos la manito, frunce el ceño, cabecea restándole importancia y se aproxima corriendo.

—No vais a creer lo que acabo de ver.

Audrey y yo nos miramos la una a la otra y Audrey como buena cotilla, exige:

—Vamos, desembucha. Necesito chisme jugoso para olvidar mis penas.

Por lo visto, trae cotilleo del bueno.

Por unos instantes, Macy parece abandonar todo el entusiasmo que la acompaña y repara con más detenimiento en mí. Como si estuviese sopesando, si hablar o no, en mi presencia. Cosa que me parece de lo más extraño. Audrey sin pensarlo dos veces, le vuelve a insistir en que hable y esta, finalmente, encoge los hombros y por fin abre la boca.

—Estaba cerrando la peluquería cuando he visto a Frank… —La interrumpo a la voz de:

—¿Quién es Frank? —Si voy a cotillear, quiero hacerlo en condiciones y que no me falte detalle alguno. No es justo que yo, por ser la nueva, carezca de información, y más si es relevante, cosa que todavía no sé. Mejor prevenir.

Macy me hace un resumen de varios minutos. Solo me falta saber la talla de zapatos que calza el tal Frank.

Al parecer es un tipo del pueblo vecino. Tiene varios amigos en Woodstock, e incluso algunos familiares. Lo que lo lleva a pasar mucho tiempo por aquí.

Cliente asiduo del bar que Lincoln y sus amigos suelen frecuentar. Cuando me lo ha descrito físicamente, enseguida he caído en quién es. Tiene aspecto de armario empotrado con muy malas pulgas.

—El caso es que —, continúa Macy —, estaba cerrando la peluquería…

—Eso ya nos lo has dicho —. La corta ahora Audrey.

Ella nos fulmina a las dos con la mirada. Y hacemos la señal de cerrarnos la boca con cremallera de inmediato.

—He visto a Frank…

—Eso también lo dijiste —interrumpo de nuevo con el único objetivo de incordiarla un poco.

Macy pone el dedo índice en sus labios, ordenándome callar.

—Estaba cerrando la peluquería —. Nos asesina con los ojos antes de que podamos protestar —. Y he visto a Frank… — Continúa con

una sonrisilla que delata que lo que está por venir merece la pena —. Delante del taller de Lincoln —. Cuando menciona a Lincoln, mi cuerpo entero protesta —. Hablaban, pero el ambiente estaba caldeadito. De pronto Frank le ha dado un toque con dos dedos a Lincoln en el pecho. Un toque que a Lincoln no le ha sentado nada bien, y ha empujado a Frank, con la palma de la mano abierta. Han empezado a discutir sobre una factura o no sé qué. Cuando pensé que iban a saltar, el uno sobre el otro, ha llegado Kai y…

—¿Cuándo ha sido eso? —Me intereso de inmediato sin dejarla terminar.

Mientras espero la aclaración de Macy, ya estoy guardando mi teléfono en el bolso y recogiendo mi chaqueta, que estaba apoyada en el respaldo de la silla.

—Ahora mismo, creo que…. —Salgo disparada a toda velocidad de la panadería, dejando a mi amiga con la palabra en la boca.

A pesar de que Macy no me ha contado todo lo que ha pasado, lo intuyo. Ha mencionado algo sobre una factura. Si el tal Frank estaba en el taller, debía ser un cliente.

Agradezco que el taller y la panadería no estén a más de un par de minutos a paso acelerado. A mí no me llevará ni uno, galopando a la velocidad que estoy haciendo por la acera.

Efectivamente, cuando aún no he llegado, de lejos veo a Kai intentando meterse en medio del tal Frank y Lincoln.

Estos dos últimos parecen estar debatiéndose en un duelo del lejano oeste. Se retan con la mirada y pegan el pecho el uno al del otro. En cualquier momento, uno de los dos va a saltar y se va a liar una buena.

Recuerdo cómo se puso Lincoln con Asher, y no me apetece nada que algo así ocurra de nuevo. Por lo que, sin pensarlo dos veces, llego hasta su posición, me cuelo entre los dos, quedando de espaldas a Lincoln. Abro las palmas de las manos y empujo con todas mis fuerzas a Frank, intentando alejarlos.

Estoy convencida de que no tengo tanta fuerza como para poder con ellos. Pero el factor sorpresa juega a mi favor, y me permite separarlos. Frank me mira con los ojos llenos de incredulidad, y en cuanto Lincoln, asimila lo que está ocurriendo, es él quien tira de mí,

y me coloca a su espalda, alejándome del tenso momento y protegiéndome con su cuerpo.

Cuando se centra de nuevo en retar con la mirada a Frank, vuelvo a saltar por encima.

—Mia —Me llama la atención Kai.

No respondo.

—¿Qué coño quieres? —pregunto inquieta al tal Frank.

Lincoln me asesina con la mirada y vuelve a tirar de mí a su espalda.

—La puta factura —exige Frank de malas formas, pero manteniéndose en guardia sin llegar a atacar.

Me quedo de piedra. Comprendiendo cuál es el problema aquí.

Lincoln no sabe hacer facturas. No sabe escribir.

Seguramente Frank trajo un vehículo a reparar y al entregárselo, Lincoln se negó a dársela. Puesto a que es demasiado orgulloso para reconocer que no puede hacerla o pedir ayuda.

No voy a exponer a Lincoln, pero Frank, tiene razón.

—Pues acompáñame y deja de montar jaleo —exijo ante la atenta mirada de los tres, ya camino al despacho. Doy media vuelta y los observo perplejos sin moverse del sitio. —¿Vienes o no?

Frank no duda al escucharme, se olvida de Lincoln y sigue mis pasos. Lincoln y Kai lo imitan.

Tomo asiento y acerco la silla a la mesa de madera. Inspecciono todo lo que hay a mi alrededor y, tras coger el sello de la empresa, un bloc de facturas modelo y un bolígrafo, levanto el mentón y observo a Lincoln.

—Revisión, cambio de aceite y filtros. Doscientos —informa autómata y de bastante malhumor.

Me concentro en hacer la factura y se la tiendo.

Frank la atrapa con su mano, pero yo no la suelto. Devuelvo la vista a Lincoln.

—¿Te ha pagado? —Este asiente una sola vez y yo continúo: —Lárgate. Y espero no volver a verte por aquí —finalizo soltando el papel.

Puede que tenga razón, pero el solo hecho de imaginármelo enzarzándose con Lincoln en una pelea, me hace desear que se

mantenga lo más alejado posible de él. Frank no tarda dos segundos en desaparecer.

Lincoln
Capítulo 24

Mia apareció de la nada y se interpuso entre Frank y yo. Faltó poco para que perdiera los nervios. Solo imaginarme que alguno de los dos no hubiera reparado en ella… Podríamos haberle dado un mal golpe. ¡Joder! ¿Cómo puede ser tan inconsciente?

¿Y en qué hostias estaba pensando para racionar así? Se metió entre dos tíos de dos metros, que le triplican la fuerza como poco. Está como una puta cabra.

Su intervención consiguió que el problema no llegara a mayores. Pero esa no es la cuestión. Hoy se ha expuesto sin tener por qué hacerlo. Admito que un deje de orgullo me atravesó el pecho al percibir que intentaba colocarme a su espalda. Lo que no deja de ser chistoso. Debe medir poco más de metro y medio, le saco cuarenta centímetros o más. A mi lado es un tapón.

Pero que su primer instinto sea el de protegerme, no hace más que confirmar lo que ya sé. Esto no son invenciones mías. Puede fingir odiarme todo lo que quiera. La realidad es que está completamente entregada a mí.

No ha vuelto a abrir la boca desde que salimos del taller. La veo trastear en la cocina. Ha llegado el momento de que dejemos atrás el resentimiento de estos días. Hoy no aceptaré un no por respuesta.

Le doy una calada más a la hierba que hoy mismo me ha traído Clayton, y dejo el canuto apoyado en el cenicero.

Me aproximo a ella y me quedo muy cerca, justo a su espalda.

No se percata de que estoy a pocos centímetros, hasta que se gira y se sobresalta dando un pequeño saltito. Sus ojos grises se clavan en los míos negros, que la esperan ansiosos.

Estoy preparado para hacerla entrar en razón, cuando el ambiente de la cocina se vuelve pesado y emana tensión sexual por los cuatro costados.

Lejos de alejarse de mí, Mia fija la vista en mis dedos, que se aproximan a tocar sus caderas.

Con el leve roce de nuestros cuerpos, entreabre la boca, se humedece el labio inferior con la lengua y los latidos de su corazón retumban en el ambiente.

Inspiro hondo y el olor de su excitación me sacude. La sensación se asemeja a la de una descarga con un desfibrilador. De pronto, me siento vivo. Mi lado animal sale a relucir. Y mi yo, más primitivo, entra en escena.

Aferro las caderas de Mia y la conduzco fuera de la zona de la cocina. Estiro la palma de la mano y la coloco a su espalda, dándole un empujoncito que la deja caer contra las escaleras. Se golpea las rodillas contra la madera y se sujeta a los escalones con las dos manos, para no golpearse la cara. Quedando cuatro patas, ante mí, y yo no puedo hacer más que gruñir.

Con la mano abierta le doy un par de azotes, sin contener mi fuerza, en una de sus nalgas.

Mia resopla, pero no protesta.

Está demasiado excitada para fingir que no lo disfruta. Sé lo que voy a encontrarme cuando le arranque la ropa. La boca se me hace agua al imaginar lo mojada que estará. De hoy no pasa. Voy a cubrirla.

Trago con fuerza la bola de saliva que se acumula en mi garganta y, sin esperar un segundo más, me tiro como un lobo hambriento a por ella.

Le arranco el pantalón y me posiciono a su espalda.

No puedo evitar que mi vista se clave en su entrada trasera. Quiero que grite. Que suplique. Que se rinda por completo y acepte todo lo que yo quiera darle. Y, a ser posible, que después me dé las gracias por ello.

—Lincoln, esto no es buena idea —susurra trabándose con sus propias palabras.

—A mí me parece una idea de la hostia, nena.

Enredo su pelo en uno de mis puños y le presiono la cabeza contra la escalera. Su mejilla se apoya en la madera caoba y su respiración se acelera.

No atino a saber si su intento de negativa es por miedo o por lo cachonda que está. La huelo, hostias. A mí no puede engañarme.

Desea esto tanto o más que yo.

Enredo los dedos en un lateral de sus braguitas y se las rompo, luego repito la acción con el lado contrarío y finalmente logro deshacerme de ellas por completo.

Sin prepararme y mucho menos prepararla a ella, introduzco dos dedos en su precioso y chorreante coño.

—Hostias, qué apretada estás.

Se los clavo bien al fondo y mis ojos se anclan en esa zona. La descubro empapada, cosa que no me sorprende.

Los retiro un poco hacia atrás para acomodarlos y volver a metérselos. Sus fluidos gotean sobre la madera de la escalera. Sonrío para mis adentros.

Al hundírselos de nuevo, Mia se lamenta una vez más.

—Lincoln, despacio.

Presiono hasta palpar su fondo con mis yemas y me burlo.

—Esa no es la actitud, Mia. —Chasqueo la lengua contra el paladar. —Agradécemelo y disfruta —la pincho.

Me inclino hacia adelante y atrapo su nuca para inmovilizarla. La masturbo hábil y con soltura.

Le froto el clítoris con la yema de los dedos y Mia, levanta más el culo. Gime bajito, aun resistiéndose a mostrarme con transparencia cuanto lo desea. Algo completamente inútil, dada la reacción que está teniendo.

Estoy hambriento y necesitado a más no poder.

Le meto y saco los dedos varias veces mientras empujo con más fuerza su cabeza hacia abajo, a pesar de que no opone ninguna resistencia. Todo lo contrario, cada vez se moja más y más, y jadea sin control.

Está chorreando y, a mí, me tiene salivando.

Buscando obtener mi propio placer, le saco los dedos, me desabrocho el botón del vaquero y me libero la polla.

Me acaricio la tranca con la mano lentamente, de arriba a abajo, disfrutando de las vistas.

Con poca paciencia me inclino sobre ella para tener una mejor visión de lo que estoy a punto de hacer. Su coño palpita y reluce.

Expulsando fluidos de los que mana un olor completamente abrumador, cautivador…

Me sujeto la base y me coloco entre sus piernas, paseo mi polla por su entrada trasera, se tensa de inmediato y, aunque no puedo evitar sonreír y pensar en que voy a tomar lo que me dé la gana de ella. No puedo negar que, en esta ocasión, quiero metérsela por el coño. Reclamarla de la última forma que me queda por hacerlo.

Mia se mueve hacia un lateral, con poca paciencia. La recoloco con un brusco tirón y sujeto con más fuerza su nuca, apresándola contra la escalera.

Guio mi polla a su entrada, sus fluidos me empapan. Intento contenerme e ir despacio. ¡Imposible! Es demasiado desquiciante y lo único en lo que puedo pensar es en montarla. Se la clavo de un solo golpe.

Mia chilla al sentir mi invasión.

—Joderrrrrr… —lloriquea.

Me mantengo completamente quieto, concediéndole el honor de adaptarse a mí, durante unos segundos. Pocos. Es imposible contenerme más.

Tiemblo y mis músculos se endurecen. Mis venas se marcan. Empiezo a sudar y las sacudidas de mi polla se vuelven violentas, haciendo fuerza contra las húmedas paredes de su coño. Ejerciendo tanta presión que creo que va a rompérmela.

Soy consciente de que mi longitud y el grosor de mi rabo, las abruma la primera vez que se la meto.

—Estate quietecita, nena —ladro cuando Mia se revuelve.

Ni de coña voy a sacársela y moviéndose como lo hace, solo conseguirá hacerse más daño. Se retuerce con mi polla dentro y tengo que hacer acopio de toda mi reserva de autocontrol extra, para no correrme en ese mismo momento.

—No seas tan bruto —me recrimina.

¿Considera que estoy siendo bruto?

—Ni siquiera he empezado, nena —. Mia suspira y las paredes de su coño se contraen. —Cuando lo haga, vas a preferir colarte en el infierno, antes de que las puertas se cierren, a tenerme dentro.

Sonrío abiertamente al ser consciente de lo que va a ocurrir y le cubro la boca con la palma de la mano. Hago presión y dejo que un par de dedos se introduzcan de lateral en su boca. Va a necesitar morder algo para aguantar esto.

Mia emite quejidos, que mi mano ahoga y mi polla se hincha todavía más al escucharla.

—Hostias, nena. Cuanto más te quejes, más ganas de reventarte tengo. Más difícil me resulta controlarme, y más me ciegan las ansias de destrozarte.

Gorgotea algo sin sentido y siento su primera arcada, pero se centra en contenerla como una campeona.

Recoloco bien su cadera con mi mano, y retiro mi polla despacio. Antes de abandonarla por completo, se la clavo una vez más. Deprisa, hasta el fondo. Con ahínco.

Mia emite un grito que mi palma ahoga y acto seguido me muerde los dedos. Un par de carcajadas atraviesan mi pecho al percatarme de su reacción.

—No seas caprichosa… Puedes soportarlo perfectamente. —Dejo en el aire.

Mia abre los ojos desmesuradamente ante mi declaración y gruño enseñándole los dientes, lo que consigue tensarla más.

Ella se asusta y yo me excito como nunca antes.

Admito lo mucho que me gusta atemorizarla, pero no quiero retenerlo más. Necesito follármela. Montarla de una maldita vez.

Me aseguro de que está bien anclada al suelo y de que no tiene posibilidad alguna de moverse y empiezo a hacerlo yo.

Me clavo en ella y golpeo mis caderas contra su culo. A la misma velocidad que un Ferrari acelera de cero a cien, empiezo a follármela.

Entro y salgo de ella sin reducir la velocidad y manteniendo el mismo ritmo. El sudor se acumula en mi frente y cuando inclino la cabeza hacia adelante, gotea contra su culo. Un culo que no puedo dejar de mirar, al percatarme de cómo se bambolea con cada uno de mis embistes.

Mia arquea la espalda con la intención de poder reducir mi ritmo o, al menos, que deje de taladrarla tan profundo. En vano, vuelvo a

recolocarla y sigo a lo mío.

No es necesario que me ocupe de ella. Va a correrse. Lo tengo clarísimo. Por mucho que se niegue a hacerlo, no puede. Está completamente empapada.

Gruño, moviéndome hacia adelante y atrás y cuelo la mano por debajo de la camiseta que no me he molestado en quitarle. Le agarro una teta y la masajeo con mi mano. Pellizco su pezón con mis dedos y mi polla se estremece.

Mia muerde con fuerza mis dedos. Pero admito que está aguantando mucho mejor de lo que pensé.

Aprovecho el momento en el que sus dientes no se clavan con tanto ahínco y cambiando la mano de posición, la cojo por el cuello y le meto dos dedos por completo en la boca, hasta que chocan contra su campanilla. Le inclino un poco la cabeza y la obligo a abrir la garganta. Contiene las arcadas, aunque no le resulta fácil.

—Nena, ahí dentro tiene que entrar mi polla. Vete acostumbrando —gruño. Mia gorgotea y continúa conteniendo arcadas. No dejo de sabotear su boca mientras la embisto sin descanso.

Cuelo mis dedos hacia su tráquea y empujo, mientras con la palma de la mano aprieto su garganta, cortándole todo suministro de aire.

Gruño a cada empale en su coño.

Solo pienso en una cosa: «correrme.» Empaparla.

Retiro mis dedos de su boca y Mia tose desenfrenada. Le devuelvo la cabeza a su sitio. Retenida por mi mano contra uno de los escalones.

Observo cómo la saliva le empapa la boca y parte del escalón y de la comisura de sus ojos empiezan a brotar las lágrimas que lleva un buen rato intentando contener.

—Por favor, Lincoln. Por favor.

Joder, escucharla suplicar, implorar, me empuja al borde del precipicio.

—Ruega, nena —exijo excitado. —Ruega, hostias —ordeno empalándola. Su coño me presiona tanto la polla que creo que voy a volverme loco.

Mia no lo piensa dos veces. Inmediatamente, abre la boca para complacerme y yo engrandezco medio metro más con ello.

—Por favor, Lincoln. Te lo ruego.

—¿Qué ruegas, Mia? ¿Necesitas que eyacule ya? ¿Qué te libere?

Me excita, como nunca ninguna otra hembra lo había hecho nunca. El ver a Mia tan entregada, tan complaciente y, sobre todo, tan obediente, es una puta locura.

Asiente como puede con la cabeza, rozando su mejilla contra la madera.

Bajo la mano libre por su costado e inclinándome sobre ella, la cuelo en su estómago. Poco a poco la voy deslizando, hasta rozar su coño con dos de mis dedos. Y no tengo que hacer absolutamente nada más, pues al sentirlos, Mia endurece todos los músculos del interior de su vagina, apretándome el rabo al máximo y con mi nombre entre sus labios… se corre.

—Me vas a romper la polla, nena.

Una sonrisa socarrona se instala en mi boca.

Al sentir su sexo palpitar con tanta violencia, me resulta imposible contenerme. Doy un par de sacudidas más, y penetrándola hasta lo más profundo, eyaculo dentro de ella.

Me dejo caer hacia adelante sin sacársela, haciendo que ella caiga por completo sobre los peldaños de madera.

Sin esperar a que ninguno de los dos recupere la respiración, abro bien la boca y le muerdo la nuca. Y mientras aprieto mis dientes contra su carne ardiente, las últimas sacudidas de placer me envuelven, inyectándole una carga extra de semen en las mismísimas entrañas.

El chillido de Mia corta el ambiente. Para calmar su piel destrozada, lamo la nueva herida que acabo de hacerle.

Con la respiración desacompasada, protesta cuando vuelvo a permitirle respirar.

—Eres un animal.

Sonrío contra su cuello. Hoy me importa todo una mierda. Hoy no podría sentirme más feliz ni proponiéndomelo.

—Y a juzgar por cómo te chorrea el coño, te ha encantado que este animal te folle.

Segundos después me incorporo y Mia hace lo mismo. Tirando de su camiseta hacia abajo, para intentar cubrirse.

Me abrocho la bragueta del vaquero y con un rápido movimiento la privo de la posibilidad de atrapar sus pantalones.

Estaba claro que esto llegaría.

Evita mirarme y todo lo que quiere es escapar.

No voy a consentirlo. Se acabó el dar pasos atrás. A partir de ahora solo navegaremos hacia adelante, en la dirección correcta.

Advierto sus ganas de huir y refugiarse en su habitación. Cuando está de espaldas a mí, empezando a subir las escaleras, rodeo su cintura con mi brazo y la atrapo al vuelo. Camino cargando con ella y la dejo caer sobre el sofá.

Mia me mira, pero se mantiene completamente en silencio.

¿Se está arrepintiendo? Sí, hostias. Eso es. Acaba de darse cuenta de lo que hemos hecho y la culpa la corroe.

Me dejo caer a su lado y levanto un poco el culo, para recuperar mi mechero del bolsillo trasero. Mia levanta las piernas y se hace un ovillo en el sofá, apoyando la mejilla en sus rodillas, pensativa.

Me enciendo un porro, y tras darle una calada, se lo tiendo. Ella niega con la cabeza, no insisto.

Me levanto y pongo algo de música.

Regulo el volumen, segundos después, *Creep* de Radioheat, se hace con el silencio. A una mierda de volumen, pero es lo que hay. No quiero joder el momento.

Mia no articula palabra y no mueve un músculo. Consciente de que está medio desnuda y del frío que hace, me acerco a la chimenea y la enciendo. No tardo más que un par de minutos en tener un fuego en pleno apogeo.

Sentado de nuevo, me llevo el porro a la boca y lo sujeto entre mis labios. Estiro la mano y, agarrándole la pantorrilla a Mia, intento abrirle las piernas. Digo, intento, porque ella se resiste. No me dejo impresionar. La sostengo con firmeza y hago fuerza. Le separo las piernas con una mano, y antes de que pueda cerrarlas, cuelo la otra mano entre ellas y recojo parte del semen que dejé en su interior y ahora chorrea por su vagina. Llevo mis dedos a su boca y Mia gira la cabeza en el acto. Eso me cabrea.

Me jode, mucho.

—Abre la puta boca, nena —advierto.

Con la otra mano sujeto sus mejillas obligándola a abrir la boca y por fin puedo meterle los dedos con mi semen en ella.

Respiro cuando la veo tragar.

¿Por qué hostias tiene que complicarlo todo? Tiene que asumir que las cosas serán como yo diga que han de ser. El negarse solo va a tensar la situación para nada. Bueno, para tocarme a mí las pelotas.

Endereza la cabeza y me mira a los ojos. Acabo de dejar caer la cabeza contra el respaldo del tresillo. En estos momentos me siento en absoluta calma.

—Eres un cerdo.

A tomar por culo la calma. Y no por lo que ha dicho. Tengo asumido que lo soy. Y me gusta, no planeo cambiarlo. Pero conozco a Mia, y esto viene acompañado de uno de sus rebotes.

—No va a volver a ocurrir —sentencia apresurada antes de que yo abra la boca.

—Si tú lo dices… —dejo en el aire sin darle mayor importancia.

Si todo su cabreo se centra en negarse a sí misma lo evidente, no seré yo quien que la saque de su error. Estoy demasiado a gusto en este momento.

Miro la mesa de la cocina. Apenas son las seis de la mañana y está repleta de todo tipo de carnes y productos elevados en colesterol.

Me sorprende que Mia se levantase un sábado tan temprano.

En cuanto le di opción, ayer escapó del salón y no he vuelto a verle el pelo hasta ahora.

Cojo un trozo de salchicha y abro la puerta de la nevera para pillar una botella de agua mientras mastico. Mia acaba de servir el café.

Parece más enfadada de lo normal a estas horas. Y sé a qué se debe su mosqueo. Ayer me la follé. Aún está resentida.

No puede negar que ella también lo quería. Parece que el negárselo a sí misma, la ayuda a sobrellevarlo. No voy a discutir.

Que haga lo que le dé la real gana. Mientras no me moleste, todo estará bien.

—¿Vas a ir al pueblo hoy? —Su voz suena demasiado impertinente para alguien que necesita pedirme un favor.

—No.

Mia se muerde el labio inferior y yo solo puedo pensar en cómo me gustaría mordérselo hasta hacerla sangrar.

Tomo asiento y finjo ignorarla, consciente de lo mucho que la saca de sus casillas que lo haga.

Si quiere algo, va a tener que suplicar.

Continúo desayunando sin dirigirle mi atención en ningún momento. Hostia, esto está buenísimo.

—Necesito ir al taller.

Mis sentidos de alerta se activan al escucharla hablar del taller. Ayer decidí ignorar lo que hizo y el hecho de que metiese las narices donde nadie la necesitaba.

Pero no voy a tener paciencia eterna con ella.

Mia no puede andar husmeando por ahí. Admito que con ella las cosas serían más sencillas, pero no voy a arriesgarme a tener que darle explicaciones. Ni a que sepa el motivo de por qué esa oficina es un completo caos. No consentiré que me mire con compasión, Mia no. No podría soportarlo.

—Tú no tienes nada que hacer allí —digo sin más y sin dejar de lado mi desayuno.

¡Qué puto hambre tengo hoy!

Parece totalmente dispuesta a tocarme las narices a toda costa esta mañana, porque no cesa en su empeño, a pesar de ser consciente de que en cualquier momento voy a saltar y se arrepentirá de ello.

—Eso es lo que tú dices, pero esa oficina no hay por dónde cogerla. Voy a reorganizar y automatizar…

Cada palabra que sale de sus labios es un puto tiro directo a mi orgullo.

—No es asunto tuyo —la corto manteniendo la calma.

Y donde cualquier otra persona advertiría que no estoy de humor, y que no tiene que jugar conmigo, la kamikaze de Mia, solo

encuentra munición extra para cargar el arma.

—Si piensas que voy a dejar…

¡Hasta aquí!

Esta mañana se está luciendo.

Me levanto de la silla y estallo el puño contra la mesa de madera, haciendo repiquetear todos los cubiertos y derramando el café de mi taza.

Rodeo la mesa y, sujetándola por un codo, la levanto. Para acto seguido, empujarla al suelo y dejarla de rodillas.

—Discúlpate —ladro cabreado.

Mia aprieta los dientes y su mandíbula se tensa. Clava sus ojos en los míos, desafiándome. A pesar de no abrir la boca, tampoco se disculpa.

La zarandeo y exijo una vez más:

—Discúlpate, nena.

¡Hostia! ¿Por qué tiene que ser tan cabezona? ¿Cree que esto me causa el menor placer? No se equivoca. Es cierto que me encrespa que sea tan testaruda y odio que me lleve la contraría. Sin embargo, el tenerla arrodillada frente a mí, y que sea incapaz de seguir replicándome, lanza sacudidas directas a mi entrepierna y alimenta mi orgullo.

Mia hace el ademán de levantarse y apoyo la palma de la mano en su hombro, impidiéndoselo.

—No pienso hacerlo —responde sin un ápice de duda.

—Te aseguro que sí.

Unas ganas atroces de sacarme la polla y metérsela en la boca para que deje de meter la pata de una vez, se instalan en mí.

No lo haré.

No quiero que me tema de ese modo. Ayer me la follé, cierto. Pero ayer ella, a pesar de negárselo a sí misma, lo estaba deseando.

Hoy solo parece querer matarme.

Su deseo es inexistente. La única excitación que huelo en el ambiente, es la mía.

Me acuclillo y apoyo mis codos en las rodillas. Levanto la cabeza despacio y dejo que mis oscuros ojos negros, se claven en los suyos. Estoy rígido como una tabla.

De inmediato comprendo que se siente intimidada. Me rehúye la mirada y, con voz titubeante, susurra:

—Lo… lo siento.

—Más alto, Mia —ordeno sin dejar de fulminarla con la mirada.

Se echa a temblar ante mi imposición.

No me afecta. Estoy acostumbradísimo a que la gente reaccione así en mi presencia. El que sea mi hembra, la que lo hace, solo reafirma mi posición ante ella. Y el orgullo me invade al saberla sometida a mi mandato. Porque sé de antemano que los ojos con los que ella me observa, son muy diferentes a los del resto del mundo.

—Lo siento mucho, Lincoln —repite sin ser capaz de sostenerme la mirada.

Satisfecho, me incorporo y rodeo la mesa una vez más. Tomo asiento donde estaba justo antes del pequeño incidente y continúo desayunando.

Mia no se levanta del suelo. Permanece de rodillas con la cabeza gacha, murmura, bajito:

—Solo quería ayudarte.

Mastico un trozo de carne y lo trago. Apoyo un codo en la mesa y acto seguido mi frente en el dorso de mi mano.

El escucharla admitir que su intención es aliviar mis cargas, la paz y el orgullo que siento por ella se intensifican.

Carraspeo un par de veces, evitando que mi tono de voz, evidencie lo que siento y le exhorto:

—Siéntate a desayunar.

Mia obedece y, apoyando la palma de la mano en la silla a su izquierda, temblorosa, se incorpora lo suficiente para sentarse.

Respiro hondo, dejando que el aire invada mis pulmones. Me encanta que se comporte así. Que sea complaciente y no objete ni replique. Que se deje guiar por mí.

¿Cuándo va a entender que lo único que pretendo es cuidar de ella?

Soy un hombre. Agradezco su buena intención, pero no necesito que una mujer, (ni siquiera la mía), me ayude. Puedo mantener este barco a flote yo solo.

—¿Quieres ayudarme, nena?

Mia asiente sin dejar fijarse en su plato.

—Entonces limítate a andar por el camino que yo marco. No necesito nada más. Obedece y mantente en tu sitio. Eso es todo. Y te garantizo que todo irá bien.

El viento azota con fuerza las ramas de los árboles. Dirijo la vista a una de las ventanas y veo volar ráfagas de arena y hojas por todas partes.

El invierno está al caer.

El temporal se avecina.

Y yo solo deseo quedarme atrapado, con esta hermosa criatura, entre estas cuatro paredes.

Contemplándola, pienso para mis adentros: «para cuando llegue la primavera y puedas salir de aquí, llevarás en tu vientre al primero de mis cachorros.»

Mia
Capítulo 25

De camino a encontrarme con Audrey, no dejo de darle vueltas a lo sucedido esta mañana con Lincoln.

Es un perturbado. Está completamente loco.

Si me muerdo la lengua en ocasiones, es solo porque admito que me supera en fuerza. Y no quiero descubrir hasta qué punto puede llegar Lincoln Dagger. Algo en mí, advierte que no me gustaría saberlo.

Lo que lo libra de una patada en las pelotas, es que no estamos en igualdad de condiciones. Aunque no puedo negarme a mí misma, que deseaba lo ocurrido entre nosotros tanto como él.

Diviso a Audrey sentada en un banco cercano a la iglesia, esperándome.

Aprieto el paso y me acerco a ella.

—¿Llevas mucho esperando?

Niega con la cabeza, al mismo tiempo se levanta y me da un abrazo.

—Estás sudando.

—Menuda carrerita acabo de pegarme —sonrío sincera.

—¿Vamos a por Macy? —asiento con una sonrisa en los labios poco sincera, causa de la comedura de tarro que llevo.

Con dulzura apoya una mano en mi hombro, invitándome a caminar las dos juntas. De inmediato me sobresalto. Acaba de apoyar la palma de pleno sobre mi herida. Y aunque está muchísimo mejor, duele horrores. Incapaz de disimularlo, un gritito agudo abandona mi garganta, y me encojo ante la mueca de dolor que atraviesa mi rostro. Para cuando quiero recobrar la compostura, y hacer como si nada, es demasiado tarde.

Audrey me mira con el ceño fruncido y se cruza de brazos.

—Vas a decirme de una vez qué es lo que está pasando, Mia. Y no es una pregunta. Te lo aclaro por si tenías dudas.

Poco hay que objetar a su tono duro y exigente. Audrey empieza a parecerse a Lincoln. Menuda es cuando se enfada.

Aun así, me encojo de hombros.

—No es nada importante. —Audrey alza las cejas.

—¿Crees que soy idiota?

Suspiro y me giro, tiro un poco de mi camiseta hacia abajo y le dejo ver la marca que Lincoln me hizo.

Ya no la cubro con apósitos. Por lo que queda totalmente expuesta.

Audrey ahoga un grito y se cubre la boca con las palmas de las manos.

—Dios mío, Mia. ¿Pero qué te ha hecho?

Y como la idiota integral que soy, disculpo lo indefendible.

—No es tan malo como piensas.

—¿Me estás vacilando? —protesta evidentemente cabreada, incluso antes de saber lo que ocurre.

— Es un descerebrado, de eso no hay duda —. Mi amiga asiente trescientas veces seguidas —. Pero en el fondo… No sé, Audrey, creo que solo necesita… Todavía no sé lo que necesita, pero estoy segura de que necesita… cosas.

Audrey resopla de un modo muy poco elegante, haciendo temblar su labio inferior.

No la culpo. Yo no sé ni qué pensaría si la situación se diese a la inversa. Supongo que no tendría ni tiempo para eso, me cargaría a Clayton. Solo de imaginarlo, ya le tengo ganas.

—Oh, espera —dice Audrey acercándose a mí e inspeccionándome la herida. —¡Joder! No me lo puedo creer. Son.. Son…

No da pie con bola. Supongo que acaba de reparar en lo que realmente significa mi marca.

—Sus iniciales, sí —admito lo evidente.

—Ese tío está fatal.

La que asiente ahora soy yo. Tiene razón. Lo está. Nadie puede negarlo.

—Sabes que eso es de por vida, ¿no? —presiona sin venir a cuento.

Pues claro que sé que es de por vida. ¿Cómo no podría serlo? Me ha marcado a fuego. Literalmente. Y el que ella me recuerde que nunca, jamás podré deshacerme de esa marca, no ayuda.

Me encojo de hombros, dándole a entender que comprendo la gravedad de la situación, pero que poco puedo hacer para remediarla.

—Siempre puedes hacerte un tatuaje encima.

—¡Sí! —agrego con entusiasmo. ¿Por qué no se me había ocurrido antes? —Es una idea brillante.

No es lo ideal. Pero mejor que ir por ahí, marcada a hierro candente, por un lunático.

La miro con una sonrisa en los labios.

—No te vengas arriba tan rápido. Ese zumbado es capaz de arrancarte la piel a tiras y volver a marcarte —. Dejo caer los hombros apenada, tiene razón. —Lo supe desde qué le partió la nariz a Pike —. Entorno los ojos y ella confirma —. Eres su jodido santo Grial, Mia.

—Pues menuda suerte la mía —. Inspiro hondo y me concentro en abandonar todo el aire con fuerza por la boca.

Y esa marca no es mi único problema.

Ayer dejé que me follara contra las escaleras. Sin usar protección. No lo había olvidado, pero sinceramente no encontré un momento en el que poder abrir la boca y pedirle que no se corriera dentro. Aunque algo me dice que de poco me habría valido.

Ahora no dejo de darle vueltas a la cabeza. Y aunque no pienso volver a repetirlo, no quiero jugármela más de lo necesario.

Necesito ir a un hospital con urgencia y hacerme con la píldora del día después. Lo que me faltaba es meterme en un embrollo como ese. Dios no quiera que un mini perturbado venga a este mundo.

Cabeceo un par de veces, sacándomelo de la cabeza.

No quiero ir sola.

Y convencida de que Audrey me apoyará, decido sincerarme con ella.

—Ayer nos acostamos.

Audrey se muerde el interior de la mejilla ante mi confesión, pero no dice nada.

—Fue un error —me apresuro a aclarar —. No usamos protección y…

Antes de poder narrarle mis miedos, Audrey toma mi mano y camina a paso acelerado.

—Ey, ¿qué haces? ¿Adónde vamos?

—A por la píldora del día después. Hay que evitar una catástrofe. Con un Lincoln Dagger en este pueblo, es más que suficiente.

No puedo evitarlo y, dejándome arrastrar por mi amiga, echo la cabeza hacia atrás y rompo reír con todas mis fuerzas.

Nadie puede rebatir el hecho de que tiene razón. Pero su evidente angustia, es de lo más cómica.

En cuanto el doctor nos proporcionó la pastillita, Audrey no dudó en abrirla y metérmela en la boca a toda prisa.

Insistió muchísimo en que me recetase la mini píldora. A pesar de que le dije, como un millón de veces, que lo de ayer fue una locura esporádica, que no volverá a repetirse.

Insistió tanto que, aunque esté totalmente convencida de que Lincoln y yo, no volveremos a acostarnos en la vida, accedí solo para que ella se quedase más tranquila.

Lo cierto es que ya la había tomado anteriormente, pero cuando mi última relación estable terminó, la abandoné.

No soy chica de relaciones esporádicas, carecía de sentido seguir con ella. Además, mis ciclos son súper regulares y nunca he tenido dolores menstruales.

Supongo que la tomaré una temporada hasta que mi amiga se relaje y comprenda que no es necesario, puesto a que no hay peligro alguno.

De momento, fuimos a la farmacia y me hice con las seis cajas de anticonceptivos, que mi amiga tan insistentemente solicitó. No le valía ni con una ni con dos… ¡Seis!

También accedí a ponerme una alarma diaria en el móvil para recordar tomarlas, siguiendo las peticiones de Audrey.

—¿Te quedas más tranquila?

—Muchísimo más —responde ella sin atisbo de duda.

Cabeceo riéndome.

—Y ahora que el peligro ha pasado… Cuéntamelo todo.

Me pongo la chaqueta al salir de la farmacia, el frío empieza a golpear con fuerza.

—Qué te cuente, ¿qué? —inquiero confusa.

—¿Cómo es Lincoln en la cama? —¡No me lo puedo creer! —Chica, acabas de tirarte a uno de los tíos más deseados del estado. Que no quiera que procrees con él, no quiere decir que no me muera por saber los detalles.

Estallo la palma de la mano contra mi frente.

¿Lincoln uno de los tíos más deseados del estado? No me sorprendería que fuese cierto.

Está demasiado bueno y es un cabronazo. Lo que hace que la mayoría de las tías se tiren a sus pies y se vayan bajando las bragas con una sola de sus miradas.

—Es un animal —aseguro, sincera.

A mi amiga le brillan los ojos y yo me apresuro a aclarar:

—Audrey, literalmente un animal. Me puso de espaldas a él, buscó su propio placer y cuando acabó, me mordió en la nuca, marcándome. Justo como los animales hacen cuando se aparean para someter a sus hembras.

A pesar de que, intento que se lo tome en sentido literal, y hacerle entender que Lincoln se pasa de la raya, y es un ser completamente primitivo y primario. Mi amiga pone los ojos en blanco, se muerde el labio inferior y un gemido atraviesa su garganta.

¡Es imposible!

La dejo en su mundo y me centro en caminar hacia la cafetería donde hemos quedado con Macy.

Cuando llegamos, ella aún no lo ha hecho.

Pedimos un par de refrescos y nos sentamos a esperarla.

—¿Cómo va con Clayton? —Decido interesarme dubitativa.

Audrey se olvida por completo de lo que la tenía absorta desde que mezclamos en la conversación a Lincoln y el sexo, y se centra.

—Hemos decidido darnos otra oportunidad. Eso no quiere decir que vaya a olvidar lo ocurrido sin más. Pero no sé, Mia. No podía tirar por la borda todo lo que hemos vivido sin intentarlo de nuevo.

Son cinco años de mi vida, y lo peor no es eso, es que estoy enamorada de Clay.

Le sonrío y asiento.

—Me alegro muchísimo —digo sincera.

Solo espero que Clayton se tome en serio la oportunidad que Audrey le brinda. Es una chica fantástica. Y estoy convencida de que, si la jode una vez más, no será tan permisiva de nuevo.

Cosa que entiendo y apoyo al cien por cien.

Hablamos unos minutos más hasta que vemos aparecer por la puerta a Macy, seguida de Asher y Clayton.

Este último se acerca apresurado, saluda al aire y se inclina para darle un beso de película a su chica.

El resto de los presentes nos miramos los unos a los otros con una sonrisa instalada en los labios.

Creo que no soy la única que se alegra de que estos dos hicieran las paces.

Como todos los sábados por la noche, los chicos proponen cenar en la hamburguesería, a lo que me apunto encantada.

Me gusta pasar tiempo con ellos.

Después de dar buena cuenta de una enorme hamburguesa completa, y una ración de patatas con cheddar y bacón, siento que voy a explotar.

Me dejo caer hacia atrás en el asiento de cuero granate y tentada estoy a desabrocharme el botón de los vaqueros. Me contengo.

Asher levanta el brazo disimuladamente y lo pasa por detrás de Macy, sujetándose al asiento de cuero.

Seguimos hablando y nadie le da importancia a su gesto.

A un cierto punto, veo cómo los dedos de Asher tiran sutilmente de la camiseta de Macy, haciendo que ella se recline hacia atrás. Asher aprovecha para acariciarle el hombro y dibujar pequeños círculos con su pulgar en él.

De reojo lo observo. Y me percato de que Audrey también lo hace. Macy por su parte, se finge distraída, y sigue hablando como si nada, hasta que se vuelve a sentar en el borde del banco, alejándose un poco de la mano de Asher.

¿Está intentando disimular?

Porque de ser así, tengo que decir que se le da fatal.

Estoy convencida de que hay algo que estos dos saben y nosotros no.

No voy a interrogarla con los chicos delante, pero en cuanto nos quedemos solas, que no dude que lo haré.

Entre risas no me percato de que Lincoln entra en el local. Se acerca, apoya los puños en la mesa que comparto con los chicos y me mira directamente a los ojos.

Paseo la vista por el local antes de fijarla en él y me llama mi atención que, Dominic, Kai y su novia, están cerca de la barra, con unas cervezas en la mano.

—¿Quieres que nos vayamos a casa? —indago prudente.

Sé que es tarde. Por lo que, si quiere que nos retiremos, no voy a protestar. Al fin y al cabo, sigo dependiendo de él como conductor.

Sin embargo, Lincoln niega con la cabeza y admite:

—Quiero que te vengas conmigo, nena.

¿Qué me vaya con él?

No me apetece irme con él. Y mucho menos con él y sus amigos. Sin duda, están apoyados esperando a que Lincoln haga lo que esté haciendo, para largarse y seguir con la fiesta en otra parte.

No tengo ningún interés en pasar tiempo con ninguno de ellos.

—Paso —respondo sin más, ignorándolo y centrándome de nuevo en mis amigos.

Amigos que me miran atónitos, sin creerse el corte que acabo de darle a Lincoln. No comprendo por qué se sorprenden tanto. ¿De verdad nadie se atreve a llevarle la contraria nunca?

El único que parece divertirse y sonreír es Clayton. Está claro que a este todo se la trae al pairo.

Como he dicho en alguna ocasión, Clayton parece más del grupo de amigos de Lincoln, que del de los chicos. Se la pela todo.

A él no parece importarle. Se lleva bien con todo el mundo, pero sin duda está más que asentado en este grupo.

Lincoln golpea la mesa con un puño y, cuando obtiene mi atención de nuevo, atrapa mi mirada con sus inmensos pozos oscuros.

—¿Por qué no os sentáis aquí? —pregunta Clayton, supongo que intentando apagar las llamas que parecían empezar a prender a toda velocidad.

Kai, que está a pocos metros, lo escucha y asiente tirando de su novia. Otro que parece querer calmar las aguas.

Dominic no tarda en imitarlo y Lincoln… Lincoln tiene que poner su toque a todo.

Puede que no se saliese con la suya y consiguiese arrastrarme a otro sitio, pero no se sentará sin más.

Tira de mi muñeca, me pone en pie y, tras tomar asiento, me sienta sobre sus rodillas.

Boquiabierta ante el descaro y el morro que tiene, lo miro por encima de mis pestañas, y él, sin inmutarse, se recoloca y me mueve a mí, hasta conseguir acomodarse. Siento su erección clavada en mi trasero, y el calor se agolpa en mis sonrosadas mejillas.

Cuando parece estar cómodo, apoya una mano en mi rodilla y con la otra sujeta mi nuca. Le basta con lanzar una mirada al camarero, para que, en menos de un minuto, él y sus amigos, obtengan una ronda de Budweiser. Juguetea con la congelada cerveza en una mano, y se la lleva a los labios.

Al principio el ambiente es frío y tenso, pero poco a poco los ánimos se van calmando y los chicos, (porque nosotras nos mantenemos calladas), inician una conversación.

Hago el intento de bajarme de las piernas de Lincoln, lo advierte y endurece su agarre. Impidiéndomelo.

No me gusta que se tome la licencia de reclamarme sin más delante de todo el mundo. Empiezo a conocer a Lincoln Dagger, y comprendo que una negativa por mi parte, en este momento, dará inicio a una guerra campal. Por lo que, me mantengo callada y en mi sitio. Pese a mi incomodidad. Hablaremos de esto cuando salgamos de aquí.

La novia de Kai no me cae bien. Parece sentirse muy integrada y mete baza en todo lo que los chicos dicen. Ellos no le prestan la más mínima atención. La tal Morgan no se da por vencida y continúa cizañando a pesar de que la estén ignorando.

—¿Me acompañas al baño? —Agradezco el capote de Macy, asintiendo como si la vida me fuese en ello.

Lincoln se incorpora y, antes de que pueda levantarme, desliza los dientes por mi nuca y vuelve a clavarlos suavemente, sobre la marca que él mismo hizo ayer. Pasa su lengua calmando el escozor de mi piel una sola vez, y me libera.

—Gracias. —Macy me saca la lengua restándole importancia y se cuela en el pequeño cubículo donde está el inodoro, cerrando la puerta tras de sí.

Agradezco alejarme, aunque sea, por unos breves instantes de la mesa en la que estamos.

Audrey que nos ha seguido hasta el cuarto de baño, deja caer en el aire:

—Eso parece más que un polvo que no va a repetirse.

Sacudo la mano al aire, diciéndole sin palabras que se equivoca y ella se encoge de hombros.

Tras unos instantes en el cuarto de baño, volvemos con nuestros amigos. Dos chicas más se han instalado en nuestra mesa. Y una de las chicas, me suena.

¿De qué diantres la conozco?

Ah, sí. Es la mala arpía que estuvo a punto de agredirme en aquella tienda, cuando Lincoln se presentó y me sacó de allí antes de que la sangre llegase al río.

—¿Quién es esa? —pregunto a las chicas. Desde lo ocurrido no he vuelto a verla y lo cierto es que tampoco comenté con Lincoln el asunto.

—Brittany Evans —responden las dos al unísono, con mucho retintín.

—Pues, Brittany Evans… —imito la voz con la que acaban de nombrarla. —Casi me saca los ojos el otro día.

—¿Qué dices? —Una incrédula Macy me fija directamente.

—Entré en lo que parece ser su «establecimiento» —narro con voz aburrida. —Y la muy desgraciada se me echó al cuello. Bueno, su intención era tirarme del pelo, arañarme la cara, o vete tú, a saber, qué…

—Esa tía está fatal.

—Sí, es follonera por naturaleza —argumenta Audrey.

—Si no llega a ser porque Lincoln apareció de la nada. La habría machacado.

—Es surrealista.

—A mí me parece que tiene sentido —sisea Audrey con una estúpida sonrisilla en el rostro.

—No me sorprende su reacción —comenta Macy. —Es una gata celosa. No eres la primera a la que le monta un espectáculo.

—Estaba fuera de sí. No sé qué mierda le pasó a su cabeza.

—¿Qué crees que le paso, Mia? —Ironiza Audrey. —Está pilladísima de Lincoln desde hace siglos.

—¿Y él? —pregunto prudente. Las dos rompen a reír.

—¿Lincoln? ¿Pillado de Brittany? Noooo. Lincoln solo se quiere a sí mismo.

—Se la tiraba. —Audrey siempre tan directa. —Pero vamos, cómo se tiraba a medio pueblo hasta que… —Me observa de arriba a debajo, de lo más socarrona continúa: —Ya sabes.

—Nunca ha tenido nada serio con nadie. Brittany era una más —asegura Macy. —Si todo el pueblo sabe que se la tiraba a ella, es porque Brittany se encargó de pregonarlo a los cuatro vientos. Pero la realidad es que Lincoln se follaba todo lo que se movía.

—Todo no. Es exigente —apunta Audrey.

—Era exigente… Ahora es imposible. No permite que ni Dios se le acerque. Y abandonó de raíz sus sonadísimos escarceos. Incluyendo a la patética Brittany, que no hace más que perseguirlo como un perrito faldero. Ella era su polvo más recurrente —comunica mirándome directamente a los ojos.

—Desesperada por cazarlo. Pero créeme, nunca le ha hecho el más mínimo caso. —La confesión de Audrey me permite respirar de nuevo. Aunque no sé porque contenía el aliento.

—Cree tener muchos derechos. Pero la realidad, es que no tiene nada. —La sigue Macy. —Lincoln Dagger es una bestia indomable. Dudo mucho que nadie sea capaz de ponerle una correa. —Esta vez me observa de reojo y susurra bajito: —O tal vez no…

—Pues sigo sin pillar porque la tomó conmigo —garantizo. Esta tía no sabía absolutamente nada de mí, hasta el día que se me tiro al cuello. —No pinto nada en medio de toda esa historia.

—Ja —suelta Audrey. La fulmino.

—Tiene que estar subiéndose por las paredes —. Mi atención se dirige a Macy y ella me aclara: —Venga va, déjate de chorradas. No sé qué papel juegas en su vida, pero está claro que uno muy importante.

—Yo tampoco lo sé —. Soy completamente sincera.

—Mantén los ojos abiertos. Lincoln no es un tío con el que puedas distraerte.

Si Macy opina así sin saber lo que ha ocurrido entre nosotros, no quiero ni imaginarme lo que estará pensando Audrey en estos momentos.

Lincoln
Capítulo 26

Localizo a Mia saliendo del cuarto de baño y la veo encaminarse de nuevo a nuestra mesa. Mis nervios se calman al momento. Tengo que amenazar con la mirada a un par de tíos que se la comen con los ojos, mientras ella se aproxima.

Mia llama la atención, aunque no se lo proponga. Y ni siquiera es consciente de ello.

En lugar de regresar a su maldito sitio, como debería ser, lo hace en el banco de enfrente, al lado de la novia de Clayton. Están tan apretados que a Mia le queda medio culo fuera del sillón y las piernas ladeadas.

Clavo los ojos en sus caderas y me permito visualizarlas desnudas y mi mano tirando de ellas con fuerza para poder empalarla.

No la he visto hoy, aun así, sé que mis dedos estarán marcados en su piel. Y, hostias, cómo me pone saberlo.

Brittany ha cogido una silla y está sentada justo al lado de Mia.

Solo está aquí porque la novia de Kai es una de sus mejores amigas. Le doy un trago a mi cerveza antes de que el camarero me entregue una nueva y hacemos el intercambio.

Los chicos preguntan algo y, como no estoy pendiente de la conversación, (observar a Mia consume todo mi tiempo), los ignoro.

Por el rabillo del ojo me mantengo pendiente de Brittany, la conozco, y es capaz de montar alguna de las suyas.

No lo hace. Pero tampoco deja de dedicarle miradas asesinas a Mia. Lo que empieza a tocarme los cojones. Mia se revuelve molesta. Y eso me los toca aún más. Yo soy el único que puede hacerla sentir incómoda.

—Nena —la reclamo acallando todas las voces a nuestro alrededor. Consigo su atención y la del resto de los presentes, flexionando un par de dedos, le ordeno que vuelva a su lugar.

A lo que la muy… responde negando con la cabeza.

¡Hostias! Es una cabezona.

Me importa una mierda que me rechace delante de todo el mundo en este momento. ¿No se da cuenta de que solo quiero salvarla de la imbécil de Brittany?

Resoplo hastiado y clavo un puño en la mesa que centra de inmediato la atención de todos los presentes, en mí. La de todos, excepto la suya. Mia me sigue ignorando. A propósito.

No me deja elección. Me levanto, me inclino sobre la mesa y, cuando estoy a punto de enganchar su muñeca, Mia se incorpora del asiento y da un par de pasos atrás.

¿Qué mierdas hace?

Fijo mis ojos en los suyos. Mis fosas nasales se dilatan, y siento el cabreo recorrer todas mis arterias.

Apoyo la mano en el reposacabezas del banco de cuero y, cogiendo impulso, salto a la parte trasera.

—¡Lárgate! —Brittany pasa de mi orden. Pese a temblar en cuanto me escucha. —Kai, saca la basura —exijo. Mi colega lo comprende de inmediato.

Me mantengo en la misma posición hasta que mi colega vuelve, tras acompañar a Brittany muy amablemente a la puerta.

Mia no deja de mirarme anclada en el sitio, pero cuando ve que rodeo la mesa, empieza a dar pequeños pasos inconexos hacia atrás.

—¿Ahora tienes miedo, nena? Deberías haberlo pensado antes —gruño sin importarme una mierda que estemos rodeados de gente.

El breve segundo, en el que dejo de clavar mis ojos en los de Mia, descubro la estúpida sonrisa de Kai y Dominic.

Si he exigido que se libraran de la otra imbécil, es porque esto no lo hago por ella. Y conociéndola podría pensar que sí. O atribuirse algún estúpido mérito.

Mia retrocede por el establecimiento y yo avanzo a la misma velocidad. Choca contra la gramola y, tras un par de pasos más, mi cuerpo se adhiere por completo al de ella. Levanto las manos y las anclo en los laterales de la gramola, a la altura de su cabeza. Encerrándola.

Tiene la valentía de soltar:

—Déjame en paz, Lincoln. No pienso hacer una mierda de lo que me digas. Así que suéltame.

Lo que a todo el mundo le parece una temeridad y a mí me cabrea sobremanera.

Poco importa donde estemos y quién nos mire. No voy a tolerar una falta por su parte de este calibre. Es mi hembra, me debe jodida obediencia.

Sin pensarlo dos veces, enredo mi puño en su pelo y la bajo al suelo. Postrándola de rodillas ante mí. Tiene que aprender.

—Ruega, nena.

—Me estás haciendo daño —gimotea manteniendo una dignidad imposible. Se hace añicos por los cuatro costados. Y ella lo sabe.

El local entero tiene el punto de mira en nosotros. Y los ojos de Mia empiezan a empañarse, ocultando un montón de lágrimas que sé que no llorará. Es demasiado orgullosa.

Kai se incorpora, y a la velocidad del rayo, lo tengo a mi espalda. Apoyando una mano en mi hombro.

—Lincoln.

Giro la cabeza en su dirección y lo fulmino con los ojos, dejando muy claro que no voy a admitir intervención por parte de nadie. Esto es asunto mío. Ella es cosa mía.

—Déjala en paz. —La novia del camello parece tener más pelotas que la mayoría de los tíos de este local. Pero que no se venga muy arriba. No me costaría un suspiro callarla.

—Clayton, controla a tu novia —escupo sin darle más importancia. Lo único que tiene relevancia ahora, es la morena a la que sujeto por el pelo y tengo arrodillada a mis pies.

Kai chasquea la lengua contra el paladar y resopla. No se marcha lejos, tan solo retrocede un par de pasos y se cruza de brazos.

Noto que Mia intenta incorporarse y vuelvo a prestarle toda la atención a ella. Apoyo mi mano en su hombro, sin darle opción a que abandone su posición sumisa frente a mí.

—Estoy esperando.

—Y así te vas a quedar. —Como odio la parte peleona de Mia.

Endurezco el agarre en su pelo, consiguiendo que tenga que retorcer la cabeza en un ángulo imposible, y fije su mirada en la mía.

Y pese a que soy consciente de que le estoy haciendo daño, no protesta.

—¿Estás segura? —increpo con una mala hostia de campeonato, acechándola.

Sus ojos grises, desafiantes y repletos de un orgullo que sin duda va a tragarse, me atraviesan.

Me conoce lo suficiente como para saber que no puede ganar este asalto.

Con el talón de mi bota, la acerco un poco más, para dejarla de rodillas entre mis piernas y endurezco mucho más el agarre, al punto de que incluso yo puedo sentir el dolor en su cuero cabelludo.

—Ruega.

—No vas a salirte con la tuya. —Tensa la cuerda.

—Discúlpate de una vez. Por tu bien, nena. Hazlo, y no me obligues a hacer algo de lo que después te arrepientas. —rujo en un susurro con los dientes apretados. Comprende en el acto que, de ella depende que esto se convierta en un problema mayor.

—Lo… —Cierra la boca. El jodido orgullo es lo que la lleva a actuar así y resistirse. Pero eso está a punto de cambiar.

—¡Vamos! — presiono. La zarandeo un poquito, lo justo para que no se distraiga y me tome en serio. Porque no estoy de puta broma. —Nadie va a mover un puto dedo por ti, Mia. Porque no eres asunto de nadie. Eres mía. ¡Mi hembra! Es hora de que empieces a asumir lo que tienes delante de las narices. —Me agacho un poco, no para ocultar mis palabras al resto, sino para que Mia comprenda, de una jodida vez, que se acabaron las concesiones. —No volveré a repetirlo. Discúlpate —pronuncio con calma y haciendo hincapié en cada jodida letra.

Mia aprieta la mandíbula y respira con fuerza por la nariz.

—Lo siento, Lincoln —susurra, mordiéndose la lengua.

Atrapo su mentón con dos dedos y levanto su barbilla, hasta que nuestros ojos se conectan entre sí. Con la mandíbula contraída y todos los músculos de mi cuerpo en tensión.

—¿Cómo?

—Lo… lo siento mucho, Lincoln.

—Más alto, Mia —exijo sin pudor alguno.

La percibo al borde de un ataque de nervios. Aunque debo admitir que aguanta muy bien el tipo.

—Lo siento. No volverá a ocurrir.

—¿Qué no volverá a ocurrir, nena?

—No me alejaré. No volveré a apartarte.

Podría insistir más. Podría obtener de ella lo que quisiera. Pero ha cedido y captado el motivo de mi enfado, y eso es lo importante. No voy a rebajarla más de lo que ella me ha obligado a hacer. Asiento una sola vez, sin dejar que evada mi mirada y con la mandíbula contraída.

—Buena chica —alabo su cambio de actitud. Aflojo el agarre en su pelo, para cambiar mis tirones, por caricias al mismo.

Desenredo mis dedos de sus suaves mechones y la sostengo por un brazo, ayudándola a levantarse. Cuando está en pie, ella trata de librarse de mi agarre, sacudiendo un poco el codo. Le lanzo una mirada de advertencia, al mismo tiempo que giro el cuello en ambas direcciones, haciéndolo crujir, cede sin presentar más batalla. Como debe ser.

No me despido de nadie, ni dejo que ella lo haga. Por otro lado, conociéndola, sé que lo agradece. Como ya he dicho, es demasiado orgullosa y le ahorro la humillación de tener que enfrentarse a su verdad. Una verdad que, si asumiese de una maldita vez, nos facilitaría mucho la vida a ambos.

Mia Collins, me pertenece. Y ella lo sabe tan bien como yo.

Llueve con fuerza. Mia desciende las escaleras. Desde que salimos ayer de la hamburguesería, no me ha dirigido una sola palabra. Espero que el tiempo la haga reflexionar.

Observo cómo coge su abrigo del perchero tras la puerta principal y se lo pone. Me acerco, se lo arrebato antes de que comience a abrocharlo, y su ceño fruncido me hace gracia. Lo cuelgo de nuevo en su sitio y cojo uno verde oscuro de cuando yo debía tener unos quince años. No sé qué hace esto aquí todavía, pero será útil. Su cazadora es una mierda, y si quiere salir con este temporal, tiene que ir bien abrigada.

Lo estiro y la ayudo a colocárselo. No opone resistencia por muy cabreada que esté. Se mantiene suave como un corderito. Justo como a mí me gusta.

Le subo la cremallera sin dejar de mirarla a unos ojos, que ella me rehúye, y le pongo la capucha. Tiro de las cuerdecitas y me doy media vuelta.

Abre la puerta de entrada y exijo:

—No te alejes de casa.

Mia no responde, pero sé que hará caso. La asusta este entorno y, tras el encuentro con los lobos y posteriormente caer al río, no se atreve a perder de vista la construcción.

Hear me how de Bad Wolves y Diamante, comienza tras finalizar la última canción. Me encierro en el almacén y me concentro en acabar de despiezar el venado, que cacé esta misma mañana.

—¿Estás seguro? —pregunta Kai, sentado encima de la mesa del despacho del taller.

Asiento.

No sé si estoy seguro o no. No tengo más opciones. Todo esto es un puto desastre desde que Jack se fue. Ya no encuentro modo factible de seguir tirando para adelante.

No puedo pretender que Kai me haga parte del curro, sin ni siquiera saber por qué lo hace. Y no puedo seguir sin ocuparme de la parte administrativa por más tiempo.

Todo empieza a tambalearse, y es cuestión de tiempo que caiga por su propio pie. El castillo de naipes se desmorona.

No me queda otra. Tengo que vender la empresa.

Me jode sentir que tiro por la borda todo el esfuerzo y el trabajo de Jack. Por otro lado, es un alivio.

Ya no tendré que comerme la olla, y encontrar soluciones a algo que no las tiene.

Y cuando me deshaga del taller, ni siquiera estaré obligado a bajar al pueblo a diario.

Puedo vivir en el bosque, como siempre he hecho, y vender piezas de las que cazo, de vez en cuando, para cubrir los gastos necesarios de Mia. Yo no necesito nada, comprendo que ella sí.

—¿Se lo has dicho a ella?

Miro a Kai y niego.

Claro que no se lo he dicho. Ella no tiene nada que decir al respecto. Soy yo el que se ocupa del taller. A ella de donde provenga la pasta le da igual. Mientras yo siga al pie del cañón, me siga ocupando de ella y le proporcione todo lo que necesita, nada tiene que objetar.

—Necesitas su firma —insiste.

Lo sé. Sé que eso acarreará otra discusión. Pero no me preocupa. Poco a poco, Mia empieza a entender cómo funcionan las cosas. Aunque le cueste admitir quién está al mando, y en ocasiones se revele, su jodida naturaleza está ahí.

Sigue levantándose antes que yo y preparando el desayuno. Pendiente de que cada mínimo detalle en casa esté en su sitio y yo me sienta cómodo. Cada día que pasa, osa contradecirme menos. Y por mucho que se empeñe en negarlo, se relaja cuando sabe que estoy cerca. Me basta con mirarla para tenerla jadeando y que el olor de su excitación me inunde.

—¿Y?

—Nada, tío —. Levanta las manos en señal de rendición.

Pillo una cerveza congelada de la nevera y le paso otra a Kai. Salgo por la puerta del despacho y mi amigo me sigue los pasos muy de cerca.

Me echo al suelo y cojo las pastillas de freno, para cambiárselas a la camioneta de Kai.

En ello estoy cuando mi amigo vuelve a abrir su bocaza.

—Lincoln, tío, el sábado…

Comprendo por dónde van los tiros y no pienso permitir que se entrometa, ni él ni nadie. El sábado arrodillé a Mia delante de medio pueblo. Cierto. Pero eso es asunto mío, no de ellos. Fin de la discusión.

—El sábado, ¿qué? —Lo corto, dejando claro que no le voy a pasar una y que no acepto discusión al respecto.

Kai olvida lo que sea que fuese decirme y se bebe la cerveza en silencio, mientras yo termino de cambiarle los frenos a su Pickup.

—¿Vamos a buscar a Dominic y nos tomamos unas birras?

Niego con la cabeza de nuevo y le digo que estoy ocupado. No insiste más. Al parecer hoy no nos entendemos.

Le doy las llaves de la camioneta y me despido de él.

Tengo pensado enseñar a conducir a Mia esta tarde. No olvido que quería aprender. Y me alegro. Porque es necesario que lo haga. Si ocurre algo en cualquier momento, tiene que estar preparada. Ella todavía no lo sabe. Iré a recogerla y nos pondremos en marcha.

Espero que esto calme las aguas entre nosotros. No pierdo la esperanza de que, en algún jodido momento, comprenda que todo lo que hago es para protegerla y mantenerla a salvo. Hacerla más fuerte, y que aprenda a valerse por sí misma. Ahora no lo necesita, estoy yo para ocuparme de ella. Y ojalá no lo necesite nunca, pero si las cosas se tuercen, tiene que estar preparada.

No me arriesgaré a que algo me ocurra y dejar a mi hembra desprotegida frente al mundo.

Es lista, intuitiva y valiente. Con un poco de entrenamiento, podría enfrentarse a cualquier situación y salir victoriosa.

Sonrío al imaginarla. Me tiene totalmente enganchado. Si ella supiera el dominio que realmente ejerce sobre mí, estaría bien jodido. Esperemos que nunca lo descubra.

Me paso por la panadería donde curra la novia de Clayton, que al parecer ya ha acabado su turno, por lo que, no está aquí.

Luego doy una vuelta por la calle principal y me acerco al parque. Mia pasa mucho tiempo aquí con sus amigas. Dado el frío que hace, no la encuentro. ¡Lógico! Por fin la diviso a través de la vidriera de la cafetería donde suelen reunirse, cuando su otra amiga cierra la peluquería que regenta frente a mi taller.

Mia debe creer que tengo un puto radar y siempre doy con ella a la primera cuando llega la hora de irnos a casa.

La realidad es que me toca recorrer el jodido pueblo entero a diario para conseguir encontrarla. No me quejo. No me importa.

La única vez que le ordené encontrarse conmigo en un punto concreto, se me fue la pinza y estuvo esperando sin moverse del sitio, cargada hasta los dientes, más de dos horas. Eso sí, me jodió.

Entro en el pequeño establecimiento, Mia repara en mí y deja de cuchichear con sus amigas de golpe.

¿De qué estarían hablando?

Me pellizco el puente de la nariz y apoyo las palmas de las manos en la mesa.

Esquiva mi mirada, pero se levanta y se despide de las dos chicas, asegurando que las llamará más tarde.

Se pasan el puto día juntas, ¿qué hostias tiene que hablar más tarde con ellas? Ella sabrá.

Se cuelga una especie de bolso extraño, pasando uno de sus brazos a través de la correa y coge dos bolsas del súper, que descansan a sus pies.

Yo no me despido, pero Mia vuelve a girar la cabeza y a levantar la mano para decirles adiós una última vez, antes de atravesar la puerta de cristal y salir conmigo al exterior.

Tengo la Chevrolet aparcada justo a la salida, con un par de ruedas encima de la acera. Le arranco las bolsas de las manos y las dejo caer con demasiada fuerza en la parte trasera de la camioneta.

¡Mierda! Espero que no lleve huevos ahí dentro.

Recupero las llaves del bolsillo delantero de mi vaquero, cuando Mia está a punto de abrir la puerta del copiloto, se las lanzo. Las caza al vuelo. No sé si se trata de buenos reflejos o de que conmigo siempre se mantiene alerta.

En cualquier caso, las dos opciones son acertadas.

—Vamos, monta —pronuncio llegando a la puerta del copiloto y ordenándole que ella lo haga en el asiento del conductor.

Duda durante unos segundos y finalmente, obedece.

Se sienta y se queda con la mirada perdida al frente, en el parabrisas.

Está tensa. ¿Acaso no quería aprender a conducir?

Ignoro su actitud y yo mismo tiro de su cinturón y lo engancho.

Me acomodo de lado en el sillón y la miro, esperando a que reaccione. Poco después, mete la llave en el contacto y la gira. Se le cala. Normal, ni siquiera ha quitado la marcha que tenía puesta.

Le doy unas pequeñas indicaciones y finalmente, se incorpora a la carretera.

Lincoln
Capítulo 27

Comprendo que no sabe conducir. Ir a diez por hora me está sacando de mis casillas. Y eso le toca comprenderlo a ella.

—Nena, acelera —exijo intentando mantener una calma que he perdido hace más de media hora.

Mia obedece y consigo que por fin meta tercera. No es gran cosa, seguimos pisando huevos, pero no voy a quejarme.

Estamos en la carretera que nos conduce a casa.

Empieza a anochecer, por lo que, los coches ya han empezado a encender las luces. Todos y cada uno de los que nos encontramos por el camino, nos adelanta. A pesar de que vamos como tortugas, ninguno protesta. Más les vale. Conocen mi camioneta, pobres de ellos que digan algo.

Sin venir a cuento, Mia chilla y veo que cierra los ojos con fuerza, da un volantazo. Enseguida estiro la mano y me hago con el control del vehículo. Enderezo el coche y lo conduzco al arcén de la carretera. Le presiono la rodilla derecha con la mano libre, para que apriete el freno y detengo la Chevrolet, tirando del freno de mano y girando la llave en el contacto al mismo tiempo.

No sé qué narices ha pasado. Pero queda claro que se ha asustado por algo.

Abre los ojos y me mira con los suyos repletos de miedo.

Levanto las dos manos, confesándole sin palabras que no tengo ni idea de qué la ha llevado a reaccionar así y ella se justifica:

—Venía un coche de frente.

Rebobino en mi mente, por si me he perdido algo. Cosa que dudo.

Es cierto que venía un coche de frente, pero lo hacía por su carril. Y ella continúa con su explicación.

—Pensé que íbamos a chocar.

Verla tan vulnerable me vuelve loco.

Asiento un par de veces despacio, y aunque por dentro, no puedo evitar sonreír, no se lo demuestro.

Primero, porque no quiero que piense que me estoy riendo de ella, y segundo, porque no puede reaccionar así. En ningún momento íbamos a chocar. No al menos, hasta que Mia, ha cerrado los ojos y ha perdido el control del vehículo.

Tengo pensado reprenderla por su reacción, al examinar sus ojos y comprender lo atemorizada que está, reculo.

—Nena, nada va a pasarte mientras estés conmigo. Jamás lo permitiré. ¿Lo comprendes?

Mia levanta la cabeza y me mira con ojos suplicantes y llorosos. Intenta relajar la respiración que se le había acelerado desde que yo tomé el control de la situación, y se muerde el labio inferior.

—¿Lo prometes?

Me rompe el puto alma, la desesperación de su pregunta, que suena más que otra cosa, a súplica esperanzada.

—Lo prometo —confieso mirándola a los ojos con mucha calma.

No lo piensa dos veces antes de saltar a mis brazos.

El cinturón se le clava en las costillas e intenta retenerla en su lugar. Mia lucha contra él, a base de fuerza bruta que no posee, y sigue abrazándome. Al percatarme de sus problemas, presiono el botón que la liberará de su encierro y la estrecho contra mí.

—No pasa nada. Todo está bien, Mia.

Odio que algo externo a mí, consiga hacerla temblar de este modo, pero me encanta que busque refugio en mis brazos.

Dejo que se relaje sosteniéndola contra mi pecho, acariciando su sedoso cabello negro y cuando lo hace y está mucho más tranquila, me retiro.

No puedo ceder ahora, o le cogerá miedo a conducir.

—Llévame a casa, nena.

Dubitativa, se centra una vez más en la carretera y emprendemos la marcha. Comprendo que conducir por el bosque, para alguien que nunca lo ha hecho, y más siendo de noche, es complicado, por lo que, a un cierto punto, tomo el relevo.

—Lincoln —Oigo que me llama y no se me escapa, que un deje de entusiasmo, me invade ante su reclamo. —¡Lincoln! —repite con más ahínco, antes de que me dé tiempo a entrar en casa.

Estoy acabando de ocuparme de estirar la piel del venado sobre el bastidor y tensarla bien, para que seque en el almacén. El clima fuera es demasiado húmedo.

Entro en casa y la localizo en el porche trasero.

Solo lleva una camiseta fina de manga larga, lo que hace que me revuelva cabreado. Encendí la chimenea en cuanto llegamos y dentro la temperatura es perfecta. Fuera hace un frío acojonante.

—Está nevando —concluye mirándome por encima del hombro.

La felicidad que impregna su voz, me impide reprenderla. Tiro de uno de los abrigos del perchero y salgo fuera.

Le ayudo a ponérselo. No colabora en absoluto. Se centra en estirar el brazo, e intentar sentir la nieve caer sobre sus dedos. Todavía no es lo suficientemente fuerte para que empiece a cuajar. Pero ella parece encantada. Cuando está bien abrigada, tiro de la puerta de entrada para que el frío no se cuele en la vivienda, y me siento en el banco de madera.

Recupero el canuto que tengo en la oreja derecha y me lo enciendo. Contemplo como Mia se apoya en la barandilla de color caoba y admira la nieve caer.

Respiro hondo, permitiendo que el gélido aire de invierno invada mis pulmones.

Al percibirla tan serena, tiro de su cadera reclamándola y cae sobre mis muslos. Le envuelvo la cintura con un brazo y doy una larga calada a mi porro.

—En Atlanta también nieva —. Lo sé porque me informé a conciencia de todo lo que tiene que ver con Mia y eso incluye su lugar de nacimiento.

—Pero no así —confiesa ella.

Comprendo a lo que se refiere. El entorno que nos rodea es cojonudo. No es lo mismo ver que cae nieve en la ciudad, llena de hormigón y carreteras asfaltadas. Que hacerlo aquí, en medio del bosque, y contemplar cómo los árboles, y las orillas del río, se tiñen de blanco. Cosa que no ha ocurrido todavía, pero que Mia ya se está imaginando, estoy seguro.

Apoya la cabeza en mi hombro y yo mi barbilla sobre su coronilla. Hostias, me encanta tenerla así. No estamos haciendo

absolutamente nada, sin embargo, me lo está dando todo. Su calma. Su confianza plena. Compartiendo su felicidad conmigo.

Su mano busca la mía, que descansa en su cintura y empieza a acariciar mis nudillos. Un leve gruñido de placer me atraviesa y pienso: «Yo también lo siento, nena.» Sé exactamente qué sentimiento la envuelve. Porque es justo el mismo que a mí.

—Voy a hacer un muñeco de nieve —afirma más que convencida.

Río para mis adentros. ¿Un muñeco de nieve?

—Para eso tiene que haber nieve —exploto su burbuja.

—Cuando cuaje —rebate ella.

Dejo que Mia siga en su mundo y me relajo, sintiéndola entre mis brazos. Tiene claro que la nieve va a cuajar. ¿También comprenderá que no podremos salir de aquí? Algo me dice que no. Es demasiado inocente.

No dejo de darle vueltas a la cabeza y pensar en que debería informarla sobre la venta del taller. La vida para nosotros va a cambiar muchísimo si no bajamos al pueblo a diario. Aunque yo estoy más que encantado con la idea, algo me dice que Mia no lo estará. Además, no quiero que nada rompa la serenidad que se respira en este momento.

Apoyo el canuto en el cenicero a mi lado y cuelo la cabeza entre su cabeza y su hombro y le mordisqueo el cuello despacio.

Al primer contacto de mis dientes en su piel, Mia se tensa. Al darse cuenta de que no voy a apretar, inclina la cabeza, concediéndome mejor acceso.

Engancho su carne tersa y tiro despacio de ella, para luego acariciarla con mis dientes y aliviarla a lametones.

No necesito más para que mi polla proteste dentro de mis vaqueros y reclame ser atendida. Mia gime bajito.

Quiero hacerla mía. Necesito volver a sentirla.

El inspeccionar su nuca y ver todas las marcas acumuladas que tiene mías, no hace más que encenderme.

Apoyo mi pulgar en sus labios y los presiono hacia un lateral. Mia saca la lengua y lame la yema de mi dedo.

Le doy la vuelta, para que quedemos frente a frente, sentada a horcajadas sobre mis caderas.

Fijo mis ojos en los suyos y cuando me mira hipnotizada, le enseño los dientes y aspiro entre ellos, llevándome conmigo todo el oxígeno del ambiente. Mia se estremece y yo me siento el puto rey de la selva.

«Ni siquiera vas a poder gritar, nena.» Río para mis adentros, imaginándome lo que planeo hacerle.

La agarro por el culo y me incorporo. Entro con ella en casa y la dejo de pie delante de la chimenea.

—No te muevas.

Me largo apresurado. Entro en el almacén y rebusco entre mis herramientas. Localizo una cadena de 8 mm de grosor, que tendrá un par de metros o algo más de largo.

Dos ganchos en forma de garfio, modificados por mí y adaptados a las vigas de este almacén, y por consiguiente al resto de la casa, ya que son las mismas. Busco un tensor con trinquete de cadena. Al que le añadí dos soportes.

Regreso al salón, y Mia ya se ha desprendido de mi abrigo.

Está de pie de espaldas a mí. Dejo el instrumental sobre el sofá, y me acerco a ella.

Sin esperar reacción por su parte, agarro entre mis dedos el reverso de su camiseta y tiro de ella hacia arriba. Me sorprende que no proteste y se la deje quitar sin más. Ni siquiera lleva sujetador y doy las gracias al cielo por eso. No tengo ni idea de cómo funcionan esos chismes. Siempre acabo rompiéndolos con un brusco tirón. No hay forma de pelear contra ellos y ganar la batalla.

Comprendo que está tan excitada como yo.

Apoya de nuevo la cabeza en mi hombro y me alegra saber que esta breve interrupción no ha hecho mella en ella y sigue estando tan dispuesta.

Apoyo las manos en sus tetas y las masajeo despacio. Ronronea, y pierdo el sentido por completo. Se las sobo durante un par de minutos, justo antes de bajar las manos a su pantalón, jugueteo con el botón del mismo y poco a poco me deshago de ellos y de sus braguitas al mismo tiempo.

—Lincoln… —suspira. —No sé si deberíamos…

—Hoy no te me escapas —. No necesito más para convencerla.

Me incorporo una vez más, y mientras ella cierra los ojos, y se relaja desnuda, dejando caer por completo su espalda contra mi pecho, la separo levemente e inspecciono mi marca en su espalda.

Hostias, me excita como nunca lo ha hecho nada antes.

—Tan jodidamente perfecta —bramo solo para mí mismo, a lo que Mia reacciona ronroneando y apretándose más contra mí.

La envuelvo con mis brazos y me la llevo de vuelta al centro de la alfombra, frente a la chimenea.

Nos posiciono frente a frente y Mia abre mucho los ojos al ver todo lo que he dejado sobre el sofá.

Antes de que abra la boca y joda el momento, le pongo un dedo en los labios y la mando callar sin emitir sonido alguno.

Me sorprende obedeciendo una vez más. Me separo de ella y Mia estudia cada movimiento y acción que llevo a cabo, con mucha atención.

Cuelgo los dos ganchos a una de las vigas del techo. No me supone esfuerzo alguno dado mi altura. Engancho en ellos los dos soportes del tensor. Y finalmente, cojo la cadena y reclamo las muñecas de Mia.

De inmediato se tensa y cabecea. Clasifico su reacción como que está asustada y no como un rechazo hacia mí.

—Relájate, nena.

—No puedo —. Ladeo la cabeza y le dedico una mirada de advertencia que es suficiente para que mantenga el pico cerrado.

Cuando vea lo que voy a hacerle y el placer que obtendrá, me rogará que se lo haga de nuevo.

Con un poco de paciencia consigo mantenerla callada, apresar bien sus muñecas con la cadena, y tras cogerla de la cintura y levantarla, para colocarle las piernas rodeándome el cuello, paso la cadena por los tensores y ajustando bien la palanca varias veces, la dejo colgando de la viga.

Para ese momento, la respiración de Mia es un auténtico caos.

Extiendo las palmas de mis manos sobre sus nalgas y me la acomodo a mi gusto.

Su coño me roza la barbilla y consciente de que esto va a dolerle, tiro de la palanca una vez más para levantarla unos centímetros y

dejarla justo frente a mi boca.

En este punto sabe muy bien lo que va a pasar.

Está empapada y todavía no la he tocado.

Saco la lengua y rozo su humedad.

¡Hostias! Sabe jodidamente bien.

—Dios… —jadea sin poder contenerse.

—El único Dios para ti, nena —la corrijo —. Agárrate con fuerza a las cadenas si no quieres lamentarlo por la mañana.

Es mi última advertencia antes de pasar mi lengua a lo extenso de toda su hendidura, e inmediatamente, abrir la boca y lanzarme a comérmela entera. No soy un tío paciente, ni que se entretenga con preliminares. Mucho menos cuando mi hembra está chorreando y más que preparada para que pase a la acción.

Mi barba roza su coño y se impregna de su humedad.

Sus muslos se apoyan en mis hombros, pero a medida que le como el coño, noto cómo se tensa y eleva el culo. ¿Pretende escapar? No tiene a dónde. Está retenida a conciencia. Es el mismo método que utilizo para colgar a los linces, los osos, y otros animales salvajes que me traigo a casa cuando aún están vivos.

Su primer orgasmo no tarda en llegar, y yo me lo bebo por completo. Para calmar su carne ardiente, paso la lengua despacio a lo largo de su raja y la siento palpitar en mi músculo.

—Oh… Joder, no puedo más, Lincoln.

—Esto no ha hecho más que empezar, nena —informo al sentirla relajarse.

Desplazo una de las manos con la que sujeto su nalga y acaricio su empapada abertura con un par de dedos. Vuelve a temblar en mis brazos. Sin previo aviso, la invisto con fuerza y chilla, intentando balancearse. Tarea imposible. La tengo totalmente inmovilizada.

Juego con mis dedos en su interior y mi boca la busca de nuevo con ansias.

Conteniéndome, mordisqueo su clítoris, cuando lo que realmente deseo es morderla con saña y hacerla gritar tan alto que la oigan a doscientas millas a la redonda.

Tiro de él con mis dientes despacio y sus pantorrillas me presionan la espalda, intentando acercarme más a ella.

—No pares. Oh, joder, no pares.

Paseo mis dientes y jugueteo con ellos en su botón mágico.

Lamo despacio la circunferencia de su agujero perfecto y sus fluidos empapan mi boca.

Me la follo con los dedos a conciencia.

Se sacude un par de veces y vuelve a correrse con mi nombre entre los labios.

—Lincoln. Lincoln, no puedo más —confiesa cuando es consciente de que su segundo orgasmo tampoco me detiene.

—Por supuesto que puedes, nena. Aunque aún no lo sepas.

Retiro mis dedos de su interior y le acaricio con el reverso de los mismos el clítoris. Su cuerpo entero vibra. La calma se apodera de mí por completo al sentirla tan entregada, tan mía.

Sumerjo mi boca una vez más y mi lengua acalla las protestas insonoras de su piel.

Lamo con deleite cada rincón de su exterior. Llevándome a mi paso, cualquier vestigio de su corrida y tragando, con un placer indescriptible.

Por tercera vez consecutiva, los fluidos de Mia vuelven a apoderarse de esa zona concreta.

Estoy completamente hipnotizado y solo puedo seguir lamiéndola y buscando que se retuerza de placer.

Que se entregue sin reservas. No quiero que piense en nada más allá de este momento, de mí, de nosotros.

Paso mi lengua una vez más, arrastrando su humedad a mi boca y saboreándola.

—Lincoln… es… es… — jadea y susurra palabras inconexas que no es capaz de terminar. Convulsiona en mis brazos y solo puedo centrarme en seguir presionándola.

Joder, yo tampoco sabría decir cómo es. Lo único que deseo es mantenerla en esta postura, y bebérmela entera, hasta que el jodido mundo se acabe.

Trazo círculos en su abertura y la penetro con la lengua. Agarrándola con fuerza por el culo y apretándola contra mí todo lo físicamente posible.

Sus talones se clavan a mi espalda, aprieta las caderas contra mi cabeza y gime.

—Vas a acabar conmigo. Vas a volverme loca —gorgotea con el éxtasis apoderándose de todos sus sentidos.

Entre sus gemidos, algún gritito de protesta, se hace latente.

Comprendo que le duelen las muñecas. Con el paso de los minutos, ha dejado de agarrarse a las cadenas. Tiene que tener los brazos hechos una mierda.

Acoplo mis labios en su clítoris y mi lengua se la folla. Entra y sale de ella acelerada. Deseando llegar hasta lo más profundo de su ser.

En medio de esa vorágine, mis manos buscan su entrada trasera. Jugueteo trazando círculos con las yemas de mis dedos. Poco a poco, presiono hacia dentro sin llegar a metérselos. Paseo mi lengua por toda su extensión. Desde su coño hasta el fruncido agujero lleno de músculos. Lo empapo con mi saliva, lo acaricio sutilmente, viendo cómo se contrae. Busco una buena posición, y sin previo aviso, le meto dos dedos. Sin preparación previa. No es necesaria, está empapada y me apuesto el cuello, a que más excitada de lo que nunca ha estado.

Sus chorreantes fluidos han corrido hasta su agujero del culo. Han mojado buena parte de mi camiseta. Todo está hecho un puto desastre y yo no podría estar más cachondo.

—Mierda. No. Lincoln, por favor… —chilla ante mi invasión. —Yo nunca…

Cuando es consciente de que no voy a concederle ni una tregua, de inmediato, se fuerza a sí misma a relajar los músculos y me acoge por completo. Tras pocos minutos intenta mover las caderas en busca de placer, mientras sigo comiéndomela.

Tengo la polla como una piedra. Creo que no ha estado tan dura en la vida. Pero estoy disfrutando tanto, teniéndola entre mis brazos, y sintiendo lo mucho que le gusta lo que le hago, que ni siquiera me paro a pensar en ello.

Succiono su clítoris haciendo ventosa con mis labios y tiro hacia atrás. Mientras no dejo de follarle el culo con dos dedos. Mia pasa de jadear, a chillar como una posesa, y cuando vuelvo a pasar mi

lengua una vez más de arriba abajo y luego a penetrarla con ella, tiembla sin control y vuelve a correrse.

—Lincoln. Lincoln. Lincoln —me llama un millón de veces para que baje la intensidad. No le concedo tal honor. Continúo presionando y follándomela sin descanso, hasta que se corre otro par de veces más.

Reparto besos en el interior de sus muslos y le acaricio con los dedos el clítoris, mientras busco que se destense para poder sacarle los dedos de su perfecto culito.

Sin dejar de besarle el coño, me pongo de puntillas y desengancho los soportes de los ganchos que cuelgan de la viga. Sus brazos caen de inmediato con el tensor incluido, golpeándome en la espalda.

Sonrío. Comprendo que está reventada.

La deslizo despacio por mi cuerpo y ella misma se deja caer en la alfombra de rodillas al suelo.

Lo hago con ella y le retiro el tensor, desenganchando las cadenas de él. Pero no libero sus muñecas. Sigue teniendo unas cadenas de más de dos metros envolviéndola.

Con mucho cuidado, paso sus piernas por el hueco libre delante de sus brazos y le dejo las manos apresadas a la espalda. El peso de la cadena sobrante, y la poca fuerza que ella tiene en estos momentos, evitan que pueda moverse.

El cuerpo suplicante de descanso de Mia, se retuerce y ella muerde su labio inferior.

Estando exhausta como lo está ahora, es el momento idóneo para que abuse de su boquita. Llevo queriendo hacerlo desde la primera vez que la vi.

Sin perder tiempo, me desprendo de mi camiseta con un solo brazo, me quito los vaqueros y la ropa interior a la vez y los lanzo de una patada a la otra punta del salón.

Sujeto la barbilla de Mia con dos dedos y la observo. Ni siquiera es capaz de mantener los ojos abiertos.

Me paso el pulgar por el glande y recojo las gotas de semen preliminar que se asoman. Le pinto los labios a Mia con él y rujo entre dientes al verla.

—Eres jodidamente preciosa.

No protesta, ni siquiera creo que sea plenamente consciente de lo que estoy haciendo o escuche nada de lo que le digo.

Me sujeto la base de la polla y jugueteo con ella en sus labios. Resoplo, aprieto sus mejillas con tres dedos, obligándola a mantener la boca abierta y se la meto despacio.

Centímetro a centímetro, exijo que me acoja por completo, hasta que golpea con sus labios mis huevos.

—Eso es, nena. Ahora te toca a ti.

Puede que Mia esté más instalada en el mundo de los sueños que en este, pero su cuerpo reacciona de inmediato ante mi invasión. Se revuelve y empieza a convulsionar. No me sorprende que le cueste acogerme entero, lo que sí lo hace, es que consiga soportarlo. Es una de las principales razones por las que he tenido que llevarla a un estado de semiinconsciencia. De otro modo, le resultaría complicado a la par que doloroso.

No digo que mañana no vaya a lamentarlo. Lo hará. Pero ahora puedo disfrutar de ella sin limitaciones.

La sujeto por la nuca para mantenerla en pie y poder follármela a mi gusto.

Entro y salgo de su boca, respirando pesado y profundo a cada empale. Lento, disfrutando el momento.

No la abandono por completo, consciente de que, en cuanto lo haga, empezará a toser en el mejor de los casos, o, directamente, no podrá contener las arcadas que mi carne ahora ahoga, y vomitará.

Cada segundo transcurrido, se convierte en una dulce tortura que me obliga a acelerar el ritmo. Hasta acabar montándole la boca como un animal.

La sostengo por la nuca con fuerza y empujo con más fuerza aún. Las arcadas de Mia se hacen más presentes y aumento la velocidad. Sé lo que va a ocurrir. Me importa una mierda. Ya solo pienso en correrme, y que mi hembra acepte cualquier cosa si es mi deseo. Que acepte mi voluntad.

Mi polla se tensa cuando siento que la garganta de Mia se contrae y metiéndosela con más ahínco estoy, cuando Mia no puede

retenerlo más y vomita conmigo dentro.

Gracias a que no hemos cenado, y por lo visto ella tampoco ha comido, todo lo que me envuelve la polla no es más que su bilis. No me detengo. Mientras ella sigue teniendo arcadas y vaciando su contenido sobre mi polla, me la follo con todas mis fuerzas.

Un gruñido gutural reclama mi garganta y lo dejo salir, centrando la vista en el techo y apretando la cabeza de Mia contra mi pelvis.

Todos mis músculos se tensan y mis piernas hacen presión al mismo tiempo que me vacío en su boquita.

—Hostias, traga. Nena, traga —exijo, corriéndome y llenándola con mi semen.

Lo hace. No porque yo se lo pida. Sino, porque no le doy opción. Me mantengo quieto, pero aprieto mis caderas hasta que Mia deja de respirar por completo y se pone roja.

Cuando su cara adquiere un color morado, para no asfixiarla, retrocedo un poco y dejo que coja aire.

Mia cae de golpe al suelo. Ni siquiera el acto reflejo de poner las manos en la alfombra se hace presente.

Tose sin control. Se hace un ovillo, desnuda sobre la alfombra. Me obligo a relajar mi respiración de inmediato y cojo una de las mantas del sofá. Me acuclillo a su lado y le limpio la boca, sin tomarme ni un segundo para recuperarme después del descomunal orgasmo que acabo de vivir.

La cojo en brazos y la llevo a la cocina. Mia ha apoyado la cabeza en mi pecho y está completamente ida. O dormida, vete tú a saber.

No voy a reprochárselo. Ha cumplido. Y lo ha hecho bien.

Abro el grifo y trato de lavarle la boca lo mejor que puedo, no colabora, por lo que, resulta complicado.

Subo las escaleras y, lejos de llevarla a su cama, la meto en la mía. No la desato. No la libero de la pesada cadena.

Simplemente, la tumbo en mi cama y me limito a observarla, mientras me fumo un canuto.

Estoy de nuevo empalmado y deseando volver a abusar de ella. Comprendo que tiene que descansar.

No puedo evitar sonreír.

Es perfecta.

Fijo los ojos en la marca de Mia, la que le revela al mundo que me pertenece, y expulso el humo de la última calada, sintiéndome completamente satisfecho.

Luego llevo la vista a sus muñecas apresadas a su espalda y descubro sangre en ellas.

Hostia, ¡me encanta!

Mia va a darme todo lo que yo requiera. Y si lo que necesito es que sangre por mí, lo hará. Deseo de sangre y oscuridad. Eso es lo que despierto en ella.

Doy otra calada y me acomodo en el colchón, levanto el brazo y coloco la cabeza de una Mia completamente ausente, sobre mi pecho.

Le doy un beso en la frente y mi mano sujeta con fuerza las cadenas a su espalda.

Mirando al techo me voy relajando y, poco a poco, disfrutando de su cercanía y sumisión, caigo en un profundo y placentero sueño.

Mia
Capítulo 28

Los rayos del sol, chocando contra mis parpados cerrados, me despiertan.

Antes de abrir los ojos, emito un lamento incoherente. Me duele… No sé ni lo que me duele. ¡Todo!

Estiro el cuello, lo siento pesado. Apenas logro moverlo, mucho menos levantarlo. Como si estuviese pinzado. A pesar de estar cómoda.

Trato de levantar las manos y llevármelas al cuello y algo me lo impide. Abro los ojos y me descubro, apoyada sobre el hombro de Lincoln. Este, que permanece completamente quieto, atrapa mi mirada.

Perdida en sus ojos oscuros, tiro con fuerza y me doy cuenta de que no puedo levantar las manos. Permanecen a mi espalda, apresadas con las pesadas cadenas con las que anoche Lincoln, me ató. Mis pupilas se dilatan.

Lincoln, consciente de que voy a poner el grito en el cielo, deja mi cabeza en la almohada con cuidado y rodea la cama.

No tarda más que un par de minutos en liberarme. Espero paciente. Si voy a montarla, que sea siendo libre y pudiendo defenderme.

Giro mis muñecas en ambas direcciones. Me duelen muchísimo. Me coloco boca arriba en la cama y caigo en la cuenta; vuelvo a estar en su habitación. Qué manía tiene con traerme a su guarida.

—¿Te duelen? —se interesa en el mismo instante en que llevo mis manos al frente y me examino.

Están repletas de sangre seca.

Abro la boca incrédula. ¿Cómo demonios no van a dolerme? ¿Qué narices pasó ayer?

Bueno, recuerdo lo que pasó ayer. Creo.

Al menos, parte de lo que ocurrió.

Sin responderle y mirándolo con cara de muy pocos amigos, rodeo una de mis muñecas con la mano y me la froto. Enseguida aparto la mano, me duele.

—No hagas eso —exige.

Sale de la habitación y poco después lo veo entrar de nuevo con el botiquín y una pequeña tina con agua.

Se sienta al borde de la cama y reclama uno de mis brazos. No protesto. Lo dejo hacer.

Con cuidado lo lava y se desprende de la sangre seca. Luego seca la zona y me echa una pomada. Finalmente, cubre la muñeca con una venda fina y reclama mi otro brazo.

—Te pasas un poco, ¿no crees?

Lincoln se detiene, busca mi mirada y responde con aire cortante:

—No, no lo creo.

Hay que joderse.

—¿Qué hora es? —insisto impertinente.

—No lo sé.

No lo sabe. Con ironía, río.

No ha ido a trabajar, a pesar de ser día laborable. Y lo que me encrespa es que parece no importarle nada en absoluto.

Maldita sea. ¿Por qué estoy tan cabreada?

—Pues que sepas que llegas tarde.

Lincoln me mira y parece que acabo de agotar su paciencia.

—Mia, el que trabaja, soy yo, no tú. Deja de entrometerte donde nadie te llama.

¿Cómo? Lo que me faltaba. Que el imbécil este me diga lo que puedo o no hacer. Con el cabreo monumental que tengo, escalando peldaños a la velocidad de la luz, me siento en la cama y me descubro desnuda del todo.

Tiro de la manta de su cama para cubrirme los pechos, y mi enfado aumenta.

Abro la boca, dispuesta a mandarlo a paseo, y Lincoln se adelanta.

—¿Tanto te jode el que ayer te hiciera correr un millón de veces, o estás así, por qué necesitas que vuelva a echarte un polvo esta mañana?

Aprieto los dientes.

—¿De qué coño vas?

Ayer, ayer… Joder, ayer me corrí como no lo había hecho en mi vida. Pero esa no es la cuestión. Es un gilipollas, y no voy a consentirle que me hable así.

—Tú y yo no echamos un polvo ayer —recalco lo evidente. Espero. Porque lo cierto es que no recuerdo todo lo que ocurrió anoche, como me diga que sí, lo mato.

—Cierto. Te quedaste medio inservible después de que te comiera el coño. Menos mal que soy ingenioso y conseguí que eso —señala mi boca —. Funcionase y pude quedarme *satisfecho*.

Abro la boca escandalizada. Tiro de las mantas de su cama y, envolviéndome en ellas, me pongo en pie.

Le doy un empujón con la mano abierta y furiosa le hago saber:

—Eres un demente, un loco, un degenerado y un… —cierro la boca antes de decir algo que no pienso realmente y no sería justo. Pero que mi enfado me lleva a querer soltar.

Me utilizó para correrse cuando estaba inconsciente. ¿Qué clase de persona hace algo así? Admito que, de haber estado en plenas facultades, lo habría hecho. Esa no es la cuestión. Aprovecho que estaba inconsciente para abusar de mí. Por mucho que piense en lo ocurrido ayer por la noche y me estremezca, el imaginarlo haciendo algo así me enerva. No tiene ningún derecho.

—Eso es… eso se llama… —Ni siquiera soy capaz de pronunciar la palabra en mi mente.

—Vamos, dilo —ordena Lincoln levantándose de la cama y colocando su cara a escasos centímetros de la mía: —¿A qué le da vueltas esa cabecita, Mia? ¿Me aproveché de ti? ¿Abusé de tu cuerpo? ¿Te violé? —Me sacudo temblorosa al escucharlo —. Y lo seguiré haciendo un millón de veces. Acostúmbrate, nena. Eres mía, hostias. Espero que lo captes de una puta vez ya.

La cabeza me da vueltas y no soy capaz de abandonar la posición en la que me encuentro, ni de dejar de mirar a Lincoln.

¿Realmente creo que hizo algo así? No. No lo creo. Y no lo hago, porque por mucho que me empeñe en describirlo como un demente, debo de estar peor que él, cuando lo único que deseo es que me posea de todas las formas humanamente posibles. Si anoche

hubiese estado consciente, ni en un millón de años le habría dicho que no. Y él, lo sabe.

Lincoln pasa por mi lado y acerca la boca a mi oído.

—No es violación cuando tú lo deseas tanto como yo. Y mucho menos, cuando me perteneces como tú lo haces. —Cuela una mano entre mis piernas y me acaricia un fugaz segundo el clítoris sin que lo viera venir. Se lleva la mano a la boca y gruñe al saborear mi excitación. —Deja de engañarte a ti misma de una jodida vez.

Hoy Lincoln no ha ido a trabajar, pero, aun así, se está preparando para bajar al pueblo. Desde el encontronazo que tuvimos esta mañana, me he mantenido alejada de él.

Ya no sé qué pensar.

Su carácter volátil me tiene pendiendo de un hilo. Y el deseo creciente que despierta en mí, y gana cada día más fuerza, me mantiene al borde de la locura.

Puede que no me apetezca tenerlo cerca, pero me vendrá de perlas quedar con las chicas y despejarme un rato. Me abrigo y decido acompañarlo.

—¿Puedes dejarme en la panadería? —pido cuando aparca cuando entra en el pueblo.

Hoy Audrey tiene turno de tarde, y he quedado allí con Macy.

—Claro —contesta, seco. —No te muevas de allí, tengo que solucionar un par de temas y enseguida volveré a recogerte.

—No eres mi dueño —escupo sin venir a cuento.

Lincoln apoya una mano en mi nuca y ejerce presión con los dedos.

—Prueba otra vez.

—De acuerdo —respondo carente de emoción y casi siendo tan borde como él. Pero cediendo una vez más.

Aunque lo cierto es que no me importa. De todos modos, no pensaba ponerme a dar vueltas sin sentido por la calle con la que está cayendo. Si protesto es solo porque me jode tragarme sus exigencias.

Cuando me deja a las puertas de la panadería, veo a lo lejos que Macy se acerca, caminando bajo un paraguas que sostiene Asher, y

antes de despedirse de ella, le da un beso en la sien y una palmadita en el culo.

Miro hacia otro lado y no puedo evitar contener una sonrisilla.

Mi amiga me propina un manotazo en el antebrazo y susurra un: «cállate», entre dientes.

Nos acomodamos en la que ya se ha convertido en nuestra mesa oficial, al fondo del establecimiento, y Audrey poco después se libera y nos acompaña.

—¿Algo nuevo, chicas? —pregunta esta última tomando asiento.

Yo vuelvo a sonreír y, fingidamente despreocupada, suelto:

—Pregúntaselo a Macy.

—Oh por Dios, Mia. Cállate —replica Macy.

No puedo evitarlo más y me echo a reír sin medida.

Audrey me mira con el ceño fruncido y sin entender el porqué de mi comportamiento. Macy resopla cansada, intentando quitarle hierro al asunto. Pero mi otra amiga perspicaz, abre mucho la boca. Sin haber presenciado la escena y solo por mi comportamiento, sabe lo que ocurre.

Bueno, por mi comportamiento y por algunas pistas que ha ido dejando Macy sin querer a lo largo de estos días.

—¿Estáis liados?

—¡No! —sentencia Macy tan deprisa que ninguna nos lo creemos.

—¡Sí! —interrumpo yo.

Ella resopla una vez más y finalmente canta.

—Vale, sí. Pero todavía no queremos que nadie se entere —. Las dos la miramos a la misma vez.

—Tú no quieres que nadie se entere, a Asher le tira de un pie.

Solo hay que ver cómo se comporta en público con Macy para darse cuenta.

—Joder, qué cotillas sois —protesta nuestra amiga.

Tiene razón, somos unas chismosas. Pero en nuestra defensa diré… Nada. No hay nada que lo justifique. Somos así. Oye, pero nos alegramos por ella. Eso cuenta, ¿no?

Audrey alarga la mano y sube un poco la manga de mi camiseta, fijando la vista en mis vendajes.

¡Mierda! No me acordaba de ellos y no he tenido el cuidado que debería.

A la velocidad de la luz viajando hasta el planeta tierra, la aparto y vuelvo a cubrírmelos con la fina tela de color verde.

—¿Te has vuelto a tirar a Lincoln?

—¿Te estás acostando con Lincoln? —replica Macy, mofándose claramente de mí. Admito que me lo merezco.

Me revuelvo nerviosa en la silla y centro la vista en la servilleta de papel que tengo al lado de mi café.

—No me he follado a Lincoln —me defiendo.

Y técnicamente no es mentira. No me he acostado con él.

—¿Tú tampoco quieres hacerlo público todavía? —se cachondea Audrey.

La verdad es que no sienta nada bien que cotilleen sobre tu vida privada. Ahora me arrepiento de intentar sonsacarle información a Macy sobre su relación con Asher. No, qué va. Estoy mintiendo. Ni siquiera ahora.

—No hay nada que decir, Audrey. Lincoln y yo…

Las dos me miran incrédulas, y no soy capaz de acabar el comentario.

Lo cierto es que me encantaría decir que entre Lincoln y yo no hay nada. Pero a estas alturas, no sé si esa frase encierra algo de cierto.

No atino a comprender lo que tengo con Lincoln. No es una relación normal, eso está claro. Pero algo hay. Aunque no sepa identificarlo.

Y me aterra la idea. Porque Lincoln lleva escrita la palabra, «problemas», en la frente. Debería echar a correr y alejarme todo lo que pueda de él. Y, por el contrario, aquí estoy. Odiándolo y deseándolo a partes iguales.

Macy es la que tira ahora de las mangas de mi camiseta hacia arriba. No se lo impido. Observa mis vendas y murmura:

—Es un poco bestia, ¿no?

—Es un animal —concedo sin vergüenza alguna.

—¿Qué va a pasar ahora que ya no tendrá que venir al pueblo a diario? ¿Tú seguirás haciéndolo, cierto?

La pregunta de Audrey me desconcierta.

—¿Qué quieres decir? —¿Por qué Lincoln no tendría que venir al pueblo todos los días si trabaja aquí?

Mi incomodidad crece y comprendo que algo que no sé, se cuece en la cocina. Las chicas enseguida perciben que no estoy al corriente y que han metido la pata.

Ah, no. Eso sí que no. No voy a dejar que me oculten cosas, y mucho menos, que lo hagan por cubrir a Lincoln.

—Mia, lo siento. Pensé que estabas al corriente. Que era decisión de ambos.

No atino a averiguar de que hablan. Ahora mismo me voy a enterar.

—Obviamente, no. Pero vosotras me lo vais a contar ahora. ¿Qué me estoy perdiendo?

Tras mi exigencia, las chicas no se hacen de rogar. Menos mal.

—Clay me comentó que Lincoln estaba cerrando la venta del taller con un tipo que vive a las afueras del pueblo. Por lo visto, llevan días ultimando las negociaciones.

Dirijo la mirada a mi otra amiga y esta, asiente un tanto avergonzada.

—Siento que te enteres así, Mia.

Perpleja, abro y cierro la boca varias veces. Finalmente, escupo todo lo que se me pasa por la cabeza.

—Uno, Lincoln, no es nadie para vender ese taller sin consultármelo antes. ¡La empresa es de los dos! Y dos, ¿cómo diablos vamos a mantenernos sin ingresos?

Todavía estoy planificando cómo meterme poco a poco en el negocio sin llegar a herir sus sentimientos, y me entero de que planea deshacerse de él.

No. De ningún modo. Eso no va a ocurrir.

Aunque tenga que hacerme cargo, yo solita del taller. Lo haré. Pero no permitiré que Lincoln haga una chaladura como esa.

Eso es pan para hoy, y hambre para mañana. ¿Qué pasará cuando se terminen los pocos ahorros que tenemos o lo que consigamos por la venta del taller?

Ahora me encaja que hoy no le diese importancia al venir a trabajar. Está cerrando. Le importa una mierda cumplir o no.

Cabreadísima me levanto de la silla. Al caer en la cuenta de que Lincoln no está en el taller y no tengo ni idea de dónde se ha metido, me vuelvo a sentar.

Me llevo la mano al bolso y saco mi teléfono móvil, también me percato de que este hombre vive incomunicado y lo dejo encima de la mesa.

En cuanto lo vea, me va a escuchar.

Despotrico con las chicas y me quejo de la mala cabeza de Lincoln. Las dos admiten pensar como yo. Pero no se inmiscuyen más de lo necesario. Se centran en ayudar a que me relaje y no me dé un infarto.

Una hora después, cuando ya estoy más relajada, Lincoln aparece en la panadería. Nada más verlo, me entran los siete males de nuevo. Audrey me pide que guarde la calma y que trate el tema con él, lo más tranquila posible.

Resoplo, mi amiga tiene razón. Eso no hace que el contenerme sea fácil. Solo me apetece saltarle a la yugular, y que me expliqué en que mierda piensa para hacer algo así.

Siempre llega, me mira y eso es más que suficiente para que yo me levante y nos marchemos. Hoy debo llevar escrito en la cara que ocurre algo, porque lo primero que hace, antes de inclinarse sobre la mesa como de costumbre, es preguntar con voz cortante:

—¿Todo bien, Mia?

Lo miro a los ojos y niego con la cabeza.

Lincoln, carente de paciencia, sujeta mi codo con una mano y me levanta de la silla. No tengo tiempo para despedirme de las chicas, luego las llamaré por teléfono. Me saca a rastras del local y me apoya en la parte trasera de su camioneta.

—¿Qué ocurre, nena? —Su aire preocupado no me relaja.

¿Está preocupado? Que se joda. Es culpa suya.

—Tú, Lincoln. Lo que ocurre, eres tú.

Resopla y cambia la expresión. Supongo que el saberme enfadada con él, ya no tiene tanta importancia como que hubiese ocurrido algo externo. Lo que no comprende es que esto es mil veces peor.

Da media vuelta y se dirige al asiento del piloto. Enfadada como nunca, yo lo hago al del copiloto y cuando entramos los dos en la

Chevrolet, espeto:

—¿No te importa?

Joder, ¿no va a preguntarme qué ocurre con él? Este tío es increíble.

—No, Mia. No me importa.

Abro la boca escandalizada, y sentencio firme:

—Pues mala suerte para ti, Lincoln. Porque me vas a escuchar.

Durante todo el tiempo que nos lleva llegar a casa, que no es poco. Despotrico como una loca.

Lincoln no abre la boca, no estoy segura de que me esté prestando atención. Oír, si me oye. De eso estoy segura. Sordo no es. Lo hace él y todos los coches que nos cruzamos por la carretera. Hasta los animalitos del bosque si me apuras.

Le digo todo lo que pienso. Que no tiene cabeza ninguna. Que él solo no es nadie para decidir algo así. Exijo saber de qué piensa que vamos a vivir a partir de ahora. Y un sinfín de cosas más. De las que, convencida, estoy de tener razón. Aunque las formas no sean las correctas, y admita que pierdo los nervios, el mensaje sí lo es.

Me sorprende que con todo lo que sale por mi boca y lo poco permisivo que es siempre Lincoln, consiga mantener la boca cerrada. No sale ni una palabra de sus labios. Ni siquiera para mandarme callar o exigir que no me entrometa como hace siempre.

En mi mente solo puedo pensar que no lo hace, porque él está tan convencido como yo de que esto es una chaladura y se le está yendo de las manos.

Conduce con la mandíbula tensa y prestando atención a la mierda de camino que tenemos delante.

Al parar la camioneta en casa, no espera a que yo abandone el vehículo. Sale dando un portazo y se mete en casa. Para cuando yo entro, Lincoln ya ha subido al piso de arriba y lo único que escucho es otro portazo que esta vez se lleva la puerta de su dormitorio.

¡Genial!

Aprieto los puños y, frustrada, grito contra uno de ellos, para que amortigüe un poco el sonido.

No puedo evitar pensar que tengo toda la razón del mundo, para ponerme como lo he hecho. Pero, por otra parte, me pregunto si mi

enfado y mi frustración, se deben en exclusiva al hecho de que Lincoln quiera vender el taller, y no me lo consultase, y parte de ella no estará asociada a cómo me siento con respecto a la relación que tenemos.

Obligándome a alejar ese conflicto de mi cabeza, pues es una batalla que considero perdida y que hoy no me apetece librar, subo las escaleras y me meto en mi habitación.

Les envío un par de mensajes a las chicas, que ya me han bombardeado a ellos y les confirmo que todo va bien.

¡Mentira! Nada va bien. Pero no voy a rallarlas con mis problemas.

Me dejo caer en la cama y cuando menos lo espero, la tensión acumulada, consigue que me quede frita.

Lincoln
Capítulo 29

Son poco más de las tres y media de la madrugada. No he podido pegar ojo desde que llegamos a casa. Aun no comprendo cómo he conseguido contenerme después de la que Mia me montó.

Debería haber parado el coche a un lado de la carretera, haberla puesto sobre mis piernas, azotarla hasta que me picara la mano y habérmela follado por el culo hasta que rogara clemencia.

Lo que tengo en mente, será mucho más efectivo. Aunque no descarto azotarla y montarla, cuando acabe, ya que eso sería mucho más placentero.

The resistance de Skillet, le da los buenos días a Mia.

Yo la espero en la puerta de su habitación. Con ropa de camuflaje, mis botas militares y armado hasta los dientes.

En cuanto abre la puerta y repara en mí, se asusta.

«Vamos bien, nena. Veamos si hoy tienes la boca tan suelta como ayer.»

Mia me recorre con la mirada y traga saliva con fuerza al ver el rifle que cuelga de mi espalda y la escopeta que sujeto en mi mano derecha.

Se la lanzo y ella tropieza con sus propios pies, pero consigue cogerla sin caer de bruces contra el suelo. Poco le falta, debo añadir.

—Salimos en quince minutos —bramo acechándola.

—Lincoln… —trata de protestar. Va a ser que no. Se acabaron las gilipolleces.

—¿No querías saber cómo nos íbamos a ganar la vida? Pues en marcha.

Giro sobre mis talones y bajo las escaleras.

Mientras espero a que Mia baje, meto en mi mochila algo de comida, unas cervezas y agua para ella.

—¿No quieres desayunar? —pregunta suave como un corderito.

Sonrío para mis adentros. Me apuesto el pescuezo a que, en estos momentos, se arrepiente muy mucho, de su ataque y salida de tono

de ayer.

Que lo hubiera pensado antes.

—No hay tiempo —ladro, echando a andar hacia la puerta de salida tan serio como seco.

Por el rabillo del ojo no se me escapa lo nerviosa que está.

El verla así es un duro golpe a mis costillas, nada fácil de digerir.

«Todo lo que hago es necesario, nena.» Hostias, no quiero que me odie, pero, a excepción de la vez que la llevé a cazar aquel alce, no hemos vuelto a salir. Tiene que aprender. Es imprescindible.

Flaqueo unos segundos, en los que apoyo mis dedos en el puente de mi nariz y me odio por arrastrarla conmigo. Sé que Mia no lo comprende y también que lo acabará haciendo, pero eso no lo hace menos duro. Ladeo el cuello a ambos lados, haciéndolo crujir para eliminar tensión y acto seguido me crujo también los nudillos.

El que ella piense que hago esto solo para castigarla tampoco ayuda. Sobre todo, porque no es así.

Me llevo el puño a la boca y muerdo mis falanges. Cuadro mi postura y me yergo adoptando una pose segura. No titubeo, emprendo la marcha y me adentro en el bosque.

Una Mia muy temerosa me sigue los pasos de cerca.

No he cedido ni un poquito, y la Mia valiente y echada para adelante, se ha quedado en casa. Maldigo en mi mente que así sea.

«Hostias, nena. Ahora es cuando más fuerte te necesito.»

Llevamos varias horas dando vueltas por el bosque sin ningún avistamiento. Hace un buen rato que ha amanecido. Mia está agotada y yo empiezo a desesperarme al verla tan afectada y cabizbaja.

Me planteo abandonar por hoy y llevarla de vuelta a casa. Un ruido a mi espalda me hace buscar a Mia de inmediato con la mirada. Por puro instinto, le doy la vuelta. Aprieto su espalda contra mi pecho y le cubro la boca con la palma de la mano.

—Shhh —susurro pegando mi boca a su oído.

Poco a poco se la destapo, la giro entre mis brazos, y mirándola a los ojos, pongo un dedo sobre sus labios, ordenándola guardar silencio.

Mia asiente un par de veces con los ojos llenos de temor, en los que ya se agolpan un millón de lágrimas.

La acerco al tronco del árbol que tengo a la espalda y la dejo a refugio para ir a echar un vistazo.

Cuando solo me he alejado unos centímetros, Mia estira la mano y agarra mi cazadora de camuflaje. Giro la cabeza y atrapo su mirada.

—Tranquila, nena. No va a pasar nada.

Temblorosa me suelta y vuelvo a centrarme.

Me alejo unos diez metros y, aunque no he vuelto a escuchar ruido alguno, sé que algo anda cerca. Que algo nos observa.

Descarto que sea un venado, un alce o algún animal inofensivo. Ya que la reacción de los mismos es huir y no acechar a su presa. Esto es un depredador, estoy convencido.

Presto toda mi atención y busco en cada posible escondrijo entre la maleza. Giro la cabeza apenas unos segundos para comprobar que Mia sigue donde la dejé, y que está a salvo.

Respiro al ver que así es. Pero cuando devuelvo la atención, donde debería tenerla en todo momento, un oso negro se presenta frente a mí rugiendo. Le disparo en el acto. No titubeo. Y estoy convencido de que le he dado. Aunque evidentemente no es suficiente. Se abalanza sobre mí, haciéndome caer en el suelo. Mi espalda golpea contra el barrizal y me arden los músculos. El rifle impacta contra una roca y va a parar a varios metros. Con la mano intento alcanzarlo, no lo consigo. Es imposible. Está demasiado lejos.

Escucho a Mia gritar de fondo y solo puedo pensar en que, si no hago algo rápido, cuando acabe conmigo, irá a por ella.

¿En qué jodido momento se me ocurrió traerla aquí? ¡Hostias!

El primer zarpazo me roza el cuello, me atraviesa las capas de ropa que llevo, desgarrando mi pecho.

¡Joder! ¡Qué puto dolor!

—Hijo de puta.

Mia chilla sin control. Y yo solo quiero que se calle de una maldita vez y que no llame la atención del animal.

Estoy tendido boca arriba y el oso se deja caer a cuatro patas, dejándome atrapado debajo de él.

—Mátalo —le grito a Mia.

Solo la oigo gritar y sollozar.

—Nena, mátalo —exijo más alto.

Cuando el muy cabrón me ruge pegando su cabeza a mi cara, veo que le he dado en un hombro. Eso no lo detendrá.

La sangre empieza a brotar por todas partes y ya no distingo cuál le pertenece al animal, y cuál a mí.

Vuelve a ponerse sobre dos patas e intento arrastrarme con los pies hacia atrás. Mis botas resbalan en el barro. El oso saca las garras y levanta la zarpa derecha, preparado para dar otro zarpazo. La deja caer en el mismo sitio que la anterior.

—¡Qué puntería tienes, hijo de la gran puta! —rujo, aspirando entre dientes y conteniendo un rugido.

Clava bien las garras y las arrastra sobre mi piel, consiguiendo que mi herida, sea cada vez más profunda. Aprieto los dientes y me niego el gritar de dolor, pero un gruñido animal emana de mi garganta, sin tener opción a contenerlo.

Solo puedo pensar en Mia. Apoyada en ese árbol y muerta de miedo. Sus gritos cada vez son mayores, aunque no atino a entender qué dice.

Estiro la mano y le meto dos dedos al oso dentro de la herida de bala que yo mismo le he hecho. El animal ruge con fiereza y se revuelve.

—¡Jódete, cabrón!

Vuelve a levantar la zarpa. Aprieto los dientes e intento meter más los dedos en su carne.

De pronto escucho a Mia gritar:

—Noooooooo. Aléjate de él, cabrón de mierda.

Su presencia se hace palpable a escasa distancia y me revuelvo con todas mis fuerzas. No puedo dejar que se fije en ella.

Antes de conseguir ponerme de medio lado, Mia empuña la escopeta, se acerca a toda velocidad y le dispara al oso en el pecho.

Este cae hacia atrás y Mia se deja caer de rodillas a mi lado. No estoy seguro de que lo matase y me cuesta horrores moverme. Cuando me percato de que ha dejado caer la escopeta al suelo. Y antes de que llegue a tocarme. la insto:

—Dispárale de nuevo, nena. Asegúrate de que esté muerto.

Mueve su preciosa cabecita arriba y debajo de forma frenética y murmura un sí entre dientes que no llega a pronunciar en voz alta. Lo único que percibo es el sonido del castañeo de sus dientes unos contra los otros.

Mia obedece. Ni siquiera lo piensa un instante. Se arrastra por el suelo y recupera la escopeta. Observo con atención cómo se pone en pie con torpeza. Y en vez de apuntar y disparar, ya que tiene al oso a escasos tres metros, se aproxima hasta que la puntera de sus botas, rozan al animal.

Levanto la vista. No quiero perderme esto por nada del mundo. Le encañona la cabeza sin dudar y… dispara.

Una vez.

Dos veces.

Tres veces.

Vacía el puto cargador en su cabeza.

Hostias, un jodido orgasmo me atraviesa en ese instante.

Cierro los ojos un segundo y respiro.

Mia no tarda nada en estar arrodillada a mi lado, con las lágrimas brotando de sus ojos en todas direcciones.

Tiene la cara llena de lágrimas y al pasarse el antebrazo por ella para secárselas, también se ha llenado de barro. Es jodidamente preciosa.

Le sonrío cómo puedo.

—Lo has hecho muy bien, nena —la felicito.

Hostias, no es para menos.

Lo ha hecho de puta madre. No ha dudado un segundo. No podría estar más orgulloso de ella.

Me llevo la mano al pecho y compruebo con los dedos la herida. Es profunda. Me ha pillado bien.

Palpo la sangre que la envuelve para comprobar a qué ritmo estoy desangrándome, porque es justo lo que está ocurriendo. Y lo que descubro, no me tranquiliza.

—Estás bien, ¿verdad? Dime que estás bien, Lincoln. Por favor, necesito que estés bien. No… No sé qué hacer. Lincoln, yo… no… Te vas a poner bien. Ya verás. Estás bien, sí.

Mia solloza con fuerza y llevo mi mano a su mejilla, la acaricio un segundo, buscando calmarla y sin quererlo, la cubro con mi sangre.

—Tranquila. Solo es un rasguño.

No lo es. Pero está demasiado nerviosa como para que yo le diga que, a este ritmo, en menos de treinta minutos, me abre desangrado por completo.

Solo necesito detener la hemorragia lo suficiente para volver a casa. Allí podré coser la herida y todo estará bien. O al menos eso me gustaría pensar.

—Lincoln… — Me reclama y comprendo que ni siquiera tiene que estar viéndome con todas las lágrimas que le inundan los ojos.

No puede ser más bonita.

Soy consciente de que esta situación la supera. No es para menos. Cómo puedo me hago con el mando.

—Nena, tráeme la mochila.

Mia no deja de sollozar y sus ojos me recorren de arriba a abajo, frenéticos un millón de veces. Está en shock.

—Ey. Mírame —exijo. Acunando su cara con una palma y llevándome la otra a la herida y ejerciendo presión, intento que me escuche y evitar que entre en pánico. Aunque no sé si estoy a tiempo. Parece estar sufriendo un ataque de ansiedad o alguna mierda de esas. —Necesito que te centres, nena. Coge mi mochila, busca el cuchillo en el bolsillo delantero, y tráemelo. ¿Lo entiendes? —Ella asiente. Eso no me vale. —Repítelo. ¿Qué tienes que hacer?

—Coger el bolsillo, no la mochila. Un cuchillo. ¿Te traigo… Mierda, no lo sé.

—Tranquila. Despacio. El cuchillo que está en el bolsillo delantero de mi mochila, nena.

—El cuchillo.

—Eso es. Ve a por él, nena.

Mia obedece, me pasa el cuchillo con manos temblorosas. Me rajo la ropa, dejando al descubierto mi pecho y joder, esto pinta mal. Mia se desprende de su abrigo, su jersey y también su camiseta, sin que tenga que pedírselo. Se agacha de nuevo y le ordeno.

—Dame tu camiseta y vuelve a abrigarte. —Su mirada confusa y perdida me desestabiliza, pero la increpo: —Ahora mismo, Mia.

Agarro la tela rosa entre mis manos y presiono la herida.

—Eso pinta mal. Tiene mal aspecto, Lincoln.

—Todo va bien. Lo estás haciendo bien. Muy bien —suelto cuando compruebo que se ha puesto el jersey y el abrigo de nuevo. —Ahora acércame aquella rama. —Le digo en referencia a un palo con un buen tamaño, que avisto cerca.

—No vas a morir. No vas a morir —repite en bucle. —No quiero que mueras, Lincoln.

—Ey. Céntrate. No voy a morir, nena. Ahora tráeme lo que te he pedido, vamos. —Cuando me acerca la rama, la enredo en la camiseta. Consiguiendo hacerme una especie de torniquete.

Antes de levantarme, me arrastro por el suelo, alcanzo al puto oso que acaba de joderme el día y con el cuchillo le corto un dedo. Al carecer de fuerza, me cuesta despegarlo por completo de su cuerpo, y termino por metérmelo en la boca y tirando con saña de él, finalmente, logro arrancárselo. Me lo guardo en el bolsillo lateral del pantalón.

No es la primera presa de Mia, pero algo me dice que acaba de convertirse en la más significativa. Por lo que decido llevarme un recuerdo.

Me pongo en pie y Mia enseguida acude para que me apoye sobre ella. Es obvio que no puedo cargar todo mi peso en Mia. No llegaríamos muy lejos de hacerlo.

Sin embargo, acepto su ayuda. Más por el placer de envolverla con mi brazo y mantenerla cerca, que por la ayuda en sí que me ofrece. Pasamos al lado de la mochila y Mia hace el ademán de cogerla y cargarla a su hombro. Ni de puta broma. Me agacho y gruño. El dolor me atraviesa de nuevo el pecho y se filtra en mis costillas. Aun así, lo consigo. Me cargo la mochila a la espalda y después el rifle y la escopeta de Mia. La acomodo a ella bajo mi axila y, con una mano sobre sus hombros y otra haciendo presión en mi herida, emprendemos el camino a casa.

—Estoy muy orgulloso de ti, nena.

Mia levanta sus ojos cuando mis palabras impactan en sus oídos y, mirándome fijamente, me rebela:

—Yo no lo estoy de ti —. Con voz temblorosa.

Comprendo que su reproche es justificado y el miedo que le he hecho pasar. No puedo evitar reír y que un par de carcajadas crucen el ambiente. Enseguida las reprimo al sentir el dolor punzante, cuando mi pecho sube y baja.

—Lo sé —confieso estrechándola más a mi costado.

Mia
Capítulo 30

Al llegar a casa, cosa que por momentos dudé que pudiésemos conseguir, Lincoln se negó a que pidiese ayuda.

No estoy nada conforme. Pero no puedo hacer nada si él se niega. No es un niño. Pese a que se esté comportando como tal.

Insistió en que lo dejase solo un par de veces. Por ahí sí que no pasé.

Me quedé muy cerca, mientras observé cómo Lincoln se cosía la herida él mismo.

A un cierto punto, al darme cuenta de que estaba perdiendo la conciencia, le quité la aguja de sutura de las manos y, con más miedo del que he pasado en toda mi vida, terminé de coserle la herida yo misma.

Nunca había hecho algo así. Mi única experiencia con agujas se limitaba a cogerle el bajo a algún vaquero, a lo mucho, coser un botón a alguna camisa.

Tengo que decir que esto es muy diferente.

Cada vez que la aguja se clavaba en su piel, yo lloraba y en mi mente solo pensaba: «no te mueras, por favor, no te me mueras.»

Cosa que no mejoró cuando Lincoln se desmayó. No pude aguantar más y llamé a Clayton. Di por hecho que Macy o Audrey tendrían tanto miedo como yo.

Tras contarle todo lo sucedido de carrerilla, (dudo que atinase a entender algo de lo que dije, más allá de: «Rápido, Lincoln está herido»), colgué la llamada y me centré en acabar de coser a Lincoln. Mientras esperaba refuerzos, le vendé el pecho.

Sorprendentemente, tardó menos de lo esperado. Creo que vino volando, si no es imposible. Al abrir la puerta me encontré con Clayton, Dominic y Kai, al otro lado.

Lo primero que hicieron fue comprobar el estado de Lincoln. Luego se aseguraron de buscar antibióticos en casa y toda clase de analgésicos para el dolor.

Me preguntaron por lo sucedido y, como yo intuía, Clayton no se había enterado de nada. Alegó que yo solo balbuceaba palabras incoherentes. «Oso. Cuchillo. Muerto. No. Sí. Rápido. Disparo.» Se cachondea Clayton.

No voy a llevarle la contraria. Estaba completamente fuera de mí. Es posible que solo dijese chorradas. El mensaje lo captó, tenía que presentarse aquí a la voz de ¡ya!

—¿Cómo estás tú, Mia? —pregunta Kai. —¿Estás herida?

—No —sacudo ferozmente la cabeza, tratando de mantener mi temple a raya.

—¿Y cómo te encuentras? —insiste.

Me encojo de hombros sin saber qué contestar a eso. Lo cierto es que, todavía estoy flipando. No sé cómo estoy. No he tenido tiempo de reparar en mí.

No puedo dejar de mirar a Lincoln, tendido en el sofá. Mis ojos comprueban cada diez segundos que su pecho me revele, si sigue respirando.

Nunca en mi vida había estado tan asustada como ahora.

—Él está bien —sentencia, sin atisbo de duda al percatarse de mis pensamientos.

Yo no lo tengo tan claro. Y él tampoco lo tendría si viera la herida de su pecho abierta.

Clayton me pasa el brazo por los hombros y yo giro la cabeza a un lado y las lágrimas vuelven a caer descontroladas.

No me gusta llorar delante de la gente. Pero no puedo evitarlo.

Kai chasquea la lengua contra el paladar y Clayton me acaricia el brazo con la mano que me rodea.

—Tranquila —susurra Clay con calma. —Los dos estáis bien. Ya pasó. ¿De acuerdo?

Ojalá pudiese estar tranquila. Es imposible. No dejo de pensar en que podía haberlo perdido esta mañana. Y me siento morir por dentro. Ni siquiera he temido por mi vida un solo segundo.

—Cuando he visto que el oso se abalanzaba sobre Lincoln… —Los sollozos detienen mi discurso. Me abanico con la mano y lloro con más ímpetu al rememorar la escena en mi memoria.

Kai se acerca, me coge por los dos hombros, estudiando mi reacción y alejándome de Clayton. Rehúyo su mirada. Y aunque lo hiciese con mis lágrimas, no conseguiría ver su expresión.

—No… no quiero… no puedo… perderlo —balbuceo, temblorosa.

Y al escuchar mi propia confesión en alto, me doy cuenta de que Lincoln Dagger significa para mí, muchísimo más de lo que me he permitido admitir hasta este preciso instante.

Kai sonríe levemente y acaricia mis hombros una sola vez, sin dejar de sostenerme con firmeza. Pues imagino que él también se ha dado cuenta de que, en cualquier momento, voy a caer de bruces contra el suelo.

—Y no lo has perdido, Mia. Ahí lo tienes —señala con la cabeza el sofá.

Asiento y me avergüenzo de inmediato al sentirme tan expuesta. Kai se asegura de que no voy a caerme y despacio me suelta.

Giro la cabeza y lo observo.

¿Acaso estoy enamorada de Lincoln y no he sabido darme cuenta antes?

Ni yo misma conozco la respuesta. Y ahora no es el momento de indagar en mis sentimientos. No quiero hacerlo. Admito sentirme aterrada y no saber cómo actuar si la respuesta a esa pregunta fuese un sí.

Lo único que deseo es que Lincoln se despierte y tener la certeza de que no va a ocurrirle nada malo.

Dominic echa leña a la chimenea para mantener el fuego vivo. Aprovecho para hacer un caldo y que todos entren en calor.

Las manos me sudan y tengo que frotarlas constantemente contra la tela del áspero paño de cocina que descansa en la encimera.

Llevamos horas esperando a que Lincoln despierte.

—Tenemos que ir a buscarlo.

Escuchar esa voz me reactiva y de inmediato me dirijo al tresillo donde descansa Lincoln.

Ese sonido exigente y rudo, acaba de convertirse en el mejor bálsamo para mis heridas. Nunca imaginé echar tanto de menos escuchar esa ronca y grave melodía.

—¿A quién tenemos que buscar? —indaga Dominic sin dejar de lado el objetivo de mantener las llamas candentes.

Lincoln acaba de incorporarse y está sentado en el sofá, cubierto con una manta y se lleva la mano al pecho.

—Al oso, o las alimañas oportunistas, vendrán a arrebatárnoslo.

Parpadeo un par de veces. Mis espesas y pesadas pestañas se interponen en mis desquiciantes ansias de verlo con claridad, o puede que sean mis vidriosos ojos. No puedo creerme que toda su preocupación sea que hemos dejado el cadáver del oso en medio del bosque y no que ha estado a punto de morir.

Ni siquiera estoy convencida de que todavía no vaya a hacerlo.

—¿Estás de coña, tío? —Kai tampoco da crédito. ¿Quién lo culpa?

Lincoln trata de incorporarse un poco más. Debo decir que, sin éxito ninguno, ya que cuando hace el amago de levantarse, vuelve a caer, golpeándose la espalda en el respaldo mullido del sofá. Todavía está demasiado débil.

—¿Te parece que lo estoy? —inquiere de muy mala leche arrastrando las palabras. Claro síntoma de su dolor.

Comprendo de inmediato que no bromea. ¿Pero qué le pasa por la cabeza a este hombre? Está como una puta cabra.

Introduce la mano en el bolsillo de su pantalón vaquero, y recupera la garra que le extirpó al oso, a mordiscos. Juguetea con ella entre los dedos y yo me aproximo un poco más.

Solo quiero hacer que se sienta mejor. No estoy para nada convencida de ser capaz de regresar al lugar del ataque. No solo porque me muera de miedo, que lo hago. Si no, porque mi sentido de la orientación es una auténtica mierda.

He de intentarlo. Me acerco a la zona del salón y sin pensarlo dos veces…

—¿Quién me acompaña?

Acabo de apuntarme a la partida de búsqueda demencial y suicida. Lincoln me mira y sus ojos negros, se vuelven más oscuros si cabe.

—Tú no vas a ir a ningún sitio, nena.

¿Pretende que vayan ellos que no tienen ni idea de dónde está el oso? Vale que yo no tengo un sentido de la orientación muy

desarrollado, pero al menos he estado allí. De algo servirá, digo yo. La alternativa a mí es que vaya el propio Lincoln, y por ahí sí que no paso. Esta vez no. No cuando acabo de recuperarlo. No cuando me he sentido morir al verlo caer. No cuando me he desprendido de la venda que cubría mis ojos y por fin he visto a Lincoln.

Lincoln da por finalizado el asunto y le comunica a Kai las coordenadas exactas donde lo encontrarán. Sin dispositivos electrónicos, ¿cómo hace para memorizarlas? Da igual. Él sabrá. Después se centra en contarles cómo deben transportarlo hasta aquí, sin dejarse media vida por el camino.

Kai y Dominic, no tardan en ponerse manos a la obra.

Algo me dice que ninguno de ellos está de acuerdo con esta majadería. Saben que, de no hacerlo, iría el propio Lincoln.

Con el alma a punto de abandonar mi cuerpo, me alejo del salón sin mirarlo y me centro en seguir cocinando.

Lincoln por fin se hace con su preciado oso horas después y los chicos regresan a Woodstock a las tantas. Lo hacen a regañadientes, nadie se atreve a contradecir a Lincoln Dagger.

Llevarle la contraría es un imposible en toda regla. Consigo retenerlo esa noche, pero al día siguiente por la mañana, cuando me levanto, Lincoln está en el almacén.

No hemos tenido mucha interacción entre nosotros. Y lo cierto es que no tengo ni idea de cómo comportarme con él. Nuestra relación y los acontecimientos de la misma, son demasiado intensos y no tengo ni la más remota idea de cómo gestionarlo todo.

Protesto porque no se esté tomando en serio su recuperación. Él, de malos modos, me hace saber que, si no se pone manos a la obra de inmediato, la carne del animal empezará a pudrirse en pocas horas. ¿A quién cojones le importa eso?

No intervengo. Lo dejo a lo suyo, hasta que a media mañana escucho un fuerte golpe. Asustada por si le ha ocurrido algo, entro en el almacén a toda velocidad. Me encuentro con Lincoln cubierto de sangre de arriba a abajo y despellejando al oso.

Compruebo que todo sigue en orden y sin más doy media vuelta.

—Mia.

No quiero estar aquí. Y mucho menos ver lo que hace. No me gusta, no me hace sentir cómoda. Hastiada, giro la cabeza y evitando mirar al oso, centro la vista en él, esperando que me haga saber que quiere.

—Ven aquí.

Niego con la cabeza. No tengo planeado acercarme a ese animal más de lo que ya estoy. Y no me refiero al oso.

Lincoln se aproxima. Su primer instinto es agarrar mi muñeca, no lo hace. En su lugar, fija la vista en las heridas que hoy llevo al descubierto y me sujeta por el codo.

Se limita a mirarme con insistencia.

—¿Qué quieres? —suelto cortando un suspiro que brota, demostrando lo cansada que empiezo a estar de esta situación.

No puedo evitar ser impertinente. A pesar de lo ocurrido, se comporta como un imbécil.

No dice nada. Solo me observa. Sus fosas nasales se dilatan. Su mandíbula, a cada segundo, se tensa más. Aprieta tanto los dientes que lo oigo rechinar uno contra otro. Y las venas de su cuello empiezan a hincharse.

¿Qué diablos ocurre ahora?

—¿Qué ha pasado mientras estaba dormido?

—Primero tú no estabas dormido, habías perdido el conocimiento, que no es lo mismo. Y segundo, ¿a qué diantres te refieres?

Hago memoria y trato de averiguar qué es lo que quiere saber.

Lincoln me zarandea e insiste:

—Estabas sola con los tres tíos, Mia. ¿Qué hostias ha pasado?

Abro mucho los ojos al caer en la cuenta de lo que trata de decirme.

Se refiere a mientras él estaba en el sofá medio agonizando. ¡Qué fuerte! Llamé a sus amigos porque no sabía que otra cosa hacer. He pasado uno de los peores momentos de mi vida. Y él me acusa de… Ni siquiera sé de qué me está acusando.

—Esta discusión es absurda.

¿De verdad cree que he aprovechado el ataque de un oso, para liarme con uno de sus amigos? Y si así fuera, ¿qué? Lincoln y yo no somos nada. Este tío está fatal.

Solo él podría tener una ocurrencia de este tipo.

Estaba preocupada, joder. Muy preocupada.

He creído morir cuando se ha desmayado. Y, sin embargo, a él todo lo que parece importarle, es que yo estaba sola en casa con tres hombres. Hombres que han venido hasta el culo del mundo, única y exclusivamente por él.

No voy a seguirle el juego.

Trato de zafarme de su agarre, con la intención de largarme de aquí. Lincoln me sostiene con más ahínco y exige:

—Respóndeme.

—Esto es el colmo.

—Qué me contestes, hostias.

Abro las palmas de las manos y las apoyo en su pecho, empujándolo lo más lejos posible, con todas mis fuerzas. Sin importarme y consciente de que le estoy haciendo daño en la herida.

—Estaban aquí por ti, maldito idiota. Todos estábamos preocupados por ti —grito.

Se yergue y cuadra los hombros.

—No te creo.

¿Qué no me cree? Lo que me faltaba. No necesito ni que don esquizofrénico, ni nadie, me crea. ¡Qué le den! Acaba de sobrepasar la última frontera al infierno. Por mí, puede perderse en él, para siempre. Es un maldito maniaco.

—Me importa una mierda lo que tú creas, Lincoln.

Agarra la tela de mi camiseta a la altura de mi pecho y la retuerce en su puño. Con el otro brazo tira todo lo que tiene encima de una de las mesas de madera al suelo. En una fracción de segundo me tumba con la espalda sobre ella, con las piernas colgando y se coloca entre mis muslos.

Antes de que pueda asimilar lo que ocurre, pasea sus manos por encima de mi pantalón, apretándome las nalgas.

Se agacha y lame la porción de piel que me queda al descubierto entre el pantalón y la camiseta. Juguetea con sus dientes y cuela las manos hasta desabrocharme el botón del vaquero y, con un movimiento veloz y ágil, se desprende de él y de mi ropa interior al mismo tiempo.

Me soba el culo con las dos manos y separa mis nalgas, manosea mi entrada trasera con una mano. Con la otra, lo escucho desabrocharse el cinturón.

No tarda nada en clavarme su erección latente en el coño. Sin preparación previa. Está cabreado. Mucho.

—Oh, joder, Lincoln.

Grito ante la invasión y le hago un gesto con la mano, pidiéndole un segundo, uno que él no me concede.

Estoy empapada y ni siquiera comprendo cómo puede ser así cuando esta vorágine de sentimientos me consume.

No sé por dónde coger a este hombre. Ni cómo comportarme con él. Pero, joder, no quiero que pare por nada del mundo. No voy a autoengañarme. Lo deseo. Lo deseo desde lo más profundo.

Su polla de acero llena cada rincón de mi interior y me taladra el alma.

—Lincoln… — Lo llamo entre jadeos.

No se anda con juegos ni preliminares. Es duro, salvaje, exigente. Sabe cuál es su objetivo y no pierde el tiempo.

Se mantiene quieto un solo instante, pero enseguida empieza a entrar y salir de mi cuerpo a un ritmo completamente demencial y difícil de soportar. Y yo solo puedo pensar en que me haga suya, que me rompa en dos, si es lo que desea. A pesar de no estar segura de si estoy disfrutándolo. Esto es una puta locura.

Clavo la vista en los abdominales de Lincoln y con las manos me sujeto con fuerza a los laterales de la mesa de madera.

Lo deseo. Es de locos, pero lo deseo más de lo que he deseado nunca a nadie.

Su cuerpo se yergue triunfal y sus toscas embestidas me reclaman posesivas.

—¿Te gusta? Joder, claro que te gusta. ¿Lo sientes, nena? No vas a volver a sentirlo en tu vida. ¡Eres mía! Solo yo tengo derecho sobre ti, y voy a asegurarme de seguir siendo el dueño de tu placer para siempre.

Me empala una sola vez más y se corre. Me llena por completo y solo puedo apretar las caderas contra su pelvis y dejarme envolver por el electrificante hormigueo que nace en mis entrañas…

Toco con la punta de los dedos el orgasmo involuntario que se arremolina en mi vientre y, aunque poco me faltaba, Lincoln se retira de inmediato privándome de él.

Extrañada, intento incorporarme en la sucia mesa del almacén. Lincoln la rodea y me sujeta la cabeza contra la madera. Introduce su miembro a media asta en los vaqueros. Se agacha y recoge una cadena del suelo. Una que de inmediato enreda en mis muñecas, y tensándolas, las atrapa, pasándola a través de la pata de la pesada mesa.

—¿Qué haces?

No parece excitado. Tampoco sereno después de haberse corrido a la velocidad del rayo. Parece cabreado. Y reconozco que esta faceta de Lincoln, me asusta. Activa mi sentido de alarma, manteniéndome alerta y expectante.

—Lincoln —lo llamo una vez más.

Del subidón de hace unos segundos ya no hay ni rastro y él ni siquiera se ha concedido un segundo de recuperación tras su orgasmo.

No atiende mi reclamo, no me dirige la mirada. Puede que ni me escuche.

Cuando se acerca al otro extremo de la mesa, con otro par de pesadas cadenas, pataleo.

Consigo darle con un pie en el pecho. Acabo de atinar justo en la herida. La sangre que atraviesa su camiseta me lo confirma. Lincoln gruñe, pero atrapa mi tobillo entre sus manos e imitando lo que acaba de hacer con mis muñecas, lo apresa contra una de las patas de madera. Seguido reclama la única extremidad que me queda libre.

Me revuelvo con fuerza y lanzo patadas al aire.

Puede más que yo, soy consciente. No me rendiré sin pelear, y eso él también lo sabe. Luchamos, pero no pasa mucho tiempo hasta que logra tenerme completamente inmovilizada.

—¿Qué haces, Lincoln? —chillo, exigiendo una explicación. —Suéltame —exijo. —Suéltame de una puta vez, Lincoln. Esto no tiene gracia.

No responde.

Trastea por la estancia, abre y cierra varios cajones en busca de algo.

Cuando regresa, observo que sostiene en su mano una hoja de cuchilla.

¿Se ha vuelto loco?

—¿Qué… qué vas a hacer con eso? —pregunto al borde del colapso.

Lincoln se coloca entre mis muslos y centra la vista en mi sexo. Desnudo, pero en este punto, ya no dispuesto.

—Espera. ¡NO!

Respira pesado y parece completamente ausente.

Estira el cuello a un lado y luego al otro, haciéndolo crujir y el sonido me congela el alma. Se está preparando. Y no quiero pensar que mi desquebrajada imaginación haya acertado y asumir que se está preparando para cometer una barbarie, que, incluso a él, le queda demasiado grande.

Toma buena posición y se inclina sobre mí.

—Es necesario, nena —. Deja en el aire a modo de disculpa —. Te lo dije, voy a asegurarme de seguir siendo el dueño de tu placer para siempre.

—¿Qué? Dios, no. Lincoln. Lincoln, por favor, mírame.

Las lágrimas bañan mis mejillas y trato de hacerlo entrar en razón.

—No, no lo es —siseo, presa del miedo. —Esto no es necesario. No lo hagas. Suéltame, Lincoln. Te lo ruego.

—No te muevas —exige concentrado en un punto muy concreto de mi anatomía. Como un autómata —. No quiero hacerte más daño del inevitable, Mia.

Siento el frío metal contra mi piel y no puedo evitar dar un fuerte rebote en la mesa. Estoy aterrada.

—Maldita sea, nena. No te muevas o acabarás desangrándote.

Cuando Lincoln me reprende, levanta la mano en la que tiene la cuchilla y la veo manchada de sangre. ¿Acaba de cortarme?

Tengo que parar esto como sea.

Grito, pido ayuda, pero enseguida comprendo que nadie va a acudir a salvarme. Tengo que pensar y encontrar la manera de detener a Lincoln, antes de que sea demasiado tarde.

De nuevo, toma posición entre mis piernas y acerca a mi sexo la mano en la que sostiene la cuchilla.

—Lo haré —. Intento que mi voz suene firme; es imposible. Pruebo una vez más —. Haré lo que me pidas —confieso desesperada porque centre su atención en mí. Parece estar tan lejos de aquí, tan ausente. Su cuerpo se revela ante mí, pero su cabeza… años luz la separan de este almacén —. Haré todo lo que quieras, Lincoln. Te lo suplico, no lo hagas.

Lincoln apoya de nuevo la cuchilla en mi clítoris y otra vez el frío metal me hace estremecer. Esta vez no me muevo. Comprendo que solo conseguiría empeorar las cosas. Mientras rezo para que Lincoln entre en razón y escuche mis plegarias.

—Con eso no basta, nena.

—¿Qué diantres quieres decir? —No obtengo respuesta.

¿Qué quiere de mí? Le estoy diciendo que haré todo lo que él me pida. Me sujeta los labios inferiores con sus dedos y los separa bien.

—Me quedaré —. Ya no sé qué más decirle para que desista en su absurdo empeño —. Me quedaré contigo. Me quedaré siempre.

Las lágrimas ruedan por mis mejillas. Completamente inmóvil. No soy más que un espejismo de mí misma.

Apenas pronuncio esas palabras, Lincoln levanta la cabeza y atrapa mi mirada, con sus dos pozos oscuros inexpresivos.

Se detiene y no mueve un solo músculo.

Respira con fuerza. Parece que mi confesión acaba de traerlo de vuelta, del lugar donde permanecía completamente aislado del mundo. Aun así, sigo sin fiarme un pelo.

Pero he captado su atención y no voy a darme por vencida.

—Me quedaré contigo, Lincoln —susurro tan bajito que sé que no me ha escuchado, pero ha podido leerlo en mis labios. Inspira llenando sus pulmones. —Me quedaré siempre. Me quedaré contigo. Me quedaré a tu lado.

—No me dejarás —. Su petición me encoge el alma y parece tan perdido, que comprendo que en mi mano está el detenerlo —. Nunca me dejes, Mia.

Niego con la cabeza muy sutilmente. Confirmándole que no lo haré.

—No lo haré. No te dejaré.

No me muevo. Mantengo todo lo que puedo la calma. Mi labio inferior tiembla y llevo la vista a mi ensangrentada entrepierna. Mi lengua se desliza sobre mi paladar y la sequedad me sorprende. Respiro por la nariz y, en el más absoluto silencio, anclo mis ojos grises en los suyos negros.

—No te dejaré nunca —sostengo una vez más, completamente inmóvil y con mis ojos anclados a los suyos.

Sin emitir sonido alguno, sin moverme. Dejando mi vida en sus manos. Revelándole en silencio que acataré lo que él decida sin oponer resistencia. Y rezando porque mi gesto surja el efecto deseado.

Lincoln
Capítulo 31

No soy consciente de lo que ocurre realmente hasta que descubro a Mia temblando de pies a cabeza. Inmóvil e incapaz de sostenerme la mirada. Jamás la he visto tan aterrorizada.

De inmediato, dirijo la vista hacia donde ella lo hace. Y observo la cuchilla en mi mano derecha, ensangrentada. Compruebo la vagina de Mia. Está sangrando. Tiene un único corte superficial. Esa zona es muy escandalosa.

Trago con fuerza la bola de angustia que me cubre las papilas gustativas y sus palabras retumban en mi cabeza.

«Me quedaré contigo, Lincoln.» «No te dejaré. No te dejaré nunca.»

Ojalá pudiese decir que con eso basta. No estoy seguro de que así sea. Ya no estoy seguro de nada.

Pero, aunque lo he intentado, no he sido capaz de hacerlo.

Mi intención de circuncidarla, no era otra que, el evitar que Mia se fuera con otro. Retenerla a mi lado.

Nada tiene que ver con mi propio placer. Si no con mi miedo a perderla.

El escuchar su desesperación, me ha llevado a darme cuenta de que, puede que esta no sea la manera. No puedo hacerle algo así.

Le daré una oportunidad. Una única oportunidad. En sus manos lo dejo. Si me traiciona, no dudaré en finalizar lo que he empezado. No me temblará el pulso y llevaré a término mi cometido.

Dejo caer la cuchilla al suelo, abriendo los dedos y desprendo a Mia de sus cadenas. Me parte en dos admitir que cada vez que mis dedos la rozan, ella tiembla con más ahínco. Me excita que me tema, pero no que quiera huir de mí. Y en estos momentos, sé que lo único que desea es tenerme lejos.

Conseguiré que se rinda. Someterla a mi voluntad.

Hace el ademán de incorporarse. Vuelvo a anclarla en el sitio, apoyando la palma de mi mano contra su vientre, y no dejo de

observarla.

Doy un par de vueltas a la mesa de madera tomándome mi tiempo y finalmente me yergo a sus pies, entre sus caderas. Mia respira acelerada. Comprendo que sigue asustada. No importa. Creo que ya nada importa.

—Eres mía, nena —digo justo antes de arrodillarme en el suelo, sostener sus piernas y acomodar sus muslos sobre mis hombros.

La miro una única vez, e inclino la cabeza.

¡Hostias! Está preciosa.

Cubierta de rojo. Sangre que yo he hecho brotar de sus entrañas. Sangre que ahora pasará a pertenecerme.

El olor de su excitación conquista mi sentido del olfato.

Inspiro hondo disfrutando de saberme su dueño, pese a su insistencia por negarlo.

Saco la lengua y, separándole los labios menores con dos dedos, la arrastro por su vagina de abajo a arriba.

El sabor a cobre invade mi boca y, sin pensarlo dos veces, trago.

—Joder —exhalo excitado.

Expulso todo el aire de mis pulmones y mis ojos se clavan en su perfecto y dañado coñito.

Esta mujer me nubla el juicio. Y solo quiero arrebatárselo todo y atesorarlo en lo más profundo de mi desquiciada alma.

Lo deseo todo de ella. Deseo que llore por mí, que sangre, desgarrarla. Que tiemble, que me entregue su placer, su felicidad, su dolor.

Cierro los ojos y lamo una vez más su clítoris. Con la lengua dibujo círculos en su entrada y me sujeto a sus nalgas con las dos manos. Empujándola más al borde de la mesa y buscando bebérmela entera. Ejerzo presión con el músculo de mi boca en su entrada y Mia gime.

Sé que está llorando. Las lágrimas ruedan silenciosas por sus mejillas, hasta estallarse contra el tablón de madera, donde permanece inmovilizada, y expuesta a mi merced.

—Sí, nena. Eso es. Déjate llevar. Entrégamelo todo.

La penetro y rujo contra su carne en llamas.

Ansioso, la atraigo más contra mí y le meto la lengua al mismo tiempo que recorro sus paredes interiores y me bebo el flujo que emana de ellas.

Disfruto unos minutos del placer de lamerla y voy liberando con las manos los grilletes de las cadenas que la mantienen presa sin poder moverse.

Mia se incorpora en la mesa. Quedando prácticamente sentada en mis hombros, estiro las manos, tiro de la goma con la que sujeta su maraña de pelo enredado y se la arranco, dejando que su larga mata de cabello negro caiga sobre sus hombros desordenada y cuelo los dedos entre sus mechones. Se sujeta con fuerza, mientras yo me la follo con la lengua.

Acaricia mi cabello y jadea sin control.

—Fóllame, Lincoln. —Pese al miedo que pueda sentir, está claro que el deseo gana la batalla.

Su desesperada petición me completa. Lo desea, joder. Lo desea tanto como yo.

Es libre. Podía haberse marchado sin más. Apartarme de ella a empujones e intentar escapar. No lo conseguiría. Pero podría intentarlo. Sin embargo, aquí la tengo. ¡A mi merced, aun sin ser mi prisionera! Pidiéndome o, mejor dicho, rogándome, que me la folle.

Mientras exploro su interior con mi lengua, mis labios se aferran a su clítoris, succiono, deseando más. Mucho más. ¡Todo!

Atrapo su botón mágico con los dientes y tiro de él. Mia chilla y se aferra con más ganas a mi cabello. Tira de él y separo mi cara de su coño. La miro a los ojos, con la mandíbula apretada y enseñándole los dientes, gruñéndole y desesperada, me pide de nuevo:

—Fóllame… Por favor, Lincoln… Hazlo.

¡Hostias! Vivo al borde del precipicio y Mia acaba de darme el último empujón. Ese que me hará saltar al vacío. La deseo. La deseo tanto, que reconozco haber perdido el juicio con ella hace ya demasiado tiempo.

Sujeto con dos manos, su pequeña cintura y la bajo de mis hombros sin soltarla. Mia enreda las piernas alrededor de mi torso y tira de mi camiseta impaciente.

Le ayudo a quitármela. Examina el vendaje de mi pecho y sus ojos se inquietan al descubrirlo empapado en sangre. Estoy seguro de que acaban de saltar varios puntos. Ese es el menor de mis problemas en este momento. No tengo intención de detenerme y, por nada del mundo, dejaré que ella lo haga. Se siente culpable por las patadas que ella misma me ha dado. Y hace bien. Es culpa suya. Pero no importa. Ya nada importa. Si ella sangra por mí, yo lo haré con gusto por ella.

Saco la lengua y le doy un lametón en los labios. Repito la acción, y la paseo por su cara, llevándome sus lágrimas, y atesorándolas solo para mí. Mia abre mucho la boca y, apretando las caderas en mi estómago, frota su coño contra mi piel.

Doy un par de pasos con los ojos clavados en ella. Sosteniéndola con fuerza, la separo de mí. La giro entre mis brazos y la dejo caer boca abajo, sobre el cadáver del oso.

—Voy a follarte, nena. Voy a follarte como no lo han hecho en tu vida.

Hiperventila. Me dejo caer de rodillas en el suelo detrás de ella, y la sujeto por el pelo, levantándole la cabeza. Muerdo su cuello justo debajo de su oreja, donde su pulso se hace latente.

Mia gime y parece olvidarse por un momento que está tumbada sobre el cadáver del animal.

La empujo hacia adelante, la mejilla de Mia queda aplastada contra la espalda rasposa del oso y azoto su nalga derecha.

Fijo la vista en esa pequeña porción de piel, que, en escasos segundos, se enrojece bajo mi toque, y mi palma queda grabada en color rojo intenso en su cuerpo.

Desesperado, anclo los dedos en su cadera y tiro un poco de ella hacia arriba. Con la mano libre, la penetro con dos dedos y saqueo su coño con impaciencia.

—Oh, Dios mío.

Hostias, está preciosa. Cubierta de sangre y a punto de ser empalada por mí.

Me libero la polla y la aproximo a su entrada trasera.

Retiro los dedos de su interior y los extiendo a lo largo de su piel. Bañándola con sus propios fluidos y lubricando su culito.

—Lincoln…

—Cállate, nena.

No tengo ni idea de si pensaba alabarme o quejarse. No voy a arriesgarme. La jodida visión desde este ángulo es hipnótica y pienso disfrutarla y montarla como nadie se lo ha hecho nunca. Como ni siquiera imagina que puede ser.

Posiciono mi polla en la entrada de su culo y al mismo tiempo empiezo a deslizarme dentro de ella. Está muy lubricada. Cachonda a más no poder. Mi puño se enreda en su pelo y le empujo la cabeza hacia la espalda del oso. Esto va a dolerle. ¡Mucho!

—Muerde —exijo que apriete sus dientes contra el pelaje del animal —. Muerde, Mia —gruño insistente al percibir su resistencia.

Duda, pero cuando finalmente obedece, dejo de deslizarme con lentitud y se la meto de un solo y tosco golpe.

La carne de la bestia ahoga el grito desgarrador de Mia en cierta medida. Aun así, consigue que los cimientos de la estancia tiemblen y mi jodido corazón da un vuelco.

Mi polla se endurece al escucharla y gruño apretando las caderas contra su culo.

—Agárrate con fuerza y aguanta. Voy a partirte en dos, nena.

Fijo la vista en su culo y centímetro a centímetro se la voy sacando. Cuando solo queda el glande dentro, observo a Mia aferrarse con las dos manos al pelaje del oso y morderlo con saña. Sonrío. Es plenamente consciente de lo que voy a hacer. Se está preparando.

Sin alargar más su agonía, le incrusto por completo mi más que considerable longitud, con todo su grosor. Grita una vez más y me estremezco al escucharla. No puedo evitar reír.

—¿Quieres que pare? —pregunto mientras me mantengo inmóvil dentro de ella. No pienso hacerlo. Ni de puta coña. Pero sé que es lo último que ella quiere que haga, por lo que me dejo alabar. Mia no responde, solo cabecea negando un par de veces —. Responde. ¿Quieres que pare?

Su cuerpo se contrae apresando mi polla, estrangulándola.

—No. Por favor, no. No pares.

Sonrío y, sin dejar de empujar con las caderas, continúo torturándola.

—¿Y qué quieres? Dime qué necesitas, nena.

Completamente inmóvil.

—Úsame… Lincoln… Úsame, por favor. —Joder, por momentos creí que nunca llegaría a escuchar eso.

Adapto mis manos a sus caderas sin decir una palabra más, y muy satisfecho con la respuesta de Mia. Fijo la vista en la marca de su espalda. Y empiezo a moverme…

Me la follo a gusto. Le doy por el culo, sin control. A cada embestida más exigente, hasta que bajo la vista y observo cómo un pequeño reguero de sangre le resbala por los muslos.

Hostia puta, ni siquiera se está quejando.

Jadeo con la boca abierta y me obligo a mantenerme quieto un momento, sin dejar de observar el punto concreto en el que mi polla se pierde dentro de ella.

—No pares, Lincoln. Por favor, no pares. No pares nunca.

Al escucharla, no puedo evitar romper a reír en carcajadas llenas de ironía y mirar al techo, mientras reemprendo la marcha y sigo follándomela con desesperación.

—No lo haré, tranquila. Me perteneces.

Paseo mis ojos por su cuerpo y la visión me enciende. Los moratones de sus caderas. Las rojeces de sus muñecas. Los mordiscos de su cuello y nuca. La marca. La jodida marca de su espalda. Mia está cubierta por completo. Y toda su piel, grita que es mi hembra. Que vive bajo mi dominio. Acatando mi ley y obedeciendo mis normas.

Se incorpora quedando de rodillas y extendiendo un brazo hacia atrás, con el que me rodea el cuello.

Llevo una mano a su boca y me muerde el dorso. Los músculos de su culito se tensan, apresándome la polla y reventándomela de dolor, mientras palpita. Es la hostia de placentero.

Bajo la mano y le rodeo el cuello, privándola del aire que necesita para respirar.

Deslizo los dedos que permanecen anclados en su cadera hasta encontrar su chorreante coño y se lo rozo.

Mia se contrae aún más si cabe y continúo invistiéndola.

—Métete dos dedos —ordeno visualizando la imagen de sus pequeños deditos deslizándose a través de su raja para introducirse en su vagina, en mi mente.

Yo mismo le agarro la mano y la conduzco. Demasiado impaciente como para esperar a que ella se decida. Está empapada, y la humedad que emana de su entrepierna, chorrea por mis muslos.

Le acaricio el clítoris con mis yemas y palpo su abertura en la que se pierde su mano.

La masturbo mientras le doy por el culo. Mia gime y apoya la cabeza en mi pecho.

—Oh, Lincoln, joder…

Vuelvo a empujarla para tumbarla de nuevo sobre el cadáver, y le apreso las dos muñecas a su espalda, sujetándolas con una de mis manos. No suelto su cuello y a duras penas le permito coger una bocanada de aire cada treinta o cuarenta segundos.

Golpeo el interior de su rodilla con una de las mías, haciendo que abra un poco más las piernas.

—Frótate el coño contra el pelaje del oso, nena.

No puede hablar, pero al ver que no lo hace, ejerzo presión con mi cuerpo sobre el suyo y empiezo a follármela profundo y a ras del animal. No tiene más remedio que obedecer. La postura que tenemos, no le deja alternativa.

Las pulsaciones de sus muñecas se aceleran, el sudor se acumula en su nuca y la piel se le eriza.

Sé que se está masturbando con el pelaje del animal.

Mueve el culo arriba y abajo, y cada vez que le permito coger aire, un gemido se escapa de su garganta.

La embisto con fuerza. Mi polla entra y sale casi por completo, mientras Mia no cesa en su empeño de buscar su propio placer, frotándose contra el animal. Me está poniendo muy cachondo.

Saco la lengua para lamer su marca y su sudor salado me golpea cuando detecto que Mia ha dejado de moverse por completo. Y cae cuál muñeca de trapo sin vida. La levanto un poco y percibo que acaba de perder el conocimiento. Ya sea por el éxtasis del momento, por estar demasiado tiempo sin respirar… Vete tú a saber.

Sin dejar de metérsela por el culo, me coloco de rodillas y la levanto conmigo. Apoyando su cabeza en mi pecho y liberando su cuello, le doy un par de palmadas en la mejilla.

—Ey. Vuelve, nena.

Mia solloza y yo sonrío. No puede más.

—Espabila, nena.

Cabecea un par de veces y parpadea. Abre los ojos y mira hacia arriba atrapando mi mirada. Tarda unos instantes en enfocarme bien y percatarse de dónde está y qué es lo que está pasando. En ningún momento dejo de follármela.

La sujeto por las mejillas y la beso. Introduciendo mi lengua en su boca. Mia gime contra mis labios y su culo se aprieta más contra mi pelvis. Suplicándome en silencio que no deje de montarla. Froto su coño con dos dedos y tras embestirla cuatro o cinco veces más, mis muslos se tensan y aferrado a sus caderas, exploto, llenándola de semen.

Tiembla al sentirme y un orgasmo se apodera de ella al mismo tiempo que le meto dos dedos en el coño.

Segundos después se desploma sobre el cadáver de la bestia y yo lo hago sobre su espalda.

Nos concedemos unos segundos para recuperar la respiración.

Ruedo y me la llevo conmigo. Dejando mi cabeza apoyada sobre el animal y a Mia tumbada sobre mi pecho.

—Lincoln… —Me llama todavía jadeante, minutos después.

Apoyo mi mano en la curva que diferencia su espalda de su culo.

—Dime.

Mia se esfuerza por controlar los latidos acelerados de su corazón. No le está resultando fácil recuperarse.

—Yo, nunca… Nunca me habían follado así. —Asimilo sus palabras.

—¡Hostias, nena! Te sugiero que no me recuerdes ni siquiera que te habían follado antes. —El solo pensamiento de que otro la haya tocado me consume.

Se revuelve un tanto nerviosa al notar mi rigidez. Y decido que hoy no quiero joder el momento.

—Y te ha encantado —gruño con aire socarrón.

—Sí —admite sin pudor, riendo por lo bajo.

Sonrío mentalmente y con mi pulgar le acaricio la porción de piel donde descansa mi mano.

—No era una pregunta, nena. Lo tengo claro.

Mia
Capítulo 32

—¡Qué miedo he pasado!

Se abalanza sobre mí y me abraza.

—Estoy bien, Audrey.

—Clay me contó lo que había sucedido. Te juro que insistí un montón en ir a verte. Pero el muy cabronazo ni me llevo a tu casa, ni mucho menos me dijo cómo ir. Me pillé un cabreo de campeonato. El muy imbécil no hacía más que repetir que todo estaba bien. Que tú estabas bien.

Rompo el abrazo para acariciar su mejilla y tranquilizarla.

—Porque es así. Estoy bien.

Mi amiga asiente y un par de lágrimas resbalan por sus mejillas, se las seca con el dorso de la mano.

—Soy una idiota, perdona —se disculpa. Termino de secar sus lágrimas yo misma y le doy un beso en la mejilla.

—De eso nada. Solo eres la mejor amiga del mundo.

Le sonrío para tranquilizarla un poquito más.

—¿Cómo está Lincoln? —asiento, confirmándole sin palabras que Lincoln está bien. —Y, ¿qué tal va todo en casa?

A pesar de la tregua de estos últimos días, confieso que el tema de la venta, me tiene en un sinvivir. No sé cómo hacerlo entrar en razón. Sigo sin querer que se desprenda del taller.

Sé que solo lo hace porque no es capaz de llevar a buen término la parte administrativa, y eso le causa problemas. Parte de la que yo podría ocuparme si no fuese tan cabezón.

Después de lo ocurrido en el almacén, nos centramos en ducharnos y cenar. Tras la cena, antes de tener oportunidad ni siquiera de recoger la mesa, Lincoln tiró de mí y nos sentamos en el sofá. Él se limitó a escuchar música y fumar hierba, mientras yo me acurruqué contra su cuerpo hasta quedarme dormida.

No permitió que le echase una ojeada a su herida. Sé que se le saltaron varios puntos y me preocupa. Tampoco hablamos de lo

ocurrido antes de que nos abandonásemos como dos posesos a la lujuria. Es un tema que no puedo dejar pasar por alto. No puede hacer cosas como esa. Intento circuncidarme, maldita sea.

Admito que la culpa de no hablar de ello, es mía. Estaba tan cómoda y en paz entre sus brazos, que lo último que quería, era estropear el momento. Eso no quiere decir que no me consuma y piense en ello constantemente. Cuando actúa como el digno demente que es, me da verdadero miedo. Y, aunque una parte de mí, empieza a comprender que Lincoln hace este tipo de cosas por miedo a que me aleje de él, son intolerables.

Aún no sé qué es lo que hay entre nosotros y me niego a pensar en ello. Me da miedo admitir que estoy tan chalada como él, y aceptar que yo también lo necesito en mi vida.

Una cosa sí que tengo clara; la relación que tenemos, sea cual sea, no es sana.

Y no va a acabar bien.

Odio decirlo, pero lo mejor para los dos sería olvidarnos el uno del otro. Tal vez, debería plantearme el hecho de marcharme del pueblo antes de que sea demasiado tarde.

Tomo asiento en una de las mesas redondas. Dejo mi bolso apoyado junto a la pata de la silla, y sin pensarlo mucho, me abro en canal con Audrey.

Ya no puedo seguir guardándomelo todo para mí. La cuesta arriba empieza a ser demasiado empinada para mantenerme en pie.

—Ayer volví a acostarme con Lincoln —. Por decirlo de una manera delicada.

Ahora me alegro de que Audrey insistiese tanto en que empezase a tomar la mini píldora.

En el momento en que suelto mi confesión, reparo en que Clayton acaba de llegar a la mesa. Audrey consciente de que necesito hablar. Alarga la mano y le ordena, sin dudar, y de forma silenciosa, que se vaya. Que no es momento para interrupciones.

El pobre Clay, asiente y le da un fugaz beso a su novia en la sien antes de marcharse.

—No debí hacerlo.

Audrey me escucha sin intervenir.

Y por mucho que ayer me dejase arrastrar por la lujuria y lo único que deseaba fuera sentirlo. Hoy, analizando lo ocurrido desde el exterior, y tratando de ser objetiva, me doy cuenta de que ha sido una locura.

Ya no solo por lo que ocurrió. Que, de por sí, tiene tela. Siento que me estoy dejando llevar por alguien que está completamente desquiciado. Loco de atar y no atino a saber, si yo estoy cruzando la línea que separa el bien del mal, y perdiendo la cordura al permanecer a su lado.

Empiezo a tolerar cosas intolerables.

Por Dios, lo hicimos encima del cadáver del mismo oso que intentó matarlo. Si eso no es estar para que te encierren, ¿qué es?

—¿Qué pasa, Mia?

Me asusta que Audrey me juzgue, pero más me asusta el que nadie lo haga, y acabar perdiendo la cabeza. Por lo que decido contarle todo lo ocurrido.

Y cuando digo todo, es… ¡Todo!

—Creo que se me está yendo de las manos. El otro día, cuando me enteré de la venta del taller por Macy, tuvimos una buena en el coche. —Sonrío irónicamente —. Bueno, la tuve yo sola, él ni siquiera abrió la boca. Y yo, estuve despotricando todo el camino de vuelta a casa. Ni te cuento todo lo que solté.

—Me lo puedo imaginar.

—Créeme, no puedes. Y gracias a mi gran bocaza, nos vimos envueltos en el conflicto con el oso. —Audrey me mira como si no entendiese una palabra. —Se presentó de madrugada en mi puerta, armado, y me arrastró al bosque. Para hacerme ver cómo nos ganaríamos la vida según él. Una chaladura de las suyas, supongo. Tal vez solo tratara de acojonarme —, suspiro y soy realista. —Lo peor es que sé que no estaba tratando de hacer nada, simplemente, cree que las cosas pueden ser así realmente.

Mi amiga asiente con la cabeza, también convencida de ello.

—Y, ¿en qué momento encaja un polvo en todo lo que me estás contando?

—En el más inesperado posible. Fue una locura, tía. Una puta locura.

No se lo cuento todo, pero sí la mayor parte, que me ató a la mesa, e intentó circuncidarme a la fuerza, y lo que ocurrió cuando conseguí que se calmara y reaccionara antes de cometer una estupidez.

Evito narrarle con pelos y señales nuestro alocado polvo. Pero le cuento una versión reducida de lo sucedido. La cual incluye el que yo pasé de odiarlo a desearlo como si mi vida dependiera de ello. Las formas animales de Lincoln en la intimidad y lo retorcido de nuestro encuentro íntimo. Confesándole que fue encima del cadáver de dicho animal, el cual casi acaba con nuestras vidas en el bosque.

También le hablo sobre mi miedo a estar perdiendo la cabeza. Le hago saber que me siento totalmente superada y que Lincoln me nubla el juicio.

Finalizo confesando que se me ha pasado por la cabeza, abandonar el pueblo y alejarme de aquí todo lo que mis piernas me permitan.

Mi amiga me escucha, en su rostro puedo ver lo sorprendida que está y que no tiene ni idea de qué decirme.

No la culpo. Comprendo que cualquier persona, con dos dedos de frente, fliparía al escuchar los escabrosos detalles de mi día a día con Lincoln.

—No sé qué decir, Mia. Yo no quiero que te vayas, pero…

No termina su frase, y nos quedamos en silencio mientras yo vierto el tercer azucarillo en mi café y me lo llevo a los labios antes incluso de removerlo.

—Crees que debo hacerlo.

—Sí —anuncia sin atisbo de duda.

Suspiro y me muerdo el interior de las mejillas.

¡Joder!

Yo también creo que debo alejarme. Entonces, ¿por qué me cuesta tanto? ¿Por qué duele de esta manera?

—Mia, no tienes por qué tomar una decisión ahora mismo. Puedes pensártelo todo el tiempo que necesites, pero… —Sonrío al escuchar las mismas palabras que yo le dije a ella, cuando me contó su problema con Clayton.

—Pero crees que es lo mejor porque estoy perdiendo la cabeza —finalizo por ella. Mi amiga niega, y luego toma mis manos entre las suyas.

—No. No creo que estés perdiendo la cabeza. Lo que pienso, es que te estás pillando de Lincoln, y que eso, no te va a traer nada bueno. Además… —Cierra la boca de golpe y le resta importancia.

—Además… ¿Qué? —insisto.

—Me da miedo que te haga daño, Mia. —Por mucho que sus palabras me duelan, no puedo culparla. Mucho menos cuando yo misma me siento en peligro muchas veces al lado de Lincoln. Odio admitirlo, pero es la realidad.

Audrey explica que su hermana vive en Burlington, a solo sesenta y nueve millas de Woodstock. Ofrece hablar con ella y que me vaya unos días solo para aclararme las ideas. Sentencia que hacerlo cuando estoy metida de lleno en toda esta locura será imposible. Que necesito tiempo para pensar y ver las cosas desde otra perspectiva. Sin estar involucrada. Sin que mi posición sea en el centro del huracán.

En el fondo sé que tiene razón. No puedo tomar una decisión teniendo a Lincoln cerca. Pero me aterra alejarme, aunque no logro identificar el motivo.

Es inevitable pensar en que está herido y hasta arriba con el tema del taller y todo el trabajo que se le acumula en casa. Tal vez solo sean excusas, pero tengo la sensación de estar abandonándolo a su suerte. Es cierto que, Lincoln sabe apañárselas solo, pero al menos, antes de que yo llegara, estaba Jack con él. Si yo me voy, se quedará solo de verdad. No tendrá a nadie.

Lo conozco, y si logra llevar a cabo la venta del taller, se recluirá en el bosque y bajará al pueblo en contadas ocasiones.

Imaginármelo en esa casa, sin nada más que la compañía de su música a todo volumen, y los demonios de su interior, me parte el alma.

—¿Y qué pasará con Lincoln?

Solo pienso que le prometí quedarme. En cómo se aferraba con desesperación a mis palabras cuando las pronuncié entre sollozos temblorosos. Soy una traidora.

—Eso no es asunto tuyo, Mia. Lincoln es mayorcito. Y no olvides que, si te encuentras en esta situación, no es más que por sus majaderías.

Asiento. Tiene razón. Eso no me desprende del sentimiento de culpa que se apodera de mí.

Le pido que me deje pensarlo. Le prometo que lo consultaré con la almohada y que le haré saber algo. Audrey no me insiste, pero sí me dice que intente ser honesta conmigo misma.

Que no defienda acciones que no tienen defensa posible y que, sobre todo, tenga presente que ella está aquí para mí.

En mi cabeza se agrupan todos los momentos vividos con Lincoln desde el día que lo conozco, y desesperada por tomarme un respiro, le suplico que cambiemos de tema, y me ayude a distraerme.

Audrey me ofrece ir a buscar a Macy, y dar un paseo con ella, aprovechando que hoy no llueve. A pesar de que hace un frío de mil demonios, me convenzo de que el aire gélido me vendrá bien y salimos las dos en busca de nuestra amiga.

—¿Juntos? ¿Juntos? —cotillea Audrey.

Macy resopla fingiéndose cansada, la tonta sonrisa que dibujan sus labios la delata y acaba por confirmar:

—Sí.

Las dos aplaudimos.

—Sois tremendas.

Acaba de confesar lo que ya sabíamos. Asher y ella han vuelto. Han decidido darse otra oportunidad. Van a tomarse las cosas con calma. Me alegro por ellos.

Tras nuestro pequeño paseo, no siento los dedos de los pies y decidimos refugiarnos en la hamburguesería.

Está anocheciendo. No tengo noticias de Lincoln. Así que me apunto a cenar con ellas.

Todavía no le he dado el primer bocado a mi hamburguesa cuando aparece Clayton. Me guiña un ojo y saluda a su novia y a Macy.

Es un buen tío.

Nos enfrascamos en una conversación carente de sentido. Justo lo que necesito para olvidarme de todo.

Nos reímos y despotricamos a cada cual una tontería más grande.

¡Qué bien sienta!

El hombre del momento entra por la puerta. No puedo evitar removerme en mi asiento, y que una sonrisilla que, por más que, intento ocultar, no consigo, se instale en mi rostro. Macy pone los ojos en blanco al ver que no soy la única en adoptar esta infantil actuación.

Asher no se corta un pelo. Se acerca a Macy y, sujetándola por la cintura, la levanta del asiento granate y la estrecha contra él. La besa y atrapando el labio inferior de mi amiga entre sus dientes, tira de él con dulzura.

—Te he echado de menos.

Ella pone los ojos en blanco una vez más.

—No seas melodramático —responde Macy. Asher sonríe y la besa una vez más. Esta a pesar de sus protestas, se rinde de inmediato a él.

Menos mal que iban a tomárselo con calma.

Miro a Audrey ella levanta las cejas, opina lo mismo que yo.

No decimos una palabra.

Asher toma asiento y la bocazas de Audrey, le cuenta el ataque del oso. Al parecer, Asher no tenía ni idea.

Clayton se centró en comentarlo con su novia, y su novia con Macy, dejando al pobre Asher al margen.

Incrédulo, se lleva las manos a la cabeza y pregunta un millón de veces si me encuentro bien.

—¿Pero estás buena? —Todos rompen a reír. Es evidente que los nervios lo han traicionado y que su intención era preguntarme si estaba bien. Aprovecho su confusión para reírme de él un poquito.

Me señalo de arriba a abajo con el dedo.

—¿No me ves? —inquiero divertida.

Alejando así su preocupación. O al menos, eso espero.

Asher se levanta del asiento cabeceando, en el que está tan cómodamente instalado con su *novia*, y dándonos a todos por imposibles, se aproxima a mí.

—Anda, ven aquí, guapísima.

Abre los brazos de par en par y yo rápidamente me pongo en pie y le acepto el abrazo.

Resopla contra mi cuello.

—Eres un peligro andante —sentencia, convencido.

Me río, pero no le quito la razón.

No hemos roto el abrazo cuando una mano tira de mí y me arrastra por el local, en dirección a la salida. Sin levantar los ojos, comprendo que se trata de Lincoln.

Miro a las chicas antes de que me saque del local a rastras y les digo que las llamaré. Audrey asiente y le dedica una mirada asesina a Lincoln. Tras lo que le conté hoy, no es para menos. No puedo culparla.

Las tranquilizo con la mirada y, aunque veo cómo Audrey al salir al exterior se levanta de la mesa con la intención de salir a mi encuentro, Clayton la frena, y ella planta el culo en el banco una vez más.

Me fastidia dejarla tan preocupada.

Comprendo que el arranque de Lincoln no es más que un ataque de celos carente de sentido.

Al menos, esta vez, no se ha liado a puñetazos con Asher. ¿Por qué siempre me pilla con él a pesar de ser con el que menos tiempo comparto?

Lincoln nos conduce a su camioneta y cuando entro en la parte del copiloto, él cierra con un señor portazo.

Me sobresalto en el asiento. Pero no le doy mayor importancia.

—¿Se puede saber qué te pasa?

Sé lo que le pasa. Pero quiero que se escuche en alto a sí mismo decirlo y se percate de lo absurdo de su pensamiento.

Lincoln mete la llave en el contacto, y saca el vehículo de la acera, haciendo rechinar las gomas de las ruedas.

—¿Qué hostias hacías, Mia?

—Cenar —respondo impasible.

Me cruzo de brazos y centro la vista en la ventanilla. Es un neandertal. No voy a dejar que me fastidie la noche.

Se mantiene callado, pero a cada metro que avanzamos parece más cabreado. Problema suyo.

Su pesado pie se deja caer contra el acelerador y cada vez conduce más rápido.

—¿Puedes ir más despacio?

No responde.

Se limita a aumentar la velocidad. Reconozco que empiezo a inquietarme cuando, al tomar la curva en una calle, calcula mal la distancia y monta una rueda en la acera. La Chevrolet derrapa, enseguida se hace de nuevo con el control del volante. Aun así, me sujeto con las dos manos al salpicadero.

Lincoln siempre conduce como un demente, pero hoy lo está llevando demasiado lejos.

Gira el volante y tira del freno de mano, utilizándolo para reducir un poco la velocidad en la curva que está tomando. De nuevo baja la palanca y vuelve a apretar a fondo el pedal del acelerador.

—¡Lincoln!

Ni caso. Con los dientes apretados y la vista al frente, sigue pendiente de su circuito de carreras particular.

Toma una curva más y endereza el volante.

Hiperventila y enseña los dientes, como tantas veces hace cuando está cabreado o excitado. En esta ocasión la excitación no tiene nada que ver. O, al menos, no esa clase de excitación que puede llegar a ser tolerable.

Acelera en la recta y respira cada vez con más dificultad.

—Joder, Lincoln.

Al ver que no me presta atención en absoluto, tiro del cinto y me lo pongo.

Clava a conciencia el pie en el acelerador y el viento que azota de lateral, consigue hacer vibrar la camioneta.

Estira los brazos por completo y agarra con fuerza el volante con las dos manos.

Es tanta la presión que ejerce, que su camiseta empieza a teñirse de rojo. Otra vez se está haciendo daño y se le ha saltado algún punto. Así no se recuperará en la vida.

—Para, Lincoln.

Ruge a mi petición cuál bestia indomable.

Cuando llevo la vista al frente, abro muchísimo los ojos al percatarme de que estamos a pocos metros de un árbol, y si no lo esquiva, acabaremos empotrándonos contra él.

¿Qué mierda le ocurre? ¿Acaso no lo ve?

—Por favor, Lincoln. ¡Frena! —chillo.

Y no lo hace.

Simplemente, mantiene el pie hasta el fondo y rechina los dientes.

Presa del pánico, me inclino hacia adelante al percatarme de que Lincoln no lleva el cinturón abrochado. ¡Mierda!

Puede que sea un demente. Pero no consentiré que le ocurra nada.

Estiro los brazos, antes de poder alcanzarlo para protegerlo con mi cuerpo. Un estruendo enorme me sacude y mis oídos se llenan de un pitido estridente, justo cuando me golpeo la frente contra el salpicadero y dejo paso a una oscuridad infinita.

Lincoln
Capítulo 33

—Nena… —La llamo, no me escucha. —¡Nena!

¿Qué hostias he hecho?

Al entrar en la hamburguesería y ver cómo el capullo de Asher Johnson ponía sus manos sobre ella, me he vuelto loco.

El caos se desata a nuestro alrededor.

Sostengo la inerte cabeza de Mia entre las palmas de mis manos y los primeros curiosos se aproximan al vehículo.

«Hostias, nena. Reacciona.»

—Nena. Joder, nena, despierta.

Ha debido golpearse contra el cierre de la guantera, tiene una brecha en la frente.

No sangra mucho. Eso es buena señal. O puede que no.

—¡Mia!

Sigue sin abrir los ojos.

A cada segundo que transcurre, más y más personas, se agrupan alrededor de la camioneta.

Me deshago del cinturón que la tiene apresada y la recuesto en el asiento del copiloto. Estar en un pueblo pequeño tiene sus desventajas. Y una de ellas, es que en pocos minutos todos sus habitantes, se enteran de cualquier cosa que suceda en él.

Estoy reclinando un poco el asiento de Mia, para acomodarla, cuando Kai golpea el capó con un puño y un segundo más tarde, abre la puerta del lado de Mia.

—¿Estáis bien?

Al percatarse de que Mia permanece inconsciente, se pasa la mano por la cara.

—Hay que llevarla al hospital —dice en el momento en el que se agacha para coger a Mia en brazos.

Lo freno a tiempo.

—Nadie va a llevarse a Mia, y por supuesto tú, no vas a ponerle las manos encima.

Le sostengo el antebrazo con una mano y niego con la cabeza, apretando los dientes y gruñéndole.

Advierto sus intenciones de protestar. En ese instante, Mia emite varios lamentos y los dos centramos la atención en ella.

Hace el amago de llevarse la mano a la frente, donde tiene la herida, y Kai levanta la suya con la intención de detenerla y que no se lastime. Una vez más, lo freno a tiempo. Deja caer el brazo a su costado al darse cuenta y resopla. Pero no dice nada. ¡Pobre de él!

—Que no la toques, hostias.

Mia parpadea un par de veces, con la vista perdida en el techo de la Chevrolet. Abre los ojos y parece aturdida y descolocada. Normal. Percibo su miedo cuando clava sus preciosos ojos grises en los míos.

—No te muevas. Enseguida te llevo a casa.

Su débil voz llega a mis oídos.

—¿Estás bien? Lincoln, tú… ¿Estás herido? —pregunta dejándome perplejo y vuelve a quedarse en un estado de semiinconsciencia.

Salgo de la pickup y abro el capó. Kai me sigue de cerca.

Se ha jodido el radiador. Así no vamos a llegar a casa.

—¡Mia! ¡Mia!

La novia de Clayton se avecina a toda velocidad, seguida por su novio y sus amigos.

No ha alcanzado la puerta de la camioneta, pero me planto delante y cruzo los brazos a la altura del pecho. No es momento de que nadie la moleste.

Solo quiero llegar a casa y ocuparme de sus heridas, hostias.

—Audrey —la reclama su novio, cuando ya está de pie frente a mí e intentando amenazarme con la mirada.

—Hazle caso a tu novio.

—¿Está bien? —pregunta Clayton.

Me limito a asentir una única vez sin dejar de mirar a su novia. Clay se aproxima al capó y al echar un vistazo y ver de dónde sale la humareda, corrobora:

—Así no vais a llegar lejos —. Saca de su bolsillo delantero las llaves de su Ford y me las lanza. Las pillo al vuelo y se lo agradezco con la mirada —. Nosotros vamos en la de Asher. Os vemos en el hospital.

¡Qué puta manía tiene todo el mundo con decirme dónde tengo que llevar o no a Mia! Me meto las llaves en el bolsillo, abro la puerta del copiloto y cojo a mi hembra en brazos. Está despierta, pero sigue algo aturdida. No opone resistencia. Cosa que me alegra.

Se acurruca contra mí y me apoya la mejilla en el brazo. Sonrío para mis adentros al darme cuenta de que está evitando tocarme el pecho para no hacerme daño.

En esa posición está incomodísima. Con la palma de la mano le coloco la cabeza sobre mi pecho y echo a andar con ella.

—Me voy a casa. Mañana te devuelvo la camioneta, Clayton.

Sus amigos y muchos de los vecinos empiezan a murmurar. Me importa una mierda su opinión. Yo sé lo que tengo que hacer.

—Lincoln, necesita puntos —escucho a Kai.

—Y los tendrá —confirmo.

Stuck de Thirty seconds to mars, suena bajito. Me siento en la pequeña mesa de madera que hay frente a la chimenea y me acerco a Mia, que lo hace en el sofá.

Sus ojos se dirigen a la aguja que sujeto entre mis dedos. Tiene miedo. La ignoro. Tengo que coserla, tiene una buena brecha.

¿Podía haberla llevado a un hospital? Sí.

Pero no he pisado uno en mi vida y no voy a empezar a hacerlo ahora. Yo puedo ocuparme.

—¿Tú estás bien?

Su pregunta me pilla por sorpresa. ¿Por qué hostias se preocupa por mí, después de lo ocurrido? Acabo de empotrarnos a posta contra un árbol.

—Quieta —. Me mira por encima de sus largas pestañas y parpadea un par de veces. No protesta. Caigo en que mi tono de voz ha sido mucho más cortante de lo que pretendía —. No puedes moverte o te harás más daño —digo, corrigiendo un poco la intensidad de mi voz.

Mia asiente y se deja hacer.

—Pero… ¿tú estás bien?

—Sí. —Concentrado en su herida.

La primera vez que la aguja traspasa su piel, solloza bajito. Y aunque trata de hacerse la dura, no se me escapan las lágrimas que caen silenciosas por las comisuras de sus ojos.

Me las ingenio para darle los menos puntos posibles y espaciarlos un poco.

Al terminar, corto el hilo y cuando voy a levantarme, ella pone su mano en mi antebrazo. Atrapo su mirada.

—¿Me dejas echarle un ojo a tu herida?

Estoy sangrando y, a juzgar por cómo me duele, no tendrá buena pinta. Me deshago de su agarre.

—No es necesario.

No protesta a mi negativa.

Me levanto. Echo más leña a la chimenea para que el fuego no se apague y le acerco un par de mantas al tresillo, mientras yo me siento en uno de los sillones de una sola plaza, me enciendo un porro, y subo mis pies embutidos en las botas militares a la pequeña mesa de madera.

—Duerme.

—¿Aquí? —inquiere.

Joder, pues, claro que aquí. ¿Dónde pretende irse? Se ha dado un golpe en la cabeza. No voy a dejar que duerma sola y arriesgarme a que le ocurra algo sin enterarme.

—Sí, nena. Aquí —respondo tajante.

—¿Seguro que te encuentras bien?

—Aha. Duérmete. Necesitas descansar.

No tarda en quedarse obedecer mi orden.

Yo, por el contrario, no pego ojo. No dejo de darle vueltas a la cabeza a lo que podría haber pasado. Podría haber matado a Mia. En mis veintiocho años de vida, jamás me he sentido culpable por nada y no sé cómo gestionar el sentimiento.

La observo bajo la única iluminación de las llamas del fuego.

«Si algo te ocurriera por mi culpa, no me lo perdonaría en la vida, nena.»

Mia
Capítulo 34

Permanezco sentada en uno de los sillones de la peluquería de Macy. Audrey me ha preguntado un millón de veces cómo me encuentro y ha dejado patente su enfado porque Lincoln no les permitiera llevarme a un hospital.

Yo le resté importancia, aunque admito que no me pareció bien. El que me tuviera que coser él, no fue nada agradable. Aunque reconozco que tuvo mucho más tacto del que me llegué a imaginar nunca. Todo quedó en un susto. Lincoln no me ha dejado saber, si él se lastimó con el golpe. Parece que no. Y yo, aparte de un susto monumental y la brecha de la frente, estoy como si nada hubiera ocurrido.

No dejo de darle vueltas a la cabeza. Todo esto se nos está yendo de las manos.

—Cuéntanos qué pasó, Mia.

Las chicas no son tontas y no se tragan que Lincoln se comiera de pleno el tronco de un árbol sin darse cuenta.

Y mucho menos uno por el que pasa a diario.

—No lo vimos —miento —. Para cuando Lincoln quiso reaccionar, lo teníamos encima; ya era tarde.

Me encojo de hombros tratando de quitarle hierro al asunto y, aunque ninguna de las dos está convencida con mi vaga explicación, no insisten.

Menos mal. No sabría ni por dónde empezar a contar la verdad.

¿Cómo les digo que le pedí por activa y por pasiva a Lincoln que frenara, y que su cabreo monumental, lo llevó a ignorarme, y estrellar la camioneta a conciencia?

Resoplo e intento olvidarme momentáneamente de lo ocurrido.

—¿Qué tal con Asher? —le pregunta Audrey a Macy.

Nuestra amiga pone los ojos en blanco y responde exactamente igual que ayer.

Somos unas pesadas. Le preguntamos lo mismo cada cinco minutos aproximadamente. Tenemos que tenerla harta. La pobre no protesta, se limita a ignorarnos y responder autómata que bien todo el tiempo.

Para dejar de incordiar a Macy, decido meterme un poco en Audrey.

—¿Qué tal con Clayton?

Macy se echa a reír. Audrey sonríe de oreja a oreja.

—Pensé que nunca me lo ibais a preguntar —. Nos miramos la una a la otra sin entender nada, y Audrey continúa: —Nos vamos a vivir juntos.

—¿En serio?

—Súper en serio. —Su entusiasmo es palpable.

¡Qué callado se lo tenía!

—¿Por qué no nos lo has dicho antes?

—No me lo habéis preguntado antes.

Tras someterla a un tercer grado, digno de las mejores prisiones estatales de nuestro país, Audrey nos cuenta que, después de lo ocurrido con aquella falsa alarma, y de estar a punto de dejar la relación con Clayton, él fue quien se lo pidió.

Al parecer, el estar a punto de perderla lo hizo darse cuenta de lo mucho que la necesita y de todo lo que representa Audrey para él.

A ella se la ve muy feliz, por lo que me alegro por los dos.

—¿Va a dejar de fumar porros? —se interesa Macy.

—Lo dudo —contrarresta mi amiga divertida.

—¿Va a dejar de vender hierba por lo menos? —continúo yo.

Las tres estallamos en risas. No es ningún secreto que, en este pueblo, Clayton Dankworth es el que maneja la hierba.

—Espero que no. Tenemos una hipoteca que pagar —suelta Audrey con todo el morro del mundo.

No digo nada, pero escuchar la confesión de Audrey, me hace comprender que esto va más allá que el mudarse, uno a la casa del otro.

—Eso podéis hacerlo con tu trabajo en la panadería y el suyo como pintor —protesta Macy.

Audrey nos mira como si no entendiésemos nada y prosigue:

—Con eso no me da ni para comprarme la valla de jardín que quiero.

—¡Qué morro tienes, tía!

—Soy realista.

—Eres una viciosa.

—No sabes cuánto.

Me despido de las chicas y nada más poner el primer pie fuera de la peluquería. La música proveniente del taller, justo en la acera de enfrente, capta mi atención.

Tenía pensado pasarme a comprar algunas cosas de última hora. Pero sin darme cuenta, mis pies avanzan en dirección opuesta.

Según me voy acercando, reconozco la canción es, *Go to war* de Nothing More.

Sin pretenderlo, empiezo a tararearla. Al parecer, estar con Lincoln me ha pegado el gusto por este tipo de música. Era eso o morir. Aunque sigo pensando en adquirir unos tapones para los oídos en la farmacia del pueblo y mandarlo al diablo por las mañanas.

Llego a la entrada y recorro el interior con la mirada buscando a Lincoln.

Tardo unos segundos en verlo de cuclillas en el suelo con un paño lleno de grasa en sus manos y una pieza metálica.

La estudia con detenimiento, mientras yo me centro en estudiarlo a él. Los vaqueros se ajustan a los músculos de sus muslos, y admito que me muerdo el labio inferior, con solo el pensamiento de saborearlo. Las cosquillas se arremolinan en mi centro de deseo.

No lleva camiseta y a la vista queda su ancha espalda, sus impresionantes pectorales, completamente tatuados. A excepción de las zonas que la venda todavía le cubre.

No tengo ni idea de lo que estoy haciendo. Deseo hacerlo, por lo que me dejo llevar.

Camino despacio a su encuentro. No ha levantado la vista, pero sé que es plenamente consciente de que estoy aquí.

Me posiciono a su espalda y estiro la mano. Me permito acariciar con uno de mis dedos la parte trasera de sus hombros.

Su piel es dura y cálida. Áspera y atrayente.

—¿Qué quieres? —Su voz cortante, consigue que me arrepienta de mi efusivo ataque de valentía y retiro la mano de su piel.

De inmediato, Lincoln se pone en pie, se da la vuelta y alzo la cabeza para poder mirarlo a los ojos dada su altura.

—¿Qué quieres, nena? —repite una vez más. Solo que, en esta ocasión, su voz se tiñe de un deseo que en la anterior pregunta ocultaba.

Tengo la boca semiabierta y la siento seca. Mi respiración se acelera y los ojos de Lincoln se trasladan a ella.

¿Qué quiero?

Ni siquiera yo sé lo que quiero.

Tal vez lo sé, pero reconozco que no debería.

—A ti —confieso sin vacilar.

Lincoln estira la mano rozándome una cadera y abre la puerta de un coche que está a mi espalda, montado en un elevador a ras del suelo.

Da un par de pasos hacia adelante sin dejar de mirarme, yo los doy hacia atrás, y no duda en apoyar la palma de la mano en mi pecho, y empujarme. ¡Joder! ¿Por qué el que sea tan brusco resulta tan sexy?

Caigo de espaldas en el asiento trasero del vehículo. Quedo semi recostada y, con los pies y los codos, me echo hacia atrás. Lincoln sube la parte delantera de las suelas de sus botas militares, al borde del coche. Se yergue por completo. Solo consigo visualizarlo hasta poco más de la mitad del pecho. Presiona un botón. (Lo sé porque del golpe que le ha dado, me sorprende que no se lo cargara.) Y el elevador comienza a ganar altura. Al tiempo que Lincoln se agacha y entra triunfal en la parte trasera del vehículo. Cubriéndome con su cuerpo.

Apoya las palmas de las manos a ambos lados de mi cabeza.

Su incesante y dura mirada, me traspasa el alma. Advirtiendo que no va a tener piedad. En este momento, yo tampoco la necesito.

Tensa los músculos y la punta de su vendaje, resbala y empieza a aflojarse.

—Enséñamelas —. Muerdo el interior de mi mejilla y él se explica —. Tus tetas, Mia. Enséñamelas. Quiero verlas.

Con una mano sostengo el bajo de mi cazadora y con la otra la punta de la cremallera que empiezo a deslizar despacio.

La paciencia no es su fuerte. Mientras yo acabo de desabrocharme el plumón, Lincoln agarra con las dos manos mi jersey y la camiseta al mismo tiempo, y las parte en dos. ¡Joder! Enreda dos dedos en el centro de mi sujetador y tira de él con fuerza, dejando mis pechos expuestos.

—No tengo todo el día, Mia.

Me enseña los dientes y azota uno de mis pechos con la mano abierta. Lo masajea un par de veces y lo sacude antes de volver a darle otra cachetada.

Su vendaje va perdiendo consistencia y algunas vueltas van cayendo ante sus bruscos movimientos, al tiempo que el rojo tiñe su blancura.

Llevo las manos al botón de sus pantalones vaqueros y, con premura, lo desabrocho. Él introduce su mano en ellos y, sin perder tiempo, libera su erección. Firme, gruesa y absolutamente preparada.

Sonríe de medio lado, imagino al ver mi cara de espanto. Puede que ya sepa a lo que me enfrento, todavía no deja de sorprenderme la gran virilidad de Lincoln.

Pasea las manos por mi cuerpo, hasta encontrarse con el cierre de mi pantalón. Sin sutilezas, lo desabrocha y lo desliza por mis piernas al mismo tiempo que arrastra mi ropa interior.

—Ábrete de piernas. —Esa simple orden y ya estoy jadeando como una posesa.

Abro bien las piernas y dejo que se acomode entre ellas.

Se agacha hasta que su boca queda a la altura de mis pechos y empieza a sobármelos con las manos. Acerca su lengua y se apodera de uno de mis pezones. Lo succiona, para después lamerlo y empapármelo de saliva.

—Me encantan tus tetas.

Le sonrío con timidez. Y lo observo mientras juguetea con ellas. Se incorpora un poco y arrodillado entre mis muslos, se agarra la base de la polla y, con la mano libre, separa mis pliegues. Sacude su gota de semen preliminar en el centro de mi sexo y fija la vista en

ese punto. Mientras pasea su polla arriba y abajo por mi vagina y resopla.

Mi humedad la empapa y él se masturba sin pudor.

Una vuelta de venda cae y se le enreda en el antebrazo, sin preocuparse de lastimarse. Lincoln tira de ella con fuerza y se desprende de todo el vendaje. Lanzándolo a la parte delantera del coche.

—Te vas a hacer daño… —Lo reprendo entre jadeos.

Clava sus oscuros ojos en los míos y ladra:

—Mastúrbame.

Le mantengo la mirada, me llevo la palma de la mano a la boca y la lamo, empapándola de mi saliva. Envuelvo la base de su miembro con mi puño, el cual no consigo rodear por completo, y empiezo a deslizarlo arriba y abajo lentamente.

Lincoln cierra los ojos unos segundos y se deja envolver por el placer que, sin lugar a dudas, se apodera de él.

Busca mi entrada y me penetra con dos dedos.

—¿Eso qué es, Mia? Más rápido, hostias —exige, fijándome de nuevo.

Obedezco.

Acelero el ritmo y lo masturbo rápido y ejerciendo presión cada vez que deslizo mi mano hacia abajo.

Me retuerzo al sentir sus dedos chocar contra la pared frontal de mi sexo. Muerdo mi labio inferior y gimo.

Lincoln apoya una mano en mi rodilla, obligándome a abrir más las piernas. Sus dedos se mueven de un lado a otro chocando con mis paredes laterales y cada vez estoy más lubricada. Más excitada.

No dejo de masturbarlo. Aumento el ritmo un poquito más a cada segundo que pasa.

Lincoln gruñe. Abre la boca, pero de ella no sale sonido alguno.

Introduce un tercer dedo en mi vagina. Arqueo la espalda y jadeo.

—Lincoln…

Ejerce muchísima presión y siento que voy a correrme ahora mismo si no afloja un poco el ritmo.

Aprieto con el puño la base de su polla.

Abandona mi coño, me sujeta las muñecas y las sube por encima de mi cabeza.

—Mantenlas en alto. —Las bajo para sostener sus caderas y él las sube una vez más. —No-me-toques.

Se yergue sobre mí, a pesar de tener que inclinar la cabeza para no golpearse contra el techo del vehículo.

Coloca su polla en mi entrada y luego sube las manos al techo del coche, donde estira las palmas y, con un experto y, tosco movimiento de cadera, me penetra por completo.

—Oh, Diosssssss.

—Sí, nena. Tu Dios.

Se mantiene quieto en mi interior. Reclama mi cuello con una de sus manos y me inclina hacia adelante.

Lo miro un par de segundos a los ojos y luego me fijo los ríos de sangre que se forman en su pecho. Pega mi cabeza a él por completo.

—Lame.

No puedo evitarlo. Su orden envía corrientes eléctricas directas a mi entrepierna. Que se sacude con su polla dentro y la estrangula.

Saco la lengua y despacio asciendo desde su estómago hasta su pecho, llevándome conmigo el pequeño riachuelo rojo que lo cubría. El sabor metálico de su sangre, se apropia de mis papilas gustativas. Trago sin que él tenga que pedírmelo y me lanzo a por el siguiente riachuelo que le cubre el pecho.

Lincoln mantiene el agarre en mi nuca y empieza a mover las caderas.

Metiéndome y sacándome la polla de dentro sin compasión alguna. Con muchísima firmeza.

Los hilos rotos de sus puntos me raspan la lengua. El sabor de su sangre me excita, y su experimentada polla me eleva al paraíso.

—Joder, no quiero que pares. No quiero que pares nunca.

Cambia la mano a mi cuello y me vuelve a empujar, dejándome de nuevo tumbada sobre el asiento.

Sujeto al techo de tela, me embiste con fuerza. Arqueo la espalda para recibirlo y gimo su nombre de forma incoherente.

—Me estás volviendo loca.

A pesar de lo resbaladizo que está, a causa de lo lubricada que estoy yo, le cuesta entrar, y tiene que apretar con fuerza para conseguir metérmela entera cada vez que retrocede unos centímetros. Siento que me desgarra por dentro una vez tras otra.

—Me toca, Mia.

¿Le toca? Da igual. No hago caso a su advertencia y me centro en resistir que siga follándome como lo hace. Y porque no decirlo, disfruto de cada empalada.

Lincoln se deja caer sobre mí y apoya la cara a la altura de mis pechos, mira hacia arriba y me enseña los dientes.

Un escalofrío me recorre al sentir su polla hincharse dentro de mi sexo.

Abre la boca y muerde el lateral de uno de mis pechos.

—Joderrrrr —lloriqueo.

Estoy segura de que, si me hubiese mordido un pezón con esa intensidad, me lo habría arrancado. Es un bestia.

Tan completamente centrado en lo suyo. Tan exigente y torturador.

Empieza a succionar el lugar en el que aún tiene los dientes hundidos y a tragar, al mismo tiempo que sus caderas se mueven frenéticas de adelante a atrás, sin perder el hilo del ritmo y follándome con intensidad.

Por fin me libera. Pega su cara a la mía y la sangre le resbala por la comisura de los labios. Se mezcla con su barba de varios días y desciende por su barbilla. Se acerca a mi boca, sujeta mis mejillas con tres dedos e introduce la lengua. Me besa exigente y repleto de lujuria.

Le devuelvo el beso. Pero me cuesta seguirle el ritmo. No sé si atender sus exigentes labios o el vaivén de sus caderas delirantes.

Estoy a un paso de cruzar el nirvana.

Se retira unos centímetros, mi boca abierta y jadeante, hiperventila. Lincoln me escupe dentro y luego lame mis labios, antes de erguirse de nuevo y volver a concentrarse en clavarme su polla lo más profundo y duro posible.

Retrocede y abandona mi cuerpo. Sujeta mi pelo entre sus dedos y me desliza hacia abajo. Ahora sus muslos flanquean mi pecho.

Con una mano se sostiene la erección y la mete entre mis pechos.

—Cógetelas con las manos y apriétalas contra mi polla. Quiero masturbarme con tus tetas.

Obedezco y su miembro resbala entre mis pechos, subiendo y bajando. Tiñéndolo todo de rojo, cuando la sangre de su herida, se mezcla con el mordisco descomunal de mi pecho. El dolor es intenso, el placer lo supera.

Cuando empuja hacia arriba su glande, me golpea la garganta. Sin poder evitarlo, aprovecho para bajar la barbilla y darle un lametón cada vez que sube.

Inspira entre dientes y me manosea los pechos.

Juguetea con ellos y me pellizca los pezones. Su vaivén de caderas, a cada instante que pasa, se torna más veloz.

Elevo las caderas, sintiéndome completamente vacía y necesitándolo. Parece percibirlo porque enseguida libera mis pechos y vuelve a bajar para metérmela de nuevo.

—Frótate las tetas mientras te follo, nena.

Hago lo que me pide sin poder dejar de observarlo. La tensión de sus músculos, como se marcan todas y cada una de las venas de su cuerpo. Su piel cubierta por una capa de sudor. Sus tatuajes relucen y mi cuerpo vibra al observarlo.

Gimo su nombre y arqueo la espalda.

Levanto la pelvis para conseguir que me embista más profundo.

Apoya la palma de la mano en mi cuello y empieza a apretar. Cada vez un poco más, y más, y más…

—Ah… —Pierdo el norte, el sur, el este… todo… Ya no queda nada.

Hasta que mi mente se nubla, los músculos del interior de mi sexo se contraen. De los dedos de mis pies parte un hormigueo que se apodera de mi cuerpo y antes de que quiera darme cuenta…

Un espectacular orgasmo me atraviesa.

Abro muchísimo la boca, sin embargo, de ella solo sale un pequeño hilo de voz en forma de jadeo en el que pronuncio su nombre.

—Lincoln.

No se detiene, aprieta más y más, y más…

No puedo pensar. No puedo respirar. No consigo articular palabra. Los sonidos se evaporan en mi garganta antes de abandonarla.

Hasta que pierdo la noción de lo que ocurre. Del tiempo. Del lugar y de mí misma.

Pero siento cómo se clava en mí una última vez, sus muslos se tensan. Su polla se endurece y su viscosa esencia me invade por completo.

Alza la cabeza al techo y gruñe cuál animal. Uno herido y repleto de ira. El más peligroso de todos.

Me suelta el cuello justo cuando creía que iba a perder la conciencia. Lincoln me da un par de palmadas en las mejillas.

—Ey. Espabila que te me pierdes. —Me golpea con la mano de nuevo.

Recupero rápido y toso desenfrenada, mientras él se deja caer sobre mí y respira con pesadez.

Me estabilizo y dejo de toser. Lincoln calma su respiración. Noto que va a incorporarse, en ese momento, lo envuelvo con mis brazos y enredo los dedos en su pelo negro como la noche.

Le acaricio el cuero cabelludo, y él, de nuevo, deja descansar su mejilla contra mis pechos.

Parece relajarse, por lo que no paro. Me acaricia una sola vez con el reverso de sus dedos, el mordisco que me ha dado hace un rato en el pecho.

—¿Te duele?

Pues claro que me duele. ¡Y él lo sabe! Además, lo hemos pringado todo de sangre. Y ambos estamos hechos un desastre.

Este hombre no hace más que marcarme de todas las maneras posibles, y no lo hace precisamente de un modo discreto, o indoloro. En mi vida he estado tan magullada como ahora.

—Eres un bestia —contesto mostrando mi disconformidad; aun así, mi tono es dulce y calmado.

—No disimules lo cachonda que te pone.

—Y me lo tengo que comer. ¡Tendrás jeta! —Cabecea, frotándose contra mi carne.

Admito que en el momento en el que me pilla desprevenida y estoy en el limbo, debatiéndome entre el orgasmo de mi vida y la

supervivencia. La calentura me puede. Pero ahora que el momento de lujuria queda atrás, y puedo pensar con claridad, tengo que hacerle entender que no puede seguir por este camino o acabará por sepultarme bajo tierra en tres o cuatro encuentros más como este.

—Eres un engreído.

Con una mano sigo acariciándole el pelo, y la otra la bajo a su espalda, y empiezo a hacer lo mismo. Lincoln no se mueve y respira en calma. Es la primera vez que lo tengo tan relajado y admito que me encanta. Disfrutar de él más allá del sexo… es peligroso.

Lincoln
Capítulo 35

Le arranco el bolso de las manos.

—¿De quién es? —pregunta Dominic.

—Es de Mia —respondo metiéndolo en la parte trasera de la camioneta y cerrando la puerta.

Cuando estuvo aquí hace un rato, prefirió llevarse solo el monedero para ir al súper y no cargar con esa maxi maleta que la acompaña a todas partes.

—¿Cómo está? —miro a Kai.

—¿A ti qué hostias te importará? —Levanta las dos manos en señal de rendición. ¡Qué guantazo tiene!

Comprendo que lo dice por el asuntillo del accidente. Pero no es cosa suya.

Me he pasado todo el día arreglando el radiador. Por fin está listo. Hoy llevaré la camioneta a casa y mañana, podré venir en moto al pueblo. Resulta mucho más cómodo. A pesar del puto frío que hace.

¿Cuándo se va a poner a nevar en serio de una vez?

Morgan entra en el taller seguida por Brittany y su hermana Paige.

No me molesto ni en mirarlas. Abro la nevera y saco tres cervezas. Le tiendo una a Kai, y Dominic ya me arranca la suya de las manos antes de tener la oportunidad de ofrecérsela. ¡Qué tío!

Kai se levanta de la mesa del despacho, rodea la cintura de su novia y opta por besarle el escote antes que los labios. No me extraña. Yo haría lo mismo. La chica lleva la mitad de las tetas por fuera. Tiene que estar congelada.

Descorcho el botellín y me lo llevo a los labios a la misma vez que apoyo el culo sobre la nevera pequeña.

—Podemos ir a tomar algo —propone Morgan.

Sí, podemos. Pero yo tengo que esperar a que llegue Mia. No tardará mucho. Le había dicho que nos iríamos a casa.

Kai me mira y yo le explico.

—Mia está al caer.

Brittany tuerce el gesto. Zorra celosa. Le resto importancia. La ignoro como llevo haciendo desde que le dije que despejara el camino. Ya no me interesa. Parece que ella no sabe pasar página. A pesar de no tener mucho que olvidar. Ella y yo nunca tuvimos nada.

—La esperamos —argumenta Dom —. Por cierto, tío. El puto anticongelante que me vendió este —golpea con el puño a Kai —. Es una mierda.

—Te dije que no se lo echaras al coche —, se defiende Kai.

—Sí, sí. Me tangaste, capullo.

—Te dije que no valía.

—¿Y para qué coño lo vendes?

Pierdo toda la atención que tenía en la pelea absurda que mantienen estos dos y, por el rabillo del ojo, veo a Mia entrar en el taller, encaramarse a la rueda de la Chevrolet y mis ojos se dirigen a la curva de su culo. Se le tensan los músculos de las piernas con el esfuerzo y mi polla palpita en mis pantalones. Deja un par de bolsas de papel, llenas hasta los topes, en la parte trasera de la camioneta.

No puedo evitar fruncir los labios y esconder una sonrisa al verla con mi cazadora, donde caben cuatro como ella. Hoy con las prisas me cargué toda la parte superior de su vestimenta.

Mi jodido ego de macho alfa me golpea el pecho.

—Yo no lo vendo, imbécil. Tú me hiciste pedírselo directamente al proveedor. Te dije que era una mierda.

—Pues no haberme hecho caso.

Kai y Dominic siguen enfrascados en lo suyo.

Mia se asoma ligeramente a la puerta del despacho, pero retrocede al ver que no estoy solo y percatarse de toda la gente que está en él.

Silbo sin mirarla, sabiendo que llamaré su atención. No me equivoco. Le hago una señal con los dedos y Mia se aproxima, poco convencida. Cuando está lo suficientemente cerca, atrapo su cadera con mis dedos y le doy la vuelta, dejándola de espaldas a mí. La apoyo contra mi cuerpo, y apoyo la barbilla en su coronilla.

—¿Qué? ¿Nos vamos?

Dominic deja la pregunta en el aire. Nadie responde, pero todos se ponen en pie y empiezan a andar hacia la salida.

Me monto en la camioneta y la saco del taller. Para cuando voy a salir a cerrar la persiana, ya lo ha hecho ella.

Kai para su pickup a mi lado y le da un par de palmadas a la carrocería, sacando el brazo por la ventanilla. Me señala la dirección de nuestro bar de siempre y asiento.

Mia ocupa su lugar y emprendo la marcha.

—Si me dejas al final de la calle, tomaré algo con las chicas hasta que termines.

Giro la cabeza y la miro por encima del hombro.

¿Tomarse algo con sus amigas? ¡No!

Ese no era el plan. Y no es lo que va a pasar. No la he esperado para que ahora se largue. Además, es que no quiero que lo haga. Quiero que se quede conmigo.

—Te vienes con nosotros.

No le doy más explicaciones. No creo que sean necesarias. No dice nada. Noto que no está cómoda. Pero eso es solo porque nunca se viene conmigo. Siempre se queda con esa gente. Tampoco es que a mí me interese mucho perder el tiempo aquí. Podemos largarnos a casa sin más. Al parecer, para ella, sí son importantes las relaciones sociales, y aunque, me toca las narices y no me gusta compartirla con nadie, prefiero que socialice con mis amigos, mientras yo estoy presente, a que lo haga con gente que no conozco de nada y sin mí.

—Una rápida y nos vamos —intento que se quede más tranquila.

Puede que luego sea ella la que no quiera irse. Quién sabe.

Efectivamente, una rápida y nos largamos.

Brittany no hacía más que asesinar con la mirada a Mia, a pesar de mis advertencias silenciosas. Y Mia que no se deja acobardar, se las devolvía multiplicadas por mil.

Las de Brittany parecían querer reclamarme, cosa que no deja de tener su gracia. Nunca fui suyo.

Pero las de Mia parecían decir; «como me toques los cojones, te arranco el cuello.» Nada tenían que ver conmigo.

Era demasiado incómodo hasta para nosotros, que normalmente pasamos de todo. Por lo que, decidí que lo mejor era retirarnos.

Acabamos de cenar y hago el intento de salir al porche un rato. El frío consigue acobardarme y acabo tirándome en el sofá y liándome un porro frente a la chimenea.

Mia acaba de fregar los cacharros y anda trasteando por la cocina.

Me enciendo el canuto, le doy un par de caladas y lo apoyo en el cenicero para ir en busca de una Budweiser.

Abro la nevera y veo que Mia tiene una caja de pastillas entre las manos. Saca de ella una tableta con varias. Coge una y bebe directamente del grifo al mismo tiempo que se la lleva a la boca y traga.

¿Qué se está tomando? ¿Qué le pasa?

Cojo el botellín y lo abro, dándole un pequeño golpecito con el puño. Me lo llevo a los labios, le doy un trago, y lo apoyo en la encimera. Me acerco a Mia, le quito la caja de las manos y la observo. No sé qué hostias pone. Por lo que no sé para qué son.

—¿Estás enferma? —Quizá estar enferma sea algo exagerado, me corrijo. —¿Te duele algo?

Me sonríe y niega con la cabeza al mismo tiempo.

A punto estoy de exigir una explicación cuando ella me la da.

—Es solo la mini píldora.

¿La qué?

—¿De qué hostias hablas?

No soy imbécil, sé lo que es la mini píldora. Pero mi mente no asimila el que Mia la esté tomando. Jamás la había visto hacerlo. Y, por supuesto, no entra en mis planes. Y no lo hará. Ni ahora ni nunca.

Ella sí debe creer que soy estúpido, porque sigue con sus explicaciones…

—La mini píldora, ya sabes para no quedarme… bueno, ya sabes. La tomo por las noches.

Ella sigue hablando y a mí se me nubla el pensamiento.

¿Qué hostias me está contando?

Recupera la caja de mis manos y, poniéndose de puntillas, la deja en una esquina del mueble de la cocina.

Me había quedado completamente fuera de juego por unos instantes. Recupero la conciencia y tenso la mandíbula.

—¿Estás jugando conmigo? —rujo cabreadísimo.

Esto sí que no. No voy a tolerarlo.

La expresión de Mia cambia cuando ve que no estoy bromeando y que no voy a consentir que nos haga esto a ambos.

La agarro por la nuca y arrastras la llevo al baño que está a pocos metros. Abro la puerta de una patada.

Mia protesta y se revuelve. ¡Lo que me faltaba!

—Lincoln…

—Cállate —ladro, hasta los cojones ya de todo.

La suelto y cae de rodillas en el suelo. Me dejo caer a su lado. Abro la tapa del inodoro y la sujeto con más fuerza por la nuca.

—Pero, ¿qué estás haciendo? ¿Qué pasa, Lincoln?

Le retiro el pelo de un par de manotazos de delante de la cara y le meto los dedos en la boca. Presionando con fuerza su garganta hasta que siento su estómago convulsionar y las ansiadas arcadas de Mia, inundan mis oídos.

Hostias, espero llegar a tiempo.

Golpeo su tráquea un par de veces más, cuando su vómito se hace inminente, retiro los dedos, le sujeto el pelo, y embuto su cabeza en el váter, para que pueda vomitar tranquila.

Lo hace y acto seguido empieza a toser y toser. Le levanto la cabeza y vuelvo a meterle los dedos.

Tiene que vomitar más si queremos arreglar esto.

—Todo, nena. Échalo todo.

Poco tarda en volver a estar perdida en un mar de arcadas y acaba vaciando todo el contenido de su interior por el inodoro, mientras patalea con los pies contra el suelo de madera.

El ver que todo se lo lleva el sumidero, me relaja un poco. Pero no es suficiente.

Estoy que ardo.

—En qué mierda pensabas para hacer algo así, ¿eh? Respóndeme, hostias. —Pero no puede hacerlo, porque todavía se ahoga en arcanas y continúa vomitando.

La incorporo un poco y le paso mi antebrazo por la boca, limpiándole los restos con la manga de mi camiseta negra.

Levanto a Mia del suelo. Tiro del dobladillo de mi camiseta y me desprendo de ella. Tan pronto como la tengo en mis manos, la lanzo al cubo de la basura.

La cara de Mia está toda roja y apenas logra protestar algo coherente que yo consiga entender, pero eso no la detiene.

La agarro por un codo y salgo del baño a trompicones con ella y, de nuevo, la dejo en el centro de la cocina.

Tras zarandearla un poco, le enseño los dientes y rujo para que comprenda lo que ha hecho y lo enfadadísimo que estoy en estos momentos.

Me planta las dos manos en el pecho, pero cuando percibe que me está presionando la herida, en vez de empujarme, recula ella un par de pasos. Pasos que yo vuelvo a salvar de inmediato y me planto frente a ella.

Tiro del dobladillo de su camiseta y se la saco por la cabeza sin esfuerzo ninguno. Mia se cubre los pechos desnudos con sus brazos.

¡Hay que joderse! ¿Ahora se tapa en mi presencia?

No puedo más. ¿Hasta dónde va a llevar esta locura?

Enredo la camiseta en sus muñecas…

—Lincoln, para. ¿Qué haces? ¡Para! Se te está yendo de las manos. Déjalo ya, por favor.

¿Qué pare yo? Qué pare ella, hostias.

La tiro en el suelo y le ato con la camiseta las muñecas a una de las tuberías verticales de la cocina.

—¡Lincoln! ¿Te has vuelto loco?

Empieza a revolverse y a patalear en todas direcciones.

—Quieta —exijo.

No hace caso. Y eso solo consigue ponerme más nervioso.

Tiro de su pantalón de pijama y de su ropa interior al mismo tiempo y la dejo desnuda.

Mia respira acelerada.

Y sus ojos se inundan de lágrimas. ¡No me jodas!

No voy a violarla si no es lo que ella quiere. Pero esto no se puede quedar así. Busco una solución rápida a todo este desastre que ella ha causado y enseguida doy con ella.

Me posiciono entre sus piernas y grita.

—No voy a violarte, cállate —rujo demasiado cabreado como para que me importen sus sentimientos en este momento.

¿De veras me cree capaz de algo así? Nunca se la he metido sin saber que ella lo deseara.

Arrodillado entre sus piernas, abro bien los muslos para que Mia no pueda mover las piernas y una de sus incesantes patadas me atrape. Me saco la polla de los pantalones y me inclino una sola vez a lamerle un pezón.

No necesito más para que se me ponga dura como una piedra.

Vuelvo a incorporarme y empiezo a masturbarme. Ella no deja de revolverse y yo no pierdo de vista sus tetas que se bambolean con cada movimiento.

—Estás loco. Eres un puto demente. Suelta, Lincoln. Te aseguro que de esta no te libras. Te estás pasando. Enfermo. Enfermo de mierda. —Le cruzo la cara de un bofetón, solo para que deje de soltar chorradas. Está claro que es solo un toque de atención, de querer hacerle daño, la habría dejado KO.

—Mantén el pico cerrado de una puta vez —bramo para que me tome en serio. Debería. No estoy de puta coña.

Aumento el ritmo y me la machaco con fuerza. Mi respiración se acelera y aprieto el puño en el que tengo mi polla atrapada.

Intento alejar los pensamientos de lo que acaba de ocurrir. De lo que Mia nos ha hecho. Y me centro en lo que debo hacer.

No puedo evitar mirarla de vez en cuando a los ojos, enseñarle los dientes y rugir para que comprenda lo enfadado que estoy y que lo que nos ha hecho, no está bien.

Sigo sacudiéndomela y llevo dos dedos a su coñito. Le separo los pliegues. No voy a tocarla. Solo quiero verla.

Incluso ahora, negándose a complacerme, y asustada, sigue estando mojada. La tentación de agacharme, meter la cabeza entre sus piernas y comérmela entera es grande, me contengo.

—Déjame, joder. Lincoln, basta —lloriquea.

Basta. Eso digo yo, basta ya.

Las lágrimas resbalan por sus mejillas, me agacho y las lamo. Su sabor salado me sacude y la polla se endurece en mi mano. Comprendo que lo tengo ahí. Solo tengo que echárselo.

Le doy un par de sacudidas más y gruño, derramando mi semen en su vientre. Expulso todo el aire contenido en mis pulmones durante mi orgasmo. Sé que está atada, pero en cuanto asienta y vea un resquicio de buena voluntad, la liberaré, para que pueda hacer lo que le ordeno, y así solucionar este caos.

—Métetelo. Vas a coger mi semen con tus dedos y meterlo dentro.

Mia niega con la cabeza y yo vuelvo a encolerizarme.

—Hostias, nena. Métetelo si no quieres que lo haga yo.

No quiero hacerlo, precisamente porque sé que no lo desea. Y la respeto, pero no dudaré, si ella no colabora.

—Esto no funciona así —suelta entre sollozos.

—¿Qué no funciona así? Por supuesto que funciona así. Cómo crees que funciona, ¿eh? Yo follándote y tú tomándote esa mierda a mis espaldas. ¿Cómo hostias voy a cubrirte? ¿Me lo quieres explicar?

No suelo alzar el tono de voz con ella. Pero en esta ocasión es difícil contenerse. No después de lo que ha hecho.

—¿De qué estás hablando?

Me paso la mano por la cara y pellizco el puente de mi nariz, intentando recobrar la calma de nuevo. Hago crujir el cuello, girándolo a un lado y a otro.

Con el tono más sereno que soy capaz de adoptar en estos momentos, que por su culpa no es gran cosa, le hago saber que no voy a dejar que juegue con nuestra relación, con nuestros hijos.

—No voy a permitir que nos hagas esto, Mia. No consentiré que lo tires todo por la borda —. Ella no va a hacerlo, así que recojo con mis dedos, mi propia corrida, y le abro los labios menores —. Te dejaré preñada y parirás a todos mis cachorros —. Sigue estando atada, por lo que me facilita la tarea. Si solo hubiese visto buena voluntad por su parte, la habría desatado para que lo hiciera ella misma. Todo lo que he obtenido de ella desde que la he descubierto, han sido negativas —. Y no volverás a meterte toda esa mierda química en el cuerpo —. Se echa a llorar con más ímpetu y juro que me duele verla así, pero no puedo ceder. Acabará entendiéndolo y agradeciéndomelo. Disculpándose por hacer todas las barbaridades que hace —. Las cosas serán como tienen que ser, nena. Y ni tú, ni nadie, va a jodérmelas.

Finalizo mi discurso metiéndole los dedos en el coño y depositando allí mi semen.

Cierro los ojos y respiro con calma. Sintiendo que ahora las cosas se van a arreglar. Que he hecho lo que tenía que hacer.

Mia
Capítulo 36

Está completamente loco.

Anoche, cuando finalmente me desató, corrí escaleras arriba de inmediato. Lo dejé arrodillado en el suelo de la cocina, mirando hacia las vigas del techo. Y, lo que más me asustó, es que parecía totalmente en calma consigo mismo después de lo que me había hecho.

¡Este tío se merece que lo encierren!

Hoy he vuelto a atrancar la puerta de mi habitación con el viejo butacón de piel marrón. Justo como hacía al principio de vivir en esta casa, pero con el doble de temor que, en aquel entonces, debo admitir.

No he podido pegar ojo en toda la noche. Sentada en la cama con las piernas encogidas y la mejilla apoyada en mis rodillas. Las horas pasaban, mientras yo fijaba la vista en la puerta, rogando que Lincoln no entrara. No lo ha hecho.

Sus palabras me persiguen…

«Yo follándote y tú tomándote esa mierda a mis espaldas. ¿Cómo hostias voy a cubrirte así?» «No voy a permitir que nos hagas esto, Mia.» «Te dejaré preñada y parirás a todos mis cachorros.»

¿En qué momento hemos llegado a este punto? Y, ¿cuándo he dejado de ser una persona y me he convertido en un animal?

Es un enfermo. Uno que necesita ayuda. Pero yo no soy la persona adecuada para dársela. Tengo que largarme de aquí. Y tengo que hacerlo a la voz de ya.

Llama con los nudillos a mi puerta y me echo a temblar.

—Nena, nos vamos.

No quiero ir con él a ninguna parte. No quiero tenerlo delante. No después de lo ocurrido.

Pero no puedo decírselo. No atino a averiguar cuál sería su reacción, por lo que, me trago las palabras que tengo en la punta de la lengua, me pongo un abrigo que me llega a los tobillos, unas

deportivas, y salgo de la habitación. No le dirijo la mirada cuando me topo de frente con él y empiezo a descender las escaleras, aturdida y ausente por completo.

Lincoln me sigue de cerca. Al traspasar el umbral de la puerta de casa, me coloca el casco de la moto en la cabeza. No puedo contener el temblor de mi cuerpo. Fruto del miedo que me infunde.

Justo hoy, con la que está cayendo, tenía que ocurrírsele a él ir en moto. En silencio, monto tras él, y me sostengo a la barra trasera. Estira los brazos y coloca mis manos en su estómago. Me mantengo quieta y tan rígida como una tabla. No me atrevo a llevarle la contraría o protestar. Estoy acojonada.

En cuanto estaciona frente al taller, no pierdo el tiempo ni en devolverle el casco ni en despedirme, salgo disparada calle arriba.

En los últimos días, han caído varias nevadas, la nieve aún no ha cuajado, pero el frío te cala hasta los huesos.

Al traspasar el umbral de la panadería, busco a Audrey con la mirada. Y apenas ha fijado sus ojos en mí, no puedo evitar echarme a llorar.

Rodea el mostrador, se aproxima a mí y con cariño me envuelve con su brazo. Mientras me empuja hacia la puerta de salida, por encima del hombro le dice a su compañera que tiene una emergencia. Poco después, estamos atravesando la puerta de su apartamento.

El calorcito de la calefacción, calienta mis manos y, tras solo dar un par de pasos en el pasillo, me desprendo de mi abrigo. Audrey me mira extrañada.

—¿Mia, estás en pijama? —La compasión se apodera de su voz.

Pues, sí. Estoy en pijama. Cuando Lincoln llamó a mi puerta, no quise perder el tiempo. Me envolví en el plumón más largo que tenía, y salí disparada. Me encojo de hombros.

¿Qué otra cosa puedo hacer?

—Necesito irme de aquí —. Lo necesito de verdad. Y mi amiga lo sabe. Pero no es lo único que necesito, también tengo que desprenderme de todo lo que llevo guardándome para mí sola dentro. Ya no puedo cargar con todo esto.

—No es como crees, Audrey.

Mi amiga tira de mí, retira una de las sillas de la cocina y las dos tomamos asiento, una cerca de la otra.

Me libero y se lo cuento todo.

Desde que empezó a someterme, arrodillándome y haciendo que rogara, (cosa que ella misma presenció aquel día en la hamburguesería), pasando por las veces que me ha marcado. Audrey sabe algo. Por ejemplo, que grabo a fuego en mi piel sus iniciales. Alucina cuando le cuento que ha llegado a orinarme encima, o a morderme como un animal rabioso.

Que me atemorizaba al principio, sentándose en el butacón de mi habitación y masturbándose por las noches. Qué me echaba encima su esperma y me obligaba a no ducharme, con la intención de que oliese a él el resto del día.

Cuando le cuento que su manera de obligarme a matar a aquel alce, fue apuntándome a la cabeza con un rifle, y haciéndome decidir entre la vida del animal o la mía, Audrey enloquece. Se levanta de un salto de la silla y se lleva las manos a la cabeza.

Luego se cubre la boca con las palmas y me mira con ojos llorosos.

Acabo confesándole que el golpe con la camioneta, el otro día, no fue un accidente, y que, Lincoln, estaba muy cabreado y decidió estrellarse por su cuenta y riesgo.

Para ponerle el broche final, le recito con pelos y señales lo ocurrido anoche. Desde su cabreo al descubrir que tomaba la mini píldora, (cosa que jamás le he tratado de ocultar), hasta la majadería de hacerme vomitar lo que no está escribo para librarse de los efectos de mis pastillas.

Una tontería por su parte. Eso no funciona así. Pero Lincoln no atiende a razones. Al parecer, él se quedó conforme.

Audrey vuelve a sentarse y acerca su silla a la mía. Toma mis manos entre las suyas y me acaricia con suavidad los dedos. Sin interrumpir mi ataque de sinceridad, y demostrándome que puedo contar con su apoyo.

No puedo evitar romper a llorar, cuando le narro lo sucedido en la cocina.

El pronunciar las palabras de Lincoln en voz alta, me sobrecoge y lloro con más ahínco.

—Él mismo recogió su… de mi vientre y….

No soy capaz de pronunciar lo último que ocurrió; tampoco es necesario. Por la expresión de Audrey, comprendo que ella se ha enterado.

Mi amiga evita hacerme preguntas, con lo que he decidido contarle, es más que suficiente.

Enseguida se pone manos a la obra y llama a su hermana. Confieso que siento algo de apuro al pensar en invadir la casa de su hermana. Me ha contado que está casada y tiene una niña pequeña. Cuando se lo hago saber, ella misma me pasa el teléfono para que pueda hablar con su hermana y todos mis nervios se calman. Solo van a ser unos días, hasta que encuentre una solución permanente. Y lo cierto es que, la hermana de Audrey tiene un carácter muy similar al de ella. No dudo que me hará sentir muy a gusto. Aun así, algo me oprime el pecho y no consigo respirar con normalidad.

—Haces lo correcto.

Asiento un par de veces, pero no lo hago convencida.

—¿De verdad es lo correcto?

—Por supuesto, Mia.

Al escuchar de mi propia voz, por primera vez en alto, todo lo que ha pasado, me doy cuenta de que Lincoln, no actúa como una persona normal.

¿Y si realmente no sabe ser diferente?

¿Y si necesita ayuda?

¿Y si está enfermo de verdad y no es una mera manera de hablar?

—Puede, pero no puedo dejar de pensar en Lincoln.

Audrey me mira y frunce el ceño.

—¿De pensar en qué exactamente, Mia?

Me encojo de hombros. Lo cierto es que no lo sé. O puede que si lo sepa y me esté negando a admitirlo. Que yo esté llevando esto demasiado lejos también.

No cabe duda de que, yo he sido la que lo ha buscado en más de una ocasión. Ayer mismo me presenté en el taller porque deseaba estar con él.

Protesto no cabe duda, pero muchas de las cosas que hace, se las consiento y las cierro en un cajón bajo llave. Evitando darle la importancia que tienen, porque la opción de perderlo o alejarme de él, no he querido contemplarla.

Y aunque crea que es un animal, la calma y la seguridad que siento cuando ocurre algo y él me protege, es inigualable.

Comprendo que esta relación no es sana y he de alejarme, pero mi alma se desgarra al imaginar no volver a verlo.

¿Qué es en lo que pienso exactamente?

Que estoy enamorada de ese hombre rudo y primitivo hasta decir basta. No puedo estar con él y eso me está matando. Ni siquiera logro comprenderlo. Pero eso no hace que mis sentimientos sean menos intensos.

Me he enamorado de la bestia. Y ahora toca sobrevivir a ella.

—En nada —respondo a Audrey.

No deja de mirarme de reojo. Ella tampoco se traga mi último comentario.

—¿Estás segura de qué es por aquí? —indaga Audrey.

—Pues claro que sí.

Lo cierto es que no estoy del todo segura.

Siempre conduce Lincoln, y a mí los árboles me parecen todos iguales. Puede que nos estemos adentrando en las profundidades de Narnia o llegando a casa; lo mismo sería.

No negaré que me alegra perder de vista tanto verde.

Bueno, verde y blanco, un pequeñísimo manto de nieve cubre algunas pequeñas porciones del bosque.

Le dije a Lincoln que este invierno haría un muñeco de nieve, ya no va a poder ser.

Nos comemos un montón de baches, y a punto estamos de darnos por vencidas, pero un buen rato después, visualizamos la casa.

¡Por fin!

Audrey detiene la camioneta que le hemos robado a Clayton, frente a la entrada principal.

Yo rodeo la casa, para entrar por la puerta que da al porche, la trasera, y mi amiga me sigue.

No deja de mirar a su alrededor. Actúa exactamente igual que yo la primera vez que estuve aquí. Está claro que mi opinión ha cambiado. No puedo decir que adore vivir en esta casa. Pero ya no me resulta tan descabellado como al principio. Y admito que la calma que la rodea, me gusta. A veces.

Entro en la cocina y mi amiga se centra en cotillear. La dejo a lo suyo, hasta que pega un grito descomunal y corro en su busca. La encuentro en la puerta del almacén, con las manos en la cabeza y observando con insistencia a los dos venados que, colgados de las vigas, Lincoln ha puesto a desangrar.

—Vamos, te haré un cafecito.

Insisto en que me siga y la acompaño a la cocina. Donde más calmada, la dejo con una taza de café en las manos, y subo al piso superior a recoger mis cosas.

Por alguna extraña razón, que desconozco, me niego a llevármelo todo. Como si el hecho de no hacerlo, me acercara un poco más a Lincoln. Tengo que abandonar esa línea de pensamiento de inmediato. No va a traer nada bueno.

Entro en el cuarto de baño y, en vez de coger mis objetos personales de aseo, me apropio del gel de baño de Lincoln.

Inhalo su aroma y vuelvo a dejarlo en la estantería. Puede que se duche con esto, pero no huele a Lincoln. No es el olor que lo representa. Él huele a marihuana y madera recién cortada. Suspiro al recordarlo y mis pies, por cuenta propia, entran en la guarida privada de Lincoln. Nunca he entrado aquí por mi cuenta. Las pocas veces que he estado en su dormitorio, es porque él me ha arrastrado prácticamente a la fuerza.

Observo la cama hecha un desastre. No se molesta ni en estirar las sábanas.

Respiro hondo y me percato de que aquí sí huele a él.

Como una idiota, me dejo caer en el suelo al lado de su cama, arrastro una esquina de sus mantas y me echó a llorar aspirando su aroma.

¿Por qué me siento tan triste? ¿Por qué me cuesta tanto desprenderme de él? Es un maldito psicópata. Un demente salvaje y

primitivo que no ha hecho más que darme problemas desde el día que nos conocimos.

—Mia —. Audrey se agacha a mi lado y repite con tono más compasivo: — Mia…

Sé lo que piensa. Y lo sé porque yo pienso lo mismo. Soy idiota. Una que se ha enamorado de la persona equivocada y ahora me siento morir.

—Dame solo un minuto —ruego a mi amiga, intentando disimular mis lágrimas.

Audrey se pone en pie sin decir nada y sale por la puerta de la habitación de Lincoln. Me tomo unos minutos para calmarme y termino de recoger mis cosas.

Mis ojos están hinchados. Mi cara sonrosada. Y mis labios sellados. Audrey avanza por el sendero. Lleva mucho tiempo intentando dar con la carretera y salir de este bosque. No se queja. Me concede el tiempo que sabe que necesito en silencio y no se da por vencida buscando el camino de regreso a la carretera.

Por el retrovisor, observo cómo dejamos atrás cientos de árboles semi teñidos de blanco. Las pocas lágrimas que no consigo mantener a raya y resbalan por mis mejillas, me las seco de inmediato con el dorso de mi mano.

Mi amiga echa breves vistazos en mi dirección y suspira casi imperceptiblemente.

—Gracias.

Esa única palabra abandona mis labios. Repleta de sinceridad. No sé qué haría sin ella. No solo me está proporcionando una vía de escape, sino también su apoyo incondicional.

Audrey sonríe sin que su mirada refleje el sentimiento y aprieta con su mano levemente mi rodilla. Diciéndome sin palabras que no hay nada que agradecer y que está aquí para mí.

Se equivoca. Hay mucho por lo que sentirse en deuda con ella.

Cuando por fin llegamos a la carretera principal, el móvil de Audrey vibra, y mi amiga lo conecta al manos libres.

Al percatarme de que es Clayton quien la llama y de que esta mañana le hemos robado la camioneta, me acojono un poco en el

asiento.

—Tranquila —suspira Audrey respondiendo la llamada.

—Se va a enfadar…

—¡Qué va!

Aprieta el botón verde, y la voz de Clayton se apodera del vehículo.

—Verás… Tenía pensado ir a poner una denuncia por el robo de mi camioneta, pero antes de hacerlo, quería asegurarme de si la ladrona, era la chiflada de mi novia —bromea divertido.

—Afirmativo —responde Audrey impasible y echándole mucho morro.

—¿Por qué no me sorprende?

—Porque me conoces muy bien.

Los dos rompen a reír y yo intento seguir su ejemplo, pero no soy capaz de hacer más que dibujar una amarga sonrisa en mi rostro. Mi amiga me acaricia la mejilla y me guiña un ojo. Centrando su atención en la por fin ansiada carretera y hablando con su novio.

No le desvela gran cosa, y a los pocos minutos, cuando para en una gasolinera, (Clayton le acaba de pedir que lo haga y así amortigua el robo), yo salgo del vehículo con la intención de estirar las piernas.

En ese instante, a pesar de que cierro la puerta de la camioneta, escucho cómo Audrey le comenta a Clayton que necesitábamos el coche para recoger un par de cosas en mi casa, ya que me voy a ir unos días del pueblo. Lo hace con un tono totalmente relajado que no deja entrever nada de lo ocurrido. Clayton también le resta importancia y enseguida se sumergen en una conversación en la que su novio le pregunta… «¿Qué braguitas llevas puestas?» A lo que Audrey responde… «¿Por qué no vienes y sales de dudas?» Esta vez sí cabeceo, sonrío sincera, y me alejo de la camioneta para estirar los músculos y darles un poquito de intimidad. Dudo que vayan a hacer nada en medio de una gasolinera a plena luz del día y con el único roce de la línea telefónica. Aun así, me alejo un poco.

—Llegará enseguida —comunica Audrey.

Impaciente miro a un lado y otro. Lleva un rato nevando y parece que esta vez va en serio. Los pequeños copos de nieve se posan en el borde de las aceras y no se deshacen al contacto.

Puede que hoy fuera el día en el que la meteorología me permitiría por fin construir mi muñeco de nieve.

Cuadro los hombros y me obligo a alejar ese pensamiento. Ese día no va a llegar.

Estoy de pie con mi amiga esperando a que llegue el autobús que me llevará a Burlington. Hemos dejado la Ford Ranger de Clayton en doble fila. Audrey se niega a marcharse y dejarme sola.

—Voy a echarte de menos —comunico sincera.

Audrey se lanza a mis brazos sin pensarlo y yo dejo caer mi mochila encima de la maleta de ruedas que tengo apoyada contra la marquesina.

Todavía no puedo creerme que vaya a marcharme de aquí. Siendo honestos, no estoy segura de hacerlo. A pocos minutos de que el autobús aparezca por la carretera, yo no consigo visualizarme subiendo a él.

No quiero pensar que esto sea algo definitivo. Por eso mismo no me he despedido de nadie. En el fondo admito estar muerta de miedo. No me gustaría tener que hacer borrón y cuenta nueva en otro lugar. ¿Qué opciones me quedan?

Tampoco quiero dejar atrás a Audrey y Macy, ni a los chicos. Aunque lo que me tiene temblando sin control, es pensar en que voy a separarme de Lincoln.

Ya no abra más despertares, sobresaltada por la estridente música sonando a un volumen imposible.

Tampoco escucharé los ruiditos que hace al masticar o la fuerza con la que expulsa el aire de sus canutos cuando se sienta en el porche.

No más miradas de reojo a hurtadillas desde la ventana de la cocina, para ver cómo se le tensan los músculos de la espalda cuando corta madera.

Mi corazón no volverá a bombear a toda velocidad cuando escuche acercarse su moto a pesar de que finjo ignorarlo.

El fin de sus gruñidos. De sus locuras. De su posesión. Pero también es el fin de sus besos, de sus caricias, de…. No, no, no. No puedo seguir por ahí.

Puede que mi cuerpo sea el que monte en ese autobús y se aleje, pero mi alma se quedará aquí de momento. En este pueblo. En esa casa. En sus manos.

Lincoln
Capítulo 37

Debería estar cabreado. Muy cabreado.

No es así. La inconsciente de Mia, ha metido la pata. Gracias a que yo lo he arreglado, pronto podremos olvidarnos del desastre que ha causado.

Ya no hay ni rastro de esas asesinas en serie. Obviamente, me refiero a sus pastillas. Y también me he ocupado eficientemente de borrar todo rastro en su organismo. El plan va según lo previsto. No tardará mucho en gestar una parte de mí en su vientre.

Hoy estaba más decaída de lo normal. Lógico. Se estará comiendo la cabeza por lo que ha hecho. No voy a tenérselo en cuenta.

No soy un tipo rencoroso, al menos, no con ella.

Debería estar cabreado. Muy cabreado.

No es así. Por mucho que se empeñe en contradecirme, la conozco. Sé lo que guarda en su interior. Ella lo desea tanto como yo. Reconozco que está asustada. No tiene por qué. Yo me encargaré de ella. De cuidarla. De protegerla. De que nada la golpee. Nada excepto yo. Tiene que reconocer mis golpes como lo que realmente son. Solo trato de hacerla mejor. Mejor para sí misma. Más fuerte.

Debería estar cabreado. Muy cabreado.

No es así. Me niego a dar pasos atrás. Me niego a retroceder, lo que hemos avanzado. Por eso, cuando me apoyo en el muro de hormigón pintado de blanco y azul y lleno de grasa de la entrada del taller, pienso…

Debería estar cabreado. Muy cabreado. Es imposible que lo esté. Los copos de nieve caen y el viento los esparce antes de que lleguen a tocar el suelo. Aun así, aguantan. Fuertes y consistentes. Se posan en cualquier parte dejando su rastro marcado de blanco.

Sonrío como un imbécil y me limpio las manos en el viejo trapo. Huelo el temporal en el ambiente y me sacude por dentro.

¡Por fin!

Repaso mentalmente las últimas cosas que tengo que dejar preparadas antes de largarme a buscar a Mia.

De que me la lleve a casa y nos recluyamos y alejemos del mundo hasta que el temporal amaine.

Doblo mi dedo índice y me llevo el nudillo a la boca. Lo atrapo entre mis dientes y hago fuerza. ¡Hostias! Debería estar cabreado y, sin embargo, estoy tan jodidamente contento, que no soy capaz de concentrarme en nada, que no sea el pensar en largarme de una vez de aquí y llevármela a casa.

Distraído, no me percato de la presencia de Brittany, hasta que esta me apoya una mano en el antebrazo.

Miro hacia abajo y al encontrarme con sus ojos azules me sacudo, librándome así de su agarre. No quiero que me toque. No quiero que nadie me toque, hostias.

—¿Qué quieres? —pregunto de mala gana.

Esta tía tiene clarísimo que no quiero tenerla cerca. Que su sola presencia me jode. Se lo he dejado meridiano. ¿A qué hostias juega? Puede que sea una mujer y no vaya a ponerle un dedo encima, pero no temblaré a la hora de zanjar esta situación. Porque resulta que debería estar cabreado. Y ahora mismo… lo estoy.

—Pensé… —A su primera palabra, lo primero que atraviesa mi cabeza, es que ella no tiene mucha capacidad de pensar si es tan kamikaze como para plantarse delante de mí, después de cómo ha tratado a Mia. La dejo explicarse de momento, aunque no voy a tardar en mandarla a tomar por culo. —… que ahora que tu juguetito ya se ha marchado…

Desde el momento en el que, llama a Mia juguetito, tentado estoy, a soltarle un puñetazo y romper con todos mis principios de un solo plumazo. Cuando escucho la palabra, «marchado», me quedo tan petrificado que no soy capaz de seguir oyendo nada más a pesar de que Brittany sigue hablando. Lo sé porque su boca se mueve. Pero a mis oídos no llega nada. Retumba una y otra vez… «Marchado.» ¿De qué hostias está hablando?

Mi cuerpo se convierte en un bloque de hielo. Rígido y gélido. La sangre frena su curso de golpe y mi corazón deja de bombear.

«Marchado.»

Me cubro la boca con la palma de la mano y me froto la barba con un par de dedos. Levanto la cabeza y desesperado busco con la mirada. No sé qué busco y tampoco hacia dónde dirijo la vista. Clayton Dankworth, camina por la acera de enfrente, en dirección a la panadería de su novia. Su novia… Audrey… La amiga de Mia.

—Clayton —ladro mucho más alto de lo que pretendía al mismo tiempo que tenso la mandíbula. Echo a andar sin pensarlo dos veces, y en mi huida, golpeo a Brittany al pasar a su lado con el hombro. Creo que trastabilla con sus tacones y se tambalea. Me importa una mierda. Lo cierto es que ni me fijo. No lo he hecho a propósito. Pero tampoco voy a disculparme.

Clayton, que ha detenido su marcha en cuanto lo he llamado, me espera al otro lado de la calle. Mis botas golpean el suelo a cada paso más fuerte.

—¿Dónde está Mia?

Clay arquea las cejas y me mira entornando los ojos. Estudiándome. Si me conoce lo más mínimo, advertirá que no es buen momento para jugar conmigo. Ladeo la cabeza y él cierra las pestañas.

—¡Mierda! —Es cuanto suelta.

—¿Qué?

Clayton se saca el teléfono del bolsillo trasero de los vaqueros y desliza el dedo sobre la pantalla. No sé cómo funcionan esos chismes y no me importa.

—Encuéntrala.

Esa sola orden encierra una amenaza de muerte, y Clayton, lo sabe. Asiente y se cuelga el móvil en la oreja.

Cruzo los brazos sobre mi pecho y abro ligeramente las piernas. Soy consciente de mi amenaza y de estar acechándolo.

Reduciré todo el maldito pueblo a cenizas si es necesario.

Intenta alejarse unos pasos. Me descruzo y le planto una mano abierta en el pecho, inmovilizándolo contra la pared del portal de uno de los edificios de dos plantas del pueblo.

Él me sostiene la mirada y envuelve mi muñeca con su mano. No me aparta, se limita a ejercer un poco de presión. Lo libero. No se

trata de ver cuál de los dos la tiene más grande y liarnos a hostias. Solo quiero encontrar a Mia. Y hacerlo ya.

Puede que Dankworth no tenga ni idea, pero el coñito que le calienta la cama todos los días, sí. Y los dos lo sabemos.

—¿Dónde estás, preciosa? —le pregunta a su chica. No oigo lo que esta responde —. Todo bien —. Nada más soltar la última parte, recrudece su mirada sobre mí. Le está mintiendo a su novia y eso le jode. No puede decirle lo que ocurre y eso le jode más. Traiciona su confianza para revelarme su posición a mí y eso… eso lo mata. ¡Que lo jodan! —Te veo después… Sí… Yo también a ti, preciosa.

Termina su llamada para nada satisfecho y odiándome.

—No debería decirte una mierda —escupe de mala hostia.

—Pero lo harás.

Se guarda el teléfono en el bolsillo de nuevo, y sus dos manos se convierten en dos puños. Los levanta y se coloca en posición de combate. Se acerca a mi cara y frunce tanto el ceño que prácticamente cierra los ojos. A escasos centímetros de mi rostro, le aguanto la mirada impasible. Sin dejarme intimidar.

—¡Joderrrr! —ruge perdiendo los papeles. Retrocede y se pasa las manos por el pelo.

Me señala con el índice estirado. Aprieta los dientes con la boca cerrada. Continúo firme y ladeo la cabeza hacia los lados, haciendo crujir mi cuello en ambas direcciones.

Le estoy diciendo sin palabras que… quien nada tiene, nada pierde. Y si ella se va, yo no tendré nada que perder. Los dos sabemos que él, por suerte o por desgracia, no se encuentra en la misma situación que yo.

—Voy a ir contigo…

—¿Dónde? —exijo saber el paradero de Mia y no voy a atender sus pretensiones. Por lo que me niego a dejarlo hablar más.

—Espero que no llegues a tiempo, hijo de puta —. Aguanto el tirón sin que me importe una mierda —. En la parada junto al Middle Covered Bridge.

No respondo. Respeto a Clayton. Es un buen tío. Lo que acabo de hacerle es una putada de las grandes. Los dos sabíamos que él no

tenía opción. Eso no lo va a eximir de los líos en los que va a meterse por mi culpa. No podría importarme menos.

No está lejos del taller.

Me aproximo a Clayton y con un rápido movimiento le quito el teléfono, lo tiro al suelo y lo piso con mi bota. Eso me hará ganar tiempo, y evitará que pueda ponerse en contacto con su novia, para advertirla.

Salgo disparado y cruzo la calle sin mirar. Brittany sigue con la boca abierta en la puerta del taller. Supongo que acaba de ver lo que ha ocurrido. Como varios vecinos más. Que los jodan. Que los jodan a todos.

Paso la pierna por encima de mi Honda y salgo derrapando. No cierro el taller. Necesito llegar a tiempo.

Antes de llegar, la veo. Sujetando con las manos el asa de una mochila que cuelga de uno de sus hombros. Y una maleta inmensa. A su lado, la novia de Clayton.

«¡Zorra!»

Es cuando puedo pensar de ella. Y nadie puede culparme. Quiere quitarme a Mia.

Acelero y me aproximo a toda velocidad. Las ruedas chirrían contra el suelo, justo en el momento en el que Mia, repara en mí, y se encoge. Dejo caer la moto al suelo y doy un salto para que ninguna de mis piernas quede atrapada bajo la Honda.

La tengo a menos de un par de metros y doy una gran zancada acercándome a ella. La imbécil de su amiga reacciona rápido y se cruza delante de Mia. Creyendo que así, me impedirá acercarme a lo que es mío. Qué equivocada está.

Levanto la mano para darle un manotazo y apartarla de inmediato, pero esta se congela en el aire al escuchar una profunda y malencarada voz a mi espalda.

—Si la tocas, te mato, hijo de puta.

Mi primer pensamiento es exaltarme al pensar que ese comentario va dirigido a Mia. Pero enseguida caigo en la cuenta de que el autor de la amenaza, es Clayton. Me ha seguido. No sé cómo hostias lo ha

hecho tan rápido, ya que él venía a pie. De hecho, su camioneta está estacionada a pocos metros de nosotros.

Una risa irónica atraviesa mi garganta. Pero no lo culpo. Como ya he dicho, Clayton es un buen tío. Solo protege lo suyo. En este caso, a la zorra de su novia. Yo reaccionaría igual, o peor, de saber que alguien ni tan siquiera imagina, ponerle un dedo encima a Mia. No tenía planeado hacerle daño a la chica, aunque lo merezca. Ha estado a punto de robarme a Mia. Solo pretendía apartarla. Y sé que él lo sabe. Clayton es un tío de principios.

La novia de Dankworth se cruza de brazos. Admito que tiene más pelotas que muchos de los tíos a los que me enfrento. A estas alturas, muchos ya se habrían meado en los pantalones.

Clayton se acerca. Su chica persiste en su negativa. Kai aparece saltando de su moto, (es ahí cuando caigo en que ha sido él quien ha traído a Clayton hasta aquí), y Mia… Mia temblorosa, pero decidida, aparta suavemente con su brazo a su amiga, y da un paso al frente.

—Mia, por favor.

—Tranquila, Audrey. Esto no cambia nada.

—Esto lo cambia todo —protesta su amiga.

No comprendo de qué hablan. No es por falta de ganas.

Kai llega y me planta una mano con la palma abierta en el pecho al ver que trato de avanzar en dirección a Mia.

Levanto el brazo formando un puño perfecto con mi mano, para estallárselo al come mierda de mi colega en la cara.

Mia es la que da ese par de pasos en mi dirección y me sostiene la muñeca.

No ejerce presión alguna. Su agarre es sutil y delicado. Pero consigue pararme antes de que lo estampe contra Kai.

Clayton le pasa la mano a su chica por los hombros y la atrae hacia él, alejándola unos centímetros del peligro.

Mia atrapa mi mirada y sus ojos se cubren de lágrimas por completo.

—Lo siento —. No me hace falta escuchar nada más para darme cuenta que su disculpa no va dirigida a lo que ha ocurrido estos días

entre nosotros, sino a algo muy distinto, y que, presiento, no va a gustarme.

—¿Qué sientes, nena?

Un autobús para a nuestra espalda y las lágrimas empiezan a rodar por las mejillas de Mia silenciosas. Libera mi muñeca y se aferra con fuerza a la tira de su mochila. Estira el brazo y agarra la manilla de su maleta. Achico los ojos y cuando la veo dar el primer paso hacia el autobús, me enciendo.

—Jamás —sentencio convencidísimo.

No va a marcharse, hostias. Y ella lo sabe tan bien como yo.

No pierdo el tiempo. Aparto a Kai de un manotazo y cojo a Mia por el codo, al mismo tiempo que le doy la vuelta para tenerla frente a mí. Se tropieza con su propia maleta, y la lanzo a un par de metros de una patada. Solo quiero evitar que ella se caiga, pero parece que todo el mundo malinterpreta mi gesto y me miran como si fuese un jodido asesino en serie. Que los jodan a todos. Estallo la espalda de Mia contra el autobús que permanece con las puertas abiertas.

—No me hagas esto más difícil, Lincoln —ruega intentando mantener a raya su falta absoluta de control.

—Y una mierda —escupo. Ardo por dentro en cólera —. Te lo voy a poner jodidamente imposible, nena.

Kai se aproxima e intenta ponerme una mano en el hombro.

«No es el puto momento.» Parece que nadie lo entiende.

Levanto el codo y le doy con él en la cara. Eso lo hace retroceder un poco.

—Eres mía —ladro pegando mi boca a la de Mia con los dientes apretados.

Todo va a saltar por los aires.

Clayton aparta unos metros a su novia, que no deja de gritar cosas como…

—Aléjate de ella. Maldito demente de mierda. — Y otras lindezas.

Pero no se acerca, y en el fondo lo agradezco. No sabría cómo actuar si lo hiciese. No quiero ponerle la mano encima a una tía. Y en estos momentos, no creo que sea capaz de contenerme si trata de detenerme. La ira me ciega. Enloqueceré si alguien pretende arrebatarme a Mia.

—Cálmate, Audrey —ruega entre sollozos Mia.

Kai vuelve a la carga, a pesar de su nariz ensangrentada, y une fuerzas con Clayton. Advierto sus intenciones de inmovilizarme, y me preparo para un combate de los que harán historia. Voy a llevarme por delante a estos dos y al pueblo entero si hace falta.

Suelto a Mia, me doy la vuelta, y me preparo para el ataque al que pienso responder con el doble de intensidad.

Mia se separa del autobús con paso titubeante y, antes de que demos inicio a la guerra campal que tenemos entre manos, me rodea y, levantando la cabeza, conecta nuestros ojos.

—Tú ganas, Lincoln. Tú ganas.

—¡Mia! —protesta su amiga.

Cierro los ojos un par de segundos y me deshago del miedo que se había apoderado de mí, desde el momento en el que me enteré de que Mia planeaba abandonarme.

—Mia —llama también Clayton. Kai no tarda en hacer lo mismo.

—Está bien. No pasa nada, chicos —asegura ella a todos con la fuerza de una roca que nadie puede derribar. —De verdad. Todo está bien —comunica sin dejar de fijarme con esos intensos ojos grises.

Me muero por echar abajo el muro que en estos momentos nos divide, acogerla entre mis brazos y comérmela entera. Ella no quiere que lo haga, y al margen de lo que todos estos gilipollas creen, siempre he respetado las decisiones y deseos de Mia.

Puede parecer lo contario en esta ocasión. No lo es. Si Mia sube a ese jodido autobús, no solo me estará sentenciando a mí. También se sepulta a sí misma. Lo tengo clarísimo.

No miro a nadie. Excepto a ella. Cojo su maleta y la dejo al lado de Kai. Por mucho que estuviéramos a punto de molernos a palos, no dudo que hará lo que tiene que hacer. Agarro a Mia por el codo y la dirijo a mi moto. Una vez la he levantado del suelo y me monto en ella, reparo en cómo Mia tiene la cabeza agachada y la mirada perdida en el asfalto de la carretera. Se le pasará.

Mia
Capítulo 38

Es patético pensar en el vuelco que me dio el corazón cuando lo vi luchar por mantenerme a su lado.

No puedo permitirme sentir nada por él. Lo hago.

Me desgarra el alma, verlo tan asustado y perdido como lo vi esta tarde. Puede que desde fuera no pareciese más que un loco maniaco que trataba de controlarme. Yo lo reconocí como el animal herido, que se siente enjaulado. Acorralado. Dando vueltas sin encontrar una vía de escape.

Nothing else matters de Metallica lleva un rato acompañándonos. A pesar del temporal y de que nieva con fuerza, Lincoln está en el porche, sentado en su banco habitual y con la mirada perdida en el bosque.

Ninguno de los dos ha dicho una sola palabra desde lo ocurrido en el centro del pueblo. Yo ni tan siquiera me he atrevido a mirarlo. Ya no me niego a mí misma lo evidente. Estoy enamorada de Lincoln Dagger. Pero tampoco escondo el que no podemos estar juntos.

Puede que el verlo herido me deshaga por dentro, sigo pensando que yo no soy esa persona que puede proporcionarle la ayuda que sin duda Lincoln necesita.

Hoy estoy aquí, y lo estoy, porque no podía abandonar el pueblo dejando una guerra a mis espaldas. Por mucho que duela, mañana me marcharé lejos. Pero lo haré como debí hacerlo desde un principio. Sin involucrar a nadie. Ni a Audrey ni a Clayton y mucho menos a los amigos de Lincoln.

No quiero dejar una huella tan grande que acabe por destrozar la poca interacción que Lincoln tiene con el mundo.

Le dejo el plato de la cena encima de la mesa de la cocina y subo a mi habitación.

Desde la ventana observo pasar las horas en el reloj de la mesilla y Lincoln continúa sin moverse en el porche de casa. Fumando un

porro tras otro y bebiendo una cerveza tras otra. Sin abandonar la misma posición y tampoco su punto fijo en la nada.

¿Por qué tiene que doler tanto?

Negándome a soportar más daño gratuito, me retiro de la ventana y me meto en la cama.

Hoy no he atrancado la puerta de la habitación. Ni siquiera la he cerrado del todo. Con la vaga esperanza de escuchar cómo Lincoln sube esas escaleras y se mete en su cama.

Hace muchísimo frío. No debería seguir ahí fuera.

A las cinco menos veinte de la madrugada, me levanto como todos los días. Pero antes de meterme en la ducha o de plantearme hacer el desayuno, me asomo a la ventana.

Cierro los ojos y el dolor se esparce por mi cuerpo cuando compruebo que Lincoln, sigue sentado en el mismo banco, y en la misma postura que lo dejé cuando me acosté anoche.

No puedo hacer esto. No puedo dejarlo solo.

¿Qué va a ser de mí si cedo y me quedo en esta casa?

Resoplo de un modo muy poco elegante y salgo de mi encierro voluntario. Lo primero que me encuentro. Lo que me da los buenos días, es el plato de la cena de anoche. No lo ha tocado. Dudo incluso que llegara a entrar en casa.

Muerdo mi labio inferior y preparo el desayuno, intentando por todos los medios, no dirigir la vista a la ventana del salón y no mirar a Lincoln. Aunque sabe que estoy aquí, él tampoco se da la vuelta.

Al acabar de poner la mesa y con todo dispuesto, me limpio las manos en el trapo de cocina antes de ir a llamar a Lincoln para que entre a desayunar. No es necesario. En ese momento, la puerta de entrada se abre.

Prende la chimenea sin que yo le quite ojo de encima y se encuentra conmigo en la cocina. Un breve vistazo a la mesa del desayuno y se aproxima.

—Iré a ducharme —digo al aire antes de que se acerque.

Paso por su lado y agarro con la mano el pasamanos de la barandilla de la escalera. No he puesto el pie en el primer escalón cuando Lincoln atrapa la mano que tengo libre.

¡Dios mío!

—Estás congelado —susurro al sentir su gélido tacto.

Hace caso omiso a mi comentario y tira de mí. A escasos centímetros de su cuerpo, atrapa también mi otra muñeca, las junta a mi espalda y me retiene las dos, con una sola de sus manos.

—Lincoln, ¿qué haces? No empieces otra vez, te lo suplico.

Apresurado camina hasta uno de los sillones individuales, que lejos de estar en el lugar habitual de siempre, está pegado a la pared y cerca de la chimenea.

—¡Lincoln! Ya basta.

Me empuja hasta que me siento en él. No me libera de su agarre, en su lugar hace más fuerza y cuando veo que saca de un lateral del sofá unos grilletes de acero, me revuelvo y lucho contra él.

Como siempre en vano.

Consigue sin esfuerzo alguno engrilletarme una muñeca.

—No empeores las cosas, por favor.

Se yergue y me mira desde sus casi dos metros, completamente serio. Retrocede unos tres o cuatro metros. Y simplemente se queda ahí. Con toda la calma del mundo.

Me levanto de un salto y camino apretando la mandíbula en su dirección. Pero justo cuando voy a llegar hasta él, algo me retiene. Giro la cabeza y descubro que el grillete con el que acaba de apresarme la muñeca, tiene una cadena de unos… tres, cuatro metros. Exactamente, la distancia a la que él se ha colocado. Y el final de la cadena, está anclada a un soporte de hierro metálico taladrado a la pared de madera con unos tornillos inmensos.

—¿Qué coño haces, Lincoln? —grito, incrédula.

Se mete las manos en los bolsillos del vaquero y, con una serenidad que asusta, me recorre de arriba a abajo.

Da media vuelta y se sienta a desayunar tan tranquilo.

—Maldita sea, Lincoln. Suéltame —exijo.

Un Grito, me revuelvo. Trato de arrancarme la cadena. De desmontar el soporte de la pared. De romper el grillete. Todo es imposible. Y finalmente, me doy por vencida.

Lincoln termina de desayunar y sube las escaleras. No tardo en verlo descender de nuevo y le dedico una mirada repleta de un odio que por más que me empeñe, no consigo sentir por él.

Entra en la cocina. Trastea en ella. Prepara una bandeja con un plato con fruta y un sándwich. Abre la nevera y saca tres botellas de agua pequeñas y también las coloca sobre la bandeja. La deja en la mesita de centro, y la acerca al sillón donde estoy sentada justo en el borde.

—Lincoln —reclamo una vez más.

Me ignora. Se aproxima al mueble que tenemos entre la puerta del baño inferior y las escaleras, y coge un par de libros de él. Míos, obviamente. Mi teléfono móvil e incluso mi altavoz portátil. Lo deja todo en la pequeña mesita.

—Lincoln. Deja de ignorarme de una maldita vez. Me estás escuchando. ¡Suéltame! No lo compliques todo, por favor.

Después me coloca una canasta llena de troncos de madera y se encarga de llenar hasta los topes la misma. Pilla un par de mantas de peluche que están en el respaldo del tresillo y dos cojines. Lo deja todo al lado del sillón en el cual estaba sentada. Ahora estoy justo de pie, al lado del mismo.

Estiro la mano e intento atrapar la suya para captar su atención. De inmediato se zafa de mi agarre sin mirarme y retrocede hasta donde no puedo alcanzarlo. Lo llamo un par de veces más.

Se aproxima a la puerta de salida, descuelga su cazadora del perchero, y se la pasa por los brazos. De espaldas a mí, apoya la palma de la mano en la manilla de la puerta de salida.

—Volveré esta noche.

Cuando me doy cuenta de que va a largarse, con voz desesperada susurro:

—Lincoln, por favor… ¡Detente!

Él da media vuelta. Clava sus ojos negros como el carbón en los míos. Un escalofrío, parte de mi columna vertebral, subiendo hacia la parte superior de mi cuerpo y bajando a la inferior a la misma velocidad, me recorre por completo. Envolviéndome entera.

—La próxima vez que pienses en abandonarme… asegúrate de que no pueda encontrarte, nena.

El estruendo de la puerta de entrada, al cerrarse, coincide con el llanto desgarrador que emana desde lo más profundo de mi alma.

Las primeras horas de la mañana pasaron lentas. Lloré. Maldije. Me lamenté. Me enfadé.

Hice todo lo posible para liberarme. ¡Tiempo perdido!

Me comí el sándwich para recuperar fuerzas después de quemar tantas calorías inútilmente.

Con mi teléfono en las manos sopeso la idea de pedir ayuda. Pero enseguida me doy cuenta de que no es lo más acertado.

No quiero involucrar a mis amigos y mucho menos a los de Lincoln. Aunque para ser sincera, tampoco es que tenga el número de sus amigos. El principal motivo; no pretendo dar más quebraderos de cabeza a nadie. Pero también se le suma el hecho de que dudo que alguien pueda liberarme de estas cadenas si no disponen de la llave.

El día va avanzando y yo me voy calmando.

Finalmente, por la tarde, decido coger uno de los libros y ponerme a leer un rato. Puede que mi ánimo esté de capa caída y no me apetezca, no dudo que me vendrá bien despejar la mente y adentrarme en una historia ficticia, la cual sé de antemano, que no será tan surrealista como la mía ni de lejos.

Le doy de comer a la chimenea para mantener la casa caliente y me siento en el sillón con las piernas cruzadas estilo indio. Me tapo con una mantita, y me coloco un cojín en la espalda para acomodarme.

Abro el libro y me dejo llevar por la fantasía. Imaginando ser una de las princesas guerreras de mis historias favoritas, donde vivo mil aventuras y son ellas, y no el príncipe, las que acaban por enfrentarse al temible dragón.

Isabella lucha contra el clan enemigo del reino de Landers y mis parpados se van cerrando lentamente, mientras ella le clava la espada de plata en el pecho a la bestia de dos cabezas, para liberar a un hombre que todavía no está convencida de que merezca sus esfuerzos.

Parpadeo un par de veces y estiro el cuello. Me he quedado dormida en una postura incomodísima. Esta noche lo lamentaré. Me

llevo la mano a la nuca y me la froto un par de veces. ¿No pesa? ¿Por qué no pesa?

Al percatarme de que no hay cadenas apresándome, me incorporo de inmediato en el mullido sofá, y como si mi cuerpo lo advirtiera, llevo la vista al tresillo, donde encuentro a Lincoln, sentado con una bota sobre la mesita de centro, y fumándose un porro semi recostado.

Mi recién recuperada libertad, después de un largo día de reclusión, habla por mí cuando me levanto de un salto del sofá y salgo acelerada al porche.

Al abrir la puerta y dar el primer paso fuera de la casa, la boca se me abre sola formando una gran «O».

—No puede ser… —murmuro en voz baja para mí misma.

Es noche cerrada y la visibilidad fuera, nula. La luz que se escapa por las ventanas de la casa, es lo único que alumbra y da vida a la oscuridad que nos envuelve.

Eso no me impide fijarme en que un inmenso manto blanco lo cubre absolutamente todo.

Y como la idiota remata que soy, solo puedo pensar una cosa. Ha nevado. Y yo, estoy en casa. «El muñeco de nieve.» A estas alturas todos sabemos que la importancia de ese muñeco de nieve no es otra que la de hacerlo con Lincoln a mi lado. Cabeceo. No puedo pensar así. Alejo ese absurdo y sentimental pensamiento de mi corazón en una fracción de segundo.

La presencia de Lincoln se hace evidente bajo el umbral de la puerta. Su sombra se proyecta ante mí.

—¿Por qué me has soltado?

Incluso antes de su confesión, sé que un jarro de agua fría está a puntito de empaparme.

Y todo cobra sentido.

Todos los viajes de Lincoln en camioneta al pueblo. Las decenas y decenas de compras. Llenar hasta los topes la despensa. Su obsesión por cazar tantas y tantas piezas que los dos sabemos que es imposible que comamos de un día para otro.

El arsenal de marihuana que ha acumulado.

Los armarios del pasillo llenos de medicamentos y material sanitario.

Las decenas y decenas de latas de Coca-Cola. Las cajas compradas al por mayor de gominolas.

Se estaba preparando. Todo este tiempo se ha estado preparando.

No vamos a salir de aquí. Es físicamente imposible. Estamos atrapados.

—¿Hasta cuándo? —pregunto antes de que él me revele lo que ya he descubierto yo sola. Aunque he de aclarar que no es un gran logro el hacerlo.

¿Cómo no pude pensar antes en que algo así podía ocurrir? ¿Cómo puedo ser tan estúpida?

Hacer un muñeco de nieve… Es penoso.

Vivimos en medio de la puta nada. Si caía nieve, estaba claro que no podríamos salir de aquí.

—Es impredecible, nena.

Entro a toda velocidad en casa y recupero mi teléfono de la mesita de centro. Lo miro y…

—¡No! No, no, no…

No hay cobertura.

¡Joder!

Estamos incomunicados. Aislados de la civilización. Solos.

Levanto la vista de la pantalla de mi móvil para mirar a Lincoln y me topo de bruces con lo que ya esperaba.

Su mirada penetrante y dura. Traspasándome la piel y haciéndome saber sin palabras… que no tengo opción alguna a esconderme.

Lincoln
Capítulo 39

La calma que siento yo, es proporcional al miedo que se apodera de ella.

No tenía planeado dejarla sola hoy, pero quise recuperar las pertenencias de Mia antes de que quedáramos atrapados.

Acaba de descubrir que no vamos a salir de aquí de momento. En el fondo, me parece que está más enfadada consigo misma por no haber sido capaz de identificar la situación, que conmigo, por haberla retenido en contra de su voluntad y haberle ocultado lo que ocurriría.

Esta noche la dejaré tranquila. Con la esperanza de que piense, recapacite, y acabe por aceptar la situación. Tanto en la que nos encontramos, como la nuestra personal.

Pero como ya he dicho, no la dejaré recular.

Me ha costado un mundo avanzar con ella y no permitiré que lo tire todo por el borde. Ha de mantenerse a flote, aunque le cueste la vida.

Me levanto tarde. No hay señales de Mia. La puerta de su habitación está cerrada. Saco un par de filetes braseados que Mia tenía en la nevera. Me siento en la mesa de la cocina tras calentarlos y los engullo en silencio.

La mañana avanza y ella sigue sin dar signos de vida.

Me recluyo en el almacén. Trabajo en varios de los cepos que recogí hace algunas semanas y estaban dañados. Quiero colocarlos alrededor de la casa.

A pesar de que hace un frío de mil demonios, estoy sudando a causa del esfuerzo físico y me desprendo de la sudadera.

Un ruido en la parte delantera de la casa, llama mi atención.

Salgo por la puerta del almacén que da al exterior y rodeo la vivienda.

Descubro a Mia en la nieve, con las piernas hundidas hasta las rodillas y tiritando.

Lleva unos simples leggins negros y una chaquetilla fina de lana morada sin abrochar, debajo una de sus camisetas blancas de tirantes.

¡Hostias!

Corro en su dirección y la cojo en brazos de inmediato.

Se sobresalta al primer contacto. No protesta.

Me la llevo corriendo al salón, donde tengo la chimenea encendida, y la dejo en la alfombra delante de la misma. Tiro de una de las mantas del sofá y se la echo por encima.

Mia se sienta en el suelo sin dejar de temblar, y me agacho para quitarle la mierda de zapatillas de lona que calzan sus pies. Está completamente empapada.

—¿Se puede saber qué hostias haces? —ladro impaciente.

Ella me mira con los ojos ausentes, pero no dice nada.

—Te he hecho una pregunta —exijo cabreadísimo.

La zarandeo por un brazo. Para que reaccione. No entiendo qué cojones hacía fuera y medio desnuda.

¿Acaso no ve el peligro que corre? Claramente, no. Puta suicida.

Con mi contacto, Mia, parece salir de su trance y, sin enfocarme del todo, comunica con ojos vidriosos:

—No lo sé. ¿Vale? —Suelta a la defensiva —. Estoy asustada.

Por muy impertinente que resulte su tono de voz, es sincera. Y un puto puñal se me clava en el corazón al escuchar su revelación y la poca importancia que le da al mostrarse así de vulnerable. Ella no es una persona a la que le guste mostrar sus debilidades. Si lo hace, es porque está realmente asustada.

¡Mierda!

Le agarro una pierna y le quito el calcetín. También mojado. Acto seguido, reclamo el otro pie, y hago lo mismo.

Intenta apartar la pierna un par de veces cuando empiezo a frotarle los pies con mis manos.

—Qué pares, hostias. —Al percatarse de que yo no voy a ceder, se da por vencida.

Está congelada. Tan fría que llega a quemar.

Opone resistencia, aunque no la verbaliza. Finalmente, consigo deshacerme también de sus leggins chorreantes y le echo otra manta por las piernas.

—No quiero que me toques —escupe enfadada.

La fulmino con la mirada y sigo frotándole los muslos.

—Lo que tú quieras me importa una mierda, nena.

Resopla con fuerza y carga el arma.

—Eso no es verdad —. Ladea la cabeza y me mira de reojo.

No me queda más opción que levantar mis ojos hacia ella y al ver su expresión y lo acertado de su comentario, sonrío. Al darse cuenta, frunce el ceño e intenta por todos los medios no sonreír; le resulta imposible. Por mucho que se empeñe en esconderlo.

Cabeceo un par de veces y me levanto.

Hostia, es tan bonita.

A veces tengo ganas de ahogarla, pero que me cuelguen si no me sumergiría por ella en lo más profundo del océano para traspasarle todo el aire de mis pulmones. Y ella lo sabe.

Me llevo conmigo una de las cajas de madera donde guardo hierba y papel de liar.

Me dejo caer en el sofá y estiro el brazo para arrastrar la pequeña mesa de centro hasta su lugar habitual. Dejo la caja encima, la abro. Me lio un porro.

Mia continúa en el suelo de espaldas a mí y con la vista en las brasas de la chimenea.

Quiero que se sienta mejor. No tengo puta idea de cómo conseguirlo.

Deslizo la lengua por el papel para cerrar mi canuto y me lo apoyo en los labios para encenderlo. Una prolongada calada me relaja lo suficiente.

Me levanto. Camino hasta una esquina del salón, abro uno de los cajones del mueble, y recupero de él, un taco de madera tallado a mano, con la forma de un lobo.

Se lo tiro a Mia encima de las piernas, y vuelvo a sentarme en el sofá, apoyando la cabeza en el respaldo.

Soy consciente de que lo ha cogido entre sus manos y se ha girado en mi dirección confusa a la espera de una explicación. Yo

tengo la cabeza echada hacia arriba, y la vista fija en las vigas de techo. Le doy tiempo a que lo inspeccione atentamente, como sé qué va a hacer.

—Era de Jack —suspira —. Se pasaba horas tallando madera. Perdía la noción del tiempo. La mecedora en la que tanto te gusta sentarte ahí fuera, también la hizo él. Y, al igual que tú, se llevaba uno de los cojines del sofá y, en vez de sentarse sobre él, como tú, lo ponía encima de sus piernas —. Estiro la espalda y reafirmo mi postura —. No era muy hablador. Apreciaba el silencio. Era una persona cordial, alguien que sabía relacionarse con el mundo. Pero al que no le interesaba lo más mínimo hacerlo. Solitario, pero amable. Severo, pero justo… a veces. Celoso de su intimidad y muy sincero —. Durante el tiempo que duran mis pausas, escucho la respiración entrecortada de Mia. Apenas como un murmullo lejano —. Tenía tres grandes pasiones. La caza, esta casa y el buen comer. Un oso solitario y de costumbres —. Una sonrisa se cuela en mi boca unos segundos al recordar a Jack —. Ni una sola vez lo vi en la cama después de las cinco de la mañana. El cabrón era fuerte como un roble. Ni un puto resfriado en dos décadas.

Sigo con la cabeza en las nubes, por lo que no soy consciente de que Mia se ha levantado, hasta que se sienta a mi lado en el sofá. Bajo la vista y sus ojos empapados en lágrimas de las que no me había percatado hasta el momento y que le cubren el rostro, me ruegan que continúe hablando.

Se coloca cerca, pero sin llegar a tocarme. Sube las piernas y se las envuelve con los brazos, apoyando la barbilla en sus rodillas.

Y por un instante la veo tan… sola. Tan jodidamente vulnerable, que me revientan todos los órganos del cuerpo al mismo tiempo.

Expulso el aire de mis pulmones con fuerza. Me muevo y la rodeo con mi brazo, cobijándola bajo mi axila.

Mia enseguida apoya la mejilla en mi pecho y se acurruca contra mí.

—Durante las horas muertas en invierno, bebíamos cerveza y jugábamos a las cartas. Zorro de mal perder. Era un tramposo —. La risita de Mia la hace vibrar contra mi cuerpo y sonrío —. Roncaba como un puto oso. Y le encantaba el sonido del estallido de la

madera cuando arde. Y las mujeres. Le gustaban las mujeres. ¡Mucho! Y no hay duda, de que, a ellas, les gustaba él —. Cojo el mentón de Mia con dos dedos y la miro fijamente —. Tienes sus ojos, nena.

Ella entreabre los labios y respira una sola vez entrecortadamente, como si no fuera capaz de hacerlo. Abrumada. Levanto un poco el culo y me saco la cartera del bolsillo trasero. De ella recupero el documento de identidad de Jack. La única foto que tengo de él, y se lo tiendo a Mia.

Lo coge con una mano y con la otra se cubre la boca. ¡Hostias! Nunca hablamos de Mia. Pero en este momento me dan ganas de ir a buscarlo al inframundo y exigirle explicaciones. Posteriormente, volver a matarlo y recrearme en ello. ¿Por qué cojones la abandonó a su suerte? ¿Cómo pudo vivir sin ella?

Pero de inmediato recuerdo el motivo.

Por mucho que me duela el sentir el dolor de mi hembra. Esta no hubiera sido vida para ella. Jack, era un buen hombre. ¡Pero, un padre de mierda!

Me niego a recordar mi infancia y me centro en la preciosa morena que sostiene con manos temblorosas la fotografía de su padre, sin poder creer lo que está viendo.

Por supuesto, a ella tampoco voy a descubrirle la parte mala de Jack. Ni la mía. Es un daño gratuito que no tiene por qué recibir. Todo lo que le he contado, es absolutamente verdad. Pero el día tiene veinticuatro horas. Y los años trescientos sesenta y cinco días. Hay tiempo para mucho más qué lo que le he descrito.

—Gracias, Lincoln —susurra.

—De nada, nena.

Niego con la cabeza, le sostengo la cara con mi mano, y la refugio en mi pectoral izquierdo. Siento que su respiración se relaja y le doy un beso en el pelo, mientras Mia, retuerce en uno de sus puños mi camiseta, y con la otra mano, sostiene la fotografía de un padre al que nunca conoció, y al que no deja de observar encandilada y con expresión de dolor en el rostro.

Un único momento de calma con Mia vivido hace dos días. Desde entonces, se ha encerrado en sí misma de nuevo. Han pasado dos días y mi paciencia está llegando a su límite.

Se levanta temprano, incluso antes que yo, (en las épocas de reclusión, aprovecho para vaguear). Para cuando abandono mi habitación por las mañanas, Mia ya tiene el desayuno dispuesto en la mesa de la cocina. ¡Frío! Lo que me hace entender que ella sigue el horario habitual.

Se recluye en su habitación durante la mayor parte del día. Los pocos momentos en los que se deja ver en el piso inferior, es cuando es consciente de que yo estoy liado con alguna tarea en el almacén, o me da por salir a las inmediaciones de la vivienda.

Estoy hasta los cojones.

No quiero herirla, pero no toleraré una actuación similar.

Incluso el aroma que Mia deja en el cuarto de baño cuando yo entro a darme una ducha, me la pone dura.

Ya no hablemos de la visión de sus braguitas en el cuarto de la colada. No es que esté al acecho. Tal vez sí. Ese no es el caso.

Admito que, desde que estamos solos, y ella se ha vuelto prácticamente invisible, le he robado un par de braguitas de la secadora, y las empleo para rodearme la polla y masturbarme por las noches.

En lugar de devolverlas al cubo de la ropa sucia, espero a que Mia deje su cuarto, las doblo y se las dejo impregnadas con mi semen en el cajón en el que sé que guarda la ropa interior. El agua caliente resbala por mi piel y me apoyo en el revestimiento de baldosas color crema del baño. Me la machaco la polla con ímpetu, pero sin obtener el resultado ansiado.

«Hostias.»

Varias sacudidas más, apresando mi labio inferior entre mis dientes y los vagos recuerdos de cómo me follaba a Mia, se desvanecen antes de que pueda correrme.

Ya no es suficiente. Los recuerdos se vuelven cada vez más borrosos. Demasiado lejanos.

—¡Hostia puta! —gruño cabreado.

Desisto, aceptando mi fracaso. Al salir de la ducha un millón de veces más tenso que al entrar en ella, me envuelvo la cintura con una toalla blanca. Camino a mi habitación, tiro la toalla en una esquina de mala leche, e introduzco las piernas en un pantalón de chándal gris. Puede que fuera haga un frío desolador, la temperatura en casa es cojonuda. Me aseguro constantemente de ello.

Otros años, no me importaba.

Cuando Jack y yo vivíamos juntos, apenas encendíamos la chimenea. Y, obviamente, no nos levantábamos, cada pocas horas, preocupados de mantener el ambiente caldeado, y que las llamas no se extinguieran. Este año es distinto. Ella está aquí. Y no consentiré que pase frío.

Tiro la camiseta encima de la cama. Ni de coña me la pondré para empezar a sudar de nuevo como un cerdo cuando acabo de ducharme.

Puede que esté llevando lo de tener la casa caliente demasiado lejos.

Recuerdo que todas las veces que me he topado con Mia estos días, siempre la veo con camiseta de manga larga, e incluso alguna que otra vez, con una chaquetilla. Ella no tiene calor. Parece estar a gusto. Por lo que no cambiaré mi modus operandi.

Con la intención de escuchar algo de música y fumar un poco de hierba, desciendo los escalones de madera.

Mia, está acurrucada en el tresillo con una taza de caldo de verdura entre las manos, (lo huelo desde aquí). Con la vista fija en la chimenea. En absoluto silencio. Cada vez que se aprecia el sonido del estallido que hace la madera al arder, ella cierra los ojos. Desciendo un par de peldaños más. Alguna que otra lagrimilla se escapa de la comisura de sus ojos. Despacio la atrapa entre sus dedos sin perder el punto fijo en el fuego.

«Esto se acaba aquí.» No puedo verla así.

Joder, ahora me siento la hostia de culpable por haberle contado todas esas chorradas sobre Jack. No era más que un montón de mierda que solté por la boca para hacerla sentir mejor. Y visto lo visto… no ha funcionado.

Mia da un chimpo sobresaltada en el sofá al percatarse de mi presencia. Hace bien. Rodeo el mueble por la parte trasera y me planto frente a ella. Antes de darle opción a abrir la boca, estiro el brazo para quitarle la taza llena de sopa de las manos.

Ella juguetea con el borde de la manta nerviosa.

¿Mi reacción? Arrancarle la maldita manta de un tirón. Uno que hace que ella se revuelva incomodísima.

Pone el primer pie en el suelo. Quiere escapar. Lo sé. No va a conseguirlo. En ese momento atrapo su rodilla y la desplazo a un lado de su cuerpo. Mi brusco movimiento la hace tambalear y caer con la espalda contra el respaldo.

—Lincoln, no tengo ganas de tonterías. Sigue a lo tuyo y déjame tranquila.

—Vaya… pero si te acuerdas de mi nombre —ironizo con sequedad. Me paso la lengua por el paladar. Mia atrapa mis ojos con esas dos preciosas esferas claras que me vuelven loco.

—No tiene gracia.

—Tienes razón. No tiene ni puta gracia. —Por eso estoy aquí.

Muerdo mi labio inferior y, con los dientes clavados en él, frunzo el ceño y le enseño los dientes de arriba. Acto suficiente para que Mia se eche a temblar. Apenas es perceptible, pero reconozco lo asustada que está. La conozco muy bien. Incluso más que ella misma. Huelo su miedo en el ambiente.

Inclino mi cuerpo y atrapo la otra pierna de Mia. Otro brusco tirón y se las abro por completo.

—Lincoln, por favor.

—Tus ruegos no van a ayudarte ahora, nena. Solo consiguen ponérmela más dura.

Soy prudente con mis palabras. La alternativa sería soltarle una burrada. Ya está acojonada, no hace falta que yo, incremente el sentimiento.

Atrapo sus dos tobillos y tiro de ellos. Cae al suelo en el acto, golpeándose sutilmente la nuca contra el mullido sillón.

—Ni se te ocurra.

Sonrío de medio lado.

—Eres tan pequeña… Tan frágil. Me resultaría tan fácil acabar con todo. Una mano alrededor de tu precioso cuello… un mínimo esfuerzo por mi parte. ¡Pum!

Jamás lo haría. Pero eso ella no lo sabe. Y el tener tal poder me hace sentir invencible.

—Tengo literalmente tu vida en mis manos. —Su vulnerabilidad me pone cachondo. No lo negaré.

Me tiendo sobre su cuerpo. Ha cerrado las piernas de nuevo, pero con una de las mías hago presión en sus rodillas, y me abro paso entre sus muslos. Los largos y sedosos pelitos de la alfombra me cosquillean los dedos de los pies.

—No vas a hacerme daño —susurra no muy convencida. Sus lágrimas han desaparecido, sus ojos siguen vidriosos, y advierto que no tardarán en volver a descargar todo el llanto que se esconde tras sus parpados.

—No —confirmo —. No voy a hacerte daño, nena —, continúo con un tono sosegado y de aparente calma. Mia coge aire por la nariz y lo expulsa lentamente por la boca. Parece que ha escuchado lo que necesitaba. No tiene ni idea —. Pero voy a follarte. A profanar tu perfecto coño y a correrme en tus entrañas.

A mi revelación la acompaña un perfecto movimiento. Le clavo las caderas y, por consiguiente, mi erección en aumento en el coño. Mis grandes dedos se anclan en sus dos muñecas, apresándolas en alto por encima de su cabeza, y nos deslizo a los dos hacia abajo, dejándonos tumbados en la alfombra por completo. Desplazando la pequeña mesa de centro a una esquina de una patada. Abriéndome paso con la cabeza en la curva entre su barbilla y su hombro. Mordiéndole el cuello con saña.

Un agudo grito emana de la garganta de Mia.

——Joderrrrr. No quiero esto, Lincoln.

Desde mi escondite, y sin separar mi boca de su carne ardiente, no consigo evitar que unas carcajadas invadan el ambiente, provenientes de mi interior, con la boca completamente cerrada y mis dientes aferrados a su piel.

—Lo que tú quieras ahora, no importa.

Ahora está asustada de verdad. Tiene miedo de cojones.

La adrenalina me recorre por dentro, excitándome.

Aprovecho su momento de debilidad, en el que tiembla, respira entrecortadamente, y las lágrimas por fin se hacen presentes. Tiro de la cinturilla de sus pantalones anchos negros y la goma de mi chándal abajo.

No hay tiempo. Es tarde. Y yo ardo.

Ni siquiera tengo que esforzarme en guiar mi polla. Se posiciona sola en su entrada. Sabe muy bien cuál es el camino a seguir. El único camino.

Pero no se la meto. Me rozo contra su coño y no tarda nada en lubricarse. Mirándola a los ojos, acerco mi boca a la suya y lamo su labio inferior. Se estremece y aprovecho para lamer el superior.

—Para no quererlo, estás cachonda como una perra. —Tuerce el gesto. Negándose a revelar lo evidente.

Sigo frotándome contra ella y cuando la percibo, totalmente preparada, empujo las caderas, acelerado, y la empalo.

Mia lucha para que la suelte y continúa llorando y revolviéndose.

—¡Para! Quítate de encima. Déjame en paz. No lo hagas, no sigas, por favor…

Expiro apretando los dientes y abriendo mis labios. Amenazante. Ofensivo. Peligroso. Intimidante.

Los latidos de su corazón traspasan mi pecho. Su ritmo frenético desentona con el mío estable y seguro. Pronto se sincronizan. Estoy demasiado cachondo para poder controlarlos.

Me la estoy follando. ¡Por fin me la estoy follando!

—Para, para, para… —Repite inconexa, con la respiración entre cortada.

La estoy violando. Y a ella… por mucho que se empeñe en negarlo y en rogarme que la deje… va a encantarle.

Su preciosa carita de muñeca se enrojece y un mar de lágrimas la baña. Retrocedo sacándole mi erección unos centímetros y vuelvo a hundirme en ella con un tosco empeñon. Convencido estoy de desgarrarle el alma. Se la meto hasta la empuñadura y mis pelotas se tensan al forzar su entrada. Saco la lengua y le recorro la cara con ella.

—Sal y dolor. Mmmhhh. Me encanta.

Mis papilas gustativas envían señales a mi polla. Tensa. Muy tensa. Palpitante y deseosa de arrebatárselo todo.

Se empeña en resistirse a pesar de que su coño, se moja más y más, a cada empale.

Le amaso las tetas con mi mano libre y ejerzo cada vez más presión en la que sujeta sus muñecas. Me muevo. Apenas retrocedo con las caderas, pero me anclo como un loco cada vez más profundo. La taladro. Quiero traspasarla, hostias.

Fundirme con ella.

Me la follo como un loco y le levanto la camiseta. Restriego mi cara por su pecho. La barba que no me he molestado en arreglar estos días, le irrita la piel. Dejando marcas y rojeces por todas partes.

Mia, llora, y yo, dejo de embestirla. Le escupo en los pezones antes de cubrirlos con la boca abierta por completo para comérmela entera.

Ya no me pide que pare. No grita. Sí, solloza. Y está rígida como una tabla. Pero su coño se lubrica cada vez más. Su excitación llega a mi olfato. Sin dejar de violarla en ningún momento, me incorporo un poco, inclino el cuerpo, y pego la nariz a su vientre. Podría olerla a millas de distancia. Quiero disfrutarla.

Inspiro profundamente su aroma, recorriendo con mi nariz su cuerpo hasta llegar a su cuello. Saco la lengua y le doy un lametón al mordisco que yo mismo le he dado hace pocos minutos.

El sabor a cobre, mezclado con el aroma a sexo que desprende, me enciende y tengo que darle más duro.

Entre sollozos, los gemidos de Mia, se apuntan a la fiesta.

La miro a los ojos. Le escupo en la boca. Le abofeteo la cara.

—¿Te acuerdas ahora? —gruño poseído.

Aumento el ritmo de mis embestidas. Aprieto mi agarre y le anclo los dedos en la cadera, con una fuerza que yo mismo reconozco que es desmedida.

—Ahhh… ahhh… —jadea ella.

Araño su carne y bajo la vista a las heridas que dejo arrastrándole mis cortas uñas. Heridas que la hacen sangrar por mí.

Pertenecerme. Y me la follo a conciencia. Con toda la intensidad de la que dispongo. Sin importarme las consecuencias.

—Responde, hostias —exijo, cabreadísimo, a la par que excitadísimo. —¿Te acuerdas ahora?

Ya solo puedo respirar entre dientes. Dilatando mis fosas nasales al máximo. Embriagándome con la humedad desorbitada de mi hembra. Emborrachándome con el aroma a sexo que se apodera de nuestros cuerpos, la estancia, la casa, el jodido universo.

—¡Sí! Maldita sea, sí —. La confirmación que sale de sus labios, es clara y contundente. Y mierda, cómo me pone escucharla.

Vuelvo a abofetearla. Su cabeza golpea contra un lado de la alfombra. Mi palma marcada en su cara me tensa la polla. La abofeteo una vez más, girándole la cabeza, y vuelve a golpearse, esta vez, contra la alfombra al lado contrario. Su piel en llamas. Su coño chorreando. El que sus dedos ya no luchen contra mí, sino que se entrelacen con los míos con desesperación. Su columna arqueada y sus caderas levantadas, que me ruegan silenciosas, que acabe con ella. Que la rompa, si es lo que deseo.

—Pues entonces córrete para mí, nena.

Suelto sus muñecas. Mia no duda, de inmediato me rodea los hombros y se aferra a mi cuerpo como si todo el mundo fuera de este momento, no existiera. Dejando por completo de resistirse. La levanto un poco y le rodeo la cintura con un brazo. Acercándola a mí, todo lo humanamente posible. Retrocedo unos cinco centímetros y me clavo en ella el doble. Un solo último empeñon, que me tensa todos y cada uno de los músculos del cuerpo. Y me corro…

Me corro con una fuerza descomunal. Como nunca antes lo había hecho. Una fricción potentísima llega con la intensidad de un ciclón, y me aprieta tanto la polla que me entran ganas de gritar. Exprimiendo hasta la última gota y dejándome seco por completo. Al percatarme de lo que ocurre, entierro la cabeza en el cuello de Mia y vuelvo a reír con la boca cerrada una vez más. Apretando la mandíbula y dejando que las carcajadas resuenen por todo el salón.

Mia acaba de correrse, y algo me dice que su orgasmo, ha sido de los que hacen historia.

Salgo de mi escondite, la miro a los ojos, y la beso en la boca.

Un solo beso. Un solo segundo. Pero intenso y caliente, como el puto fuego del infierno.

Mia
Capítulo 40

Lincoln rueda por la alfombra, liberando mi cuerpo de su encierro y otorgándome el placer de respirar.

Tarea imposible con él encima.

Estira el brazo y recupera su pantalón de chándal. Del bolsillo saca un canuto y un mechero. Lo enciende y coloca un brazo a modo de almohada.

¿Qué he hecho? El miedo me asalta de nuevo.

Y digo… ¿Qué he hecho? Refiriéndome a mí, porque no puedo engañarme. Puede que fuese él quien empezó, pero sin duda lo seguí gustosa.

La respiración, que ahora debería ser pausada, continúa robándome media vida. Trabajosa y pesada. Acelerada e inconexa. ¡Mierda! ¡Joder! ¡Hostia! ¡Maldita sea! ¡Coño!

—Bufff —resoplo para mí misma.

Me seco parte del sudor de la frente con el antebrazo y, al hacerlo, me fijo en Lincoln.

Que, a diferencia de mí, parece tranquilo y sereno, disfrutando de unos momentos de absoluta paz.

Ojalá yo pudiera sentirla.

En ese momento, pese a que es una mala idea, comprendo que es así. Al alcance de mi mano está tocar el cielo o recluirme en el purgatorio.

Observo las facciones cálidas, cuadriculadas y duras del rostro de Lincoln. La línea que define todos los tonificados músculos de su cuerpo.

La barba de algo más que unos pocos días.

Esos ojos negros clavados en las vigas del techo. Los cuales son tan oscuros que, diferenciar el iris de la pupila, resulta absolutamente imposible.

Su desnudez atrayente y explosiva que presume con orgullo. Su polla a media asta que… vale. No. Por ahí no puedo ir.

Bajo la vista un poco más y me deleito con la fina capa de sudor que le cubre los muslos, grandes, prietos… ¡Joder!

Todo en este hombre me lleva al mismo pensamiento.

Está demasiado bueno.

—Te gusta lo que ves, nena.

Disimulo perder el tiempo, y le respondo con una mentira que ni yo misma me creo.

—No.

Lincoln le da una calada a su porro entre risitas que se traga para sí.

—No era una pregunta, Mia.

Se me seca la boca.

—¿Cómo puedes ser tan presuntuoso y creído? —¡Por qué es un puto dios!

Expulso el aire de mis pulmones, sintiéndome completamente abatida, y en inferioridad de condiciones, de un modo muy poco elegante. Me recompongo enseguida, cuando el sonido que emiten mis labios y la vibración de los mismos, me delatan. ¡Mierda!

Cansada de ser la que siempre recule, meta la pata y se esconda. Me coloco a horcajadas sobre sus caderas. Gracias a que todavía conservo mi camiseta, no me siento tan avergonzada.

Inclino la cabeza hacia abajo para mirar a Lincoln y le arrebato el canuto. Tratando de ser sexy, lo apoyo entre mis dedos y me lo llevo a la boca. Le doy una profunda calada. Lincoln levanta una mano y me amasa un pecho por encima de la ropa. Acto seguido, el intenso y sensual momento, se va a la mierda, cuando arranco a toser como una loca.

—Mierda, como pica esto —continúo tosiendo.

Olvidé lo mucho que rasca la garganta, esa porquería que fuma. No se ríe. Lo agradezco. Se limita a quitarme el porro y darme un par de golpecitos en la espalda.

—Métetela.

Abro mucho los ojos y la expresión sería de Lincoln me descoloca. ¿Quiere seguir follando? Joder, ¿no tiene fin? Estoy exhausta. Por

mucho que me guste este tío, no creo poder manejarme con otro asalto ahora mismo sin tomarme unos minutos antes. Y eso haciendo un gran esfuerzo.

—Mia, no quiero follarte. Solo estar dentro de ti.

Y lo que a cualquier persona le habría parecido una salida babosa y obscena. A mí me suena a lo más romántico del mundo.

«Solo estar dentro de ti.»

Como si me hubiese dicho… Necesito sentirte. Adorarte y cuidarte el resto de tu vida. Respetarte y mimarte, hasta el fin de tus días. ¡Putas novelas románticas!

No dudo. Me incorporo un poquito y le agarro la base de la polla, bastante dura después del modo en el que acaba de correrse, debo añadir. La dirijo a mi hendidura. No tengo que humedecerla, ya que los dos estamos chorreando. Lentamente, me dejo caer sobre ella. Introduciéndolo en mi interior, centímetro a centímetro. Disfrutando de la sensación tanto como Lincoln, que ha cerrado los ojos para vivir el momento.

Me acomodo y su plenitud me envuelve. Lincoln sostiene el porro entre los labios y alza una mano. Me acaricia con los nudillos la mejilla y yo… me derrito en ese mismo instante.

¡Joder! Joder, joder, joder…

Acaricio con mis dedos el desgarro que el oso hizo en gran parte de sus pectorales. Atravesándolos por completo, y cargándose gran parte de los tatuajes que luce, en su pecho.

—¿Te duele?

Niega con la cabeza. No es verdad. Todavía está fresco y la herida era demasiado profunda.

—Sentí morir aquel día —siseo bajito, sincera. Mi voz se apodera del ambiente y se tiñe de un color rojo intenso que golpea mis costillas —. Creo que una parte de mí se quedó en aquel lugar. Dudo ser capaz de volver a recuperarla.

La idea de perder a Lincoln, pese a que, en ese momento, no era consciente de lo enamorada que estaba de él, me arranco diez años de vida.

No voy a revelar más. Tampoco es necesario. Puede que mis labios no dibujasen un «te quiero», pero estoy convencida de que,

ya ha podido leerlo en mi mirada.

Y lo veo. Subirse a aquel autobús habría sido un error. Una parte de mí, no se habría quedado para siempre con Lincoln. Se quedaría con todo lo que soy. Haciendo partir un cuerpo carente de vida y sin alma, lejos de este lugar.

Levanto la vista de su cicatriz para fijarla a en sus ojos y abriéndome en canal como nunca antes… lo hago. Lo digo.

—Estoy enamorada de ti, Lincoln. Te quiero. Te quiero como sé que nunca podré querer a nadie. Te quiero y te necesito.

Y no me arrepiento.

Los ojos de Lincoln se oscurecen tanto en ese instante, que el negro pasa a ser un espejo en el que me veo reflejada. Su polla se endurece al momento y descubro un incipiente y casi imperceptible movimiento de caderas circular. Uno que jamás atribuiría a Lincoln. Debe ser así. Aquí solo estamos nosotros dos.

Y de pronto…

Lincoln
Capítulo 41

¡Hostia puta!

¿La he escuchado bien?

Hostias, claro que la he escuchado bien.

¿Lo sabía? Sí.

¿Eso lo hace menos impactante? Ni de coña.

La polla se me tensa tanto que las paredes de su coño parecen una jaula. Me la retuercen de una manera imposible. Tratando de exprimírmela al máximo.

Y aunque las palabras se nieguen a abandonar mi boca. Pienso decirle… «Yo también, nena.» A mi manera.

Sin embargo, mi manera parece solo una sombra lejana que se desvanece en el horizonte cuando la luna toma su posición.

Muevo las caderas dibujando suaves círculos. «Suaves círculos.» ¡Jódete! Algo que no he hecho en la vida.

Yo no soy así. No soy delicado con una mujer. No les hago el amor, ni ninguna de esas chorradas. No me preocupo porque se sientan bien. Tengo clarísimo que conmigo siempre se corren. Aunque siendo sincero, eso antes de que llegara Mia, me importaba una mierda. Era problema de ellas.

Yo estaba ahí en busca de mi propio placer; si ellas lo obtenían o no, no me comía la cabeza.

Y ahora… ahora todo en lo que puedo pensar es en destrozarla. Herirla. Rasgarla. Pero… asegurándome de que se deshace entre mis brazos. Beberme los orgasmos de Mia me enciende tanto o más, que tenerlos yo mismo. Y ya no hablemos en sentido literal. Hostias. Comerle el coño a Mia es adictivo.

Mi hembra responde tal y como yo deseo a mi deseo. Moviendo las caderas al compás de las mías.

Quiero más. Esto no me llega. Siento que nada es suficiente. Apago el porro que aún tenía entre los dedos en el cenicero y lo empujo hasta que queda debajo del tresillo.

Busco el dobladillo de la camiseta ancha de Mia y se la saco por la cabeza. No soy brusco, ni emito movimientos acelerados como de costumbre.

Despacio y sin salir de ella, ruedo y la coloco debajo de mí. Su mirada cargada de deseo y… hostias. Me atrapa y me quedo inmóvil. Completamente quieto. Con la polla hundida hasta sus entrañas.

La estudio con detenimiento. Le acaricio las mejillas con mis labios y despacio deslizo mis dientes por su barbilla.

Sabe tan jodidamente bien.

Mis caderas retoman esos lentos, delirantes y húmedos movimientos por sí solas. Es completamente desquiciante. Torturador. Me está matando.

Nunca he hecho el amor con nadie. Simple y llanamente, porque nunca he amado a nadie. Nunca. Jamás. En la vida. Hasta ahora…

Me hundo y la penetro despacio, sintiendo cada jodido centímetro de su ardiente carne.

—Hostias, nena. Me quemas. —Está ardiendo.

Su coño está tan caliente que es desquiciante soportarlo y mi polla apenas en movimiento, solo quiere llorar por ella.

Así. Se lo haré a mi manera. Esa que acabo de descubrir después de veintiocho años en esta tierra. Se lo diré sin palabras. Pero dejaré muy claro ese… «Yo también.» «Yo también te quiero, nena.»

Recorro el cuerpo de Mia con caricias suaves y firmes, y ella hace lo mismo con el mío, con manos temblorosas y repletas de ternura.

—Lincoln… —gime arqueando la espalda sutilmente y regalándome una impresionante vista de sus tetas endurecidas con el movimiento.

—Nena… —gruño apretando la mandíbula en respuesta a su reclamo.

No hablamos. Pero los reclamos del uno al otro, llenan el ambiente una vez tras otra. Sus gemidos, mis gruñidos. Sus jadeos, mis inspiraciones entre dientes. Todo se mezcla. Intensifican la situación. Y me completa de más maneras de las que soy capaz de contar.

La humedad de mi chica resbala por sus muslos. Se adhiere a mi piel y me vuela la jodida cabeza. Un revolver de gran calibre apunta

y dispara, esparciendo mis sesos antes de que pueda ponerme a salvo.

Le agarro una pierna justo por detrás de la rodilla y la insto a que me rodee con ella. Sin dejar de acariciarle la parte trasera del muslo y consiguiendo más profundidad en esa postura.

—Lincoln… no pares… no pares nunca, por favor —ruega y el «te quiero» de Mia, me traspasa el pecho.

De pronto los actos no son suficientes. Me pica la lengua.

La penetro sintiéndola vibrar entre mis brazos, consciente del orgasmo que la atraviesa y rompe por la mitad.

Mi polla acoge su orgasmo, empapándose de sus fluidos y agradeciéndoselos, corriéndose en su interior.

Y eso es todo.

Todo lo que necesitaba para mirarla a sus ojos vidriosos, repasar las curvas de su cuerpo con forma de reloj de arena, con la yema de mis callosos dedos, acercar mis labios hasta rozar los suyos… y asumir que estoy perdido.

Perdido por ella.

Perdido en ella.

Perdido sin ella.

Jodidamente loco.

—Te amo, nena.

Con una cerveza caliente como el caldo entre mis dedos, observo a Mia dormir plácidamente. A mi lado. En mi cama. Satisfecha.

¡Hostia puta!

¿Qué me ha hecho? ¿Cómo he llegado hasta aquí?

No tengo ni la más remota idea. Pero no quiero que se detenga.

Estiro el brazo y tiro sutilmente de la sábana apenas un poco. Quiero verla. Me muero por hacerlo.

La letra L se entrelaza con la D, en su omoplato. Mi polla levanta la ropa de cama que me cubre los muslos.

¡Mi marca!

¡Mi hembra!

¡Mía!

Es la primera vez que accede por cuenta propia a entrar en la guarida del león. A dormir conmigo. Y no sabe lo que acaba de hacer… Ya nada va a sacarla de aquí.

Me encantaría decir que anoche la cogí en brazos, subí las escaleras sosteniéndola cuál princesa, y la metí en mi cama a base de besos y caricias. Acurrucándola contra mi pecho, en la seguridad de mis brazos, y que dormimos así toda la noche.

Pero eso no fue lo que ocurrió. Y lo cierto es que tampoco me encantaría decirlo.

Mi particular versión es mucho más divertida.

Mia se lanzó a mis brazos con los ojos desbordantes al escuchar mi confesión. Todavía no lo había asimilado, cuando yo le di la vuelta, la coloqué a cuatro patas y enredando mi puño en su pelo y me la follé por el culo.

Jadeaba como una posesa y se corrió tantas veces que perdí la cuenta.

Antes de subir al piso de arriba, me la follé en las escaleras. Lo que le regaló unas bonitas marcas en el culo y en la espalda, cortesía del borde de los escalones de madera.

Para ponerle el broche final, la arrodillé en la puerta de mi habitación y le embestí la boca. Con una fuerza tan brutal que acabó vomitando, al mismo tiempo que yo corriéndome. Fue apoteósico y me puso como una puta moto.

Evidentemente, le hice pasar un mal rato cuando le exigí que se lo tragara todo de nuevo. Cómo me pone incordiarla.

La tumbé en mi cama de espaldas estando completamente exhausta, y en vista de que carecía de fuerzas para quejarse, le mordí la nuca y azoté su culo un par de veces. Me fumé un porro antes de echarme a dormir, y al ver que había caído rendida, me relajé metiéndole los dedos en el coño, y estuve comiéndoselo un buen rato antes de tumbarme a su lado. Hostias, se corrió dormida sin ni tan siquiera darse cuenta.

Fue una buena noche.

No tengo ni puta idea de qué hora es. No cabe duda de que es tarde. ¿A quién le importa?

Llevo un buen rato despierto. Bajé abajo a por algo de comer y unos botellines de cerveza. El último es el que tengo entre las manos y sabe a meada de perro.

Lo apoyo en la mesilla. Mia murmura algo inteligible a medio camino entre el mundo de los sueños y este.

Pestañea un par de veces. Estira la espalda. Tiene que estar resentida. Y me fija.

Le sostengo la mirada serio e impasible.

Se coloca boca arriba y yo tiro del nórdico que la cubre.

Le doy un buen repaso, prestando especial atención a sus tetas, y me inclino sobre ella.

—Buenos días —canturrea con voz dulce y jodidamente sexy.

Cuelo la mano por debajo del edredón, le introduzco sin pensármelo mucho tres dedos de golpe en el coño y arquea la espalda.

¡Hostias! Está empapada.

Hago fuerza para metérselos hasta el fondo.

—Buenos días, nena.

—No seas tan… —Detiene su réplica a la vez que arquea la espalda y percibe que está jodidamente empapada.

Abre muchísimo la boca, pero de ella no emana ningún sonido. Sus pequeños deditos retuercen la sábana bajera de mi cama. Tiro de la ropa de cama, dejándola desnuda para mis ojos, bajo un poco más y le doy un lametón en el coño. Atrapo su clítoris entre mis dientes, tiro de él un poquito y luego retiro mis dedos para abrir bien la boca y succionarla entera. Pego la nariz a su sexo e inhalo profundamente el aroma de su excitación.

—Mmmhhh… —Es inevitable. El placer me atraviesa al saborearla —. Estás muy buena —revelo sincero, reptando por su cuerpo y pasándole mi lengua por los labios.

Mia se sonroja y se retuerce un poquito. Se muerde las uñas y me mira a través de sus largas pestañas.

Río para mis adentros. No me jodas. Sí, va a resultar ser tímida. Flexiona las rodillas y cierra las piernas. La reprendo.

—No hagas eso. Piernas abiertas —. Se muerde con más ahínco la uña del dedo pulgar —. Me gusta verte el coño —explico con tono

serio y severo.

Me suelta un pequeño manotazo en el hombro. Ladea su cuerpo y se acurruca contra mi torso. Buscando un refugio.

No me queda más que cubrirle la cabeza con una mano y besarle el pelo.

—¿Una mamada y bajamos a comer algo?

—¿Qué?

—Nada.

Empujo su cabeza por mi pecho hacia abajo, me agarro la base de la polla y le abro la boca a ella con la otra mano. Y sin más… me la follo.

Creo que acabo de encontrar el punto débil de Mia. Puede que se le dé bien actuar, pero el enfrentarse a sus lascivas acciones la noquea.

No hay problema. No necesito hablar para follármela. Aunque… más le vale que vaya perdiendo esa timidez conmigo. No pienso cortarme un pelo con ella, ni dejaré de ser como soy.

—¡¡¡Hostia puta!!!

Me retuerzo de manera imposible, descendiendo con mi polla por la tráquea de Mia, regalándole mi corrida.

—Joder, qué buena eres —gruño con la respiración acelerada, tirando con fuerza de su pelo y hundiéndole la cabeza entre mis pectorales. —Vas a acabar conmigo. —Si lo hace a polvos… no tengo planeado quejarme.

Mia
Capítulo 42

Llevamos dieciséis días en nuestro Gran Hermano particular. Sin cámaras. No me quejo. Lo cierto es que… nunca creí que fuera a admitir esto. Pero así es. Me gusta estar aquí.

Desde el día en el que Lincoln me «atacó» en el salón, las cosas no podrían ir mejor.

Barrené mucho yo sola, pero finalmente, decidí aparcar mis malos pensamientos y vivir el presente. La mejor decisión que he tomado en mi vida.

Lincoln parece otro. No es que de repente se transformara en un hombre educado y cariñoso, ni mucho menos, sigue siendo igual de salvaje, primitivo y borde, pero… Dejémoslo en que nos entendemos.

Me he trasladado oficialmente de cuarto, y ahora a su habitación, la llamamos «nuestra habitación», eso lo resume muy bien todo.

Puede parecer que pasar las veinticuatro horas del día encerrada en una casa donde no hay televisor, sea aburrido. Nada más lejos. Estamos todo el día, ocupados. Cuando no es con una cosa, es con otra y cuando no hay cosas que hacer, entonces… follamos. Mentira. Follamos siempre. Tengamos o no pendiente algo. Y no me quejo. Lincoln es un amante rudo y temerario, pero exquisitamente experimentado y satisfactorio.

Cómo me jode la parte de experimentado. Grrrrrr.

Resoplo y destierro la imagen que acaba de colarse en mi mente de Lincoln follando con otra.

—¡Mierda!

Rebusco en el archivo imaginario de mis recuerdos y recupero el polvo que acabamos de echar en el cuarto de la colada.

Mucho mejor.

He buscado cobertura en cualquier rincón que podáis imaginar. En vano. Desde que el temporal se activó, es misión imposible. No me preocupa. Al menos, no por mí. Lo único que me reconcome por

dentro es no tener la posibilidad de hablar con Audrey, o, simplemente, poder enviarle un mensaje. Conociéndola, se estará comiendo la cabeza. Me encantaría tranquilizarla y confirmarle que todo va bien.

Le he enviado decenas de mensajes a la espera de que la cobertura regrese en cualquier momento y alguno de ellos le llegue. No ha ocurrido.

Dejando a un lado a mis amigas, admito que no echo nada de menos. Puede que suene cursi, e incluso algo atolondrado, pero con Lincoln aquí… no necesito nada más.

Por primera vez soy capaz de calzarme sus botas. Comprender por qué no necesita interacción con nadie.

Aunque mi motivo dista mucho del suyo. Yo soy feliz aquí porque lo tengo a él. No hay más. Tengo que reconocerlo. Lincoln era feliz aquí, incluso antes de mi llegada, simplemente; es asocial.

Rebusco en todos los estantes de la nevera. Es oficial. No quedan huevos.

Al otro lado, frente a la puerta principal, tenemos un pequeñísimo cobertizo donde guardamos decenas de ellos. A Lincoln no le gusta que salga sola. No es la primera vez en estos días que, escuchamos animales acercándose a la casa. El no tener apenas interacción fuera de ella es lo que tiene. Prefiere que lo avise y quedarse vigilando o, en su defecto, ir él, que es lo que siempre hace. Pero hoy está colocando un par de cepos más alrededor de la vivienda. Otra de las razones por las que no le gusta que husmee yo sola por ahí. Él sabe dónde están de memoria. A mí se me va el santo al cielo siempre. Y con las nevadas que caen cada noche, los cepos acaban enterrándose bajo un inmenso manto blanco que lo cubre todo. Lo reconozco, a mí también me acojona acabar metiendo la pierna en uno.

Abro la puerta del porche trasero y lo llamo.

—Lincoln —. Nada. —¡Lincolnnn!

Ni puto caso.

Regreso al interior y salgo por la puerta principal. Antes de aventurarme a bajar los cuatro escalones que nos separan del terreno e ir hasta el cobertizo, lo busco con la mirada.

¡Nada!

Está bien. Con cuidado y tras calzarme unas katiuskas color rosa fucsia, bajo la pequeña escalera con cuidado de no resbalar por vía del hielo acumulado. Limpiamos esta zona a diario. Todos los días la misma canción.

No he avanzado más de dos pasos en la nieve y algo requiere mi atención.

Me enseña los dientes, agazapado, en tensión y ruge.

—¡Mierda! ¡Mierda! ¡Mierda! —chillo a todo pulmón sin moverme del sitio. —¡Ayuda! ¡Lincoln! Por favor… ¡Lincoln!

El animal gruñe y amenaza, pero tampoco se mueve. Estoy petrificada. ¡Acojonada!

En mi cabeza veo claramente el momento en el que se impulsa y salta sobre mí. En el cual sus colmillos entran en contacto con mi piel, desgarrándola. Me hiere de muerte, y antes de que pueda ni tan siquiera gritar, acaba conmigo.

Me desangro. Tiñendo el blanco inmaculado, de rojo carmesí.

—¡Voy a morir! ¡Lincoln! Corre. Va a matarme.

Mi respiración se acelera. La presión de mis costillas es dolorosa. Mi corazón retumba con fuerza en mi pecho y mis…

—¡Nena! Ni se te ocurra acercarte.

La voz de Lincoln me rescata del infinito pozo oscuro sin fin, por el que estaba cayendo en estos momentos.

—Lincoln —grito girando la cabeza en su dirección y rogando que llegue a mí a tiempo.

Puede que esté en shock, no olvido las decenas de cepos que rodean la casa.

—Shhh, tranquila. Ya está. Estoy contigo —repite abrazándome mientras yo hundo la cabeza en su cazadora.

Atrapa mi mirada con la suya y con los pulgares limpia las lágrimas que ruedan por mis mejillas.

¿Pero por qué está tan tranquilo?

—Vamos, corre. ¡Va a matarnos! —Intento tirar de él, presa del pánico.

Ancla los dedos en mi cadera y me gira para que vuelva a mirar al animal. Sigue gruñendo y enseñando los dientes. No se ha movido

del sitio. Y ahora sé el motivo. Está atrapado.

Ha caído en uno de los cepos.

Paso del miedo a la compasión, en una fracción de segundo.

Está herido. Asustado. Tanto como lo estaba yo hace apenas un momento. Y la angustia se apodera de mi pecho. Arremolinándose en mi estómago e impidiéndome aspirar el oxígeno que necesitan mis pulmones para seguir con vida.

—Es precioso —susurro refiriéndome al lince que ambos tenemos a escasos diez metros.

—Lo es.

—Tenemos que ayudarlo. No podemos… —recrudece su agarre en mi cadera.

—No empieces.

—Lincoln…

—He dicho que no empieces, Mia.

Y sé que la discusión se acaba aquí. Va a matarlo. Y yo me siento como una mierda.

Olvidando el motivo por el cual había salido de casa, me pongo en cuclillas y, mientras las lágrimas vuelven a brotar, miro al lince a los ojos.

—Lo siento.

Y lo siento de verdad. Siento no poder salvarlo. Siento no ser capaz de convencer a Lincoln de que lo dejemos ir.

Me pongo en pie y, sin mirar al hombre frío y sin corazón que tengo a mi espalda, subo los cuatro escalones, entro en casa, y me encierro en mi antiguo cuarto. Me tiro sobre la cama y me echo a llorar con ganas.

Con las piernas encogidas en el sofá acabo de leer el último capítulo de la princesa guerrera Isabella. *Chandelier* de Sia empieza a sonar en mi pequeño altavoz. Cierro el libro, me levanto, y me preparo para hacer la cena.

No he vuelto a ver a Lincoln desde el encontronazo de esta mañana. Me recluí en mi antigua habitación, y cuando bajé al salón, no estaba aquí. No anda lejos. Lo oigo trastear en el almacén. Odio

pensar en lo que ocurre allí. En lo que hoy ha ocurrido allí. Sería incapaz de entrar.

Respiro con fuerza a la par que lavo varios vegetales y sazono la carne que cenaremos esta noche.

Concentradísima en mi tarea y sin olvidar los penetrantes ojos del lince que, en mi mente, no hacen más que suplicar por mi ayuda. «¡Mierda!»

Cierro el grifo de un manotazo y me seco las manos en el paño de cocina. Extiendo la tira de costilla en la bandeja y con un pincel, la pinto con el mejunje secreto, receta de mi madre.

El cuerpo de Lincoln a mi espalda me aprisiona contra la encimera de la cocina. Cuela una mano por dentro de mis pantalones. Antes de que pueda hacer, lo que sé qué hará, me revuelvo y doy un paso a mi izquierda.

—¿Qué hostias haces, nena? —protesta Lincoln entre dientes al percatarse de mi rechazo.

—La cena —respondo saliéndome por la tangente.

No soy idiota. O bueno, tal vez sí. Pero sé de buena tinta lo que buscaba con su pregunta. No le va a salir bien. Hoy no estoy de humor. No lo estoy por su culpa. ¿Por qué ha tenido que matarlo? Tenemos comida de sobra. Así que no me trago el cuento del gran samaritano que él mismo vende diciendo que los animales que él come, tienen mejor vida que los que yo consumo, provenientes de granjas de exterminio. Blablablá.

Lincoln atrapa mi cadera con una mano y cuando me voy a retirar una vez más, endurece el agarre dejándome anclada en el sitio.

—Quietecita.

Bufff.

Mis mejillas se llenan de aire. Lo expulso pesadamente.

Lincoln apoya la barbilla en la parte alta de mi cabeza. Vuelve a meterme la mano por la parte trasera del pantalón y me acaricia el culo.

—No me apetece —informo sin más moviendo el trasero para deshacerme de su agarre.

—Me importa una mierda.

Aunque no puede verme la cara, abro los ojos atónita ante su comentario.

Pellizca mi nalga con fuerza. Aprieto la mandíbula. Respiro con rigidez por la nariz. No me muevo. No porque no quiera. No puedo hacerlo, me tiene bien sujeta. ¡Maldito capullo!

Introduce la mano en mis bragas y desliza dos dedos en mi sexo.

—¡Para! —chillo revolviéndome.

De muy mala leche se separa. Me volteo y le sostengo la mirada. Si él está cabreado, yo más.

—Ni se te ocurra —me adelanto antes de que vuelva a meterme mano como lleva escrito en la cara que pretende hacer.

Yergue su postura. Cuadrando los hombros. Tensando los músculos. Desafiante. Intimidante. Aprieta la mandíbula y me enseña los dientes. De repente ya no me parece tan buena idea plantarle cara.

—Dilo.

Temblando de pies a cabeza, le doy lo que me pide.

Lo que atraviesa mi cabeza. El motivo de mi enfado.

—¡Dilo, hostias!

—¡Eres un asesino!

Golpea inesperadamente con el talón de su bota militar, la parte posterior de mis rodillas. Caigo frente a él de rodillas.

Enreda su puño en mi pelo y tira con fuerza, ladeando mi cabeza y atrapando mi mirada.

—Que no se te olvide, nena.

Hacía muchos días que no vivía junto a Lincoln una situación violenta. En cuanto comprendí, frente a ese lince que Lincoln no accedería a liberarlo jamás, me lo vi venir.

Puede que mi postura parezca infantil, o que no se trata más que de un mero capricho. Pero la suya… ¿Cómo puede interpretarse? No tengo idea. Es lo que llevo pensando toda la noche.

Obviamente, he dormido en mi antiguo cuarto. A cada minuto que transcurre la idea de llamarlo cuarto y no antiguo cuarto, adquiere puntos.

No he atrancado el sillón detrás de la puerta. Eso no es necesario. Conozco a Lincoln. No me haría daño. Por mucho que él se empeñe en contradecirme. Puede que sea una persona malencarada, con formas carentes de modales o empatía, pero confío en él. Eso no va a cambiarlo un enfrentamiento.

Por mucho que el enfrentamiento en cuestión, me deshaga en pedazos a mí y acabara con la vida del felino.

Lincoln no me ha molestado y lo agradezco.

Las rodillas me tiemblan y carezco de fuerza para enfrentarme a él.

Sin embargo, admito que Lincoln es una persona transparente. Cruel en ciertas ocasiones, pero transparente, al fin y al cabo. Lo que ves, es lo que realmente es. No esconde oscuros secretos. Una parte más grande de lo que me gustaría admitir en estos momentos, se alegra por ello.

Hoy no hice el desayuno. Que se joda.

En realidad, no se va a joder. Tengo tuppers llenos de comida en la nevera. Es lo que tiene tener tiempo libre. Tienes que invertirlo en algo. Yo lo hago en probar un sinfín de recetas nuevas.

Me abrigo y salgo al porche.

Me siento en la vieja mecedora de madera y bebo sorbitos de mi café. Al parecer, Lincoln no se ha despertado todavía. Ya que no lo escucho trastear, y la puerta de nuestro, quiero decir, su dormitorio, permanece cerrada.

Recuesto la cabeza en el respaldo de la hamaca y la madera vieja protesta.

Cierro los pesados parpados y me concentro en escuchar el silencio.

Al cabo de unos segundos, el silencio se presenta de una manera especial. Siempre ocurre cuando me relajo.

El viento soplando a través de las copas de los árboles. El caudal del río descendiendo con su dulce melodía. El aroma gélido que congela tus fosas nasales. Los pajarillos que pían dando los buenos días. Adoro esta sensación. Paz. Calma. Absoluta tranquilidad.

Doy otro sorbo a mi café y sigo escuchando.

La gotera que tenemos en el porche. La nieve que se derrite y el suave goteo… tic, tic, tic… Ese casi imperceptible gruñido…

Agarro los brazos de la mecedora y me siento en el borde. Mi taza de café cae, golpeando el suelo en el que se derrama su contenido. El cojín que siempre apoyo en mis piernas, resbala. Sentada en el borde de la mecedora, agudizo el oído.

—Grrrrrr…

Frunzo los ojos y recorro toda la superficie posible con ellos.

¿Qué es eso?

En primera instancia me sobresalté. Ahora no estoy tan convencida de tener que hacerlo.

—Grrrrrr…

Otra vez.

Me levanto de un salto, recuperando el cojín que ha caído y lo apoyo en el banco de madera.

Doy un par de pasos y me sujeto con ambas manos a la barandilla de madera. Como la plataforma del porche queda a más de un metro del nivel del suelo, puedo alcanzar a ver muy lejos. Justo hasta el inicio de la arboleda tras el río.

A decir verdad, el sonido no provenía de tan lejos.

—Grrrrrr…

Desciendo las escaleras a pesar de que mis pies solo calzan unos calcetines gruesos de lana y las zapatillas de andar por casa, y me quedo de pie en el último escalón. Con el oído en alerta y decidiendo si la mejor opción es mandar al cuerno la inapropiada vestimenta que llevo y adentrarme en la nieve, o directamente, dar media vuelta y correr a casa.

—Grrrrrr…

Desde esta posición escucho mucho mejor y mi instinto me lleva a agachar la cabeza y dar un vistazo a los tablones de madera que cubren la parte baja de la vivienda.

Poco después, dos pequeños faros se iluminan en la oscuridad del bajo.

¡Hay, Dios mío!

¿Pero qué es esto?

—¿De dónde has salido tú? —pregunto estirando los brazos para coger la pequeñita bolita de pelo de color rojizo moteado, que me gruñe sin descanso.

No puedo evitar sonreír.

Es tan pequeño.

Está enfadado. Mucho. Pero es tan mono.

—Estás congelado —le digo sosteniéndolo entre mis manos y acercando su morrito a mi cara, para acariciarlo con la punta de mi nariz.

—¿Tienes hambre? —Consciente de que no puede responderme, lo hago yo por él —. Sí, sí, por supuesto que tienes hambre.

Entro en casa. Durante un par de minutos me quedo inmóvil tras la puerta sin saber qué hacer. Veamos. ¿Qué narices come? Si tuviéramos cobertura, podría hacer una breve consulta en Google y salir del apuro, al menos en primer momento. Pero no es así. Tendremos que improvisar.

Es pequeño. Joder, es muy pequeño.

Lo que me hace descartar de inmediato el alimento sólido.

Me lo quedo mirando. Se acurruca contra mi pecho.

—Eres un bebé. Está bien. Pues…

Pienso y pienso.

—Leche. Eres un bebé —informo mirándolo completamente convencida.

A falta de biberones y farmacias cercanas, hago lo mejor que puedo.

Vierto leche en un cazo, mientras sujeto al pequeñajo con el otro brazo, y lo pongo a calentar.

La leche sola me parece poca cosa y no tengo mucha experiencia con bebés animales. Bueno, con humanos tampoco. Decido echar unas galletas y hacer una mezcla consistente que le llene el estómago.

Rebusco por los armarios algo que pueda serme de utilidad, en la nevera, en los cajones…

«¡Bingo!»

Acabo de tener una idea. Vacío el contenido de un botellín de agua de plástico. Corto un dedo de uno de los guantes de goma que

tengo en el mueble bajo el fregadero, y recupero una de las gomas elásticas que utilizo para múltiples cosas en la cocina.

Fabrico un biberón casero en pocos minutos. Admito que la tarea se complica un pelín al disponer de una sola mano.

Vierto el contenido que previamente he calentado y me instalo con la bolita de pelo en el sofá.

—Espero que te guste.

Lo acomodo en mi regazo y compruebo la temperatura antes de ofrecérselo.

¡Perfecto!

Apenas he inclinado el biberón casero, abre la boquita y chupa con desesperación.

—¡Caramba! Pues sí que tenías hambre.

Le doy un beso en la cabeza y lo dejo comer a gusto mientras no dejo de observarlo. ¡Es precioso!

—¿Qué eres? ¿Niño, niña?

—Un lince —responden con voz seca a mi espalda.

La piel de mi nuca se eriza. ¡Mierda!

Lincoln nunca permitirá que se quede aquí. Al menos no si no forma parte del menú. Y esta vez no voy a ceder.

Ni de coña. Me niego.

Solo es un bebé.

Lincoln
Capítulo 43

Bajo de inmediato al escuchar farfullar a Mia en la distancia. Lo último que esperaba es encontrármela en el puto sofá con un cachorro de lince rojo entre los brazos.

¡Puto bicho!

Este cabronazo me va a complicar las cosas. Lo he sabido incluso antes de verlo. El tono cariñoso y tierno de Mia, la delató.

Resulta que el lince que quedó atrapado en el cepo, era una hembra. Una hembra que tenía cachorros. Lo supe ayer por la tarde. Durante el enfado de Mia y su reclusión voluntaria, estuve trabajando por fuera y me topé con dos cachorros exactamente iguales a ese. Por supuesto, no dije nada. Y tampoco lo haré ahora. Tuve que encargarme de ellos. Ahora ya solo quedan sus cenizas en el bidón del almacén.

No soy un puto psicópata. No me gustó hacerlo. Aprecio la vida silvestre y su fauna como el que más. Pero esos cachorros no sobrevivirían sin su madre. No tenía alternativa.

Jamás se me ocurrió prepararles un puto biberón y meterlos en casa.

Me lo merezco por imbécil.

¿Cuánto más hubiera ganado si ayer hubiese liberado a la madre? Yo no tendría problemas con Mia, y ese animal salvaje, porque por muy pequeño que sea, sigue siendo un animal salvaje. Estaría con sus hermanos y su madre, y no en el sofá de mi casa.

Lo que menos imaginé es que fuesen tres. ¿Dónde se escondió este cabronazo? Estuve dando una vuelta por las inmediaciones para asegurarme de que no había más. Puto bicho, me la ha jugado, pero bien. Verás el berrinche que se pilla ahora Mia cuando le diga que hay que matarlo.

Al escuchar mi voz, se puso alerta y ahora sé qué estará a la defensiva. Palpo la tensión de Mia en el ambiente.

¡Hostias!

Está bien, allá vamos.

—Nena… —Me corta de inmediato. Trato de hacer acopio de mi reserva de paciencia y mantener la calma.

—No, Lincoln. No le vas a hacer nada. Me niego. No voy a consentirlo. Solo es un bebé.

Rodeo el tresillo para que hablemos frente a frente y no me dé la espalda. Cruzo los brazos a la altura del pecho y la intimido con la mirada. No porque me lo proponga. Pero sé que es justo así.

—Crecerá —intento que entre en razón.

—Pues cuando crezca… —Deja la frase a medias.

—¿Cuándo crezca… lo matarás tú? —La estoy forzando, es necesario que lo entienda.

—¡Nooooo!

El gesto de Mia se descompone. Hostia puta. No me lo va a poner fácil y, después del día de ayer, no quiero forzarla más. Estábamos de puta madre. La realidad es que no me apetece tirar todo eso por la borda. Desde hace veinticuatro horas, parece que vamos cuesta abajo y sin frenos. ¡Hostias!

—¿Qué harás? ¿Dejarás que te mate él a ti?

Es una mierda de pregunta. Yo no permitiría ni tan siquiera que la rozara, pero tiene que comprender la situación.

Me preparo para una guerra campal con Mia en la que ella me grita, yo le arranco el puto felino de los brazos, le parto el cuello antes de que tenga opción a protestar y luego simplemente andamos a la gresca un par de días, justo hasta que a mí se me hinchen los cojones, y me la follé para que entre en razón.

Nada de eso ocurre.

Mia se agazapa, protegiendo al bicho entre sus brazos, y le susurra bajito, como si yo no pudiera oírla:

—No te va a pasar nada. Te prometo que no te va a pasar nada. No lo permitiré.

Ver el instinto de protección hacia esa bola de pelo me juega una mala pasada, e imagino a Mia protegiendo no a un cachorro de lince, sino a uno de los nuestros.

Me parte en dos. Al mismo tiempo que me llena de orgullo.

No puedo quitárselo. ¡Joder!

Esto va a ser un puto problema y no tardará en explotarnos en la cara. Pero lo cierto es que no puedo quitárselo.

Resoplo. No me creo lo que estoy a punto de hacer.

Paso una mano por mi cara y me froto la barba con fuerza. Después estiro el cuello a ambos lados hasta hacerlo crujir.

El sonido hace temblar a Mia, y comprendo que está esperando a que se lo arrebaté de las manos, muerta de miedo.

¡Mierda! Llegó el momento.

Me coloco de cuclillas a su lado y dirijo una mirada al bicho. Traga como un poseso esa masa espesa que Mia le preparó.

¿Qué hostias es?

Da igual.

Mia tiembla y aprieta más al felino contra su pecho.

Un puto lince con suerte.

—Vayamos día a día. ¿Sí?

Mia levanta la cabeza y me mira ojiplática con esos preciosos ojos grises, sin creerse lo que ha salido por mi boca. Yo tampoco me lo creo. Se muerde el labio inferior e indaga con cautela:

—¿Eso quiere decir…

—Eso quiere decir, de momento. Tiene el tiempo contado. ¡Punto! —Me apresuro a aclarar la situación.

Ella asiente tres millones de veces en solo tres milésimas de segundo. Lágrimas silenciosas ruedan por sus mejillas.

—Si te va a hacer llorar…

—No, no, no, no —suelta de carrerilla —. No voy a llorar. Te lo prometo. Te lo prometemos —finaliza mirando al pequeño bicho y luego a mí.

No me queda más remedio que cabecear y sonreír. No soy muy fan de las sonrisas, pero esta chica me roba un montón de ellas.

Le seco el rostro con las yemas de mis dedos. Asiento sin dejar de mirarla.

—Gracias —no le respondo. Pero enseguida pienso, «de nada, nena.»

—Es precioso, ¿verdad?

—Es un animal salvaje.

—Pero precioso, ¿cierto?

—Sí, nena. Lo es.

Llamarme, puto demente. Lo soy. Pero… ¿quién sería capaz de quitárselo viéndola así?

Mia centra toda su atención en el cachorro y yo lo hago en ella. No sé si el bicho será precioso o no, pero, desde luego, ella, lo es.

—¿Cómo vamos a llamarlo? —Habla conmigo, pero solo tiene ojos para él. Acaba de llegar y ya me está tocando los cojones.

—Nena, hemos dicho de momento —le recuerdo. Creo que va a ser muy necesario que se lo recuerde a menudo. No quiero malos entendidos. Mia parece hacerse ilusiones rápido. No me gustaría truncárselas.

—Sí, sí… Pero… ¿Cómo lo vamos a llamar… de momento?

Es imposible. Río para mis adentros. A Mia por supuesto, no la hago partícipe. No quiero que sepa que tiene tanto poder sobre mí. Estaré muerto si lo descubre. Si ahora ya es jodido, no quiero ni imaginármelo.

—Time —se responde ella misma.

—¿Time?

—Claro. Piénsalo. Tiene el «tiempo» contado —informa burlona.

Cabeceo una vez más y le doy un beso en el pelo.

El bicho protesta. Seguramente a causa del movimiento y yo lo asesino con la mirada.

«Pequeño cabronazo. Te metes en mi casa. Te comes mi comida y ahora… ¿Pretendes quitarme a mi chica? Ni de coña.»

Veintitrés días. El temporal está amainando. El aire cambiando. Lo huelo en el ambiente.

Tiro un trozo de carne al suelo. Estoy sentado en la mesa de la cocina fumándome un porro. Hace un rato que acabé de comer. La lavadora pitó, al finalizar su programa, y Mia ha ido a traspasar la ropa a la secadora. El bicho que lleva unos días con nosotros se lanza de inmediato a por el pedazo de costilla.

—Y Mia dándote biberones —murmuro expulsando el humo de mi última calada.

Caigo en la cuenta de que, por mucho que quiera metérselo en la boca, el trozo es demasiado grande, y me agacho con la intención

de partirlo en dos. El muy hijo de puta me gruñe.

Empezamos mal.

—Eh.

Lo amonesto y golpeo con fuerza, mi pesada bota contra el suelo.

Se agazapa asustado.

Eso está mejor.

Le arrebato el trozo de carne y tentando estoy a que se joda y no devolvérselo. Acabo por partirlo y lanzarlo a un par de metros. Corretea y se agacha, acechándolo antes de lanzarse a por él. No me gusta un pelo.

Puede que sea inofensivo. Pero ya es mucho más grande que cuando llegó hace pocos días. Y tiene un instinto potente.

Lo observo sacudir la cabeza con el pedazo entre sus pequeños dientes.

Esto va a traer problemas.

Me importa una mierda cómo se ponga Mia. A la mínima me lo cargo.

Mastica, traga la carne, y se queda tumbado en el farrapo de la cocina. No le quito ojo de encima. No me fio un pelo.

No me preocupa el ahora, pero sí, un futuro muy próximo.

Mia aparece de nuevo en la cocina.

—¿Qué haces? —se sienta en mis piernas y aprovecho para sobarla un poco. Desde que le permití, quedarse con el gato pulgoso, todo ha vuelto a la normalidad.

Levanto la cabeza al techo y luego la miro.

Mia mira al puto bicho. A punto estoy de resoplar, pero no tarda en rodearme el cuello con los brazos y pegar sus labios a los míos.

Eso me gusta más.

Le agarro el culo con las dos manos, la levanto un poquito y me la siento a horcajadas encima.

Coloco el porro entre mis labios y la manoseo por todas partes. Acabamos de follar. Sobre la encimera de la cocina. Hace menos de veinte minutos. Pero estoy empalmado de nuevo.

Tiro de la cinturilla de su pantalón, le cuelo la mano dentro y deslizo un par de dedos en su coño.

Bañado por completo de mi semen. Hostias, cómo me pone eso. Jugueteo con los dedos en su interior y con la otra mano recupero el canuto de mis labios, le doy otra calada y se lo paso a Mia.

Sigue siendo una mierda de fumadora. Sé que va a rechazarlo. No se lo tiendo para que fume, sino para que lo deje en el cenicero a su espalda. A mí me pilla demasiado lejos, y estoy demasiado ocupado, jugueteando con su coño.

Se inclina para apoyarlo tras ella. Aprovecho para meterle la otra mano y recoger parte de mi propio semen con ella.

Mia vuelve a su posición y yo le planto la mano en la boca a la voz de:

—Chupa.

Obedece entre risas. Le guiño un ojo. Rodeo su cintura con mi brazo para levantarla un poco mientras me libero la polla. Se la clavo.

—¡Lincoln!

El que se ríe ahora soy yo. Me gusta jugar con ella. Técnicamente, puede parecer que estamos follando; no es así.

Solo matamos el tiempo. Cuando me la follo, me la follo de verdad, no hay espacio para las risitas, ni está tan relajada.

—¿Estarás ya preñada? —Le doy un lengüetazo, desde la barbilla hasta debajo de un ojo.

Mia se encoge de hombros y agacha la cabeza.

No me entusiasma su falta de entusiasmo. Pero es lo que tenemos. Al fin y al cabo, el que va a salirse con la suya soy yo. ¿Qué más puedo pedir?

Estamos encerrados. No tenemos condones y tampoco pastillas asesinas. Aunque he sido muy sincero con ella. Me niego a que vuelva a tomarlas. Esté preñada ya, o no. Como también me niego a plastificarme la polla, con ella.

Será lo que tenga que ser. Ya vengan uno, dos o diez.

El puto ciclo de la vida, ¿recordáis?

Agacho la cabeza, le muerdo justo debajo del lóbulo de la oreja y le clavo más la polla.

Levanta su preciosa carita y me mira llena de temor. No lo dice. No es necesario. Lo huelo en ella.

Le guiño un ojo y sonríe sutilmente.

—Estoy contigo, nena.

Mia asiente poco convencida. No importa. Lo acabará entendiendo. Justo como ha acabado entendiendo todo lo que yo predije desde un principio.

—Cabálgame un rato.

Mia cabecea queriendo decirme que soy imposible y, en esta ocasión, su risita, sí es sincera.

Obedece como siempre. Cuando estamos bien, Mia siempre es obediente. Obediente y sumisa. Y a mí me llena de orgullo por dentro. Es jodidamente perfecta.

Mueve las caderas en círculos, clavándosela hasta el fondo al finalizar un círculo perfecto. Estira la mano hacia atrás, recupera mi canuto y, me lo pone en los labios para que le dé una calada. Apenas lo hago, vuelve a dejarlo en el cenicero.

La sujeto por la cintura sin hacer fuerza ninguna. Simplemente, posando mis manos en ella y disfrutando de sus curvas.

—Ponte cachonda para mí, nena.

Fijo la vista en sus tetas.

—¿Quieres correrte otra vez?

—¿Por qué? ¿Qué quieres hacer?

No puedo evitar querer sobárselas aparte de mirarlas, así que cuelo las manos por debajo de su camiseta, y le masajeo las tetas mientras Mia, aumenta los círculos en mi polla.

—El muñeco. Te lo dije esta mañana.

Puto muñeco de nieve.

—Está bien —cedo a regañadientes —. Haz que me corra y haremos ese muñeco.

Se incorpora un poquito y noto cómo abandono su cálido coño, centímetro a centímetro. Antes de sacarla por completo, se deja caer de nuevo con fuerza.

Acelera el ritmo y se folla mi polla jadeante e inclinando la cabeza hacia arriba. Dejándome su terso cuello al descubierto.

Quiere guerra.

Lo muerdo feroz y gruño mientras ella grita.

Se empala una y otra vez. Consciente de que se está haciendo daño, me encabrono y le sostengo las caderas, clavándole la polla con más ahínco. Me encanta destrozarla, hostias.

No puedo evitar pensar que es una auténtica hija de puta cuando quiere algo. Y ahora quiere hacer ese jodido muñeco de nieve y que yo lo haga con ella. Razón por la cual se aplica tanto.

Si es que, en el fondo, hace conmigo lo que quiere.

—¡Dios mío, Lincoln!

Gruño y me levanto con ella en brazos sin sacársela. La tumbo sobre la mesa de la cocina, aún repleta de cacharros, y me la follo.

—Ahhh… Dios…

—Sí, nena. Tu dios.

Las pronunciadas embestidas hacen temblar todo lo que nos rodea. Una capa de sudor cubre mi piel. Mia arquea la espalda y se sujeta a los laterales de la mesa con fuerza.

—Fóllame. Ohhh… Joder…

Los toscos movimientos desplazan la mesa del sitio. Mi polla se tensa al sentir cómo las paredes de su coño se estrechan y Mia vibra en mis manos.

Masajeo sus tetas. Bajo dos dedos a su coño y con una simple caricia en su clítoris… explota.

Explota y jadea.

No le doy tiempo a recuperarse.

Le enredo los dedos en el pelo y la tiro de la mesa. Queda de rodillas a mis pies y le meto la polla hasta la campanilla. Los chorros de semen salen en el momento justo.

—Traga, nena. ¡Traga!

Tiro de su pelo para levantarla. La abrazo. La envuelvo por completo con mi cuerpo. Concediéndonos un momento para recuperarnos.

—¿Podemos hacer ya el muñeco?

Buffff.

Puto muñeco de nieve.

Mia
Capítulo 44

El frío aire de invierno me azota cuando salgo al porche trasero. Desciendo a toda velocidad los escalones. Giro la cabeza en busca de Lincoln. Ni rastro. No tardo un minuto en saber dónde está. Frente al aparato de música. Resuenan los primeros acordes de *Numb* de Linkin Park. ¿Cómo no?

Me dejo caer de rodillas en la nieve y mis manos enguantadas recolectan una gran cantidad de ella. Es densa y espesa. Mucho más complicada de manipular de lo que había imaginado.

La brisa trae consigo un dulce aroma a marihuana y madera recién talada. El suave clic de la puerta de casa, cerrándose, confirma su presencia.

No se aproxima y yo no lo busco.

Insistente, me concentro en seguir recolectando nieve para hacer más grande mi bola con forma dudosamente redondeada.

Escucho a Lincoln expirar el humo de la calada que acaba de dar. Giro la cabeza, por encima del hombro y lo descubro sentado en el banco de madera encima del porche. Con un brazo completamente extendido a lo largo del respaldo. Sujeta una Budweiser en la mano y la otra la tiene apoyada en la rodilla con el canuto entre los dedos. Su mirada fija en mí. Expresión seria y serena. ¡Está guapísimo!

La barba que cada vez se preocupa menos de perfilar, más larga que nunca.

Palmeo la gran bola que he construido y me lanzo de cabeza a hacer otra, dejando esa en el sitio, sin preocuparme de trasladarla.

He descubierto que resulta más sencillo, si en lugar de estar quieta en un mismo punto, arrastro por el suelo la pequeña bola que acabo de formar. Así la nieve se va adhiriendo por sí misma.

Cuando ha alcanzado el tamaño deseado, me armo de valor y la rodeo con mis brazos. La intención es colocarla justo encima de la primera que hice.

¡Mierda!

Esto pesa una tonelada. No me dejo intimidar. De pie, frente a ella, me cruzo de brazos, estudiando mentalmente cuál sería la mejor posición para intentarlo de nuevo.

Pruebo una vez más.

¡Joder!

Es imposible.

Las sutiles carcajadas de Lincoln me distraen y llevo la vista a él, para descubrir cómo le vibra el pecho arriba y abajo y ríe entre dientes con la boca cerrada.

Se lleva el botellín de cerveza a los labios, y yo vuelvo a intentar hacerme con la inmensa pelota blanca a mis pies.

—Espera —dice con tono seco.

Lo observo mientras se levanta y apura la cerveza antes de acercarse a mí, coge la bola entre sus brazos, cuando aún está sosteniendo el porro entre sus labios. Justo como si fuera peso pluma.

—¿Dónde la quieres? —investiga cargando con ella sin inmutarse. ¡La virgen!

—Allí —señalo con el dedo y corro hacia el lugar, llegando antes que él —. Ponla un poco más hacia adelante —indico muy satisfecha con la ubicación que he escogido.

Lincoln obedece mis breves indicaciones. Coloca la segunda bola encima de la primera. Da media vuelta y esta vez toma asiento en los últimos dos peldaños de la escalera.

Fabrico la pelota más pequeña de todas, la que servirá de cabeza para el muñeco. Es de un tamaño mucho menor, supongo que, con esta, podré yo sola. Lincoln no debe pensar lo mismo, antes de que intente cargarla, se levanta él de nuevo, y vuelve a repetir la operación de hace pocos minutos.

—Podemos ponerle unas galletas Oreo por ojos.

—Nada de comida, nena.

Al principio no lo comprendo, en segundos frunzo el ceño y entreabro los labios. Los animales. Lincoln se niega a que dejemos comida o desperdicios fuera de casa. Dice que los atraen.

—Mmmhhh… ¿Botones?

Asiente una sola vez con la cabeza, entrelazando las manos entre sus piernas, mientras apoya los codos en las rodillas y el humo del porro que sostiene entre su boca, le cubre la cara con una nube densa.

Entro en casa y regreso al exterior con un par de grandes botones y varias cosas más, un par de minutos después.

Lincoln estira las piernas y cruza las botas a la altura de los bolsillos. Sus cordones caen desordenados encima del espeso manto blanco, se reclina hacia atrás, y apoya los codos en el escalón superior.

Me quedo embobada mirándolo a todas partes, varios segundos, excepto a la cara, no dice nada, pero cuando levanto la vista y me topo con su casi imperceptible sonrisa de medio lado arrogante, me obligo a concentrarme en mi tarea.

—Eres muy presuntuoso.

—Y tú, muy predecible, nena. Se te cae la baba.

Coloco los grandes botones por ojos, ignorándolo. Unos más pequeños haciendo una hilera curvada hacia arriba, formando la boca, el mango de la parte superior del recogedor, (lo único que encontré de color naranja, sin tirar de la típica zanahoria), como nariz, y finalmente, enrollo alrededor de «*su cuello*», una gran bufanda verde y roja, a rayas, y le planto uno de mis gorros de lana.

Busco algunas ramitas por las inmediaciones y las utilizo para hacerle los brazos y no olvido colocarle unos guantes a juego con el gorro negro.

Retrocedo unos pasos y me lo quedo mirando.

—Me ha quedado genial.

No es humilde que sea yo la que lo diga, pero es cierto.

—Nos ha quedado genial —remarca Lincoln.

¿Nos? De eso nada. Se ha tirado todo el tiempo escuchando música, bebiendo cerveza y fumando hierba. No ha pegado palo al agua. No se va a atribuir el mérito.

—Sí, claro. ¿Y qué más? Pero si no has movido un dedo.

Tendrá morro.

Lincoln se incorpora y me abraza por la espalda.

—Nena, sin mí, ni siquiera podrías haber montado una bola encima de otra.

—Han sido tres segundos —protesto.

—Tres segundos «imprescindibles» para el desarrollo de la vida del muñeco de nieve, ¿no te parece? —sostiene él. ¡Qué jeta! Me besa la coronilla.

Me doy la vuelta y lo miro a los ojos.

—Tres segundos no pueden ser imprescindibles. En tres segundos no da tiempo a nada, Lincoln.

—Es cuanto necesité yo para saber que estaba enamorado de ti.

Tocada y hundida.

—¡No entres! —chillo al ver que la manilla de la puerta del baño se mueve, cuando estoy sentada haciendo pis. Mi negativa no lo frena, y automáticamente, la puerta se abre por completo. Aysss. Es una situación violenta, al menos para mí. A Lincoln parece importarle una mierda.

—¿Has terminado?

—¡No!

—Pues vete acabando, me estoy meando.

Estallo la palma de mi mano en mi frente. ¿Dónde se ha dejado la vergüenza este tío? Sin duda, el día que la repartieron, él no estaba presente.

Situaciones incómodas que se dan cuando solo se tiene un baño, (aunque no es nuestro caso, en esta casa tenemos uno en cada planta), y la mía es más violenta todavía. Me acaba de bajar la regla. No pienso ponerme un tampón delante de Lincoln. Tampoco puedo levantarme de la taza y largarme sin él.

—Puffff —resoplo. Los labios vibran de manera muy poco elegante. Hasta creo que se me escapa alguna babilla.

¡Perfecto! No podría ir peor ni proponiéndomelo.

Lincoln repara en el pequeño tubito envuelto en un plástico de color verde chillón y me lo arrebata del regazo.

Lo presiona con dos dedos y se lo pasa de una mano a otra.

¡Embarazoso!

—¿Puedes darme un minuto?

La incomodidad se apodera de mis piernas, que se tambalean y evito cruzar con él la mirada.

—¡Hostias! —ladra cabreado, chasqueando la lengua contra el paladar. Estira el cuello a un lado y a otro, como siempre, haciéndolo crujir.

Y comprendo el cabreo. Añado que su cabreo, es mi alivio. No lo digo en voz alta.

Se pasa una mano por la cara e intenta cambiar la expresión. No lo consigue. Tiene un cabreo detectable a varias millas.

—Abre las piernas.

¿Qué?

—¡No!

—Mia, no era una pregunta.

—No voy a abrir las piernas ahora —enfatizo la última palabra.

Es consciente de que acaba de bajarme la regla. Él lo sabe. Yo lo sé. Lo sabemos todos. Hasta ahí vamos bien.

¿A qué viene esto?

Aprieto los muslos uno contra el otro con fuerza. Su cálida, tatuada, y áspera mano, se apoya en mi rodilla y me las abre él mismo con facilidad. No porque yo no oponga resistencia. Tiene una fuerza brutal, y ni siquiera le supone esfuerzo batallar conmigo.

—¿Qué haces?

—Asegurarme —suelta sin atisbo de duda.

El rubor cubre mis mejillas. Esta situación es surrealista. Muerdo mi labio inferior, tuerzo la cabeza y repaso todos los azulejos del baño. Lo que sea con tal de no enfrentarme a este bochornoso encuentro.

—Y de paso… jugar un poco.

¿Qué? No, no. Ni de broma.

—Este es mi límite, Lincoln —siseo muy bajito, avergonzada.

—Los límites están para traspasarlos, nena.

—No, no, no, no, no…

—Shhh. Calladita.

—¡Ay, madre mía! No quiero, no quiero, no quiero.

Agacha la cabeza un solo segundo. Inspecciona lo que no debería en este momento, y se incorpora de nuevo.

Abre el envoltorio del tampón. Se acuclilla entre mis piernas. Me cubre el muslo con la palma de su mano. Prepara el aplicador y, despacio, acerca la mano a mi entrepierna. Poco a poco, mientras yo agacho la cabeza, ante lo que acaba de convertirse en el momento más vergonzoso de mi vida. Él aproxima el tampón y me lo introduce mirándome a los ojos. Muero de la vergüenza. Retrocede con el aplicador entre los dedos, y lo tira a la papelera que está al lado del inodoro.

Tira de mis pantalones y mis braguitas, que están enrollados a la altura de mis pantorrillas y se deshace de ellos.

Luego se yergue a la vez que tira del borde de mi camiseta para sacármela por la cabeza.

—No te muevas y no cierres las piernas.

—Esto no va a salir bien —siseo bajito.

Expulso lentamente el aire que ni siquiera sé qué hace en mis pulmones, puesto a que hace un buen rato que he dejado de inhalar oxígeno y lo lanzo por la boca entrecortadamente.

Desabrocha el botón de su pantalón vaquero y lo deja caer al suelo, descubriendo que no lleva nada debajo. Algo típico en Lincoln. Se agarra la base de la polla con una mano. De momento no está excitado. No lo culpo.

He intentado cerrar las piernas, pero con Lincoln entre mis muslos es imposible. Él se fija en mi centro, que ahora no desea nada en absoluto más que largarse de aquí, y con su polla entre las manos, apunta al hueco entre mi sexo y el borde del inodoro. En este punto estoy del color de la sangre, el sudor se acumula en mi nuca. No sé dónde meterme.

—Ábrelas más —exige con voz ronca y repleta de lujuria.

¡Joder! Obedezco sin rechistar, consciente de que no me conviene contradecirlo. Lincoln no va a ceder, y el resistirme, solo empeorará la situación y la hará más embarazosa de lo que ya es.

Impaciente porque acabe de hacer pis y se largue de aquí. ¡Pobre ilusa!

Lincoln aprovecha lo expuesto que tengo el sexo para proyectar su chorro contra él. Y joder. No quiero. Juro que no quiero.

Muy a mi pesar, el calor proveniente del chorro que impacta contra mi clítoris, consigue que mi piel se erice y todo mi cuerpo se estremezca. Y ya no estoy segura de sí estoy mojada porque él me empapa, o porque me estoy lubricando.

Mierda, esto no es buena idea. Esto es… perturbado, asqueroso, retrógrado. ¡Qué sé yo! Ni siquiera soy capaz de pensar con claridad. Sus ojos se fijan justo en esa zona que yo evito, pero que me está haciendo perder el control.

De reojo observo cómo a medida que va finalizando, su polla va cogiendo forma y empieza a hincharse.

Se está poniendo cachondo. Y yo estoy muerta del apuro.

—Bufff —resoplo pesadamente. Lincoln gruñe.

Inevitablemente, me dirijo a sus ojos mucho más oscuros que normalmente y lo observo morderse el labio inferior.

—Levántate.

—Lincoln —protesto. Ya no sé por qué protesto.

¿Quiero que se largue? ¿Quiero que siga? ¿Estoy abochornada? ¿Caliente?

Sostiene mi muñeca y me levanta él mismo. Pasa los nudillos por mi mejilla y me sujeta por la cintura.

—Algún día voy a ponerte de rodillas y vas a abrir esa preciosa boquita, mientras yo, me meo dentro. —¡Ay, Dios mío! ¡No! ¡Ni de coña!

Despacito me deja de espaldas a él y camina apoyando su mentón en mi cabeza, hacia la ducha. Estoy muy, muy nerviosa.

Cierra la mampara cuando entramos.

—Tócate los dedos de los pies y camina hacia adelante. Te quiero lo más cerca a la pared posible.

Como una niña buena, hago los deberes y permanezco inmóvil. Lincoln se acerca y me aprisiona tanto contra la pared que mi espalda queda atrapada contra ella. Es una posición imposible. Todo lo que veo desde este ángulo, son sus pies.

Abre el monomando de la ducha y el agua desciende sobre nosotros a una temperatura perfecta.

Palmea mis nalgas, carente de delicadeza. Pica. Mucho. Sin contar los gritos que salen solos de mi garganta, no digo nada.

Entreabre las piernas para alcanzar mi bajita postura y juguetea con el glande de su polla, en mi abertura trasera.

Estoy tensa y esta postura intensifica esa tensión.

Al menos estoy mojada. El agua no deja de caerme encima.

Juguetea con su mano sin dejar de restregarme la polla. A cada segundo que avanza, él está más duro.

Aprieta su cuerpo contra el mío para no dejar espacio al libre movimiento.

Presiona en mi frágil y pequeña abertura, con la impaciencia y brusquedad que lo caracteriza, me penetra. Puede que solo haya metido la mitad. Sé que es así. Pero yo lo siento como si me partieran en dos.

—Joderrrrrrr —grito ante la invasión. —Lincoln… Lincoln —llamo una vez más cuando consigo dejar de chillas. —Vas a destrozarme.

—Eso pretendo.

El silencio sepulcral se instala en el cuarto de baño, lo rompe única y exclusivamente la pesada y pausada respiración de Lincoln. Intenta contenerse. Lo conozco.

Pasamos varios segundos así, hasta que por fin se decide y gruñendo, cuál animal feroz, de un tosco empeñon acaba por metérmela entera.

—Hostia puta.

Hiperventilo a la velocidad de un reloj escacharrado.

—Ya —ladra Lincoln —. Relájate, nena. Todavía no te estoy follando.

—No puedo, Lincoln. Me duele mucho —protesto. —¡Muchísimo!

—Estás cachonda como una perra, no disimules —se carcajea. No puedo contradecirlo.

Las lágrimas se escapan por la comisura de mis ojos. La sangre me baja a la cabeza. Lincoln hace fuerza contra la pared y se agarra con las dos manos a mis caderas.

Observo cómo encorva los dedos de los pies y pienso… ¡Ya viene! Se está preparando.

Cojo una gran bocanada de aire que no sé cuándo podré liberar. Y… ¡BOOM! La bestia entra en acción.

Retrocede, vuelve a clavarse por completo y en esta ocasión se hunde más en mí.

—Respira.

Quiero hacer caso, es muy complicado.

Lincoln repite el mismo gesto tres o cuatro veces más, y cada vez, dejando menos margen de tiempo entre los empeñones.

Escucho crujir su cuello.

Antes de tener tiempo a prepararme, inicia una marcha descomunal de embestidas que me sepultan en el puto infierno. El dolor es atroz y lo más jodido… es que no podría ponerme más cachonda ni proponiéndomelo.

—Ahhh. Ahhh. Ahhh. Me matas… — chillo, chillo y chillo. Ni siquiera puedo hacerlo a la misma velocidad que Lincoln entra y sale de mí. Desgarrándome. Rasgándome. Arrancándome el alma.

—Aguanta, nena. Aguanta, hostias.

Y lo hago. ¡Aguanto! Aguanto, a pesar de que creo que está partiendo a la mitad, todos y cada uno de los huesos de mi cuerpo.

—Eso es. Lo estás haciendo muy bien —me alaba sin dejar de follarme como el digno animal que es.

Sus elogios y el saber que lo complazco, me mojan el coño como nunca antes.

No puedo evitar gritar, pero de mis labios no sale una sola queja más. Me contengo todo lo que puedo. Lloro tratando de ser lo más silenciosa posible. Pero mis sollozos inundan la estancia.

El espacio entre el muro revestido de baldosas y Lincoln, es tan mínimo, que me planteo si de verdad estoy aquí, y no soñando.

—Buena chica. Buena chica —repite, clavándome los dedos en las caderas y deslizando su polla dura y gruesa, dentro de mi trasero, una y otra vez sin descanso.

Es un bestia. Un animal al que se le marcan todas las venas que atino a ver. Yo debo ser poco menos que él, solo pienso en recorrerlas con mi lengua.

No aminora el ritmo, me folla como si no fuese a volver a follar en su vida. A un cierto punto, me la saca de golpe y un grito descomunal abandona mis entrañas. No comprendo si proviene del

tosco y doloroso movimiento realizado para abandonarme, o es un lamento de protesta al sentirme de pronto tan vacía.

Azota mi nalga y me pasa los dedos por la abertura delantera. No quiero quejarme, pero no puedo olvidar que estoy menstruando.

—Lincoln… Por favor… No entres… No me la metas…

—Qué te calles —ruge al mismo tiempo que se coge la polla con la mano y me la ensarta de golpe en la vagina.

A pesar de que estoy muy mojada, el tampón me rasca. Me molesta muchísimo y Lincoln no deja de empujar metiéndomela entera y arrastrándolo a su paso. Aprovecha para volver a azotarme una nalga y sin dejar de empujar en mi coño, me mete un par de dedos en mi fruncido agujero trasero, lleno de músculos.

No me embiste, no me folla. Solo empuja las caderas más y más. Se hunde todo lo posible en mí y se frota con mucho descaro.

De pronto se retira por completo vaciando mis dos agujeros ansiosos de él y con una maniobra imposible me voltea y me deja de rodillas en el suelo de la ducha. Necesito un segundo para estirar la espalda. La tengo atrofiada gracias a la posturita. Como es de esperar, Lincoln no me lo concede.

Enreda el puño en mi pelo y me aproxima a él.

—Agárrate las tetas y presiona una contra otra, voy a follártelas —amenaza tajante.

Lo hago. Cuela su polla terriblemente excitada entre ellas y me embiste de la misma manera que hace unos momentos lo hacía por el culo.

Tosco. Duro. Salvaje. Sin compasión.

Lo miro a los ojos y me enseña los dientes. Rugiendo entre ellos. Honorando el título de animal, que tan a pulso se ha ganado.

Se folla mis pechos entre bramidos de placer, levantando la cabeza al techo.

Jadeo. A cada segundo más y más.

Todos los músculos de Lincoln se tensan y los riachuelos de un color a medio camino entre el violeta y el azul que recorren su cuerpo se acentúan, resaltando sobre todos sus tatuajes.

Una corriente eléctrica se arremolina en mi coño, el cual no he tocado en ningún momento. Busco acomodar mi postura y apoyo mi

sexo sobre mi talón. La fricción y el roce contra él, a causa de los bamboleos que Lincoln me da al follarme el pecho, son deliciosos.

Continúo masturbándome y buscando mi placer.

En cuanto Lincoln se da cuenta, tira de mi pelo enredado entre sus dedos con fuerza, haciéndome elevar el culo y perdiendo todo contacto. Con la otra mano me regala una cachetada en la mejilla.

—No seas zorra. Vas a correrte —asegura muy convencido.

Vuelve a centrarse en follarme las tetas. Moviéndose cada vez más deprisa. Mordiéndose el labio inferior y dejando caer la mirada para fijarse en cómo su polla aparece y desaparece por mi canalillo a medida que él, me embiste.

Aprieta los glúteos, contrae los dedos de los pies, las venas de sus muslos se marcan…

Lincoln gruñe y se corre en mis tetas. Manchándome con su viscosa esencia salada, espesa y blanca. Repartida por mis pechos, barbilla y labios a partes iguales. No puedo evitar sacar la lengua para degustarlo y… me corro. ¡Joder, me corro!

—Hostia puta, qué placer, nena —gruñe al techo repleto de vigas color caoba cuando yo…

—Ahhh…. Lincoln…

Antes de bajar la cabeza, unas carcajadas ahogadas por su boca cerrada parten de su garganta. Finalmente, agacha la cabeza, me mira a los ojos, su mano se posa en mi barbilla y resopla un solo segundo rápido y pesado.

—Te has corrido sin ni siquiera tocarte, nena. La próxima vez confía un poco más en mí y deja de buscar restregarte con lo que sea, como si estuvieras en celo. —Ladea la cabeza y frunce los ojos. —Aunque lo cierto es justo eso, ¿no? Mi hembra está en celo justo en este momento.

Muerdo mi labio inferior un poco avergonzada. Es una tontería negarlo. Pasó. ¿Qué le voy a hacer? Asiento con timidez.

Me guiña un ojo completamente serio y con rostro severo. El habitual en él.

—Buena chica —alaba acariciándome el pelo, mientras sigo de rodillas a sus pies. Acerca mi cabeza a su muslo y cierro los ojos al sentir sus caricias en mi pelo.

Tambaleante, me pongo en pie. Lincoln me sostiene antes de que trastabille con mis propias piernas, que no son capazas de mantener mi peso en estos momentos. Me sujeta unos segundos por las caderas, asegurándose de que no caeré de bruces contra el suelo.

En silencio tomo el bote de jabón, vierto un poquito en la esponja y enjabono a Lincoln con mimo. Tomándome mi tiempo para observar su cuerpo con detenimiento y disfrutar de él. Trazando cada línea, de cada tatuaje, con mis dedos. Se limita a colocar una mano en mi cabeza y, de vez en cuando, su pulgar dibuja círculos en mi cuero cabelludo.

Al terminar, Le pido que se siente en el banquito de la ducha y le lavo el pelo y posteriormente lo aclaro.

No necesito nada más en este mundo. No si lo tengo a él. Totalmente absorta en ese pensamiento, suspiro. Lincoln seca con su pulgar una lágrima que no me había percatado de que se hubiera escapado.

No dice nada. Me coge en brazos y me cuelgo de él como si fuera un Koala.

Nos tumbamos en esa misma postura encima de la cama. Apoyo la cabeza en su pecho. Lincoln enciende un porro y se relaja. Yo no fumo, pero también me relajo. Nos cubre con el nórdico y permanecemos ahí. Quietos. En silencio. Juntos.

Y no deseo nada más.

Desnudos y abrazamos, bueno, yo abrazada, él tirado encima de una cama, en un bosque perdido, en medio de la nada, de una ciudad, cerca de Vermont. Justo en ese instante, descubro que lo tengo todo. Tengo a Lincoln Dagger.

A un cierto punto, Lincoln apoya el canuto en el cenicero de la mesilla.

—Te quiero —susurro bajito, estrechándome más contra él.

Levanto la cabeza y lo descubro dormido.

Sonrío sincera, acaricio sus pectorales con mi mano y no me muevo. Me quedo justo así. Pegada a él. Dónde creo que debo estar. Dónde en realidad, deseo estar. Junto al hombre al cual pertenezco.

Lincoln
Capítulo 45

Paso por delante de la cocina con Time en un brazo y el biberón en el otro, dirección al salón. Es su hora de comer.

—Ay —protesto cuando Lincoln me da una palmada tan fuerte en el culo, que el picor me obliga a llevarme la mano a la nalga y frotarla varias veces hasta calmarlo. —Demente.

—Puta —contrataca con voz ronca y penetrante.

Me giro y abro la boca exageradamente, mirándolo ojiplática. Lincoln levanta la cabeza al techo y una única carcajada le atraviesa el pecho.

Cada día se le da mejor sonreír. No es fácil conseguirlo. Me encanta verlo así. Sigue siendo fiel a sí mismo, Lincoln siempre lo será. Pero algo cambió en él. No se me escapa. Parece… feliz. Pongo los ojos en blanco con mucho dramatismo, a pesar de que ya vuelve a estar serio, sus ojos brillan.

—Voy a darle de comer a Time —informo tomando asiento en el tresillo con el ya no tan pequeño… como hace dos semanas, Time en mis brazos. Lo miro mientras su zarpa intenta atrapar el biberón. Sigue siendo un bebé.

Llevamos veintiocho días de encierro involuntario, cada día que pasa, me importa menos la verdad.

Ya apenas nieva y Lincoln lleva días despejando los caminos. Mentiría si no dijera que me alegro, me muero de ganas de ver a las chicas. Pero… la verdad es que no me apetece moverme de aquí. Es extraño de explicar, pero mientras estoy aquí con Lincoln, sin el ajetreo del mundo exterior, me siento bien.

No me apetece enfrentarme a problemas como la venta del taller. Mucho menos las habladurías de la gente del pueblo. Hasta ahora no me habían importado. Soy consciente de los cuchicheos y de cómo miran a Lincoln. Aunque antes intentara ignorarlo, algo en mí, ha cambiado, y no estoy segura de poder tolerar que lo miren mal, o hablen de él, a sus espaldas ahora.

—Qué hambre tenías, pequeñajo.

Absorta en mis pensamientos, Time aprovechó el tiempo para zamparse el biberón en un abrir y cerrar de ojos. Y, al parecer, Lincoln para salir de casa, porque al buscarlo con la mirada, descubro que no está.

Con la barriga caliente y llena, Time se recuesta en mis piernas cruzadas a lo indio. Le acaricio la cabecita.

—Clin, clin.

Frunzo el ceño y, a pesar de que reconozco el sonido de mi móvil, no deja de parecerme extraño escucharlo. Lo sigo manteniendo encendido, hace un mes que no tenemos cobertura.

Alargando la mano, lo recupero de la mesita de centro, y efectivamente, como el sonido ha desvelado, la cobertura ha vuelto.

Deslizo el dedo por la pantalla desbloqueándolo, y observo cómo las decenas de mensajes que envié los primeros días de aislamiento, han sido entregados, y también como un sinfín de ellos, aparecen en la bandeja de entrada de mi móvil. Estaba preparada para leerlos y ponerme al día, pero Time ronronea en mi regazo, y pierdo el interés.

Sin darme cuenta, dejo el teléfono de nuevo en la mesita y contemplo embobada al pequeño cachorro, mientras le acaricio el pelaje.

—Nena —. Lincoln aparece por la puerta un par de horas más tarde cuando aún estoy con Time vagueando en el sofá —. Los caminos están despejados —. Lo miro a los ojos sin expresión alguna, al percatarse de que no tengo planeado abrir el pico, continúa informándome… —Podemos ir al pueblo.

«Podemos ir al pueblo.» Vaya. Se supone que eso es una buena noticia, ¿no?

—Ah —no sé qué más decir la verdad. —¿Ahora? —Lincoln asiente una sola vez.

—Llevamos un mes aquí metidos. ¿No te apetece?

¿Me apetece? No lo sé, la verdad. Acabo de quedarme noqueada. No entiendo el motivo. Simplemente, es así.

—Mmmhhh. Claro —respondo con poca convicción —. Pero no puedo —. Lincoln frunce las cejas y me mira sin decir nada. Señalo con un dedo a Time y le hago saber —. Time está dormido.

Da un par de pasos en mi dirección. Para justo al lado del reposabrazos del sofá.

—Time está dormido —murmura solo para sí mismo. Mira hacia abajo, yo hacia arriba. Nuestros ojos chocan. Debe de ser consciente de lo mucho que tengo que levantar la cabeza para llegar a su imponente altura, porque se acuclilla a mi lado —. Podemos dejarlo en su cama, nena —. Y su voz se llena de algo que nunca había escuchado antes. ¿Ternura?

La cama de Time, un edredón doblado en cuatro pliegues y una mantita polar cubriéndolo, cerca de la chimenea. Creo que está más cómodo en mi regazo.

—Podemos —susurro sin dejar de mirarlo y sintiéndome un poco ausente.

Lincoln apoya su mano encima de mi antebrazo con demasiada delicadeza para que un gesto así salga de él.

—O podemos… —Hace una pausa, buscando las palabras adecuadas, y prosigue; —quedarnos hoy con Time, y mañana bajamos al pueblo —, asiento, confirmándole que esa opción me parece bien —. Ya —. Vuelve a murmurar para sí, como si estuviera seguro de que elegiría justamente esa salida.

Aparto los ojos de Lincoln y continúo acariciando a mi bolita de pelo suave y sedoso.

—Nena — le devuelvo la atención.

Se limita a coger mi cabeza entre sus manos y me da un beso casto y breve en los labios. Se incorpora y sale por la puerta del porche trasero.

Una inquietud incipiente en mi vientre, hace acto de presencia. ¿Por qué me siento tan rara? Cabeceo y me obligo a admitir lo que no estoy segura de que sea la única verdad. Llevo demasiado tiempo aquí recluida con Lincoln, y a pesar de que, hemos vivido momentos duros, estos días, han sido los más felices de mis veintidós años de vida. Solo tengo miedo de explotar la burbuja en la que me he recluido.

Me encojo de hombros y sigo a lo mío. Hacer carantoñas a Time, mientras él duerme a pierna suelta. De inmediato, me roba una sonrisa y me relajo.

Me siento en una silla de la cocina y apoyo los codos en la mesa. Inesperadamente, me llevo los dedos a la boca y empiezo a morderme las uñas.

Lincoln pasa por detrás y veo que se detiene bajo el umbral de la puerta con ella abierta.

Es hora de irnos.

Cierros los parpados un solo segundo, para hacerme a la idea, me levanto, y lo sigo. Antes de que podamos cerrar la puerta, Time aparece de la nada con la intención de apuntarse a la excursión. Lo tomo en brazos y miro a Lincoln. Niega una vez con la cabeza con semblante severo. Informándome, sin palabras, de que ya puedo ir descartando esa idea de mi cabeza. Luego pierde la mirada en la gran extensión de bosque a su izquierda y espera.

—No puedes venir, pequeñajo. Pero te prometo que volveremos muy pronto —. Deposito un beso en la cabeza de Time, y lo llevo hasta su cama.

Antes de cerrar la puerta, le echo un último vistazo y sonrío, ya estoy deseando llegar a casa de nuevo para verlo. Dejémoslo en que estoy deseando volver a casa y todavía no hemos salido. Cabeceo y me reprendo a mí misma.

La camioneta de Lincoln para frente al portón del taller. No he hablado con las chicas, de hecho, aún no he revisado mi teléfono. Pero mi primer pensamiento es pasarme por la panadería donde trabaja Audrey.

Sin embargo, me descubro entrando en el taller en cuanto Lincoln abre la persiana.

—¿Estás bien, nena?

Lo rodeo y rodeo su cintura con mis brazos, levantando el cuello para mirarlo a los ojos y asiento.

—Sí —. Él también asiente —. Creo que voy a ir a ver a Audrey.

Me observa sin decir nada. Y yo, en lugar de separarme de él y emprender el camino recto por la calle principal que me llevará hacia mi amiga, me aferro más a él.

—Ey, tío —saluda Kai como si acabaran de verse hace cinco minutos, y no hiciera casi un mes que no saben nada el uno del otro. Tampoco parecen darle importancia, a que la última vez que se vieron, casi se dan la paliza de su vida. Soy consciente de que ahora sí debería separarme de Lincoln, (debería haberlo hecho hace un rato), y dejarles un poco de intimidad. Pero no quiero hacerlo. Por lo que sigo enganchada a su cuerpo y rodeándolo con mis brazos, mientras lo miro insistente con la cabeza levantada. Kai repara en mí. —¿Qué tal, Mia?

—Hola, Kai —le devuelvo el saludo sin mirarlo.

Lincoln, pasando por completo de su amigo, me rodea con los brazos y me hunde la cabeza en su pecho.

—¿No quieres irte?

—Sí quiero irme —le rebato. ¡Mentira! No quiero.

—Nadie lo diría, nena.

¡Qué capullo! Lleva razón. Nadie en su sano juicio negaría que lo último que me apetece en estos momentos, es separarme de él.

—Ya —suelto sin más, aceptando mi derrota.

A mi espalda escucho la risita que suelta Kai por la nariz. Está bien. Ya he hecho el ridículo más espantoso. Me obligo a soltar a Lincoln y sin nada más que añadir, me pongo de puntillas para darle un beso de despedida. Lincoln no dice nada, simplemente me da un breve pico en los labios y vuelve a incorporarse. Giro en dirección a la puerta de salida.

Antes de dar el primer paso, Lincoln atrapa mi cadera, me estrecha contra él, pierde una mano en mi melena negra, y me besa de nuevo. Esta vez, con toda la pasión y entrega que le faltó a nuestro beso de despedida anterior. El segundero del reloj se pone en marcha y Lincoln saborea mis labios, los lame, me mete la lengua, saquea por completo mi boca y, antes de separarse de mí, muerde mi labio inferior y tira de él.

—Nos vemos luego, nena —me despide.

—Te quiero —susurro contra su boca antes de soltarlo.

Me obligo a separarme de él con cautela, el temblor de mis rodillas, me confiesa que mi estabilidad es nula en este momento.

Emprendiendo el camino mientras escucho a Kai, reír y soltarle a Lincoln:

—Cabronazo.

Y lo que llama mi atención no es eso, sino escuchar la risa de Lincoln sin contenciones. Una risa feliz y que revela lo completamente satisfecho y contento que se siente.

La campanita sobre la puerta, suena. Audrey me ve y sale disparada a mi encuentro, portando en su mano la barra de pan que estaba a punto de despacharle a una clienta. Me abraza con fuerza.

—Dios mío, Mia. ¡Estaba preocupadísima!

Sonrío con la cabeza escondida en su cuello y la tranquilizo.

—Estoy bien. Me alegro tanto de verte.

Comprendo su desazón. Ahora me siento culpable por no haberla llamado ayer. Aunque ella no sabe que podía hacerlo.

La última vez que nos vimos, las cosas quedaron tensas. Todo estaba patas arriba. Parece que ha pasado una eternidad desde ese día.

—Siento haberte dejado tan preocupada —. Lo siento de verdad. No me arrepiento de no haberme subido a ese autobús. No hacerlo ha sido la mejor decisión de mi vida. Pero sí lamento no haber dispuesto de tiempo para hablar con las chicas antes de que el temporal nos dejase incomunicados.

—No importa. Estás bien. Eso es lo que cuenta. ¿Estás bien de verdad?

Rompe nuestro abrazo y me mira con sus preciosos ojos, color avellana y semblante inquieto.

Le sonrío de oreja a oreja y asiento.

—Estoy muy bien, Audrey. Mejor que bien —confieso absolutamente convencida.

Puede que yo sonría, y la verdad, esperaba que, al escucharme, Audrey también lo hiciese, no es así.

Me dedica una casi imperceptible sonrisa falsa.

Frunzo el ceño.

Desata el nudo de su delantal negro y lo apoya sobre el mostrador, junto a la barra de pan.

—Vamos.

—¿Adónde?

—Macy —dice sin más. Cojo su mano y la sigo.

El camino a la peluquería de Macy es corto. De hecho, está justo frente al taller de Lincoln. Qué idiota. Tenía que haber entrado antes de venir aquí. Espero que no me lo tenga en cuenta.

Caminamos a paso acelerado por la calle, no hablamos. Audrey teclea a toda velocidad en su móvil con los dos pulgares.

—¿Clayton y tú ya hicisteis la mudanza?

Mi amiga levanta la cabeza de su teléfono.

—¿Ya vivís juntos? —insisto.

—Eh. Sí. Sí. Pero de momento se ha venido a vivir a mi apartamento hasta que encontremos una casa que nos guste a los dos.

—¡Genial!

—Sí, es genial.

Por la manera y la desgana con la que habla cualquiera lo diría. ¿Qué diantres le ocurre?

Tenemos que cruzar la acera para entrar en la peluquería. Me distraigo al ver a Lincoln en la puerta del taller, apoyado en la carrocería de su pickup, hablando con Kai y Dominic.

Dirijo la vista al otro lado de la calle y me doy cuenta de que Macy abre la puerta y sale, teléfono en mano, justo como Audrey. Por lo que, de inmediato, comprendo que con quién hablaba Audrey durante el camino, era con Macy.

A pesar de que me muero de ganas por ir a darle un abrazo, estoy a menos de veinte metros de Lincoln, y él ya ha reparado en mi presencia. Me mira con su habitual gesto serio, impasible.

No puedo pasar de él sin más. Y, de hecho, tampoco quiero hacerlo. Por lo que me dejo llevar por mi instinto, supero los pocos metros que nos separan a toda velocidad y salto a sus brazos, rodeando su cuello con los míos y su cintura con mis piernas.

—¿Ya me echabas de menos?

Hace menos de media hora que me he marchado, pero lo cierto es que sí. No voy a negarlo.

—Sí.

Agacha la cabeza, la esconde entre mi barbilla y mi hombro y me muerde el cuello sin importarle en absoluto quien esté delante y sin esconder cómo se siente él también.

—¡Lincoln! —protesto tanto por el bocado que acaba de pegarme y me duele, como porque sus amigos están aquí y las mías también.

—Calladita —dice sin vergüenza alguna raspándome la mejilla con su barba. Me rodea la cintura con el antebrazo, y me separa hasta que mis pies vuelven a tocar el suelo. Me azota el culo con tanta fuerza que escuece —. Anda, lárgate. O acabaré metiéndote en el taller y follándote durante el resto del día.

Cabeceo, diciéndole sin palabras que es un descarado.

—Te quiero —sostengo, dando media vuelta y frotándome la nalga que acaba de azotarme para calmar el picor.

—Y yo a ti, nena —responde sin pudor alguno de ocultar sus sentimientos frente a nuestros amigos. Cosa que he de admitir, me sorprende muchísimo, pero me encanta.

Al dirigir la vista de nuevo a mi amiga, me inquieta ver la mirada asesina que Audrey le lanza a Lincoln. Llevo la vista a Macy, y esta también lo mira de igual forma. No quiero culparlas. Ellas no saben lo sucedido entre nosotros este último mes, y su única referencia es la anterior relación que teníamos. Las cosas han cambiado mucho desde entonces. He de informarlas cuanto antes. No me gusta que tengan mala opinión de él y, la verdad, me duele cómo lo miran.

Creí que todo serían, besos, abrazos y confesiones.

Al cerrar la puerta de la peluquería, me percaté de que estaba vacía. Algo muy extraño un día entre semana a media mañana. Macy cerró la puerta con dos vueltas de llave.

Nos saludamos y sí, nos abrazamos, pero se comporta del mismo extraño modo que lo hace Audrey.

—¿Qué pasa, chicas?

—¿Has visto tu móvil?

¿Qué?

—No. No he tenido cobertura.

Macy resopla y se lleva las manos a las caderas.

—¿Pero estás bien? —insiste Macy.

He respondido a esa pregunta en los últimos diez de minutos, al menos veinte veces.

—Sí, claro que estoy bien. Mejor que bien —. Miro hacia la vidriera cubierta por una cortinilla de color violeta. Todo esto es por Lincoln. Por lo que ocurrió la última vez —. Estamos bien. Estamos juntos…

Es todo cuanto tengo tiempo a rebelar antes de que las dos se pongan nerviosas. ¡Histéricas!

—¿Qué? —pregunto al ver sus caras.

—No podéis estar juntos —sentencia Audrey.

—Es una locura —argumenta Macy.

Me quedo paralizada al escucharlas y sin tener ni remota idea de a qué viene todo esto.

Una cosa tengo clara.

Comprendo su preocupación y que los inicios entre Lincoln y yo, fueron complicados. Las intentaré hacer entrar en razón, y que vean, si quieren por sí mismas, que soy feliz con Lincoln, pero no pienso dejar que nadie se entrometa.

Las quiero. Son mis amigas. Y agradezco que quieran cuidarme y se preocupen por mí. Pero yo soy feliz con Lincoln, yo quiero a Lincoln, y no voy a dejar que ni ellas, ni nadie, juzgue lo que tenemos. Puede que no sea la historia más fácil o la más romántica del mundo. Es nuestra historia, y con eso a mí me vale. Y si de verdad me quieren, se darán cuenta de que Lincoln, me hace feliz.

—Puede que todavía tengáis la idea de lo que ocurrió, y no os culpo. Pero han pasado muchas cosas desde entonces. Lincoln y yo…

Una vez más, Macy se interpone en mi intento de explicación. Se planta frente a mí y me sostiene por los hombros.

—No lo entiendes, Mia. No puedes estar con Lincoln.

—¿Qué no lo entiendo? Sois vosotras las que no lo entendéis, estoy tratando de deciros que Lincoln y yo…

—¡Lincoln, mató a tu padre!

Audrey ha soltado sus cinco últimas palabras en un susurro. A mí me ha parecido el grito más atroz.

El mundo se derrumba. Tiembla a mi alrededor. Un terremoto se hace con las calles, y el hormigón desquebrajado, que cae de los edificios, me golpea antes de estamparse contra el suelo. Un suelo que se tambalea y grietas del tamaño de misiles, se abren bajo mis pies sin que tenga opción a burlarlas.

—¿Qué? —La perplejidad e incredulidad de mi voz, se hace latente en un susurro que revela que mi corazón, ya ha comenzado a marchitarse.

—No puede ser verdad. Me estáis mintiendo.

—Ojalá no lo fuera, Mia.

¿Qué está pasando? No entiendo nada.

Lo veo todo.

Las llamas cada vez más altas que amenazan con fulminarme. El pozo, cada vez más hondo, que amenaza con engullirme. El sol, desapareciendo del cielo y la luna, negándose a hacer acto de presencia. Envolviéndome en la oscuridad más aterradora.

Y me quedo sola, desamparada y ni siquiera la desesperación se apiada de mí. Mis sentidos me abandonan.

No puedo hablar, reír, llorar. No puedo escuchar. Ni tampoco tragar. Oler o sentir. El dolor no tiene sabor. Mis parpados están abiertos, pero la nada es lo único que encuentro tras ellos. No veo. Ya no veo.

—Mia. Mia. Mia…

Las voces de Audrey y Macy quedan amortiguadas por los latidos de mi corazón.

«Pum. Pum. Pum.»

Persigo el rastro de mis constantes vitales cada vez más lentas y débiles, arrastrando los pies hasta el escaparate del establecimiento. Establecimiento, en el cual las paredes se van estrechando a un ritmo imposible, y preveo que acabarán por asfixiarme.

Mi mano descorre despacio la cortinilla morada.

Momificada, carente de alma, espíritu, y cualquier otra cosa que un ser humano albergue en su interior, busco.

Busco, y lo encuentro.

De espaldas a mí. Al otro lado de la calle. Con los marcados músculos de su espalda, el pelo negro enmarañado…

Lincoln Dagger… El asesino de mi padre.

Lincoln
Capítulo 46

—Entonces… ¿vas a vender?

La pregunta de Kai me pilla por sorpresa. ¿Qué hostias quiere decir? Ya sabe que sí.

Lo dejé claro en su momento.

No puedo seguir manteniendo el taller abierto. Es inviable. Y puede que hasta me lo replanteara una vez o dos. Por Mia. Pero al ver su reacción ayer, cuando le dije que podíamos volver al pueblo, lo tuve claro.

Ella necesita este sitio tanto como yo. Necesita estar en contacto con el mundo tanto como yo. Lo que quiere decir; nada.

—Pues claro.

—Parece que las cosas han ido muy bien.

Miro de reojo a Kai. Paso de esto.

Le doy una palmada en el hombro a Dominic y entro en el taller.

—No seas imbécil —protesta Kai.

Dominic se limita a seguirme y robarme una cerveza de la nevera pequeña.

—Pues no me toques las pelotas.

—Vaya… ¿Aún las conservas? Pensé que a estas alturas…

Observo amenazante y lo corto antes de que diga una burrada.

—Si esa frase acaba con una mención a Mia, por tu bien, cómetela.

—Dom, pásame una cerveza —le pide a nuestro amigo, confirmándome que ha estado a puntito de cagarla hasta el fondo.

Paso el día con estos dos gilipollas, la realidad es que, solo tengo ganas de recoger a Mia y volver a encerrarme con ella en casa. Si mañana no me pide que volvamos al pueblo, no seré yo el que insista.

El taller está vacío, y la persiana a medio cerrar. La mantengo abierta por si Mia pasa por aquí. No quiero que piense que no estoy

y no sepa dónde buscarme.

No he atendido un solo cliente. No pienso volver a hacerlo. En pocos días cerraré la venta, y le darán bien por el culo a este antro. En pocas palabras, estoy haciendo tiempo.

Esperando a que el sol empiece a desvanecerse para salir a su encuentro y largarme cuanto antes.

Lo que nunca creí que haría.

Esperar a mi chica, mientras ella le cuenta secretitos a sus amigas.

¡Hostia puta!

Cabeceo un par de veces.

Ni de coña.

Puede que me tenga enganchado, pero no soy un patán.

Me levanto de un salto de la mesa del despacho donde tenía el culo apoyado.

—¿Adónde vas?

Dominic y Kai me siguen los pasos. Al llegar a la puerta les ladro:

—¡Fuera!

Ninguno de los dos objeta nada. Y más les vale.

—Me largo.

Kai cruza la calle en dirección a su ferretería, la cual lleva todo el día, con un estúpido cartel; «estoy en el taller de enfrente.» Como de costumbre.

Los clientes vienen a buscarlo aquí.

Pienso en ir andando a buscar a Mia, pero como siempre, no sé dónde hostias está.

Le doy una palmada en la espalda a Dominic y me subo en mi Chevrolet.

La peluquería ya está cerrada. Por lo que, me dirijo al primer lugar en el que suelo encontrarla: la panadería. Ni rastro de Mia.

Tampoco de la novia de Clayton.

En vista del frío que sigue haciendo, me paso por la cafetería a la que suelen ir. Ni Dios. O, por lo menos, nadie que a mí me interese.

Luego doy una vuelta con el coche por las inmediaciones y lugares que suele frecuentar Mia.

Nada en el parque. Tampoco en la iglesia.

Recorro la calle principal. Nada.

Empiezo a impacientarme. ¿Y si le ha ocurrido algo? Qué va. Me hubiera enterado al momento. Es un sitio pequeño y lo que más abunda por estos lares, son los cotillas.

Cuando atravieso el parking del supermercado, reviso la farmacia y otro pequeño bar en el que, alguna ocasión, la he visto entrar. Una sensación extraña y que no me gusta un pelo, se cierne sobre mí.

—¿Dónde estás, nena? —susurro con voz ronca, prestando atención en todas direcciones mientras sigo conduciendo y buscándola con la mirada.

Doy un rodeo al Middle, incluso me acerco a la biblioteca. Cero.

¡Hostia puta!

Mis dedos tamborilean en el cambio de marchas.

Detengo el vehículo a un lado de la calzada y pienso unos segundos.

Me he recorrido todos los sitios que Mia frecuenta y no sé dónde más buscarla.

Está bien. Puede que me cruzara con ella sin darme cuenta. Trato de autoconvencerme. En el fondo sé que eso no es posible.

Pero no desisto.

De nuevo hago el mismo recorrido. Sitio por sitio.

¡Nada!

—Hostias, nena. ¿Dónde mierda estás?

Regreso al taller. Con la vaga esperanza de que ella me esté buscando a mí, y con el frío, decidiera refugiarse dentro. Algo altamente improbable, si tenemos en cuenta, que no tiene la llave.

Cuando llego, a pesar de saber que es una pérdida de tiempo, bajo de la pickup y echo un vistazo en el taller.

—Bufff…

Resoplo con fuerza.

—¡Joder, joder!

Kai sale de la ferretería, justo el local contiguo a la peluquería de la amiga de Mia.

—Lincoln. ¿Qué haces, tío?

Hace casi dos horas que les dije que me largaba.

—¿Has visto a Mia?

Mi pregunta debe salir como un puto ruego o más inquieta de lo normal, que sé yo. Pero Kai levanta la mano y en menos de treinta segundos lo veo cerrar con llave la puerta de vidrio y cruzar la carretera.

—Vamos. Cuatro ojos ven más que dos.

Acciona el botón del mando de su Ford, y salta al asiento tras el volante.

Debo de estar la hostia de desesperado y él debe notarlo. Porque me ofrece su ayuda de inmediato y yo no le digo que no.

Enciendo el motor. Kai baja su ventanilla.

—En treinta minutos nos vemos aquí.

Asiento y salgo disparado.

Apoyo los codos en el capó, y hundo la cabeza en mis manos, sujetando mis sienes con fuerza.

—Ey. ¿Has mirado en la puta hamburguesería?

—Tres veces —respondo automático con la voz dura y perdida, ausente.

Kai y yo hemos quedado dos veces en el mismo punto, delante de mi taller. Lleva ayudándome a buscarla más de hora y media. Yo ya llevaba un par de horas antes de eso haciéndolo.

Es noche cerrada. No tengo ni puta idea de dónde está Mia. Lo peor es que ya no me quedan lugares a los que recurrir en su busca.

Me he encontrado con Asher, ni siquiera la ha visto en todo el día. Por lo que me ha dicho, había hablado con Clayton hace un rato y este, estaba en su casa, con su novia. Lo que quiere decir que Mia no está con ellos.

No tengo ni puta idea de dónde vive la peluquera, y la verdad, en el momento que hablé con Asher, no caí en preguntarle.

Empiezo a desesperarme.

Me lio a puñetazos con el capó de la camioneta. La impotencia me puede y la rabia se apodera de mí.

—Ey, ey, ey. ¡Para, tío! Para.

Kai me planta el antebrazo delante. No lo merece. Necesito descargar. Tentado estoy por cambiar el capó por su cara. Me contengo.

—¿Sabéis algo? —Dominic deja la moto apoyada contra un coche y se aproxima.

Kai lo ha llamado. Se ha presentado enseguida.

Le ha dicho lo mismo que sabemos nosotros. Que Mia no aparece.

Pasa por mi lado y se lanza al asiento del copiloto.

—Vamos.

—¿Adónde puto vamos? —pregunta Kai, empezando a perder los nervios también.

—A buscarla, joder. ¿O pensáis quedaros ahí como dos gilipollas toda la noche delante del taller?

Tiene razón. Puede que no tengamos ni idea de dónde está. El quedarnos aquí sin hacer nada, no la hará aparecer por arte de magia.

Kai salta a la parte trasera y yo me siento al volante.

—La encontraremos —asegura Kai.

Y, joder. Eso espero.

El teléfono de Clayton permanece apagado. Asher tiene turno nocturno en la fábrica. Dominic se ha hecho con la dirección de la peluquera.

Hemos buscado hasta debajo de las piedras. A Mia parece habérsela tragado la tierra.

—Déjame bajar a mí.

Asiento a la petición de Dominic. En realidad, solo quiere darme una tregua. Es casi media noche, hace más de seis horas que la busco. No puedo más. Estoy desesperado y me importa una mierda admitirlo.

Dominic llama al telefonillo de entrada y poco después desaparece por la puertezuela.

Me cubro la boca con la palma de la mano. Kai guarda silencio en la parte trasera.

He imaginado un millón de posibles explicaciones y ninguna es agradable.

—¿Y si le han hecho algo, tío? ¿Y si la han pillado en cualquier esquina sola y se la han llevado? ¿Qué hostias podrían haberle hecho? —Mi voz es un susurro, ronco, débil y herido.

Kai se asoma entre los dos asientos delanteros y endureciendo las facciones me advierte:

—Ey. No vayas por ahí.

Asiento una sola vez y cierro la puta boca. Eso no quiere decir que no lo piense. Resoplo pesado y Kai me da un par de palmadas en el hombro.

Apoyo los codos en el volante, abrazo mi puño con la otra mano y fijo la vista en la puerta de la casa de la peluquera. Dominic ha entrado hace apenas un par de minutos. A mí se me antoja una eternidad. Y todas las situaciones posibles, las más jodidas, me invaden el pensamiento.

Mia sola y herida.

Mia asusta y retenida por algún hijo de puta.

Mia violada y magullada.

Mia muerta en una puta cuneta.

La puerta se abre. Dominic, aparece bajo el umbral. No se mueve. Me mira fijamente. No me gusta lo que veo, y no me gusta lo que desvelan sus ojos. Parece uno de esos médicos que se aproximan a ti, después de realizarle una operación a vida o muerte a un ser querido, y antes de llegar a abrir la boca, ya sabes que van a soltar un: «lo siento, hicimos todo lo que pudimos.» Porque no es necesario que lo diga, lo lees en sus putos ojos.

Abro la puerta y salgo de la camioneta. No me molesto en cerrarla. Un suave clic me informa de que Kai me ha seguido. Avanzo unos metros, pero no me acerco a Dominic. Estoy aterrado. Quien mierda sabe lo que puede salir por su boca. Por primera vez en mi puta vida, la cobardía me gana el pulso.

Mi amigo da unos pasos al frente y la puerta, a su espalda, se cierra.

Me quedo ahí. Parado. Sin más.

—Está dentro.

¡Hostia puta!

Me cubro la cara con las dos manos. El alivio recorre todas las arterias de mi cuerpo al escuchar esas dos simples palabras.

—Lincoln —Me obligo a cuadrar los hombros y devolver la atención a Dominic, algo me dice que esto no acaba aquí —. No

quiere verte —. No me dejo impresionar. Acaba de darme un puto tiro en el corazón. Espero a que siga hablando. No va a ser un solo tiro, estoy convencido —. Lo sabe.

¡Boom!

En los tres días que me pasé frente a la casa de la peluquera, en mi camioneta. Mia no se asomó ni tan siquiera a la ventana.

Podía entrar allí dentro y llevármela a la fuerza. Eso lo empeoraría todo.

Cada vez que su amiga salía o entraba en casa, me acuchillaba con esos ojos que no tengo ni puta idea de qué color son, ya que no podría importarme menos su opinión.

—Para quieto, hostia.

No atino a comprender por qué no le he partido el cuello todavía a la mierda del gato pulgoso este.

En su lugar, le pedí a Kai que me lo trajera para que no se muriera de hambre, y aquí estamos los dos. Esperando a Mia.

En el puto coche.

La novia de Clayton también se ha dejado ver por aquí. Otra que me odia, y otra que me importa una mierda.

Kai y Dominic se van turnando. Me han traído cervezas, hierba y un montón de mierda para comer. No he probado bocado. El cabronazo este, se está poniendo hasta el culo de hamburguesas.

El suelo de la camioneta está hecho un asco. Lleno de cascos de cerveza, que no me molesto ni en tirar a una bolsa.

El lince se sube a mis piernas, automáticamente yo lo aparto de un manotazo. Se queda muy quieto, mirándome desde el asiento del copiloto.

—No me gustas. Y no te quiero en casa. Pero ella sí. Así que me toca joderme.

Hostias, hasta donde he llegado. Hablando con la puta comida. Ignoro al bicho y me enciendo otro porro. Normalmente, fumo mucho, pero estos días he triplicado el número de canutos por hora.

Recuesto la cabeza en el reposacabezas.

La puerta de la casa que tengo frente a mí, se abre.

Como un montón de veces.

No le presto atención.

Dando por hecho que es una de las amigas de Mia, la que saldrá por la puerta. No puedo estar más equivocado.

La Mia más demacrada que he visto jamás, aparece bajo el umbral. Enderezo la postura, tiro el canuto por la ventanilla, y fijo los ojos en ella.

Ha perdido peso. Las ojeras le llegan a los tobillos. Su pelo parece un nido de ratas. Y sigue siendo la mujer más impresionante y bonita que he visto en la vida.

Mantengo mi expresión seria y abandono el vehículo. No me acerco a ella. Aunque los putos músculos me arden por las ganas. Me apoyo en el capó y cruzo los brazos a la altura del pecho.

Mia avanza despacio. Con pasos inconexos e inseguros.

Tiene cojones, he de admitírselo.

A poco más de un metro se detiene y me mira a los ojos.

—¿Vas a vender el taller?

—Pídeme que no lo haga.

—Yo a ti no tengo una mierda que pedirte.

Esto es absurdo.

Estiro el cuello a un lado y al otro, haciéndolo crujir. Con una zancada, salvo la distancia entre nosotros y enredo una mano en su pelo.

A tomar por el culo.

No tengo que pedir permiso. No tengo por qué dar explicaciones. Y mucho menos tengo que privarme de tomar algo que me pertenece. Mia es mi hembra, mía. Ni ella misma tiene el poder de relevarme de mi posición.

Tiro de su pelo con fuerza, dejándonos negro contra gris.

Me repito mentalmente lo que ya sé.

Bajo mi dominio. Acatando mi ley. Obedeciendo mis normas. Sometida a mi voluntad.

Le enseño los dientes y rujo.

Puede que yo sea un animal, pero ella es la perra que vive a mis pies. Que no se le olvide.

Mi mano libre atrapa su cadera y endurezco el agarre tanto en ella, como en su pelo. Y aprieto. Aprieto. Aprieto.

Consciente del dolor que le infrinjo y disfrutando de ello.

Mi mente repite en bucle: «bajo mi dominio, sometida a mi voluntad.»

Abro la boca, ladeo su cabeza y le muerdo la nuca.

Tiene que estar doliéndole horrores, porque el mordisco es tan brutal, que su sangre llega a borbotones, inundando mi boca.

Dejo que el sabor metalizado se reparta por mis papilas gustativas y trago. Separándome nuevamente, y volviendo a sostenerle la mirada, mientras rujo:

—Me perteneces —. Enseñándole los dientes una vez más, convencido de que ahora están teñidos de rojo fuego. Revelándole que seguirá sangrando por mí hasta que a mí me plazca. Lo que se traduce en un; para siempre.

Ni siquiera se ha quejado. Alguna que otra lágrima le salto de la comisura de los ojos, pero ha mantenido el tipo como el noventa por ciento de los tíos, no sería capaz de hacer.

Una puta guerrera.

Pero que no se olvide quién es su jodido rey.

«Ríndete, nena. Sométete a mí, hostias. Ríndete de una puta vez.»

Me aguanta la mirada a pesar de que tiembla de pies a cabeza, rebelándose.

Y me jode. Me jode muchísimo que lo haga.

«Ríndete ya.»

No quiero hacerle más daño. Pero no me temblará el pulso si tengo que hacerlo.

Ella lo sabe.

«Vamos, nena. Vamos.»

—¿Lo mataste?

¡Hostia puta!

Yo sé que ella lo sabe. Ella sabe que yo lo sé.

No la creí capaz de sostenerme el pulso. De tener los huevos de enfrentarse a mí de esta manera.

—Sí.

Y todo acaba de irse a la mierda.

Mia no recula. No flaquea. Y los dos sabemos que no me la llevaré por delante. Al menos, lo sé yo. A la kamikaze que miro a los ojos, parece importarle poco que lo haga, y claramente, me ve capaz.

Acaba de desarmarme. Aunque ella ni siquiera lo sepa.

Abro las dos palmas de las manos a la vez. Mia se tambalea al soltarla de repente, dada la presión con la que la mantenía retenida. Y la libertad, sabe cómo una puta mierda.

Sin dejar de mirarla, hurgo en mi bolsillo trasero.

En silencio, ruego que aparte la puta mirada. No lo hace. No flaquea. ¡Hostias!

Saco las llaves del taller y se las lanzo. Mia ni siquiera hace el amago de cogerlas. ¿Pero qué cojones?

Con ese gesto le acabo de entregar el puto mundo con tal de que se someta a mí y lo sabe. Ya no me quedan balas.

Se mantiene demasiado ocupada, echándome un pulso imaginario.

Y comprendo que no va a hacerlo. No va a apartar la puta mirada, aunque le arranque la vida.

Doy media vuelta y me monto en la camioneta.

Ha ganado.

Me ha ganado.

¡A la mierda el mundo!

Sin separar mis ojos de los suyos, arranco.

Y tomo la peor decisión de mi vida: respetar a Mia. A sabiendas de que eso, nos destruirá a los dos.

Por el retrovisor puedo verla todavía tambaleante y frágil de pie en medio de la acera. Con la jodida mirada clavada en mi nuca.

La leona acaba de matar a su rey.

«Adiós, nena.»

Mia
Capítulo 47

Han pasado unos de días desde el enfrentamiento con Lincoln. Soy un espíritu que vaga sin alma.

Lloro día y noche.

Lloro por el padre, al que nunca conocí. Porque lo asesinaron.

Por el hombre del que nunca debí enamorarme. Porque él es el asesino.

Por lo absurdamente estúpida que soy.

Llevo cinco días vistiendo con la ropa de Macy. Ella no se ha quejado. Tanto Macy como Audrey, se han mantenido a mi lado demostrándome que, más que amigas, son hermanas.

Ni siquiera sé qué hago aquí.

Debería estar a años luz de este pueblo.

Los recuerdos invaden mi mente. Y aunque confieso que le doy vueltas a todo. A la locura de Lincoln. A las atrocidades que me obligó a vivir. A las barbaridades que llegó a hacer conmigo. A los te amo bajo la luz de la chimenea. A los abrazos en las noches frías. Pero siempre llego al mismo punto: «¿Lo mataste?» «Sí.» Y ya no hay nada más.

Lo bueno, lo malo. Todo queda reducido a cenizas.

«¿Lo mataste?» «Sí.»

«¿Lo mataste?» «Sí.»

—¡Mia!

Levanto la cabeza y me encuentro con Macy.

—¿Perdona qué has dicho? —pregunto con tono ausente al darme cuenta de que me ha llamado un millón de veces.

—¿Qué si estarás bien?

Ha quedado con Asher. Van a salir esta noche. En un principio, Macy se negó, pero la escuché darle una negativa por teléfono y la que me negué a que se quedara en casa para hacerme de niñera, fui yo.

—Sí. Vete tranquila.

—Mia, puedo quedarme. No tengo que…

—Vete tranquila, Macy —repito un poquito más seca de lo que pretendía.

Ella me sonríe por puro compromiso. Está preocupada. Lo sé. Solo quiero que se vaya tranquila y se olvide un poco de la caótica vida, de la chalada de su amiga.

—Si te necesito, te llamaré. Tengo tu número, ¿recuerdas?

Asiente poco convencida y se inclina, apoyando la mano en el reposabrazos del sofá para darme un beso en la mejilla.

—Pero llámame.

—Que sí, pesada —bromeo para que se vaya un poquito más convencida.

—Te veré luego. Hay pizza en la nevera —informa en dirección a la salida.

—Aha —respondo justo cuando la puerta de entrada se cierra.

Harta de pensar en lo mismo; una y otra y otra y otra y otra… Joder, es que soy como un disco rayado.

Pillo una chaqueta y salgo a dar una vuelta por las inmediaciones, para que el aire fresco me dé en la cara. A ver si con esas espabilo de una vez.

No es muy tarde, apenas son las nueve, pero hace frío, y la calle está desierta.

Macy no vive alejada del centro del pueblo, en pocos minutos se puede llegar andando; aun así, esta zona goza de mucha tranquilidad.

Introduzco la mano en los bolsillos de los vaqueros para resguardarlas del frío, y mis pies avanzan sin rumbo fijo.

Camino y camino.

Esforzándome por mantener mi mente ocupada con las calles, los coches, las hojas de los árboles en el suelo, hasta las putas piedrecillas que me encuentro por el camino y voy apartando con la punta de la zapatilla a un lado. Lo que sea con tal de no pensar en Lincoln.

Debo estar más o menos a una milla de distancia de la casa de Macy cuando me encuentro con una placa: «Cementerio Riverside.»

Tiene que ser una jodida broma del destino. Esto no puede estar pasando. Miro a un lado y otro de la carretera. Aquí no hay un alma y nada a sus alrededores, excepto el cementerio, claro está.

He perdido la noción del tiempo caminando y también la orientación. Nunca había estado en este lugar. Una fuerza me impulsa a echar un vistazo.

Me adentro en él temerosa. Tanto por la inmensa oscuridad que me envuelve, como por la surrealista situación.

Con la única compañía, de la linterna de mi móvil. Paseo entre las tumbas de piedra instaladas en un inmenso campo de césped verde. Aunque, a decir verdad, incluso apuntándolo con la linterna, me cuesta ver el color.

La iluminación es completamente inexistente. Ni una puta farola.

Llevo un buen rato caminando y apuntando con la linterna cada lápida antes de dejarla atrás, leyendo el nombre de la persona que yace en ella.

Sin darme cuenta, buscando a mi padre, aunque me cueste admitirlo.

Sin darle mayor importancia, apunto una lápida baja de piedra: «Jack Collins»

Desvío la linterna para continuar mi camino, al darme cuenta de lo que acabo de encontrar.

—Jack Collins —. Me cubro la boca con la palma de la mano y apunto una vez más a la lápida.

«Jack Collins»

«Es él.» ¡Dios mío!

—Papá —susurro bajito con la voz entrecortada y un escozor tras mis pestañas desgarrador.

Tomo asiento al lado de su tumba y, simplemente, me permanezco en silencio. Me cuesta mantener las lágrimas a raya, pero con esfuerzo, logro que ninguna abandone mis ojos, a pesar de tenerlos abarrotados.

Ni siquiera sé lo que estoy pensando. No logro identificarlo. Tampoco podría describir cómo me siento. Simplemente, estoy aquí. Intentando permanecer un poquito más cerca de mi padre. Quién sabe.

Cuando el frío me cala hasta los huesos, tiro de la capucha de la sudadera que llevo por debajo de la chaqueta, y me la pongo. Me levanto y emprendo el camino hacia la salida del cementerio.

Ya basta de paseos por hoy.

Cerca de la salida, me parece ver los faros de un coche. Pero dado que frente al cementerio pasa una carretera, no me sorprende.

Lo que sí llama mi atención, son los gemidos que se escuchan cada vez más claros, según me aproximo.

¡Virgen santa! ¿Alguien ha venido a montárselo al cementerio? La peña está fatal.

Mi primer instinto; apagar la linterna del móvil y mantenerme inmóvil. Con la esperanza de que la oscuridad que me envuelve, me mantenga en el anonimato.

Permanezco acuclillada y en silencio cinco minutos largos. Escuchando. Haciendo tiempo, para que se larguen y poder salir de mi escondite.

—Dale… Sí… Joder, cómo me pones.

—No pares. Sigue dándome. Dios, cómo me gustas.

Con la antena funcionando a toda velocidad, no porque lo pretenda, sino por lo escandalosos que son, escucho el golpeteo de dos cuerpos chocando.

Y de pronto.

—Eso, es. Chúpamela. Qué bien lo haces, cielo. Métetela un poquito más al fondo. Vamos, sé que puedes.

¿Cómo? ¿O se la está chupando, o se la está tirando? Las dos cosas a la vez no pueden ser. A menos que…

¡Ay-mi-ma-dre!

Que son más de dos personas las que se lo están montando, y puede que hasta más de tres. No me lo puedo creer. Esto no me está pasando a mí. Es surrealista.

Me llevo las manos a la cabeza y me froto la capucha.

Al escuchar más de una voz masculina y alguna femenina, me doy cuenta de que, efectivamente, hay más de dos personas.

Llevo un buen rato en silencio, parece que tienen para largo. Yo me estoy congelando, y la verdad, después de todo lo que ha ocurrido estos días, me importa una mierda quién se esté tirando a

quién. Por mí, como si hacen una orgía encima de las tumbas. Solo quiero volver a casa de Macy y meterme bajo las mantas.

Por lo que retomo mi camino y, a pocos metros de la salida, visualizo perfectamente las luces de una camioneta. Los faros me ciegan y no atino a distinguir a nadie. No me reconcome, solo quiero salir pitando de aquí sin descubrirme.

Consciente de que hay dos personas en el murete de piedra, que hace de división, montándoselo, y alguna más por los alrededores. No levanto la vista en ningún momento y atravieso la pequeña puerta de hierro forjado. Qué chirría al abrirse. ¡Mierda!

—¿Mia? —Oigo de pronto sobresaltándome. Un gritito agudo se me escapa sin poder evitarlo y doy un pequeño salto.

—¡Joder! ¡Qué susto!

Pensé que estarían tan inmersos en su propio mundo, que ni me escucharían. Parece que no solo se percatan de mi presencia, sino que me conocen.

¡Qué suerte la mía!

Por favor, dime que no son Macy y Asher que al dejarme la casa se han venido a follar al cementerio, porque me da algo.

Antes de poder incluso preocuparme, levanto un poco la barbilla, para mirar bajo el borde de la capucha de quién se trata.

Abro la boca formando una «O» diminuta.

Vale.

Dominic se abrocha la bragueta, mientras la hermana de la novia de Kai, se limpia la boca poniéndose en pie. Paige, recuerdo su nombre.

Esto es muy incómodo.

Al percatarme de que alguien se me acerca por la espalda, doy un chimpo, sin moverme del sitio. Kai se mantiene inmóvil con los brazos cruzados a la altura del pecho, acechándome con una mirada cruda.

—Joder —. Segundo susto de la noche.

Casi prefería que fuesen Asher y Macy.

A un par de metros, aparece la Barbie chalada, Brittany.

—Pues ya estamos todos —canturrea Dominic.

Ante una escena tan… tan… ni siquiera sé cómo describirla, lo primero que pienso es… ¿Kai no tenía novia? Cabeceo. La tiene, claro que sí. Y es justo la hermana de la chica a la que Dominic le tenía la polla metida en la boca. Al parecer, él no le da mucha importancia. Tampoco voy a dársela yo.

—Pues… que paséis buena noche —. Me despido adoptando el mismo tono divertido que Dominic.

Sin duda la estaban pasando hasta que les corte el rollo.

Sin más dilaciones, empiezo a caminar para alejarme.

—Mia —. Es Kai. No hago ni caso, un paso más, dos pasos más… — ¡Mia! —Tres pasos más, cuatro pasos más —. Joder, Mia. Para.

Me sujeta el antebrazo con su inmensa mano y de inmediato lo sacudo, zafándome de su agarre. Kai levanta las dos manos en señal de rendición e informándome que no busca problemas.

—Tranquilo. Ciega, sordomuda —. Tercer intento de huida modo: On.

No seré yo la que le cuente a su novia lo que hace en el cementerio. No es asunto mío. Si eso es lo que le preocupa, no tiene por qué.

—Miiiia… —Me llama alargando la i.

Al ver que no le hago caso, y evitando tocarme, se adelanta con un par de grandes zancadas y se planta delante.

Las risitas de las dos chicas llegan a mis oídos.

—Meteros en el puto coche —exige Kai —, llévatelas, Dom. Yo me voy con Mia.

— No. Con Mia va a ser que no. Ni sé conducir, ni tengo coche — informo a pesar de que estoy convencida de que él lo sabe —. Así que te sugiero que vuelvas con tus amigos. Parecíais muy entretenidos.

Brittany se acerca a Kai y le apoya una mano con unas uñas larguísimas y rosas en el pecho.

—Vamos, cielo. Vente con nosotros.

Kai le rodea la muñeca con la mano y la aparta.

—Métete en el coche y largaos —. Clava la vista en mí —. No tenía pensado ir en coche, Mia. Vamos. Daremos un paseo.

—Te lo agradezco, pero no es necesario. Lárgate con ellos. Buenas noches.

—¿Qué hago, tío? —pregunta Dominic ante mi negativa.

—Llévatelas. Me quedo con Mia. Te lo he dicho.

—Vamos, rubia. Ya lo has oído —apremia Dominic a Brittany que parece resistirse. La otra chica lleva rato metida en el coche.

Poco después, el vehículo emprende la marcha y desaparece por la carretera, dejando de nuevo un manto de estrellas sobre nosotros, precioso, pero no alumbra una puta mierda.

Enciendo otra vez la linterna del móvil.

—Qué pases buena noche, Kai —suelto arrancando a andar por enésima vez en los últimos cinco minutos.

—Por supuesto. La pasaré contigo. Tiene que ser buena a cojones, si no, no tendrías a Lincoln tan enganchado.

No me puedo creer lo que acaba de decir. Será imbécil.

—¡Qué te follen!

—Acaban de hacerlo. Y pesar de que has aparecido cortándome el rollo, he conseguido correrme. Tardaré un ratito en volver a empalmarme. Podemos aprovecharlo para regresar al pueblo.

—No.

Arranco a caminar y esta vez Kai no me detiene. Pero me sigue los pasos a escasos dos metros. Cabreada, me doy la vuelta.

—¿Se puede saber qué haces?

—Voy a casa.

—¿Por aquí?

—Es el único camino, Mia.

—Ya, claro.

Pues qué se largue. Yo puedo esperar a que avance unos metros.

Me siento en el murete del cementerio y Kai se frena en seco.

—¿No te marchabas a casa, Kai?

—No te voy a dejar sola, Mia. ¿Qué hacías en el cementerio? —pregunta tomando asiento a mi lado. Pese a que sabe que no quiero estar con él.

—Nada que a ti te importe —respondo evitándole la mirada y perdiéndola en cualquier parte del suelo. Total, no se ve una mierda.

Kai se aproxima un poco más a mí, y yo muevo el culo para alejarme. Resopla, se pone en pie y se me planta delante, llevándose las dos manos a las caderas.

Le esquivo la mirada. Alarga la mano y sostiene mi mentón con el dedo índice y el pulgar al mismo tiempo.

—No está ahí.

—¿Qué? —La pregunta se escapa de mis labios sin más. En cuanto lo escucho. —¿Qué narices quiere decir, no está ahí?

Los dos sabemos perfectamente a lo que se refiere. Es imposible que no esté. Acabo de estar a los pies de su tumba.

—No está ahí —repite manteniendo firme su mano en mi barbilla y con voz que no deja lugar a confusión.

Cabeceo.

—Pero…Pero… Qué… Pero…

No soy capaz de articular nada mínimamente coherente. Aturdida y confusa.

Kai se mantiene serio y atento. No dice nada más. Tampoco me suelta o se aleja. Simplemente, se queda ahí, plantado en medio de la oscuridad, con sus impresionantes ojos azules fijos en los míos que luchan por ubicarse.

Al cabo de lo que me parece una eternidad, pero seguramente sea mucho menos, me sincero:

—No sé qué decir.

Kai asiente.

—Vamos. Te acompaño a casa.

Mia
Capítulo 48

Y a casa me acompañó.

A casa de Macy quiero decir.

No cruzamos una palabra más en todo el camino. Yo estaba demasiado confusa como para abrir el pico y Kai….

Bueno, a Kai creo que ni siquiera le caigo bien.

Es un tipo borde y seco. Con pinta de portero de discoteca. Se limitó a hacer lo que creyó que debía hacer, de guardaespaldas.

No me miró una sola vez en todo el tiempo, y cuando me dejó en el caminito que da a la entrada de Macy, se despidió con un golpe de cabeza.

Entré en casa y esperé a que Kai se largara, y Macy que ya había llegado, se quedara dormida.

Luego me escapé a hurtadillas. Como una vulgar ladronzuela o como una adolescente de quince años que se da a la fuga para pasar la noche de fiesta. Elegir entre los dos el ejemplo que más os guste.

Tenía una clara idea de lo que quería hacer.

No de lo que estaba buscando.

Llegué al taller y abrí la persiana con la llave que me había dado Lincoln hace unos días.

Lo puse todo patas arriba.

Como he dicho, no sé qué buscaba.

Supongo que al acabar de enterarme de que mi padre no está enterrado en su tumba, después de saber hace pocos días, que fue precisamente mi novio, o exnovio, mejor dicho, el que lo mató, me tiene un tanto alterada. Llamarme dramática si os apetece.

Facturas, albaranes, folletos, papeles y porquería de todo tipo. No he descubierto nada. Ni siquiera las escrituras del taller están aquí. Inspecciono todos los cajones, muebles… me falta mirar solo debajo de las baldosas del suelo.

Es inútil. Inútil hasta que abro el compartimento lateral del primer cajón del escritorio y encuentro un sobre blanco con una caligrafía perfecta.

«Mia»

Solo existe una persona que puede haber dejado ese sobre. Mi padre. Lo sostengo entre mis dedos y me quedo hipnotizada, mirándolo fijamente. Como si el solo hecho de observarlo me fuera a desvelar un gran secreto.

Paso la yema de los dedos por mi nombre tantas veces que temo borrarlo. No me atrevo a abrirlo.

Dejo todo el caos que yo misma he creado atrás y regreso a casa de Macy, con el sobre con mi nombre en el bolsillo trasero de mis pantalones.

Han pasado otros dos días y ya no me quedan lágrimas que llorar. Las he derramado todas.

Nadie me ha dicho nada por el revuelo que causé en el taller. Imaginaba que sería justo así.

No me preocupa la verdad, entre otras cosas, porque ese taller también es mío.

Pero ahora ya no importa. A estas alturas ya nada importa. No lo quiero. Lincoln puede hacer lo que le dé la gana. Me he retirado. Mi cabeza no ha dejado de dar vueltas como una noria. A la confesión de Lincoln de haber matado a mi padre, le sumo las palabras de Kai, confirmándome que mi padre no se encuentra en su tumba.

No puedo dormir. No puedo comer. Me duele el corazón y necesito pasar página. Para ello he de cerrar este capítulo de mi vida. Y sé que si no consigo saber dónde está mi padre, y despedirme de él, no lo conseguiré nunca.

Me despido de Macy sin darle muchas explicaciones. Solo le digo que volveré más tarde y que llevo el teléfono conmigo.

Me marcho en busca de la única persona que puede responder mis preguntas.

El taller está cerrado y cuando meto la llave en la cerradura y tiro levemente de la persiana, me doy cuenta de que Lincoln no ha estado aquí, al menos no desde que yo lo asalté.

Vuelvo a cerrar, y abatida me siento en el bordillo de la acera. La carta de mi padre sigue en mi bolsillo trasero.

Kai se asoma a la puerta de la ferretería, hago el amago de levantarme, para cuando lo consigo, él ya ha cruzado la carretera y está frente a mí. Su mirada acusatoria me persigue.

No me importa lo que piense nadie y menos uno de los amigos de Lincoln. A este en especial confirmo que no solo no le caigo bien, me odia. Es la única explicación para esa mirada.

—No lo encontrarás aquí.

Asiento con la cabeza con la intención de largarme por donde he venido.

—¿Lo ha vendido ya?

Kai está al tanto, no tengo duda. Y aunque Lincoln necesita mi firma a efectos legales, también comprendo que eso no es impedimento para él. Su amigo niega una sola vez con la cabeza.

—Adiós, Kai.

Otro golpe de cabeza a modo de despedida.

Los engranajes de mi cabeza empiezan a funcionar. Necesito hablar con Lincoln. No quiero que Audrey y Macy lo sepan hasta tener este tema solucionado. No les he contado lo del cementerio y tampoco lo de la carta de mi padre. Es algo que tengo que arreglar por mi cuenta. Y pedirle un favor a Clayton o Asher, sería decírselo a ellas.

—Kai —lo llamo antes de que entre en la ferretería.

Da media vuelta y me mira. No hace el amago de venir. Cruzo la calzada apresurada.

—¿Ha vuelto a venir al pueblo? —Kai niega. Lo imaginaba. —¿Podrías llevarme?

No tengo que especificar más. Está clarísimo dónde pretendo ir.

El amigo de Lincoln desaparece en la tienda sin decir nada. Poco después vuelve y cierra la puerta con llave.

Un par de minutos, y estamos en la camioneta de Kai, dirección a casa de Lincoln. Mi casa.

Hacemos el camino en silencio. No enciende ni la radio. No tenemos ni una misera canción de fondo que nos acompañe. Ni un triste ruidito exterior. ¡Qué incómodo!

Pasamos bajo el puente y nos adentramos en la zona de bosque.

—Lincoln es un buen tío.

Una risa irónica se escapa por mi nariz. Hay que joderse. Lincoln mató a mi padre. Y este imbécil solo se le ocurre decirme que es un buen tío. ¿De qué va?

Lo ignoro. Ahora mismo, el absoluto silencio ya no me parece tan mala idea.

—Intenta no alterarlo. Ya conoces a Lincoln. No necesita más dramas. No compliques las cosas y...

Otro comentario que podría meterse por el culo.

—Kai, no quiero hablar.

Mi voz suena tajante y algo áspera. No me importa. Puede que me esté haciendo un favor, eso no significa que tenga que aguantar este tipo de comentarios.

Nadie puede decirme que un asesino, es un buen tío. Y mucho menos, cuando tengo que enfrentarme a él, para exigir la respuesta que estoy convencida que tiene. Respuestas como… ¿Dónde está el cadáver de mi padre? ¿Por qué no está en su tumba?

No puedo ni pensarlo. La rabia me reconcome y solo quiero gritar y echarme a llorar. ¡Mierda! Ahora no.

—Como quieras —responde cortante.

Desconecto de Kai por completo y me concentro en mirar por la ventana. Por alguna extraña razón, ya no veo lo que vi el primer día que atravesé este camino. Árboles, maleza, piedras con olor a peligro.

Mis ojos se llenan de lágrimas, visualizando lo que mi mente advierte ante mis ojos. Naturaleza, calidez, Lincoln, todo mezclado con aroma a hogar.

Y me derrumbo. Una vez más.

Rompo a llorar, cubriéndome la cara con las palmas de las manos y la respiración entre cortada.

—Mia…

—Déjame —escupo de mala baba, con la voz entrecortada a causa del llanto.

—Tú misma.

Admito que me merezco su desprecio. Me estoy comportando como una cabrona. Él tampoco lo hace mucho mejor, es un borde.

Me abanico la cara con las manos. Sin decir nada, Kai baja la ventanilla de mi lado. Hace frío, pero necesitaba aire. Me estaba ahogando. Sigue concentrado en el camino. Se lo agradezco.

Un par de minutos, parece que puedo respirar algo mejor. Consigo mantener a raya mis emociones. Y tragarme el incipiente ataque de ansiedad, que he estado a punto de vivir.

—Lo siento.

Kai levanta una mano restándole importancia y continuamos en la misma línea. En silencio.

Deja la camioneta a pocos metros de la entrada trasera. Me obligo a ignorar todo lo que siento en mi interior.

Tengo que mantenerme fuerte.

—Espera aquí.

Sale del coche y el primer par de segundos dudo. Luego me doy cuenta de que las cosas no funcionan así.

Ya no soy la misma Mia ingenua que agacha la cabeza cuando un tío se le pone chulo. Lincoln se encargó de acabar con ella.

Me desprendo del cinturón y salgo dando un portazo y siguiendo con decisión los pasos de Kai. No lo persigo a él. Simplemente, se encamina a subir las escaleras que dan al porche para llamar. Y yo lo hago para entrar directamente.

Mira por encima del hombro, sabiendo que me encontraría justo ahí.

—Si ves algo que no te gusta, luego no te quejes.

La adrenalina me recorre las venas y la mala leche, la lengua.

—¿Algo peor que al asesino de mi padre?

Me he pasado. Lo sé. Pero me importa poco. Kai lo sabía. Y sigue aquí. Tan amiguitos. Me dan náuseas.

—Qué puta paciencia ha tenido que tener contigo —escupe con desprecio.

Puede que me lo merezca. O puede que no. Ya no lo sé. No voy a discutir con Kai. No merece la pena. Tampoco creo tener fuerzas para ponerme a batallar con los dos. Con hacerlo con Lincoln, presiento que va a ser más que suficiente.

Con dos zancadas se planta frente a la puerta. Es lo que tiene medir casi dos metros. Yo tengo que llegar a la escalera y evidentemente subir sus peldaños uno a uno. Para cuando he alcanzado su posición, Kai ya ha llamado con los nudillos.

Cedo y me quedo esperando.

Lincoln
Capítulo 49

Cargo a mis hombros el lobo que maté esta mañana y emprendo el camino de vuelta a casa.

A casa. Menuda mierda de palabra.

La última vez que vi a Mia por el retrovisor de mi Chevrolet, fue la última vez que estuve en la civilización. No hace muchos días de ello. La verdad, no recuerdo cuántos.

Me paso las horas muertas en el bosque. He cazado más animales de los que podré comer en tres años. Y eso que yo soy de buen comer. Dejaré que el puto intruso que tengo en casa juegue con ellos y se entrene. A la espera de que aprenda rápido para poder darle una patada en el culo y mandarlo de regreso al monte.

No entiendo por qué sigo manteniéndolo conmigo.

Mia ya no está. Y no va a volver.

Debería partirle el cuello y tirarlo al puto cubo de la basura. Es un incordio y un recordatorio constante de Mia. Lo he intentado, no he podido.

Hostias. Hasta ese punto llego.

Resoplo cabreado y agarro con cada mano dos patas del lobo que llevo a cuestas. Con grandes zancadas que me llegan de vuelta a mi guarida. Ejerzo tal presión que oigo los huesos del cadáver romperse. Eso es lo único que me calma. Lo único en lo que encuentro algo de paz. Matar. Cazar. El sonido del estallido de los huesos al partirse a la mitad. El de la carne desquebrajándose cuando la atravieso con la hoja de un cuchillo. Levanto la cabeza al cielo, invisible a causa del espesor de las copas de los árboles. Cierro los ojos y respiro profundo por la nariz, concentrando toda mi atención en ese sonido.

—Crak.

El crujido de la carne al penetrarla con una gruesa hoja de acero afilada. El siseo potente de la piel cediendo según lo voy deslizando. La sangre que brota al desgarrarla. Mis manos cubiertas por ella

cuando aún está caliente. Paz. La única paz que se presenta en breves instantes, desde que Mia me abandonó. No es suficiente. Nunca será suficiente.

—¡Basta! —gruño entre dientes.

Devuelvo la vista al frente y continúo.

La Ford de Kai. ¡Hostias!

¿Qué hace aquí?

La veo en cuanto salgo al claro.

No me apetece ver a nadie. A él tampoco.

Me rasco con los dedos la barba, en estos momentos, larguísima.

Bastará con mandarlo a tomar por culo.

Según me voy aproximando, frunzo el ceño. Agudizo la vista. En el porche de casa hay dos siluetas. No una. Y todo podría llevarme a imaginar que Dominic ha venido con él. Pero el que una sea tan menuda, no encaja con la descripción de Dominic.

Kai jamás osaría traer a mi casa a nadie a la ligera.

Al acercarme más, distingo a mi amigo sentado en el banco de madera y a… ¡Hostia puta! Mia.

Expulso pesadamente el aire de mis pulmones y enderezo la postura. Esto no puede ser tan sencillo. No soy imbécil.

Desde el momento en el que se percatan de mi presencia, clavo los ojos en Mia y le sostengo la mirada.

Trata de no dejarse intimidar. Tiembla como un flan.

Kai se mantiene en el más absoluto silencio.

Típico en él. No se entromete donde no lo llaman nunca.

—¿Qué quieres, Mia? —ladro severo cuando llego a las escaleras.

Lo que en realidad me gustaría es preguntarle: «¿Estás bien, nena?» Puesto a que es evidente que no.

Está en los huesos. Demacrada. Con los ojos hinchados de tanto llorar. Asustada. ¡Hostias!

Si tan solo pudiera abrazarla hasta que se sintiera mejor…

—Hablar contigo.

—Adelante —finjo indiferencia, agarro con más fuerza las patas del lobo y otro, Crak, corta el ambiente.

Kai mira mis nudillos. Me esfuerzo por aligerar el agarre.

—¿Dónde está?

Creo estar seguro de lo que quiere saber. Pero estoy tan atónito que necesito confirmación. Por lo que miro a mi colega un breve segundo, él solo asiente mirándome a los ojos. Le devuelvo la atención a Mia.

Le sostengo el pulso imaginario, intimidándola con los ojos.

Desde aquí, huelo lo aterrorizada que está. Palpo su dolor directamente en mis papilas gustativas.

—No tengo nada que hablar contigo, Mia.

La privo de mi mirada, subo las escaleras y abro la puerta de casa. Ni siquiera tengo que buscar la llave. Nunca en mi vida he cerrado con llave. Solo tiro de la manilla y entro. Ignorándolos.

Por mucho miedo que tenga, me sigue con pasos temblorosos. Titubeantes y carentes de vida.

¡Hostia puta! La peor de las torturas es verla así.

Completamente ausente. Muerta en vida.

Sus mejillas no tienen color. Sus ojos carecen de brillo. Su alma ausente de vida.

—Lincoln, me lo debes.

«Tienes razón, nena. Claro que te lo debo.» Se lo debo porque yo tengo la culpa de que se encuentre en ese estado. Se lo debo porque no me voy a perdonar en la vida lo que le estoy haciendo. Se lo debo por ella. No por Jack. En eso está confundida. Por Jack, no le debo una puta mierda. Es por ella. Todo siempre es por ella.

—Yo no te debo una mierda —gruño, fingiendo indiferencia.

Tiro el cadáver del lobo encima de la mesa de la cocina y el golpe la hace estremecer.

Kai aparece bajo el umbral.

Está muy atento, no interviene. Mejor. Esto no es asunto suyo.

—No vas a salirte con la tuya. No vas a ganar, Lincoln.

«Claro que no voy a ganar. Porque no tengo nada, nena. Lo perdí todo el día que me dejaste.»

Aguanto el golpe.

Deslizo la cazadora por mis hombros y la dejo apoyada en una de las sillas de la cocina. Abro la nevera y la miro…

—Coge lo que quieras y lárgate de aquí, Mia.

Escondo la cabeza tras la puerta de la nevera un par de segundos. No puedo más, joder.

Pillo un botellín de cerveza, lo levanto y Kai niega en silencio. Cierro el electrodoméstico y me abro la botella, apoyándola en el borde de la encimera y dándole un golpecito con el puño.

—No quiero nada. Quiero a mi padre, Lincoln.

«¡Hostias, nena! Vas a acabar desarmándome.»

Me llevo la Budweiser a los labios y bebo.

—Mia, vámonos.

Mia se gira con los ojos repletos de lágrimas.

—Yo no me voy a ningún sitio. Vete tú si quieres, Kai. —Devuelve su atención a mí. —No te vas a salir con la tuya, Lincoln. ¿Dónde coño está mi padre? Si no me lo dices tú…

Aprieto una milésima de segundos mis sienes con dos dedos. Kai no es imbécil. Puede que Mia no se diera cuenta. Pero él sí. Sabe que estoy a puntito de desmoronarme.

Me sacudo y cuadro los hombros una vez más.

Kai la sujeta por el brazo y levanta la voz. No es algo exagerado. Pero lo suficiente para que Mia se asuste un poco.

—Al puto coche ya, Mia.

La respiración de Mia se acelera, pero se corrige en cuanto puede. Los dos nos damos cuenta de que es un completo caos. Tentado estoy en alejarlo de ella. No puedo hacerlo. Solo empeoraría las cosas.

Consigue llevársela y, antes de cerrar la puerta, mi amigo me dirige una mirada y se la devuelvo, asiente una sola vez con la cabeza. No hace falta que usemos palabras. Le acabo de pedir que cuide de ella y él ha confirmado que lo hará.

Luego desaparecen los dos y yo… Yo hago lo que tanto esfuerzo me ha costado no hacer delante de Mia. Lo que Kai sabía qué sucedería y ha tratado de ocultarle con éxito.

Me derrumbo.

Caigo sobre mis putas rodillas y me agarro con fuerza la cabeza.

Me siento sobre mis talones y me paso las manos para secar la humedad de mi cara.

¡Hostias! Llevaba sin llorar desde la muerte de mis padres. Fue la última vez que recuerdo haberlo hecho. Tenía seis años.

Nunca nada dolió tanto para que esa acción se activara en mí… hasta ahora.

Minutos más tarde, el bicho del demonio aparece. ¡Qué oportuno!

—Tú tampoco le importas una mierda —le ladro y me largo de la cocina.

Mia
Capítulo 50

¿Cómo se me ocurrió hacer algo así?

Lincoln Dagger es un animal salvaje, primitivo y está completamente desequilibrado. Un ser neandertal que no atiende a razonamiento alguno.

Una bestia que no solo mató a mi padre y Dios sabrá qué hizo con su cadáver, sino que después de eso, se atrevió a humillarme y despreciarme una vez más.

Lloro con la cabeza hundida en la almohada de la cama del cuarto de invitados de Macy.

Ya no sé qué es lo que más me duele.

Su desprecio. Su maldad.

Su crueldad no tiene límites.

«Corre. Aléjate.» ¿En qué momento dejé de escuchar esa voz en mi cabeza? Desde que llegué a este pueblo y conocí a Lincoln, gritó con fuerza.

¿Cómo puede cambiar tanto la vida de una persona en tan corto margen de tiempo?

Hace tres meses ni siquiera sabía de su existencia. No conocía a Lincoln, ni este pueblo, ni a las chicas. Y ahora todo mi mundo, gira en torno a este lugar, sus gentes y Lincoln Dagger en concreto.

«Coge lo que quieras y lárgate.» «Yo no te debo una mierda.» «No tengo nada que hablar contigo». «¿Lo mataste?» «Sí.»

La cabeza me va a explotar.

«Eres un asesino.» «No lo olvides nunca, nena.»

—¡Lo odio! —chillo con toda la fuerza de mis pulmones, intentando borrar todas las palabras de Lincoln.

No lo consigo. Siguen sonando una vez y otra, y otra, y otra...

Repitiéndose sin descanso.

Y eso no es lo peor de todo. No son solo las palabras de un asesino. Si no las palabras del asesino al cual amo hasta la locura.

«¿Lo mataste?» «Sí.» «Vete acostumbrando.» «Ruega.»

—Basta ya, por favor… —Sigo golpeando mi cabeza con los puños cerrados.

No me doy cuenta de que la puerta del dormitorio se abre.

Una mano grande me acaricia la espalda.

Me sobresalto, pero cuando me doy la vuelta para ver quién es, con los ojos empapados, Asher tira de mí y me abraza con fuerza.

—Tranquila. Shhh —susurra con voz dulce acariciándome la melena —. Todo se arreglará, guapísima. No estás sola. Estamos contigo, todos estamos contigo. Shhh.

Asher sigue hablando. Su voz es lenta y suave. Sus caricias cálidas. Y poco a poco me voy relajando y los parpados ceden.

No me apetece estar aquí. Los últimos tres días he conseguido mantener mis sentimientos al margen. Al menos cuando estoy en presencia de gente.

Las chicas insistieron muchísimo para que salgamos.

—No vamos a llevarte de marcha, Mia. Es solo una cena.

—Bueno, y lo que surja —decía Clayton.

Audrey le propinó un manotazo en el hombro y, al no parecerle suficiente, también le pellizco un pezón hasta que Clayton protestó.

Asher y Macy también se apuntaron a la coacción, por lo que acabé cediendo.

Cenamos en la hamburguesería como siempre, pero no me siento la de siempre. Los vecinos no saben nada de lo ocurrido. Espero. Pero son unos cotillas y saben que estoy en casa de Macy. Han pasado de mirarme como si tuviera la lepra, a hacerlo con compasión. No sé qué odio más.

Ahora estamos en un bar al que hemos venido pocas veces y está cerca de la carretera. Tiene pinta de puticlub. No me gusta.

Los chicos dicen que no lo es. Yo no estoy tan segura.

Todavía no he decidido si voy a irme del pueblo. O, mejor dicho, todavía no he decidido cuándo voy a irme del pueblo. Aquí no puedo quedarme. Y no solo porque mi desquebrajado corazón no lo pueda soportar. Es que realmente no pinto nada. Ya no tiene sentido.

Vine por mi padre. Y por su herencia, no voy a negarlo.

Ahora su herencia me importa una mierda, y una bien grande. Y a mi padre, creo que nunca llegaré a conocerlo. Ni siquiera a través de otra persona.

Suspiro profundo y recuerdo todo lo que me contó Lincoln acerca de él. Hubo un momento en el que, casi llegué a sentirlo cerca. Ahora todo se ha desvanecido. No creo que Lincoln me mintiese. O sí. No lo sé. Ya no importa.

Ya nada importa.

Todo lo que ansío es pasar página. Cambiar de libro. Escuchar otra canción.

Y aunque no podré olvidarme de todo lo que aquí he vivido, es necesario que lo aparque a un lado.

Olvidar a Lincoln. Suena hasta ridículo pensarlo.

Es imposible. Tan solo me gustaría saber que algún día conseguiré superarlo. Ahora mismo, eso también lo dudo.

Pelea, mata y desgarra, con el mismo vigor que ama, abraza y se cuela en tu cabeza. Es tan intenso que la palabra, intensidad, nunca le hará justicia.

Un huracán que arrasa con todo a su paso.

Y tras un huracán puedes reconstruir, nunca recuperar. Es imposible. Los trozos son demasiado pequeños y están muy maltratados. Y lo que se sustituye nunca será como lo original.

¡Mierda!

Me obligo a sonreír cada vez que los chicos ríen por algo. Y ojalá pudiese dar de más de mí misma, pero es que no hay más en mí. Esto es lo único que ha quedado. Un cascarón vacío.

Clayton tiene a Audrey sentada en su regazo y cuenta batallitas de cuando todos iban al instituto. En el fondo lo agradezco. No estuve allí, así que no tengo que abrir la boca. Basta con asentir y fingir una sonrisa.

Fingir una sonrisa. Presiento que va a ser siempre así. Nunca volveré a experimentar lo que es hacerlo con sinceridad.

Inspecciono el local con la vista sin prestar mucha atención.

Kai está sentado en una mesa con Dominic y tres chicas. Las tres chicas. Su novia, su amante y la hermana de la novia que ahora sé que se folla a Dominic. ¡Qué panda! Los ignoro.

Pero me doy cuenta de que Kai permanece sentado en la silla, con las piernas muy abiertas, los codos apoyados en las rodillas, sujeta un vaso entre sus manos, pero su mirada, esos ojos tan azules glaciales que dan miedo, están clavados en mí.

Intento seguir a lo mío y no prestarle atención.

Asher rompe a reír y me pellizca la cintura. De inmediato le sigo el rollo y sonrío. No tengo idea de lo que ha dicho, pero sonrío.

La mirada de Kai sigue abrasándome la piel. Al punto de que, cuando ya no lo soporto más, me pongo la chaqueta que tengo en el respaldo apoyada.

No sé a qué está jugando. Si trata de intimidarme o tocarme las narices.

Macy se levanta para ir al baño.

—Espera te acompaño —dice Audrey. —¿Mia, vienes?

—Ehhh. No, gracias.

Me hago pequeña en el asiento y aprovecho que las chicas están en el baño para quedarme mirando a un punto fijo en el suelo. Los chicos siguen hablando. Y yo los oigo a lo lejos, pero no entiendo nada de lo que dicen.

De reojo sin perder mi punto fijo, veo que Kai no desconecta. Sigue acechándome en silencio. La impaciencia crece en mí. Me siento tan violenta que necesito poner un poco de espacio de por medio.

Me levanto y les digo a los chicos que vuelvo enseguida.

Salgo por la puerta del local y camino unos metros. Apoyo la espalda contra la pared y levanto la vista al cielo.

Un cielo oscuro pero despejado. No hay una sola nube.

Cojo aire y cierro los ojos.

Me concentro en regularizar mi respiración y tranquilizarme un poco. No solo porque el imbécil de Kai hoy la tenga pillada conmigo, sino por todo en general. Estoy a punto de sufrir una crisis de ansiedad y tengo que ponerle remedio. Prevenir antes de curar, como suelen decir.

Cojo aire por la nariz, lo mantengo cinco segundos, y lo suelto por la boca.

—Yo puedo. —Me repito como tantas veces estos últimos días, intentando controlarlo.

El aliento a cubata de alguien me invade y el estallido de las palmas de las manos que presionan la pared a ambos lados de mi cabeza, flanqueándome, me hacen reaccionar.

Abro los ojos asustada y… a la mierda la respiración empiezo a hiperventilar.

Las esferas azules de Kai se clavan en mis ojos impacientes y embravecidos, mirándome desde su imponente altura.

—Hola, Mia —. No me gusta un pelo ese tonito.

—¿Qué quieres? —pregunto con voz temblorosa y más asustada de lo que me gustaría, a la defensiva.

—¿Qué pasa, Mia? —Niego con la cabeza y con los ojos muy abiertos. Quiero decirle que no pasa nada. Pero las palabras se niegan a salir. Algo ha cambiado en Kai. Sigue siendo su voz ronca, pausada, espesa e intensa, pero en esta ocasión, parece que la cubre un halo de morbo, amenaza, y sed de venganza. Se pega por completo a mi cuerpo y sus labios prácticamente rozan los míos —. Solo quiero hacerte un par de preguntas. Y tú, solo tienes que ser una buena chica y responder. Entonces yo me marcharé y aquí no habrá pasado nada. ¿Está claro? —asiento muchas veces seguidas —. Respóndeme, Mia. Palabras. Usa - tus - palabras.

Kai nunca ha sido mi ojito derecho, pero admito que este Kai no me gusta nada. No me fio de él.

Parece casi tan enfadado, duro y severo, como Lincoln. Con la diferencia de que, a Kai, no le importo nada, y no me siento segura. No estoy convencida de que no vaya a hacerme daño.

—S… sí —tartamudeo.

—Shhh —. Su chistido no me calma. Tampoco es esa su intención. Lo acompaña con una caricia a mi mejilla con el reservo de sus dedos. Me está amenazando. Solo quiero que hable. Que pregunte lo que quiera saber, y se largue.

—Di… dime… qué quieres.

Se toma su tiempo antes de hablar. Presiona su cuerpo tanto contra el mío, que me corta la respiración y el aire no llega a mis

pulmones. Con el dedo pulgar me acaricia el labio inferior y fija la vista en él.

—¿Tienes miedo de abrir esa carta, Mia?

—¿Cómo sabes…

Kai empuja con fuerza su pecho, anclándome más a la pared en el acto. El movimiento es rápido y brusco. No tengo ni idea de cómo sabe lo de la carta de mi padre, pero vuelve a acariciarme la mejilla y me quedo congelada.

—Dime. ¿Es por qué se confirmará lo que ya sabes? Que tu padre no te quería. Que nunca te quiso —. Hace una pausa que me parece eterna, pero no respondo, consciente de que él no ha terminado todavía. —¿O… te aterra pensar que abandonaste a la única persona que daría la vida por ti? Cuando en el fondo… sabes que no ha hecho nada malo —. Sus palabras ya no solo me asustan. Me golpean en el corazón y las lágrimas ruedan silenciosas por mis mejillas —. Vamos. Dímelo, Mia. ¿Te asusta saber que no te mereces a Lincoln? Que no eres lo suficiente para él —. Su discurso se clava en mi mente como alfileres, pinchando todos los recuerdos. Todo lo vivido —. Le has fallado —. Niego despacio con la cabeza, y el sentimiento de ser la peor persona del mundo, se instala en mí. Kai asiente también, muy, muy lentamente y continúa susurrando: —¿No eres capaz de vivir contigo misma después de lo que le has hecho? —Acerca sus labios a los míos, sin abandonar jamás mi mirada, tiemblo de pies a cabeza —. Jódete, zorra.

—Tío —. La voz de Dominic. —¿Qué haces?

Kai saca la lengua y simula lamerme los labios, pero sin llegar a hacerlo.

—Hacerla espabilar —confiesa a su amigo sin separarse de mí. —Y puede que, ahora que Lincoln no la quiere —, remarca cada sílaba de sus últimas tres palabras. Y a mí, me golpean tan profundo que me traspasan —. Hasta me la folle yo. Tiene que ser buena, si lo tenía tan enganchado. Recuerda, Mia… —continúa bajando sus manos hasta mis caderas y acariciándolas al mismo tiempo que presiona su entrepierna en mi vientre —. Responde a mis preguntas.

Me guiña un ojo y se aparta, da media vuelta sin volver a mirarme, y entra de nuevo al local. Yo, que he aguantado como he podido hasta el momento, caigo al suelo de rodillas, apoyando las palmas de las manos, en el duro cemento.

Dominic se acerca unos metros. Alzo la cabeza y veo que se detiene a observarme. Siempre me ha parecido el más sociable y quizá también el más amable de los tres, a pesar de que apenas he cruzado unas pocas frases con él.

No dice nada. Me observa. Y su actitud tampoco me convence.

Tras unos segundos me guiña un ojo con la misma asquerosa expresión que Kai, y regresa al interior tras los pasos de su amigo.

Mia
Capítulo 51

«Recuerda, Mia. Responde a mis preguntas.»

Puede que Kai sea un capullo. Puede, no. ¡Lo es! Sin duda. Pero un capullo que me está haciendo pensar más de lo que jamás hubiera imaginado.

«¿O… te aterra pensar que abandonaste a la única persona que daría la vida por ti? Cuando en el fondo… sabes que no ha hecho nada malo.»

¿Y si es verdad? Y si Lincoln… No, no puedo abrir esa caja. Él mismo me ha confesado sin escrúpulos que ha matado a mi padre.

¿La persona que daría la vida por mí? Kai estaba presente cuando Lincoln me echó de malas maneras de su casa. Nuestra casa, debería decir. En realidad, no lo es.

Puede que yo también sea propietaria de ese inmueble, y que en algún momento lo hubiera considerado mi hogar, en este último tiempo, pero esa es la casa de Lincoln. Y lo sabemos los dos. La casa en la que se crio.

Me duelen las entrañas de pensar en él, no voy a seguir machacándome. Tengo que alejarlo. Alejarlo de mis pensamientos, de mi vida, de mi piel. Está por todas partes.

Estrecho contra mí las mantas de la cama y me acurruco en una esquina.

Deseo dejar la mente en blanco, no lo consigo.

«¿Tienes miedo de abrir esa carta, Mia?» «¿Es por qué se confirmará lo que ya sabes? Que tu padre no te quería. Que nunca te quiso.»

Desde que me hice con la carta, la llevaba conmigo a todas partes. Esperando a poder reunir el valor necesario para abrirla. No me había parado a pensar en el porqué.

Decenas de veces me encontré con dedos temblorosos a punto de hacerlo. No fui capaz.

Enciendo la lámpara de la mesita y recupero la carta que tengo al lado de ella. Fijo la vista en el sobre. «*Mia*»

Con la incipiente ebullición que se concentra en mi vientre, rasgo el sobre. No me atrevo a mirar dentro, solo la mantengo en mis manos.

«¿Lo mataste?» «Sí.»

Mi padre ha muerto de cáncer. Dieciocho meses de larga lucha, dijo su notario. Nada de todo esto tiene sentido. Y claro está que, si quiero respuestas, no las obtendré manteniéndome al margen.

—Está bien, papá. Te escucho.

Haciendo acopio de la reserva extra de valor que guardo para emergencias, abro el sobre con las manos y lo sacudo para que su contenido caiga encima de la cama.

Mia.

Si has encontrado esta carta, es que las cosas salieron según lo previsto. Aceptaste mi oferta y te registe a mis condiciones.

Me alegro.

Mientras la escribo, me gusta pensar que así será. Aunque yo nunca tendré modo de averiguarlo. El cáncer se encarga de que sea justo así. Gracias a eso, tienes un techo en el que refugiarte y un plato de comida en la mesa.

No, nos conocimos y no cuestionaré qué hubiera ocurrido si nuestra situación hubiera sido otra. No lo fue.

No me disculparé y tampoco te contaré que estoy arrepentido. Ya que no lo estoy. Así es la vida, Mia. Nunca sabes qué tiene preparado el destino para ti. Nuestros caminos no se cruzaron, hasta ahora. No te conocí y jamás pretendí hacerlo; sin embargo, quiero imaginar que eres tan honorable, leal y luchadora como tu madre. Hace muchísimo tiempo que le perdí la pista, pero estuvimos casados lo suficiente para que llegara a conocer su verdadero yo interior.

Te seré sincero, pretendo que me devuelvas el favor.

Puedes tomarlo como un trueque. Yo te he dado algo; seguridad, estabilidad. Me gustaría obtener de ti, un pago similar.

Todos tenemos un modo de saldar nuestras deudas y considero que estás en deuda conmigo.

En esta vida las cosas hay que ganárselas, nadie regala nada, pero seguramente eso ya lo sabrás.

Lincoln, al que ya debes conocer, es la principal y única razón de haber tomado esta decisión. De ahí mi cláusula, vivir con él, trabajar con él…

Puede ser un chico rudo, reconozco que un tanto difícil de manejar. Es un buen chico. Ha dependido exclusivamente de sí mismo toda su vida.

Como sabrás, yo no soy el ejemplo de padre perfecto. Sin embargo, sí fui una compañía para él. Y por mucho que Lincoln se empeñe en alejar a todo el mundo. Ningún hombre debería estar solo en esta vida eternamente.

No quiero marcharme sabiendo lo que sucederá si no tomo cartas en el asunto. Conociendo a este chaval, mandará a la mierda todo en poco tiempo y se quedará en esa vieja casa, sin más compañía que la de los demonios de su cabeza. No son pocos.

Necesita tu ayuda, en todos los sentidos, y no te resultará fácil hacérselo comprender.

Si no lo has hecho ya, no tardarás en averiguar que Lincoln no está capacitado para llevar el negocio sin un empujoncito por tu parte. Pero eso no es lo que me preocupa.

Siempre lo he tenido a él y, por consiguiente, él me tenía a mí. Puede que crea factible aislarse del mundo; no es así. La soledad es dura, y la soledad eterna, insoportable.

Sé que eres una mujer dulce y bonita, no tendrás problemas a la hora de llevar a cabo tu cometido.

Somos hombres. Nos regimos por instintos. ¿Y qué hay más instintivo que las relaciones… llamémoslas, carnales?

Nunca dije que el precio fuera bajo.

Tengo fe en ti, Mia.

Lincoln precisa de una mujer que lo cuide. A cambio, tú no tendrás que volver a preocuparte por todas esas facturas que te traen de cabeza, o todas las carencias afectivas que sé que sufres.

Me parece un trato justo.

Imagino lo que te estás preguntando. La respuesta es, sí. Sí, Mia. Te he mandado investigar.

Antes de que te sientas ofendida, acepta que quisiera saber qué aguas pisaba antes de removerlas.

No habría sido un movimiento muy acertado por mi parte el hacerte esta oferta, de no saber la situación en la que te encuentras y tener la certeza de que aceptarías.

Tengo fecha de caducidad. Mi tiempo se agota. Pero abandonaré este mundo a mi manera.

No quiero despedirme, sin antes recordarte, una vez más, todas las esperanzas que, en ti, he depositado. No me falles.

PD/Lamento la pérdida de tu madre. Fue una gran mujer.

Atentamente: Jack Collins

Releo la carta de mi padre al menos una decena de veces.

Es tan fría, tan impersonal, que me hiela los huesos.

Y por mucho que me empeñe en analizarla, es simple, mi padre no me quería. Jamás le importé. No se esfuerza en disimularlo.

Empezando por ese, «Mia», y terminando por su despedida, «Atentamente: Jack Collins.»

Su contenido es tan… duro. Impersonal.

No soy consciente de lo que esperaba encontrarme escrito en estas líneas, lo que he leído, os aseguro que no.

Después de no haberse preocupado por mí en más de dos décadas, pretende que le esté agradecida por haberme dejado una casa en medio de la nada y un negocio del que tampoco tengo idea.

Por su parte, suena demasiado prepotente, arrogante. Aunque lo cierto es que nadie dijo que no fuera así. No lo conocí.

Sus palabras duelen como andar descalzo sobre cristales rotos.

Ni un ápice, un mínimo de amabilidad, cariño o incluso respeto. Nada.

Tan estupefacta que, pese al dolor en mi alma, no soy capaz de llorar.

La rabia me invade, me corroe.

Lo peor es que no es rabia lo que siento por él. Si no por mí misma, por ser tan estúpida.

Ilusa. Patética.

Lo he llorado en su tumba. Sin tener en cuenta su abandono. En mi mente lo disculpé un millón de veces, autoconvenciéndome de que existía un motivo, por minúsculo que fuera, que explicaría su modo de actuar. Su ausencia. La distancia marcada durante todos estos años. Su absoluta indiferencia hacia mí.

No lo hay. No existe. Simplemente, no me quería. Así de sencillo, directo y cruel.

¿Cree que estoy en deuda con él? Yo no estoy en deuda con ese hombre. Me pregunté tantas veces, que llevaría a mi padre a dejarme la mitad de su herencia. Todas y cada una de las veces que lo hice, me convencí de que, en el fondo, Jack Collins, me tenía en cuenta. Qué pensaba en mí. Puede que incluso se arrepintiera de haberme abandonado. ¡Qué idiota! Soy una idiota.

Su única pretensión es que le calentase la cama a Lincoln. Es surrealista. Mi propio padre. No doy crédito.

No tiene que preocuparse allá donde esté, lo hice y no porque fuera a recibir nada a cambio.

El solo hecho de pensar que mi padre me estaba comprando para que me abriese de piernas ante el niño de sus ojos, me produce náuseas.

Puede que él lo disfrazara con otras palabras, la realidad es esa.

Hablando en plata.

«Sé que eres una mujer dulce y bonita, no tendrás problemas a la hora de llevar a cabo tu cometido.» Indignante.

Releo la carta de mi padre un par de veces más.

Cada vez que lo hago, descubro algo nuevo que me deja temblando.

Me siento incluso coaccionada. Presionada. Aparte de humillada.

Sin embargo, una parte llama mi atención en especial.

«Tengo fecha de caducidad. Mi tiempo se agota. Pero abandonaré este mundo a mi manera.»

¿Qué demonios habrá querido decir con eso?

«Abandonaré este mundo a mi manera.»

Tengo meridiano que, con la fecha de caducidad, se refiere a su cáncer; de hecho, él mismo lo menciona en la carta. Pero… «Abandonaré este mundo a mi manera.»

Un escalofrío me recorre la columna vertebral.

Y de pronto, me siento perdida. Confusa. Ya no estoy segura de nada.

No confío en mí misma. Y tampoco en estar haciendo las cosas bien. No comprendo en qué me estoy equivocando, pero mi cuerpo entero, grita que lo estoy haciendo.

Un montón de preguntas se agolpan en mi cabeza. Tantas y a tanta velocidad, que no atino a comprender la mitad de ellas.

Necesitaba respuestas y solo me topo con más confusión.

Todo esto parece no tener fin.

No he solucionado mucho esta noche. Pero una cosa tengo clara. No voy a aceptar nada proveniente de Jack Collins.

Y no se trata de principios, que también influyen.

No dejaré que me compre. Ni él ni nadie. No estoy en venta.

Pero mi razón, mi motivo real, no es ese.

Lincoln.

Estuve con Lincoln mucho antes de descubrir que esas eran las intenciones de mi padre.

Y aunque creo que lo nuestro no tiene marcha atrás y es una historia imposible, no me sentiré como un trozo de carne que se ha vendido al mejor postor. Ni por mí ni por Lincoln.

Todo lo que sentí por él, todo lo que siento por él, es cien por cien real. No permitiré que Jack, que mi padre, me lo arrebate.

Me tiro boca arriba en la cama, con la carta de mi padre en la mano. Estiro los brazos a ambos lados y resoplo mirando al techo. Me va a explotar la cabeza.

Llegaré al fondo de todo esto. Cueste lo que cueste.

Necesito hacerlo. Y lo necesito, porque la voz oculta en mi interior, me grita que tal vez… prejuzgase a Lincoln antes de tiempo.

He de descubrir la verdad.

Hallar respuestas a mis preguntas.

¿Qué fue lo que le ocurrió realmente a Jack Collins?

¿Dónde murió?

¿Dónde está enterrado?

¿Qué pasó?

Y, sobre todo, ¿qué tiene Lincoln que ver en todo esto?

«¿O… te aterra pensar que abandonaste a la única persona que daría la vida por ti?» «Sabes que no ha hecho nada malo.»

No. No lo sé.

Pero empiezo a planteármelo.

Mia
Capítulo 52

Tengo pensado ponerme en contacto con el señor Hoffman y con el abogado de mi padre. No quiero la herencia. No quiero nada que me haga sentir en deuda con él.

Antes, debo encontrar respuestas.

Por eso me encuentro aquí.

De pie, haciendo cola en este establecimiento.

Me ha visto en cuanto he traspasado la puerta de entrada. No lo disimula, tampoco hace nada para facilitarme la tarea.

El único cliente de la ferretería le tiende un billete de veinte dólares a Kai y sin esperar a que le den los pocos centavos de sobra, da media vuelta y se marcha.

Desde que me levanté esta mañana y decidí venir, estoy nerviosa. Mucho.

Y no solo por el enfrentamiento con Kai hace unos días. Que también tiene su parte de protagonismo.

El amigo de Lincoln cruza los brazos a la altura del pecho y apoya una cadera contra el mostrador.

Una pose que puede interpretarse inofensiva, nada más alejado de la realidad. Su mirada celeste, fría e imperturbable, es la más cruda de las amenazas.

—Tengo que hablar contigo —susurro con un hilo de voz entrecortado.

Mi mirada se fija en sus ojos, intentando demostrar seguridad, pese a mi voz titubeante.

El temblor de mis piernas también me delata.

Me seco las palmas de las manos, cubiertas con una fina capa de sudor, contra la tersa tela de mis vaqueros, perfectamente adherida a mis muslos.

Kai no se mueve, no se presenta colaborativo.

Dirijo la vista unos segundos a la puerta de entrada. Puede que pidiéndole en silencio que la cierre para que no nos interrumpan, el

asunto es serio. O tal vez, buscando una salida con la intención de escapar antes de que sea demasiado tarde.

—Es importante —insisto con los nervios a flor de piel.

Kai descruza los brazos y, sin decirme nada, camina hacia la puerta de entrada. Por el rabillo del ojo, observo cómo busca en el bolsillo de su pantalón azul oscuro una llave y luego cierra el establecimiento.

—Habla —exige, con poca amabilidad, caminando hacia mí.

Tengo que hacerlo. Es lo que me trajo hasta aquí.

A pesar de que Kai es un borde, malencarado y sin una pizca de empatía en sus venas.

—Tenías razón.

Me quedo rígida sin abrir la boca para nada más.

—¿Vas a decirme algo más? Si te has tomado la molestia de venir hasta aquí para decirme algo que ya sé, puedes ahorrártelo —escupe de muy malos modos.

Con un golpe de cabeza me señala la puerta de salida.

Si no empiezo a hablar rápido, perderé toda oportunidad de hacerlo. ¿En qué estaba pensando cuando decidí que hablar con Kai era una buena opción?

Frente a él, ya no estoy tan segura.

Sin embargo, comprendo que, si alguien puede ayudarme a desentramar todo este jaleo, es Kai.

Puede que no sea una persona objetiva, dada su amistad con Lincoln. Y también que, a capullo, no lo gane nadie. Pero no dudo de su sinceridad. Precisamente por lo capullo que es, no se molesta en esconderse. A quien le guste bien y a quien no también.

No estoy segura de poder obtener lo que necesito de él, pero tengo que intentarlo. No me perdonaría el no hacerlo.

—Mi padre no me quería —. Kai ladea la cabeza y me observa con expresión aburrida —. Y puede que tengas razón y yo no sea lo suficiente para Lincoln —. Arquea sutilmente las cejas, intentando disimular su expresión de asombro. La esconde bien. Y aunque finja indiferencia, sé que ha empezado a prestarme atención —. Estoy desesperada y…

Levanta la mano derecha en un gesto muy propio de un agente de tráfico, cortando el discurso que estaba a punto de soltarle.

Un par de pasos lo acercan, toma mi codo con una de sus grandes manos y me fijo en que comparte el mismo tatuaje que Lincoln. El de la calavera, y que, en sus falanges, también puede leerse la palabra, «Devil.»

La pregunta que tengo en la punta de la lengua se desvanece. La curiosidad crece.

Nos conduce a los dos a una trastienda, en la que hay instalada una modesta cocina, y una mesa con cuatro sillas. Retira una y toma asiento. No se molesta en retirar una para mí y tampoco en pedir que me acomode. Acepto el que él mismo se pusiera cómodo, como una invitación, y retiro la silla frente a la suya y me siento.

Jugueteo con mis dedos, apoyados en mi propio regazo.

Respiro hondo un par de veces y empiezo a hablar.

—Cuando todavía no había cumplido mi primer año de vida, mi padre se largó. Dejándonos a mamá y a mí. Fui una niña feliz, pese a los pocos recursos económicos que teníamos. Mi madre se esforzó al máximo por darme todo lo que pudo. Fue una madre increíble —. Un suspiro se me escapa de los labios y los ojos me escuecen al recordar a mi madre —. Me encantaba mi vida. No tenía muchos amigos, pese a que no soy una persona retraída, nunca encaje del todo con nadie, lo suficiente, supongo. Mi madre jamás me habló de mi padre. Sabía que se habían casado y que mi padre había desaparecido de un día para otro, imaginando lo mucho que pudiera dolerle a ella perderlo, tampoco insistí. Pero siempre sentí su falta. Siempre pensé en él. Nunca lo dije. Cuando mi madre cayó enferma, la situación económica se fue a pique, y no me quedó más opción, que ponerme las pilas. Día a día. No me paré a pensar en más que en solucionar los problemas del día en el que vivía. Al morir mi madre, estuve tentada un millón de veces en buscar a mi padre. No tuve el valor suficiente para llevarlo a término. Aun así, me tranquilizaba pensar que él estaría en alguna parte de este mundo. Me hacía sentir un poco menos sola. ¿No es absurdo? —El sabor amargo de mi pregunta me golpea la punta de la lengua. Miro a Kai que clava sus ojos en los míos, sin dejar entrever lo que está

pensando. No es muy expresivo. Eso no me frena, continúo hablando —. Mi mundo, muy lejos de ser perfecto, se derrumbó el día en que el señor Hoffman me comunicó su muerte. Ahora sí estaba sola. Sin embargo, admito que el hecho de que me dejara parte de su herencia, me animó. Y nada tenía que ver con sus bienes o su dinero. Mi padre pensaba en mí. Para mi padre yo era alguien.

Pongo los codos sobre la mesa, me inclino hacia delante y hundo mi cara en las palmas de mis manos. Permanezco un segundo inmóvil y luego me froto el rostro y pierdo mis manos hacia atrás, acariciándome el pelo.

—Desde que llegué a este pueblo, todo mi esfuerzo y empeño, se fue, en intentar conocerlo, acercarme a él. Aunque fuera a través de otras personas. En vano. Nadie me ayudó, nadie excepto Lincoln. ¿Sabes lo que más me duele? —Kai asiente con la cabeza una sola vez invitándome a que se lo diga —. Me obsesioné tanto con obtener la bendición, el visto bueno de un muerto, que me perdí lo que tenía delante de las narices. Y no me di cuenta de que, poco a poco, desde que Lincoln había entrado en mi vida, había dejado de sentirme sola, de estar perdida, de que la tristeza que se había escondido en mi corazón durante más de veinte años, había desaparecido.

» Pero eso no es suficiente. No sé qué es lo que ha hecho Lincoln, y me encantaría decir que puedo hacer borrón y cuenta nueva. Es complicado.

Permanezco en silencio con la vista perdida en la mesa de la pequeña trastienda.

—¿Qué quieres de mí, Mia?

Tenso los músculos de la espalda. ¿Qué quiero de Kai? ¿Por qué siempre acabo soltándole toda mi mierda a este hombre sin que venga a cuento? Es paradójico pensar en cómo puedes pasar de temer a una persona, a aferrarte a ella como si fuese la última tabla de salvación en medio del océano.

—Ayuda —respondo sincera.

Se levanta de la mesa, la rodea, y aparta la silla que tengo al lado. Luego se sienta directamente encima del tablón de madera sobre el

que se colocan los platos, y apoya las botas marrones en la silla.

—Parece que estás espabilando —suelta, socarrón, atrapando mi mirada.

—Si tú lo dices…

Kai corta mi comentario.

—La infancia de Lincoln fue una puta mierda. Al menos desde que sus padres la palmaron. Cuando Jack se lo llevó al bosque, a nadie le importo. ¿Qué más daba si el chaval no iba al colegio? ¿Qué importancia tenía si se encerraba en sí mismo? Los vecinos se quitaron el problema de encima, era lo que querían. No hacerse cargo de un crío que no era suyo. Lo que ocurriera a partir de ese punto… ojos que no ven… como se suele decir. Pero claro, cuando empezó a liarla, cegado por la cólera que los mismos hijos de puta que lo desterraron, habían sembrado, si les tocó las pelotas. Panda de subnormales —. El desprecio de las palabras de Kai, lo reconozco como el dolor que siente al recordar muchos momentos que no está narrando y dudo que haga —. Jack era un padre de mierda, Mia. Solo hace falta ver los problemas emocionales y las carencias que tiene Lincoln, para percatarse. Sé que no eres estúpida y que te has dado cuenta —. Sí, lo hice. Tanto aislamiento. Sus problemas de comunicación. Su falta de educación. Por Dios, ni siquiera sabe leer o escribir. Demasiados traumas encerrados en un solo cuerpo. Me desgarra el alma —. Créeme, lo mejor que pudo pasarte fue que se largara y te dejara en paz. Yo no te voy a contar nada. Lincoln es mi colega. Mi hermano. Jamás lo traicionaría.

Agacho la cabeza y asiento varias veces.

Lo comprendo.

No quiero poner a Kai en un apuro. Y, mucho menos, hacer que una de las pocas personas en las que confía Lincoln, lo traicionen. Eso sería el fin de todo para Lincoln. Lo que lo empujaría a un aislamiento total de la sociedad. No le haré eso.

Kai alarga la mano y sujeta mi barbilla entre su dedo índice y pulgar.

—Pero… es que tú tampoco necesitas que te cuente nada —. Un mar salado baña mis mejillas con los ojos clavados en Kai —. Sabes lo que tienes que hacer, Mia. Deja de tener miedo. Lincoln, no es tu

padre. Lincoln, no es la mierda de gente con la que te has topado hasta el momento. En el fondo lo sabes. ¿Necesitas que te diga alguna mierda profunda para motivarte? Escúchate a ti misma. A tomar por culo todo y todos. Solo mira dentro de ti. Tienes la respuesta ahí.

Kai me libera y desaparece por la puerta de la trastienda. Dejándome sola con mis pensamientos.

Kai no ha dicho nada. Pero lo ha dicho todo.

¿De verdad creo que Lincoln es capaz de hacer algo tan atroz como lo que mi mente había llegado a imaginar?

No.

Puede que le hubiera dicho que era un loco desquiciado un millón de veces y que cometiera actos atroces, pero…

No puedo decir lo que es capaz de hacer o no Lincoln. Es cierto que lo creo capaz de cualquier cosa.

La nostalgia que se apoderó de él, en la única ocasión en que me habló de mi padre, me hace comprender que todo tiene que tener una explicación.

«Le has fallado.» Esas tres palabras de Kai, cayeron sobre mí como una losa de cemento de toneladas.

—Le he fallado —. Me cubro los ojos con la mano y rompo a llorar desconsolada.

—Todos cometemos errores —asegura Kai, apoyado en el marco de la puerta.

No lo escuché entrar. Tampoco me importa.

—Tú dijiste… —empiezo a decir.

—Lo que fue necesario para que despertaras, Mia.

—Nunca va a perdonarme.

Kai sonríe, su sonrisa dista mucho de ser alegre.

—Joder, que poco conoces a Lincoln. Mírame —exige con voz profunda y ronca. Carraspea, aclarándose la garganta —. Lincoln nunca llegó a culparte.

—¿Puedes…

—Eres un auténtico coñazo, Mia.

Pone los ojos en blanco mientras yo me levanto de un salto de la silla, y él se hace con su cazadora y las llaves de su camioneta.

Tengo que ir a verlo.

Necesito hablar con él.

Tal vez eso no solucione las cosas.

Puede que ni siquiera obtenga información.

No importa. Necesito verlo.

En el camino, Kai y yo, no hablamos.

Estoy demasiado inquieta para concentrarme, y mi boca se niega a articular palabra alguna.

De vez en cuando, descubro que me mira por el rabillo del ojo, pero tampoco dice nada. Al final va a resultar no ser tan mal tío. Cuando estaciona en la parte delantera de la vivienda, casi una hora después, no hace el amago de bajar del coche.

Y cuando le pregunto si no va a entrar. No responde, tampoco apaga el motor. Que ronronea llenando el silencio que nos envuelve desde que salimos del centro de Woodstock.

—No te marches sin mí.

Kai abre los ojos y me mira a través de sus espesas pestañas.

—Ya no me necesitas, Mia.

Lincoln
Capítulo 53

Los días son idénticos los unos a los otros.

Me levanto, me pierdo en el bosque intentando cazar alguna pieza. Regreso a casa. Fumo como un poseso y bebo como un cosaco. Después de dar vuelta y vuelta a la carne, la engullo sin mucho entusiasmo, y me tiro de nuevo en la cama.

Ni siquiera tengo horarios establecidos para llevar a cabo mis actividades. Me importa una mierda comer a las tres de la tarde o a las tres de la madrugada.

Salir al bosque a media noche o al mediodía.

Las temperaturas han subido y la nieve empieza a deshacerse del todo, aun así; no he vuelto a encender la chimenea en mucho tiempo. Hace un frío de mil demonios en esta puta casa.

El puto animal salvaje que Mia me metió en casa, allí sigue.

Hostias, por más que lo intento, no puedo deshacerme de él. Y nada tiene que ver con que me haya ganado, o me toque la fibra sensible. En primer lugar, yo no tengo de eso. Y, en segundo, ni siquiera me cae bien. Es un puto incordio.

Introduzco las manos en el bolsillo central de mi sudadera y me quedo mirando a un punto fijo en la nada.

El rifle cuelga de mi espalda.

Estoy absorto pensando en mis cosas, pero agudizo mi oído. Percibo los pasos de un par de venados que luchan para que no repare en su presencia.

Es inútil. Hace rato que lo sé.

Me concedo unos segundos más para relajarme, pero cuando cierro los ojos, la visión de Mia se apodera de todos mis sentidos.

Sus ojos fijos en los míos.

La suavidad de su piel bajo mi toque.

Esa voz sedosa pronunciando un «te quiero.»

¡Se acabó!

Con un movimiento silencioso y rápido, me hago con el rifle que cuelga a mi espalda, giro a la derecha, apunto y disparo dos tiros en menos de dos segundos.

De inmediato, oigo caer el cuerpo sin vida de los dos venados. Golpean contra el suelo.

He abatido tantas piezas últimamente, que no tengo ni idea de qué hacer con ellos. Pero me los llevaré a casa. Eso me mantendrá entretenido varias horas.

Todo lo que sea distracción y estar ocupado, no puedo rechazarlo.

Construyo en pocos minutos con palos de madera una base sólida, sobre la cual sostener los cadáveres. Los arrastro y emprendo el camino de vuelta.

Me he alejado muchísimo y me llevará horas llegar. Mejor. Mientras camino, no me estoy lamentando como un puto crio.

Entro directo en el almacén, por la puerta que da al exterior de la vivienda.

No veo ni oigo nada extraño, una sensación inquietante me golpea el pecho.

¿De qué hostias se trata?

Salgo de nuevo y rodeo la propiedad.

Paranoias mías. Aquí no hay nada ni nadie.

Vuelvo al almacén y me concentro en descargar los venados y empezar a prepararlos.

Simplemente, los he desprendido de las cuerdas que los sujetan, y los he subido a una de las mesas, hechas con tablones de madera, cuando no aguanto más, y decido entrar en casa.

Algo no va bien.

Necesito saber qué es antes de continuar.

Seguramente, no sea nada. Pero me quedo más conforme si echo un vistazo a la casa por dentro y, de paso, pillo una cerveza.

En otra ocasión encendería el aparato musical y me relajaría un rato en el porche. Desde que Mia se fue, no he vuelto a hacerlo.

La casa siempre está sumida en un silencio sepulcral.

Como si mantuviera la esperanza y necesitara silencio para escuchar sus pasos, el día que decida regresar.

¡Qué deprimente y descabellado!

Mia no volverá nunca.

Me froto la cara con la palma de la mano. Estiro el cuello a ambos lados haciéndolo crujir, y entro con paso determinante por la puerta que da a la despensa y me adentrará en la cocina.

Me dirijo a toda velocidad a la nevera, abro la puerta y pillo una Budweiser congelada. Le quito el tapón, apoyándola en una esquina y dándole un golpecito con el puño.

Me dejo caer contra la puerta del electrodoméstico, como un peso totalmente muerto. Mi cabeza golpea contra el acero inoxidable.

¡Hostia puta!

Mia está de pie con el respaldo del tresillo a su espalda, del cual asoma la cabeza de Time.

¿Estoy soñando? ¿Es un puto espejismo?

A diferencia de la última vez que la vi, en esta misma casa, la expresión de Mia es lejana a la acusación, y su mirada carece de rabia. Me jode añadir que parece incluso más agotada y está muchísimo más demacrada.

No llevo la cuenta del tiempo que hace que no nos vemos… Me ha parecido un puto siglo.

De todos modos, no me adelanto a los acontecimientos. Me encantaría tirar de ella y mandar al diablo todo lo que guarda en esa mente compleja. Hacerla entrar en razón a base de polvos. No lo haré. Me hice una promesa a mí mismo. Pienso cumplirla. Respetaré a Mia. Aunque me parezca una auténtica chorrada. Aunque me haga arder por dentro. Aunque con ella se lleve mi último aliento.

La recorro de arriba a abajo con la mirada. Comiéndomela en silencio. Con descaro y lujuria, pero manteniendo la distancia con ella.

No he visto ningún coche. ¿Cómo ha llegado hasta aquí?

Recupero el porro que por costumbre llevo encima de la oreja derecha y me lo enciendo.

Una táctica de distracción con el único objetivo de ganar algo de tiempo y templar mis nervios.

Hostia, incluso la mano me tiembla.

—Espero que no te importase que entrara, trate de esperarte fuera. Hacía mucho frío, no llegabas y…

—Mia, esta es tu casa —ladro con voz ronca y con una sequedad que la calla de golpe.

Temerosa, no comprendo bien si es por lo que quiere decirme o por el simple hecho de estar en mi presencia, juguetea con el botón de sus vaqueros.

«Hostias, nena. No hagas eso o me resultará completamente imposible controlarme. Antes de que puedas darte cuenta, te arrancaré los pantalones y te meteré la polla, tan profundo, que cuando acabe contigo, no recordarás ni tu puto nombre. Mucho menos, el cómo llegamos a esta absurda situación.»

—¿Qué quieres?

Ella se revuelve nerviosa y, finalmente, alza la cabeza y atrapa mi mirada. Una mirada que la lleva buscando ansiosa desde que se percató de su presencia, poco después de entrar en la cocina.

El negro, más absoluto, se prenda del gris claro de su iris, y estoy perdido de nuevo. Hostias, cuánto la he echado de menos.

Una locura.

—No me importa —empieza a decir —. Bueno, sí. Quiero decir…

Al verla tan indecisa a la par de asustada, intento facilitarle las cosas. Doy unos pasos en su dirección. Su reacción no es la esperada. Mia retrocede y choca contra el respaldo del tresillo. Me duele una barbaridad. Acepto el golpe. No me queda otra.

Al chocar contra el mueble, gira la cabeza y levanta una mano para acariciar al lince. Pasa sus dedos a lo largo de su pelaje.

Ya dije que era un puto lince con suerte en su momento. Le sonríe con ternura.

—Sigue aquí.

«Pues claro que sigue aquí, nena. Es tuyo.»

—Mia, dime qué quieres.

Puede que me esté comportando como un capullo. Su sola presencia me abruma y el batallar con Mia es sencillo. Estoy acostumbrado a hacerlo. El tenerla frente a mí, y verla tan sola. Tan desamparada, tan confusa y aturdida, es otra historia.

—Me equivoqué, Lincoln. Y no me cuesta admitirlo. Sé reconocer mis errores.

Esto es lo último que esperaba. ¿Se equivocó? Sí, claro que lo hizo, hostias. Pero ella ni siquiera sabe en qué se equivocó.

No soy un tío de muchas palabras y, por supuesto, no le conté lo que ocurrió realmente.

—Pero eso no es lo que más me duele —prosigue.

Ladeo la cabeza y el estallido de mi cuello es brutal.

Estoy demasiado tenso. A toda esta mierda tengo que sumarle el hecho de que no he sido capaz de descargar desde que Mia se marchó. No me he corrido ni una sola maldita vez. Estoy empezando a ver incluso borroso.

—¿Y qué es? —pregunto fingiéndome impasible y sin abandonar el tono severo que siempre me acompaña.

—Te fallé.

Pocas cosas me pillan por sorpresa. Pocas veces no me veo venir el tren antes de ser arrollado. Admito que esta vez, no solo me ha pillado, sino que me ha pasado por encima al menos cuatro o cinco veces, dando marcha atrás y marcha adelante en varias ocasiones, dejándome hecho papilla, estampado contra el suelo. Mis vísceras se esparcen por doquier y a mí me importa literalmente una mierda.

No me falló. Fui yo el que metió la pata hasta el fondo. Es cierto que Mia al descubrir lo ocurrido, no me dio tiempo a explicarme. Pero es que yo, tampoco tenía pensado hacerlo. No vamos a engañarnos.

—Pero… —Su vocecilla endeble me sacude.

¿Pero?

Sé cómo sigue esa frase.

Pero… necesito respuestas.

Pero… quiero saber lo que ocurrió.

Pero… Jamás va a poder perdonarme cuando lo descubra.

Y aunque para ella, yo ahora sea un asesino, y tenga que vivir con el hecho de haber perdido a Mia para siempre. No puedo contárselo.

Y no puedo hacerlo, porque si descubre la verdad, no solo seré un asesino, me convertiré en el monstruo de sus pesadillas.

Al que nunca jamás será capaz de mirar a los ojos.

Al que temerá y correrá todo lo que sus pequeñas piernecitas le permitan para alejarse de una vez por todas de mí.

Puedo vivir obligándome a estar sin ella.

Nunca conseguiría hacerlo si descubro que me desprecia.

Que su corazón solo será capaz de albergar un sentimiento por mí; odio.

—No me fallaste, nena. Pero no puedo darte lo que buscas.

Sin añadir una sola cosa más, apago el canuto en el cenicero que hay encima de la mesa, y doy los primeros pasos para subir al piso de arriba.

Para alejarme. Para dejarla libre.

Mi bota golpea el tablón del primer peldaño. Huyo como un cobarde. Por primera vez en veintiocho años, corro a esconderme. No lo aguanto más. No puedo estar cerca de ella sin tocarla. Sin hacerla mía. Es tan natural como el respirar, hostias.

—Te busco a ti.

Mis pies se anclan al suelo, negándose a dar un solo paso más. Tampoco hacen mucho por retroceder.

Congelado y nada tiene que ver con el frío infernal que hace en esta casa.

—Solo te busco a ti, Lincoln.

Los parpados se cierran lentamente, inspiro hondo y me obligo a comportarme de una vez. Soy un hombre. No un maldito crío.

El deseo en su voz se torna evidente y debo de ser idiota, pero hasta este mismo instante, no lo había percibido.

¿Mia no ha venido a pedirme explicaciones?

¿A darme el golpe de gracia?

—Sí tú me lo permites… Quiero decir… si todavía estás dispuesto…

No aguanto más.

Siento cómo se me tensan todos los músculos del cuerpo. Aprieto los dientes unos contra los otros, haciéndolos chirriar.

Doy media vuelta y todo puede irse al infierno. ¡Todo!

Incluso ella misma. Nada va a detenerme.

Salvo la distancia que nos divide en dos simples zancadas. Mia se estremece. Me teme. No la culpo. Y lamento decir que lo va a seguir haciendo toda la vida.

Enredo por sorpresa mi puño en su pelo y la atraigo hacia mí.

Su pecho roza el mío y en solo un instante la pego tanto a mí, que los latidos de su corazón se mezclan con los del mío.

Pum, pum, pum…

No atino a averiguar cuál de los dos va más deprisa.

—Nena… —susurro temerario con mis labios a escasos milímetros de los suyos —. Dime qué quieres, hostias. Y dímelo ya, porque me estás matando —. ¡A la mierda el guardarse las emociones! Al cuerno, con aparentar ser un tío duro, cuando la realidad es que me estoy derritiendo por ella.

Mia respira agitada.

Duda un par de segundos.

La espera me azota con fuerza.

—Quiero que confíes en mí, Lincoln —. Lo hago. Lo hago siempre —. Quiero… Quiero…

Es mía. Y eso no va a cambiar.

Puede que llegue a odiarme, y, aun así, me seguirá perteneciendo. Y ver ese destello de absoluta desolación en sus ojos, me explica, sin palabras, que no puedo tenerla viviendo así.

En la completa ignorancia.

Que hasta que yo me abra. No tendremos sitio a bordo para los dos. No podremos pasar página. Y por supuesto, Mia no conseguirá conciliar el sueño.

Jack era su padre. Se lo debo.

En lugar de arrasar con todo y follármela como tenía previsto hacer hace apenas unos segundos… Le doy un beso en la frente, busco su mano y entrelazo mis dedos con los suyos.

Su pequeña mano es tal débil y está tan falta de vida, que un puñal me atraviesa el pecho en ese momento.

La conduzco al sofá sin mediar palabra. Ella tampoco pide que lo haga. Se deja llevar por mí. Sin más.

Y otro golpe de realidad me azota.

Después de todo lo ocurrido, Mia sigue confiando en mí. Sigue confiándome su vida. Nada entre nosotros ha cambiado y no seré yo el que permita que eso suceda.

Aunque después de lo que planeo hacer, ya nada dependerá de mí.

Le pido que tome asiento con un golpe de cabeza y me dirijo a encender la chimenea. La he tenido cerca lo suficiente para darme cuenta de que está congelada.

Mientras echo algunas ramas pequeñas para prender el fuego, por el rabillo del ojo, veo al bicho que Mia trajo a casa. Corretea y se sube a su regazo de inmediato.

¡Cabronazo!

Ella lo acaricia y la barbilla le tiembla.

En pocos minutos el fuego ha ganado intensidad, y el calor empieza a hacerse cargo de gran parte del ambiente.

Pillo un par de cervezas de la nevera y vuelvo al salón. Le tiendo una a Mia. Ella niega con la cabeza.

—Me da asco la cerveza —, informa.

Me quedo mirándola incrédulo. Ahora que lo pienso con detenimiento, nunca he visto a Mia con una en las manos. Pero no pensé que le diese asco.

Pues no le ha tenido que sentar nada bien, el que yo bebiera una tras otra sin control, estando tan cerca de ella.

—No me importa que tú lo hagas —sisea en voz baja —. Y tampoco besarte —. Abre mucho los ojos como si no diese crédito a lo que acaba de decir y avergonzada termina la frase en voz todavía más baja —. Cuando eres tú el que la bebe… quiero decir… ¡Mierda! Nunca me dio asco… Joder. No, es decir… que no me importa que me beses... Que bebas. Que bebas, quería decir.

Asiento una sola vez serio. Reconozco que está como un flan.

Me parece adorable. Pero tampoco nos vengamos arriba.

Además, tenemos una conversación seria por delante. Creo que la única conversación que jamás creí que tendría con nadie en mi vida. Y presiento que no va a ser fácil.

Me juré olvidarlo todo.

Enterrarlo en lo más profundo de mi ser y nunca sacarlo a relucir.

Negármelo incluso a mí mismo, si fuera necesario.

Está bien. Vamos allá.

—Nena —Mia, me observa con esos ojos grandes, llenos de dolor. Adivinando lo que se viene sin duda.

—No te haré pasar por algo que…

—Cállate —ordeno con más sequedad de la que pretendía. Para corregir mi error, me aproximo al tresillo y me siento a su lado.

Necesito que Mia me escuche. Romper todas las barreras. Hacer que caiga el muro que existe entre nosotros. Y luego será ella la que decida si le compensa aceptar quién realmente soy, o salir huyendo.

—Escúchame bien, nena. Porque solo vamos a tener esta conversación una vez. Y después, volveremos a enterrar la mierda bajo la alfombra. Para bien o para mal, quiero que sepas que yo siempre voy a estar si me necesitas.

—Lincoln, me estás asustando.

—No es para menos.

Lincoln
Capítulo 54

El calor de la chimenea se concentra justo delante. Me saco la sudadera con una sola mano por encima de la cabeza. Los ojos de Mia se oscurecen y ese gris prácticamente trasparente se torna un poquito más oscuro.

Sigue la línea de mi millón de tatuajes y cierra los muslos con fuerza.

Eso no ayuda en absoluto para la conversación que tenemos por delante.

Hostias, debo de ser el tío más imbécil del planeta si estoy decidido a ponerme a soltar mierda por la boca, en lugar de tirármela. Pero lo cierto es que, así es.

Quiero a Mia. No es una novedad.

Y si pretendo, y el caso es que lo pretendo… quedarme con ella para siempre. O al menos, tener la oportunidad de hacerlo. No puedo dejar toda esta mierda enterrada y que, en el momento menos esperado, toque a nuestra puerta de nuevo.

No me gustan los grandes monólogos. No despotricaré sobre toda la mierda que me envuelve desde que mis padres murieron. Me centraré en lo importante.

Me paso una mano por el pelo y cuando veo las manos de Mia en su regazo, el modo en el que juguetea con sus pulgares y el traqueteo de sus piernas. Estiro el brazo y le apoyo mi mano encima de las suyas. Las cubre por completo. Le doy un ligero apretón en la rodilla y me siento en el borde del sofá, con las piernas abiertas, y los codos apoyados en ellas. Entrelazo mis propios dedos y la miro a los ojos.

—Jack llevaba enfermo mucho tiempo. Pero a simple vista, era difícil de identificar. No sé si el motivo era que el cabrón sabía esconderlo muy bien, o si realmente la enfermedad no había hecho mella en él todavía.

» Una noche, como otra cualquiera, nos sentamos en el porche. Yo fumaba y él perdió la vista en la nada. «Me estoy muriendo», me dijo. Hasta ese momento yo no sabía nada. Me quedé mirándolo, pero no le pregunté qué le ocurría. «No pienso morir como un puto enfermo» —. Los recuerdos de aquel día llegan a toda velocidad, oprimiéndome el pecho —. «Prométeme que tendrás los huevos necesarios para hacer lo que tienes que hacer». No pestañee. Fui consciente de lo que me estaba pidiendo desde el primer momento. Simplemente, asentí —evito contar a Mia la parte en la que Jack me presionó cuando no respondí de inmediato a su petición, haciéndome saber que se lo debía. Que nadie da nada a cambio de nada. Y que el plato en la mesa, el techo bajo mi cabeza, debía ganármelo.

Hostias le debía. Puede que él me diese un techo cuando tenía siete años, pero todo lo que tenía me lo había ganado a pulso y ese viejo oso lo sabía. Nunca se lo tuve en cuenta. Jack era así. Tenías que aceptarlo tal cual.

—Un día llego del pueblo, yo por aquel entonces no visitaba mucho Woodstock —recuerdo que estaba en la cocina, con las manos metidas en una bandeja de carne a la brasa. Me llevé una tira de costilla a la boca y tiraba con fuerza de ella con los dientes cuando Jack decidió que ese día se me cortaría la digestión —. Solo dijo, «ha llegado la hora» —. Ni siquiera le pregunté qué había ocurrido en esa visita al médico, me levanté, apure mi cerveza y lo seguí —. Me gustaría poder decirte otra cosa, Mia. Pero así fue. Ese día, a petición de tu padre, yo acabé con su vida.

No pensaba entrar en detalles con Mia. Me jodía que ese viejo me hiciera cargar con su sangre en mis manos, pero era lo que había ocurrido. En su momento no me importó hacerlo.

Siempre supe que Jack no tenía los cojones para suicidarse y no lo culpo. ¿Quién sabe lo que haríamos los demás de estar en su situación? Ayudé a un amigo, (nunca lo consideré un padre), a tener una muerte digna.

Se sentó tranquilamente en su mecedora del porche. Compartimos una cerveza en silencio. Cuando llegó el momento, me miró a los ojos y dijo: «Lo has hecho bien, hijo». Eso fue todo.

La única vez en toda una vida juntos que me había llamado hijo. La única alabanza que escuché de sus labios en todos los años que compartimos. Asentí levemente y, mirándolo a los ojos, le confesé: «Tú tampoco has estado tan mal, viejo». No respondió. Su vista se perdió de nuevo en el bosque y yo rodeé la mecedora despacio, tal vez dándole tiempo a arrepentirse. No lo hizo, y no me extrañó. Una vez a su espalda le di un par de golpecitos con la mano en el hombro y él me los dio en la mano.

Antes de eso, Jack jamás se había acercado físicamente a mí. Ni una caricia, ni un abrazo cuando era pequeño. ¡Nada!

Una única muestra de afecto en más de dos décadas compartidas.

Rodeé su cuello con mi antebrazo. Jack continuó con la vista perdida y a saber que estaba pensando. Qué fue lo último que ocupó sus recuerdos. Me gustaría pensar que Mia tuvo un lugar en ese momento, incluso que lo tuve yo. Nunca lo sabremos.

Apreté y apreté. Apreté hasta que se le cerraron los ojos. Continúe apretando cuando los temblores de su cuerpo se disiparon. Y apreté un poco más aún a sabiendas que ya había muerto.

Rodeé la mecedora y regresé a mi sitio en el banco de madera. Me encendí un porro y me lo fumé con calma.

Antes de entrar en casa para irme a dormir, me despedí de Jack.

«Buen viaje, viejo».

Nunca he vuelto a pensar en ello, ni, a recordar aquel momento.

Ojalá pudiera sentirme culpable o decir que lo siento. No es así. A día de hoy, sigo pensando que hice lo que tenía que hacer. Ayudar a un viejo amigo.

Aunque no he dejado de mirar a Mia durante mi confesión, estudio con más detenimiento su semblante. Tratando de averiguar, antes de que abra la boca, si va a salir corriendo o no.

Lo que hace me deja petrificado.

Mia coge en brazos a Time, que sigue dormido en su regazo. El animal protesta, pero ella no se deja impresionar. Lo deja sobre el cojín del sofá a su lado.

Se incorpora y luego se levanta.

Se acabó. Todo se fue a la mierda.

Pero en lugar de alejarse, se sienta en mis piernas y me hunde la cara en el cuello.

Respiro como llevaba sin hacer desde nuestro encierro en esta casa juntos.

—Eres un buen hombre, Lincoln.

Se esconde, pero sus lágrimas bañan la piel de mi cuello.

—No lo soy, nena. Los dos lo sabemos. Y no vamos a autoengañarnos. Es absurdo.

Mia me pasa los brazos alrededor del cuello y se estrecha con fuerza contra mí. Para lo pequeñita que es y lo poca cosa en lo que se ha convertido desde que estamos separados, su fuerza me sorprende. No puedo hacer más que, finalmente, rodearla con mis brazos.

Sin separarse, sale de su escondite y me mira con los ojos desbordados.

—Pues ojalá existan más hombres malos como tú en el mundo. —Su convicción y determinación me cortan la respiración.

—Hostias, nena… —No soy capaz de decir nada más.

Y ya no lo aguanto más. ¡A la mierda el puto mundo! Si se tiene que acabar mañana, que lo haga. Pero hoy no pienso separarme de ella.

Estallo mi boca contra la suya y la beso.

¿Fue una putada tener que matar a Jack? No. Una putada, sería ver como un hombre como él, se consumía lentamente.

No lo habría soportado. No vamos a engañarnos, yo tampoco tendría la paciencia de hacerlo.

Jack era un buen tío. Una mierda de padre. Y con un orgullo capaz de llenar todos los estados de este país, él solito.

Mia se acurruca en mi pecho y me enciendo otro canuto. En silencio, simplemente intentando hacerme a la idea de que ella no ha salido corriendo. Que está aquí. Algo que jamás creí posible.

—¿Por qué… — duda. —¿Por qué su tumba está vacía, Lincoln?

Al escuchar su pregunta, comprendo que no puedo celebrar su «no huida» antes de tiempo.

Tal vez, pueda parecer que la parte difícil sea narrar el asesinato de Jack. Sí, asesinato. Por compasión, por amistad, por

agradecimiento. Se puede llamar como más os guste, no deja de ser un asesinato. Lo más complicado viene ahora.

—Porque él no lo deseaba. No quería pudrirse en ese agujero —. Lo tengo claro.

Mia acaricia los tatuajes que se asoman por el cuello de mi camiseta. Siempre le ha gustado hacer eso. Se queda embobada, mirándolos y trazando con sus yemas cada línea. Disfruto de la calidez de sus dedos un poco más antes de empezar a hablar.

—¿Recuerdas cuando te comenté que tenía tres grandes pasiones?

—Sí.

—¿Y recuerdas cuáles eran?

—Claro. El buen comer, cazar y esta casa.

Acaricio su pelo negro escuchándola enumerar lo que yo mismo le conté sobre su padre en aquella ocasión.

—Así es, nena. Esta casa —repito con más vehemencia —. Y aquí está.

Una confusa Mia sale de su escondite y me mira a los ojos.

Le rodeo la cintura con el antebrazo y tiro de ella para levantarnos a los dos del sofá. Entrelazo nuestros dedos y salgo con ella de la casa.

Con la vista perdida en la nada, le doy otra calada a mi porro y luego dejo que el humo se me escape lentamente entre los labios.

Me apoyo en la barandilla del porche. No miro a Mia, no es necesario.

—Aquí —susurro con voz ronca. Mia se pega a mí y yo le rodeo los hombros con un brazo. La acomodo bajo mi axila y le explico con calma —. En todas partes. En el caudal del río —. Bajo con ella las escaleras de madera y continúo —, en la tierra que pisas. Entre los árboles en los que a él le gustaba tanto perderse. En el sonido del viento. Justo donde siempre había querido estar.

Agacho la cabeza para besar una sola vez la coronilla de Mia y devuelvo la vista a todos los puntos que acabo de detallarle. Yo mismo me sorprendo de lo poético que he sido, tratando de ocultarle a Mia la poca poeticidad de la realidad.

—¿En sentido literal? —Su respiración agitada releva lo inquieta que está. No puedo mentirle. Ya no. A ella no.

—Sí, nena. En sentido literal —. «Es justo lo que imaginas», pienso sin llegar a confesarlo en voz alta.

—¿Cómo lo hiciste?

Le sostengo el mentón con dos dedos y le levanto la cabeza para que me mire a los ojos.

—No necesitas saberlo. No fue agradable, Mia.

Mia asiente con ojos vidriosos.

Comprendo su curiosidad. Y no voy a ocultarle nada. El entrar en detalles morbosos que solo van a herirla más, me parece innecesario.

Cuando le digo que no fue agradable, lo que trato de decirle es que, en realidad, fue una puta tortura.

Nada tiene que ver cazar un animal y prepararlo, que hacérselo a un cuerpo humano. Lo volvería a hacer un millón de veces. Pero no fue agradable.

Aún recuerdo el olor nauseabundo que se apoderó de mis fosas nasales cuando desenterré a Jack. Hacía apenas una semana que lo habían enterrado, eso no lo hizo menos impactante.

Kai, que bien me conoce, se empeñó en acompañarme. Ante mi negativa, me siguió y se presentó allí. A pie de cementerio. Ni que decir tiene que lo eché de malas formas.

Me estaba jugando el puto cuello. No me jugaría también el de mi amigo.

Trasladé a Jack a casa y en el almacén llevé a cabo mi cometido.

Tras descuartizarlo e incinerarlo, excluyendo las partes que eran imposibles de quemar, como los dientes… Esparcí sus cenizas por las inmediaciones de la propiedad.

A la semana siguiente, llegó Mia, y yo todavía no había podido pegar ojo. No era capaz de quitarme su olor de la piel. Se impregnó en la mía.

Como dije, no fue agradable. Pero era la última voluntad de Jack. Permanecer en su casa, en estas tierras. Ahora puedo golpearme el pecho y decir que, gracias a mí, eso fue posible.

«Estás en deuda conmigo, viejo.»

Sonrío para mis adentros. Como le gustaba echarte en cara todo lo que le debías y cobrarse deudas.

No os dejéis impresionar. Era un gruñón y sus formas poco ortodoxas y un tanto crueles. Pero siempre tenían buen fondo. Buen propósito. La mayoría de las veces, por no decir todas, desinteresado.

Te vendía el pescado como si estuviera podrido. Ocultando que le había costado un riñón. Orgulloso. Incapaz de mostrar humanidad o sentimientos. Pero los tenía.

Ese oso gruñón era más humano de lo que nunca le hubiera gustado admitir. No lo haría ni bajo tortura.

—Basta de hablar —ladro al advertir la intención de Mia.

Me dejo caer en el banco de madera, subiendo las escaleras de nuevo y librando a Mia de mi agarre.

Ella se queda quieta. Con el cuerpo en tensión y sus pequeñas manos se transforman en dos puños.

—Te he hecho daño —el dolor de su voz es aterrador.

—Me has hecho sangrar.

No voy a negarlo. Me ha hecho daño. Decirle que no, sería admitir que no la quiero. Que no sufro por ella. Algo que no haré nunca. No consentiré que cuestione lo que me hace sentir. Que la protegería por encima de todo.

Su cuerpo vibra de espaldas a mí. Comprendo que está llorando. Y la satisfacción de verla tan abatida, tan rota, por mí. Me llena de orgullo de nuevo. Respiro en paz. Disfruto el momento.

—Voy a cobrármelo —amenazo.

Puede que en el fondo le esté pidiendo permiso para hacerlo. Lo mejor de todo es que, Mia, no duda, acepta su penitencia.

Se planta frente a mí.

Con un miedo y una inseguridad, apabullantes.

—Hazlo.

Me quedo mirándola, manteniendo la tensión largos instantes.

—¿Estás segura? —asiente. Claro que está segura. No albergaba duda alguna. Mia es valiente. Decidida. Y mi hembra. Me dará todo lo que yo quiera, necesite o le pida —. Si empiezo… no voy a detenerme. Puede que hasta acabe contigo —. Temor. Dolor. Se

acumula en sus pupilas. «Eso es, nena.» «Vuelve a mí, sométete.» —Puede que sangres más de lo que hayas hecho nunca, más de lo que puedas soportar. Puede que reduzca toda nuestra maldita historia a cenizas, nena —. Y eso no es una amenaza, es la jodida realidad.

Me sostiene la mirada en silencio. Es una invitación. Acepta mi ley, mis normas, mi dominio. La polla se me pone dura solo con pensarlo.

—Voy a robarte hasta el último aliento, nena —advierto con voz ronca y dura, sin perder ese gris ensombrecido de vista —. Eso es justo lo que deseo de ti —. Mia tiembla, yo me excito cada vez más —. Tu último aliento.

Mia
Capítulo 55

Introduzco las manos en los bolsillos de los vaqueros que me puse cuando llegué a casa mientras esperaba a Lincoln.

Me pincho la punta del dedo con algo de metal. Lo atrapo y bajo la vista, sin sacarlo del bolsillo, compruebo de qué se trata.

Por el rabillo del ojo percibo un destello. Achico la mirada y me doy cuenta de que es el colgante de plata con forma de cabeza de lobo aullando, que compré poco después de llegar a Woodstock.

Lo dejo de nuevo en el fondo del bolsillo y retiro la mano. Con la palma le doy un par de golpecitos a la tela vaquera por fuera.

Es una señal. Estoy convencida.

¿Tengo miedo de lo que pueda ocurrir? Sí.

¿Temo a Lincoln? Sí.

¿Confío en Lincoln? Aunque suene contradictorio, de inmediato respondo a esa pregunta. ¡Más que en mí misma!

Se rasca la barba con tres dedos sin dejar de mirarme. Se incorpora y se yergue frente a mí.

Joder, no puedo evitar estremecerme.

Da un par de pasos en mi dirección y yo retrocedo hasta quedar atrapada contra la barandilla del porche.

—Desnúdate —. Ante su orden, giro la cabeza a un lado y otro, inquieta. ¿Quiere que me desnude aquí? —La paciencia no es mi fuerte, Mia —gruñe solo un par de segundos después, ante mi indecisión.

Trago la bola de saliva que se acumula en mi garganta y, según baja, va raspando con todo a su paso. Lejos de tranquilizarme, me altero más.

—Eh… yo…

—Si lo tengo que hacer yo, lo lamentarás. —Corta antes de que empiece a hablar.

Obedezco y con manos titubeantes, desabrocho el botón de mi pantalón vaquero, lo deslizo despacio por mis piernas hasta

desprenderme de él.

Lincoln, que acaba de advertirme que no es paciente. Cosa que los dos ya sabíamos. Pierde los pocos estribos que le quedan y tira de mi camiseta y mi jersey al mismo tiempo.

Con un simple conjunto de ropa interior color rosa chicle y muerta del frío. Así estoy.

Enreda dos dedos en la tira entre las copas de mi sujetador y la parte, haciéndolo caer al suelo.

Respiro con pesadez por la nariz.

Lincoln repite la acción y ahora enreda sus dedos en el lateral de mis braguitas. En dos segundos corren la misma suerte que el sujetador.

Se mantiene serio. Quieto. Poco después me cruza la mejilla con la palma abierta. La bofetada hace que me tambalee y casi caigo contra la barandilla. Antes de que suceda, Lincoln me sostiene por el codo y pega su boca a mi oído.

—Vas a desear no haberme conocido. Vas a correrte tantas veces, y tan duro, que no recordarás quién eres. Tranquila, a quien perteneces, no vas a poder volver a olvidarlo jamás.

Arrastras me conduce al almacén. ¡Mierda! El almacén.

Y lo que más me inquieta es que no lo hace atravesando la puerta de entrada de la casa, sino por la parte exterior.

En cuanto mis pies desnudos tocan la poca nieve que persiste, grito.

—Empezamos pronto —apunta burlándose de mí.

Abre de una patada y cierra de un portazo.

Al observar el almacén, me quedo paralizada.

Esto no tiene nada que ver con el espacio que yo recordaba. Si en aquel momento, ya era tétrico, me asustaba y no era capaz de describirlo, esto va mucho más allá.

Cadáveres de animales cubren casi todas las mesas. Cuelgan del techo. Incluso están esparcidos por el suelo. Amontonados encima unos de otros.

Muchos enteros, otros desmembrados, despellejados, e incluso los hay mutilados.

¡Virgen santa!

El olor es nauseabundo, y enseguida me llevo la palma de la mano a la boca para intentar contener mis arcadas.

—¡Lincoln! —grito al descubrir dos lobos colgados por los tendones de las patas traseras a las vigas del techo.

Desangrándose lentamente y… vivos.

¡Joder, están vivos!

—¿Quieres hacerles compañía? —gruñe al reconocer mi desasosiego.

Lincoln ríe pesadamente con la boca cerrada. Las carcajadas irónicas que atraviesan su garganta me congelan. ¡Está loco!

Me deja a un par de metros, a lo mucho de ellos, y los observo aterrorizada. Parecen cansados, carentes de fuerzas.

—No te dejes engañar, si te acerco solo un poquito más, te atacarán. Tienen el jodido instinto de supervivencia muy alto. Lucharán hasta su último aliento —. Se pega a mi espalda y me susurra al oído. —¿Y tú, también pelearás hasta que te arranque la vida? ¿O vas a ser una niña buena? —No respondo. No soy capaz de articular palabra. Mis ojos se llenan de lágrimas —. Pronto lo sabremos.

Quiero llevarme las manos a la cara. Cubrirme el rostro y no ver esta dantesca imagen que se grabará en mis retinas hasta el fin de mis días, no puedo. Lincoln me ha sujetado las muñecas a la espalda y me las enreda en una gruesa cuerda que me raspa y daña la piel. Tira con fuerza para anudarlas. Tanta, que no creo ser capaz de soportarla.

Esto me supera. Este Lincoln. Estas imágenes. Todo. Es demasiado.

—Por favor, por favor, por favor…

No me importa suplicar, rogar, ponerme de rodillas y apelar a su buena voluntad. Si es que tiene de eso. Pedir clemencia.

—Cállate. Ni una puta palabra, Mia.

La brutalidad de su advertencia me silencia.

Da media vuelta y yo cierro los parpados.

No soy capaz de seguirlo, ni de intentar averiguar qué hace.

Empuja una pequeña escalera de madera con dos peldaños, con su bota negra militar, y me golpea con ella en los pies.

—Sube.

Levanto el primer pie para obedecer y de nuevo lo bajo al suelo. Miro a Lincoln y sus ojos negros son dos oscuros pozos inexpresivos. No puedo. No puedo hacer esto.

Pero su semblante advierte que no he de jugar con él. Tengo que andarme con cuidado.

Levanto la planta una vez más…

—¡Ya, hostias! —gruñe con los dientes apretados.

Lo hago. Lo hago temblando como una gelatina cuando no dejas de agitar el plato.

Algo me golpea en la cara y cuando levanto la cabeza.

—¡No! No. Lincoln, no.

Al estar subida en el pequeño mueble de madera, quedo justo a su altura. Lincoln se acerca a mí y sin decir nada me introduce algo en la boca.

¿Joder, qué es esto? Me dan náuseas. Arcadas incontenibles se hacen presentes. A punto de vomitar, Lincoln me cierra la boca, y la cubre con cinta aislante.

—Uno de estos —informa señalando los lobos que están a menos de dos metros de nosotros —. Tampoco dejaba de protestar. Por lo que decidí cortarle la lengua. —¿QUÉ? —Ahora la tienes metida en tu boca. Tómatelo como un recordatorio de lo que no hay que hacer.

Una cruel sonrisa de medio lado, se instala en su rostro.

El estómago empieza a convulsionarme y me revuelvo, antes de que pueda inclinarme hacia adelante, haciendo el amago de vomitar. Cosa totalmente imposible, gracias a la cinta de color plateado que me cubre los labios. Lincoln me sostiene por el cuello, rodea mis piernas con un brazo y me levanta.

—Te ahogarás en tu propio vómito. Yo, que tú, trataría de controlarme.

Ya me había olvidado de lo que me golpeó la cabeza al subir al banquito, dado lo que estaba ocurriendo.

Me introduce la cabeza en…

¿Una soga?

¿En serio?

Ya no puedo contenerlo más. Las lágrimas ruedan por mis mejillas y, a pesar de tener la boca cubierta, empiezo a sollozar y mi pecho se agita.

Lincoln me deposita otra vez en la escalerilla.

Ya no puedo apoyar los pies.

La presión que ejerce la cuerda alrededor de mi cuello, me lo impide.

Solo me sostengo sobre mis puntillas.

¿Qué piensa hacer?

Da un par de pasos hacia atrás y me recorre de arriba a abajo con la vista. De abajo a arriba, una vez más.

—Hostias, estás muy buena, nena.

El bulto de sus pantalones coincide con su comentario y me estremezco una vez más.

Lo observo en silencio entre las lágrimas que se agolpan en mis ojos y no dejan de descender silenciosas.

Se acerca y mete la mano entre mis piernas.

Con dos dedos me acaricia el clítoris un par de veces muy despacio y se retira.

—Joder, estás empapada —rompe a reír abiertamente —. Eres una zorra. Perversa y sin escrúpulos. ¿Lo sabías? Claro que lo sabías. Deja de intentar negártelo a ti misma.

Pega su cara a la mía y susurra con voz torturadora, mirándome a los ojos:

—Puta. Mi puta —hace hincapié en el posesivo.

Da media vuelta y recupera un cuchillo de encima de una de las mesas y se dirige a uno de los lobos. El animal se sacude con violencia al percibirlo cerca, pero no gruñe, no emite sonido alguno. Y entonces, caigo en la cuenta de que, es justo a ese, al que le ha cortado la lengua, la que yo, ahora, tengo en mi boca.

El solo pensamiento y sentirla en el paladar me da retorcijones y ganas de vomitar de nuevo. La carne áspera y mórbida que revolotea en mi boca, es asquerosa.

Lincoln le clava el puñal en la garganta, sujetándolo por una oreja con fuerza.

El lobo se mueve durante unos segundos, pero en poco tiempo la tensión de su cuerpo se desvanece, y un peso muerto cuelga de la viga. Lincoln me mira, consciente de que he visto toda la escena asustadísima, pero sin perder detalle.

—Y así acaba todo, nena. Dos putos segundos. Fin.

Un paso, mi respiración se acelera.

Dos pasos, convulsiono como el animal ha hecho hace un momento.

Tres pasos, un pie me resbala del banquito y casi caigo.

Lincoln me sujeta y vuelve a ponerme en pie.

—Ey. Soy yo el que tiene que acabar contigo, no me prives de esa satisfacción.

Sus palabras golpean mi pecho.

Con la punta del cuchillo con la que acaba de apuñalar al lobo, se pasea por mi cuerpo. Desde mi cuello hasta mi vientre. Manchándome con la sangre del animal.

Acoge uno de mis pechos entre sus manos.

—Siempre me han gustado tus tetas.

Se mete el pezón en la boca y lame, mordisquea…

«Joderrrr.»

Ahogo un grito amortiguado por la lengua sobre mi lengua y la cinta que me cubre la boca.

Acaba de introducirme el mango del cuchillo en la vagina sin que yo me diera cuenta.

Separa la boca de mi pecho.

—Si se te cae, lo lamentarás.

No puede caerse, es grueso y áspero y me está rasgando el alma. Aun así, aprieto y contraigo mi sexo, temiendo que caiga en algún momento y las consecuencias de ello.

Lincoln se desprende de su sudadera, la sostiene con las dos manos y la desgarra, dejándola caer al suelo y quedándose con la capucha en una mano.

La enrosca en la hoja del cuchillo que sobresale de mi vagina. Lo sé, porque siento sus movimientos. Pero la soga al cuello y mi atención en mantenerme de puntillas para no morir, me impiden agachar la cabeza.

Sujeta con firmeza el cuchillo por la parte cortante envuelta en la tela, sosteniéndola con su puño y empieza a follarme con el mango. Entra y sale de mi coño, rudo, con fuerza y sin delicadeza ninguna. Me va a destrozar. Por muy mojada que esté, me va a destrozar.

—Estás tan cachonda que parece mentira que un simple resbalón te separe de la muerte.

Ataca de nuevo mis pechos. Juguetea con mis pezones, envolviéndome las tetas por turnos con la mano libre.

Lame el espacio entre mi pecho y muerde con fuerza la carne tierna de la parte alta de uno de ellos.

Grito de nuevo. Una vez más no se oye apenas nada.

Lincoln lame y acto seguido endereza la cabeza.

Sus ojos quedan justo a la altura de los míos.

Me enseña los dientes, revelándome que un hilo de sangre los cubre. Mi sangre. La que acaba de hacerme cuando me ha mordido. Gruñe.

Me folla un par de veces más con el cuchillo manteniendo la vista en mi coño.

Luego lo retira y lo deja caer al suelo.

Las rodillas flaquean y mis sensibles tobillos duelen. Mis pies de puntillas apenas son capaces de soportar mi peso.

—Y aun así… —Introduce cuatro de dos de golpe en mi coño. —Eres tan zorra que lo estás disfrutando. —Los retira de golpe y levanta la mano ensangrentada. Joder. Va a destrozarme. No, corrijo, ya lo está haciendo.

Se pasea a mi alrededor como un depredador, acorralando a su presa, acechándola, intimidándola.

Se detiene a mi espalda y me rodea con un brazo la cintura.

Cuela la mano entre mis piernas y me masturba.

Dibuja círculos con su pulgar en mi clítoris sin delicadeza alguna y luego me introduce algunos dedos.

Me folla a cada segundo más rápido. Incapaz de contenerme, elevo la cabeza al techo. Mi cuerpo se arquea y cuando voy a corregir la postura, porque la fricción de la soga es insoportable, Lincoln, me eleva solo un par de centímetros, aprovechando su agarre en mi cintura.

Me olvido del mundo y lo disfruto.

No quiero. Me aterra. Pero lo disfruto.

A pesar de mi resistencia y de pensar que esto está mal, mi coño se va empapando cada vez más, y cuando quiero darme cuenta, con las constantes embestidas de tres dedos de Lincoln, forzándome para abrirse paso continuamente, exploto.

Rota ante el descomunal orgasmo que acabo de tener.

—Te voy a soltar —, susurra para que me dé cuenta de que va a dejar de sostenerme. —Endereza la postura o caerás en picado, en dos segundos le harás compañía a ese —fanfarronea apuntando al lobo que mató hace pocos minutos.

Sacando fuerzas de donde no tengo, obedezco.

—Mmmhhh —protesto a través de la mordaza.

—No voy a soltarte, nena. Así que no lloriquees. Y acepta tu castigo. Tu solita te lo has ganado a pulso. Por joderme. Por herirme. Por hacerme sangrar. Ahora te toca pagar la penitencia.

Otra vez camina en círculos a mi alrededor, nublándome el juicio.

Mis propios fluidos resbalan por mis muslos, mezclados con el río de lava color carmesí, que él ha hecho manar.

Se para frente a mí y lleva la vista a mi sexo.

Extiende la mano y recoge parte de mi orgasmo entre sus dedos. Luego su negro se engancha a mi gris.

Se los lleva a la boca y saborea mi esencia, mezclada con mi sangre.

—Mmmhhh. Hostias. Sabes jodidamente bien.

Sin darme tiempo a asimilarlo, se agacha y me pasa la lengua por el clítoris.

Una vez, dos, tres. Treinta y cinco.

Y yo me revuelvo jadeante.

Intentando sostenerme de puntillas y no caer.

La cuerda me daña el cuello. Y entre eso y el modo en el que Lincoln me come el coño, creo que voy a desfallecer.

Me mete la lengua, y los grotescos sonidos de su cara chocando contra mi piel me vuelven loca. Es un jodido animal. Y yo, no podría estar más excitada ni proponiéndomelo. Es demencial que disfrute de algo así. Pero lo hago como una posesa.

Un calor abrasador se concentra en mi bajo vientre y chillo a través de la cinta.

La asquerosa lengua, que no me pertenece, hace retornar las arcadas. Y entre arcada y arcada. Me corro de nuevo.

El sudor se concentra en mi nuca.

Lloro. No puedo más. Esto me supera. Las lágrimas resbalan y yo me siento sucia. Miserable. Odio lo mucho que disfruto de todo esto. Odio lo mucho que me gusta complacerlo a pesar de cómo me trata.

Lincoln se yergue antes de que pueda recobrar la compostura. Me enseña la boca tintada con un líquido espeso y blanquecino a la vez que rojo y cuajado. Y… traga.

—Mía, eres jodidamente mía, nena.

Quiero asentir con la cabeza. Porque lo soy. Negarlo es estúpido. Además, no quiero hacerlo. No deseo negarlo. Solo quiero que lo sepa. En la vida podría estar con otro hombre. No después de conocer a Lincoln.

—Mía para pervertirte, para corromperte, para destrozarte…

Continúa su discurso mientras rebusca en la mesa algo.

Regresa a mí, con un pequeño pincho afilado, con un mango tan corto que no puede empuñarlo.

Mis ojos se abren como platos.

—Sobre todo para destrozarte.

Lo clava sutilmente en la piel de mi clavícula y hace un pequeño corte muy superficial de un par de centímetros.

Aun así, chillo. O, al menos, hago el intento. Mi boca se llena de vómito y, sintiendo la carne que comienza a endurecerse en ella, trago para no ahogarme.

Vuelve a clavar el pincho, un poco más abajo, y tajarme una vez más.

A partir de ahí, pierdo la cuenta de cuántas veces lo hace y yo no dejo de gritar nunca tras mi mordaza.

Da varias vueltas a mi alrededor. Mis pechos, mi vientre, mi espalda, mi culo, el interior de mis muslos, mis caderas. Infringe cortes en muchísimas zonas distintas y sangro. Sangro por él. Porque así lo desea. Porque esa es su voluntad.

Se coloca a mi espalda y repasa mi marca, esa que él mismo grabó a fuego en mi piel, con la palma de su mano.

Su caricia suave y pausada, me calienta por dentro.

Retira mi pelo y me muerde la nuca con saña.

—Joderrrr —grito tras mi encierro, no se entiende nada.

Lametea varias veces el punto en el que me ha mordido y se pone frente a mí de nuevo.

Vuelve a meterme dos dedos en el coño, mientras recupera el pincho de su bolsillo y me taja un pezón.

Una vez más, grito. Y la sangre empieza a gotear y estallarse contra el suelo

—Tú misma, nena. No voy a parar hasta que aceptes que esto es lo que hay.

Sigue masturbándome y cortándome. Y entonces caigo, no dejará de hacerme sangrar, de hacerme daño, hasta que le ceda el control absoluto, no solo de mi cuerpo, sino de mi mente, hasta que me comporte como él desea que lo haga.

Haciendo acopio de toda mi fuerza interior… me contengo.

Lincoln me hace un pequeño corte en la vagina y me penetra con los dedos y yo… Gimo. Ya no grito.

Gimo porque él lo desea y gimo porque estoy tan cachonda que no puedo evitarlo.

Lincoln dibuja una medio sonrisa y vuelve a pincharme una vez más, en esta ocasión cerca de mi pubis, con más ahínco. Y me mete un tercer dedo más al fondo, más posesivo.

—Mmmhhh.

—Eso es, nena. Córrete para mí.

Y obedezco. Mientras él sigue rasgando mi piel con ese pequeño pincho afilado, yo cierro los ojos, me concentro en no caer del pequeño banquito, y gimo. Me corro. Con una fuerza descomunal. Deseando aferrarme a él. Tocarlo. Saborearlo. Todo me lo impide. La soga de mi cuello. Mis manos anudadas a mi espalda. La mordaza de mi boca.

Lo deseo. Y si lo deseo en medio de toda esta locura desquiciante, sé que lo voy a desear siempre.

—A la puta mierda el mundo —gruñe, separándose de mí, para desnudarse a la velocidad del rayo.

Se agacha para beberse mi orgasmo una vez más, pero acaba follándome con la lengua y haciendo que me corra de nuevo.

—Mmmhhh. Mmmhhh. Mmmhhh.

Acabo de hacerlo y temblorosa lucho por mantenerme en pie y no ahogarme, cuando Lincoln le da una patada al banco que me mantiene aferrada a la vida y caigo.

Caigo y veo mi final.

Se acabó.

¿De veras va a matarme?

Me niego a pensar que sea así. Sin embargo, veo a Lincoln de pie frente a mí. Mirándome fijamente, con sus dos ojos oscuros y disfrutando de la visión de mi cuerpo, revolviéndose a la vez que me ahogo. Con los brazos cruzados a la altura del pecho. Hace crujir el cuello y luego ladea la cabeza, simplemente, para observar cómo me desvanezco. Como mi vida, se va apagando. Lentamente, dejo de luchar. Mi visión se torna borrosa. Ya no siento placer. Ya no siento dolor. Ya no siento…

Algo tira de mi cuerpo inerte y enrosca mis piernas alrededor de sus caderas y me clava la polla hasta el fondo.

Lleva una mano a mi cara y de un tirón me libera de la cinta aislante. Escupo sin pensarlo la asquerosidad que me había metido Lincoln en la boca, al suelo.

Ríe y un par de únicas carcajadas atraviesan su pecho, perlado por una fina capa de sudor.

No me desata las manos. No me libera de la soga.

—Quiero que grites mi nombre mientras me corro —anuncia. —Y más te vale complacerme, porque de eso depende que te dé el golpe de gracia.

Me recompongo tan rápido como puedo. Recupero fuerzas, trato de orientarme, y cuando vuelvo a ser consciente de dónde estoy y lo que sucede, me aferro a él con todo lo que tengo, con todo lo que soy. Y joder, claro que voy a hacerlo. Por supuesto que voy a complacerlo. Sería imposible que fuese de otro modo.

Lincoln
Capítulo 56

Ya no hay miedo en sus ojos. Está asustada; de eso, no hay duda. Pero en su iris centellea todo lo que realmente siente por mí. Lujuria desenfrenada. El orgullo de pertenecerme que le atraviesa las entrañas. El placer que siente entregándose a mí y dejando su vida en mis manos.

Dije que quería su último aliento y no me voy a conformar con menos que eso. Voy a romperla hasta que ya no quede nada más. A apoderarme de su alma. Como ya lo he hecho de su corazón, su mente y su espíritu. Es mía. Mi hembra, y me aseguraré de que, a partir de hoy, no vuelva a olvidarlo en su vida.

Nada tiene que hacer, decir o pensar. Más que seguirme a mí. A su líder.

Aceptar su derrota y rendirse.

Someterse por completo de una vez por todas.

Le clavo la polla por completo y alzo la cabeza al techo, gruñendo como un animal. Pero ya no soy un animal herido. Si no uno que ha reclamado su territorio en una pelea mortal, y ha ganado.

Este es mi reino. Ella me pertenece.

A partir de hoy, ya no lucharemos por el control. Vive bajo mi dominio. Y lo sabe.

A mis pies, pero por encima del resto del mundo, hostias.

Mi hembra puede llevar la cabeza bien alta. Nada tiene que esconder. Nunca más tendrá que ocultarse. Es la jodida reina. Y me aseguraré de que el mundo entero se incline ante ella.

Le retiro la polla de dentro lentamente, fijando mis ojos en la soga de su cuello. Enrojecido y dolorosamente precioso. Le embisto una vez más. Mia se retuerce y se queda sin respiración unos segundos, no solo por el placer que la invade, sino porque es incapaz de respirar. Se está estrangulando. Pero no se queja. Acepta mi voluntad, aunque eso signifique su muerte. Es imposible que me

sienta más orgulloso de ella. La acomodo en mi regazo, permitiéndole que recupere su tan ansiado oxígeno.

—Lincoln… —Un jadeo que forma mi nombre se hace con sus labios.

Eso me enciende. Da el pistoletazo de salida a la bestia y me la follo con gusto y premura.

Meto y saco la polla de su estrecho coño. Lo reduzco a cenizas. El dolor que me cubre la polla, descubre el escozor que ella siente. ¡Qué puto placer!

Con una mano rodeo sus muñecas, apresadas bajo la cuerda. Las levanto un poco y, al ver la sangre que las cubre… Las empujo hacia arriba en un movimiento que posiblemente le fracture varios huesos y las coloco a la altura de su boca.

—Lame —Mia obedece —. Eso es, nena. Chúpala —exijo sin poder dejar de mirar cómo se bebe su propia sangre.

Le doy duro. Sosteniendo su cadera y anclado los dedos en ella. Mi otra mano baja hasta su culo y le azoto las nalgas.

—Me encanta follarte —admito sin vergüenza.

Los talones de Mia se me clavan en la espalda. Trata de mantenerse erguida. No le queda otra si no quiere palmarla. O eso piensa ella. Jamás dejaría que le ocurriera nada.

Desde que entramos en el almacén, estoy pendiente de su seguridad, pese a que demuestro indiferencia. Solo lo hago porque eso la asusta y a mí… a mí me pone cachondo. No vamos a mentir.

La taladro con mi polla tantas veces y tan deprisa, que llevar el control es imposible.

Hostias, no podré contenerme mucho más.

Estoy demasiado excitado.

He estado a punto de correrme desde que empecé a jugar con ella al menos una decena de veces.

—Oh, Lincoln. ¡Sí! Me gusta… muchísimo.

—¿No me jodas? —gruño con socarronería —. No se te nota —ironizo.

Pero entonces me doy cuenta de que ha puesto los ojos en blanco y no solo por el placer que se apodera de ella, se está corriendo, de eso no hay duda.

Por la manera en la que me estrangula la polla con su coño y me la baña con sus fluidos, me da una ligera idea del modo en el que ha explotado. Pero… hay algo más.

El sudor que nos cubre a los dos, ha hecho que Mia resbale y se está ahogando. La soga aprieta con agresividad su cuello y el oxígeno no le llega al cerebro.

¡Hostia puta!

Estaba tan excitado y concentrado, que no me había dado cuenta.

Mi polla se endurece en su coño, el sentir su humedad al correrse y el verla tan jodidamente a mi merced, tiene ese efecto. Alargo la mano y recupero un cuchillo de la mesa de madera. El puto lobo que cuelga a poca distancia de nosotros, desangrándose, me echa la boca. ¡Cabronazo! No atina a engancharme, yo sí me hago con el arma blanca.

Sin esperar más, levanto la mano y sierro con fuerza la soga.

La cabeza de Mia cae contra mi hombro, abre los ojos exageradamente y aspira con fuerza por la boca. Emitiendo un sonido atroz.

Me tambaleo y caigo al suelo, (todavía con mi polla dura como una piedra dentro de ella), sobre el cuerpo de Mia.

Al golpearnos contra el cemento, hecho las caderas hacia atrás y de nuevo la embisto. La embisto, la perforo y…

—Lincoln —jadea Mia recuperando el aliento.

…me corro.

La lleno por dentro. Gruño. Maldigo.

Y los malditos chorros de semen no dejan de bañar el interior del precioso y diminuto coño de Mia.

—¡Hostias!

Con la respiración hecha un auténtico caos, ruedo en el suelo, cubierto de vísceras y sangre por todas partes. Pegajoso y asqueroso a partes iguales, y me la tumbo encima.

Apoyo la palma de la mano en la curva entre su espalda y su culo.

Con la polla aún en su interior, le acaricio la larga y sedosa melena negra.

—Te quiero —suspira cogiendo aliento y tosiendo al mismo tiempo. Yo asiento, todavía no soy capaz de hablar, por lo que se lo

confieso en silencio —. Pero no vuelvas a hacer algo así, por favor.

—Todos los putos días, nena. Pienso hacerlo todos los putos días.

Es la verdad. No voy a ocultarlo.

Ha sido un polvo apoteósico. Todavía no me he recuperado y ya estoy pensando en repetirlo.

—Me lo imaginaba.

Se acurruca contra mi pecho en cuanto se siente un poco más estable. Tiro de una piel de oso que tengo al alcance y cae del respaldo de la silla.

Nos la echo por encima. Mia no protesta. Me alegro. Ahora mismo estoy tan cómodo que si lo hiciese, tendría que taparle la boca y obligarla a quedarse quieta.

Acomoda su mejilla en mi pecho y no tardo en darme cuenta de que se ha quedado dormida.

Sonrío como un demente. Está tan bonita ahora mismo.

Cubierta con una de mis últimas presas, con la cuerda alrededor de su cuello. Sus manos anudadas a su espalda. Con mi polla dentro y repleta de las marcas de guerra que he tatuado en su piel.

Los cortes pequeños se van cerrando, pero hilos rojos emanan de ellos. Moratones de la fuerza con la que la sujeto, aparecen lentamente con la forma de las yemas de mis dedos por todo su cuerpo. La tierra del suelo mancha su piel aceitunada.

Hostias, podría follármela de nuevo ahora mismo.

Necesita descansar y que le cure todas esas heridas.

Me concedo unos minutos más, envuelto en una paz sin parangón. El maldito animal colgado se tambalea y me gruñe. Reacciono y rasgo con el cuchillo las ataduras de las muñecas de Mia liberándola. Repito la acción en su cuello y le acaricio las heridas con los dedos.

—Te amo, nena.

Le retiro la polla de dentro y despacio me incorporo, cogiéndola en brazos. Ni siquiera se despierta o se mueve.

Está exhausta.

No la culpo.

Lo ha hecho bien. Se ha portado.

—Lincoln —suspira entre sueños.

—Sí, nena. Soy yo, tranquila.

Camino con ella en mis brazos y subo las escaleras que nos llevan a nuestra habitación. Lugar del que nunca debió salir, y esta vez, estoy seguro de que no saldrá.

Lincoln
Capítulo 57

Cuando subimos a mi habitación. La metí directamente en la cama. Me importaba una mierda cómo estuviéramos. Era feliz, posiblemente, ese fuera el momento más feliz de mi vida.

Mia y yo juntos. Sin más secretos. Sin más mentiras. ¡A la mierda el resto!

Abrazándola, me quedé dormido enseguida.

No pude evitar volver a follármela un par de horas después, cuando me desperté con una erección descomunal.

Mia ni siquiera se enteró, estaba en un país muy lejano a este, absorta en el mundo de los sueños.

¿Con qué hostias soñará, Mia? Conmigo, espero.

Me tumbé encima de ella y ni siquiera las duras embestidas la devolvieron a la vida. Un cuerpo inerte sin más.

Pero uno que me pone muy cachondo.

Puede que ella no se diera cuenta, su cuerpo sí lo hizo. Se corrió con tanta fuerza, que los músculos de su coño, contrayéndose, me ordeñaron la polla de inmediato.

Bostezando, rodé en la cama y estrechándola contra mí, me dormí de nuevo. Rendido y completamente satisfecho.

Ahora estoy como un imbécil, observándola, perdido en sus parpados cerrados y en cómo mantiene la boca sutilmente abierta para respirar por ella, mientras me fumo un canuto.

Hostias, ya estoy deseando metérsela de nuevo en la boca.

No lo he hecho desde que ha vuelto. Y me muero de ganas.

Abre los ojos lentamente y me mira. Como si supiera que me encontraría velando su sueño. Es justo así.

—Buenos días.

—Buenas noches, nena. Son las tres de la madrugada.

Mia se presentó en casa hoy por la mañana, nos hemos pasado el día follando, es normal que esté algo aturdida.

Pestañea un par de veces y observa la cama horrorizada.

—¡La virgen! Esta cama está hecha… —piensa un poco —. Un desastre.

Yo levanto la cabeza y la inspecciono.

No encuentro nada fuera de lo normal.

—Está llena de… —No termina la frase.

—Tu flujo, mis corridas y nuestra sangre —termino yo por ella susurrante a la par que amenazante. Como me diga que eso es un desastre, me la follo hasta hacerla entrar en razón. Es perfecto, hostias —. Como tiene que ser.

Mia me debe dar por imposible porque pone los ojos en blanco, pero no dice nada más.

Solo por ese gesto, se gana una palmada en el culo.

—¡Au!

La ignoro y, sosteniendo el porro entre mis labios, retiro el edredón y la inspecciono.

Mis dedos se van posando en muchos de sus cortes, repartidos por todo su cuerpo. En las heridas de sus muñecas y la sangre seca que las cubre, y, sobre todo, en los cortes que la soga le hizo a su cuello.

—¿Te duele? —pregunto con el cigarrillo de hierba en mi boca y llenando todo el espacio de humo.

—Poco.

Asiento. Me jode que le duela. Pero me gusta. No puedo evitarlo. Todas las marcas que le hago a su piel, le recuerdan constantemente que es mía. Y que la quiero. Puede parecer contradictorio, es justo así.

Me levanto de un salto, llevándomela conmigo y haciendo que Mia tenga que envolver los brazos y las piernas alrededor de mi cuerpo.

Azoto de nuevo su nalga una vez y luego anclo las manos en su culo para meternos en la ducha. Mia me quita el canuto de la boca y, agachándose un poco, lo apaga en el cenicero de la mesita.

—Vamos.

—¿Adónde?

—Vamos a curar esas heridas y a cubrirte. Recemos para que, esta vez, te quedes preñada.

No puedo evitar sonreír al ver el rubor de sus mejillas, cómo se muerde el labio inferior y lo poco que le gusta mi idea.

Lo cierto es que no me importa.

Ella sabe que será justo así. Lo tiene asimilado.

Ni puta idea de qué hora es. Mia está despierta y yo también. Se acurruca más bajo mi brazo.

Mantenemos el silencio desde hace una eternidad.

Tras curar todas sus heridas. Follármela de nuevo en la ducha y finalmente comer algo, nos metimos en la cama. Ninguno de los dos ha podido dormir.

Puede que sea la emoción de estar de nuevo juntos, o tal vez, que, entre polvo y polvo, hemos echado unas cabezadas.

Quien sabe.

—Mi padre me escribió —se sincera.

¿Cómo? ¿Jack le escribió?

¡Hostias! Miedo me da. No tengo ni idea de por qué habría hecho algo así. Conociendo a Jack, sé que nada bueno puede salir de eso.

La oscuridad se ha hecho con todos los rincones de la habitación, pero el reflejo de la luna, a través del vidrio de la ventana, me permite verla.

Le levanto la barbilla con dos dedos y la observo, esperando a que empiece a hablar.

Me rehúye la mirada avergonzada. Pero habla. Eso es lo que importa.

—Me dejó una carta. Me dijo un montón de cosas. Y ninguna fue agradable —. Justo lo que imaginé —. Que le debía todo lo que tenía. Y que ahora estaba en deuda con él —. No me sorprende. Típico de Jack. ¡Qué cabrón! Lo que me dijera a mí no importa, yo lo conocía, pero que se lo haga a Mia, es diferente. Podría llegar a tomárselo en serio. Por su manera de hablar y lo abatida que suena, sé que es así —. Su intención era esta —. Reafirmo el agarre en su mentón y la obligo a mirarme. Quiero una explicación. No comprendo a qué hostias se refiere. Y exijo saberlo ya —. Que estuviera contigo. —¿Cómo? —Mi pago por la herencia, lo llamo él —. Me estoy poniendo de muy mala hostia —. Lo llamo… trueque. Él

me había dado un techo y comida, y yo tenía que pagárselo estando contigo. Relaciones carnales, dijo —confiesa avergonzadísima. No me lo puedo creer. Ese viejo oso me las pagaría de estar vivo.

Espero un par de minutos, pero Mia no parece decidida a abrir la boca de nuevo. La presiono. Necesito saberlo todo. Sus palabras exactas. Solo así conseguiré entender las intenciones de Jack.

—¿Qué más te dijo?

Mia duda, pero no tarda en leer la expresión en mi rostro que revela que no dejaré pasar esto.

—Que tú necesitabas una mujer, y que a mí no me costaría hacer que me abrieras las piernas —resoplo con fuerza. ¿De verdad pretendía que me tirará a su hija sin más? ¿Qué la utilizara? ¿Y luego qué, joder? —Que confiaba en que haría lo correcto. Que…

—¿Qué? —ladro. Le da demasiadas vueltas y yo solo quiero hacerme con el resto de la historia de inmediato.

No me arrepiento de mi tono cortante y severo. Tiene que empezar a comprender que no puede marearme.

Me vuelve loco, hostias.

—Que no tardarías en mandarlo todo a la mierda si no ponía de mi parte. Que te ayudara en casa y bueno… —No lo dice, pero comprendo que se refiere al taller —. Y que cuidase de ti. Que no se había arrepentido de haberme abandonado y que nuestro destino no era estar juntos. Me dijo que lamentaba la muerte de mi madre, pero no el haberme abandonado. Mi padre… Mi padre me odiaba, Lincoln.

Le suelto el mentón y su dolor me atraviesa.

Hunde la cabeza en mi pecho y me pongo a darle vueltas a todo lo que me ha dicho. Estoy seguro de que se ha saltado partes importantes, pero no necesito presionarla más.

Comprendo a la perfección lo que esperaba obtener Jack con todo esto.

Lo que nunca hizo en vida. Cuidar de su hija.

Entregársela al único hombre en el que confiaba. Sabía que yo no necesito ayuda. Pero venderle la moto de que era así, es sencillo. Mia nunca creería que ella era la que le importaba. Se ocupó de no dejar a su hija sola en el mundo.

Maldito Jack.

Y para eso, ha tenido que hacerla sufrir una vez más.

Como hombre lo comprendo y lo respeto. Y aunque a él le pareciese que era más sencillo herirla, pensando que Mia nunca sentiría la falta de una persona a la que no conoció.

Mia quería a su padre. Más de lo que ese viejo oso merecía, no hay duda.

Tal vez un día en su mano estuvo la decisión de hacer las cosas a su manera con ella. Ese día ya ha pasado.

Ya no se trataba de la hija de Jack. Si no de mi hembra.

Quien tiene que poner las cosas en su lugar y tomar decisiones sobre ella, soy yo. El que dice que es correcto y que no.

Y no dejaré a Mia eternamente con ese sentimiento que le encoge el alma.

La conozco. No lo superaría. Puede que el saber que su padre sí la quería y se preocupaba por ella después de muerto, solo la haga sentir aún más su falta. Echarlo de menos. Pero es lo que necesita.

Y no voy a tolerar que esta mierda se apropie de ella y le oprima el pecho eternamente.

—Sí, te quería.

Mia niega con la cabeza. Tras toda la mierda que escribió Jack, y por mucho que confíe en mí, le va a costar digerirlo y creerlo.

—Conocí a Jack. Confía en mí.

Trata de hacerlo, fracasa.

No me gusta repetirme, tampoco que ella me ponga en duda. De todos modos, es imposible culparla.

Piensa que solo se lo digo para acallar esas voces que gritan lo contrarío en su cabeza.

La voz de Jack. Se ocupó de que fuera así.

¡Hijo de puta! Ahora me toca arreglar a mí la mierda que dejó a su paso.

Tengo que hacerlo. Es mi deber.

Jack era lo suficiente inteligente como para saber que los tipos como él y como yo, no necesitan a nadie. Si llega, llega. Y si no, con meterla en un agujero caliente, tenemos más que suficiente. Hacérselo comprender a Mia, es complicado.

Pienso durante unos segundos y luego me levanto de la cama.

—Ven.

Salgo de la habitación desnudo, consciente de que ella seguirá mis pasos de cerca. Camino por el pasillo y entro en la habitación de Jack. Sigue estando como él la dejó. Nadie ha tocado nada.

Me siento en la cama y Mia se detiene bajo el umbral de la puerta.

La observo, y poco segura de sí misma, con pasos titubeantes, se aproxima.

Un golpe de cabeza es suficiente para que Mia tome asiento en mis piernas.

La polla se endurece al instante. Me obligo a abandonar la línea de pensamientos que rondan mi mente.

A no tumbarla sobre la cama de Jack y follármela. Deseando que pueda vernos desde el infierno y se retuerza.

«No querías que me la quedara, pues, jódete, cabrón. Ahora es mía y pienso follármela y abusar de ella en tu puta cama.»

Cabeceo un par de veces y abro el primer cajón de la mesilla. Recupero la cartera de piel marrón oscura de Jack. Sabía que estaba aquí. Yo mismo la dejé cuando le quité el documento de identidad que guardé en la mía como recuerdo. El mismo que le regalé a Mia el día que le hablé de su padre. Me pareció que lo correcto, es que ella lo tuviera.

El día que lo sustraje, fue la única vez que hurgué en las cosas de Jack. Nunca hablamos de Mia. Jamás. Pero ese día, al descubrir en su cartera la foto de un bebé de pocos meses de vida, me di cuenta de que se trataba de su hija.

No le presté atención, ni siquiera me paré a estudiar la fotografía. Hoy todo es diferente. Hoy sí lo hago.

La sostengo entre mis manos y observo los ojos grises de la niña de la foto.

Viejo sentimental. La llevó encima todos estos años.

Planto la mano sujetando el retrato de Mia entre mis dedos, justo delante de su rostro.

No digo nada. Ella tampoco. No es necesario.

Temblorosa se hace con ella.

Vibra en mi regazo y comprendo que está llorando una vez más, solo que, en esta ocasión, no lo hace por el dolor de las palabras de Jack. Acaba de comprender que su padre, sí pensaba en ella. Si la quería. Y aunque sé que nunca logrará comprender a un tipo tan complejo como el viejo oso. Mia encontrará paz en el simple hecho de saber que su padre, no solo no la odiaba como le había querido hacer creer, sino que se preocupaba por ella, la quería y la tenía presente en su vida.

Le rodeo la cintura con el antebrazo y Mia apoya su cabeza en mi hombro.

—Sí me quería… —susurra bajito para ella misma.

—No lo dudes, nena. Es imposible no quererte —confieso.

Y, hostias, es que es verdad. ¿Quién, en su sano juicio, podría resistirse a Mia?

Yo no. A pesar de no estar en mi sano juicio.

—Tenemos que desarmar esta habitación. ¿Te encargas tú?

Puede que hasta ahora permaneciera intacta. El momento de dejarlo atrás, ha llegado.

No creo que ninguno de los dos vayamos a olvidar a Jack, o, a tenerlo menos presente por eso. Además, necesitamos espacio para los críos. Pienso tener muchos.

Ahora que lo digo…

Tres habitaciones, no serán suficientes. Puede que hasta me replantee una ampliación de la casa.

Y Mia necesita llorarlo. Despedirse de él. Por lo que, debe ser ella la que se deshaga de sus cosas.

Yo recordaré al cabrón de Jack, y lo mierda de padre que fue, mientras me bebo una cerveza en el porche, como solíamos hacer juntos.

No necesito más.

—¿Por qué nunca quiso conocerme si…

La vocecita de Mia me rescata de mi ensoñación.

Puede que no quiera que piense lo que no es, tampoco pretendo mentirle.

Quiere saber por qué nunca se acercó a ella.

—Porque Jack era un padre de mierda. El peor que te puedas imaginar —. La mueca de dolor de Mia no se me escapa —. Tranquila, nena. Yo sabía llevarlo.

—No lo dudo —apunta bromeando y yo le clavo los dedos en la cintura, haciendo que sonría.

—Si Jack hubiera estado en tu vida, te la habría arruinado.

Gira la cabeza y me mira horrorizada.

—Tú estuviste en su vida, Lincoln.

Río abiertamente.

—Nena, yo estoy bien. Y me gusta mi vida. A ti, sin embargo, no te veo cazando osos y despellejando venados a los siete años. Tu padre era un animal, pero se topó con otro. Ya sabes, entre desquiciados nos entendemos.

—Eres tonto.

Río con más ganas. Puede que lo sea, eso no me quita la razón.

—Además, el puesto de honor para atormentarte era mío, él no podía quitármelo. Me lo habría cargado mucho antes de que el cáncer se apropiara de él.

—¡Lincoln! —grita atónita.

No puedo más, rompo a reír. Y Mia me mira y…

Se cubre con las palmas de las manos, la boca. Mi risa cesa de inmediato, al ver su pálido y delicado rostro.

—¿Qué ocurre, nena? —pregunto loco de preocupación.

¿Qué demonios ha sucedido?

Hace un momento estaba bien.

—Nunca te había escuchado reír. Reír de verdad, Lincoln.

Su explicación entre lágrimas y sollozos constantes, siendo casi imposible de descifrar lo que dice, aleja mi preocupación.

—Pues vete acostumbrando. Porque me haces jodidamente feliz.

Se lanza a rodearme el cuello con los dos brazos y a estrecharme con fuerza.

Sus lágrimas caen descontroladas.

—Tú también me haces feliz.

—Cualquiera lo diría —bromeo una vez más.

Caigo de espaldas contra el colchón y Mia lo hace sobre mi pecho.

Las manos me arden.

Mi polla reclama atención.

¡A la mierda!

A tomar por saco las buenas formas.

«Atento, viejo oso. Esto es lo que tú querías.»

Admito al espíritu de Jack, tirando del pelo de Mia sin cuidado y metiéndole la polla en la boca.

En cuanto le rozo la campanilla y empujo para seguir forzándole la garganta, una sacudida de impaciencia me acelera.

¡Hostia puta! Me había olvidado lo mucho que me gusta forzarle esa boquita.

Mia
Capítulo 58

—Hola, cosita. Pero qué guapo y grande está mi chico.

Time ronronea poniéndose patas arriba y yo le rasco la barriga.

Es enorme. Admito que me da miedo que Lincoln lo eche de casa.

Gruñe intentando atrapar los hilos de la manta que cuelgan del respaldo del sofá.

Jugueteo con él un rato más.

Hace tres días que Lincoln y yo nos reconciliamos.

Todo ha vuelto a la «normalidad.»

Llamé a Macy para decirle que estaría fuera. Lo que no le conté es que fuera, quería decir que estaba con Lincoln. ¡En casa!

Lo cierto es que, no sé cómo decírselo a las chicas. Lincoln no es santo de su devoción. Pero eso no va a frenarme. Estoy enamorada de este hombre hasta decir basta y, aun así, no bastaría nunca. Quiero a mis amigas, pero tendrán que aceptar a Lincoln. No permitiré que los comentarios vuelvan a sacudirlo.

Aunque Lincoln es duro como una roca, es una clara víctima de los prejuicios de la gente.

Incluso de los míos.

Lo juzgué antes de tiempo.

Nunca le di opción a explicarse. De haberlo hecho, todo hubiera sido muy distinto.

Puede que él no pusiera demasiado empeño en justificarse. Lo que no hace más que ratificar mi pensamiento.

Lincoln no se defiende, porque incluso antes de hacerlo, sabe que será en vano.

Nadie lo escuchará y mucho menos le dará credibilidad.

Así somos los seres humanos. Crueles hasta decir basta.

Desde que Lincoln tuvo seis años ha estado en boca de todos. Primero por quedarse huérfano, donde no halló más que la avaricia y egoísmo de todo aquel que lo rodeaba. En uno de los peores momentos de su vida, siendo solo un niño.

Lo hicieron girar como una peonza. Pasándoselo de mano en mano y haciéndole entender que no había espacio para él. Que no tenía cabida en la vida de nadie.

Todos demasiado ocupados con estrenar coche nuevo o aumentar la hipoteca de sus casas para reformar la cocina.

Más preocupados con elegir restaurante la noche del sábado y disponer del efectivo necesario en sus carteras, que, en darle un plato de comida, un techo o una muestra de cariño a un niño, que lo había perdido todo.

Que se sentía solo, incomprendido y asustado.

Realmente, a veces damos asco.

Y, a pesar de que, no me cabe duda de que mi padre, fuera una mierda de padre, tal como Lincoln se empeña en decir siempre, fue el único que apostó por él.

El único que se preocupó de proporcionarle una estabilidad, un hogar. Aunque sus formas no fueran las más acertadas.

La bestia, como todos lo describen, fue su salvador.

Y cuando se lo llevó al bosque con él, los que tan preocupados estaban, ¿qué hicieron? La vista gorda.

Es más sencillo mirar a otro lado y aplicarse el dicho; ojos que no ven, corazón que no siente. Como bien Kai me dijo en su momento.

Detestable.

No conformes con eso, tuvieron más que añadir. Cuando Lincoln se encerró en sí mismo, ya que no le dieron otra opción, y arremetió, con rabia y frustración, contra el mundo. Un mundo que lo había prejuzgado y repudiado. Pasó de ser una carga, a convertirse en una amenaza. Un estorbo, un problema.

Todos lo rehuían y cuchichearán a sus espaldas.

Lo temían. Odiado y desterrado de esta sociedad.

O, al menos, de este pueblo.

Tantos años de aislamiento, no habían sido voluntarios y ahora lo tengo claro.

Lo obligaron a apartarse. A esconderse en el bosque. Para luego contarse unos a otros sorprendidos, su manera de actuar. Juzgar sus acciones.

Hacer hincapié en sus malos modales y despreciar las malas formas y hábitos que Lincoln tenía.

Un animal. Entre todos lo convirtieron en un animal. Con lo que no contaban, es que ese animal, es mucho más humano, y tiene un corazón más grande, que todos ellos juntos, y lleva con orgullo su título. Pues ser un animal, es un honor y no un defecto para Lincoln.

Gracias a su fortaleza consiguió centrarse en lo verdaderamente importante. En sus instintos. Lo que mueve este mundo. Los instintos primarios que llevamos dentro. Aunque no todos tienen la valentía y la fortaleza de sacarlos a relucir y vivir a partir de ellos.

Lincoln lo hizo. Y gracias a eso, es libre. Se deshizo de las cadenas invisibles y es feliz. Se preocupó de detenerse el tiempo necesario para conocerse a sí mismo. Para aceptarse y posteriormente quererse.

Lo que lo hizo un hombre libre.

Un hombre que no depende de nadie ni nada, para ser quien es.

Para vivir plenamente siendo lo suficientemente maduro como para no importarle el qué dirán. Para que no le afecte. Ni siquiera pierde el tiempo en escucharlos.

Lincoln Dagger, es un ejemplo para todo el mundo.

Un ejemplo de valentía, de esfuerzo, de fortaleza, de lealtad, de honorabilidad y de buen corazón.

No digo que todas las acciones de Lincoln deban ser elogiadas y mucho menos copiadas; no perdamos la cabeza.

Está como una puta cabra.

Una cosa no quita a la otra. Él siempre será un loco demente, desquiciado, algo perturbado y con tendencias psicópatas. Eso lo tengo claro. Pero es mi desequilibrado lunático favorito, y no consentiré que nada, ni nadie, lo dañe de nuevo.

A cada persona que me tope con un dedo acusador alzado, se lo partiré yo misma y se lo introduciré por el culo, con muchísima amabilidad.

Nuestra historia y cómo decidamos vivirla es cosa nuestra. Una majadería completamente consensuada y consentida por ambas partes. No podría ser más feliz.

Suspiro con fuerza pensando en el hombre que ha puesto mi vida patas arriba y me tiene viviendo en un precioso caos.

Acaricio la barriguita de Time una vez más y reclino la cabeza en el respaldo del sofá.

—En cuanto sea una amenaza, se va de esta puta casa —advierte Lincoln, entrado por la puerta de la despensa, esa que da al almacén. Su zona de juegos. En el fondo es como un niño.

—¿Y si no se convierte en una amenaza? —pregunto esperanzada.

No se me escapa que acaba de decir que se va de esta puta casa y no «lo mato», lo dejo pasar por alto. No sin tragarme una sonrisilla.

—Lo hará.

—¿Y si no? —Lo pincho.

—Lo hará.

—¿Pero, y si no?

—No hay opción, lo hará.

Su humor va empeorando y yo simplemente asiento con la cabeza y luego la escondo tras el respaldo de nuevo.

No puedo evitar sonreír.

¿Acaba de decir que puedo quedarme con Time para siempre?

Sí. Aunque cueste interpretar sus palabras en ocasiones, es justo lo que ha dicho.

—Ya lo has oído —le digo a Time en voz alta —. No la fastidies y podrás quedarte.

Lincoln, que acaba de abrir la nevera para pillar una cerveza, me escucha y sentencia gruñendo.

—Lo hará —luego da un portazo y regresa al almacén.

—No lo harás y él lo sabe —reparto besos al pequeño felino por todo su sedoso pelaje, y este juguetea con sus pequeñas zarpas en mi cara.

—Voy a ir a desayunar con Audrey y luego seguramente me pase por la peluquería, quiero aprovechar para…

—Nada de volver a echarte esa mierda en mi pelo —abro los ojos como platos.

¿Cómo que nada de echarte? Y que es eso de… ¿Mi pelo?

Sin opción a protestas como siempre. Lincoln se adelanta. No sin antes estirar el cuello a ambos lados y haciéndolo crujir, mirándome amenazante.

Esa simple advertencia silenciosa me hace comprender que no hay opción a réplica.

—Haz lo que tengas que hacer —gruñe mientras se mete un trozo de bacón entre los dientes —. Pero vuelve rápido. Te necesito en el taller.

—¿Co… cómo?

No puedo creerme lo que acaba de decir.

¿El taller? ¡No va a venderlo!

No es solo eso. Acaba de reconocer que necesita ayuda. La virgen, si hasta me la ha pedido.

—Desayuna, Mia. Estás flaca como un puto palo de escoba. No me aguantarás tres asaltos así.

Sonrío para mis adentros y asiento.

No tiene que ser fácil para él hacer lo que acaba de hacer, no lo incordio más. Obedezco y me bebo mi café y me como mis tostadas. Pese a que acabo de decirle que tengo planeado desayunar con Audrey.

Y pese a esas formas rudas y primitivas. Esa mirada intimidante y salvaje, yo solo puedo leer en su rostro su preocupación por mí, y las ganas que tiene de mantenerme a su lado.

—Te quiero —susurro sin temor.

Lincoln se levanta de la mesa sin decir una sola palabra. Ignorándome por completo.

—No te olvides el casco.

Abre la puerta para salir de casa…

¿Por qué yo siempre tengo que llevar casco cuando él no lo hace nunca? Jamás le he visto ponerse uno.

Y no me preocupa llevarlo, lo que no me gusta es que él, no lo haga.

Me levanto de la mesa con la intención de recoger y lavar los platos del desayuno mientras Lincoln se fuma un porro en el porche y me espera.

Llevo las tazas del desayuno a la encimera, el golpe de la palma de su mano estallando contra el marco de la puerta me sobresalta. Me doy la vuelta y veo que asoma la cabeza.

—Y yo a ti, nena —. Lo miro embobada con un suspiro a punto de escaparse entre mis labios —. Date prisa.

—Enseguida salgo —informo, pero Lincoln ya no está ahí para escucharme.

¡Maldito engreído!

Mia
Capítulo 59

—¿Qué quieres decir?

—Lo que he dicho —digo sin achantarme, pero con delicadeza.

Acabo de confesarles a las chicas que estoy con Lincoln.

No les he contado todo lo ocurrido, obviamente. No porque me avergüence de ello ni mucho menos. Si no, porque no me corresponde a mí hacerlo. Lincoln ha decidido callar y no excusarse delante de nadie por lo ocurrido con mi padre. No lo culpo. Yo en su situación tampoco lo haría. Y por más que quiera a las chicas, no están por encima de Lincoln y tampoco lo expondré a él.

Comprendo que de sincerarme lo entenderían todo mucho mejor y sería más sencillo que sintieran empatía por él. Pero no lo haré. Lincoln no necesita ni la empatía ni la compasión de nadie. Necesita que lo respeten y lo traten como a un igual en este pueblo; no es tan difícil de entender.

—¿Pero te has vuelto loca? —protesta Audrey.

—Puede —respondo de lo más divertida.

Aunque de divertido tiene poco. A veces me planteo si de verdad es así. Y si algún día descubro que la respuesta es afirmativa, solo podré alabar a esta bendita locura.

Porque no he sido más feliz en toda mi vida.

Me topo con mucha reticencia por parte de mis dos amigas y con muchas negativas también. Con paciencia les hago entender que Lincoln Dagger, es todo lo que quiero en mi vida.

Que me importa poco o nada lo que la gente pueda pensar y lo que tengan que decir al respecto.

Al cuerno con las habladurías. A tomar por saco los juicios de personas que hurgan en la vida de los demás, y, sin embargo, no son capaces de limpiarse su propia mierda, que los salpica por todas partes.

Me cuesta muchísimo hacerlas entrar en razón y ni siquiera estoy convencida de lograrlo.

—Chicas, estoy enamorada de Lincoln —. Macy chasquea la lengua contra el paladar y Audrey retira la cabeza hacia un lado. —Poco o nada me importa lo que tenga nadie que decir. Os quiero, y no quiero perderos, pero no me hagáis elegir, porque me largaré de Woodstock, me encerraré en esa casa en medio de la nada, y seré feliz, sin importarme lo que deje atrás.

Ese es el efecto que tiene Lincoln Dagger. Es capaz de rescatarme de un pantano tenebroso repleto de tinieblas y con solo poner sus ojos sobre mí, hacer que me olvide de todo y conseguir que sea feliz.

—Te vas a arrepentir… —sisea Macy con voz presa de la preocupación.

—Puede —. La corto tajante —. Pero eso es algo que solo me incumbe a mí —. Ella asiente con la cabeza, perdiendo la batalla. —Además, déjame decirte que lo dudo.

—¿Pondrías la mano en el fuego por un a… —Audrey guarda silencio. Acaba de meter la pata hasta el fondo y es consciente.

—Por un asesino. Dilo —la incito con voz seca.

—No quería…

—Sí, Audrey. Sí querías. Y, ¿sabes qué? Me importa una mierda tu opinión.

Me levanto de la silla, recupero mi bolso y me dirijo a la puerta de la panadería.

—Mia. ¡Mia! —Corre tras de mí.

Me atrapa ya en la calle y se cruza delante, impidiéndome la huida.

—Por favor, escúchame.

Cruzo los brazos a la altura del pecho. Mi pie repiquetea con muy poca paciencia sobre la acera.

O habla rápido o me largo.

Ni siquiera sé por qué me he detenido y no la he apartado de un empujón.

Bueno, en el fondo, lo sé. Porque conozco a Audrey y comprendo que no es mala persona. Que está preocupada y que trata de cuidar de mí. Aunque no lo hace del modo correcto.

Tiene que tener más cuidado con esa boca.

Se puede hacer mucho daño con un comentario de ese tipo. Aunque admito que, si no me llego a ver envuelta en esta situación y fuera una mera espectadora, yo podría ser igual de incauta y prejuiciosa que ella.

—Te he visto pasarlo tan mal —su voz se rompe —. Me importa una mierda Lincoln, Mia. Sí es lo que tú quieres, adelante. Yo voy a estar aquí —. Dirige la vista a Macy que acaba de salir y se coloca a nuestro lado y se corrige —. Nosotras vamos a estar aquí.

Y ojalá salga bien. Pero si sale mal, no vamos a juzgarte. No podríamos hacerlo. Solo estás… enamorada. Sería muy hipócrita hacerlo, por mi parte, después de todas las meteduras de pata que he tenido yo con Clay.

Me mantengo distante y fría. Sopesando sus palabras.

Lo cierto es que no quiero perder a las chicas. No puedo hacerlo. Y si no perdonara su arrebato de ira, me estaría comportando como una de las personas que tanto critico últimamente.

—¿Me perdonas? —insiste con la cara bañada en un líquido salado que emana de sus ojos.

—¡No!

Audrey agacha la cabeza. Completamente abatida y con la intención de hacerse a un lado y aceptar mi negativa. Aunque le duela, me respeta.

—No te perdono, porque no estaba enfadada contigo, idiota.

Levanta su preciosa carita de muñeca y se tira a mis brazos, antes incluso de saber si voy a cogerla. Al fin y al cabo, es como dice Kai. «Todos cometemos errores.» Lo importante es enmendarlos. Esa última parte es de cosecha propia. ¿O no? No estoy segura. Ese día estaba demasiado aturdida y confusa como para haberle prestado toda la atención del mundo.

—Aunque si me has tocado un poquito los cojones —admito, intentando sonar severa, pero lo hago la mar de divertida.

—Y lo que te queda —escupe ella.

Las tres rompemos a reír. Estiro los brazos mirando a Macy y enseguida se une a nuestro abrazo.

—Además, no puedo separarme de vosotras. Barbie chalada tiene dos secuaces y yo quedaría en desventaja —confieso, empezando a

caminar con ellas hacia la peluquería de Macy.

Un rato antes de que la bomba Lincoln explosionara, habíamos quedado en ir a ponernos monas.

—¿Quién demonios es, Barbie chalada? —pregunta Macy.

—La rubia zumbada que babea por Lincoln. Bueno por Lincoln y por Kai.

Las dos se echan a reír.

—Joder, tantos años en este pueblo, y no se nos había podido ocurrir a nosotras un mote mejor ni soñándolo.

Le guiño un ojo a Audrey y seguimos nuestro camino.

—Qué los pillaste, ¿qué?

Resulta que, de camino a la peluquería, empezamos a hablar de Brittany y sus amiguitas. Y acabé por confesarles lo de la noche que visité a mi padre en el cementerio. Evidentemente, no les he dicho que no está allí. Pero sí les conté lo ocurrido a la salida. El bochornoso momento en el que me topé con Kai y Dominic y en compañía de quienes estaban.

Cuando les narré toda la escena, no podían parar de reír.

Macy acaba de secarme el pelo con el secador.

Simplemente, lo he lavado, cortado un poco las puntas y peinado al aire. Y devuelto mi color.

Pongo los ojos en blanco. No por la orden de Lincoln, eso me lo puedo llegar a esperar, sino por mi sumisión hacia él. Es increíble. Que no se acostumbre porque… nada. Los dos sabemos que no voy a hacer nada y lo peor de todo es que no hago nada porque me gusta complacerlo, no porque me acojone. Que también me acojona, pero contra eso puedo luchar. No me supone problema. Contra su decepción, joder, contra eso sí que no puedo.

Quiero pagarle a Macy, pero se niega a aceptar mi dinero. Me despido de las chicas y me voy al taller.

Al salir a la calle, veo a Kai, Dominic y Lincoln charlando en la puerta. ¡Panda de vagos!

Al percatarse de mi presencia, noto como la mirada de Lincoln, examina mi pelo mientras cruzo la carretera. Una estúpida sonrisa de medio lado se cuela en sus labios durante un par de segundos.

¡Qué paciencia!

—Hola —saludo en general.

—Hola —me devuelve el saludo Dominic.

Kai no se molesta. Creo que me echó un cable por su amigo, pero sigue detestándome.

Lincoln tiene el culo apoyado contra el murete donde está instalado el riel de la persiana, me da la vuelta y pega mi espalda contra su pecho.

Cuela la cabeza en mi cuello y me muerde.

Aspiro entre dientes, no me quejo.

Podría pegar un grito que se escuchara desde Canadá porque me ha hecho daño, pero me contengo.

—Hola, nena —ronronea con voz ronca pegado a mi oreja.

Kai me mira, me mira, me mira, me mira, me mira y finalmente suelta.

—Me alegro de que entraras en razón —. La chulería no pasa desapercibida en sus palabras.

Será imbécil. Bueno, admito que yo también me alegro. Eso no lo hace menos capullo.

—Como si te importara —escupo privándolo de mi atención.

Rompe a reír.

—Joder, que digna eres cuando tienes a Lincoln cerquita.

Lincoln se endereza y cuadra los hombros.

—Solo era una broma, tío —. Se excusa Kai antes de que todo salte por los aires.

—Pues métetela por el culo. Aquí solo la puteo yo —. El inicio de una sonrisa desaparece en el rostro de los chicos cuando agrega; —y ella, tiene permiso para putear a quien le dé la gana… excepto a mí —añade mirándome a los ojos.

¿Lincoln me está dando carta blanca?

¡Oh! ¡Oh! Miro a Kai con expresión de… «Te vas a comer tus palabras, capullo.»

—No nos vengamos arriba —pide Kai.

Por mucho que su tono sea de advertencia, todos sabemos que, frente a Lincoln, agachará la cabeza.

—Kai —lo llamo adoptando el tono más seguro de mí misma que soy capaz de adoptar, con voz cortante e intimidante. Revelando un claro; allá voy. Kai aprieta los dientes y me mira a los ojos. Diciendo sin palabras, «Te he de pillar cuando Lincoln no esté presente, ten cuidado.» No me dejo intimidar. Apunto, disparo, y no erro el tiro. —Gracias.

La perplejidad de Kai se apodera de la calle, del pueblo, del estado entero.

—¿Qué?

¿Por qué basta un poco de amabilidad para noquear a los tíos más duros? Da igual. Se lo debo.

—Gracias —repito con voz calmada y sincera. —Si tú no me hubieses abierto los ojos… Bueno… Gracias. Solo eso. —Sobran las palabras. Él comprende muy bien a qué me refiero.

Lincoln me frota la barba contra el cuello sin decir una sola palabra, creo que acabo de hablar por los dos.

Es cierto que no me gusta Kai. También que yo le caigo mal. Es un imbécil y cientos de adjetivos peores. Pero… Si no fuera por él, Lincoln y yo, no estaríamos juntos. No niego que tal vez en un futuro arreglásemos nuestras diferencias, eso es algo que nunca sabremos. Pero me ciño a la realidad. A día de hoy, no estaríamos juntos, y eso merece que me muerda la lengua y le reconozca el mérito en público.

Pese a las formas de mierda que utilizo para que «espabile» según sus propias palabras.

—De nada, Mia.

Macy y Audrey cruzan de acera y se acercan. La mirada de las dos se fija en las manos de Lincoln rodeándome y cuando miro hacia arriba, lo descubro asesinándolas con la mirada. No lo culpo. Y reconozco su gesto como lo que es. Por mucho que encierre posesión, también irradia inseguridad.

Acaricio las manos de Lincoln entrelazadas en mi estómago.

—¿Vas a venir… —empieza a preguntar Macy.

—Tiene que trabajar —interrumpe Lincoln.

Acaricio sus tatuadas manos una vez más y cuelo mis dedos entre los suyos, proporcionándole seguridad; comprendo que la necesita

en estos momentos.

Levanto la cabeza y, con la mirada fija en sus labios, me da lo que le ruego silenciosamente.

Rozo mis labios con los suyos. Lincoln atrapa mi labio inferior entre los dientes y tira de él suavemente. Succionándolo.

—Te quiero —agrego sin importarme nada estar en presencia de mis amigas y los suyos.

Lo que no me esperaba es que, a él, tampoco le importara lo más mínimo.

—Y yo a ti, nena.

Haciendo un esfuerzo titánico para que las piernas no me cedan y caer de bruces contra los adoquines del suelo, (gracias a que Lincoln me tiene bien sujeta, de no ser así; tal vez, mi esfuerzo fuese en vano), pregunto a Macy:

—¿Ir a dónde?

Mi amiga, gracias al corte del neandertal que tengo por novio y de la emotiva escena que los ha dejado a todos con caras de idiota, me informa:

—Vamos a picar algo por la tarde en la hamburguesería —. Es viernes. Los chicos siempre se reúnen allí los viernes y sábados por la noche —. Si te apetece venir… —Mira a Lincoln y se corrige —. Quiero decir, si os apetece venir…

—Nos apuntamos —responde Dominic por todos.

—A ti no te han invitado —interviene Kai para nada bromeando.

—Bueno, la hamburguesería es un sitio público, yo voy a ir. Si tú no quieres venir, quédate en tu casa.

Kai tuerce el gesto ignorando a Dominic. Yo, sin embargo, agradezco su capote, pero aprieto las manos de Lincoln en mi vientre.

—Lo que tú quieras, nena —ronronea en mi oído, haciéndome cosquillas con sus labios.

Asiento mirando a mis amigas. Ni confirmo, ni niego, solo asiento. Eso se podría interpretar de muchas formas. Prefiero asegurarme cuando estemos a solas de que a Lincoln realmente no le importe que vayamos. Lo cierto es que me hace ilusión compartir tiempo con ellas. Y con los chicos, no vamos a engañarnos.

Últimamente, el tiempo que hemos pasado juntos, ha sido escaso y yo me sentía por los suelos, por lo que hace mucho que no disfrutamos de una noche agradable y buena conversación. Pero no quiero que Lincoln se sienta fuera de lugar o incomodarlo. No me importa irme a casa con él y pasar de todo. Que digo, no me importa. Me encanta irme a casa con él y pasar del mundo. Solos él y yo. Bueno, y Time.

Lincoln
Capítulo 60

Mia ha pasado el día trasteando por la oficina y yo mirándole el culo descaradamente. No he podido evitar echar la persiana abajo en un par de ocasiones y follármela.

Exigirle una mamada una de las veces que he visto cómo entraba en el baño. Y meterle los dedos otras tantas cuando me colaba en el despacho para coger una cerveza de la nevera.

¿Por qué hostias, no le vi la ventaja a esto de trabajar juntos antes?

Puede que me pase más tiempo dentro de ella que arreglando coches. ¿A quién cojones le importa? Somos los putos jefes.

No me hace gracia tener que juntarme con sus amigos. Y no lo he hecho. Me he instalado en la misma mesa, pero con Kai y Dominic delante y Mia sobre mi regazo. Por lo que me he centrado en lo mío. A un cierto punto de la noche, Mia desapareció con sus amigas.

¿Por qué las tías siempre van al baño juntas?

¿Es dónde maquinan cómo hacernos perder la cabeza por ellas?

Clayton se me acercó y sin más me tendió la mano. Yo se la estreché y luego le di un par de palmaditas en el hombro y él me tendió un canuto.

Con eso olvidamos lo ocurrido.

No era necesario remover la mierda.

Yo lo jodí, él me jodió a mí. Estamos en paz.

Bueno, estamos en paz porque tengo a Mia conmigo. Si la hubiera perdido por su culpa, este hijo de puta, yacería bajo tierra. Que dé gracias a que no es así.

Sin más, es un buen tío. Lo he dicho en varias ocasiones.

Apenas un par de horas después nos largamos y acabamos de llegar a casa.

Al poner el primer pie en el salón, ya sé lo que va a hacer Mia. Saludar al puto bicho.

Me dejo caer en el banco de madera y, al poco, Mia aparece con una Budweiser congelada entre los dedos.

Se apoya en la barandilla frente a mí y se la arranco de las manos.

Me la llevo a los labios y le doy un sorbo que vacía la mitad. Clavo la vista en sus piernas. De inmediato nos imaginó justo aquí, justo en esta posición, haciendo lo mismo, hace tres meses exactos.

Me la como con los ojos. O más acertado sería decir, me como sus piernas con los ojos.

Apuro la cerveza y Mia me tiende otra que escondía tras su espalda. Cómo me conoce.

La pillo y la descorcho, dándole un golpe con el puño y contra la esquina del banco.

Mia entra en casa antes de que me dé tiempo a protestar, escucho el tintineo del botellín que he dejado a mis pies.

El puto bicho se ha tirado a por él a toda velocidad. Está vacío, se ve que le gusta lamer las pocas gotas que se concentran en el cuello.

—Eres de los míos —gruño serio y a baja voz —. Qué no te vea Mia o me cortará las pelotas —añado vertiendo un chorrito en el suelo.

El lince lame desesperado el suelo. Cabeceo. Y añado:

—Y, por favor, compórtate. No quiero escuchar los lloriqueos de Mia si me toca partirte el cuello.

Mi chica vuelve en ese momento y yo le doy una patada al botellín de cristal para esconderlo bajo el banco.

My immortal de Evanencence, resuena en la casa y se cuela por la puerta al porche trasero, haciéndonos compañía.

Mia se sienta en mi regazo, apoya la cabeza en mi hombro, pierde la vista en la oscuridad delante de nosotros y estira el brazo hacia atrás para rodearme el cuello.

—Has dado en el clavo, nena —admito en referencia a la canción.

Acaricia mi cuello, yo me relajo sintiéndola y me permito cerrar los parpados. Hostias, no cambiaría esta sensación por ninguna otra en el mundo.

Espera.

Sí, claro que la cambiaría.

De hecho, voy a cambiarla ahora mismo.

Tiro la Budweiser prácticamente llena que tengo en una mano al cubo de basura y el porro al suelo. Lo piso con la bota.

En un rápido e imposible movimiento, tumbo a Mia en el banco de madera. Ella estalla en carcajadas. No se queja.

Es increíble la visión que tengo en estos momentos, pero dos segundos después, cuando le arranco la parte de arriba y le veo las tetas, mejora considerablemente.

La perfección se torna más perfecta.

—¿Qué haces? —murmura bajito.

—Cállate —. Todavía hace un frío de la hostia. Tiene los pezones duros como piedras y sé que no soy el único causante. Pero pronto lo seré —. Quiero follarte mientras suena esta canción. Empalar con mi polla ese estrecho coño y correrme mientras gritas mi nombre.

—Eres un romántico, Dagger —se finge ofendida.

Es solo una pose. Le gusta tanto como a mí.

—Lo soy. No lo dudes.

—Ya —fanfarronea.

Me deshago de su pantalón de andar por casa, negro y ancho, y rápidamente me desabrocho el botón y libero mi erección.

Mi polla se arquea por completo hacia arriba. Me la sujeto con un puño y, mientras la acerco a su abertura chorreante, me dejo caer sobre ella.

Hostias, se me ha ido la olla. Tengo que andarme con cuidado o acabaré por partirle varias costillas.

Sin más dilaciones, la empalo.

—Dios, Lincoln. Vas a acabar conmigo —grita ante la brutal invasión. Siempre lo hace.

Joder, Mia parece no dilatarse nunca. No dejo de follármela todos los días una y otra vez, y ella sigue siendo tan estrecha, que parece imposible. Va a flipar cuando tenga que parir a mis cachorros.

Ejerzo presión y aprieto la mandíbula para acabar de metérsela del todo.

Su respiración es un caos.

Levanto la cabeza y la miro a los ojos, manteniéndome muy quieto.

—Nena — llamo su atención. Cuando me mira, en lugar de ser el animal al que ella está acostumbrada, muevo las caderas despacio y ronronea como un gatito —. Te amo —susurro con la voz ronca. Suspira y se humedece más si es que eso es posible —. Te amo con locura —repito trazando círculos en su interior y acariciándole la mejilla.

Se muerde el labio inferior. Lo lamo con dulzura y luego la beso lentamente.

Me mira como si fuera su jodido dios.

—Al cuerno con el romanticismo —sentencio retirándole la polla de dentro y metiéndosela con saña.

Me la follo como a mí me gusta. Con fuerza. Con decisión.

Mia hace el amago de una risa cuando escucha mi revelación, enseguida mis constantes y rápidos asaltos la hacen jadear como una posesa.

No conforme, abandono su coño, solo para darle la vuelta y dejarla boca abajo en el banco.

Azoto con severidad sus nalgas, hasta que su piel se torna del rojo más intenso. Me acomodo entre sus piernas y se la meto de golpe. Mientras le presiono la cabeza con la mano contra la madera y le corto la respiración.

Me la follo como un condenado poseso. Hasta que llora… luego patalea, y posteriormente acaba por perder el conocimiento a causa de mis violentas embestidas y la falta de oxígeno.

Eso tampoco me detiene, sigo follándomela con saña, hasta que me corro en sus entrañas.

Mia
Epílogo
(Dos meses después)

—Esto no es buena idea, Lincoln.

Dirige la vista a mí, amenazante. No puede obligarme. Me da igual lo que piense. No puedo. Es demasiado. Esto no.

—Te lo suplico.

—Cállate, Mia.

Lincoln permanece de pie, pegado a mi espalda. Tengo la cara empotrada contra la ventana del salón.

No consigo ver nada.

Hace más de cinco minutos que no veo más que mis lágrimas adhiriéndose al vidrio.

No puedo más.

Intento aguantar. Soportar el dolor agonizante que me atraviesa y me parte en dos.

Es demasiado intenso.

Consentiría que Lincoln me hiciera lo que fuera. Cualquier cosa. Sin quejarme. Pero esto, no. Es muy duro.

Me tambaleo y Lincoln me sostiene por las caderas. Reafirma mi postura. No es suficiente, estoy mareada y creo que voy a caer en cualquier momento. El estómago se me encoge y me duele hasta el alma.

Separo un poquito la cara del cristal y me cubro la boca con la palma de la mano. Voy a vomitar.

Sé que él lo desea y yo daría mi vida por complacerlo. Voy a fracasar. Es terriblemente desgarrador. Voy a caer en picado si lo obedezco en esta ocasión. No creo que pueda recuperarme después de algo así.

—Lo siento —lloriqueo.

Lincoln tensa la mandíbula. Cabreado.

—Las cosas son como tienen que ser y tú no vas a impedírmelo. Llora, grita, chilla, patalea, pero aguanta, hostias.

Caigo de rodillas al suelo y rompo a llorar desconsolada. Rogándole sin palabras que pare. Que la crueldad a la que me somete es de otro mundo. Abatida, derrotada, rota.

Lincoln se acuclilla a mi lado y me sostiene ambas mejillas con sus manos. Fija sus oscuros ojos en los míos.

—Solo cinco minutos más.

Ya llevamos al menos diez minutos así. Cinco más, serán insoportables. No puedo. No.

Cabeceo sollozando y llevándome la mano al pecho. No puedo calmar mi respiración. Siento que va a darme un infarto en cualquier momento.

—Hostias, nena —gruñe entre dientes. —No me toques los cojones.

—Está rascando la puerta con su patita —confieso entre sollozos y con un llanto desbordante.

—Puffffff.

Lincoln da las dos zancadas que lo separan de la puerta de entrada, y la abre de par en par, de mala leche, a la voz, de:

—Estarás contento, sabandija, te has vuelto a salir con la tuya.

Time, que ha crecido una barbaridad, entra a toda velocidad, derrapando cuando me tiene delante y chocando con mis piernas.

—Bebé —suelto abrazándolo mientras él no deja de lamerme.

—No es un bebé, Mia. Es un jodido animal salvaje.

—Eso no es cierto. Es un bebé —protesto sin dejar de abrazar a mi cachorrito que es enorme.

La primavera se avecina y Lincoln no deja de insistir en que tenemos que dejarlo salir de la casa y que husmee y se habitúe a estar por la zona. Yo no estoy de acuerdo. No es que esté siempre encerrado. Es más, la puerta que da al porche, siempre que hace buen tiempo, se mantiene abierta. Pero a Time no le gusta salir. No, si no salimos uno de nosotros con él. ¿Qué tiene de malo?

Siempre se sienta al lado de mis piernas cuando, con un libro, pierdo la tarde envuelta en mis historias en la mecedora del porche.

Y cuando Lincoln se fuma sus canutos, le hace compañía tumbado a sus pies.

Aunque esa parte no me gusta mucho. Lincoln fuma demasiado y acabará con todas las neuronas de su pequeña cabecita, al convertirlo en un fumador pasivo. Además, no se me escapa que, de vez en cuando, le deja chupar el cuello de las botellas de cerveza; eso me cabrea muchísimo.

—Mia, tiene que espabilar. Está puto amariconado.

Time refriega la cabeza en mis muslos.

—Tranquilo, cariño. Eso no es verdad —. Le cubro las orejas a Time con mis manos y reprendo a Lincoln —. No digas esas cosas delante de él. Vas a herir sus sentimientos.

—Puffff. Es un puto lince, nena. No tiene sentimientos.

Abro la boca y lo observo cabreada.

—Cierra esa boca si no quieres que te meta la polla ahora mismo.

La cierro de golpe y lo fulmino con la mirada. No ha tenido gracia. Lincoln me observa en silencio. No comprendo su comentario de mierda. ¿Con qué propósito nos obliga a pasar por este calvario a Time y a mí?

—Tiene que aprender a cazar.

—¿Por qué?

—Porque es un animal salvaje.

—No, no lo es. Es un miembro de nuestra familia —suelto apresurada. Los ojos de Lincoln centellean —. Y nosotros le damos le comer, por lo que no tiene por qué buscarse la vida solo. Es nuestra responsabilidad. Nosotros…

—Repite eso —exige, cortándome en seco.

—Nosotros de damos de co…

—Eso no, lo otro.

Levanto las dos manos, dándole a entender que no sé de qué narices me habla. Lincoln abandona su erguida postura y se acerca a nosotros.

—¿Qué somos, nena? Repítelo.

Rebobino en una fracción de segundo y me doy cuenta de lo que acabo de decir. Una familia. Y aunque es verdad que lo pienso,

nunca lo había dicho en voz alta. Lincoln parece noqueado y en shock ante mi comentario.

Sonrío con ternura y repito con timidez.

—Una familia.

No tarda en cogerme en brazos y levantarme por encima de su cabeza.

—Hostias, sí.

Apoyo las palmas de las manos en su rostro, repasándole los pómulos y las facciones cuadradas de su mandíbula. Acaricio con la yema de los dedos los tatuajes de su cuello y luego las deslizo por sus tonificados y definidos pectorales.

—Una familia —susurro, pegándome por completo a él, mientras me desliza por su cuerpo para que mis pies toquen el suelo de nuevo.

—Una familia, nena.

Y puede que sea pequeña. Solo consta de tres miembros. Lincoln, Time y yo. Pero no hay duda de que lo somos.

—Ponle la correa —ladra Lincoln cuando abro la puerta de la Chevrolet frente al taller. La correa dice; ¡qué gracioso, no tiene ni collar!

Me ha repetido hasta la saciedad que esto no es el bosque, que no podemos pasearnos con Time por el pueblo, así a la ligera. Pero yo me niego a apresarlo. Puede que Time forme parte de nuestra familia, como hemos aclarado ayer. Pero eso no quiere decir que tenga que menospreciarlo y manipularlo. Es un alma libre, que decide estar con nosotros por voluntad propia.

—Me hará caso… —canturreo cerrando la puerta y rodeando la camioneta.

—Mia, hablo en serio —gruñe cabreado aún desde dentro.

Lo ignoro. Como hace él tantas veces.

—Vamos, chico —llamo a Time que viaja en la caja de la camioneta. Es la primera vez que viene al pueblo. No parece nervioso ni impresionado. Se comporta con total naturalidad. Baja de un salto y me sigue pegándose a mi pierna.

Paso por delante de Kai y Dominic. Por lo que sé, quedaron con Lincoln aquí ayer, porque Dominic tiene un problema en su moto o algo así. No estoy segura. No presté mucha atención a su conversación. Los dos se quedan paralizados y mirando al pequeño Time como si no hubieran visto un lince en su vida.

—Buenos días —saludo dejándolos atrás para entrar en el taller, con Time a mi lado. Entro y poco después lo hacen los chicos con Lincoln.

Me centro en lo mío. En el despacho y enciendo el ordenador. Durante estos dos meses he informatizado todo lo referente al taller. Y aunque me ha costado Dios y ayuda, hacerme con el desastre que tenían montado, (mi padre tampoco es que fuese muy organizado), finalmente lo he conseguido.

Time se tumba a mis pies y recupero el albarán garabateado que dejé ayer encima de la mesa.

—Tío, eso es… —escucho a Dominic.

—Cállate —ladra Lincoln, a cada segundo que pasa más y más calentito.

—En serio —insiste. —¿Sabes que hay un lince en tu taller?

—Pues claro que lo sé, gilipollas —protesta, perdiendo la paciencia, mi chico.

—¿Y no vas a cargártelo?

Lincoln resopla, pero no responde.

—Tú. El gran cazador. ¿No tienes ni siquiera un poquito de ganas de pegarle un tiro?

—¡Qué te jodan! —replica Lincoln.

—Quién te ha visto y quién te ve —añade con voz seca Kai.

Cabeceo escuchando a los chicos y devuelvo la atención a los documentos.

Le envío un mensaje a Macy, diciéndole que más tarde me cruzo a verla y otro a Audrey para saber que tal ayer la cita con Clayton. Insistió mucho en llevarla a cenar a la ciudad. No sé si hoy trabaja. Imagino que no. Y las tres cuchicheábamos que eso olía a pedida. Ojalá sea así. Audrey lo está deseando.

La mañana avanza y los amigos de Lincoln parecen no tener prisa. Entran los tres después de arreglar la moto de Dominic en mi oficina y Lincoln saca tres botellines de cerveza de la nevera. Le tiende uno a cada uno y él se abre otro.

Se apoya en el respaldo de mi silla y con los dedos me roza el cuello mientras charla.

Kai toma asiento en una de las dos sillas que yo tengo enfrente, pero Dominic estira la mano para coger el papel que porto entre ellas. Es su factura y él lo intuye.

Es un movimiento rápido, pero no amenazante. Aun así, a Time no le hace gracia y se levanta sobre sus cuatro patas y le gruñe enseñándole los dientes.

A pesar de que tiene alrededor de cinco o seis meses, no sabemos exactamente cuánto. Para quien no lo conozca, acojona bastante. Para mí es un amor y totalmente inofensivo.

Lincoln zapatea una sola vez la suela de su bota militar contra el suelo. Fuerte. Intimidante.

—Ey.

Time retrocede y me planta las dos patas delanteras en el regazo.

—Tranquilo, bebé. No pasa nada.

—Hostias, Mia. Tranquilo, hostias. Te dije que lo atarás —gruñe alzándome la voz.

Dominic retrocede con las manos en alto hasta quedar bajo el umbral de la puerta.

—No hará nada.

Esto me va a traer problemas. Lo sé.

Time no ha hecho nada malo. El movimiento de Dominic debió asustarlo. Eso es todo. Pero Lincoln. Joder, Lincoln lo va a sentenciar por esto. Lo conozco.

Kai se incorpora al ver que Lincoln está perdiendo la calma. Seguramente con miedo de que le haga algo al pobre Time, y le da un par de palmadas en el hombro, como hace siempre, para tranquilizarlo.

Time salta por encima de la mesa y se encara con Kai. Enseña los dientes y gruñe aún peor que la primera vez.

—Grrrrrr.

—¡Se acabó! —ladra Lincoln cabreadísimo, estirando la mano para enganchar a Time.

Y entonces caigo. Justo antes de que Lincoln atrape a Time.

Dominic se acercó a mí. Luego Kai a Lincoln. No está atacando.

Mi chico baja la mano para agarrar al pequeño felino por el cuello, con la intención de retorcérselo y grito a tiempo.

—No está atacando —. Se queda congelado sin llegar a tocarlo, con la mano suspendida en el aire, y los tres giran la vista hacia mí. A la espera de una explicación —. Nos está protegiendo.

Kai y Dominic abren los ojos incrédulos, pero Lincoln que no es tonto, los frunce.

—Tócala —pide a Dominic que es el que más cerca está.

—Ni de puta coña —escupe este sin importarle quedar como un gallina.

Kai niega con la cabeza, poniendo los ojos en blanco, rodea la mesa y alarga un dedo. No ha llegado a tocarme cuando Time salta por encima de la mesa y le planta cara. Clava sus preciosos ojos color miel en Kai, gruñe con fuerza.

—Grrrrrr.

Este retira la mano sin llegar a tocarme. Pero no demuestra miedo. Simplemente, se queda mirando al animal.

Lincoln que acaba de comprobar que mi teoría es cierta.

Rodea mi silla y palmea al felino.

—Buen chico —lo alaba.

—¿Buen chico? Casi nos arranca los putos ojos —protesta Dominic.

—Pues no toques lo que no debes —escupe Lincoln con calma.

—Tienes un buen guardaespaldas, Mia —asegura Kai a medio camino entre sonar divertido y demasiado obstinado.

Y sin más, Time acaba de ganarse un sitio en el corazón de Lincoln. En sus ojos se refleja que ya no solo lo soporta por mí.

—Te cae un poco mejor —finjo indiferencia.

—Tenemos intereses comunes —escupe él saliendo por la puerta de mi despacho.

Las chicas alucinaron con Time cuando entré en la peluquería, lejos de asustarse, se lo comieron a besos.

Bastó acuclillarme a su lado, presentarlas, para que comprendiera que no eran una amenaza, y enseguida se hicieron amigos.

Audrey viene directamente de la ciudad, como intuía, hoy no ha ido a trabajar.

—Cuéntanoslo todo —exige una impaciente Macy.

Audrey no se hace de rogar.

Mete la mano en el bolsillo de su cazadora y trastea en ella. Cuando la saca de nuevo, un anillo con un diamante en el centro impresionante, trenzado y repleto de circonitas, brilla en su dedo. Aunque no tanto como la sonrisa en su rostro.

—¡Me lo ha pedido! —Anuncia resplandeciente.

Las dos la abrazamos y Audrey se echa a llorar. Imagino que recordando el emotivo motivo en el que Clayton le hizo la gran pregunta.

—¿Hincó rodilla? —pregunto con gesto divertido. Mi amiga asiente muchas veces seguidas y confirma:

—Hincó rodilla.

—No me imagino a Clayton Dankworth, arrodillado en el suelo.

—Yo tampoco hasta que lo vi en medio del restaurante, repleto de gente hasta los topes. Pero… eso no fue lo que me sorprendió de verdad. Cuando lo vi entrar con traje, aluciné.

—¿Qué? —gritamos Macy y yo al unísono.

—Como os lo cuento. Con traje. Corbata y chaleco incluidos.

¡Qué fuerte! El camello del pueblo trajeado. Ver para creer.

No es que los camellos del mundo no puedan llevar traje, pero Clayton… Para él, vestirse de gala, es calzarse unas deportivas, un vaquero y una sudadera con capucha. ¡Es flipante!

Me quedo con las chicas parte de la tarde, cotilleando y hablando sobre todo del nuevo compromiso de Audrey. Estoy feliz por ellos. Se lo merecen. Los dos son de diez y hacen una pareja estupenda.

Cuando veo que Lincoln tira hacia abajo de la persiana del taller, me despido de las chicas y voy a su encuentro.

Tomo asiento en el lado del copiloto.

Lincoln entrelaza sus dedos con los míos y va cambiando de marcha mientras retomamos el camino a casa.

¡A casa! Suena tan bien.

Lincoln
Epílogo
(Tres meses después)

—¿Qué dices, tío? —pregunta Dominic a Kai mientras yo bebo un sorbo de mi botella. Apoltronado en el sillón, de nuestro antro habitual, en nuestra mesa de siempre.

—No íbamos hacia ningún lado.

—Eso te lo dije yo hace mucho.

Kai me mira y yo asiento con la cabeza. No voy a meterme, no es cosa mía, pero Dominic tiene razón.

Kai acaba de contarnos que lo ha dejado con Morgan. Normal. No hacían más que follar como conejos, pero ni siquiera se caen bien. Por lo menos, a Kai ella no le cae bien.

Tetas de diez mil pavos y un buen culo. Son sus palabras, no las mías. Aunque yo no la hubiera descrito mejor.

Me la he follado un par de veces y lo cierto es que no considero que sea para tanto la chica, ni siquiera fue capaz de meterse mi polla entera en la boca. Kai decía que follaba como los ángeles. Yo no podía hacer más que sentir compasión por él. Si considera que esa tía folla como los ángeles, qué necesitado está el pobre. Mia, Mia folla como los ángeles, o, mejor dicho, me deja que me la folle a mi antojo siendo un buen angelito.

—¿De qué te ríes, capullo?

Llevo la vista a mis amigos cuando me llaman la atención y me descubro a mí mismo sonriendo como un imbécil.

—De nada —ladro y sigo bebiendo.

—¿Echarás de menos tirártela? —pregunta Dominic.

—Me la sigo tirando —informa Kai con orgullo.

—Bien hecho.

—Salud —añado, abriéndome otra Budweiser.

—¿Qué hay de ti?

Miro a Kai. No me gusta contar mis mierdas. No soy de hacerlo y no empezaré ahora. Pero mentiría si no dijera que existe un tema que me tiene subiéndome por las paredes.

Acojonado a la par de cabreado.

No quiero hablarlo con Mia. No porque se lo esconda. Ella ya lo sabe. Se lo he dicho en infinidad de ocasiones. No quiero atosigarla, eso es todo.

—Puede que esté preñada, no lo sé.

Llevo desde que conozco a Mia intentando dejarla embarazada. El jodido destino tiene que odiarme un montón, porque por mucho empeño que le ponga, que realmente se lo pongo. No se queda.

Dejó las pastillas hace tiempo. Además, solo las estuvo tomando unos días. Hago los deberes varias veces al día y siempre me corro donde tengo que hacerlo. Bueno, siempre, siempre no. Pero sí muchas veces. No hay manera.

A Mia no le preocupa, dice que en el momento menos esperado se quedará. Pero a ella no le quita el sueño, porque no quiere ser madre todavía. Yo sí, hostias.

Cada vez que me dice que le ha bajado la regla, bajo un escalón de mi puto pedestal. Me he llegado a plantear un sinfín de motivos.

¿Y si es culpa mía? ¿Si no consigo cubrirla, por qué no funciono bien? ¿Puede que seamos incompatibles?

Qué sé yo. Me estoy volviendo loco.

—¿En serio? —pregunta esperanzado Kai.

Me ha dicho que es una locura. Que es demasiado pronto blablablá. No lo escucho. Su opinión puede metérsela por el culo, nadie le ha preguntado.

Pero al decirle, puede que Mia esté preñada, me apoya. Solo porque es un buen tío, y un buen amigo, debo añadir.

Joder, no es verdad.

Sé que no lo está. Y eso me consume.

Me golpea la jodida virilidad. ¡Como si eso me hiciese menos hombre!

Me paso las manos por la cara y me froto la barbilla.

—No —gruño cabreadísimo entre dientes, con la mandíbula apunto de desencajarse de la fuerza que ejerzo —. Esta mañana,

cuando he entrado al baño, había una puta caja de tampones encima del lavamanos. No quiero hablar de ello.

Me levanto cabreado del sillón y salgo por la puerta de la calle, me dejo caer contra la pared del local y me enciendo un porro.

Enseguida se me acoplan estos dos.

Kai me palmea el hombro.

—Tienes que dejar de rallarte, Lincoln.

—Tú que hostias sabrás —gruño sin mirarlo.

—Tío, Kai tiene razón. Lleváis pocos meses, a veces a las tías les cuesta, eso es todo. Deja de comerte la olla.

Pierdo la vista al frente, contemplando la calle sin más. Una sonrisa se instala en mi cara cuando veo a Mia venir en mi dirección. El lince la acompaña y ella va hablando con él, como si realmente la entendiera.

—Joder, es preciosa —susurro roncamente solo para mí mismo.

Dominic ladea la cabeza y se fija en Mia. En ese momento comprendo que me han oído y miro amenazante a mi amigo que en este momento la está inspeccionando.

—Como no le quites los putos ojos de encima, te reviento, Dom.

Levanta las dos manos en señal de rendición.

No soy idiota. Sé el efecto que causa Mia en los tíos, pero que sean mis propios amigos los que me toquen los cojones, no. Por ahí sí que no paso. Kai no lo hace. Y creo que no lo haría nunca ni, aunque Mia y yo nunca hubiésemos sido nada. No se me escapa que Mia y él, no casan. Chocan constantemente. Mia dice que Kai la odia y que no le cae bien. Yo conozco a Kai y simplemente se comporta como Kai. Es un capullo integral con el mundo, no trata a Mia de manera diferente al resto. Es más, hasta creo que con ella es más amable que con el resto, solo por el hecho de que es mi chica. Y debo admitir que cuida de ella. Puede que le resulte un incordio, pero sé que siempre tiene los ojos puestos en ella y vela para que no esté en peligro.

Se lo agradezco. Con Kai somos tres.

Evidentemente, yo estoy siempre al pie del cañón, pero el puto bicho, que siempre está a su lado, no se queda corto.

La defiende como un puto león de trescientos kilos, pese a ser un lince de veinte.

Admito que me fio de él. Es protector con mi chica, conmigo, con la propiedad. Al final resultó ser un buen fichaje.

—Hola, nena —. La envuelvo entre mis brazos apenas llega.

El bicho se frota contra mi pierna, pero no le hago ni puto caso.

—¿Has cerrado? —pregunto mordiéndole suavemente la barbilla.

—Sí, y te he dejado toda la documentación preparada en los parabrisas. Recuerda que mañana vienen a las nueve a recoger tres vehículos, y a las diez, otro.

Asiento como si me acordara. No tenía ni idea.

Desde que Mia está en el taller, estoy en modo desconexión total. Yo arreglo los coches y ella se encarga del resto, bueno de todo, excepto de hablar con los clientes. Yo tampoco es que hable mucho, pero me las apaño.

No voy a permitir que cuatro babosos se la coman con los ojos. Ella en la oficina, alejadita de todo aquel que pretenda follársela con la mirada. Eso es… todo el mundo.

Puede juntarse, conmigo. Bueno, conmigo y con el lince.

Tal vez con sus amigas. Pero ya está. Nadie más. No me fio de nadie.

Cuando esta mañana, me dijo que estaba deseando que llegara el invierno para tirarnos una temporada en casa los dos solos, me hizo el hombre más feliz del puto universo.

Pero por mucho que me guste tenerla para mí, no puedo encerrarla de por vida en esa casa. Yo sería feliz, no hay duda. A Mia, aunque a veces le gusta aislarse, necesita socializar.

—¿Qué tal, Mia? —saluda Dominic.

Mi chica le sonríe a modo de saludo y luego lleva la vista a Kai y lo mira con cara de malas pulgas.

—Hola, Mia —dice este último solo para meterse con ella. —¿No me saludas?

Mia le dedica otra sonrisa a Kai, pero a diferencia de la que le regaló a Dominic, esta es falsa a más no poder.

—¿Nos vamos a casa ya?

—Estoy bebiendo una cerveza, nena —la informo mordisqueándole el cuello.

Resignada entra con nosotros en el antro y evidentemente, Time, entra con ella. Los vecinos del pueblo se han acostumbrado a que el lince la siga a todas partes, y nadie pone objeciones.

Lo intentaron, aunque Mia no lo sepa, les quité las ganas de volver a hacerlo. ¡Pobre de ellos que digan nada!

Que la dejen en paz. Es lo que tienen que hacer. Desde que Mia y yo estamos juntos, y todo el mundo lo sabe, no todos, pero la mayoría, empezaron a tratarla como lo hacen conmigo, con Kai o con Dominic. El resto, la miraba con compasión. Pobre niña buena a la que el monstruo tiene sometida. ¡Qué les den! Qué les den a todos. A mí me importa una mierda, pero no consentiré que la hagan llorar a ella. De momento no ha ocurrido porque los mantengo a raya, pero no me fio. Y sé que, aunque Mia no diga nada, le jode. Y eso me toca las pelotas.

Brittany se acerca seguida de Paige a la mesa. Antes de que llegue a nuestra posición, Mia sale de su escondite en una esquina y el bicho se coloca a su lado. Ladea la cabeza y es cuanto necesita para que estas dos den media vuelta.

Dominic rompe a reír.

—No puedes acojonarla así, Mia. No puedes intimidar al mundo con tu gran gato salvaje.

—Anda que no —sentencia ella.

Un par de carcajadas con la boca cerrada atraviesan mi garganta, tiro de Mia y me la siento en el regazo.

—Di que sí, nena. Tú puedes hacer lo que te dé la puta gana. Eres la reina.

Entra en el almacén y, en cuanto me ve despellejando un alce, sale disparada por la puerta.

La persigo, ni siquiera ha llegado a la cocina cuando rodeo su cintura con un antebrazo y la llevo de vuelta al almacén.

—¿Qué te dije? Eh, ¿qué hostias te dije?

Mia duda. Titubea y yo la tiro y la dejo caer al suelo. Se golpea el culo. Nada importante, un par de moratones más ni se le notarán.

La tengo marcada por todas partes.

Y, hostias, cómo me pone.

—Lincoln… por favor. Ya sabes que no me gusta estar aquí.

No entiendo por qué sigue asustándose como lo hace, sabe que haré lo que me salga de los huevos con ella, pero que jamás le haría daño real, al menos, no un daño que no sepa que puede soportar.

Por una parte, me alegro de que no esté preñada, no podría tratarla así de estarlo.

¿A quién pretendo engañar?

Ni me alegra que no geste a mi cachorro en estos momentos, ni tampoco seré delicado cuando lo haga.

Pero me he jurado a mí mismo no volver a pensar en ello. Puede que todos tengan razón. Le estoy dando demasiadas vueltas. Mia tiene veintidós años y yo veintiocho, pronto veintinueve. Y pongo la polla en el fuego por ella.

Estamos juntos y después de que un camión de mierda nos potara encima, ella sigue a mi lado. Y sé que va a ser siempre así.

Los críos que vengan cuando tengan que venir. Ahora solo quiero disfrutar de lo que tenemos.

—Que no escapes, hostias. Me cabrea muchísimo que lo hagas, Mia.

Y ella lo sabe, joder.

No puedo soportar que huya de mí. Ya tuve suficiente con las veces que lo hizo.

Comprendo que no huía de mí, sino de la situación. Pero me importa una mierda. A la situación va a tener que acostumbrarse, porque es la que le toca aguantar el resto de su vida.

Me conoce bien.

—No… no volverá a ocurrir.

Su voz insegura y vulnerable me la pone dura al instante.

—Por supuesto que no.

Me desabrocho el botón del pantalón y me saco la polla. Le arranco el pantalón y las bragas. Solo por el placer de tenerla desnuda. Ella, sin protestar, se deshace de su camiseta.

Enredo los dedos en su pelo, poniéndola de rodillas frente a mí...

—Trágatela —gruño, metiéndole la polla en la boca sin compasión.

Para cuando quiere reaccionar, ya me la estoy follando con rudeza y forzándole la garganta.

—Eso es, nena —ladro entre dientes al sentir cómo intenta humedecerla y colabora —. Cómetela toda.

Fuerzo su garganta y pierdo la puta noción del tiempo. Ahogándola. Exigiéndole con mis duras embestidas su sumisión. Sin sacársela de la boca, tiro por el pelo de ella y la monto a horcajadas sobre el cadáver de uno de los animales que estoy pendiente de despellejar.

—Restriégale el coño encima. Córrete mientras me comes la polla. Utilízalo para obtener placer, nena. —Odia que la obligue a hacerlo y a mí me pone como una puta moto humillarla así.

Mia se mece tímida sobre el rígido animal y yo la embisto más profundo. Exigiendo más entrega por su parte.

No tarda en obedecer y masturbarse contra el duro y áspero pelaje, el coño. Las lágrimas le caen por las comisuras de los ojos, las arcadas inundan mi sentido del oído, y yo solo puedo acelerar más el ritmo, mientras la abofeteo.

—Eso es… Esa es mi chica. Córrete para mí.

Entre gorgoteos y sollozos, Mia acelera el ritmo de sus caderas y se aprieta más contra la bestia. Su piel se eriza y sus músculos se endurecen. Se está corriendo. Lo que deriva en un aumento de mi locura e intensifica mi placer.

—¡Hostia puta!

Endereza el cuerpo, tras un orgasmo del que no ha tenido la oportunidad de recuperarse, y yo la fuerzo cuatro o cinco veces más.

Le retiro la polla de golpe de la boca y Mia apoya las manos sobre el cadáver, tosiendo y tratando de contener las arcadas. Tragándose el vómito que los dos sabemos, ya tenía en la boca.

Enredo de nuevo la mano entre los mechones desordenados de su cabello y tiro con fuerza para enderezar su posición a mis pies.

—Abre la boca. —Tarda solo una fracción de segundo, a causa de su ataque de tos en reaccionar. No estoy yo para tirar de mi reserva extra de paciencia y mucho menos para andarme con sutilezas. —Qué la abras, hostias —exijo a cada segundo que pasa más excitado.

Me la sacudo frente a su cara, y en cuanto Mia obedece, prácticamente de inmediato, arqueo los dedos de los pies, embutidos en mis botas militares, y el escalofrío que recorre mi espina dorsal se apodera de mi cuerpo por completo.

Los chorros de semen salen disparados. Impactando contra ese precioso rostro que me tiene totalmente nublado el juicio.

Tiñendo su preciosa piel morena de blanco. Su boquita, sus sonrosadas mejillas. Sus impresionantes tetas.

—¡Joder! —Con la mano abierta tomo impulso y le cruzo la cara.

Mia lloriquea. Cuando más llora ella, más descargo yo.

—Dilo —ordeno con voz ronca, severa, torturadora.

—A tus pies. Bajo tus normas, acatando tus leyes y sometida a tu voluntad. Tu dominio es mi refugio, Lincoln.

Abro la palma de la mano y la abofeteo una vez más.

—Eso es. Buena chica. Ahora haz lo que tienes que hacer.

Mia obedece. Levanta una mano temblorosa y con ojos repletos de lujuria, atrapa entre sus dedos mi corrida y se los lleva a la boca. Traga y gime en el acto. Solo por lo que acaba de decir y hacer, merece que me la folle de nuevo.

—Mi hembra —bramo solo por el placer de escucharlo.

—Tuya —afirma sin atisbo de duda.

—Siempre.

Desenredo los dedos de su pelo y le atrapo un tobillo. Con un tirón brusco, la bajo del regazo del animal. La dejo tumbada en el suelo con la cabeza apoyada sobre el cadáver.

—Enséñame el coño. —Abre las piernas en el acto. Reluciente, enrojecido por la presión con la que se ha masturbado contra la bestia y repleto de sus fluidos blanquecinos. ¡Preciosa, joder!

Le clavo tres dedos de golpe y me la follo a conciencia.

Ni siquiera protesta. Sus lágrimas caen descontroladas y silenciosas.

Sé lo que estoy haciendo.

Y solo puedo pensar en su reacción cuando ella se dé cuenta.

Agacho la cabeza y le escupo en el coño. Retiro mis dedos y me arrodillo entre sus piernas. Apoyo las manos en mis muslos.

—Métete los dedos. Los dos más pequeños.

Mia se ruboriza. Cómo me pone que sea tan tímida en muchos momentos. Obedece y se los mete.

Su coño chorreante los acoge a la perfección y en ese momento le clavo otros dos de los míos; fuerzo bien su entrada para tener espacio.

Mia chilla, enloquece. Se retuerce y arquea la espalda, tratando de contenerse. Pero disfruta tanto del dolor que le infrinjo como yo.

Aprovecho para atrapar su dedo anular, mientras me la estoy follando, y deslizarlo por él.

No sé percata, se los envuelvo con los míos.

Solo pensarlo, pensar en lo que sé qué dirá, me enciende de nuevo. Me agarro la creciente erección con el puño y la bombeo mientras me follo a mi chica.

—Lincoln… Lincoln.

Muevo mi mano con más premura, más salvaje, más exigente y me la machaco de igual manera.

—Mírame a los ojos —exijo. —No pierdas de vista mis ojos. ¿Entendido?

Mia asiente con la boca abierta, clavando su mirada en la mía y jadea.

Convulsiona y me siento a punto de descargar de nuevo.

Su coño nos aprieta los dedos a ambos, se tensa y nos estrangula.

Mi polla se pone alerta y cuando Mia se corre con mi nombre entre los labios.

Le retiro la mano de golpe, atrapo su mano y la envuelvo alrededor de mi polla.

—Mastúrbame.

Mia obedece y empieza a machacármela, pero en ese mismo instante, para en seco, al darse cuenta de lo que tiene en el dedo. Pero no me suelta. Su pequeña manito, sigue ejerciendo presión en la base de mi polla.

—Dímelo, nena.

—Sí, sí, sí, sí… —repite con sus ojos clavados en el anillo que acaba de descubrir en su dedo anular, sosteniendo mi polla en su puño y ejerciendo cada vez más presión.

No puedo evitarlo, los chorros de semen salen disparados, a punto a su boca sin errar el tiro y Mia la mantiene abierta hasta que acabo de correrme.

Traga y sus ojos se empeñan.

—Te casarás conmigo —suelto con la respiración hecha un puto caos y el placer del orgasmo que todavía estoy sintiendo.

Mia se abalanza sobre mí, la acojo entre mis brazos mientras no deja de repetir…

—Sí, sí. Sí, Lincoln. Sí.

—No era una puta pregunta —aclaro.

Y sus lágrimas bañan mi camiseta.

Tiro un poquito de su hombro. Solo para observar mi marca, esa que ahora, sí, luce con orgullo.

La acaricio con la yema de los dedos. Abrazando tan fuerte a Mia que temo romperla.

Hostia puta, acaba de hacerme el hombre más feliz sobre la faz de la tierra.

—Te amo, nena.

—No me dejes nunca.

—Jamás.

Lincoln
Capítulo Extra
(Cinco años después)

—¿Has apuntado bien?

Asiente con sus grandes ojos negros en esa cara tan pequeña.

—Me parece que no.

No lo ha hecho y lo sabe.

Esto es un desastre.

Jack, hace un puchero. No me vale, eso no me vale. Tiene cuatro años. ¡Cuatro!

Las cosas hay que hacerlas bien, hostias.

—Jack, tienes que mirar con atención, apuntar y disparar. No es tan difícil.

—¿Qué pasa aquí? —pregunta mi mujer asomándose a la puerta del baño que tenemos cerca de la cocina.

—Jack se ha meado por fuera —informa Max, de cuatro años también.

Mi mujer se agacha y acaricia la cara de perro lastimero de Jack. —Claro que pasa —escupo sin miramientos.

¡Tiene cuatro años, hostias!

No le pido que corra una maratón. Solo que mee dentro de la taza del váter, en lugar de por todo el váter en general.

—Nena —ladro cabreado.

—Déjame a mí —insiste con voz dulce y decidida —. Por favor —, añade acariciándome el muslo.

—Tú misma.

Salgo disparado del baño con la intención de largarme al porche. Necesito un puto porro, ¡ya!

—Papi —. Cruzo el salón y cuando abro la puerta de la entrada trasera… —Papiiiiiii.

Resoplo y me doy la vuelta.

Adoro a mis hijos. Pero no soy el mar de la paciencia, eso se le da mejor a Mia.

A mí me gusta tirarlos por los suelos, guerrear con ellos, llevármelos de pesca, (Mia cree que son demasiado pequeños para cazar, le oculto que la semana pasada Jack, le partió el cuello a un conejo que había caído en uno de los cepos que colocamos, también sin que mi mujer lo supiera, por supuesto), bañarnos en el río y dejarles comer mierdas hasta que les duele la barriga, mientras yo, me meto todas las Budweiser que puedo, entre pecho y espalda. Y arraso con todas las reservas que Clayton tiene de hierba.

—¿Qué quieres, Lincoln?

Lincoln. También hijo mío. Este tiene dos años. Y apunta maneras. Está en el sofá sentado encima de Time. Al principio admito que me acojonaba un poco el dejarlo solo con los niños, ahora lo que me da es pena el puto lince.

—Tele no va —dice encogiéndose de hombros con una expresión de culpable en la cara, por mucho que se finja inocente. Además, no hay dios que lo entienda. Habla fatal. Y no me importaría si no estuviera todo el día diciéndome cosas de las que yo no cazo ni una.

Me quedo mirándolo, encarando las cejas. A mí qué hostias me cuenta. Si yo no sé ni encender ese trasto.

—Yo qué sé, hijo. Díselo a tu madre.

Finalmente, salgo al porche y me enciendo un canuto, me dejo caer en el banco de madera y me relajo.

—Upa.

Abro los parpados y miro hacia abajo.

Addie. Catorce meses. Por supuesto, también es hija mía.

Levanta sus pequeñas y rechonchitas manitas hacia arriba y enseguida la siento en mis piernas.

Mi princesa. La más tranquila de todos. Y la que pirra por estar conmigo a todas horas.

—Toma —digo, sacándome una piruleta de fresa del bolsillo delantero del vaquero. Mientras yo fumo, ella come. Formamos un buen equipo.

Le pedí a Mia que se casara conmigo. A partir de ahí, todo salió rodado. Nos casamos dos meses después, aquí, en nuestra casa. Le

ofrecí que hiciera lo que le diera la gana, que gastara lo que quisiera.

Sin embargo, mi mujer, decidió que quería casarse en nuestra casa. Hostias, si es que siempre fue perfecta.

Aunque pueda parecer que estaba preñada cuando lo hizo, no fue así. Lo sé por qué le bajó la regla en nuestra noche de bodas. Tranquilos, eso no me impidió disfrutar lo más mínimo.

No entiendo a los hombres que les jode que sus mujeres menstrúen. A mí me da igual. Lo cierto es que eso no me frena. Admito que hasta me pone cachondo. Lo disfruto como un salvaje.

Después de la boda, tampoco quiso irse de viaje. Le insistí mucho pese a que, a mí, me importaba una mierda.

Se negó. Me pidió una sola cosa. «Un mes contigo en casa.» ¿Cómo negarme a algo así? ¡Imposible!

Y bueno, después de ese mes… Boom. Preñada.

No he ido al médico en la vida y, aunque mi mujer estaba preñada, me negué a hacerlo.

Imaginaros la sorpresa cuando Mia dio a luz en nuestra habitación y me encontré no solo con uno, sino, con dos pequeños cachorros.

Hostia puta. Lloré como una niña.

Y así sucedió en otras tres ocasiones. Mia se quedó preñada al año y poco de tener a los gemelos y luego enseguida de nuevo. Y de inmediato, una vez más.

Siempre he sido yo el que se encarga de ella en los embarazos, pese a que todo el mundo se nos echó encima. Sobre todo, nuestros amigos.

¡A la mierda! Nadie va a decirme cómo tratar a mi hembra.

Ha parido en casa siempre y lo seguirá haciendo. Y mis hijos están todos sanos como putos robles.

De momento están… Jack y Max, los gemelos con cuatro años recién cumplidos. Los llamamos así por el padre de Mia y por el mío. Luego vino Lincoln, de dos años y medio. Ni que decir que me infló muchísimo el puto ego que mi mujer se empeñase en llamarlo como yo. Y Addie. Esta canija, aquí presente. Addison, en realidad, como la madre de Mia. Por último, Stefanie de cinco meses y medio. En esa ocasión, Mia me dijo que quería ponerle el nombre de mi madre,

y a mí me pareció una idea brutal. Y ahí no acaba la cosa, Mia está preñada de nuevo. Si todo va según lo previsto, en menos de cinco meses, conoceremos al nuevo miembro de la manada.

Puede que nos estemos quedando sin nombres, pero os aseguro que no dejaré de tener críos.

Cojo a Addie en brazos, abro la pequeña puerta que instalamos en el porche para que los niños no anden cerca de las escaleras y me la llevo un rato a pasear.

Estamos en pleno verano, por lo que, la acerco al río, le quito los zapatos, y la siento para que ponga a remojo los pies.

—¿Te gusta?

Addie me sonríe. No es muy habladora de momento. Dice cuatro palabras contadas, pero es la hostia de risueña. Y preciosa. Una calcomanía de su madre.

—Pum.

—¿Qué? —Le pregunto a mi hija.

—Pum —repite una vez más.

—¿Qué dices?

—Pum.

—Lo que tú digas, Addie.

Lo dicho, entre esta y Lincoln, me van a volver loco. No les pillo una.

Paseo la vista por el puente nuevo que instalé hace apenas unas semanas. Ha quedado de lujo.

Desde que Mia se quedó preñada la primera vez, he vivido en una constante de obras. La casa, la ampliación, la finca.

Mantuvimos la casa intacta. Mia se niega a tocarla y a mí lo cierto es que me gusta cómo está también.

Pero hicimos una ampliación. Seis habitaciones más y un salón de juegos. Ampliamos la cocina que teníamos, aprovechando el espacio del almacén, y montamos otro salón y cuatro cuartos de baño.

Puede parecer mucho, no lo es. Somos una familia grande, que sigue aumentando. Y lo que le queda.

Me construí un almacén nuevo. Donde tengo mis juguetes, como Mia los llama. Tres veces mayor que el anterior. Hay que añadir que

necesito tres veces más espacio por todos los que somos. También salgo a cazar mucho más. Muchas bocas que alimentar.

—PUM —chilla Addie sacándome de mi ensoñación.

La miro y me saco una piruleta del bolsillo solo para que se calle. Cuando la ve, estira sus manitas para atraparla.

—Pum. Pum. Pum.

—¿Pum, es la puta piruleta?

Addie asiente como una loca. Está enganchada a estas mierdas.

—Hostias, hija. Pum, es un puto tiro, un golpe en una puerta. Una hostia bien dada. No una piruleta de fresa —gruño mientras ella se la mete en la boca a toda prisa —. Anda, volvamos con mamá.

Cojo a Addie en brazos y camino con ella disfrutando del buen día que hace.

Le hago carantoñas y cosquillas, mientras ella me llena de babas pringosas a causa del caramelo. Me tiende la piruleta y yo me la meto en la boca. Me encantan sus babas.

—Qué rica, hija —susurro en su cuello devolviéndole la piruleta y mordisqueándola a ella.

Addie ríe, y cuando levanto la vista…

Mia está sentada en la mecedora del porche. Time como siempre tumbado a sus pies. Jack y Max, acomodados en mi banco de madera, comiéndose un bocadillo más grande que ellos. Lincoln, tirado en el suelo, pintando con tiza en una pizarra que apoya en sus pequeñas piernecitas. Y el canasto donde duerme Stefanie a su lado.

Mia me sonríe mientras se acaricia la barriga.

Hostia puta. Un escalofrío me recorre erizándome el vello del cuerpo. Y recuerdo aquel día. El día en el que sentados en un banco cerca del parque, Kai me pregunto si quería críos. ¿Y qué hice yo? Imaginarme justo la escena que tengo delante.

A Mia, siendo mi mujer, rodeada de mis cachorros y preñada en el porche de mi casa.

Los bracitos de Addie me rodean el cuello, su madre no deja de sonreírme y juro que podría morirme aquí mismo.

Me cubro la boca con una palma de la mano y con la otra, sujeto fuerte contra mí a mi hija.

Llego al porche, subo las escaleras y me acerco a Mia.

Dejo a Addie al lado de Lincoln y enseguida se desplaza gateando y empieza a tocarle las narices a Time.

Me abro camino entre las piernas de Mia, que me conoce casi mejor que yo a mí mismo, y me arrodillo entre sus muslos. Pongo una mano en su vientre sin dejar de mirarla a los ojos.

—Tus cachorros —apunta ella burlona.

No río. No desvió la mirada.

—Sois míos, nena. Sois todos míos.

—Lo somos —me calma ella.

Me incorporo, la cojo en brazos, tomo asiento yo en su mecedora y me la siento en el regazo.

Mia hunde la cara en mi cuello y reparte un sinfín de dulces y cálidos besos.

Yo le acaricio el vientre y con el otro brazo la rodeo y trazo círculos en su cadera con mi dedo pulgar.

Mia se acurruca más contra mí. El puto caos que monta toda mi estirpe, es mi paz absoluta.

Cuando la bebé hace el amago de echarse a llorar, estiro un poco la pierna y con el pie, mezo su canasto. El suave balanceo la relaja de nuevo y pilla el sueño de inmediato.

—Te quiero, Lincoln.

—Te amo, nena.

AGRADECIMIENTOS

En primer lugar, quiero dar las gracias a todos los lectores.

A todos aquellos que habéis confiado en mí y me habéis dado la oportunidad de seguir evolucionando.

Llevo muchos años escribiendo, pero cuando acababa un manuscrito, nunca tomaba la decisión de publicar.

Quizá por miedo, o tal vez porque soy demasiado autocrítica conmigo misma. El caso es que tras muchísimo tiempo manteniéndome en las sombras, decidí echarle valor y dejar que, Aiden Wright, protagonista de mi primer libro publicado; Solo te veo a ti, viese la luz.

Una de las mejores decisiones que he tomado. La acogida y el cariño, desde ese momento, han sido constantes por vuestra parte. Nunca me cansaré de dar las gracias por el apoyo y las muestras de cariño recibidas.

Pese a mi corta trayectoria recorrida como autora autopublicada, y muerta de miedo, debo admitir, me dejé llevar una vez más, por lo que mi sexto sentido pedía a gritos. Lanzarme a publicar en esta ocasión bajo un sello, que engloba un género muy criticado hasta el momento. Con fe ciega en él, me lanzo de cabeza a la piscina, con la esperanza de que sea acogido con el mismo cariño y aceptación, con la que yo escribo estas historias.

Porque puede que el miedo a ser criticada o juzgada por escribir un género tan discriminado sea grande, pero el no ser fiel a mí misma, lo es todavía más.

Desde aquí no puedo más que animar a todos/as los autores y autoras, que centran sus obras en géneros tan criticados como lo es el pitch black, el darkromance o el tabú, entre otros, a seguir adelante.

No estáis solos. Somos muchos los que necesitamos vuestras historias. Y si me permitís un consejo, es mejor arrepentirse por haber fallado, que por no haberlo intentado. ¡Ánimo!

Y ahora, quiero dar las gracias con mayúsculas a Ainhoa Cerros, por ser mi lectora cero, beta, uno y todo lo que puede ser alguien que trabaja codo con codo contigo. Regalándome su opinión sincera sin miramientos, y apoyándome en todo el proceso de publicación de este libro. Sin ella, todo hubiese sido mucho más complicado. Gracias de corazón. Eres un ser maravilloso, el cual espero tener cerca muchísimo tiempo. Su apoyo incondicional, sus palabras de aliento, y su crítica constructiva, han significado para mí, mucho más de lo que soy capaz de expresar con palabras.

También quiero darle las gracias a una persona muy especial, Carolina Cáceres (Charlize Clarke), la autora de esta espectacular portada. Una verdadera artista, a la que solo le hizo falta que le diera unas cuantas ideas y elementos, e hizo verdaderas maravillas. Nadie podría haberlo hecho mejor que tú. Un millón de gracias de corazón. Eres una autora increíble y una persona todavía mejor. Estoy deseando que el lazo que nos une siga creciendo y mantenerte siempre cerca.

Mi sincero agradecimiento a la comunidad de Booktok y Bookstagram. Donde estoy conociendo personas realmente increíbles y que me demuestran un apoyo constante. Gente desinteresada que hace piña y consigue que el mundo de la literatura vaya un paso más allá. Que traspase la pantalla y que se forjen amistades, las cuales deseo que sean tan duraderas como lo es un libro impreso. Eterno.

Es imposible nombraros a todos/as, porque sois muchos y cada día vais creciendo. Pero sé que vosotros sabéis a quién me refiero. Siento una obligación extrema de agradecer también el apoyo a todas y cada una de las chicas que forman el grupito de *Las Porn-Originales.* A las que últimamente tengo un poco olvidadas por mi alocado horario y ritmo de vida, pero que siempre están ahí cuando las necesitas. Gracias por sacarme una sonrisa hasta en los peores momentos. Por las risas, las bromas y las confidencias compartidas. Sois una pasada.

Me encantaría agradecer y nombrar una por una a todas las personas que a raíz de esta nueva aventura se convirtieron en esenciales para mí; es imposible. Por lo que me centro en dar un

gracias enorme a todos aquellos, que estáis formando parte de mi día a día y mejorándolo considerablemente. ¡Gracias!

Por último, necesito dar las gracias, a voz en grito, a mi familia. A toda al completo y más en concreto a mi marido y mis hijas.

Por soportar sin quejarse mis locuras. Por nunca tener una mala palabra si paso más horas que un reloj delante del ordenador. Por aguantar mis manías y muchas veces mis ausencias.

Gracias por estar ahí, cuando muchas veces ni yo misma sé dónde estoy. Por las veces que interrumpo una comida, un momento en familia, o aplazo unas vacaciones, porque mi próxima historia consume todo mi tiempo y energía.

Gracias por apoyarme desde un principio y confiar en mí, muchas veces incluso más que yo misma.

Gracias, porque en lugar de cabrearos cuando quemo la cena por estar demasiado pendiente de la corrección de un capítulo, os levantáis vosotros mismos a hacerla con una sonrisa.

A mi marido, porque su paciencia no hace más que aumentar, mientras mi tiempo con él no hace más que disminuir, ya que la mayoría lo invierto en mis libros. Gracias.

A mi hija pequeña, porque lejos de quejarse, me ameniza los días y siempre marca la banda sonora con su guitarra. Gracias.

A mi hija mayor, por ser, a pesar de su corta edad, la persona que más ha creído en mí y más me ha alentado a seguir adelante. Gracias.

Os quiero muchísimo.